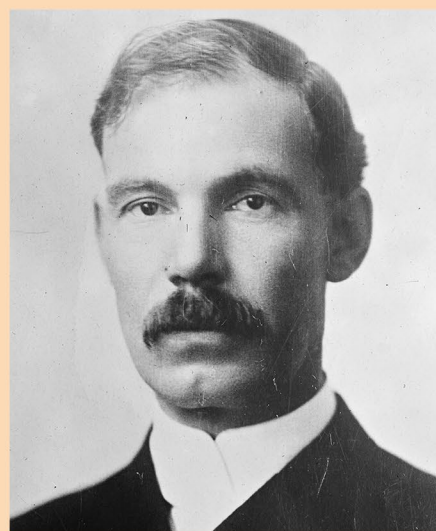
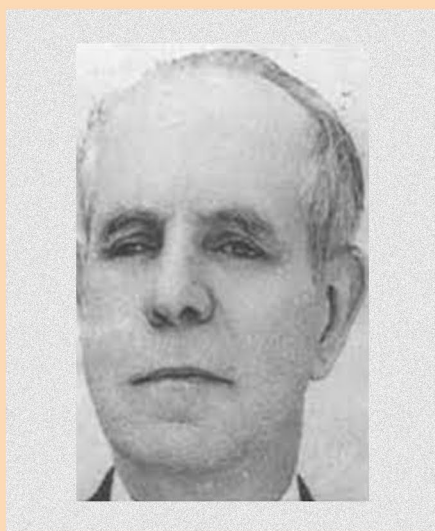
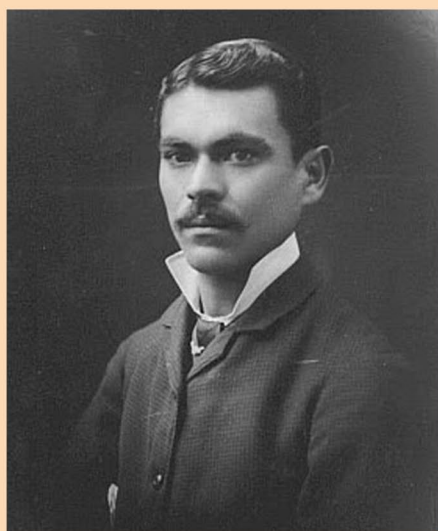


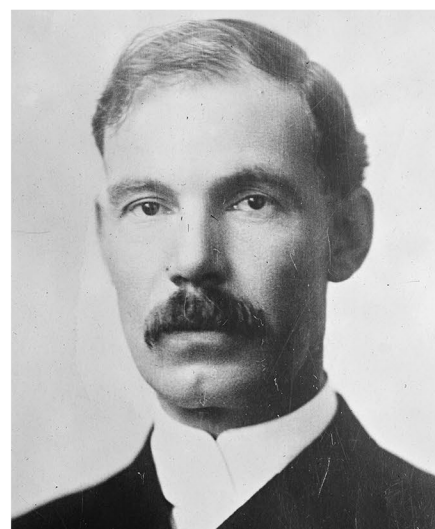
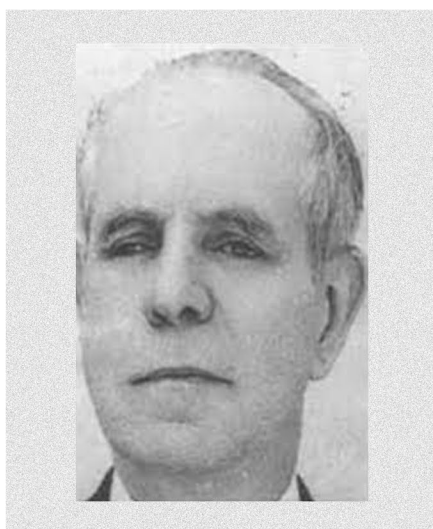
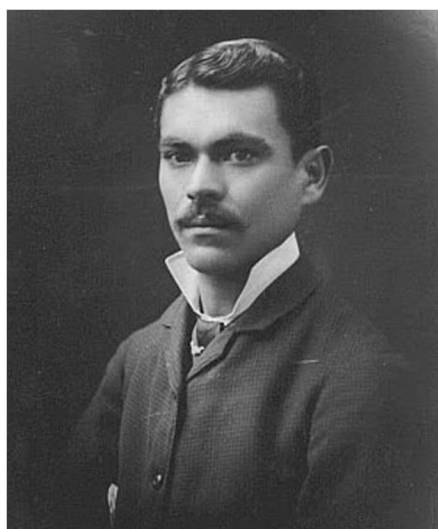
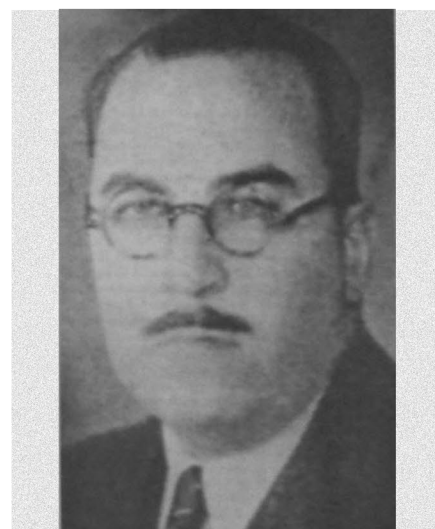
LA SOCIOLOGÍA EN EL PERÚ. ORIGEN Y DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD

JAIME RIOS BURGA
EFRAÍN NÚÑEZ HUALLPAYUNCA



LA SOCIOLOGÍA EN EL PERÚ. ORIGEN Y DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD

JAIME RIOS BURGA
EFRAÍN NÚÑEZ HUALLPAYUNCA



**LA SOCIOLOGÍA EN EL PERÚ. ORIGEN Y DESARROLLO EN LA
UNIVERSIDAD**

©ALAS-ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGÍA

PRESIDENCIA ALAS:

Jaime Rios Burga (Perú)

COMITÉ DIRECTIVO:

Dr. Federico Schuster (Argentina)

Dr. Breno Bringel (Brasil)

Dr. Milton Vidal (Chile)

Dr. Alexander Gamba (Colombia)

Dra. Angélica Cuellar (México)

Dra. Briseida Barrantes (Panamá)

Dr. Eduardo Arroyo (Perú)

Dra. Marina Ortiz (República Dominicana)

Dr. Jesús Díaz (República Dominicana)

EDITADO POR:

© ALAS-ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGÍA
PERÚ

RUC: 20603347227

Jr. Alonso de Molina N° 1231, Dpto. 303 - Santiago de Surco

Lima-Perú

<https://sociologia-alas.org/>

Primera edición digital, agosto 2021.

Editores: Jaime Rios Burga & Efraín Núñez Huallpayunca

Corrección: Leila Quevedo

Diseño y diagramación: Angelo Aguilar

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 978-612-5025-20-3

DERECHOS RESERVADOS ALAS ©

ÍNDICE

Jaime Rios	7
▪ <i>Hacia una sociología de la Sociología fundacional en la Universidad</i>	
Joaquín Capelo	46
▪ <i>Sociología de Lima (extractos)</i>	
▪ <i>La vitalidad de las Naciones</i>	
Mariano H. Cornejo	96
▪ <i>La Solidaridad</i>	
▪ <i>Conferencia de 1915</i>	
Óscar Miró Quesada	143
▪ <i>Algo sobre los métodos de enseñanza</i>	
▪ <i>La Sociología como Ciencia</i>	
Carlos Wiese	170
▪ <i>Extractos de sociología</i>	
▪ <i>Introducción para un curso de Historia Sociológica</i>	
▪ <i>Principios de Sociología</i>	
▪ <i>Método sociológico</i>	
▪ <i>Historia de la Sociología</i>	
▪ <i>Concepto de Sociedad</i>	
▪ <i>Base y condiciones físicas de la sociedad</i>	
▪ <i>Elementos constitutivos de la sociedad</i>	
▪ <i>La unidad social</i>	
▪ <i>La preparación Universitaria</i>	
Edward Ross	262
▪ <i>Orientación de la Sociología en su tercera época</i>	
Ricardo Bustamante Cisneros	273
▪ <i>Introducción al estudio de la Sociología Nacional</i>	
Roberto Mac-Lean y Estenós	317
▪ <i>Sociología. Breve exégesis sobre el problema del contenido de la Sociología, sus métodos, leyes y orientaciones</i>	

INTRODUCCIÓN

La sociología es un producto de la modernidad científica. Leer su historia en países donde la modernidad colonialidad se hace práctica tiene su especificidad por la propia dinámica del ser, saber y poder.

Los trabajos que reunimos en el presente libro bajo el título: **La Sociología en el Perú. Origen y desarrollo en la universidad**, busca presentar los escritos fundacionales de los primeros sociólogos académicos de fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Aportes que nos permiten comprender las especificidades del desarrollo de la sociología académica en el Perú entre la imitación y la creatividad en cada uno de sus autores representativos.

Trabajos que, por su importancia fundacional, nos permiten desarrollar una sociología de la sociología, invitándonos a evaluar y reflexionar sobre el significado histórico de la construcción de la ciencia sociológica en el Perú, en sus temáticas iniciales, paradigmas, y modelos epistemológicos fundacionales. Constatamos cómo los ensayos escoden el modelo epistemológico de la simplicidad naturalista bajo la influencia de la física y la biología que modelan su construcción, así también, visibilizamos cómo sigue la influencia espiritual de las humanidades; enriqueciéndose luego con la propia investigación filosófica y sociológica de tradición positivista, subjetiva e intersubjetiva. La teoría social y sociológica positivista se va integrando con la teoría de la racionalización del mundo social.

Los materiales que presentamos en este texto posibilitan contribuir al desarrollo de estudios históricos comparativos con otras experiencias entre nuestros países respecto a la ciencia sociológica, como así mismo, en relación a las otras ciencias en su continuidad y cambio socio histórico, como puede constatarlo al leer mi balance: "Hacia una sociología de la sociología en la universidad". En otras palabras, reconstruir los paradigmas y modelos del quehacer sociológico en estas primeras etapas de desarrollo de la sociología en el Perú. Un diálogo epistémico y de problemáticas con los fundadores de la ciencia sociológica académica en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Presentamos escritos de Joaquín Capelo: Sociología de Lima (extractos), La vitalidad de las Naciones. Mariano H. Cornejo: La Solidaridad y su conferencia publicada en la *Revista Universitaria* el año 1915. Óscar Miró Quesada: Algo sobre los métodos de enseñanza y La Sociología como Ciencia. Carlos Wiese: Extractos de sociología, Introducción para un curso

de Historia Sociológica, Principios de Sociología, Método sociológico, Historia de la Sociología, Concepto de Sociedad, Base y condiciones físicas de la sociedad, Elementos constitutivos de la sociedad, La unidad social y La preparación Universitaria. Edward Ross con una disertación en San Marcos: Orientación de la Sociología en su tercera época. Ricardo Bustamante Cisneros: Introducción al estudio de la Sociología Nacional. Finalmente, Roberto Mac-Lean y Estenos: Sociología. Breve exégesis sobre el problema del contenido de la Sociología, sus métodos, leyes y orientaciones.

La ciencia sociológica actual ha revolucionado sus teorías y metodologías de investigación. Pero, una lectura atenta de los autores que presentamos nos hace ver que muchos elementos están presentes en los modelos teóricos sociológicos actuales. Un ejemplo sería el modelo sistémico visto no desde la complejidad sino desde el determinismo sociológico causal positivista. Una superposición como producto de la continuidad de la colonialidad del saber en palabras de Aníbal Quijano, como también anota Danilo Martuccelli, una amalgama o hibridación producto de una matriz que domina a otra o se entremezclan de forma desgarrada.

El presente libro fue posible gracias a la convergencia creativa entre el esfuerzo del análisis del sociólogo y el papel científico del historiador, quien de manera rigurosa encontró los materiales seleccionados. Hecho que muestra que es posible y necesaria la investigación inter y multidisciplinaria, buscando la unidad de las ciencias sociales ante la crisis de la modernidad colonialidad bajo un nuevo paradigma de la ciencia al servicio de una política de vida. Una sociología como teoría y práctica, que, a la vez que resuelve los profundos problemas de la crisis de sentido histórico civilizatorio, une lo que la modernidad/colonialidad separó: lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Jaime Rios Burga

HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA FUNDACIONAL EN LA UNIVERSIDAD

Jaime Rios Burga

"El auto-socio-análisis como orientación reflexiva se convierte en una tarea central de la sociología"

Pierre Bourdieu

¿Cómo leer la producción sociológica en el Perú y América Latina en sus diferentes etapas? Podemos leer la producción intelectual desde diferentes miradas. Apostamos por una reconstrucción teórica desde sus propios actores/as en el tiempo como episteme cultural de auto-socio-análisis dialogando con los/as otros/as sociólogo/as. Descubrir los modelos que entre la imitación y la creatividad fueron sentando las bases cada vez más de una producción intelectual propia en la universalidad del pensamiento social y sociológico mundial.

La sociología de la sociología en el Perú es una tarea por realizar en sus diferentes etapas. Va unida a la tradición y desarrollo de la modernidad/colonialidad del capitalismo bajo el imaginario del Estado nación en sus modelos clásicos, contemporáneos y actuales. Una construcción que se relaciona históricamente a un proceso creativo más profundo entre sus interdependencias y dependencias. La modernidad/colonialidad industrial creó la sociología y las ciencias sociales generalizándolas en diálogo con el mundo.

Seguir el curso de la construcción sociológica en el Perú es investigar en gran parte su desarrollo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Razón por la que rescatamos estos escritos fundadores a partir del aporte de algunos de los intelectuales pioneros de la sociología en sus modelos más saltantes. Es decir, conocer cómo hicieron ciencia social, qué problemáticas se planteaban antes y cuáles permanecen vigentes. Si bien ninguna tradición científico cultural es permanente, la herencia espiritual de la producción sociológica sanmarquina tiene un lugar en el desarrollo de las ciencias sociales, en América y el mundo. Tradición científica que se nutre de una rica tradición civilizatoria andina y del conflicto por construir una peruanidad universal entre una mentalidad colonialista y otra liberadora.

En otros términos, dar respuesta a algunas preguntas centrales: ¿Por qué se caracteriza el desarrollo del pensamiento sociológico en el Perú? ¿Cuáles son sus modelos teóricos fundamentales? ¿Qué papel cumplen los sociólogos en su construcción en cada una de sus etapas? ¿Cómo dialogaron científicamente con los otros aportes de América Latina, el Caribe,

Estados Unidos y Europa? ¿Por qué se caracteriza teóricamente su reproducción y apropiación científica social? ¿Qué modelos epistémicos, ontológicos, gnoseológicos, metodológicos y temáticos plantean sus propuestas?

Como hemos destacado, nos interesa leer estos escritos en dos dimensiones y perspectivas. Primero, cómo se hizo ciencia sociológica. Y segundo, cuáles eran sus problemáticas de estudio e investigación. En otras palabras, reconstruir cómo los sociólogos desde su concepción patriarcal de vida y conocimiento construyen la ciencia sociológica acorde a sus contextos específicos de reproducción en el marco de las luchas sociales e ideológicas por la hegemonía en sus campos estructurales definidos¹.

La vida intelectual en San Marcos sigue el curso de la cultura científica universal occidental en sus modelos básicos, pero en un proceso peculiar de reproducción que va de la dependencia a la autonomía. Una tradición conflictiva y cambiante en lucha entre dos tendencias socio históricas concretas: una Vanguardia intelectual humanista de reforma social, frente a otra Vanguardia como élite cerrada conservadora. Fuerzas político-culturales que luchan por la hegemonía intelectual del poder y dirección cultural de la sociedad peruana.

El libro es un punto inicial de balance como esquema teórico metodológico para su investigación más profunda. La sociología de la ciencia está por desarrollarse en el Perú, el rescate de nuestra propia memoria histórica científica rica en tradición es fundamental, no solo como conocimiento, sino para organizarnos hoy como sociedad del conocimiento superando toda visión de dependencia cultural y científica.

Cabe destacar que la sociología como ciencia no empieza en San Marcos, nace desde las entrañas de la propia creatividad civilizatoria andina, confluyendo posteriormente con las experiencias colonial y postcolonial. Antecedentes que marcan su influencia en nuestra experiencia histórica transformándose hoy en el diálogo científico global. La ciencia no es un patrimonio solo de la civilización occidental sino también de las otras civilizaciones existentes. La colonización del mundo en su contexto ideológico-religioso predominante se inscribe en la

¹ Existen diversas teorías para la investigación de los procesos de producción y reproducción de la cultura intelectual. Sin duda una de las más rigurosas e interesantes es la de Pierre Bourdieu (1984), *Homo Academicus*, París, Les Éditions de Minuit; (1984), "¿Los intelectuales están fuera de juego?". *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo; (1991), *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus. Humanidades; (1999), "El campo intelectual: un mundo aparte" en *Cosas Dichas*, Madrid, Colección el Manifiesto Parlante.

modernidad/colonialidad como sistema mundo capitalista, procesando todo un modelo racionalista del saber.

Una visión de larga duración prospectiva diferente que nos lleva a ubicar, junto con el modelo escolástico, el modelo científico moderno y el modelo descolonial como fue en nuestro caso la propuesta de Guamán Poma de Ayala, quien integra los aportes de la civilización andina a la ciencia de la modernidad, creando un conocimiento visual de la vida social.

El modelo escolástico fue un paradigma teológico más que un modelo de cultura científica. Su tesis partía de la hipótesis irrenunciable de que todo cuanto existe tiene causa divina (salvo, Dios, única causa no causada). Esquema que desde 1551 se difunde en la Universidad de San Marcos como saber imperial colonial. Un modelo de mentalidad premoderno que reproduce la ideología religiosa católica como concepción de una revelación divina, pero, que se subordina al poder real y simbólico del rey. Modelo religioso que va influir parcialmente en la ciencia y prácticas sociales a lo largo de los siglos XIX y XX. El sanmarquino Felipe Barreda y Laos escribía al respecto:

[...] esa escolástica vencida en Europa se refugió en América. En el Perú, merced al esfuerzo del sacerdocio católico, imperó soberanamente, con todos sus vicios y errores casi en todo el período colonial [...] Había que formar de estos pueblos un inmenso rebaño, porque era indispensable que el santo pastor dominase en convivencia con el Estado; porque la felicidad, el porvenir y engrandecimiento de tantas naciones, no significaba nada ante la seguridad política y religiosa necesaria para mantener la dominación colonial. ¿Cuál fue la triste consecuencia de esta perniciosa educación absorbente y egoísta? Nuestra vida independiente ha dado al mundo sabia respuesta y saludable consejo².

Un modelo científico que aparecía como poder de una fracción de la clase dominante en toda su expresión³ donde la concepción hegemónica global aristotélica del universo, la filosofía del orden natural, la teología y la doctrina moral de la salvación ubicaban las premisas de un universo físico esencialmente unitario, admirablemente organizado como un todo y sus partes. Ideología que paralela a la hipótesis de Ptolomeo de la inmovilidad y centralismo de la tierra daban sustento a la visión del mundo de la época. Un esquema cerrado e inmutable,

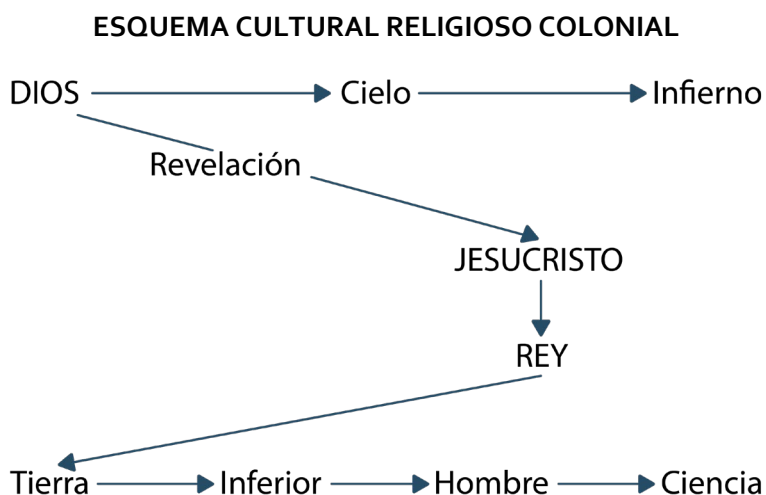
² Barreda y Laos, Felipe. (1964), *Vida intelectual del Virreinato del Perú*, Lima, UNMSM, pp. 24-25.

³ Bourdieu, Pierre. (1990), "¿Cómo liberar a los intelectuales libres?". *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, p. 109.

donde la “cultura científica” no aparecía todavía como un campo autónomo de investigación y reflexión sino como parte del campo de la cultura religiosa hegemónica. Todo bajo la influencia de San Agustín, quien en su *Enchiridion ad Laurention* pensaba que: “para el cristiano basta con creer que la única causa de todas las cosas creadas, del cielo y la tierra, visibles e invisibles, es la bondad del creador, el Dios único verdadero; y que nada existe, a excepción hecha de Él mismo, que su existencia no provenga de Él”.

Modelo escolástico que, según Barreda y Laos, se caracterizaba por los siguientes rasgos: 1) El supremo criterio de verdad es la revelación divina, en la que se tiene plena fe. 2) La curiosidad humana debe satisfacerse con la revelación divina, manifestada directa o indirectamente, en libros sagrados, escritos por Dios mismo, o por hombres inspirados por la Divinidad. 3) Los supremos argumentos para contentar a la razón rebelde, están contenidos en la revelación divina. 4) La exposición de doctrina debe hacerse en forma de polémica. 5) Es verdadera toda conclusión fundada inmediata o remotamente en la revelación divina. 6) La autoridad de Aristóteles es superior a la de todos los maestros. 7) El silogismo es el medio exclusivo de argumentación. 8) Es verdadera toda conclusión obtenida por silogismo. (Barreda y Laos 1964: 16).

El modelo en su lógica de fe subordina a la razón, la sociedad y la cultura. Un modelo de concepción religiosa que predominó como paradigma en San Marcos a lo largo de toda la etapa colonial. Esquema de racionalidad religiosa que influye en el desarrollo de la ciencia dependiente de los siglos XVIII y XIX. Modelo que podemos presentarlo en toda su masculinidad bajo el siguiente esquema:



FUENTE: Elaborado por el autor.

Los intelectuales sanmarquinos entre los siglos XVI al XVIII se vieron inmersos en la racionalidad de este paradigma en un contexto de lucha por el poder cultural entre el papado, la corona y la sociedad. El poder simbólico de la concepción religiosa marca su sello a la vida universitaria, como se nota en la bula de Pío V que ordena al “Rey Católico” crear la “Universidad de humanas y divinas letras, para instruir en ellas y confirmar en la fe y ley Evangélica al pueblo”. El Rey Felipe II, por real cédula fechada en Madrid el 30 de diciembre de 1571 advertía al Virrey Francisco de Toledo: “Conviene favorecer a las universidades y que no se funden en monasterios de religiosos; y conviene haber quitado la rectoría que los religiosos dominicos tenían en Lima” (Barreda y Laos 1964: 44).

Así, después de casi dos siglos, la ciencia en San Marcos se gesta confundida con la religión, el mito y la utopía a través de la retórica y la dialéctica como discurso. Una metodología que tiene su origen en la fe en Dios, su fundamento como verdad divina revelada. No existe el ser y el otro sino solo Dios. Gnoseológicamente no existe una verdad objetiva, tampoco una verdad subjetiva, el sujeto y el objeto de conocimiento encuentran su fuente de explicación en la obra divina y sus libros sagrados. El conocimiento en el sentido epistemológico está contenido en la lógica aristotélica que racionaliza la fe como revelación divina. La teología, frente a la ciencia, da fundamento a la socialización del saber.

Pero, poco a poco, fue difundiéndose el paradigma de la ciencia moderna creado por hombres como Leonardo da Vinci, Nicolás de Cusá, Nicolás Copérnico, Giordano Bruno, Kepler, Newton y Galileo Galilei. Actores que transforman la concepción y visión del mundo medieval afirmando la ciencia moderna. Ciencia que ofrecía los instrumentos necesarios para llevar adelante una crítica de las creencias “tradicionales”, tomando fuerza con la ilustración en su racionalismo⁴.

Es interesante resaltar por ejemplo cómo el rector Sanmarquino Pedro de Peralta Barnuevo Rocha Benavidez sintetiza esta transición científico cultural en el siglo XVIII. Fue miembro calificador del Santo Oficio; reemplazó como matemático al tudesco Koning; como entendido en medicina, prologó la primera edición del tratado médico de Bottoni, acerca de la circulación de la sangre; sus versos y discursos figuraban en todas las ceremonias; aprendió siete idiomas. Sus obras nos dan una idea del proceso de cambio temático en las

⁴ Véase: Reij, Darío. (1978), *La revolución científica, ciencia y sociedad en Europa entre los siglos XV y XVII*. Barcelona, Icaria.

problemáticas: *Observaciones Náuticas, Regulación del tiempo en treinta y cinco efemérides, El nuevo beneficio de los metales, Relación del Gobierno del virrey marqués de Castel Fuerte, Aritmética Especulativa, Arte de Ortografía, Origen de Monstruos, Historia de España Vindicada, Lima fundada o conquistada del Perú.*

La erudición barroca⁵ y enciclopédica se abre paso limitada por una escolástica absorbente, no posibilitando el desarrollo de los conceptos científicos vinculados a la realidad y al imaginario social de una idea de nación capitalista moderna⁶. Según Luis Alberto Sánchez "sólo a fines del siglo XVIII nace Bacon, para el Perú. Por la ruta de la inducción se prepara un período de naturalismo descriptivo que anclará, al fin y al cabo, en un nuevo concepto de vida colectiva y del deber individual. La estética deviene ética, ergo: una revolución se insinúa en el horizonte. Comienza el realismo [...]"⁷.

Pero, fue con el autodidacta Eusebio Llano Zapata que se sientan las primeras bases de la ciencia moderna en el Perú. Él estaba convencido que los estudios en la Universidad y los Colegios, dominados por los dogmas, debían tomar la dirección del método experimental. El plan educacional debía dar preferencia a las matemáticas, la química, la historia natural. Pensamiento que junto a los sanmarquinos Pablo de Olavide admirador de Montesquieu, Bayle, Rosseau, Voltaire y los enciclopedistas; Vicente Morales Duárez, representante en las Cortes de Cádiz de la Universidad de San Marcos y el Cabildo; y, José Baquijano y Carrillo, entre otros, fueron sentando las bases de la tradición científica moderna criolla. Ideas científicas y políticas que desde el *Mercurio peruano* propagan las Teorías de Newton, Kepler, Leibnitz, Wolf y Locke. Promueven la revolución de la independencia, la reforma de la universidad y sociedad. Un débil liberalismo que se enfrentan teórica, ideológica, política y culturalmente al escolasticismo y conservadurismo aristocrático colonial⁸.

El pensamiento sociológico sanmarquino en su fase académica inicial rompe con esta matriz racionalista escolástica afirmando el pensamiento moderno occidental colonial. Los escritos

⁵ Eguiguren, 1951: 109. Sobre el barroco véase: De La Fuente Benavides (Martin Adán). (1968), *De lo barroco en el Perú*. Lima, UNMSM.

⁶ Maticorena Estrada, Miguel. (2001), "Contribución cultural de la Universidad de San Marcos, Lima, UNMSM. El mismo autor véase la rica información histórica sobre la presencia de Túpac Amaru en San Marcos y la vida intelectual en *San Marcos Universidad Decana en América. Una argumentación Histórico-Jurídica* (2000). Lima, Fondo Editorial UNMSM. Consúltense también Rlos Burga, Jaime y Molinari, Tirso. (1990), *Patria, nación y mesianismo inca, en las ideologías de los procesos anticoloniales en el Perú 1780-1814*. Lima, Universidad de Lima.

⁷ Sanchez, Luis Alberto. (1974), *Panorama de la literatura del Perú*. Lima, Editorial Milla Batres, p. 65.

⁸ Eguiguren, 1951: 123; Barreda y Laos, 1964: 210-211.

de Joaquín Capelo que inaugura la presente edición por su concepción biologismo, evolucionismo y naturalismo de la vida reúne el modelo epistemológico clásico de la ciencia moderna occidental donde la sociedad es vista como un organismo sistémico vivo. La "monera" como célula es el núcleo de la vida en sus procesos de asimilación, desasimilación, adaptación y reproducción como sistema. Concepción donde notamos las influencias de Darwin, Morgan y Durkheim, bajo una mirada de la "vida super orgánica" como las primeras formas de agrupamientos simples. La concepción eurocéntrica clasifica a los pueblos originarios como "los salvajes" como agrupamientos simples frente "los civilizados", como agrupamientos complejos. Una visión científico cultural lineal occidental como secularización de lo divino.

En esta trayectoria de racionalización, para Capelo, la sociología se acerca a Augusto Comte, para quien la sociología estudia los hechos sociales a partir de la observación, experimentación, comparación e investigación histórica. Como también a la de Herbert Spencer, para quien el objeto de la sociología se centra en el estudio de la evolución de la sociedad de sus formas simples a sus formas más complejas. La vida y la vida social acumulan, crean, ordenan y renuevan sus sistemas en la supervivencia de la selección natural darwiniana donde las "individualidades múltiples" construyen "la unidad del estado de ciudadanos" o "Estado nación". Por tanto, la necesidad de construir una sociología empírica de los problemas centrales del país como es la situación de las tasas de mortalidad en Europa y Lima o las tasas de tuberculosis, dando cuenta de la crisis moral del grupo dominante.

Vemos así como Capelo propone en su investigación "hacer una descripción de la sociedad de Lima"⁹, "vislumbrar al menos las causas permanentes de prosperidad y de decadencia para el conjunto"; y metodológicamente "se trata de algo parecido al examen que hace el médico respecto de un organismo medio enfermo". Un "simple ensayo" sociológico en una "ciencia en pañales" donde "la cuestión resulta excepcionalmente difícil".

Su concepción naturalista separaba el sujeto del objeto de conocimiento. Una ruptura epistemológica donde "en la sociología, tan sólo es posible darse cuenta de las líneas más salientes que pueden marcar la fisonomía general del cuerpo social; apenas si es posible traducir con trazos incompletos, cuando más una silueta imperfecta de la entidad tan compleja que constituye el elemento del mundo súper orgánico". Una sociología objetivista,

⁹ Capelo, J. (1895), *Sociología de Lima*. Imprenta-Plaz. Merced.

como hemos desatacado, que buscaba construir una política científica nacional civilizatoria. Capelo supera la visión conservadora por su apuesta de un discurso civilizador eurocéntrico. Escribe:

Si nuestro criterio se ha logrado mantener desapasionado y en nuestro análisis hemos considerado sin omisiones esenciales todos los datos principales de cada cuestión; y si el conjunto de este libro despierta en nuestros escritores de florido estilo, y en nuestros estadistas de ilustración profunda, interés bastante para que se dignen terciar en la cuestión ya poner a su servicio el contingente en su talento, será para nosotros la mayor satisfacción haber contribuido a poner a la orden del día asunto de tanta importancia y si las soluciones que proponemos en el cuerpo de este libro, son objeto de mejor examen y sustituidas por otras más conformes a las exigencias de la ciencia, con ello encontraremos logrado por entero el objeto que perseguimos, en servicio de la elevación del carácter nacional y del mejoramiento de nuestras instituciones, leyes, usos y costumbres¹⁰.

El positivismo en el país fluctuó más entre el camino “conservador” y el “civilizador”. Fue tomando conciencia de su realidad dependiente, trató de negar la realidad imitando los modelos teóricos europeos y estadounidenses ante la herencia del saber colonial. La primera revolución industrial con su cultura científica¹¹ llevó a Joaquín Capelo a incorporar todos estos aportes a un esquema descriptivo en su investigación de la vida social en Lima. Veamos su esquema:

ESQUEMA DESCRIPTIVO DE LA SOCIOLOGÍA DE LIMA

ORGÁNICO	VIDA NUTRITIVA	VIDA RELACIONAL E INTELECTUAL
I. Medio cósmico: Valle de Lima - Ubicación - Ríos - Quebradas	I. Modos de nutrición: - Animales inferiores - Animales superiores	I. Los factores de la vida relacional: Sección Primera 1. la opinión pública en general Factores de la opinión:

¹⁰ Capelo, 1895: 8.

¹¹ Lizcano, Francisco (1986), *Leopoldo Zea, una filosofía de la historia*. Madrid, ICI.

<ul style="list-style-type: none"> - Geología - Clima - Razas 		<p>Espíritu religioso</p> <p>Espíritu de nacionalidad Espíritu de empresa</p> <p>Las potenciales de la opinión:</p> <p>Libertad, justicia, verdad, tolerancia</p> <p>II. La opinión pública en especial</p> <ul style="list-style-type: none"> - Carácter y condición - Errores - El problema
<p>II. Sistemas rígidos:</p> <p>Fundación</p> <ul style="list-style-type: none"> - Geografía - Edificios - Calles y plazuelas 	<p>II. De la nutrición primitiva:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Agricultores - Industriales - Transportadores - Comerciantes - Transeúntes 	<p>Sección Segunda</p> <p>La industria:</p> <ul style="list-style-type: none"> - El medio - Ubre cambio - Proteccionismo - Moneda - Balanza comercial <p>El resorte de la industria</p> <p>Estado de la industria</p>
<p>III. Sistemas de transmisión y abastos:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Canales de desagüe - Agua Potable - Alumbrado público - Tranvía - Teléfonos 	<p>III. La nutrición derivada:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Servicios menores - Profesionales - Oficinistas y funcionarios - Militares - Contratistas y rematistas 	<p>Sección Tercera</p> <p>Las instituciones:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Instituciones religiosas - Instituciones políticas

- Ferrocarril Carreteras	- Rentistas - Parásitos	
IV. El elemento vivo: - Razas - Población - Ocupaciones - La vida y sus centros	IV. Del problema general de la nutrición en Lima: - Los datos del problema - Planteo del problema	IV. El elemento vivo - Razas - Población - Ocupaciones - La vida y sus centros

FUENTE: Elaborado por el autor y Capelo: T. I y T. II: 1875 y T. III: 1896.

Constatamos también como en Capelo resalta la visión evolutiva organicista y funcional de A. Comte y Herber Spencer. Por ejemplo, leemos: “Pero la nutrición tiene todavía otro aspecto. Una vez el elemento nutritivo introducido en el organismo o mejor dicho, en la esfera de su acción individual se realizan sobre él una serie de transformaciones que lo hacen apto para ser así asimilado”¹².

Por otra parte, destaca también el elemento racista:

Lima -escribe Capelo- la capital del Perú, de este pueblo, cuyo espíritu y cuya raza, mezcla del espíritu y de braza de otros dos pueblos, de gloriosos hechos y de histórica grandeza. En esta mezcla de dos razas, demasiado humillada la una, para darse cuenta de su propio mérito, demasiado soberbia la otra para reconocer el ajeno valimento; ambas escasas del espíritu de iniciativa y poco confiadas en el alcance del esfuerzo individual [...] la una de cobardías morales, y la otra de defectos y crímenes mil; era forzoso, que en las primeras etapas de su evolución, la anarquía y el despotismo pareciesen disputarse los destinos de la nueva nacionalidad pero no, el primer choque pasará, y el Perú de los tiempos modernos adquiriendo la conciencia de sus destinos el deber ineludible de alcanzarlos, los alcanzará sin duda¹³.

La racionalidad organicista y evolutiva ordena su “teorización” sociológica positivista¹⁴. Bajo este espíritu se establece el Reglamento General de Instrucción Pública dictado por Ramón Castilla en 1850, donde San Marcos se convierte en el eje del naciente sistema universitario

¹²Capelo, 1895: T. II: 6

¹³Capelo, 1895: T. I: 22

¹⁴Capelo, T. I: 1875 y T II: 1896.

republicano. Se postulaba “todas las Universidades que hoy están en la República formarán un solo cuerpo cuyo centro es la Universidad de San Marcos de Lima”¹⁵. En este mismo curso, José Gregorio Paz Soldán, lucha contra el feudalismo intelectual o la anarquía en pro de la unificación de la Universidad¹⁶. Vemos aquí como el anarquismo hace presente su influencia en la institucionalidad universitaria con el naciente movimiento anarcosindicalista popular. En síntesis, para Capelo, la sociología encuentra su sentido en explicar el ciclo de la vida para “alcanzar el máximo de perfeccionamiento como entidad creadora, llevando al mínimo empleo del esfuerzo individual” como “la vida nutritiva, a la relacional y la intelectual”.

La obra de Mariano H. Cornejo nos lleva a ver cómo la ciencia social y sociológica complejiza la mirada positivista. Sus escritos complementan las fuentes anteriores de Joaquín Capelo. Cornejo es un intelectual fundador de la sociología académica. Sus pensamientos y acciones ya sea como orador, jurista, sociólogo o diplomático influyeron directamente a la política del país y de nuestra disciplina científica. Nace en el año 1867 en el departamento de Arequipa. Por la actividad militar de su padre tuvo que abandonar su ciudad, realizando sus estudios escolares en un colegio de Puno; luego regresa a Arequipa donde empezó a estudiar la carrera de Derecho en la universidad de San Agustín, para trasladarse luego a la Universidad de San Marcos, donde culminó su carrera el año de 1889. Se gradúa de Doctor en Jurisprudencia con tan solo 22 años. El año 1892 fue elegido Alcalde de Puno y dos años después diputado por Azángaro. Los años 1895-1897 estuvo como Diputado por Puno.

Mariano H. Cornejo fundó el año 1896 la primera cátedra de Sociología en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. Por el año 1898 ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores en donde tuvo una carrera muy significativa. El año 1921 fue designado como Embajador en Francia donde finalmente falleció en 1942.

Podemos mencionar los *Artículos literarios* que redactó en 1888. El año 1902 publicó *Discursos parlamentarios y políticos*; también publica *Memoria del Perú en el arbitraje sobre límites con el Ecuador* en 12 volúmenes más un índice en el año 1905-1907. Luego publica su *Tratado de Sociología general* en 2 volúmenes 1908-1910. *La solidaridad, síntesis del fenómeno social* en 1909. *El equilibrio de los continentes* en 1932 y, póstumamente, *La Gravitación de la paz* en el año 1966. En el ámbito jurídico, que él dominaba, podemos mencionar el *Novísimo Código de*

¹⁵ Gregor, Felipe. (1981), *Sociedad, ley y Universidad peruana*. Lima, Fondo Editorial de la UCP.

¹⁶ Sánchez, Luis. (1961), *La Universidad no es una isla*. Lima, ediciones Perú.

Procedimientos en materia Criminal publicado en 1920. *Memorandum adicional presentado a la Comisión de Arbitraje de Límites de Perú y el Ecuador en 1928* y *La organización de la paz* en 1931.

Su obra recoge también la influencia del positivismo bajo los principios del orden y progreso. Aparece como una respuesta filosófica a la crisis y anarquía total que se vivía en el país como resultado del caudillismo y de las consecuencias de la Guerra con Chile, buscando bajo el imaginario del Estado nación afirmar la tarea necesaria de reconstrucción nacional. Rescata en su pensamiento autores como Spencer, Comte, Levi-Bruhl, Wundt, Simmel, Frazer y Tarde, Lamark, Quinton. Publica su tratado de *Sociología General* en el que reelabora la tradición positivista y la corriente fenomenológica sin salirse del esquema positivista. Recoge los aportes de la filosofía, la ciencia antigua y moderna con Kant, Hegel y Harfmant. Así mismo, destaca el positivismo de Shaafle, Lilienfeld, Giddings, Durkheim, Worm; la historia crítica del siglo XVIII de Gibbon, Montesquieu, Vico; la constitución social de Esselin, Wegelin, Rosseau; la idea del progreso de Turgot y Condorcet; la psicología colectiva de Bastian, Lazaras, Wund, Voker; el darwinismo de Gumpowicz, Bogehot; la antropogeografía de Ammon, Laponge, Batzel, Buckle, Demolins; las teorías del socialismo de Marx, Mohl, Carey, Berstein, Vanderverde¹⁷.

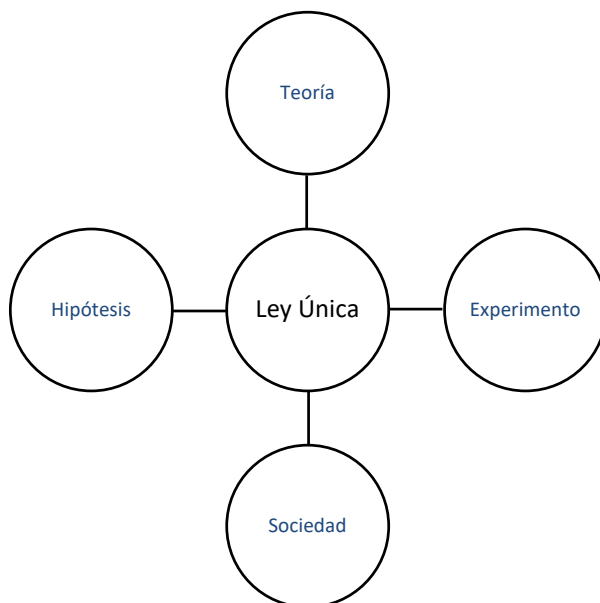
Para Cornejo la sociología tenía que construirse necesariamente como una ciencia rigurosa cuasi experimental de los hechos sociales. En sus palabras:

La ciencia tiene sin duda que fundarse en los hechos pero no puede prescindir, si se quiere ascender de los detalles y de lo particular a las conexiones generales de los fenómenos, de esos dos elementos que han sido las alas de la ciencia; de la hipótesis y de la especulación. La hipótesis llena los vacíos que necesariamente deja la observación más rigurosa y completa, a fin de poder concebir la unidad de un fenómeno. La especulación sirve para crear la hipótesis y darse cuenta de los principios generales que la explican y que permiten formular esas leyes que, según Helmholtz, son los telescopios que penetran en la más lejana noche del pasado y del futuro¹⁸.

¹⁷ Cornejo, Mariano H. (1908), *Sociología General*. Madrid, T. I, Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández; *Ibíd.* (1910), T. II, Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco.

¹⁸ Cornejo. 1908: T. I: 36.

Para Cornejo, lo que había que descubrir eran las “leyes que en la sociología están basadas en nociones de leyes naturales que gobiernan los fenómenos”. Un modelo general de hacer ciencia que se orienta por el siguiente esquema:



Un planteamiento que se asemeja a los escritos del joven Víctor A. Belaunde que trató de integrar el método positivo y el método subjetivo¹⁹. Pero, en el caso de Cornejo constatamos que predominantemente se mueve en un esquema evolutivo espiritualista cuyo objetivo final era descubrir las leyes de la sociedad.

EL ESQUEMA SOCIOLÓGICO DE MARIANO H. CORNEJO

LA EVOLUCIÓN NATURAL	CULTURA Y PSICOLOGISMO
<ul style="list-style-type: none"> - Origen de la vida - tos primeros hombres - La adaptación y solidaridad - La sinergia social - La organización de los grupos - La sociedad 	<ul style="list-style-type: none"> - Lenguaje - Mito y religión - El arte - La costumbre, el derecho y la moral - Matrimonio y familia - El Estado

¹⁹ Belaúnde, Víctor A. (1987), I. *El Perú antiguo y los modernos sociólogos, Obras Completas*. Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario.

<ul style="list-style-type: none"> - El progreso - Los factores sociales - Los factores externos <li style="padding-left: 20px;">- La raza <li style="padding-left: 20px;">- La herencia <li style="padding-left: 20px;">- La población - La instrucción y educación - La división del trabajo <li style="padding-left: 20px;">- La guerra 	<ul style="list-style-type: none"> - La ciencia
---	--

FUENTE: Elaborado por el autor y CORNEJO: 1908: T. I: 1910: T. II

Una apropiación sociocultural donde:

el más alto producto social es la ciencia que puede definirse como el conocimiento exacto y sistemático de ciertas relaciones de la realidad. Representa la adaptación más perfecta de la inteligencia, es decir, de la más alta forma de vida al mundo exterior. Como fenómeno de adaptación no puede tener otra fuente que el ejercicio, es decir, que la experiencia como elemento reflexivo, no puede llegar a otro resultado que a nociones relativas. Para la sociología, la ciencia, es como otros productos, la revelación del desenvolvimiento espiritual, gracias a los estímulos y condiciones de la vida colectiva²⁰.

Un esfuerzo en el que la ciencia en general y la sociología aparecen como una construcción colectiva e individual plenamente deliberada:

El trabajo colectivo, que se presenta uniforme en las primeras observaciones, se cambia después en tradición e influencia y, por fin, determina su encadenamiento que vence todas las fronteras y que se independiza de todos los particularismos, para perseguir por esfuerzos individualistas y solidarios, una obra esencialmente cosmopolita y humana²¹.

En el sentido epistémico de Cornejo, la sociología se limita a dar constancia: "primero, de que siendo imposible de percibir la realidad en su pureza objetiva, la verdad es también un

²⁰ Cornejo, 1910: T.II: 533.

²¹ Cornejo, 1910: T.II: 534.

producto social, desde que se deriva del consentimiento universal sobre la constancia de ciertas relaciones, y de que está, por tanto, subordinada a la evolución de la inteligencia; segundo, de que la ciencia se desprende por un esfuerzo reflexivo de los productos espontáneos, como el lenguaje y el mito, y de la experiencia; Tercero, que sus progresos corresponden a la facultad cada vez más desarrollada de medir y apreciar las relaciones descubiertas mediante signos y fórmulas verbales, numéricas, gráficas, cuyas combinaciones corresponden con más o menos exactitud a ciertas conexiones de las cosas”²².

Una ciencia relacional y reflexiva que sirve para medir, calcular y prever la realidad. Gnoseológicamente “la verdad absoluta está fuera del alcance de la inteligencia, impone el método que considera las verdades científicas, verdades de orden experimental, capaces de simplificarse en nociones generales, que la especulación puede ordenar en teorías con el auxilio de hipótesis más o menos convencionales con el fin de facilitar nuevas investigaciones”²³. La diferencia metodológica entre las ciencias naturales y social es clara, “a medida que la ciencia siguiendo el proceso histórico de Comte, va de lo general a lo especial y de lo simple a lo complejo, resulta cada vez más difícil la interpretación de las relaciones móviles y de las conexiones complejas por cantidades definidas. En el fenómeno biológico y social la intervención del método matemático tendrá siempre límites muy estrechos”²⁴.

La especificidad de la ciencia social y de la sociología, para Cornejo, reside en que:

la vida y la sociedad tienen una complicación tan grande que la naturaleza y orientación de sus movimientos convertidos en funciones subordinadas a estructuras y coordinaciones solidarias, escapan a la malla simple de las ecuaciones. Parece que la biología, y especialmente la sociología, deberán contentarse con descubrir las conexiones sin lograr medirlas ni en el número infinito de sus elementos ni en la resultante de su acción. Pero aun para esta tarea la ciencia constituye un edificio en que la solidez de los cimientos permite los atrevimientos de los muros que se levantan, rehuyendo siempre la coronación bella, pero limitada, de una bóveda o de una cúpula²⁵.

La unidad y diversidad de las disciplinas científicas encuentran su síntesis en la sociología general acorde con el esquema positivista de clasificación de las ciencias. Al respecto señala:

²² Cornejo, 1910: T. II: 534.

²³ Cornejo, 1910: T. II: 535.

²⁴ Cornejo, 1910: T. II: 535.

²⁵ Cornejo, 1910: T. II: 536.

Si el arte es la representación de lo limitado, que se completa alcanzando un fin, la ciencia, la investigación de la realidad infinita crece desechando todo límite. Por eso la obra incesante de la ciencia es revisar las bases para evitar los derrumbamientos. Las matemáticas han creado la astronomía. La física, la química y las matemáticas dan una base científica a la biología. La biología, la psicofisiología, a su vez, permiten la síntesis de una sociología general que analice la evolución de la vida en conjunto y las conexiones de la conciencia colectiva, preliminar indispensable para los estudios de sociología especial que se ocupan de esferas parciales de la actividad social²⁶.

En este marco “la sociología constituye el noble esfuerzo de demostrar que traspasando los límites de las formas animales, el fenómeno vital y psíquico se organiza en un agregado colectivo y en una conciencia común, obedeciendo al determinismo universal, traducido por las leyes fundamentales de continuidad y de correlación, que en los fenómenos orgánicos y sociales corresponden a la sucesión y a la coexistencia, que son los caracteres de la realidad, del fenómeno del ser, concebido en sus relaciones con el tiempo y el espacio”.

En otras palabras, para Cornejo, la tarea de la ciencia es descubrir la ley, la causa o el principio universal que lo rige. Escribe:

La sociología en su estado actual nos revela no sólo las formas en que se cristaliza la vida colectiva, la familia y el Estado, sino sobre todo, el desenvolvimiento de la conciencia humana; nos muestra el proceso global que coordina los sentimientos y el pensamiento dentro del marco del lenguaje, del mito y la moral; nos descubre el principio universal de adaptación que domina la totalidad de la vida colectiva, con sus funciones y estructuras, y que produce en su más elevado esfuerzo de correspondencia subjetiva, el conocimiento sistemático de la realidad, o sea la ciencia, la pretensión de explicar y de prever, de corregir y completar conscientemente la obra de la naturaleza y de la historia²⁷.

Los escritos de Cornejo que leerán en este libro, como pensaba, “es la conciencia que tiene el individuo de que forma parte de un todo”. Su esquema integrado sigue con el pensamiento evolucionista eurocéntrico que va del salvaje o el bárbaro al civilizado. Pues, “la conciencia primitiva a los demonios y a los dioses” para arribar al civilizado o “el nombre impersonal de fuerzas” a partir de sus causas. Aquí el modelo de simplicidad newtoniano y baconiano cobra toda su importancia aplicado al conocimiento de la vida social.

²⁶ Cornejo, 1910: T. II: 544.

²⁷ Cornejo, 1910: T. II: 543.

Los factores físicos: territorio, población, medios de comunicación; biológicos: raza, herencia; psíquicos: lenguaje, mito, moral, ordenan la producción y reproducción de la vida social bajo el mecanismo de integración de la "solidaridad". Pero: ¿Qué es la solidaridad? La solidaridad es "la conciencia que tiene el individuo de que forma parte de un todo".

La mirada sistémica está presente de manera lineal y evolucionista donde "la solidaridad es egoísmo en el grupo y altruismo o simpatía en el individuo". Y, donde "la propiedad es la objetivación, la materialización del concepto solidario". Urge la necesidad que "la propiedad como institución social" afirmen "las formas generales de la solidaridad con la familia y el Estado" junto a "las asociaciones" e "individualidad". El modelo político del Estado nación bajo el ideal de la "democracia americana" en perspectiva de "socialización de la especie entera". Sin duda aquí el concepto de socialización no asume el sentido de Marx sino de integración funcional y sistémica al poder y saber moderno colonial donde "la solidaridad nacional no ha logrado aún sobreponerse a la solidaridad étnica de la raza aborigen", es decir, "sobreponerse" como selección natural de la especie.

El racionalismo secularizado asume los pensamientos de Kant, Schopenhauer, Spinoza, entre otros, en un evolucionismo sistémico, pues para Cornejo "el funcionamiento de los sistemas presiden el desenvolvimiento general de la sociedad". La "individualidad" social en el tiempo se expresa "en juego de ese capital" y "lucha por la vida", "dentro de los límites de virtud, ilustración y elementos morales puestos a nuestro alcance". En otras palabras, explica las relaciones sociales vinculando elementos de lo "fisiológico y sociología [que] convergen mismo juntos a la astronomía y química molecular" como el ciclo vital de "Dios, el espíritu y la ley moral".

Otra faceta interesante en Cornejo es cómo se promueve la unidad de las ciencias. La sociología tiene como desafío dar cuenta de "las leyes naturales constantes que rigen el desenvolvimiento histórico de un pueblo, el advenimiento de un nuevo estado político, la necesidad de la solidaridad humana, instituciones que tienen siempre valor aun cuando fundadas en un principio metafísico" explicándose desde las ciencias sociales especiales: la economía política, la estadística, la ciencia del derecho comparado; unida a la filosofía materialista y subjetiva, la etnografía, la arqueología, la sociopsicología, etnoantropología, sociología geográfica, antropogeografía y sociobiología.

Cabe destacar cómo esta generación de sociólogos buscó también integrar posturas diversas como lo hizo Tönnies al vincular la relación individuo y sociedad bajo la voluntad social y el cuerpo social de individuos racionales. Pero también, vincularon otros planteamientos como el planteamiento moral De Roberty que contrastaban con enfoques epistémicos radicales de la selección natural, tal como postulaba Fairbanks. Un modelo secularizado donde “el primer sistema de sociología cósmica y mecánica que considera la sociedad como el término final de la evolución de todo el universo y el producto más elevado y complejo de la acción de las leyes universales”.

Modelo positivista que se enriquece con los aportes de Durkheim y Simmel, elevándose como expresión teórica metodológica:

Durkheim ha desarrollado una doctrina difícil de clasificar en el cuadro de este estudio. Su método es objetivo o físico, análogo al de las ciencias del mundo inorgánico. El individuo no experimenta la influencia del ambiente moral, sino que asimilando las instituciones las individualiza, del mismo modo que cada individuo colorea según su psiquis propia los objetos del mundo externo: la característica de los hechos sociales está toda ella en el ascendiente que estos ejercitan en las conciencias particulares. En los hechos morales, y por tanto sociales, tratados con el método de las ciencias positivas, se busca la ley suprema de la formación y de la evolución de la sociedad humana, que es la ley de la división del trabajo. Desarrolla en seguida Durkheim la sociología fundada en las funciones morales, no económicas, de ese hecho. Esas funciones consisten, en la creación de una nueva forma de moralidad y no en la producción de bienes materiales. Inspirándose Simmel en el método objetivo de Durkheim ha llegado, sin embargo, independientemente a formar una teoría sociológica propia que es sin duda la más original de esta tendencia, hoy franca, de la sociología contemporánea, de convertirse en autónoma, abandonando las antiguas analogías mecánicas, biológicas y psicológicas.

Por otra parte, el libro presenta el aporte de Carlos Wiesse quien representa una mayor sistematización del modelo positivista. La sociología aparece como una de las “ciencias prácticas” (Política, filosofía de la historia, etc.) de “la conducta humana”, que según él ya está presente desde Aristóteles y Platón en la búsqueda de una “educación en la ciudad, puede formar la voluntad moral”. Pero, es con Bacon en debate con Hobbes, Spinoza, Locke y la hipótesis del “ricorso” de Vico que la inducción y la deducción se hacen metodologías opuestas en la investigación.

La sociología aparece como la “ciencia de la sociedad” que debe “poseer un íntimo conocimiento del individuo humano” como “combinación efectiva de fuerzas sociales”. Un modelo que integra los aportes de Vico, Montesquieu, Rousseau, Kant, Condorcet, Saint-Simon y Janelli, tomado sentido como objeto de estudio natural; pues son “aquellos que por lo menos han tenido la intuición de las leyes naturales que regulan los fenómenos sociales”.

Pero, para Carlos Wiesse, fue Augusto Comte con su *física social o sociología* que se define el objeto de estudio de la sociedad con su aporte de *Sistema de política positiva* o *Curso de Filosofía positiva* dando cuenta de la “dinámica social o teoría del progreso”. Una construcción ideal como “ley de tres estados” diferentes a la teoría evolucionista de la selección natural. Sigue los planteamientos de Herbert Spencer, para quien la sociología debe centrarse en los “estudios sobre la génesis de la familia y la división del trabajo”, de lo “primitivo” a lo “civilizado” y el derecho patriarcal, siguiendo los aportes de Bachofën y su “Derecho maternal”. Una etapa de transición donde el quehacer sociológico se psicologiza como “psicología colectiva”. Sin dejar de rescatar la influencia de “la escuela del materialismo histórico” de Karl Marx bajo “el influjo de las condiciones económicas”.

En su trabajo *Sociedad* nos da una idea de su sociología, pues destaca que la “sociedad es un sistema natural de relaciones sociales entre elementos conscientes (sujetos) que se objetiva en corrientes sociales y en instituciones (fenómenos sociales)”. Vemos como la naturalización de la vida social cobra centralidad desde los procesos de individuación, pero también, como “proceso social”, pues, es el resultado de la “acción y reacción entre muchos individuos”.

De ahí que la “asociación humana” en movimiento es un producto de la inevitable acción y reacción entre muchos individuos como “proceso social”. Un “complejo de relaciones entre seres humanos que están en continuo cambio” donde la idea del desarrollo lo marcan las “grandes naciones” (Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania) porque son “sociedades integrales”. La sociología, en su unidad y diferenciación evolutiva, expresa los vínculos entre individuos, grupos y entornos físicos donde los factores externos, la herencia y la raza le dan su racionalidad. Unida a la antropografía, que da cuenta de cómo “la herencia de las cualidades paternas es la más importante de los factores biológicos” en el que la raza marca las “peculiaridades físicas y mentales que se generalizan”.

Para Wiesse, la metodología de investigación de lo social tenía como unidad de análisis vincular al individuo y el grupo, centrándose en los siguientes aspectos:

Así como no se toma como unidad de la investigación sociológica al individuo antropológico no puede adoptarse tampoco el *órgano social*, entendiendo por esto el grupo funcional. Los lazos sociales aparecen tanto en las *relaciones* como en los agrupamientos. Aquí existen, por ejemplo, amigos, camaradas, con socios que se determinan unos a otros, y también hay un nexo entre apóstol y discípulo, jefe y partidario, principal y dependiente, cura y feligrés, señor y vasallo.

Las cinco unidades consideradas -grupos, relaciones, instituciones, imperativos, uniformidades- son *productos*. Preceden al individuo y le sobreviven; amoldan las vidas y disponen de los destinos de los hombres. Sin embargo, han nacido al mismo tiempo de las acciones e interacciones de los hombres. Para comprender su génesis es preciso ascender al hecho primordial conocido con el nombre de proceso social.

En otras palabras, vamos descubriendo cómo su modelo positivista objetiva lo social siguiendo el pensamiento eurocéntrico bajo las influencias de Stuckenberg, *Sociology, The Science of Human Society*. Escribe:

En resumen y conclusión, la Naturaleza es el hogar del hombre, el cual la arregla y la adorna con los materiales que ella misma le suministra, llegando luego aquél a determinar las funciones de ese hogar, pues consciente o inconscientemente emplea las condiciones físicas como medios para conseguir sus fines. Por este camino, el verdadero progreso consiste en una gradual humanización de la Naturaleza, proceso en que esta limita al hombre, en tanto que este la limita también para realizar sus propósitos, absorbiendo y dirigiendo por intermedio de la sociedad, a las fuerzas naturales.

Otro de los autores que presentamos es Óscar Miro Quesada, quien también reproduce el enfoque positivista. Es interesante constatar cómo se preguntaba: ¿qué es la sociología?, ¿cómo un estudio científico de la sociedad es posible y útil?, ¿cuáles son los "principios orientadores? El modelo propuesto por el autor es el mismo de las ciencias naturales separando el sujeto del objeto del conocimiento sociológico:

Lo que se trata pues de entender es lo siguiente: que la sociedad puede ser considerada como un objeto de estudio, ni más ni menos que a la manera de considerarse como objeto de estudio un terreno, una piedra, una flor, una sustancia química, un microbio, etc., etc.

La mayor parte de los hombres, a semejanza de los peces, no ven la sociedad como algo real y que puede ser objeto de estudio, porque la tienen muy cerca de sus ojos, tan cerca que está

en ellos mismos, en su alma, en forma de moral, de religión, de leyes, de usos, de modas, de ideas, de palabras, formando parte de su misma vida.

Así mismo, es interesante constatar sus fuentes, acorde con la sociología mundial de su época, recogiendo la influencia europea ilustrada y anglosajona evolucionista. Entre los autores que cita, leemos:

El sociólogo americano Giddings, en su libro *Principios de sociología*, dice que "la sociología es la ciencia general del fenómeno social".

Para el filósofo inglés Spencer "la sociología es la ciencia de la evolución superorgánica".

Para el sociólogo alemán Ratzehofer "la sociología es la ciencia positiva de las relaciones de cambio de los hombres".

Para el sociólogo belga De Greef "la sociología es la filosofía o coordinación sistemática de todas las ciencias sociales particulares".

Para el italiano Asturaro "la sociología es la ciencia de los hechos que implican entre sus elementos una reciprocidad más o menos consciente de acción entre dos o más individuos".

Para el francés de Roberty "la sociología es el estudio de la fenomenalidad superorgánica".

Un enfoque epistémico donde la ciencia sociológica se afirma de manera positiva en un proceso natural racionalista, pero en una compleja relación social entre lo objetivo y subjetivo:

[...] las ciencias hayan ido formándose de afuera a adentro, es decir, principiando por el estudio de los objetos naturales y físicos y concluyendo por el estudio de nosotros mismos, por el estudio de nuestro espíritu y de la sociedad en que habitamos. El modo como han ido apareciendo las ciencias en la humanidad, lo demuestra, en efecto. La astronomía, las matemáticas, la física, la química, la medicina, la psicología, la sociología han ido formándose en un orden que podemos llamar orden de independencia humana; es decir que mientras más independientes del hombre han sido los fenómenos que formaban el objeto de su estudio, mientras menos han tenido que ver con el hombre, más pronto han sido descubiertos y estudiados.

Muchos siglos trascurrieron antes de que el hombre se diera cuenta de que su cuerpo podía ser estudiado como un objeto cualquiera, como un fenómeno natural, como la caída de una piedra, como la salida y la puesta de los astros.

Así, constatamos como se define la sociología de manera genérica en el sentido que la "la sociología es el estudio científico de la sociedad" que tiene como objetivo:

[...] estudiar cómo y por qué se agrupan los hombres para formar una sociedad y en qué circunstancias lo hacen. El estudio del hecho mismo de la reunión de los individuos en un territorio determinado, es uno de los objetos de la sociología.

De modo pues que la sociología consta de dos partes principales: una estudia la sociedad en general, es decir, cómo y por qué los hombres viven en sociedad, en virtud de qué causas se forma la sociedad humana, qué leyes determinan su desarrollo y sus cambios; la otra parte estudia cada fenómeno social, investigando: por ejemplo, cómo nace el derecho y cómo evoluciona y se transforma a través del tiempo. En esta parte se estudia también las relaciones de causa y efecto que existen entre los diferentes fenómenos sociales, y entre cada uno de estos y el medio social, o, lo que es lo mismo, la sociedad entera considerada en su conjunto como un todo, observando cómo las modificaciones en la forma de la producción económica hacen variar los fenómenos jurídicos, políticos, religiosos, morales, artísticos, etc., etc., así como las reacciones de estos sobre aquél; es decir, los cambios que sufre el fenómeno económico de la producción, a causa de las transformaciones de las leyes, de la forma de los estados, de las ideas religiosas, morales, científicas y artísticas, dominantes en la sociedad, en una época dada.

Pero también, cabe destacar que Wiese resalta el estudio objetivo de lo social como “hechos sociales” resaltando la influencia Durkheniana:

[...] el estudio de la sociedad es el estudio de cosas más íntimas y próximas que nuestro propio cuerpo, porque es el estudio de las causas y de las leyes de nuestra moral, de nuestra religión, de nuestras instituciones económicas, jurídicas, políticas, estéticas etc., etc., es lógico que la mayor parte de las personas no hayan pensado nunca en esas cosas, y no comprendan bien lo que es la sociología cuando se les dice que es el estudio científico de la sociedad, pues nunca han imaginado que la sociedad pueda ser objeto de estudio.

En esta visión, ilustra el papel del “buen salvaje” como de la ciencia sociológica que “es el sentido común perfeccionado”, en un “raciocinio común muy cuidadoso, y los conocimientos científicos se hacen exactos” recurriendo al aporte del científico inglés Huxley, quien en su Introducción al estudio de la ciencia escribía:

A pesar de que las gentes se imaginan que la ciencia se opone al sentido común, la ciencia, por el contrario, es el sentido común perfeccionado; el raciocinio o razonamiento científico, es simplemente raciocinio común muy cuidadoso, y los conocimientos comunes se hacen científicos a medida que se hacen exactos.

En este sentido, para Wiese, el conocimiento científico se diferencia del vulgar o común, en que es más perfecto, más cuidadoso y más exacto que el vulgar. Destaca:

A estas diferencias generales es necesario agregar otras muy importantes: 1° el conocimiento vulgar es desordenado, caótico, confuso; el científico es ordenado, preciso, metódico; 2° el conocimiento vulgar es un conocimiento de los efectos de las cosas; el científico es un conocimiento de las causas; 3° por último, el conocimiento vulgar no permite prever los fenómenos sino de modo muy restringido; el científico sí permite preverlos, porque es un conocimiento no solo de las causas sino de las leyes de los fenómenos. Resumiendo: el conocimiento vulgar es un conocimiento desordenado de los efectos de los fenómenos; el científico, un conocimiento ordenado de las causas de dichos fenómenos.

Su metodología busca descubrir las causas últimas donde "la curiosidad es uno de los orígenes de la ciencia, porque es una de las causas del conocimiento. La otra causa es la utilidad, o, mejor dicho, el interés personal y el instinto de conservación". Una episteme de causalidad lineal en el que "un hombre que tiene un conocimiento científico de los meteoros eléctricos y en especial del rayo. En este caso los conocimientos son positivos claros. La causa del rayo es la electricidad". Por tanto, "el saber científico es más claro, es más útil que el vulgar, porque como conoce la causa y las leyes del rayo"

Metodológicamente, para Wiese, el análisis de los fenómenos sociales tiene que integrar los métodos a partir de una observación rigurosa independiente de nuestra subjetividad; pues "el sabio observa con paciencia y cuidado mil veces una misma cosa para descubrir sus causas y sus leyes; el hombre que la aprecia según su conocimiento vulgar la ve una vez y ya está dando explicaciones más o menos racionales de ella". En otras palabras, la ciencia de "la sociología estudia a la sociedad con perfecta independencia de los resultados prácticos; si de su estudio resulta una verdad o un precepto útil, tanto mejor".

Así mismo, la neutralidad epistemológica se convierte en un principio central de la investigación social en sus causas, leyes y evolución estructural:

[...] la sociología es un estudio imparcial y desapasionado de la sociedad. El sociólogo científico es el que se dice a sí mismo antes de estudiar los fenómenos sociales: "Yo no sé si la religión, por ejemplo, es buena o mala, si es divina o terrestre, si es universal o parcial, si es lógica o absurda, ni voy a estudiar el fenómeno religioso para demostrar qué se debe creer o no creer; sino que olvidándome de mis intereses personales voy a observar cómo ha nacido

cómo se ha desarrollado, cómo ha sido y cómo es la religión. Si de este estudio resultan argumentos a favor de la religión, los consignaré en mi trabajo, aunque sea impío y descreído, si resultan por el contrario argumentos en contra, los escribiré así mismo en mi trabajo, aunque sea más creyente y practicante que un sacerdote sincero". Lo que este sociólogo se dice antes de estudiar la religión, es aplicable a los que estudian los demás fenómenos sociales.

Podemos afirmar, en conclusión, que la sociología es el estudio científico, es decir, metódico, claro, imparcial y desapasionado, de las causas, de las leyes y de la evolución de la sociedad considerada como el conjunto o grupo de individuos que viven en un territorio determinado, y de los fenómenos sociales que en el seno de la sociedad se producen.

Al igual que todas las corrientes sociológicas objetivas y subjetivas de esta etapa, se planteaban el desafío político de organizar el Estado nación bajo este imaginario. La influencia del libro *Filosofía de las Ciencias Sociales* del sociólogo francés Renato Worms al referirse al significado de los conceptos de pueblo, nación, sociedad y Estado, nos da una idea de esta construcción colectiva del ser nacional. Correspondía, por tanto, la tarea de construir una sociología al servicio de la "sociedad nacional":

Cuatro palabras, escribe Worms, se emplean indistintamente una por otra; pueblo, nación, sociedad y estado. Es sin embargo interesante ver en qué se diferencian. Las palabras pueblo y sociedad se emplean cuando se piensa en la multiplicidad de los elementos que contiene el grupo (es decir, cuando se piensa en el número de las personas que por su reunión forman el grupo social). El término nación y estado convienen cuando se quiere designar la unidad que liga a estos elementos. Una nación es un pueblo ordenado; un estado es una sociedad disciplinada por un gobierno y por leyes. La vida es espontánea en la sociedad; es, en cambio, obligatoria y como impuesta por la fuerza, en el estado. El pueblo puede ser una multitud dispersa; la nación es una masa coherente.

La presencia de Edward Ross, sociólogo estadounidense profesor de la Universidad de Wisconsin, en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, marca en 1913 el mayor desarrollo crítico del modelo clásico positivista. Encarna, por su concepción liberal y ética puritana un nuevo momento del quehacer sociológico. Para Ross, la sociología en su racionalidad científica debe trascender con su obra; ser reconocido como científico, pues "el hombre verdaderamente dedicado al estudio se consagra al trabajo abrumador de una rama científica, no por interés de dinero o de gloria, sino para que sus ideas prevalezcan".

Una etapa donde la disciplina sociológica debía abrirse camino abordando las situaciones y problemáticas más relevantes de la vida social. Al respecto, señalaba:

Todo estudiante tiene celo por la gloria y el honor de la disciplina que cultiva, y yo me empeño en la Sociología. Este ramo del saber no había causado por largo tiempo, agitación alguna en el mundo. En verdad, hace solo treinta años que principió a considerársele seriamente como una dirección autónoma del conocimiento científico. En mi propio país acaba de llegar a su mayoría como materia de enseñanza universitaria, pues la primera facultad de Sociología se creó hace apenas veinte años. Desde entonces los programas de instrucción universitaria de este ramo se han desarrollado con satisfactoria rapidez. Puedo decir, que actualmente en las universidades de Estados Unidos se dedican a la enseñanza de la Sociología no menos de doscientos profesores.

La sociología, por tanto, debería entrar en diálogo y polémica con las otras ciencias sobre su carácter, pues "seguramente, de tiempo en tiempo, algún presidente o decano de Universidad la acusan de ser una mera aspiración, más que como una realidad, y declara que no debe tener sitio en el *curriculum* universitario, o también algún representante de las ciencias naturales arguye que la Sociología no es ciencia, porque no consigue exactitud matemática".

Vemos como la sociología empieza a afirmarse en esta etapa, más que por una razón intelectual, por las demandas de la vida social de los pueblos. Las demandas sociales planteaban, bajo la influencia del funcionalismo empirista, su desarrollo como ciencia sociológica aplicada. Pues Ross afirmaba:

Lo sé porque cada año encuentro situaciones para un número de jóvenes tres veces mayor de los que habían terminado antes sus estudios conmigo. La razón de este sorprendente crecimiento, no es la iniciativa de las universidades, sino la exigencia del pueblo. Los jóvenes de ambos sexos reclaman instrucción sociológica y si no la consiguen en una universidad la buscan en otra. Con el punzante estímulo de la competencia, las autoridades universitarias se han visto obligadas, háyanlo o no querido, a introducir la enseñanza de nuestra ciencia.

Es decir, a diferencia de las fases iniciales, la sociología debía abordar empíricamente los problemas sociales, superando su construcción intelectualista. Escribe: "Un ingenio describió, por eso, la Sociología como el arte de decir lo que todo el mundo conoce en un lenguaje que nadie puede entender. Sin embargo, el pueblo reconoció en la Sociología, algo que consideraba necesario. ¿Qué era ello? Pienso que una nueva manera de contemplar el problema social".

Para Ross, los problemas económicos productivos, el matrimonio, la propiedad, entre otros, son de interés investigativo para la sociología, descubriendo sus patrones de comportamiento social para sus soluciones.

El "sociólogo que sube a la cátedra y dice: "Cuando todas las minas ofrecen peligros, la libertad que se ofrece al minero es una burla y una defraudación. Negamos el derecho de los industriales para emplear seres humanos, en condiciones que produzcan innecesarias pérdidas de vidas o mutilaciones del cuerpo".

El sociólogo pregunta: "¿En virtud de qué derecho la sociedad exige de la gente joven que se comprometa de una manera tan absoluta, para llegar a ser marido y mujer? ¿Por qué debemos considerar esta como la única relación humana en la cual es irremediable el error?". El sociólogo se niega a coadyuvar en ese sentido y acepta las leyes que permiten el divorcio en un número limitado de casos graves".

Pero el sociólogo responde: "El bienestar de nuestros nietos debe considerarse antes que los derechos de propiedad de cualquier grupo de propietarios. El interés general impone la necesidad de establecer limitaciones a tal o cual clase de propiedad, sin compensación, siempre que la limitación se aplique imparcialmente a todos los propietarios de una propiedad semejante".

Una sociología comprometida con una política pública de la vida social que se enfrentaba a los grupos de poder gamonalista y religioso cristiano conservador, predominantes en el país, planteando el desafío de superar el "estado primitivo del desarrollo social" a un "mundo civilizado humanista universal".

[...] la Sociología se propone hacer nuevas distinciones de lo justo y de lo injusto, respecto a las acciones de la sociedad organizada, llamando a veces "injusto" a lo que superficialmente parece justo y llamando a veces "justo" a lo que en la superficie aparece injusto. Los viejos sistemas de Teología, de Jurisprudencia, de Economía Política, discuten a menudo los nuevos problemas del sufrimiento y desarreglo humano, mediante el mero expediente de negar la existencia de tales problemas. La Sociología toma el bienestar humano como su tipo y reconoce que existe un problema social, siempre que algún valioso elemento de la sociedad se presente en condiciones de miserable, o cuando degenera o perece. Niega que la acción curativa de la sociedad se paralice por concepciones jurídicas formuladas respecto de un estado primitivo del desarrollo social, cuando muchas de las relaciones de la sociedad moderna no existían. Sin compasión fustiga a los defensores del privilegio, cuando replican "*Non possumus*" al grito de la miseria y se arrastran después para guarecerse tras de alguna fórmula anticuada.

Vemos desarrollarse en San Marcos la ciencia sociológica “moderna”, como saber racional, bajo una cultura de “ganarse la confianza universal” y “buscar el bienestar social”:

Tales son los puntos de mira del sociólogo. Él no se propone, sin embargo, constituir una secta nueva, sino ganarse la confianza universal que la ciencia debe inspirar. Por consiguiente, debe buscar el bienestar social con espíritu científico. Quiere decir que debe ser objetivo, realista, severo, imparcial y reverente hacia la verdad. Y esto todavía no es suficiente. Su método para encontrar esa verdad, debe ser el formulado por la ciencia moderna: observar la realidad directamente, medir los fenómenos, en cuanto sea posible, inferir de los hechos más que de las razones deductivamente, y verificar por experimentos. Procediendo de este modo el sociólogo podrá esperar que disminuya la suma de atención que se presta al lenguaje de las personas superficiales, egoístas o fanáticas, que se ocupan de política social; y podría acostumbrar al público a un examen de tales cuestiones, completo, desinteresado y ampliamente pensado.

Este sería, seguramente, un gran paso hacia el ideal de hacer de la inteligencia un guía de la humanidad en su marcha a través de las edades.

El libro rescata, así mismo, los aportes de Ricardo Bustamante Cisneros. En su “Introducción al estudio de la sociología nacional”, escrito en 1920, nos da a conocer también el cambio de paradigma bajo la influencia inicial de la sociología estadounidense. Se cuestiona directamente el pensar y el hacer sociología como filosofía, pues “la ciencia social es más compleja que las otras ciencias”, planteándose la tarea de construir una sociología con un nuevo espíritu científico:

Abandonadas las discusiones teóricas de oposiciones doctrinarias entre idealismo y positivismo, visiones unilaterales de la realidad, en la conciliación de una síntesis armónica que exalta los valores superiores del espíritu, un firme y fecundo realismo integral, grávido de acción, contempla los problemas en las condiciones mismas de la realidad concreta y en contacto inmediato con las corrientes cálidas de la vida. Al antiguo formalismo dogmático, constituido por ideas abstractas, rígidas, aprioristas, sucede un nuevo realismo que, sobre los datos de la observación y la experiencia, en función de la realidad, elabora ideales plásticos, perfectibles, verdaderos gérmenes vivientes que comportando una virtualidad dinámica están en activa e incesante renovación.

El conocer sociológico de manera creativa supera la oposición entre teoría y práctica fusionando e integrando pensamiento y acción. Es interesante constatar como el autor

resuelve la unidad y la diferencia entre el análisis de la realidad y su construcción cognitiva "ideal":

En la nueva cultura humana, otros son nuestros métodos y es otra nuestra ciencia. No aspiramos a la verdad absoluta, eterna, inmutable, sino a la verdad relativa, provisional, e integrable. Lejos de vanas intransigencias especulativas no queremos, inflexiblemente, imponer a la realidad doctrinas absolutas aprisionándola dentro de los pesados moldes de viejas categorías deformadoras, sino estudiarla e interpretarla tal cual ella es, dentro de las condiciones naturales y relativas en las que se desarrolla y evoluciona, y, desvaneciendo aparentes antinomias nos afanamos por relacionar, fusionar, integrar, en una amplia y fecunda síntesis, la teoría y la práctica, la especulación y la aplicación, el pensamiento y la acción, deseos de alcanzar la alianza siempre anhelada y siempre frustrada, de la realidad y del ideal. Somos así más prácticos, pero no por eso menos trascendentes.

Una metodología donde la observación es su fundamento alejado de todo teoricismo infecundo apostando por una ciencia sociológica que tenga "un objetivo práctico y finalidad trascendente". Una episteme que no intuye la complejidad de lo social sino racionaliza la construcción de una ciencia humana integral. Pues destaca que la:

Ciencia que no parte de la observación de la realidad es ciencia falsa; ciencia que no va hasta su aplicación es ciencia incompleta. Ella no debe ser, pues, únicamente, ciencia pura, teórica, abstracta, meramente formal, sino que debe ser también, y, principalmente, ciencia real, concreta, práctica, de aplicación; al mismo tiempo utilitaria y desinteresada, debe tener un objetivo práctico y una finalidad trascendente, debe ser, ciencia armónica, ciencia integral, ciencia humana.

Vemos aquí como la influencia de Einstein, con su teoría relativista del espacio tiempo histórico, se empodera como teoría y metodológica, revolucionando la investigación sociológica. La sociología positivista clásica es superada por este nuevo paradigma que analiza un campo social de fuerzas en sus contextos específicos. Pues para Bustamante:

la relatividad y limitación de los conocimientos humanos, no aspira a establecer certidumbres absolutas, sino que abre el espíritu a la visión concreta de la realidad y de los valores de la vida, dando vuelo a los anhelos idealistas desdeñados hasta hace poco como energías perdidas del pensamiento. Viene a nuestra mente aquella feliz expresión de Juan Pablo Richter: ¡el ave simbólica que volaba al cielo mirando siempre a la tierra!

Pues, el modelo en su continuidad recoge la tradición metodológica de la ciencia moderna: la observación de los hechos sociales:

¿Cuál es método que precisa seguir en la ciencia social? Nadie lo ha precisado mejor que Augusto Comte. Antiguamente era de notar, en cuanto al método, la preponderancia de la imaginación sobre la observación, y, en cuanto a la doctrina, la marcada tendencia en buscar nociones absolutas. Hoy la ciencia social se caracteriza por la subordinación de la imaginación a la observación; ella ofrece a la imaginación el campo más vasto y más fértil, reduciéndola no obstante a descubrir o perfeccionar la coordinación de los hechos observados o los medios de emprender útilmente nuevas exploraciones. Se trata, pues, de introducir en la ciencia social, la tendencia a subordinar las concepciones a los hechos. Y, en lo concerniente a la doctrina, se establece la afirmación de lo relativo, ya que el progreso de la especulación se subordina al perfeccionamiento de la observación.

El sociólogo, plantea Bustamante, desde un "realismo integral", tiene el desafío de construir bajo "el principio rector de un celoso nacionalismo" un estado nación como imaginario científico "destinado a dar soluciones prácticas a los problemas relativos al mejoramiento y bienestar de los individuos". Destaca al respecto:

[...] realismo integral, que sustituye al criterio de lo inmutable con el criterio de lo progresivo y de lo perfectible, la ciencia renovados sus métodos, suprimidos sus problemas falsos, excluidas sus preocupaciones tradicionales, corrigiéndose, constantemente, conforme varia el ritmo de la experiencia, y renovándose sin cesar con la novedad de la vida, no permanece inmóvil y estacionaria en una quietud desoladora, no reducida a la mera expectación pasiva, sino que lejos de ello existe como fuerza viva para iniciar rumbos, para mejora la marcha ciega de la evolución, como instrumento de acción destinado a dar soluciones prácticas a los problemas relativos al mejoramiento y bienestar de los individuos, y, aún más, en la inquietud de la hora presente, de férvida virtud constructiva, en la que todos los pueblos hacen intensa labor de reorganización, la ciencia aparece como un factor esencial para su desarrollo y engrandecimiento. Informada por el principio rector de un celoso nacionalismo, abandona los estudios doctrinarios de imitación, que conducen únicamente a teorizar, y va hacia los estadios prácticos, de investigación y de aplicación, que llevan a penetrar en la realidad nacional con eficacia y con acierto.

Así mismo, es saltante recordar cómo asume la visión lineal evolutiva de las tres etapas de Comte, pues:

ya sabemos cómo hay para las naciones tres períodos por recorrer: el período de los grandes hechos, periodo heroico, en el que con el esfuerzo de las generaciones sacrificadas se logra la propia independencia; el período de evolución, durante el cual en lentas gestaciones dolorosas se consolida la vida institucional y se alcanzan estados mejores de cultura; y, por último, el período crítico, el de la hora severa del examen de conciencia, en el que se producen las reacciones salvadoras o las extinciones de las energías nacionales.

La sociología se singulariza como una disciplina científica aplicada, buscando descubrir nuestra "originalidad" en la universalidad del cambio social:

No debemos hacer ciencia pura, ciencia general, ciencia humana, porque ella es obra de la colaboración de todos los pueblos, y viene preparada y asimilable desde fuera, sino en armonía con las condicionalidades de nuestra vida, con nuestras experiencias y necesidades, debemos hacer ciencia aplicada, ciencia nacional, a base de observaciones propias y de investigaciones originales.

Es solo este fecundo nacionalismo intelectual el que permitirá dar originalidad a nuestro esfuerzo, por el objeto de los estudios o por los puntos de vista nacionales en que nos coloquemos, contribuyendo con algo propio al acervo común de la ciencia universal. En efecto, el estudio de nuestro accidentado medio geográfico, el examen de los problemas vitales de nuestra población, la antropología de nuestra raza originaria, la tradicional organización de nuestra propiedad territorial indígena, y aun la experiencia sociológica de nuestra historia, evidentemente, que pueden contribuir, con el aporte de nuevos datos, al mejor conocimiento de la tierra y del hombre.

En otras palabras, Bustamante se propone construir una sociología nacional que encause las fuerzas sociales a "conciliar el amor desinteresado a la verdad con el sano interés por el bien colectivo". Al respecto escribe:

En el Perú, lo urgente, lo esencial, lo primario, es que nos conozcamos bien a nosotros mismos, para aprender a levantarnos y mejorarnos; el estudio inmediato y directo de nuestra realidad nacional nos proporcionará los elementos necesarios para un mejor encauzamiento de las fuerzas vivas que pueden acelerar la evolución de nuestro país. De allí que debemos conocer nuestra geografía, nuestra tierra, nuestro ambiente, nuestra raza, nuestra herencia, nuestra sicología, estudiar debidamente nuestra historia, nuestra política, nuestras instituciones, que, ensayos nacionalistas de esta índole, tienen la virtud inenarrable de conciliar el amor desinteresado a la verdad con el sano interés por el bien colectivo.

Carecemos de un amplio conocimiento de nosotros mismos. De todo nos hemos preocupado menos del estudio de nuestro propio país, de lo que constituye nuestra realidad nacional.

Por tanto, corresponde construir la sociología peruana sin negar la universalidad de la ciencia:

La Sociología Peruana está aún por hacerse. Al hablar así queremos insistir en afirmar que nos referimos especialmente a una orientación propia, a un ensayo de aplicación concreta y práctica de las nociones fundamentales de la Sociología General al campo de la vida y de la realidad nacionales, ya que contrariamente no tendría razón de ser la idea ni la denominación de Sociología Peruana, si consideramos que la Sociología como ciencia no es nacional, como no podría serlo ninguna ciencia, y que como especulación pura es completamente imparcial, eminentemente generalizadora, y desinteresada.

Otro concepto, desde una mirada eurocéntrica, es la raza, pero comprendiéndola desde “un celoso nacionalismo”. Concepto que cobra fuerza en el discurso bajo la influencia spenceriana biologista de la sociedad como “organismo social”, pues, en su continuidad destaca que:

Solo un celoso nacionalismo, surgente de la ascensión de todas las savias de la raza y del suelo, es capaz de reencender en nosotros el fuego del entusiasmo y de la fe que ha venido apagándose en largos días de prueba y abatimiento, y de producir el vivido despertar, la milagrosa regeneración esperada, ya que únicamente los númenes de la tierra y las voces profundas de raza nos pueden dar la conciencia de nuestro ser y la orientación de nuestro destino.

En síntesis, para Bustamante, la sociología debe dar respuesta a los siguientes interrogantes:

¿Qué es? ¿Qué ha sido? ¿Qué tiende a ser? ¿Qué debe ser? Las respuestas a estas preguntas constituyen el contenido de la Sociología; pero las tres primeras engendran una Sociología esencialmente teórica, mientras la última sugiere una Sociología práctica o una práctica sociológica. Y, ciertamente, como escribe Wright²⁸, quizá es este el fin último de la ciencia social, lo que le da un profundo sentido utilitario, en la más elevada acepción de la palabra, al servir los altos fines de la vida humana.

Roberto Mac-Lean y Estenos es otro exponente saltante. En su ensayo de “Sociología. Breve exégesis sobre el problema del contenido de la Sociología, sus métodos, leyes y orientaciones”, nos lleva a conocer de manera definida cómo el sociólogo, en su concepción

²⁸ Carrol D. Wright: *Outline of Practical Sociology*. New York, 1901

teórica, se diferencia de la visión positivista clásica, pues, en su complejidad tiene la tarea de dar cuenta de la vida social en sus particularidades. Escribe:

El contenido de la Sociología, por su amplitud compleja, es el problema básico de esta disciplina social [...] todas las ciencias del mundo exterior tienen su contenido propio cuyos límites, bien definidos, no suscitan duda alguna... Las ciencias sociales particulares están en la misma condición: el aspecto religioso, ético, jurídico, económico o político van determinando los linderos de cada una de ellas que gozan de una autonomía no discutida. La Sociología no posee igual prerrogativa. Su contenido ha sido el punto de partida de los debates más acalorados entre quienes querían reducirlo a modestos ensayos parroquiales y los que pretendían almacenar en él todos, absolutamente todos, los problemas humanos.

Vemos así mismo, como plantea la necesidad del diálogo disciplinar de la sociología con otras ciencias. Un conocer que sirva para transformar políticamente la realidad como tarea sociológica. Pues, había que superar su falta de definición científica, dado que "cuando surgió la disciplina sociológica, contribuyendo a su formación ciencias muy diversas, entre otras la Filosofía, la Historia, la Economía, la Estética y Antropología, el dominio social era estudiado por múltiples escuelas. Escribe:

El error estuvo en que no se buscó un terreno propio a la Sociología sino que se vinculó su existencia al campo de acción de las escuelas anteriores que, en tiempo de Augusto Comte, aspiraban a *dirigir* y reformar el mundo social más que a *conocerlo*, y eran, por tanto, más artes sociales que ciencias sociales. No tiene ese carácter la disciplina sociológica, empeñada en investigar las leyes que rigen el desenvolvimiento social. Ciertamente es que, más tarde, enfrentándose a las artes sociales van a surgir las ciencias sociales –la Historia Económica, la Historia del derecho, la Historia de las instituciones políticas, etc.– que han de tener relaciones directas con la Sociología. Es entonces cuando precisa evitar que surjan las rivalidades nacidas en el mutuo deseo de absorción.

Mac-Lean y Estenos planteaba un diálogo al interior de la sociología sobre su metodología, métodos, técnicas e instrumentos de investigación específicas y delimitar sus fronteras, construyéndose como una síntesis de todas las ciencias sociales. La Sociología, en su pensamiento, estudia al hombre no como un ser individual sino como un elemento social y que, lejos de ser meramente descriptiva como las anteriores -Antropología, la Etnografía, la Pre-Historia y la Historia de la Civilización-, comprende todo lo que es el resultado de la civilización humana. Al respecto, sintetizando el libro de Pitirim Sorokin, escribe:

El sociólogo ruso Pitirim Sorokin, desterrado de su Patria y que dicta una cátedra en la Universidad de Minnesota (E.E.U.U.) nos ofrece en su reciente libro *Contemporary Sociological Theories* un panorama del movimiento sociológico, contemporáneo en el último medio siglo, formando el siguiente cuadro esquemático de sus escuelas: 1) la *Sociología mecánica* que recoge todas las teorías sociológicas que interpretan el fenómeno social con un criterio materialista; 2) la *Sociología Biológica*, que intenta hacerlo por el antropologismo, la selección y la herencia; 3) la *Sociología Psicológica* que ensaya una interpretación síquica de la sociedad; 4) la *Sociología geográfica* que estudia la evolución social mediante los factores geográficos; y 5) la *Sociología propiamente dicha* que, con independencia de las escuelas anteriores, estudia con criterio propio el desarrollo de la civilización.

Su razonamiento científico, como metodología, parte de la imaginación, la fundamentación del problema, la construcción de hipótesis, la recolección, el análisis y síntesis de los datos buscado explicar el "mecanismo maravilloso de las sociedades humanas". Pues:

[...] la ciencia es también la hipótesis, es decir el esfuerzo imaginativo, el problema, el camino disciplinado hacia un fin. Y si la Sociología investiga, como lo hace, el complejo de los fenómenos sociales; nos da a conocer sus instituciones más fundamentales; trabaja metódicamente los materiales aportados por el mundo físico, histórico y síquico; elabora hipótesis sobre sus leyes llegando a descubrir algunas de ellas; si ha resuelto ya muchos problemas sociales y está en vías de resolver otros; y analiza con criterio propio la realidad unitaria, hay que convenir que, aun cuando el estudio del complejo social presenta serias dificultades que lentamente van venciendo, la Sociología es una ciencia, acaso la más difícil de ellas, en estado de iniciación y que, por lo mismo, pese a unos ensayos felices y a otros esfuerzos desgraciados, no ha alcanzado todavía una organización definitiva. Ciertamente es que vive una infancia bien desarrollada, y atraviesa un período de perfeccionamiento cada vez mayor. En el análisis de los elementos y en la explicación de los estados sociales se notan algunas lagunas y faltan muchos datos, pero los que existen son bastantes para explicarnos el mecanismo maravilloso de las sociedades humanas. Por algo Comte, su fundador, le ha otorgado un sitio preferencial en su clasificación científica.

Para Mac-Lean y Estenos, lo que corresponde como tarea sociológica es conocer con exactitud y sistematicidad las regularidades estructurales de la integración social en sus permanencias y cambios sociales:

La ciencia, a su vez, tiene un acentuado matiz sociológico. Es el más alto producto social y puede definirse como "el conocimiento exacto y sistemático de ciertas relaciones de la

realidad". Cuando empalidecen gradualmente en la mentalidad primitiva que se va pulimentando, las concepciones fantásticas de la naturaleza y de la vida; cuando pierden toda su eficacia las explicaciones míticas y religiosas y aparece la vanidad inútil del empeño metafísico para encerrar en una fórmula a la realidad; cuando se arraiga la convicción de que la verdad absoluta está más allá del alcance de nuestra inteligencia y se atribuye una esencia experimental a las verdades, entonces surge la ciencia para descubrir las conexiones en el espacio o en el tiempo, la solidaridad o la continuidad de las cosas, y para someter a medidas fijas esas relaciones de coexistencia o sucesión.

Por tanto, metódicamente, la sociología al igual que las de más ciencias centra su atención en los "órganos" o estructuraciones sociales históricamente determinadas como ciencia general de las sociedades:

La Sociología no es una ciencia especial... Antes de investigar el desarrollo de las funciones precisa conocer a los órganos que las realizan. Tal, el objeto de la Sociología. Así la concibió Comte, abarcando toda la naturaleza del proceso social, de la misma manera que la Biología domina sobre toda la naturaleza viviente. La Sociología no es un arte ni una ciencia social particular. Es la ciencia general de las sociedades. Cada una de las ciencias sociales particulares, por lo mismo que estudia uno de los aspectos de la realidad social –el religioso, el económico, el jurídico– no nos da una visión de conjunto y no aspira a presentarnos una explicación unitaria del complejo social. Este es precisamente el papel de la Sociología.

En otros términos, la sociología es una ciencia general de reconstitución y síntesis unitaria del conocimiento social que corona las demás ciencias, dado que es "la cúpula más alta" del "edificio", evidenciando la continuidad de la visión Comteana jerárquica de la ciencia como secularización de lo divino. El eurocentrismo como filosofía y cultura civilizatoria del poder judeocristiano occidental cobra aquí centralidad en una situación de dependencia científico política:

La Sociología no es un arte ni una ciencia social particular. Es la ciencia general de las sociedades. Cada una de las ciencias sociales particulares, por lo mismo que estudia uno de los aspectos de la realidad social –el religioso, el económico, el jurídico– no nos da una visión de conjunto y no aspira a presentarnos una explicación unitaria del complejo social. Este es precisamente el papel de la Sociología. Las ciencias sociales particulares dividen al mundo social y la Sociología reconstituye la unidad. Las primeras forman el análisis; la segunda, la síntesis. La Sociología reúne las diversas conclusiones de esas disciplinas particulares y comprueba que las diversas fases de la realidad social, provisionalmente disociadas por las

necesidades del estudio, se juntan en la vida efectiva como elementos colaboradores. Todas las funciones se vinculan y todos los estados de la evolución social se continúan. La Sociología, pues, no quebranta, como lo creían algunos, los fueros de las ciencias sociales particulares. Se presenta más bien como coronándolas. No forma todo el edificio sino únicamente la cúpula más alta. Es el total de las ciencias sociales; da la visión panorámica que les falta a estas; y se llama, por eso, Sociología General. La Sociología es, de esta suerte, la filosofía de las ciencias sociales particulares, o, dicho con más propiedad, la disciplina que estudia los elementos esenciales de los fenómenos colectivos, los órganos que realizan las funciones sociales. Es, por eso, la anatomía de la humanidad.

Es interesante ver cómo para Mac-Lean y Estenos, la sociología no tiene un método específico, pues, se construye con el aporte de diferentes métodos, como pensaba Spencer, recurriendo al método de las matemáticas, Durkheim y Spengler al método comparativo, Bacon y Asturaro al método de la inducción, Comte al método causal inverso o histórico de ir de los efectos a las causas, Stuar Mill al método directo de la sociología pura e indirecto de la sociología aplicada en su unidad como sociología general y Stuckemberg a la construcción de un método propio y exclusivo de la sociología.

La visión sociológica de Roberto Mac-Lean Estenos, en su epistemología, apuesta por una reconstrucción rigurosamente selectiva de las tendencias y patrones sociales como unidad y organización del conocimiento social como una sociología general integral. Leemos al respecto:

La sistematización sociológica tiene, en realidad, una triple función. La labor no consiste en agrupar, catalogándolos, todos los sistemas. Es menester sacar de ellos *la unidad del conocimiento*. He ahí el primer esfuerzo de la sistematización constructiva. La abundancia excesiva de esas teorías o doctrinas sociológicas, contradictorias las más de ellas, pide, con urgencia siempre, una constante labor de rigurosa selección y *depuración de los sistemas*, tomando la parte verdadera de ellos y desechando la errónea. Muchos de ellos, en fin, no resuelven sino parcialmente el problema sociológico. Aceptadas sus conclusiones debemos organizarlas y completarlas en una *Sociología Integral*.

La Sociología, cuyo objeto es la interpretación de la realidad social, ha de emplear el análisis como procedimiento de descomposición y penetración, y ha de servirse de la síntesis, recogiendo los resultados de los análisis, para su explicación unitaria.

Corresponde, por tanto, según Mac-Lean y Estenos, descubrir esas leyes sociológicas que son mucho más complejas y específicas porque la vida social más que homogénea es heterogénea

y no reductible al monismo causal. Una crítica radical al pensamiento sociológico de Augusto Comte. Escribe:

La experiencia histórica nos demuestra que los fenómenos sociales obedecen a causas que varían en el espacio, en el tiempo y en la psicología humana.

Se ha concebido, pues, la posibilidad de encontrar, en medio de la diversidad aparente de los acontecimientos históricos, un núcleo de hechos generadores, del que todos los demás se derivan, y ha surgido el concepto de una ley sociológica que presida el desarrollo de todos los pueblos.

El monismo intenta el absurdo de explicar todos los fenómenos sociales por una ley general. El espiritualismo cree hallar en el espíritu la causa suprema de las cosas y el materialismo pretende explicarlo todo por la materia.

Ni las leyes cosmológicas, ni las biológicas, ni las psicológicas ni las estadísticas pueden aplicarse, de esta suerte, a la Sociología que es una disciplina independiente que requiere leyes propias.

Tres clases de leyes investigan, con empeñoso afán, los sociólogos: las que rigen los organismos sociales desde su formación, y que, en gran parte, están ya descubiertas; las que gobiernan actualmente a la sociedad, muchas de las que ya son admitidas; y las que regirán a los agregados sociales en el futuro y cuya intuición nos parece imposible, ya que las actividades humanas escapan al rigorismo de toda previsión y de todo encasillamiento.

Leyes que forman el marco teórico central de su sociología: la ley de la causalidad, desarrollo u evolución, integración y desintegración, complejidad, paralelismo, unidad, variedad, finalidad o causas finales. Razón del porqué la sociología en su especificidad metódica debe adentrarse al estudio general de la vida social: "No hay campo del saber humano, como el de la Sociología, en donde converjan, con más intensidad, la posición metafísica, el criterio ético, la enjundia filosófica, el acervo científico y el temperamento personal del investigador".

Por tanto, la construcción del conocimiento sociológico debía saber en qué nivel de construcción cognitiva se mueve, pero sin perder de vista su carácter práctico concreto con relación a la vida social. Pues:

La Sociología tiene una innegable base filosófica, pero sus pretensiones son más modestas que a filosofía. Interpreta la realidad social y es filosofía en cuanto investiga las causas primeras de los fenómenos sociales; pero se diferencia de ella en que no estudia lo abstracto sino lo concreto y en que no tiene un carácter especulativo sino un carácter esencialmente práctico. La Filosofía de la Historia es precursora de la Sociología y ambas pueden estudiarse como

actividades paralelas.

Vemos así, como en Roberto Mac-Lean y Estenos sigue presente una racionalidad lineal del espacio y tiempo social como un ideal del progreso en la vida social:

Gibbon en Inglaterra, Montesquieu en Francia y Vico en Italia, son los más genuinos representantes de la escuela histórica del siglo XVIII. Estudian científicamente la historia y se esfuerzan por explicar, dentro de ella, las causas de los fenómenos sociales, Autor de la teoría del crecimiento, Gibbon atribuye a causas históricas la marcha ascendente del salvajismo a la civilización. Acepta periodos de decadencia, pero juzga que cada siglo va aumentando la riqueza, la felicidad, la ciencia y la virtud de la especie humana: y que, por tanto, cada civilización debe ser menos efímera que las anteriores.

Otro aspecto central en Mac-Lean y Estenos es la relación del sociólogo con la política. Comprobamos que la neutralidad epistémica y práctica no existe. El sociólogo se ve inmerso en una dinámica de compromiso histórico-social actual. Pues, "el proceso social, desde los primeros balbuceos de la Historia es la lucha constante de esas dos fuerzas antagónicas en que se divide la Humanidad: privilegiados y menesterosos, explotadores y explotados". Marco en el que al sociólogo y la sociología le corresponde políticamente encontrar los factores sociopolíticos de superación del conflicto, es decir, la tarea de la ciencia como política es alcanzar la integración individual y colectiva en la sociedad bajo una profunda reforma social:

La Sociedad no justifica la explotación: los hombres, que no son los ángeles pintados por los teóricos del altruismo ni las bestias feroces descritas por el egoísmo, se asocian en ella para armonizar el interés individual con el interés colectivo; y la solidaridad, poderoso vínculo entre todos los individuos asociados, no debe atacar la autonomía particular de cada uno de ellos. El hombre no tiene el deber de sacrificarse por nadie ni el privilegio de que nadie se sacrifique por él. Nadie puede disputarle su derecho a vivir, desarrollarse y perfeccionar su personalidad y si, en este sentido, resulta lesionado por la sociedad debe apartarse de ella. Pero así como en nombre de la libertad se cometieron muchos crímenes y en nombre de la ciencia oficial se persiguieron las nuevas ideas, crucificando a Cristo, envenenando a Sócrates, condenando a Copérnico y encarcelando a Colón, así en nombre de la solidaridad los ricos y los aristócratas, que rara vez tienen la justicia, han cometido un crimen de lesa civilización, manteniendo a todo trance la incultura de los oprimidos porque sabían que la instrucción, despertando en ellos el sentimiento de su injusta desigualdad, la comprensión de sus derechos y la conciencia de su fuerza, los iba a hacer rebeldes.

Mac-Lean y Estenos, por tanto, apostaba por un modelo societal ni individualista ni colectivista, ni anarquista ni comunista, dado que:

El Socialismo, en primer lugar, no es ni puede ser la Anarquía. A pesar de ello los confunden quienes ignoran el contenido espiritual de cada de una de estas orientaciones. Anarquía significa «sin autoridad».

El Socialismo, en cambio, es la reforma que solo destruye los privilegios y las aristocracias, es decir la gangrena social, y que cimenta, sobre bases más justas la organización colectiva.

El Socialismo tampoco es el comunismo. El comunismo, considerado por Nitti como uno de los fenómenos más trascendentales en el panorama europeo de la post-guerra, tiene su origen en los excesos del zarismo ruso, abusivo e intolerable, y fue una grandiosa reacción popular contra la abominable tiranía de unos pocos que monopolizaban el poder y la riqueza. El comunismo, triunfante en la Revolución Rusa, lucha por la supresión absoluta de la propiedad privada cuyo derecho niega y aboga por el establecimiento de un Estado perfecto, único propietario de todos los inmuebles con derecho a arrendarlos y en el que no existan las coacciones ni explotaciones derivadas de las luchas de clases. La experiencia histórica parece demostrar la ineficacia del comunismo que puede considerarse como un estado de crisis, pero no como un sistema permanente de gobierno.

Vemos como el sociólogo, en su planteamiento, no está al margen de la política, expresando la tensión y polarización que establecía la Guerra Fría. Opta por una opción intermedia o ecléctica entre el bolchevismo y el fascismo: "El Socialismo es el término medio entre dos extremos inaceptables: el *bolchevismo*, enemigo de la libertad, que quiere establecer la dictadura inconsciente del proletariado y el *fascismo*, enemigo de la democracia, que proclama la dictadura del Estado, sin tener en cuenta para nada las libertades del pueblo".

Un discurso científico como una empresa moral y espiritual donde el humanismo cristiano se hace presente en su continuidad histórica como mentalidad y hábitos de vida desde un esquema patriarcal:

El socialismo, la más bella conquista del espíritu humano, es, por tanto, el alba que anuncia un nuevo día. Es la victoria del Estado llano sobre la nobleza irrisoria de los pergaminos; el triunfo de los pobres sobre la nobleza audaz de la fortuna. Pretende que cada hombre sea el fin de sí mismo y no el medio para el bienestar de otro hombre y que se le reconozcan todos los derechos que teóricamente son admitidos, pero que en la práctica se le niegan. Es la reivindicación humana de todos los que sufren: de esa raza de hombres que, en las fábricas y en las minas, se ha cuajado con el sufrimiento de más de veinte siglos de explotación, y de

esa raza de mujeres que, agobiadas por un trabajo superior a sus fuerzas, apagan su vida engrosando la clientela de sanatorios y hospitales.

Pero, para Mac-Lean y Estenos, cumplir con estas promesas suponía una profunda reforma social; para ello, se hacía fundamental la comprensión de las doctrinas sociológicas y de los procesos sociales. Leemos:

El origen, el desarrollo y la esencia misma del fenómeno social requieren para su comprensión el aporte de todas las doctrinas sociológicas. El complejo social tiene raíces biológicas y síquicas, pero está acondicionado también por los factores del medio físico, la influencia antropológica, ambigua pero evidente, los productos económicos, el aporte individual y la acción colectiva, el mandato de la razón y la imposición de la fuerza, el libre albedrío del individuo y la influencia innegable del inconsciente, fuerzas distintas que cooperan conjuntamente en el fenómeno sociológico, sin que puedan separarse con precisión las zonas de su respectiva influencia y que convergen para presidir el desenvolvimiento de esas acciones y reacciones que constituyen el proceso social.

SOCIOLOGÍA DE LIMA (EXTRACTOS)

LA VIDA Y SUS CENTROS DE ACCIÓN

Joaquín Capelo²⁹

I

En el mundo de la vida orgánica, todo se reduce, cuando esta aparece en sus primeras manifestaciones, *a un punto material activo y distinto, rodeado de una masa que siempre lo acompaña, y envuelto en un medio líquido o gaseoso que lo lleva en suspensión y lo baña de todos lados*; todo así, como pasa con los peces en el agua del estanque que los contiene o como pasa con los microbios que viven en la atmósfera. Parece que es siempre indispensable la existencia del aire en el líquido elemento, no menos que la del vapor acuoso en el fluido aéreo. Sin humedad y sin aire a la vez, la vida no es posible en el mundo sublunar.

Sabido es que la *monera*, pequeño corpúsculo de masa homogénea y sin estructura ni forma determinada, que vive dentro del agua y a grandes profundidades, se considera como el más rudimentario de los seres vivos; y sabido es también, que en esas primeras manifestaciones de la vida, esta queda reducida a los actos siguientes: absorción dentro de la esfera de acción de la monera y sujeción a ella, de alguna parte de los materiales contenidos en su medio; expulsión de su masa interna de alguna porción de sus propios elementos; indiferencia por otros recibiendo no obstante la influencia del medio externo y adaptándose a ella, y finalmente facultad de crecimiento primero y de multiplicación después; dividiéndose la masa primitiva, nunca mayor que la cabeza de un alfiler, en dos masas semejantes y así indefinidamente. *Asimilación, desasimilación, adaptación y reproducción*, son en pocas palabras las primeras y más elementales manifestaciones de la vida orgánica.

Las hordas nómadas que viven en los bosques, tendrían bien poco en que distinguirse de las moneras; y aún esa falta de conexión y dependencia una vez constituidas en individualidad propia, encontraría su similar, en la absoluta separación con que viven los salvajes disgregados unos de otros, aún los provenientes de un mismo tronco, y el símil que perseguimos se mantendría todavía, hasta en esa propiedad de ser amorfa que distingue a la monera, ajena a esa necesidad de afectar forma determinada que caracteriza a las plantas y muy particularmente a los animales de las especies más elevadas en la escala de la vida. La monera

²⁹ Capelo, Joaquín. *Sociología de Lima*. Vol. 1, 1895, pp. 131-148.

se adapta fácilmente al medio, deformándose hasta rodear y asegurar el elemento nutritivo que encuentra a su alcance, como se adaptan en el bosque las tribus nómadas, agrupándose o dispersándose a las proximidades de los recursos de vida que encuentran a su paso, sin preocuparse jamás de formar centro alguno estable de población y de residencia.

Si pues la monera es el punto de partida de la vida orgánica, hay fundamento bastante para decir que el salvaje a su vez, viene a ser el punto de partida de la vida superorgánica.

II

Si de la monera pasamos a examinar otros vivientes más adelantados en la escala, como la hidra, el coral etc., encontramos que estos vivientes no son sino una yuxtaposición de verdaderas moneras; y esto en cuanto conservan, los elementos celulares que los forman, toda su individualidad y toda su independencia de funcionamiento; ligándose apenas entre sí, como podrían ligarse las abejas en su panal, y con tan poca dependencia mutua, que si una hidra se corta en dos, cada parte continúa viviendo por sí sola sin que le haga la menor falta la porción separada. Más todavía, cada parte se comporta por sí misma del trozo que le ha sido quitado; todo como si la *forma* fuese una condición de su individualidad, y esta individualidad, existiese perfectamente definida por encima de las individualidades múltiples, que por su reunión constituyen al animal, todo a manera que existe la unidad del Estado por encima de las individualidades múltiples de los distintos ciudadanos que lo componen.

Por otra parte, tanto en las especies mencionadas cuanto en las más elevadas en rango, las condiciones generales de vida, ya descritas en la monera, se mantienen las mismas; solo si con mayor grado de complicación o desarrollo. El centro de *acción* de la monera, revelado tan solo por la *limitación* de su capacidad de acumular el material de su masa, *amorfa* y *homogénea*, se manifiesta en las especies más elevadas no solo por la limitación en cantidad sino también en *figurabilidad*, caracterizándose cada especie por *una forma* invariable afectada por el cuerpo del animal y por *lo diverso* y *heterogéneo* de las partes que entran en su formación. Un cuerpo de forma definida reemplaza a la masa amorfa envolvente, y el animal se revela siempre como la monera, por su triple acción: *creadora*, *ordenadora* y *acumulante* o *renovadora* de los elementos que contiene, y que toma sin cesar del mundo exterior.

Pero esa acción, a medida que el animal se eleva en la escala de la vida, aparece ejercida por órganos especiales, que sin dejar de extenderse en todo el sistema tienen siempre para cada

uno un centro bien definido y alcanzan aquellos órganos magnitud y complejidad, proporcionales en cierto modo al rango de la superioridad del viviente en la escala de la vida. Esos centros son el *cerebro*, el *corazón* y el *estómago*, sin duda formados en los animales superiores, como el resultado de la triple acción creadora, ordenadora y acumulante o renovadora, ejercida durante millares de siglos, a través de las evoluciones de las especies.

III

En el mundo superorgánico se realiza la integración individual por medio de la sociabilidad, y partiendo de la familia a la tribu y después al pueblo, a la ciudad y a los grandes Estados. Siempre se encuentra una unidad que se destaca por encima de la multiplicidad de los elementos que componen la familia, la tribu, el pueblo, la ciudad o el Estado. Y siempre hay en esa unidad un *estómago* o centro de acción acumulante o renovadora, un *corazón* o centro de acción creadora, y un *cerebro* o centro de acción ordenadora. Siempre se encuentra en toda agrupación humana, llámese tribu, pueblo, ciudad o Estado, una clase superior que mande, ordenando y disponiendo; una clase media que haga, creando los medios de realizar el fin social; y una clase inferior que renueve los elementos, elevando a las otras clases sus mejores individuos, y recibiendo en su seno para extinguirlos luego, los elementos degenerados, que eliminan las clases media y superior.

Y siempre la opinión pública, las instituciones y el trabajo físico, residiendo en toda la sociedad, recibirán su impulso inicial y permanente, respectivamente de las clases superior, media e inferior. El *intelecto*, la *afectividad* y la *fuerza* en el individuo, son en la entidad superorgánica *opinión pública*, *instituciones* y *trabajo físico* respectivamente; y si en aquel, son sus centros el cerebro, el corazón y el estómago, en el cuerpo social, los centros se hayan en las clases superior, media e inferior, sin las cuales no hay entidad superorgánica imaginable.

Y así como en el hombre, es tanto más perfecta su personalidad cuanto mejor se encuentran balanceados en ella las influencias de necesidad y sugestión que el estómago y el cerebro ejercen sobre el corazón, como centro que es de los afectos y emociones que determinan todo acto concreto de la voluntad; así también la organización y personalidad de todo cuerpo social es tanto más perfecta cuanto mejor se distribuyen y activan en su seno las influencias de comando y de necesidad que respectivamente ejercen sobre la clase media, las clases superior e inferior. Es pues la clase media el centro de lo que podríamos llamar la personalidad superorgánica; pues solo las ideas, las aspiraciones y los deseos que han llegado a apoderarse

de esa clase, son capaces de llevarse a la práctica, determinando efectivamente los actos en que toma parte un pueblo entero.

Si en el hombre domina la acción del estómago, su personalidad se acerca a la del chancho; si la influencia dominante parte del cerebro, se vive una vida artificial; y el organismo, falto del debido cuidado, se enferma y perece, advirtiéndose así, el individuo que su evolución moral no ha podido ser completada, precisamente porque olvidó que también el estómago tiene el derecho de vivir. El corazón a su vez no puede por sí solo dirigir las acciones, pues estas necesitan de la luz del cerebro para alumbrar el camino, y de las fuerzas vitales que suministra el estómago, para vencer las resistencias que ofrece el mundo externo.

Estas consideraciones no solo son ciertas respecto del individuo. La historia de la humanidad, a través de los siglos, ha dejado bien establecido que los pueblos también están sujetos a las propias leyes. En los primitivos tiempos, solo conocen la vida nutritiva: las necesidades materiales como móvil y la fuerza como medio, son en último análisis los elementos que juegan en la historia primitiva de todas las naciones; y apenas si en esa etapa de su existencia han sido otra cosa todos los pueblos, que hordas organizadas de asesinos y ladrones. En la edad media, en que se olvida un poco el estómago y se desconfía de la razón, aparece la época de los desequilibrados que sumergió a la humanidad durante diez siglos largos en esa interminable noche de ignorancia y desventura que hubo de terminar, enviando a la hoguera por millares, a todos los hombres cuya razón protestara de ser conducida por esa gavilla de locos y farsantes, dueños entonces del gobierno, de la vida, de la honra y de la conciencia humana. Pero del fondo mismo de esos males nació la reacción que debía extinguirlos y apareció la época moderna en que todos saben que no impunemente puede prescindirse de la legítima influencia que sobre la personalidad del hombre deben ejercer a la vez; el *estómago*, el *corazón* y el *cerebro*; es decir, la necesidad física, el sentimiento y la razón, sin cuyo triple concurso no es posible hacer el ciclo de la vida cual, corresponde al fin, que están de acuerdo en señalarle, la ciencia y la filosofía; esto es: *alcanzar el máximo de perfeccionamiento como entidad creadora, llevando al mínimo el empleo del esfuerzo individual.*

Los pueblos como los individuos deben pues mantener el justo equilibrio influyente de esos tres centros de acción, que presiden respectivamente a la vida *nutritiva*, a la *relacional* y a la *intelectiva*; siendo cualquiera de ellos, el primero y el último, respecto de los otros dos.

Solo en los tiempos modernos se ha llegado a realizar la vida en armonía con las leyes naturales; solo en estos tiempos se ha alcanzado a comprender que la existencia únicamente es durable y natural, cuando en sus manifestaciones se siente a la vez la influencia del mercantilismo moderno, de la confraternidad y de la razón; ilustrada esta, por la filosofía y la ciencia, libres ya, casi, casi, de todas las trabas que hubieron de ponerle los lobos del rebaño humano. Pero esos tres factores, que tienen su raíz en el *egoísmo*, el *altruismo* y los *ideales* de cada individuo, deben ejercer su influencia, en cierto grado de ponderación relativa, y propia a cada personalidad, al medio en que vive y al fin que la guía. Solo así puede lograrse un empleo adecuado y conveniente de las energías individuales y el progreso general de la sociedad.

Felizmente en los tiempos actuales: el comercio y la industria, el espíritu de asociación y auxilio mutuo, y las nociones de justicia, de honor y de deber han ganado ancho campo en el dominio del espíritu humano; todo ello ha conquistado, puede decirse, el derecho de ciudadanía, y a la sombra de esa preciosa adquisición, el mundo moderno marcha rápidamente adelante haciendo que cada día sea mayor el número de los convidados con asiento y con cubierto, en el banquete de la vida.

IV

En ese banquete no tiene Lima el mejor lugar: son los asientos escasos en número, pobre y tosca la vianda, y muchos los que quedan esperando las sobras del festín. Mayor todavía es el número de los que esperan el carro mortuario que debe eliminarlos para siempre en brazos de la peste, de la miseria o de la guerra; de esos tres agentes de la muerte, que ponen término a las iniquidades de los hombres y fin a los sufrimientos de la vida.

El coeficiente anual de mortalidad, que en las ciudades europeas no alcanza al 2 por ciento de la población no baja en Lima del 4 por ciento; y como si esto no bastara, hay en cada año y desde 1884 unas 300 defunciones de más sobre los nacimientos. La tuberculosis pulmonar por sí sola se encarga del 25 por ciento de esas ejecuciones, completándose otro 25 por ciento entre neumonías, fiebres y lesiones cardiacas; y así Lima, lejos de aumentar en población, va cada año disminuyendo en 300 habitantes, sin que sepamos que en los 10 años que van corridos desde que la Estadística reveló este grave mal, mantenido hasta hoy en la misma intensidad, se haya hecho lo menor para buscarle remedio. El hambre, la desnudez y el sufrimiento moral continúan en su obra de devastación; y hombres y cosas siguen vegetando a la sombra de esa estulticia infinita, que se apodera de las agrupaciones humanas

condenadas a atravesar largos períodos de crisis financieras, como la que Lima viene sufriendo desde el año 1872.

Todos son culpables, aunque en grados diferentes: pero también todos pueden cooperar a extinguir el cargo de su propia responsabilidad, poniéndose a la obra de restablecer el orden perturbado por las propias faltas; y exigiendo igual reparación en las instituciones y en todas las manifestaciones del poder público; centros que a su vez, contribuyeron y contribuyen a mantener ese estado de cosas donde la vida se extingue, porque la verdad y la justicia se han colocado a mucha altura, y la *conciencia del deber* la *confianza en sí mismo* y la *altives de la propia personalidad*, han descendido tanto, que sus acciones combinadas como energías productoras de riqueza, se han hecho casi imposibles.

V

En todo ser organizado, sea vegetal o animal, hay un cierto elemento circulatorio que baña todos los puntos del organismo y que forma el elemento plasmático, *savia* o *sangre*, de la vida de cada ser organizado. Ese elemento plasmático está constituido por pequeñas individualidades, en número infinito que tienen vida propia, que nacen, viven, se reproducen y mueren; todo en el medio líquido que las contiene, y a favor de los jugos que reciben de su sistema nutritivo, y que son elaborados a expensas del mundo exterior. Las *células clorofilianas* en las plantas y los *glóbulos de la sangre* en los animales son esos elementos vivos. De sus condiciones especiales y de su modo de desarrollo, depende en cada especie la naturaleza de las funciones que desempeña, sus medios de acción, y su evolución en el mundo de la vida.

En el orden superorgánico, es la *población* lo que constituye el elemento plasmático; y la vida de cada pueblo depende de la naturaleza y condición de esta, así como del mundo exterior que la rodea y a cuyas expensas debe desarrollarse.

La población es el elemento sanguíneo del cuerpo superorgánico y de allí que la vitalidad y riqueza de un pueblo, no sea sino el resultado de la integración de los vicios y virtudes de todos sus habitantes, y de allí también, que sea siempre posible mejorar la condición social cuando es posible cambiar en buen sentido el rumbo de los ideales, eliminar de los espíritus el error y encaminar las voluntades en el sentido del deber; fuera del que ninguna prosperidad es posible ni ninguna desgracia es evitable.

VI

Considerada en conjunto la monera y el medio en que vive, aparecen ante el espíritu las nociones del infinitamente pequeño y del infinitamente grande respectivamente, y como línea de unión entre ellas, la superficie limitante que envuelve a la monera y la distingue de medio. Si la monera es la manifestación primera de la vida, si su sustancia está en ella misma y su esencia en el medio que la rodea, y si la vida resulta de la coexistencia de ambas; no es difícil ver en aquel medio, en la monera misma y en su superficie envolvente, tanto la trinidad proclamada por las antiguas religiones orientales: *esencia, sustancia y vida*, cuanto la trinidad de los modernos tiempos: *causalidad, individuación y dependencia*. De allí a la noción de la verdadera trinidad: *Dios, el espíritu y la ley moral*³⁰ hay apenas un paso imperceptible; mas para dar ese paso, hay que salvar el abismo que separa la *apariencia* de la *realidad*; o el *fenómeno de la cosa en sí*, como diría Kant; o la *representación de la voluntad*, como diría Schopenhauer.

Si llevamos ahora nuestra atención sobre los actos mismos, cuya serie no interrumpida constituye la vida de la monera; encontraremos la unidad de materia en cuanto a los elementos componentes: *centro de acción, superficie limitante, y medio*; pero al lado de esta unidad sustancial, aparecerá la *trinidad de acción: creadora en el núcleo, conservadora y ordenadora en la masa y renovadora en el medio*; o, *naturante, naturada y naturable* como habría dicho Spinoza, el filósofo del Panteísmo.

El elemento naturante, núcleo o centro de acción, es el foco de la vida; parece crearla y acumularla en la masa envolvente: ya bajo la forma de una actividad *cualitativa* que dispone y ordena el material tomado del exterior; ya bajo la forma de actividad *cuantitativa* que renueva constantemente este material por cambios incesantes y que acumula lo nuevo y expelle lo viejo; todo, como si tras el aparente juego de fuerza y materia se ocultara un algo impalpable, incognoscible, que trabaja siempre y que siempre crea.

Y así como en la vida animal hay siempre una entidad material y una inmaterial en cuya coexistencia estriba precisamente la vida misma; en el mundo superorgánico también, resulta la vida de la coexistencia de dos entidades análogas: tangible la una e intangible, impalpable la otra; porque doquiera que se extienda la vista en la contemplación del universo, aparecerá siempre y como el *substractum* de todo conocimiento, la trinidad de las antiguas creencias:

³⁰ En *Materia y Espíritu* me he ocupado de establecer esta verdad y los que gusten de estudios filosóficos encontrarán allí más de un punto digno de examen.

esencia, sustancia y vida. Considerado el hombre a la luz de estos conceptos es como sustancia: *materia animalizada* como esencia; *individualidad personalizada*, y aparece en la vida, como, *la resultante de la coexistencia de ambas*; del mismo modo que aparece la chispa eléctrica como la resultante del encuentro de dos corrientes de opuesto sentido. La materia por sí sola no basta para constituir el animal; precisa además que haya en esa materia cierta disposición de partes y cierta distribución de funciones. La individualidad por sí sola no hace al hombre: ella únicamente está constituida por el recuerdo del pasado que da la unidad a la conciencia; pero si además de ese recuerdo, no hay ideales, aspiraciones, tendencias creadoras, en una palabra la intuición del *devenir*, la personalidad no existe; solo hay individualidad.

En la vida superorgánica encontramos la propia ley. Donde hay territorios y hay habitantes habrá población y nada más que población. Para que haya *pueblo* es indispensable que haya opinión pública, que haya historia, que haya tradiciones y costumbres comunes, y en todo lo que pueda establecer la unidad entre el pasado y el presente; y también es preciso que haya unidad de aspiraciones, ideales y tendencias que prolonguen ese mismo presente y lo leguen al porvenir.

El territorio y los pobladores desaparecen difícilmente y bajo ese aspecto se podría decir que los pueblos no mueren, pero la entidad superorgánica, sí muere; y esto sucede toda vez que muere el amor del pasado y las aspiraciones del devenir. Sin tradiciones, sin historia, sin ideales, sin aspiraciones, no hay personalidad en el mundo superorgánico.

Si se quiere pues conservar la vida de un pueblo es indispensable hacer en él: vivo y querido el recuerdo de su pasado, y nobles y elevados sus ideales de gloria y de grandeza para el porvenir. Sin esos resortes la nacionalidad es imposible; y por eso, cuando faltan, solo queda *territorio habitado* y sobre él no tardan en aparecer otros hombres y otras razas que constituyen otra nacionalidad nueva sobre los restos de la que le había precedido y hubo de desaparecer toda vez que olvidó, que solo es digno de la vida y solo vive, lo que tiene la voluntad de vivir porque tiene la conciencia de su personalidad y la noción de sus destinos.

Cuando estos elementos existen, se cumplen en la vida individual todas las condiciones necesarias a su mantenimiento y desarrollo y con ello es normal la nutrición superorgánica; y por otra parte en el funcionamiento de los sistemas presiden el desenvolvimiento general de

la sociedad, no hay tropiezo ni rémoras; la vida relacional e intelectual adquiere considerable desarrollo; y a su sombra, evoluciona robusta y vigoriza la entidad superorgánica.

I. ESTUDIO ESPECIAL DEL PROBLEMA DE NUTRICIÓN³¹

I. NATURALEZA DE LA RIQUEZA

El concepto de *riqueza* no es igual para todos. En su acepción más vulgar significa plata; es decir, monedas o capital circulante. En su acepción técnica significa *todo aquello en que reside la cualidad de ser útil*, y bajo este aspecto, es riqueza: el agua, el aire y en general, todo lo que puede servir para llenar una necesidad, proporcionarse un placer, evitarse un sufrimiento o un disgusto, satisfacer un deseo etc., etc. Cuando además, la riqueza es de tal naturaleza que puede *darse en cambio* de otra riqueza, se forma concepto de *valor*. El aire es riqueza, pero no es valor, sino en el caso de no poderlo lograr, a menos de no dar en cambio otra riqueza: caso, que respecto del aire, no puede presentarse, sino en circunstancias excepcionales. El tipo o *denominador común* de la riqueza ordinaria, que se emplea para evaluar la relación de su valor en cambio, es la *moneda*. *Riqueza, valor y moneda* son pues especies diferentes, pero que corresponden a un mismo género: la *utilidad*.

Además de estas riquezas, más o menos consideradas como tales por todo el mundo, hay otras más importantes, que para el vulgo no son riquezas, ni con mucho: La afectividad, la intelectualidad y la animalidad, que en todo hombre residen en cierta proporción, y constituyen el todo de su personalidad, y son la principal y más esencial riqueza de la vida; son la *riqueza intransferible*; son en una palabra lo que el hombre es, como diría Schopenhauer; y sin embargo esa riqueza esencial, interna, siempre generadora; esa riqueza en fin, que podemos llamar *intógena*, no es tomada en cuenta por el común de los hombres.

En la *afectividad*, se encuentra esa facultad divina de sentir, de sufrir y de gozar; de recibir impresiones, de experimentar sensaciones, de reaccionar por emociones, y de sumergir en fin todo nuestro ser en ese piélago infinito de inefable gozo o de abrumadora desventura, donde el *yo* parece ser absorbido íntegramente en la inmensidad de la naturaleza increada. Allí es donde recibe el artista sus inspiraciones; donde el pensador vislumbra las más claras *intuiciones*; y donde en fin, el filósofo encuentra firme el suelo, en que apoya sus atrevidas inducciones, para remontar su vuelo al mundo de lo incognoscible.

³¹ Capelo, Joaquín. *Sociología de Lima*. Vol. 2. Capítulo V, pp. 198-231.

Por la intelectualidad, se distingue el hombre, de los animales incapaces de razón; de esa facultad, que elevándolo hasta el *concepto*, le permite abarcar el mundo, no solo del presente como el bruto, sino que extendiéndose al pasado y porvenir, lleva el dominio de su acción, en el tiempo y el espacio, hasta confines ilimitados. Por la razón, encuentra el hombre un campo de *motivación* para todos sus actos, y en ese campo puede ir muy lejos: escudriñando la relación de las cosas, y desarrollando las leyes del universo, y en fin, reaccionando sobre su propio ser, puede emprender el mejoramiento de sí mismo y puede armonizar su libre querer con las exigencias de la ley moral, para él únicamente encomendada en su cumplimiento, a *la propia voluntad*. El intelecto, alumbra siempre el camino de la vida; a cada paso avisa, que el acto contrario a la ley moral, es siempre un descuento sobre el porvenir; descuento cuyos intereses se pagan infaliblemente, a favor de las reacciones que el acto provocará en el medio, hasta causar en este, *la acción refleja* destinada, a rectificar el rumbo mal elegido, y traer al individuo al sendero único, fijado por esa ley, y no violado jamás, a pesar de la libertad absoluta con que la voluntad actúa.

En la *animalidad*, encuentra el hombre el *subtractum* de las dos anteriores riquezas; y completa la integridad de su ser para actuar sobre el mundo exterior y poner en juego las energías que este mundo encierra. En la animalidad, reside la perfectibilidad de un organismo, apropiado para manifestarse: por la belleza, el vigor, la salud etc.; condiciones todas, que hacen del cuerpo humano, una máquina admirable de innumerables perfecciones; máquina a favor de la cual, actuamos sobre el mundo exterior y nos ponemos en relación con él.

La riqueza intógena, una en su esencia y trina en sus manifestaciones, es la que actuando sobre el mundo exterior, engendra la riqueza ordinaria, que bien podríamos llamar *exógena*, traducible siempre en bienes materiales o en monedas, y que puede clasificarse en productos artísticos, científicos e industriales, según el objeto a que son destinados, y el principio que ha precedido su formación.

Finalmente, la riqueza intógena actuando en la sociedad humana da lugar a una nueva riqueza que podríamos llamar *endógena*, por cuanto rodea cada individualidad. Ella no es otra cosa que el reflejo de las energías de la sociedad sobre cada uno de sus miembros; precisamente en razón de la acción e influencia de ellos recibida, y así devuelta al origen de donde partiera. La riqueza endógena, constituye para cada individuo, en razón de lo que *parece ser en el concepto de los demás*, un patrimonio nuevo con que la sociedad lo dota, otorgándole sus favores por el

intermedio de las *instituciones, la opinión y las industrias*; cuyos elementos de vida dan a cada uno al estado de *facilidades, crédito y capitales*, medios nuevos con que atender al desarrollo de la riqueza propia.

Encontramos pues, tres clases de riqueza para cada individuo; *intógena, exógena y endógena*; que respectivamente comprenden lo que *se és*, lo que *lo que se tiene* y lo que *se parece* ser o poder, como diría Schopenhauer.

I

Bien se podía pues, bajo el punto de vista de la riqueza, representar la de cada individuo, por un sistema de tres esferas concéntricas distribuidas cada una en tres zonas, a favor de dos planos horizontales equidistantes de su centro. Partiendo de este a la superficie, aparecería la primera clasificación: en *intógena, endógena y exógena*; y partiendo del polo superior al inferior, aparecería la segunda clasificación: en *moral, intelectual y material*; siendo siempre, una y trina la figura considerada.

Esta comparación nos permite todavía ir más allá en el análisis que nos ocupa. Si imaginamos que un rayo cualquiera de nuestro sistema esférico, es *rígido* en la primera esfera, *deformable* en la segunda y muy disgregable o *aeriforme* en la región de la tercera esfera, resultará en nuestro sistema; sólida la primera, líquida o plástica la segunda y gaseosa la tercera; todo como una simple imagen del globo que habitamos; y en ese modo de ver las cosas, encontraremos representado en cada radio, el triple aspecto del capital; *fijo, movable* y *circulante*; o la *tierra, capital*, y el *trabajo*, de los primitivos economistas; y también encontraremos la totalidad esférica, en la reunión de todos sus radios; como se encuentra la totalidad de todas las riquezas que tiene el individuo. Lo más interesante de la representación simbólica que hacemos de la riqueza estriba no solamente en su entera conformidad con el análisis que de ella hemos presentado; sino que en la totalidad de su concepto encontramos una esfera ideal, en todo conforme: al *átomo* del químico; a la *nebulosa* primitiva del astrónomo, a la *célula* del botánico; a la *monera* del zoólogo, y en fin al hombre mismo, en su triple concepto de *estómago, corazón y cerebro*. La riqueza pues, constituye en grande escala: un sistema vivo del *mundo sociológico*; un sistema que tal vez puede dar imagen amplificada y en todo igual, al sistema infinitesimal del *mundo sicológico* que nos ofrece la *célula* nerviosa del cerebro. Serían una y otra como el *macrocosmos* de una misma entidad; como son para la Física, los mundos que le revela el telescopio y el microscopio: aquél en la inmensidad de los

espacios celestes; y este en lo infinitamente pequeño de los tejidos orgánicos; sirviendo uno y otro de mutuo complemento, y dando ambos reunidos la explicación completa de los hechos en el mundo fenomenal de lo físico o material.

II

Comprendido en toda su amplitud y alcance, el concepto de riqueza que hemos desarrollado, y la imagen casi tangible, que de ese concepto hemos hecho, fácil será ver cuán incompleta es la noción de riqueza que tienen las más de las gentes, para quienes el dinero es el valor por excelencia, casi el único que alcanzan a percibir. ¡Cuántos que se consideran ricos por el dinero, verán en esta imagen, la pobreza infinita que los rodea! Esos tales, no se han fijado en la notable circunstancia de ser posible siempre adquirir dinero, cuando se posee *virtud*, *talento* o *vigor*; en tanto que, ninguno de estos factores puede obtenerse con las solas monedas. Los bienes materiales apenas si son respecto de la virtud, el talento, la belleza, la salud, el vigor, etc., apéndices insignificantes, de allí nacidos y utilizables a su lado únicamente, como el metal más rico lo es al lado del brillante, para servirle de engaste, a fin de poner en transparencia lo limpio de sus aguas y él chispeante juego de sus luces, cambiantes a favor de sus múltiples facetas diversamente inclinadas.

Con todo, esa riqueza material, exógena como la hemos designado, es indispensable; y sin ella no pueden sostenerse naturalmente las otras dos riquezas; como no pueden sostenerse en el árbol el fruto y la flor, si el tronco desaparece, o no tiene el desarrollo suficiente para llevar sus ramas, y defenderlas contra las influencias del viento exterior, que sin cesar las mueve, las agita, y las favorece o contraría, en su lucha incesante para beber la vida, en el ambiente, el calor, la luz, el agua y el suelo, que las rodea. Lo hemos dicho: *estómago*, *corazón* y *cerebro* son indispensables, y todos tres son *primero* y *último*, si se trata de existir; pero su calidad y su rango son distintos, y deben ser tenidos en cuenta, si se desea un verdadero y completo bienestar. A nadie es dado pasar más allá del *potencial* con que la naturaleza lo ha dotado, en cuanto a sus cualidades esenciales: *afectivas*, *intelectivas* y *animales*, pero así como al nacer con esa dote, que representa el trabajo de las especies que precedieron en la vida animal a la vida humana, y en esta, el de los propios ascendientes y la labor educativa; y así como estos continúan aumentando nuestro caudal, alimentando nuestro organismo primero, y educando después nuestro corazón y nuestro espíritu; y en fin, así como la sociedad, después, continúa a nuestro favor el trabajo de la familia, y forma así nuestra riqueza exógena con los

recursos y con los favorables conceptos con que nos rodea; así también nos corresponde hacer por nuestra parte, que ese inmenso capital que nos liga a la creación con infinita gratitud, sea aumentado por nuestra personal acción, y con ella creada y llevada al máximo de su desarrollo, la dos veces triple esfera de nuestra riqueza: *moral, intelectual y material*; cuanto *intógena, endógena y exógena*, cumpliremos debidamente el ciclo de la vida, y solo así seremos dignos de vivir.

II. DE LA APROPIACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

Debiendo tratar en la vida relacional e intelectual de Lima de las riquezas intógena o endógena; al presente, en la vida nutritiva, nos ocuparemos principalmente de la riqueza exógena; traducible siempre en monedas, y radicada en bienes terrenales.

El origen histórico de la apropiación de la riqueza material, es el crimen: asesinos primero, ladrones después, usureros en seguida, y finalmente negociantes de mala fe; son los tipos que llenan el cuadro primitivo de la vida humana, en la apropiación de la riqueza material o exógena. Sobre esa base, se ha formado la armazón del bienestar material; y aun cuando, todavía hay tipos en esas cuatro clases, y constituyen mayoría en muchos grupos sociales; no faltan otros, donde la luz se ha hecho, y alumbrado el nuevo camino ha dado paso al elemento sano y con él, se ha emprendido la generación de la riqueza material, siguiendo el sendero honrado, que señala la naturaleza y consagra la ley moral; única fuente, como lo hemos dicho muchas veces, de toda dicha y de toda ventura, sobre la tierra y en el universo entero.

Pero este progreso, no es todavía del dominio de todos, y son pocos los que han logrado adquirir la idea y asimilar los sentimientos que conducen a ese camino, donde la riqueza puede crearse y desarrollarse indefinidamente, y donde el crimen, la bajeza, la intriga, la envidia y demás defectos humanos, son execrados y condenados del modo más absoluto, no solo bajo el punto de vista moral sino también bajo el punto de vista puramente utilitario. Esas ideas fundamentales generadoras de la riqueza, se pueden condensar en dos fórmulas sencillas:

1. *La utilidad y por consiguiente la riqueza, estriba únicamente en la **conveniencia** de una cosa, con otra; en cuanto esa conveniencia, favorece la realización de un plan, determinado por la inteligencia, deseado por el sentimiento y realizado por el esfuerzo, en tanto que este pone en suelta, en lugar y a tiempo determinado, las energías cósmicas*

del mundo físico. La palabra *trabajo*, designa precisamente ese conjunto de acciones destinadas a crear esa conveniencia que es el todo de la riqueza y constituye su esencia;

2. *En el Cambio o permuta de bienes materiales*, entre dos negociantes de buena fe, **tienen ambos objetos permutados el mismo valor para su respectivo dueño**; pero este valor, *para el objeto ajeno es mayor* en concepto del *que desea adquirirlo* que para el que quiere dar otro *en cambio*. Ese **doble exceso** de valor, es el que *motiva la permuta*, y esta se funda en la **conveniencia** o **conexión** del objeto que se desea adquirir, con la riqueza total del adquiridor; **conveniencia** o **conexión**, que no siendo igual para todos, produce la *corriente del cambio*, y con ella: **el todo de la riqueza material**.

Un ejemplo nos permitirá ser más claros. El comerciante importador posee un lote de herramientas de agricultura que le ha costado 1 000 soles de capital circulante desembolsado, 500 soles de sueldos y de interés y amortización para el capital fijo y movable que tiene comprometido en su establecimiento, y 500 soles más por *lo que él estima* justa compensación de su *trabajo personal* en el giro que ha emprendido; en todo 2 000 soles por valor del lote que posee en herramientas; lote que para él, representa 500 soles de utilidad, si logra que un comprador encuentre la manera de estimar ese lote en suma mayor que la de 2 000 soles fijados por el comerciante.

Por otro lado un agricultor que sabe hacer uso de esas herramientas para el cultivo del campo y puede con su empleo cooperar a la producción de artículos cuya precio dé también, además de los 2 000 soles, valor del lote y de todos los gastos que haya demandado la producción, un saldo a su favor; y como ese saldo no se produciría si careciese de esas herramientas, estima naturalmente que el valor de estas es no solamente de 2000 soles sino de esa suma aumentada en el saldo que en sus manos se ha de producir adquiriendo el lote para sí.

Hay pues del lado del comerciante 2000 soles de herramientas, que si los tuviese en dinero, le representaría una *utilidad* de 500 soles; y del lado del agricultor un lote de 2 000 soles, que si los tuviese en herramientas, le representaría un saldo de 500 soles o más. De *ambos lados* hay pues *saldo útil*; pero este saldo solo se realiza, cambiando el objeto poseído, uno con otro; y como tal cambio *conviene a ambos*, sucede necesariamente que el agricultor *gana*, dando los 2 000 soles y el comerciante *gana también*, dando las herramientas. Ninguno ha perdido; ambos han ganado; la riqueza se ha producido; y la ley moral se ha cumplido en todas sus partes. Tal

es el modo de ser del comercio honorable; y la ley de oferta y demanda: el regulador que modera de ambos lados, la apreciación exagerada que cada uno pudiera hacer del valor de su trabajo personal en la producción. El monopolio, la falsía, la intriga, la mala fe, no tienen pues cabida en este juego; y el *equilibrio movable de aptitudes*, se conserva invariablemente, cuando no hay agentes artificiales que perturben el juego de las energías productoras.

III. ADQUISICIÓN EFECTIVA DE LA RIQUEZA

Llegamos por último al caso concreto del problema de la nutrición de Lima. Sabemos que lo que constituye la sustancia de la riqueza y su modo esencial de generación es EL TRABAJO, en todas sus manifestaciones; comprendiendo en ellas el que produce la utilidad por la conveniencia de las partes de un mismo todo, y el que la hace nacer por la conveniencia de dos todos diferentes: industria y comercio, en una palabra, tomando esta acepción en su sentido más lato, es lo que constituye la riqueza humana; y con ella el capital fijo, el movable y el circulante que posee todo hombre en cualquiera de sus tres riquezas; sea que se considere la propia o intógena, sea que se atienda a la apropiada o exógena, sea en fin que se mire solamente la riqueza apropiable o endógena. Y sabemos también que en todas tres, es distinguible la riqueza: en moral, intelectual y material. Sabemos por último que armado el hombre con ese capital de riqueza con que viene al mundo, y aumentado este durante su menor edad, con el auxilio de la familia y con la educación y aprendizaje adquirido en esa época, puede por *su sola voluntad*, desarrollar las energías que con esa riqueza posee; y evolucionando estas en el tiempo y en el espacio, y tanto respeto del objeto como del sujeto, crear y multiplicar en proporciones cada vez más dilatadas, cuanta riqueza pueda imaginarse.

El todo de la vida económica estriba pues: en TENER CONCIENCIA del capital que se posee por lo que *se es*, lo que *se tiene* y lo que *se parece*; en TENER VOLUNTAD efectivamente para poner en juego ese capital; y en tener vigor para emprender la lucha por la vida dentro de los límites de *virtud, ilustración y elementos materiales* puestos a nuestro alcance.

Si en esa lucha se emprende con *resolución*, se actúa con *acierto*, se evoluciona con *experiencia suficiente*, se resiste con *firmeza*, y se vive, siempre *seguro de sí mismo* y con la altivez que nace del *sentimiento de la propia personalidad*, el éxito tiene que ser la regla, y el fracaso no puede presentarse sino por excepción. Busque cada uno en su conciencia, si son o no exactas estas apreciaciones, y estamos seguros que suscribirá nuestro aserto.

Cierto es que la influencia del medio tiene grande significación, y bien puede aceptarse que en el engendro de la riqueza individual, entra un 30 % debido a la imperfección de las instituciones políticas; y tal vez un 20 % más debido a las instituciones religiosas y sociales; pero siempre quedará un 50 % enteramente dependiente de la sola *voluntad individual*; y ello es más que suficiente para desarrollar la riqueza necesaria al lleno de todas las necesidades, en un país como el nuestro, harto de elementos de riqueza natural.

Con todo, preciso será para que nuestra tesis quede mejor demostrada, que distingamos tres grupos diferentes; 1. *La generación recién iniciada en la corriente económica de la vida*; es decir, la juventud, que puede recibir *educación apropiada*, distinta por supuesto, de la que hemos recibido nosotros, los que nacimos en tiempo del guano y del salitre, y heredamos la influencia del medio que nos rodeaba; 2. *La generación de ayer, no desquiciada todavía en la corriente económica de la vida*; es decir, los que no obstante haber heredado las malas influencias, cuentan todavía con recursos de vida propios o prestados, para ganar por su trabajo *renta suficiente con que conservar, sin hacer deuda, la posición que hoy tienen*; y 3. *La generación de ayer, desquiciada ya en la corriente económico de la vida*; es decir, los que habiendo heredado esas malas influencias, no pueden mantenerse en la posición social que ocupan, sino *haciendo deuda o viviendo a merced del acontecimiento*. Estudiaremos en cada clase el problema económico que le incumbe resolver, para el logro del propio bienestar.

LA GENERACIÓN NUEVA

I

En la generación que recién se inicia en la corriente económica de la vida, el problema está confiado necesariamente a la sola acción individual, al menos en el 50 % que al individuo corresponde, en la adquisición de su propio bienestar; y que es suficiente en Lima para lograrla por entero.

Cuando recién se cumplen los 20 años de edad y se ha llegado allí sin vicios y sin obligaciones; y cuando además se ha logrado recibir una educación práctica sobre la necesidad y conveniencia del amor al trabajo; y se cree firmemente que el hombre solo es digno de sí mismo cuando vive de sus propios esfuerzos; y se ha percibido que la posición económica solo es duradera y estable cuando se sujeta en los gastos a los límites *invariables* de un *presupuesto* formado sobre *entradas efectivas*, y después de deducir una porción determinada para

asegurar el porvenir; entonces decimos, el problema de la vida se presenta llano y sencillo, y su solución será lograda infaliblemente.

En efecto, según el modo de ser y la educación de cada individuo y según el estado político y social de cada pueblo, corresponde a toda individualidad una *cierta posición social* y una *cierta renta mínima* necesaria para vivir en esa posición de un modo estable y seguro. Si esa renta disminuye, es forzoso bajar a una posición inferior, y si esa renta crece se puede subir a una posición superior. El estado normal corresponde a la *estabilidad* de la posición *inicial*, y depende de la seguridad de mantener su renta, y en su empleo, *sujetarse* al presupuesto de gastos, sin olvidar la parte destinada *al ahorro*, para asegurar en el porvenir el íntegro de esa misma renta. El todo estriba pues en dos cosas: *mantener el íntegro de la renta, y no ultrapasar jamás el presupuesto de gastos correspondiente a esa renta, ahorro comprendido.*

En otros países es posible que el mínimo de la renta, no corresponda al mínimo de las necesidades inaplazables; pero en Lima, siempre ese mínimo de necesidades se puede satisfacer con la renta que en todo caso, un hombre puede ganar; pues lo hemos visto, siempre alcanzan los hombres a ganar en Lima 240 soles al año o 20 soles al mes; comprendiendo en ello el alimento y el vestido, cuando el sueldo mensual es menor. Pues bien, si de esa renta de 240 soles al año, se separa tan solo el quince *por ciento*, es decir 36 soles anuales, a razón de tres soles por mes; y esta módica suma se coloca en la caja de ahorros primero, y después en cédulas de crédito, bonos municipales, acciones de empresas industriales, o cualquier otro documento que sea seguro y produzca un interés del 6 % año, y si además se tiene *firmeza de carácter* suficiente, para no dejar de separar todos los meses esa porción de la renta y de no tocar para nada, ni el capital ni los intereses que ese ahorro va formando, colocado siempre en la misma condición productiva, el cálculo demuestra que a los 30 años se habrá formado un capital igual a 80 veces *el importe de la anualidad empozada*; es decir, que para nuestro caso de 36 soles al año, se habrá constituido un capital de 2 880 soles, suma que para un obrero es una fortuna y cuyos solos intereses al 6% anual, le darán una renta de soles 172.80 o de 14.40 cada mes; a cuyo favor estará seguro de vivir, *en su clase, pero sin necesidad de trabajar*, es decir, *como rico*; y esto desde que entre a los 50 años de edad; a la que puede llegar tal vez escaso de fuerzas y de salud. Algo más, si ese capital de 2,880 soles no desea legarlo a persona determinada, por no haber tenido hijos o descendientes de su afecto, puede comprar una *renta vitalicia* y entonces no tendrá los 14.40 solamente, que representa los simples intereses, sino que gozará del íntegro de la renta de 20 soles al mes que tenía durante

el período de los 30 años, pasados en el trabajo y cuidando de ahorrar. Y si al llegar a los 50 años, se encuentra todavía con salud y vigor suficiente para trabajar; en esos 2,880 soles de *capital* y en los *conocimientos prácticos* de la vida y en la *moralidad, ilustración y buenos hábitos* adquiridos, tendrá todavía un capital enorme con que seguir en la propia ruta, pero *subiendo* en posición social por legítimo ascenso, y marchando en esa vía con planta segura, puesto que le es conocido el terreno, y sabe ya cuánto vale como centro de acción, en la lucha por la vida.

En nuestro examen no hemos mencionado siquiera, el enorme capital que en virtud y en ilustración, se puede adquirir en 30 años, cuando se vive *vida humana*, y no vida de vegetal o de mineral, como la que hacen tantos y tantos desgraciados. Al tratar de la vida relacional e intelectual de Lima, se verá cuan dilatado es ese horizonte y cuan escasamente se le conoce.

Tampoco nos hemos ocupado en nuestro análisis, de los casos de enfermedad, desgracias y otros contratiempos de la vida; en cuyo nombre, los espíritus débiles pretenden encontrar la disculpa de su imprevisión y fracaso económico.

También es fácil impedir el daño bajo el punto de vista financiero. Un cinco por ciento más de la renta, es decir; para nuestro caso de 240 soles anuales, con 12 soles más al año o uno al mes, puesto en colocación productiva, tendrá cada uno un fondo acumulado para los casos imprevistos de enfermedad y demás mencionados; y si tiene el cuidado de considerar esos fondos como *ajenos* y tomarlos únicamente, en condición de *prestados*, cuando el caso llega y *reintegrarlos invariablemente*, cuando el tiempo se mejora y hay ganancia extraordinaria; tendrá siempre el hombre previsor, fondos suficientes para librarse *en su parte material* de las desgracias de la vida. El todo habrá consistido *en formar una asociación indisoluble* entre *sus buenos y malos tiempos*; reintegrando en estos, lo que se viera obligado a gastar en aquellos.

Y como lo dicho en el caso citado de una renta mínima anual de 240 soles, tiene aplicación fácil, tratándose de renta mayor, es evidente que nuestra solución es general y es aplicable a toda renta cuyo 20 % es distribuido como se ha indicado. No faltará quien observe que el ahorro del quinto de la renta es difícil de llevarse a cabo, sobre una suma exigua, y mucho más cuando hay familia, que año por año va aumentando; y cuando la vanidad, la ambición, y el deseo de subir, domina el espíritu y desvía al Jefe de la casa del rumbo que conduce al ahorro.

Nosotros diremos que, en circunstancia tal el fracaso no solo viene, sino que debe venir, y es bueno que venga: puesto que así, la ley moral se habrá cumplido, y su sanción será merecida y

conveniente, una vez que el jefe de la casa, olvidando su rol de mando, cede al medio exterior y se rinde. Ese tal, merece sucumbir y debe perecer; como merece perecer y perece, el capitán de la nave que en día de tormenta, hace suelta de su puesto de comando, porque no tiene *la altivez* de su propia personalidad, ni tiene *confianza en sí mismo*, ni *espíritu* y *voluntad* suficientes, para dominar los elementos *luchando como hombre*, o sucumbir ante ellos *muriendo como bueno*; y en todo caso, no echando en olvido que tiene el puesto de mando y la obligación ineludible de salvar la vida de los viajeros, ante todo y sobre todo. Y estos a su vez, si han sido causantes del naufragio por haber olvidado su papel y la subordinación debida al jefe; justo es que perezcan también, porque así lo exige en ese caso como en todos, el equilibrio moral del universo.

Cuando en una familia no hay cabeza; cuando la razón y la virtud no rigen su evolución; cuando la vanidad y el qué dirán sustituyen a la dignidad y al deber: la salud del elemento sociológico está perdida y la ruina debe venir, para salvar a la sociedad de un elemento muerto ya, e inapto para alimentar la vida superorgánica. Que sucumba una familia semejante, es un hecho natural y conveniente para la conservación de la ley moral; y si en descenso obligado, el sufrimiento y el dolor no son suficientes para restañar las heridas de ese organismo y reaccionarlo en el buen camino, es porque el mal se ha hecho bastante profundo para exigir que se produzca la muerte, y salga de ella, como sale siempre, una vida mejor.

Pero cuando la enfermedad que describimos, no se ha apoderado de una familia; y cuando todavía hay en ella una unidad completa, donde solo impera la razón, la virtud y el trabajo; entonces, forzoso es que todas las energías concuerden en seguir el buen camino, y el ahorro del 20 % de la renta se haría invariablemente, *con beneplácito de todos*; y si para ello es necesario cambiar de posición, bajando algunos grados, se descenderá sin protesta; porque se sabrá que procediendo así se logrará el bienestar, la independencia económica, y la tranquilidad del hogar, y se conservará intacta la *dignidad de la persona*; dignidad que, ningún poder humano hará perder a quien permanece fiel cumplidor de sus deberes, y sabe que en la misión de la vida, lo esencial es ser, y no simplemente parecer que sé es.

II

La *previsión racional* es en la *totalidad* de la vida del hombre, del nacimiento a la muerte, lo que son las *antenas* para los animales sin vista, en la *actualidad* de cualquier acto de su vida. Estos por *tacto inmediato* y aquel por el *concepto* elaborado por la razón; ambos, se dan

cuenta del bien o del mal que los rodea y ambos pueden precaverse; si bien, el animal tan solo lo hace por lo que inmediatamente le afecta, en tanto que el hombre puede llevar su previsión a la totalidad de su existencia en el tiempo y en el espacio, teniendo siempre presente el principio de causalidad. Para todo provee el intelecto; esa vista del espíritu; ese paralítico, como dice, Schopenhauer, que no abandona jamás a la voluntad, pero que es con frecuencia maltratado por esta; poco inclinada muchas veces a seguir sus indicaciones, y dueña en todo caso de llevar o no a la práctica los actos que por él se lo sugieren.

Schopenhauer representa la individualidad humana, compuesta de dos entidades: la voluntad, por un ciego robusto y caprichoso, y el intelecto por un paralítico incapaz de moverse, pero sí dotado de una vista muy penetrante y llevado a hombros del ciego, ocupándose a cada instante de dar a este noticias y detalles del camino que van atravesando. Nosotros completaremos la feliz comparación de Schopenhauer, representando el *vigor* y la *salud* por un caballo sobre el cual monta el ciego, teniendo el manajo de la rienda para hacerse conducir donde desee, pero a expensas del animal. Así las cosas, tendremos una imagen viva del hombre; esto es, de esa entidad compleja, puesta de manifiesto en tres centros diferentes: estómago, corazón y cerebro, como lo hemos hecho ver antes de ahora.

Si el ciego, pues, no desprecia los consejos del paralítico, ni descuida la alimentación y cuidado de su caballo, podrá hacer tranquilo el viaje de la vida; y nada podrá entorpecer su marcha próspera y venturosa sobre la tierra. El ahorro y la previsión se harán generales, y cada individuo y la sociedad entera no solo no caerán en la miseria, sino que ni la conocerán siquiera; como no la conocieron jamás; nuestros ascendientes, en el imperio de los incas.

El día que estas ideas ganen el dominio de la opinión y dirijan las voluntades, nuestra Lima recuperará su antiguo esplendor. Hoy consume, en números redondos 60 millones de soles por año; y solo ahorra cosa de 4 millones, entre lo empleado en la educación de la juventud y lo acumulado en la caja de ahorros (5000 000 s.) y en distintas industrias (5000 000 tal vez); entonces, ahorraría los 12 millones que corresponden al 20 % de su renta anual, es decir 8 millones más de los que hoy economiza. Entonces sí, podríamos decir que éramos ricos, y la miseria habría desaparecido completamente de nuestra vista. Cuando se piensa que solo el presupuesto de los sinvergüenzas representa la mitad de esa suma, y que la otra mitad apenas representaría un pequeño esfuerzo, apena el alma ver que hasta hoy no se haya entrado por

entero en la única vía que nos ha de llevar lejos de los males que nos afligen y que en nuestras manos está evitarlos completamente.

Lima, no obstante, va en la vía del ahorro no muy atrasada, y la suma de los 5000 000 soles que se acumulan anualmente en ese ramo, representa para nuestra población de 1000 000 habitantes nada menos que el 50 % de lo que se ahorra en Francia, proporcionalmente a la población. Poco esfuerzo pues demandaría alcanzar ese límite; y ultrapasarlo como es preciso, apenas exigiría suprimir a los sinvergüenzas, y prescindir de algunos gastos de pura vanidad. Es tanta la riqueza natural de nuestro país, que estamos seguros, sería más que fácil para Lima hacer anualmente un ahorro de 12 millones, y esto sin gran esfuerzo individual; y si tal se realizase, con ello solo, podríamos prescindir por entero del llamado capital extranjero, que nunca existe sino en números, y que se lleva, por usura y en muy buenas monedas, todas las utilidades del trabajo nacional; de ese capital extranjero; que en último análisis, no representa tal vez sino el dinero por nosotros desperdiciado y acaparado en seguida por los llamados capitalistas, no siendo los tales, sino simples acumuladores de los intereses usurarios, cobrados por habilitaciones siempre escasas y siempre recargadas con comisiones, intereses penales, multas y demás, que se traducen a los pocos años, en la ruina de agricultores, industriales, mineros etc., y en la aparición de esas grandes casas, que giran con millones, que de Europa no trajeron; y que serían nuestros, si el ahorro, la economía y la previsión, se hubiera empleado en lugar de eso, que llamamos enfáticamente *el crédito*; palabra irónica, destinada a señalar la causa principal de la ruina nacional y particular en el Perú. Si queremos ser ricos y poderosos, matemos la usura y el monopolio; matemos el llamado crédito en el extranjero; y desarrollemos dentro del país, el crédito, la economía, el ahorro, las aptitudes productoras y la moralidad individual. Entonces sí, habrá crédito y será este señal de progreso y riqueza; hoy, solo lo es de espoliación y de usura, contra todos los hombres de trabajo, activos y honrados.

LA GENERACIÓN ACTUAL NO DESQUICIADA

Al lado de la generación nueva recién iniciada en la corriente de la vida económica, viene la generación actualmente en ejercicio, y suficientemente dotada para mantenerse con holgura en la posición que ocupa. Podrá pues aplicar los principios del caso anterior, y esto en más vasta escala; porque posee elementos mil, que la otra no tiene aún, y puede además tener de su lado la *influencia política* y el *valimento social* que corresponden necesariamente a la posición que ocupa. El 20 % del ahorro no necesitará ser ultrapasado; pero su rendimiento

podría ser mucho mayor, y en riqueza moral e intelectual, llevará también ventaja no pequeña a los que recién se inician en la vía de los negocios.

LA GENERACIÓN ACTUAL, YA DESQUICIADA

Por último, debemos ocuparnos de esa generación envuelta completamente en la corriente de la vida económica; pero desquiciada ya, y que marcha al garete, por entero, ligada a elementos encontrados, después de desecha tempestad. Allí, los que se formaron al calor del orden de cosas creado por el guano y el salitre; allí los hijos de la vanidad y del *que dirán* de los necios, de los torpes y de los ignorantes; allí los vagos de guante blanco y sus siervos degradados, aduladores de sus vicios y escamoteadores de sus dineros; allí las ambiciones desequilibradas, hijas de un pasado ignominioso hundido para siempre; allí la pedantería de los que solo nutrieron su espíritu con lecturas insustanciales; allí los corazones enervados por la sugestión de escritores materialistas y realistas, para quienes nada hay en el mundo de grande y de elevado sino su personalidad infinitesimal, integrada en la totalidad de la especie humana; de esa pobre entidad, divinizada por una filosofía sin vida, que a sí misma se llama *positiva*, como si tuviesen algo de negativo *Dios, el espíritu y la ley moral*.

En ese grupo desquiciado, viven como verdugos unos y como víctimas otros, todos aquellos infelices que no supieron luchar o que no quisieron hacerlo; o que en fin, arrastrados por la corriente no pudieron sostenerse y sucumbieron cayendo al abismo abierto por las propias o las ajenas faltas. Y también en ese grupo, viven todos aquellos que perdieron su *personalidad* a fuer de recibir la vida del elemento exterior, por medio de bajezas o de intrigas, y que olvidaron que la altivez de la persona es la primera de las virtudes, y en ella reside principalmente para el hombre, la fuerza de su acción individual.

Allí, en ese grupo, solo se aprendió a *hacer visitas* y a pedir favores, cuando es posible conseguirlos; y en caso contrario, a echar al gobierno y a la sociedad, la culpa toda, del malestar que ellos mismos supieron crear, y solo ellos saben mantener, por el completo olvido de las leyes del deber, por la falta de amor al trabajo y en una palabra, porque no supieron *luchar como hombres*, ni serían capaces de *morir como buenos*.

No: el gobierno y la sociedad, por lo que nosotros contribuimos a formarlos, tendrán alguna parte en nuestra desgracias; pero esa participación por mucho que se la exagere no podrá pasar de un 30 % en el gobierno y de un 20 % en la sociedad. Queda siempre un 50 % de

nuestra exclusiva responsabilidad, y ese 50 % es más que suficiente para hacernos a nosotros mismos, los únicos responsables de nuestro propio estado.

La solución del problema de la nutrición es pues alcanzable en Lima, *pura y exclusivamente*, por acción individual; y para lograrla es necesario tan solo el *propio querer*; es decir, el propósito ilustrado por la razón y asimilado en el sentimiento, de acometer de frente la *realización* de nuestra propia ventura.

Cualquiera que sea la condición del individuo, ya desquiciado en la corriente de la vida económica, su rehabilitación es posible en Lima, *con una, simple rectificación de rumbo*.

El que ocupa una posición social superior a sus facultades y alcanzada solamente por el arrastre que de su persona hicieron a la altura con el viento político u otro, en la época del desconcierto, ese tal, debe descender sin vacilaciones, a la capa social que por sus aptitudes y consiguere renta efectiva, es capaz de mantener; y si allí comienza una nueva evolución, por el camino del deber, no tardará en lograr el bienestar económico y la tranquilidad moral, y tal vez recuperar sólidamente la posición precaria que procediendo así, habría tenido la virtud y la entereza de abandonar. El que mereciendo vivir en la posición que ocupa, no puede sin trabajo ganar la renta correspondiente, por haber perdido algún capital o algún apoyo exterior, debe, *durante cierto tiempo*, procurar recuperarla; pero si esto es improbable o tardío, debe sin vacilaciones cambiar de medio exterior: sea emigrando; sea reduciéndose en la propia posición; sea alejándose de los centros principales; sea *descendiendo con entereza*, para rehacer ese capital y regresar a su puesto. Nada habrá perdido, si supo conservar la dignidad de su desgracia. El cumplimiento del deber a nadie degrada; solo envilece en el mundo, el mantenimiento de una posición equívoca, la falta de carácter, y la desestimación de sí mismo.

Los caracteres débiles, y en nuestro estado social las mujeres únicamente, pueden confiar su porvenir a la suerte; el hombre, si es digno de serlo, no debe olvidar jamás, *que él es su propia obra, y su ventura y desventura, solo a él debe estar confiada*. El gran desarrollo que en Lima han tenido el *juego de lotería* y el *juego de envite*, es indudablemente, el síntoma más aterrador de la decadencia del carácter nacional.

Sí: seamos hombres y seremos libres ricos y grandes: todos podemos alcanzar esa altura, si todos amamos el trabajo y tenemos conciencia de nuestra personalidad, y conocemos que hay una ley moral única y absoluta, que rige el universo en todas sus manifestaciones. Cuando

estas ideas se perciban con claridad, y el propio sentimiento las haya asimilado a nuestro ser moral, aparecerá luminosa y esplendente, esta grande y consoladora verdad:

En Lima, ***todo hombre tiene el poder y el deber de ser rico***; es decir, de ser virtuoso e ilustrado, y de gozar de bienestar material; a favor de una renta ganada con honor, por medio del trabajo, y asegurada por el ahorro en dosis suficiente para vivir con holgura, en la capa social que, a cada uno corresponde según sus personales aptitudes.

LAS INSTITUCIONES³²

CAPITULO I

CONSIDERACIONES GENERALES

En el hombre como en los animales, el corazón representa lo que hay de más permanente, de más automático, de más inconsciente y de más necesario, en el funcionamiento vital del organismo y en el modo de ser afectivo de cada individuo. Parece el corazón, almacenar, lo que cada especie ha conquistado a través de los siglos, y lo que cada individuo ha seleccionado para sí, a través de las generaciones que le han dado origen. Si la fuerza emana del estómago, y lo consiente se anida en el cerebro; la personalidad toda, en lo que tiene de esencial y eterno, parece residir en el corazón principalmente. Allí mora lo inconsciente, *y solo lo inconsciente es propio, verdaderamente.*

En el mundo superorgánico, parecen desempeñar *las instituciones* el mismo papel que el corazón en el organismo animal. Son ellas en efecto, organizaciones de carácter estable, de automático funcionamiento, de larga duración en cada especie, y derivables fácilmente unas de otras, a través de la marcha evolutiva de los pueblos; sujetos por lo demás, al cambiarlas, a dejar siempre de todas ellas, alguna base de su manera de ser anterior. Las instituciones son como el corazón, verdaderas máquinas de movimiento automático; independiente del carácter y del espíritu de sus gerentes, y en cierto modo sin espíritu propio; y algo, como simples reservorios de los hábitos y costumbres de cada pueblo, en cada etapa de su existencia.

Después de habernos ocupado, en las dos anteriores secciones, de estudiar en la opinión pública y en la industria, el cerebro y el estómago, de la entidad superorgánica; réstanos pues, estudiar ahora en las instituciones, el corazón de esta entidad: es decir, el más noble de sus sistemas de acción.

No sería este, lugar a propósito para examen de asunto tan vasto y tan interesante, solo debemos abordarlo bajo el aspecto más general y en vista únicamente de conocerlo, en cuanto a Lima se refiere.

³² Capelo, Joaquín. *Sociología de Lima*. 1896. Vol. 3, pp. 159-161.

No obstante lo mucho que esto limita, el alcance de nuestro estudio, es la verdad, que así y todo, queda todavía inmenso campo que explorar; y para proceder con orden, preciso es hacer algunas clasificaciones. Las instituciones *religiosas, políticas y sociales*, nos han de dar una primera división, y dentro de ella procuraremos encerrarnos, para hacer el estudio que motiva este trabajo, lo más sumario posible.

CAPITULO IV³³

INSTITUCIONES SOCIALES

I. CONSIDERACIONES GENERALES

Las instituciones sociales tienen raíces más profundas en el cuerpo superorgánico, que las instituciones religiosas y políticas. Es que las instituciones sociales, tienen su fundamento, más directamente enclavado en la naturaleza humana; y el espíritu filosófico que las anima, trae su origen desde los tiempos más remotos, formando como el sedimento de pasadas civilizaciones, como el recuerdo de razas extinguidas, que al alejarse de la escena, dejaron la traza de su modo de ser; y esto, en hábitos y costumbres, en creencias y preocupaciones, en monumentos, y en su idioma mismo; y legaron con todo ello, el tesoro de experiencia que adquirieron, y que la humanidad no puede perder jamás, porque esa adquisición, precisamente, es la única razón de la existencia terrenal.

Tomando las instituciones sociales en sus límites extremos: el *individuo* y la *familia* por un lado, y el Municipio y la ciudad, por el otro; se presentan ambas entidades, como unidades completas, reflejo una de otra, en cuanto a su constitución esencial; y comparables entre sí, por su magnitud, como lo son, en su origen, el infinitamente pequeño con el infinitamente grande.

Al integrarse el individuo y la familia para constituir el Municipio y la ciudad, no siguen sin embargo un solo camino; por dos vías distintas, se engendran, antes, en ellas, por el lado de los intereses permanentes: el *taller*, el *gremio* y el *partido político*; y por el de las necesidades variables: el *salón*, el *club* y la *clase social*.

Debemos, pues, estudiar las instituciones sociales de Lima, bajo los cinco aspectos siguientes:

³³ *Ibíd.*, pp. 254-255.

1. El individuo y la familia.
2. El taller y el salón.
3. El gremio y el club.
4. El partido político y la clase social.
5. El municipio y la ciudad.

Entremos en materia:

LOS PARTIDOS POLÍTICOS³⁴

I

Mucho se ha dicho y repetido en todos los tonos, que los partidos de *principios* son los únicos capaces de labrar la ventura de un país; y mucho se ha dicho también, que en el Perú no hay partidos de principios, sino que todo partido es *personal*; siendo su único objetivo, la elevación al poder de una persona determinada; el *caudillo*, para lucrar y vivir a su sombra cada uno de sus afiliados. Estas ideas propaladas con tenacidad y repetidas sin contradicción, han llegado a objetivarse en un partido nuevo, compuesto de jóvenes, de sanos propósitos, que pretenden realizar en sí el ideal buscado en los partidos de principios; y aún aquellos dos partidos históricos, que en el Perú como en todo país, han existido y existirán siempre: los *conservadores* y los *liberales* también han creído por su parte, necesario, *darse un programa de principios*, y presentarse ante su público, vestidos a la moda.

Por supuesto, como las cosas no son en el mundo, lo que quiere que sean el humano concepto, sino que son, lo que deben ser en armonía con su naturaleza esencial y con los fines que por su medio se deben realizar; en tanto, que los teóricos disertan sobre la naturaleza *principista* de los partidos, estos continuarán siendo, entidades intermediarias del mundo superorgánico, *constituidas* como su unidad elemental, el hombre, *en tres centros simultáneos e inseparables*; traducibles respectivamente: en principios o ideas, en afectos o sentimientos, y en esfuerzos o intereses; *principios, afectos e intereses*, cuya influencia debe hacerse sentir en toda agrupación humana, y por consiguiente, en todo partido político; principios, afectos e intereses, que según su relativo predominio, y según sus diferencias esenciales, darán lugar *en un mismo partido*, a la preponderancia en su exterioridad, de alguno de ellos; y *en partidos*

³⁴ *Ibíd.*, pp. 281-288.

diferentes, a la separación más o menos pronunciada, y, casi opuesta, del objetivo que persiguen, y que en cierto modo, traducen en su programa y en su manera de ser.

Y así como en el hombre burdo y sin educación, su interés inmediato, prima sobre toda otra consideración y es el móvil principal de sus actos; en tanto que, en el hombre culto y educado, son los ideales y los conceptos que de la vida se ha formado, los móviles que predominan en sus resoluciones; y así como en unos y otros, la parte afectiva entra siempre, para hacernos aceptar o rechazar una determinación, motivada por el interés o por la razón, pero en todo caso, solo llevada a la práctica por la acción de la voluntad, que al afecto determina; así también, en los partidos políticos, llámense de *principios* o de *intereses*, entra siempre algo y mucho, de *personal*; porque, no es posible prescindir de las simpatías y antipatías, que por sí solas constituyen el primero de los criterios a que el hombre obedece; y muy en particular, el hombre del pueblo, sin cuyo concurso no hay partido posible.

Convendremos pues, que, *en todo partido político, hay a la vez: principios, afectos e intereses*. Lo único que diferencia a los partidos de las viejas naciones, de los partidos de los países nuevos, consiste en que en aquellos, la acción *sedentario-política*, del tiempo transcurrido, ha dado a los adherentes, por la posesión del poder, *riqueza y poderío* suficiente, para que ese asunto, no necesite salir al exterior ni sea llevado como estandarte; en tanto que, en los países nuevos, los intereses en formación todavía, han menester hacerse sentir de un modo ostensible, y los principios solo pueden entrar, como entran las ideas, en el programa de vida de un hombre pobre y burdo, que debe concentrar todos sus esfuerzos a ganar el pan de cada día. Es pues cosa natural, que en Europa, los partidos sean de principios; y que entre nosotros continúen siendo todavía, partidos personales. No quiere esto decir que allá no exista en los partidos nada de personal, ni que entre nosotros no haya nada de principios; lo único que hay, es, que en Europa, predominan los principios, porque los intereses, tienen ya hecha su labor, y entre nosotros predominan las personas, porque los intereses aún tienen mucho que lograr. Pretender que las cosas pasen de otro modo, es formarse de ellas conceptos muy falsos; y es sustituir a la realidad de lo que son los partidos políticos, un tipo abstracto, incompatible aún, con la naturaleza humana; porque esta, es siempre objetivada, en tres centros diferentes y bien marcados: *estómago, corazón y cerebro*; elementos que son cada uno, el primero y el último respecto de los otros dos, no pudiendo presidirse de ninguno de ellos, sin prescindir al misino tiempo del hombre mismo.

Natural es que cada partido político, tienda a ser partido de principios; y es natural también, que oculte ante los demás su lado personal y de intereses; pero todo esto, no es posible sino entre ciertos límites; como no le es posible al hombre rico e ilustrado, disimular completamente la manifestación de sus afectos, ni dejar de rendirse ante las exigencias de todo orden, que el interés se encarga de servir

II

Los partidos políticos no son, ni ser otra cosa, que *corrientes vivas*, producidas en sentido determinado, en cada época de la vida de un pueblo; y esto, como *resultado natural* de la comunidad de ideas, de la orientación de sentimientos, y de la existencia de intereses comunes a la mayoría de los ciudadanos; y estas corrientes se producen siempre, cuando marchando cada cual *en busca de su bienestar* físico y moral, encuentra que muchos otros han tomado el mismo camino; y todos juntos, se dan razón, entonces, de su fuerza numérica y de su poder consiguiente; percibiendo además que son mayoría, y que por tanto, pueden imponer su voluntad a toda la nación y llevar al terreno de los hechos, por el ejercicio del poder, la realización de todos los ideales que han servido de guía y la unificación de sus aspiraciones y propósitos.

Los partidos políticos no son el producto de simples lucubraciones teóricas, encaminadas a formar programas más o menos ideales; son por el contrario, engendro espontáneo de la vida superorgánica; variable sí, con el estado social, y según, la época, los hombres, y los acontecimientos, que marcan ciertos períodos de la vida nacional. Los partidos políticos no son fundados por un hombre; pero una vez la corriente producida, aparecen esos hombres, que marchando en primera línea, revelan por ello solo el puesto de comando que por la naturaleza de las cosas, les corresponde; y si en su personalidad, encarnan por decirlo así, el querer de los demás, su acción es irresistible y el éxito no tarda en obtenerse. Todo partido tiene pues, necesariamente el triple aspecto, de ser por su esencia misma; de *intereses*, porque son ellos los que engendran la corriente; de *principios*, porque es a ellos que se debe la común orientación en la marcha; y *personales*, porque los partidos solos pueden alcanzar sus fines, cuando logran encarnar sus propósitos en persona determinada, cuyo nombre sirva a todos de punto de mira, y en la lucha como bandera de combate.

Cuando los intereses no se hacen comunes, cuando no hay acuerdo en los principios, y cuando falta el hombre que encarne las voluntades, los partidos se disgregan y desaparecen; como se

anula y cesa la corriente de un río cuando se evaporan sus aguas, cuando no hay cauce para conducirlos, o cuando su velocidad se anula por falta de declive en su lecho.

En todo partido político, deben pues, considerarse, como en la corriente de un río, tres factores esenciales: la *cantidad*, el *rumbo* y la *velocidad*; o los *intereses* coaligados, los *principios* aceptados en común y el *hombre* que encarnando unos y otros, dirige el movimiento; y así como en las corrientes líquidas el trabajo mecánico de que son capaces, depende de la masa líquida y de la velocidad de la corriente, y la naturaleza del efecto producido, depende del rumbo u orientación de aquella; así también, en política, la *acción útil* de un partido, depende del número de adherentes, del caudillo que lo conduce, y del sentido y clase de los ideales que tiene como guía.

Cuando esos tres factores tienen ancha base de existencia, la vida de los partidos es robusta, y su acción se prolonga y se afirma, año tras año, tomando entonces todos los caracteres de una entidad permanente en el organismo de la sociedad; pero en caso contrario, los partidos nacen a la vida o se extinguen rápidamente, como nacen y se extinguen en los ríos corrientes pasajeras, aunque a veces de gran energía, cuando se amontonan en su lecho, palizadas u otra clase de obstáculos, que una vez destruidos, dejan las cosas en su antiguo estado, y siguen las aguas su antiguo régimen, como si nada lo hubiese interrumpido.

CAPITULO V³⁵

EL PROBLEMA DE LAS INSTITUCIONES

I

Cuando se reflexiona sobre las condiciones de la vida animal, a poco que se penetre en ese terreno, sorprende y mucho, la singular circunstancia, de ser el corazón, el *órgano único*, que no cesa de actuar *un solo instante*; como si allí se anidara y no en parte alguna distinta, todo lo que hay de permanente y eterno en la individualidad del animal. En el sueño, parecen paralizadas todas las funciones vitales; solo el corazón vela sin el descanso, manteniendo con su acompasado movimiento las pulsaciones de la vida; y en los largos sueños invernales de los animales de los polos, se puede observar el mismo fenómeno, en escala de tiempo mucho más considerable.

³⁵ *Ibíd.*, pp. 307-318.

¿Es el corazón, acaso, el lugar de residencia, del *espíritu* que anima a los vivientes y que ordena y dispone sus movimientos, como el piloto, en la nave que comanda; ¿o es el corazón solamente, el volante de la máquina animal, que almacena todas las energías recibidas del mundo exterior, para distribuirlas en proporción igual, en los diversos puntos del sistema, cual corresponde a las condiciones del régimen de mayor y uniforme rendimiento? ¿Será por ventura el mundo superorgánico simple manifestación, en grande, dada al hombre de su propio ser, tal como este está constituido allá en las recónditas interioridades del sistema orgánico, donde todavía no ha penetrado el escalpelo de la ciencia? ¿Estará acaso reservado al porvenir, que la *Fisiología* y la *Sociología*, converjan al mismo punto, como convergen ya la Astronomía y la Química molecular; representando la una en grande escala a la misma entidad que en la otra, se manifiesta en infinitesimal reducción, como si la naturaleza quisiese hacerse conocer, así, a la vez, por sus opuestos polos: analítica y sintética, múltiple y una, infinitamente grande e infinitamente pequeña; y así en todo, como realización tangible de la *unidad de los contrarios*, entrevista ya, por la filosofía trascendental? ¡Mientras más se mira en ese fondo sin límites, se amontonan las sombras, las dudas, las cavilaciones y los tormentos del espíritu; mientras más se pretenda romper esa densa niebla, del que ha logrado saber siquiera, que lo ignora todo; mientras más se ahonda, allí; ¡más y más se siente, la nada del propio ser, y más y más se vislumbra la imponderable grandeza de esa región ignota, donde el hombre ha adivinado que está su centro y su patria como esencia, su verdadera ventura!

No se han hecho esas regiones todavía para nuestro terráqueo ser; no se ha hecho el hombre, para sostenerse en el aire como el águila; y si apenas le es permitido por el salto, mantenerse allí un instante tan solo, mucho menos, puede elevarse a las etéreas regiones y al más allá, que únicamente le es dado vislumbrar, en el deleite inefable de filosófico ensueño. Volvamos, pues, al mundo que habitamos, por ahora, y continuemos nuestro estudio, sobre el problema de las instituciones de Lima.

II

Las instituciones de un pueblo, son el corazón de su entidad superorgánica; y así como el daño de un órgano, la atrofia de una visera, la lesión de una arteria, el desgaste de una válvula, la alteración de un ganglio, son por lo general reparables, en todos los sistemas curativos, y esto, toda vez que sea posible, por su aplicación, restituir al corazón, un funcionamiento completo, que obligue a la sangre a hacer su circuito regular y cumplido; así también, en Sociología, todo

sistema es bueno, si tiene por efecto hacer de las instituciones un organismo vivo y sano, que ponga en circulación regular y cumplida a todos los elementos vivos; es decir, que ofrezca a todos y a cada uno de los asociados, paso libre y franco, para el desenvolvimiento de todas sus energías. Y si el corazón, como órgano vital, no fue hecho sino por el propio esfuerzo, a través de la evolución de las especies; las instituciones de un pueblo, no pueden formarse sino también por el propio esfuerzo, y no pueden alcanzar su perfeccionamiento, sino a través de la evolución histórica de todos los pueblos y de todas las razas. No debe, pues, extrañarnos que nuestras instituciones no sean perfectas: ningún pueblo las tiene por cierto, a esa altura; pero sí, debemos preocuparnos de que esas instituciones correspondan a nuestro grado de cultura, y a nuestro rango como pueblo civilizado. En ese terreno hay mucho, muchísimo, que desear; pero también hay mucho, muchísimo, que podemos hacer.

Nuestras instituciones están petrificadas casi en su totalidad. No hay en ellas vida; porque *no hay espíritu* ni organización adecuada. Se mueven por velocidad adquirida en virtud de su inercia, y no en función de la energía vital, que debían almacenar y no almacenan; son panales que hicieron laboriosas abejas, muertas ya; y solo han quedado los zánganos, en íntimo consorcio con las avispas que trajo la inmigración. La miel que se elaboró, se consume ahora, pero no se reemplaza y muy pronto quedará solamente una masa informe, donde antes hubiera una verdadera colmena.

El interés y la explotación, han sentado sus reales, donde los ideales y las virtudes debieran regentar. La verdad y el bien son plantas exóticas en ese mundo, donde debieran habitar y multiplicarse como en su suelo natural. El espíritu de las instituciones, en muchas de ellas, voló a las regiones ideales; solo han quedado, en las más, simples cadáveres, y en unas pocas, cuerpos casi muertos, pero con cierto resto de vitalidad. Aún late el corazón; aún es posible abrigar una esperanza. El problema de las instituciones, demanda hoy, principalmente, el trabajo de los entierra-muertos y de los cirujanos; pero también hay labor para los médicos, y campo de aplicación para los remedios heroicos, para las buenas prácticas higiénicas, y aún, para la medicina casera, que se aplica en los casos desesperados.

III

Bien sabemos que la personalidad humana, tiene un triple centro de acción; y sabemos también, que estos centros, priman igualmente como factores de la vida; y sabemos por último, que en su modo de generación, a través de la evolución de las especies zoológicas, es

el estómago el primero que aparece, viniendo después, el corazón y el cerebro, como si su formación, fuese debida a las energías de aquel. Según todo esto, podemos estar ciertos, de que *sin estómago, la vida es absolutamente imposible*; pero que, *sin corazón y sin cerebro, solo puede desarrollarse esa vida nutritiva, de las últimas capas de la serie animal*. Búsquense en nuestras instituciones, el cómo, y el modo de existencia de esos tres centros; y será fácil cosa, darse cuenta después, no solo de su falta de vida, sino todavía, de sus menores detalles, y también, del modo de traer a ella a las que deben vivir, o de hacerlas desaparecer, cuando sea preciso que mueran. La naturaleza está constituida de tal modo, que todo lo que existe, o es *habitante o es habitación*; y la plenitud de la vitalidad de su ser, estriba justamente, en que *sea a la vez, habitante y habitación*, o, individuo y medio, simultáneamente. Y así como el hombre es habitante, respecto de los infinitos seres vivos que integran en su cuerpo, ya como obreros, ya como transeúntes; y así como en el cadáver, solo queda una habitación de gusanos, así también, en todas las instituciones, cuando desaparece la unidad de propósitos, la concentración de energías, y demás potencias derivadas del corazón y del cerebro, solo queda un cadáver; y son los gusanos, precisamente, esos individuos que se dicen miembros de la institución, y que viven en ella hasta devorar todo lo que sea devorarle. Y así como los cadáveres inficionan la atmósfera, y es indispensable para evitarlo, que se les dé pronta sepultura, así también respecto de ciertas instituciones, es forzoso que los entierra-muertos apresuren su labor.

No todas las instituciones, felizmente, han llegado a ese punto, y en muchas todavía es posible intentar un método curativo.

Dejando a un lado las instituciones religiosas, cuya petrificación es manifiesta, debemos ocuparnos de las instituciones políticas y sociales, cuyo estado de putrefacción hace urgente, por lo menos, darles honrosa sepultura. En una fosa común, podrían dormir el sueño eterno, todas las instituciones fundadas en la *gratuidad de servicios*: allí la justicia de menor cuantía, los gobernadores de los distritos, los comisarios rurales, las academias y sociedades de sabios de afición, las hermandades de cofradía, los concejos municipales, las juntas departamentales, las juntas inspectoras y administradoras, las sociedades de beneficencia, las juntas caritativas; y en general, toda esa nube de grandes filántropos, que por amor a la humanidad, gastan su tiempo, su actividad y aún su dinero, sin remuneración de ninguna clase, y todavía, teniendo que soportar, los dardos envenenados de un pueblo imbecil, y de tantas maldicientes, que han dado en creer y en propalar, una serie de absurdos monstruosos, como

aquellos de que: allí donde no se ve la paga de un servicio, se obtiene esta, con creces y bajo formas muy dañosas para los asociados; todo servicio se paga; todo esfuerzo permanente, supone un interés permanente; y otros absurdos análogos, que hacen de la vida de los filántropos, un verdadero vía crucis, en el desempeño de la nobilísima y santa misión que se han impuesto generosamente, en favor de la humanidad, sirviendo gratuitamente, cuantos cargos demanden el concurso de sus interesantes personas.

Al propio tiempo que los entierra-muertos hacen su labor, los cirujanos deben apresurarse a extirpar tumores, y a amputar sin piedad, todo lo que carece de vida o es inaparente para conservarla, en las instituciones políticas que no corresponden al fin de su creación. Esos jueces rentados que no administran justicia o la administran mal; esos funcionarios y empleados, que no entienden lo que manejan o no se preocupan de las labores de su puesto; esos profesores que no saben lo que enseñan o no quieren trabajar; esas oficinas de constatación y vigilancia, que nada constatan ni nada vigilan; y en general, esa parvada de individuos, que ha llegado a creer que el mundo se ha hecho, para que ellos y sus familias encuentren manera de subsistir: todo eso, es preciso que sea suprimido; y para ello, es indispensable que como principio invariable de nuestra organización política, no hayan puesto alguno, donde la *propiedad del empleo y lo ilusorio de las garantías de responsabilidad*, hagan que se pueda impunemente, faltar a todas sus obligaciones, conservando sin embargo, los mismos derechos y prerrogativas, señalados para los que saben cumplir con su deber. Para lograr estos resultados en las instituciones es indispensable que se extirpe en todas ellas el espíritu de compañerismo; y a ello se llegaría muy fácilmente, *estableciendo la intervención de cuerpos extraños siempre que se trate de juzgar sus actos*.

El que recauda fondos no debe aprovechar de ellos; el que propone una medida no debe ejecutarla; el que da un informe sobre una materia no debe expedir la resolución definitiva; el que formula un contrato, no debe darle fuerza obligatoria; el que enseña, no debe fallar como juez, sobre el aprovechamiento; el que da la ley, no debe ser encargado de cumplirla; el que inspecciona, no debe depender del personal inspeccionado; y así en general, debe hacerse de manera, que haya en toda institución, la absoluta seguridad, de que es indefectible la responsabilidad del que falta a sus deberes, y la estima para el que sabe cumplirlos. Ningún empleo ni cargo debe darse en propiedad, y ninguna institución debe ser juzgada, por otra formada con elementos que de ella dependan.

Quedan por considerar, ahora, aquellas instituciones, cuya vitalidad exterior se nota apenas, pero que encierran, no obstante, poderosas energías en su seno, para entrar en una vida de salud y robustez. Allí, por parte del Gobierno, los remedios heroicos; y por parte del público la cooperación más eficaz y decidida. La justicia privativa, el ejército, las oficinas fiscales, las instituciones de fomento, los centros de educación y enseñanza, los servicios municipales y de policía, la colonización, y tantos otros ramos de gran valía para la vida del país, no podrán hacerse cumplidamente sino se les atiende con recursos bastantes, para el lleno de su misión. Las economías en esos ramos, son muy funestas, en tanto que los gastos vienen a ser siempre remuneradores. El dinero que se emplea en esos servicios, es como el que se gasta en el cultivo del campo: se recoge siempre centuplicado, y nunca es perdido. No decimos que haya dilapidación, pero sí, que la razón de economía no figure allí, jamás, entre las que se tengan en cuenta para organizar esos servicios.

Todo pueblo se basta a sus necesidades, y siempre es posible y conveniente obtener los recursos necesarios para asegurar un buen servicio. Proceder de otra manera, es entrar en el círculo vicioso de *ser malo el servicio porque está mal pagado*; y de estar mal pagado, *porque no corresponde a lo que debe ser*.

Con ese criterio no es posible avanzar un paso en el progreso. *El gobierno tiene el deber de organizar un buen servicio, cueste lo que cueste y el público está en el deber de sufragar lo suficiente, para crear la renta necesaria*. Cumpla cada cual con su deber, y los frutos no tardarán en recogerse, más que centuplicados. Los problemas sociales y políticos, solo se resuelven así: *planteándolos de frente y resolviéndolos con firmeza*. Lo demás, es solo jugar con la política.

En cuanto a las instituciones sociales, no es el Gobierno quien influye más; es la sociedad misma, la que debe intervenir, y ello es al presente, la labor de los hombres de bien, de los pensadores, de los críticos, etc.; y en cuanto a la solución del porvenir, es en la educación pública donde se encontrará el remedio. El estímulo, el ejemplo, el periódico, el libro y la cátedra, harán esa labor.

LA VITALIDAD DE LAS NACIONES

Joaquín Capelo³⁶

EL POR QUÉ DE ESTE TRABAJO

La sociedad humana no se forma al acaso, ni tampoco desaparece al acaso: leyes inmutables como las que rigen el mundo físico, gobiernan también las asociaciones de los hombres.

Por poco que se conozca en materia de Historia, se sabe que los pueblos, a través de todas las edades, después de aparecer en determinadas regiones del globo, con vitalidad bastante para alcanzar alto grado de prosperidad y grandeza, jamás perduraron en la altura; tuvieron períodos de decadencia, y concluyeron por desaparecer para siempre las que un día fueron grandes y poderosas naciones.

¿Por qué esos pueblos culminaron; porqué se hundieron? Estas son preguntas que todo hombre que tiene patria está en la obligación de hacerse. Responder a ellas fue sin duda el propósito de Montesquieu al escribir sus inmortales libros sobre *El Espíritu de las Leyes* y sobre la *Grandeza y Decadencia de los Romanos*; estudios profundos que deben considerarse como el origen de esa ciencia nueva que se llama sociología y que está destinada a revelar a los pueblos el secreto de su vitalidad y su grandeza o decadencia, y a establecer entre los hombres la armonía y la concordia.

Nosotros también, en el Perú, debemos hacernos estas preguntas: ¿Por qué no podemos ponernos de acuerdo para vivir armónicamente y prosperar en esta patria nuestra, siendo como somos tan pocos y con un territorio tan extenso y tan rico, y que para la mayoría de nosotros, solo produce espinas y abrojos?

Este es, señores, el problema más importante que existe en el Perú; y nada puede haber más interesante para los peruanos que procurar su solución. Contribuyamos a ello, siquiera sea planteando netamente la cuestión, y aportando si nos es posible, algunas ideas para su estudio y solución.

Tal es el objeto, señores, de esta conferencia, que vengo a dar en esta tribuna, habilitada desde el presente año para estos trabajos universitarios por el ayer no más nuestro

³⁶ Conferencia del doctor Joaquín Capelo. *Revista Universitaria*, 1915. Año 10, vol. 2. 2do. Semestre, pp. 177-191.

progresista Rector y hoy, excelentísimo señor Doctor don José Pardo, elevado, puede decirse, por aclamación a la Presidencia de la República y en ejercicio ya del alto cargo; y que perseguía en el Rectorado, con esa feliz iniciativa, el propósito de extender la enseñanza de la Universidad en sus métodos, en sus doctrinas y en su campo de acción.

Entremos en materia.

CARACTERÍSTICAS DE LA VIDA SOCIOLÓGICA

Quien dice vida, dice agrupación de energías y acción continua, caracterizada por lo electivo de los movimientos, su correspondencia a un fin y su dependencia con el medio en que la vida se manifiesta, y a cuyas expensas renueva el ser vivo los elementos que lo constituyen.

Vivo mejor y más intensamente, lo que al vivir se acerca más a la ley del mundo físico; consumir el mínimum del esfuerzo y alcanzar el máximo del efecto útil. Hay grandes analogías y similitudes entre los seres vivos y una nación por lo que respecta a su modo de ser y de actuar. La vida supone adaptación, renovación y crecimiento, y los pueblos todos, realizan esas tres funciones.

La nacionalidad supone territorio, población y gobierno; y su vitalidad se revela en sus costumbres, sus instituciones y su mentalidad. En el hombre, la vitalidad depende del carácter propio de cada uno, de su constitución física y de la cultura y desarrollo adquiridos por la educación y las influencias del medio. Y así como en la vida individual, son estos tres factores (carácter, constitución y cultura) los que actúan de consumo para asegurar la vida misma; así también pasa con las naciones que revelan su vitalidad por sus costumbres, su sistema institucional y su mentalidad. Bien vale la pena que nos detengamos un momento a examinar de cerca estas tres características de la vida de una nación.

Buenas o malas las costumbres, su fuerza de arraigo es infinita, por lo mismo que representan tiempos muy altos o energías muy intensas, o ambas cosas a la vez; y que, en todo caso, concluyeron por dominar al individuo en sus funciones propias, incrustándosele como condición de su existencia misma, como esencia de su propio ser.

Las costumbres de los pueblos y el carácter de los individuos revelan su pasado, íntegramente, con todas sus lucideces y oscuridades, con todas sus dichas y desdichas, con todas sus justicias e injusticias, con todos sus egoísmos y altruismos...; son el pasado que cristaliza en lo inconsciente de cada colectividad y de cada individuo, la vida que vivieron y el cómo asimilaron a su

propio querer y a su propia voluntad libre, lo que tal vez les fue impuesto por ajeno querer, por otras voluntades, animadas por mayores energías u orientadas más lucidamente, o estimuladas con mayor intensidad, por apetitos y sentimientos, o por ideas y por ideales.

Ya, desde los tiempos bíblicos se decía que las culpas de los padres caían sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Y así es, sin duda, no solo de las culpas, sino también de los merecimientos, y no solo respecto de los padres o ascendientes, sino del pueblo mismo en que se vive, íntegramente considerado; y también, del siglo o de la época a que se pertenece; pues todo lo que es, lleva consigo su pasado; los pueblos, en sus costumbres; y los individuos, en su carácter. ¿Y de otro modo, cómo sería posible la solidaridad de los mundos, el progreso de los pueblos, y el mejoramiento moral de la especie humana?

El sistema institucional, completa el organismo de un país, cuyas formas generales, puede decirse, las impone el territorio y la población primitivos. Las instituciones, regidas por leyes especiales y dotadas de un personal ejecutor de esas leyes, forman, en cierto modo, verdaderos órganos de la colectividad que expresan su modo de ser y sus tendencias; como expresa el carácter en el individuo, su manera de ser propia. Las instituciones participan del pasado, por lo que expresan la voluntad de ese entonces, cristalizada en las costumbres, y también revelan el presente, traducido en las nuevas leyes y en las tendencias renovadoras del personal que las dirige.

Las instituciones también, como los órganos del cuerpo, se modifican con las funciones que ejercen y a su vez son modificadoras de esas mismas funciones; y así, las instituciones modifican las costumbres y son modificadas por ellas. Hay una relación íntima y recíproca entre unas y otras, y de allí que son factores de adelanto o retroceso, según que en su funcionamiento y constitución domine el ideal elevado o el interés de un círculo, siempre contrario al interés general; y según que las leyes que las rigen, sean o no convenientes al fin de la institución respectiva.

La personalidad de un pueblo se completa verdaderamente con su mentalidad, esto es, su modo de sentir y pensar, y también su pensamiento actual, que revela toda su psicología y su cultura, como revela la educación de un individuo, su manera de pensar y sentir. Cada colectividad tiene un mundo de ideas, preocupaciones, creencias, estados psíquicos, en fin, que forman su modo de pensar, sentir y querer, propio a cada época y situación; todo como si la animara un mismo espíritu. Hay verdaderamente un alma nacional, cambiante por instantes

si se quiere en ciertos casos, pero estable y muy bien definida cuando el querer, el sentir y pensar de un pueblo se manifiesta con orientación concordante en asuntos determinados; como pasa efectivamente con todo aquello que ha llegado a cristalizar en la conciencia de la generalidad. El amor a la patria y el respeto por la verdad, la virtud y el bien, pertenecen a esa categoría.

Y así como la educación en el individuo significa una naturaleza, que puede modificarlo profundamente, guiar sus acciones y determinar, quizás su porvenir, así también se realiza con la mentalidad de las naciones. Esa es la palanca con que soñaba Arquímedes, la más poderosa, para transformar la vida de un pueblo; de ella basta para llevar a las naciones donde se las quiera llevar en grandeza y poderío.

En el individuo, bien se sabe que la educación hace verdaderos milagros: modifica el carácter, nutre el espíritu, ennoblece y dulcifica el sentimiento, y hace al hombre apto para utilizar las energías físicas y morales que gobiernan el mundo, para percibir los horizontes del arte y del ideal, y para elevarse a esas regiones donde alcanzan las asperezas y miserias de esas pobres gentes, cuyas vidas fecundan únicamente el egoísmo, la pasión y la ignorancia. En las regiones que alumbró la Filosofía, la Ciencia y el Arte, hay torrentes de luz y efluvios de ventura, para percibir los caminos de la acción máxima y el esfuerzo mínimo, y para sentirse flotar en el mar de la armonía de los mundos, donde solo moran la verdad y el bien, como atributos esenciales de todas las excelsitudes.

Cuando la mentalidad de un pueblo se columbra en esas regiones, no tarda en percibir los caminos de su prosperidad o los de su regeneración y resurgimiento, si es que se halla en decadencia o en peligro de sucumbir. Entonces la nacionalidad se levanta, renovada y pujante como en sus tiempos mejores, y con ideales claros y definidos marcha a conquistarlos sin vacilaciones ni tropiezos. A su impulso, crujen y se desmoronan leyes e instituciones caducas, para dar paso a otras más conformes a la nueva mentalidad, a las nuevas orientaciones, a los nuevos mirajes. El pueblo se da cuenta de que ha sonado la hora de la redención y que ha tocado su turno a la verdad, a la justicia y al bien; y todos concurren gustosos a demoler lo malo y edificar la patria nueva, fruto del despertar de la mentalidad, del amplio respirar en un ambiente de libertad, donde es posible colocar las cosas en su sitio y los hombres en su derecho.

Las naciones en viaje al desastre, jamás salvaron de otra manera, cuando no fueron suficientes para causar la reacción, ni las instituciones, ni los partidos políticos, ni los gobiernos, ni mucho menos las clases opresoras, ni las clases oprimidas; se llegó a ese fin únicamente por una nueva mentalidad, creación de unos pocos cerebros, muchas veces de uno solo, con el concurso ulterior de muchos otros nobles espíritus que, con fe inquebrantable en el ideal y firmes en la brega, concluyeron por realizar la reacción soñada contra el mal.

Allí están para confirmar nuestros asertos la gran revolución francesa del siglo XVIII, nuestra propia epopeya de la independencia americana; y en los tiempos contemporáneos, la Italia de Mazzini y la Rusia de Tolstoy.

LAS TRES ÉPOCAS DE LA VIDA DE LAS NACIONES

Generalmente y quizá universalmente es la voluntad de un hombre o el poder de un grupo dirigido por alguien, el que crea un período de los llamados hérvicos, en la vida de un pueblo. Después de dominadas las voluntades por hechos de fuerza, nace un orden de cosas que lleva consigo, naturalmente, la división de la sociedad en dos clases: dominadora y dominada; y es raro que esta última no sea reducida a la servidumbre y, en todo caso, explotada y humillada por aquella.

Todas las naciones se formaron así, del choque de los elementos, como se forman los ríos del torrente que cae de la montaña y se abre paso, laborando su propio lecho en el fondo del valle, llenándolo con sus aguas y estableciendo después en estas y en el llano, un régimen permanente y estable. Así resultan las naciones, de ciertos grandes hechos de fuerza, primero, y después de la acción lenta y compleja de los egoísmos, las pasiones y la ignorancia de los pobladores, que el acontecimiento reunió bajo una misma autoridad.

En el período de la acción lenta, según que esta se produzca normal o anormalmente, se alcanzan estados mejores; y, hay progreso o se cae en un rápido desgaste, y allí se puede alcanzar una reacción saludable que retorne la normalidad; como puede llegarse al agotamiento de las energías del sistema y a su obligada desaparición. Hay, pues, para las naciones, tres periodos por recorrer: el periodo de los grandes hechos, período heroico, de las conquistas sobre otros pueblos o de la propia independencia; el período de evolución, lento, durante el cual se desarrolla la civilización y se logran estados mejores; y, por último, el período crítico, de las reacciones o de las extinciones de las energías nacionales.

La naturaleza es un devenir incesante hacia lo mejor: allí está la esencia de la vida, la razón íntima de cuanto existe. La naturaleza crea las especies, y lo hace de cualquier modo, como lo permite la ley de la menor acción; no importan al caso los desperfectos individuales de sus creaciones sucesivas. Su bonificación vendrá después, en un grupo superior que las comprenda; y vendrá por lucha entre ellas mismas, y así se extirpará lo malo, lo inferior, y se consolidará lo bueno, lo mejor; y sobre la integración de estos factores perdurará siempre lo más perfecto a lo menos imperfecto, y lo demás desaparecerá enteramente; se destruirá como se destruyen los moldes, usados ya, que se hacen inservibles.

Y así también pasa respecto de los grupos humanos, sea por razas o por individuos. La lucha entre los pueblos hará siempre predominar a los que mejor acondicionados resulten para el desarrollo de la civilización, y sobre la ruina y el desecho de los vencidos en la brega pasarán y se nutrirán los vencedores como exponentes más adecuados a la civilización y a la raza.

El mundo se divide en amos y esclavos, señores y siervos, hombres libres y hombres sin libertad. Sobre estas oposiciones habrán mil injusticias y mil iniquidades; pero de allí mismo nacerá la lucha y con ella: la reacción que levanta, o el envilecimiento, que anonada, que mata, que extingue. Y así se impondrá lo superior y desaparecerá lo que se revela indigno de la existencia. Cuando en las alturas solo hay soberbia; y abajo, bajeza solamente; cuando el ideal falta tanto en los unos como en los otros; y cuando aquellos no quieren ser grandes y estos no aspiran a ser a libres; cuando de todos lados se sienten apetitos y concupiscencias groseras; cuando hay estómagos únicamente; entonces, la existencia social está demás; y la extinción se impone, y deben desaparecer los pueblos que a tan bajo nivel llegan a descender: están de sobra en el mundo.

Los tres períodos de existencia que hemos mencionado, son etapas naturales de la vida de un pueblo; son condición necesaria de la colectividad humana: son en fin, faces naturales del trabajo creador de la civilización; de ese trabajo que elabora el sentimiento de libertad y justicia entre los hombres. Nada hay de individual en estas transformaciones; todo es colectivo, cualesquiera que fuesen las maneras de ser y de pensar de los individuos aisladamente. Cada uno por sí solo, es absolutamente impotente para producir cambio en el estado de la sociedad o para mantener un estado dado. Las situaciones se mantienen o se cambian por sí mismas, necesariamente, con absoluta independencia respecto de los que actúan, si solo se les considera individualmente. La situación no radica en los individuos, por

importantes que parezcan; depende del sistema todo, del conjunto; es como la función fisiológica que depende del órgano, no de la célula; así en lo sociológico, la evolución depende del molde social, esto es, del conjunto de cosas, ideas y vinculaciones dominantes.

Por eso, están demás, en estas materias, los calificativos dados a las personas, los apóstrofes elogiosos o injuriosos, los odios y los amores exagerados, respecto de los hombres públicos. Esos astros del mundo sociológico se mueven en sus órbitas, y solo en ellas, como los del mundo sideral, necesariamente. Por sí solos son tan inofensivos fuera de sus órbitas, como los cometas y los eclipses fuera de las suyas; y si para ellos resultaron inútiles las plegarias que se hacían en tiempos remotos para conjurar la cólera de los dioses, que se creía representaban, con estos astros sociológicos pasa lo mismo respecto de los calificativos. No; en el escenario de la vida, todos son responsables, pero cada uno es irresponsable; no hay sino un culpable: la sociedad íntegramente. Es ella a la vez, la víctima y el verdugo.

El poder de acción reside en los moldes, y mientras esos no se rompan no cabe cambio apreciable en la sociedad. En los pueblos de América se ha podido y se puede aún contemplar, palpablemente, estas cosas. En México hemos visto sucederse, con Porfirio Díaz, tres gobiernos tiránicos, y ni la lucha ni la tiranía han cedido. En vano los hombres cambian: Díaz, Huerta, Carranza, son simples personas, como los leños que arrastra la corriente. Y lo mismo son del otro lado, Madero, Villa y quienes vengan después. Los hombres nada son en la contienda: son los ideales, los conceptos, los apetitos y las pasiones, los egoísmos y las ignorancias, las noblezas e innoblezas de carácter, totalizado todo en los grupos; es el trabajo del conjunto, lo que produce la acción y el efecto. Naturalmente, creada la necesidad de un hombre para una actuación determinada, ese hombre aparece en la escena, porque el acontecimiento se encarga de traerlo, y siempre lo encuentra, entre los infinitos que como él pasan desapercibidos en la multitud. La grandeza de los hombres viene de lo alto, pero solo es objetiva, cuando el acontecimiento lo exige.

Estos principios explican el fracaso de todos los políticos de la América Española, en sus empresas de reacción, en sus propósitos reformistas, en sus sueños de grandeza anticipada, en sus delirios e insanias, para cambiar por sí solos, las formas y condiciones de estas pobres nacionalidades. Mientras no sean cambiadas las orientaciones mentales, pasionales y financieras de las multitudes, será inútil pretender un cambio en la vida nacional, ni esperar en consecuencia que alumbre para estos pueblos sol de reacción; no. Si las democracias no se

educan, si los ideales no se forman, la acción reaccionaria será imposible. La conquista manifiesta y brutal, por las armas, es lo único que se puede esperar. El camino de salud está lejos, muy lejos, del que marca la persistencia en el error.

Pero, si son todos responsables, y ninguno es responsable, y si la obra de reacción tiene que ser única y necesariamente el resultado, el efecto, la consecuencia obligada de un cambio en la mentalidad y en los demás factores que concurren a la formación del alma colectiva; es evidente, que allí es donde debe actuarse y en ese sentido, si se tiene el propósito de alcanzar un resultado efectivo en favor de la nacionalidad. Precisa pues, que conscientes todos y cada uno, de su propia responsabilidad y de sus verdaderas conveniencias, que solo son permanentes cuando armonizan con la moral y el deber, pidamos a la ciencia sus luces, y busquemos orientaciones nuevas para señalar a la República camino de salud.

Ya no se vaya a pensar que nos inspiramos en estos conceptos, basados solo en la idea y el deber, porque padecemos de la alucinación de creer que el mal no existe en el corazón de los hombres, ni que el egoísmo abunda tanto como es raro el altruismo; no. Muy lejos vivimos de esas alucinaciones, y bien sabemos que la obra de los malos se hará siempre que puedan hacerla y a medida que se lo permitan las energías de que puedan disponer, y en razón de la calidad y el nivel más o menos grosero de los apetitos que los guíen; pero también sabemos que esa obra se hará imposible, cuando entren en juego luces y orientaciones, que despierten las innumerables energías que existen latentes y cuyo valor es incomparablemente superior y más suficiente para destruir la obra del mal. El tigre y la hiena huyen de las ciudades, los insectos desaparecen de los medios que son higienizados; las tinieblas se esfuman cuando las penetra el rayo de luz; y así también la acción de los malos se anula cuando los buenos cumplen su deber.

Y como los hombres no son ni buenos ni malos en sí sino en razón de las circunstancias, por su naturaleza misma, cambiantes hasta lo infinito; resulta que en la obra de reacción entran necesariamente como factores también, los que la provocaron con sus excesos y la expían con sus desastres; y entran en grados y en momentos, que oscilan y cambian según la dosis de luz que alumbró el camino, o lo que es igual, según la cultura moral y científica de cada uno, y según el contingente que le aporte el acontecimiento ciego.

No es lo que mata, la acción de los malos, no; es la indiferencia, el dejar hacer de los buenos, su miopía moral, lo que trae la ruina de un país. Es el elemento, muerto para la acción, el que

lleva al desastre. Si todas las energías se encontrasen en acción, del egoísmo mismo de cada uno resultaría el equilibrio de los egoísmos, y como resultante de ese equilibrio aparecería el altruismo, y brotaría de todos lados. Cambiemos, pues, la orientación de las ideas, y a medida que el error vaya desapareciendo de las conciencias, todos irán viendo el camino de la reacción y esta vendrá necesariamente.

Y no se crea que para esta campaña de luz y de cultura, nos atengamos a la acción lenta y muy lejana de escuelas y colegios, no. Eso equivaldría a relegar la solución para los siglos venideros. El mártir del Gólgota no enseñó su credo con escuelas ni colegios: reunió unos pocos hombres de corazón y les dijo: "id y predicad a las gentes"; y esa predicación cambió la faz de la vida humana en toda la tierra.

Los reformadores, los conductores de pueblos, hablan al pueblo directamente, le indican las nuevas orientaciones, enardecen sus energías, inflaman su espíritu, y lo demás viene solo: cuando el mar se hincha y la ola brota, barre lo malo y crea el nuevo medio donde ha de vivir un mundo nuevo también. Esa es la obra que deseamos se haga y en cuya ejecución tenemos fe absoluta; esa es la obra que ya, parece, se ha comenzado a poner de relieve, que estamos palpando y que solo no ven los que no quieren ver.

Vayamos al pueblo directamente, hablémosle en los comicios, en los libros, en la vida real; y la patria nueva, poderosa y grande, saldrá sin demora de la nueva mentalidad que formemos. Es por conferencias, adecuadas y numerosas, posible y hacedera la educación de las democracias; y solo se necesita, para realizar ese trabajo de unos pocos hombres de buena voluntad, de sentimientos altruistas y de moral elevada. Todo cede a su conjuro, y la masa social cambia de orientación rápidamente, como cambia la materia fermentable cuyo potencial modifica dosis infinitesimal de levadura.

Hagamos de todos conocidas las leyes sociológicas, y que también sean percibidas por los pequeños, por los insignificantes; por lo mismo que sus corazones no han podido corromperse todavía, con las concupiscencias de apetitos tan condenables como fáciles de satisfacer por los que pululan por las alturas. Es preciso que el pueblo conozca las leyes fundamentales de su vivir como pueblo; los resortes que mantienen las pulsaciones del sistema.

Entre esas leyes, entre esos resortes, hay dos principales, que juegan un gran papel en la vitalidad de las naciones. Yo las denominaré: ley de renovación y ley de persistencia o de

reacción, a falta de otra mejor denominación. Son estas leyes, complementarias en cierto modo, porque la segunda es el seguro de la primera, y esta, regula la vida normal de los pueblos, a la manera que el volante en las máquinas o el péndulo en los relojes; pues, también como en el uno y en el otro, hay detrás del regulador o del péndulo, el poder motor de la máquina, hay detrás de la acción que asegura la primera ley, la reacción que se produce por la segunda.

La ley de renovación exige que sean incesantemente renovados los elementos actuantes que gasta la acción, y que por ese desgaste se hacen inaparentes para el desempeño de las funciones que les corresponden. La ley de persistencia establece que toda acción persistente, más allá del período rítmico que le corresponde, se deriva en la acción contraria, y así trae por sí misma la reacción que restablece a la normalidad de la vida su ritmo natural y propio.

Estas dos leyes son de carácter universal; rigen el mundo físico como los mundos fisiológicos y sociológicos; y su cumplimiento es ineludible. La ley de *renovación* es esencial en la vida, porque vivir es gastarse y lo gastado estorba y mata, y por eso debe ser eliminado y sustituido con elemento nuevo. El aire es la vida cuando se conserva puro por una constante circulación; si esta falta, la vida se hace imposible. El agua del mar y de los ríos sostiene el vivir de innumerables peces; la del estanque se hace muy pronto inaparente para el de uno solo. Y así en la sociedad humana es indispensable para la vida social y política, que haya renovación periódica, y real y efectiva, de los elementos dirigentes de todas sus esferas: políticas, sociales y financieras; por eso son principios fundamentales de la democracia, la moralidad y la honradez, que aseguran esa renovación, y lo son también todas las sanciones, porque eliminado del cuerpo social y en tiempo, todo lo gastado, todo lo contaminado, todo lo invalidado en el desempeño de funciones que atañen a todos, y que por eso mismo son de todos, nadie puede apropiarse individualmente; así se conserva la salud pública y libre el Estado de esos elementos. De su lado la ley de persistencia asegura el cumplimiento de la renovación, pues si por violación de esta el elemento gastado, dañoso o muerto, no cede el paso al que debe reemplazarlo, la persistencia del mal concluye por traer el bien como necesaria consecuencia de reacción.

LEYES FUNDAMENTALES DE LA VIDA

Lo cierto es, señores, que cuando se contempla el mundo a la luz de la Filosofía, la Ciencia y el Arte, todo en él se ilumina y transparenta con una belleza incomparable, ante la cual se

esfuman los alicientes de la vida y pierden su poder atractivo todos los imanes que rodean la existencia del hombre.

En el mar agitado del vivir, pasan sucesivamente el individuo y su especie y todas las especies determinables, cediendo siempre lo menos perfecto a lo más perfecto, y esto en escala ascendente, como si cada existencia fuese un simple accidente, un pretexto para un existir mejor; y como si todo tendiese a realizar un ideal superior, más allá del cual vislumbra un algo abstracto oculto tras velo impenetrable.

Ante los mirajes de la ciencia, todo es armonía y sencillez, y el mundo aparece tan bello como dichoso el vivir. Leyes que no fallan jamás, lo rigen todo, y contrasta singularmente su simplicidad extrema con la infinita complejidad de sus efectos. ¿Cómo no contemplar, señores, con verdadero arrobamiento, la acción de las energías que animan al mundo, cumpliendo sin excepción alguna y en todos los órdenes las mismas leyes; de la renovación, la reacción y el ritmo; que presiden y aseguran, respectivamente: el cambio y sustitución de los elementos gastados por otros sin desgaste, íntegramente renovados; la reacción y rectificación de rumbos desviados, traída siempre por la sola persistencia de la misma acción generadora; y, en fin, el ritmo de la marcha progresiva y oscilante, tornando sin cesar a desandar lo andado, pero en proporción menor, sin volver jamás al punto de partida, y dando así el saldo al más allá que anota el progreso.

Y así vemos en el torbellino de las existencias, el trabajo de la radiación solar gobernando los mundos sujetos a su imperio, desde distancias infinitas, con invariable igualdad y sencillez; y dentro de esas leyes, concentrando primero los mundos nebulares, para convertirlos en masas más densas, preparadas para la vida; y creando después la vida misma en sus más altas manifestaciones, hasta el gobierno intelectual y moral de las sociedades humanas.

Cambian las radiaciones el potencial eléctrico de los espacios etéreos y crean como efecto la atracción de los astros su concentración, sus movimientos obituarios, sus mares, sus atmósferas, tierras, valles y montañas, y el régimen de orden cósmico y meteorológico correspondiente; y después de crear esos mundos, continúan su acción en cada uno; desarrollando las energías con que lo han dotado, y llevando a todas sus partes las pulsaciones de la vida.

Crea los ríos y los campos del cultivo, llevando a los continentes las aguas de los mares y trayéndolas después de haber dejado en ellos todas sus energías asimilables; y cuando han llegado a formar la vida animal, esas radiaciones, a través de millares de siglos, han creado el cerebro y almacenado en sus misteriosas vibraciones generadoras del sentimiento y de la idea, todo un mundo psíquico, y la vida social aparece, aparece regida por las mismas tres leyes.

En el orden económico, el trabajo adecuado crea la riqueza y la prosperidad; su persistencia trae el derroche y descuido, y con ellos las crisis y las ruinas; y entonces la reacción rectifica los rumbos, el mayor cuidado de las cosas, el buen juicio, la economía, el ahorro y la previsión, restableciendo la marcha hacia adelante; y así sin cesar, andando y desandando en parte, se cumple la ley del ritmo.

Cuando circunstancias anormales producen la esclavitud, el monopolio y los medios diversos con que es posible apoderarse de la persona y los bienes ajenos, y el sistema predomina en la sociedad, su misma persistencia trae la reacción, porque conduce al desmedro de las energías dirigentes y laborantes de la riqueza, disminuye y anula los estímulos creadores de métodos y sistemas nuevos de producción, tiende a disminuir la población y su poder productor, y conspira directamente contra la existencia de la colectividad; todo lo cual concluye por provocar una rectificación de rumbos o una sustitución social más o menos completa, que restablece las cosas a su nivel, y vuelven a ser respetados los derechos hollados, iniciándose un nuevo ciclo en el rítmico desenvolvimiento de la colectividad.

Las justicias y las injusticias continuamente producidas, traen el efecto contrario, provocando su condenación y restableciéndose el equilibrio del dinamismo social. Y así siempre, la naturaleza toda se ofrece a nuestra contemplación dentro de las leyes de perpetua renovación, de la reacción y el ritmo, realizando indudablemente la finalidad del existir, que no puede ser otra que la perfectibilidad de la existencia misma. El individuo aparece, debemos repetirlo, como un simple accidente en la lucha de los elementos, factor secundario de la finalidad perseguida, simple poste destinado a soportar el hilo conductor de la corriente que agita el universo y lleva a todo lo que es, a ser con más intensidad y con mayor realidad de existencia.

EL PROBLEMA ACTUAL DEL PERÚ

Pues bien, señores, a la luz de estos mirajes contemplemos a los países de la América española, y muy en especial esta patria querida, este Perú de nuestros ensueños. Es la ley de renovación, la que se ha violado y se viola de continuo, y es esa violación la que ha creado los monopolios y modos de vivir de privilegio en todo orden, y la que ha reducido a un mínimo increíble la dosis de libertad y justicia que queda aún en estos pueblos, al alcance de la gran mayoría de sus pobladores.

En vano cambia el personal de los gobiernos, las autoridades y las instituciones; la renovación es aparente; son los mismos hombres los que se tornan en los mismos cargos; la gran masa ciudadana está excluida de la cosa pública, y la gran masa social lo está de los negocios todos. Las energías individuales no pueden desarrollarse en ningún sentido libremente y gran parte se extingue por atrofia. De todos lados hay barreras insalvables, que el monopolio ha establecido y que la falta de renovación del elemento dirigente, tiende a sostener y perpetuar.

Los hombres de la altura nada pueden hacer aisladamente; los de abajo nada tampoco. Arriba falta abnegación; abajo es escasa la altivez. Solo un cambio en la mentalidad puede llevarnos al imperio efectivo de la ley de renovación, acelerando la ondulación reaccionaria y restableciendo el régimen social a su ritmo natural, al que corresponde el estado de salud y vitalidad en todos sus aspectos. La mentalidad es el resorte infalible para despertar la acción reivindicadora de los derechos de la sociedad, la única arma capaz de poner a raya apetitos y pasiones al servicio de particulares intereses y de hacer a estos ceder el paso al interés general, conformarse con existir únicamente con derivación suya y vivir solo en esa condición. La mentalidad es también el único vehículo capaz de comunicar a esos mismos intereses la seguridad de ser estas orientaciones las más convenientes y las más hacederas para el progreso de la sociedad y para el beneficio del mayor número de miembros, y de hallarse allí el secreto del bien general. Cuando la mentalidad haya señalado esos rumbos, la sociedad los impondrá con solo su querer.

La mentalidad actúa en lo sociológico, como los rayos solares en el orden físico. Son esos rayos impalpables, muchos invisibles, luminosos unos, caloríficos otros, energéticos todos; que llevan a través de los espacios, en sus multimillonarias vibraciones por segundo y de infinitesimal amplitud, potencial inextinguible que alimenta las energías de los mundos y lleva consigo el secreto del existir; y así las vibraciones cerebrales que hacen brotar las ideas y

alumbran al hombre su camino, llevan consigo todos los potenciales que han de laborar en el mundo la mayor dosis de justicia y libertad entre los hombres.

El altruismo de unos pocos y el sentimiento colectivista de las multitudes, agitan el medio social al influjo de la mentalidad, cambia los valores morales maltratados en las conciencias enfermas, y despierta las energías que traen la reacción y salvan la nacionalidad. Estimulemos en el individuo la confianza en sí mismo, el culto del deber y la seriedad del carácter, y eso solo traerá en breve, en la conciencia de cada uno, el sentimiento de su valor moral y el de su importancia y significación como energía, como fuerza viva de la sociedad.

Cuando ese cambio se haya operado en los espíritus y la solicitud pública se haga oír; entonces, todas las instituciones concurrirán a la obra de resurgimiento; y el gobierno con los infinitos resortes que posee, podrá llenar su altísima misión, que no es otra que la de procurar la ventura del mayor número de los asociados. Solamente el poder público puede cortar las ligaduras con que el mal elemento ha atado uno u otro los resortes neutrales de apetitos, sus pasiones, sus egoísmos, sus ignorancias, sus concupiscencias insaciables. Solamente el poder público puede devolver al trabajo, la vida y el impulso natural, que el privilegio y los monopolios le han arrebatado. Solamente el poder puede restituir a los pueblos el derecho de escoger por sí mismo sus representantes y elegirlos, sin imposiciones y sin cábalas y llevar así su voluntad genuinamente a los comicios, a los municipios y por último a las Cámaras Legislativas. Solo puede amparar a cada uno en su derecho y defender a los débiles contra los abusos de los poderosos; y precisamente para llenar esas funciones es que han sido instituidos los gobiernos, y por esos, se niegan a sí mismos los que no las llenan cumplidamente.

Acometamos pues, con empeño y decisión la reforma de la mentalidad nacional; precisemos los puntos más críticos del mal que corroe esta nacionalidad. Hablemos directamente a los ciudadanos y todo cambiará muy pronto de orientación. En las clases elevadas hallaremos cultura y virtud suficientes, por lo menos en lo indispensable, para el correcto desempeño de las funciones públicas; y en las clases desheredadas formaremos la clara visión de sus derechos y la conciencia de su poder de acción; y ello les dará confianza en el éxito y fe en la recuperación de los derechos usurpados, y la suficiente energía para reclamarlos de quien quiera que los detentare.

Entonces renacerá el derecho y la justicia en la vida real, y con ello vendrán los sentimientos de armonía y confraternidad que hacen posible la asociación, y que a su sombra producen el desarrollo de la riqueza pública.

Solamente con esas transformaciones renacen a la vida los pueblos enfermos; y cada clase y cada grupo concurren, en su esfera y por su acción, al bienestar general. Las energías individuales, no cohibidas por el atropello, ni por el privilegio o el abuso, luchan libremente y rinden el máximo de su efecto; las colectividades eligen de veras a sus personeros, en el comercio, en el municipio y en el parlamento; el interés privado se desarrolla al amparo del interés público, y la sociedad toda desenvuelve las inagotables energías que encierra, regular y sistemadamente, sin más agitación que el ritmo ondular de los cambios y modalidades sociales que expresen vida y acción a la manera que la superficie del mar, siempre vibrante, intranquila y agitada, pero siempre sujeta a besar de continuo las riberas que resisten sus embates y refrenan sus avances.

LA SOLIDARIDAD

Mariano H. Cornejo³⁷

He creído que el alto honor de haber sido aceptado como asociado del Instituto Internacional de Sociología, exigía de mí que tomase una pequeña parte en la labor de su Congreso. No pudiendo darle otro mérito, he dado el de la brevedad a mi trabajo.

I

El tema propuesto tiene el inconveniente y la ventaja de ser demasiado vasto porque concentra en realidad toda la Sociología. Por esto solo puede ser tratado o en uno de sus aspectos o bajo un punto de vista general y sintético. He elegido la segunda forma, dejando los estudios especiales para más altas competencias.

Precisamente el carácter sociológico de los fenómenos se deriva de sus relaciones con la solidaridad, que en su acepción general es la conciencia que tiene el individuo de que forma parte de un todo, al cual está unido por afectos más o menos intensos y por intereses más o menos manifiestos.

La limitación de nuestros sentidos, que apenas nos permite percibir los procesos en ciertos momentos decisivos, nos ha impuesto la noción de que la realidad tiene dos formas, una pasiva y otra activa. Para explicarse esta diferencia, recurrió la conciencia primitiva a los demonios y a los dioses. La ciencia los ha sustituido con el nombre impersonal de *fuerzas*, que designan las causas perpetuamente desconocidas de la actividad universal.

Aparte del número infinito de fuerzas especiales que se crean según las necesidades que la explicación de los fenómenos impone, hay fuerzas principales, especie de dioses mayores, que presiden a un orden general de fenómenos y a los cuales atribuimos su segregación de la homogeneidad o por lo menos de la indiferenciación que suponemos en el todo.

Con la hipótesis de la atracción y de la gravedad, pretendemos explicar el mecanismo sideral; con la afinidad, la unidad de las moléculas, y con la cohesión, la unidad de las masas; llamamos vida a las relaciones que mantienen la coordinación de cierta especie de agregados;

³⁷ Escrito en Berna (Suiza) el 23 de julio de 1909 y reproducido en la *Revista Universitaria* en 1911. Año 6. Vol. 2, 2do. Semestre, pp. 420-432.

conciencia, a las conexiones que ligan a los fenómenos psíquicos en un organismo, y por fin, solidaridad, a la fuerza que une a los miembros de un grupo.

La gravedad, la cohesión, la afinidad, la vida, se derivan de propiedades de la materia en general; la conciencia y la solidaridad, de propiedades especiales del sistema nervioso; unas y otras son inexplicables en su naturaleza y origen, como todas las propiedades de las cosas.

La relación que une la sensación al movimiento reflejo, o sea la conexión original entre el proceso nervioso y el proceso muscular, no es esencialmente diverso de las relaciones y conexiones entre varias conciencias, originadas por la convivencia dentro de un grupo o círculo social. Lo mismo el egoísmo, el sentimiento de sí mismo, que la simpatía, el sentimiento de los otros, junto con los conceptos que los acompañan, no son sino especialización de las reacciones generales que adaptan la vida al medio para conservarla y propagarla. La supuesta prioridad del egoísmo sobre la simpatía solo se funda en que aquella es la explicación más común de los actos humanos,

Para explicar el movimiento y la acción, resulta tan fundada la suposición de dos principios, grata al análisis, como la hipótesis de un solo principio, grata a la síntesis.

La solidaridad es egoísmo en el grupo y altruismo o simpatía en el individuo; así como la vida es egoísmo en el animal y concurso en la célula o en el órgano; como la cohesión es fuerza centrípeta en el cuerpo y centrífuga en la molécula. Pero al mismo tiempo la resistencia que oponen los cuerpos a la compresión no puede ser diversa de la que oponen a la separación de sus partes; en la vida del protozoo se confunde la nutrición con la propagación por escisiparidad. Lo mismo la simpatía, el principio moral que lleva al individuo hasta el sacrificio en bien del grupo, no ha encontrado otra explicación que el interés exclusivo del individuo, a pesar de la contradicción de establecer el egoísmo como base del altruismo, cuando los modos de sentir y pensar en favor de otro, se desenvuelven a expensas de los instintos puramente individuales y mantienen con ellos una constante oposición.

La solidaridad se distingue del principio puramente moral y altruista, porque es un mixto de egoísmo y simpatía. Es simpatía por el grupo, pero incluyendo el interés propio; es amor de sí mismo, pero dentro del todo. Se le puede considerar lo mismo producto complejo de los dos sentimientos que fuente original de que se deriva el egoísmo puramente individual y el altruismo puramente social. De las dos hipótesis de un dualismo o de un monismo original,

que trascienda hasta la conciencia humana, ninguna tiene título bastante para excluir la otra. Parece, sin embargo, más en armonía con la experiencia psicológica y con los datos etnológicos, que si el hombre nunca vivió aislado, la primera forma de su egoísmo y de su altruismo fuese la solidaridad. Un cierto grado de solidaridad existe en todas las especies animales, que tienen diferenciados los sexos, y los grupos que parecen más primitivos tienen costumbres, en lo que se refiere a las relaciones de sus miembros, relativamente suaves. La ausencia de solidaridad en el grupo primitivo es inconcebible desde que el instinto de protección es fatal en las especies con débiles medios naturales de defensa como la especie humana. Podemos, pues, decir que la solidaridad es tan antigua como sus componentes, el egoísmo y la simpatía, y que la evolución de la vida colectiva sobrepone según sus condiciones uno u otro sentimiento.

La solidaridad es un sentimiento y un concepto; una inclinación afectiva hacia el grupo, y a la vez, una idea de su personalidad de su utilidad y de su superioridad. El altruismo prescinde de esta última concepción del *todo*, en el cual se incluye el propio interés. En los primeros grados de la vida social predomina la forma sentimental de la solidaridad, y la conceptual, en los últimos. Como sentimiento, está sujeto al proceso de intensidad; como concepto al proceso de extensión. Gracias al equilibrio necesario de todas las fuerzas existe una proporción inversa entre la intensidad y la extensión de la solidaridad. En un grupo pequeño, en que son simples los intereses, es mayor la intensidad del sentimiento solidario. En un grupo extenso, en que son muy complejas las relaciones, el sentimiento se debilita; pero el concepto se esclarece.

En su calidad de sentimiento, la solidaridad es una forma de la adaptación del individuo al medio social. Los mismos procesos que produce la adaptación orgánica, se reproducen en la adaptación social. Hay una acción directa como la descrita por Lamark, mediante la cual la sociedad crea tendencias y hábitos y modos de ser que vinculan al individuo con su grupo. Hay una acción indirecta, como la selección de Darwin, que elimina a quienes resisten a las condiciones impuestas por la convivencia. El grupo, por su parte, mediante esos dos procesos internos, reacciona con relación a los otros grupos, conservando sus tradiciones y sus condiciones peculiares en un proceso semejante al descubierto por Quinton. Precisamente esta igualdad de condiciones, que nos presenta a la solidaridad como un grado de adaptación de la vida colectiva a las exigencias del medio, hace suponer su precedencia en las sociedades

humanas sobre el simple egoísmo individual, que llega hasta devorar los propios hijos, y el ideal moral, que sacrifica al individuo en beneficio exclusivo de otro.

En su condición de concepto, la solidaridad constituye la conciencia de la especie; es la noción de las ideas y de los intereses que son comunes, de la semejanza que existe entre los miembros de un mismo grupo.

Si en su naturaleza de fuerza la solidaridad no puede ser explicada, pueden ser conocidos los elementos que la desenvuelven y las relaciones que determina. Estos elementos y relaciones son exactamente los mismos que nos presenta el fenómeno social.

Los elementos físicos de la solidaridad se derivan de las relaciones entre el territorio, la población y los medios de comunicación. Un grupo social de número reducido se disuelve en un territorio extenso o muy accidentado, a no ser que los medios de comunicación mantengan el contacto. Los factores físicos en general determinan la extensión de la solidaridad. El territorio es un vínculo permanente de solidaridad. Lejos de la tierra natal, la intensidad del afecto entre paisanos crece. Este vínculo se manifiesta sobre todo dentro de la comunidad nacional; porque en el extranjero predomina el lazo político.

Los factores biológicos, la raza y la herencia, que tienden a la unidad orgánica, se relacionan con la intensidad del sentimiento solidario; pero sus efectos para manifestarse requieren del concurso de otros intereses nacidos de la vida común.

Tratándose de los factores propiamente sociales, yo los he dividido en dos grupos, uno formado por las fuerzas generales de asimilación y diferenciación que obran en el proceso social, y otro, por los elementos psíquicos que se manifiestan en un orden coordinado sistemático. En la primera sección he incluido como fuerzas de asimilación a la imitación y a la educación, y como fuerzas de diferenciación a la división del trabajo y a la lucha de grupos. En la segunda he considerado los productos de psicología colectiva, el lenguaje, el mito y la moral.

Todos estos factores son sociales precisamente por su acción sobre la solidaridad de los grupos. La imitación y la educación tienen un efecto extensivo, transmitiendo ideas y modos de acción, dilatan el sentimiento solidario a un número cada vez mayor de individuos y grupos. La división del trabajo que aumenta los intereses especiales que separan las profesiones y la lucha de grupos que los diferencia y los opone, influyen sobre la intensidad

del sentimiento que une al individuo con el grupo, dentro del cual actúa su profesión o círculo. El trabajo especializado no se concibe sin el cambio, y el cambio vincula la subsistencia individual a la actividad del grupo entero. Lo mismo la lucha estimula por una reacción del odio al enemigo, el amor a la propia comunidad. Precisamente la personalidad de los grupos primitivos y los Estados modernos se crea en la guerra. Todavía en los últimos tiempos hemos visto por ese medio definirse la unidad del Imperio alemán. Los intereses económicos, traducidos por la economía nacional, son el factor más poderoso del espíritu solidario en la nacionalidad americana y en la Commonwealth de Australia. Pero el grupo profesional cuando se desenvuelve establece una solidaridad de intereses o fines que tiende a sobreponerse a la misma solidaridad nacional, como lo revelan las asociaciones internacionales de obreros y capitalistas, de artistas y sabios.

Entre los factores psíquicos, el lenguaje representa los conceptos, el mito los sentimientos, y la moral las voliciones del alma social. Todos estos tres forman elementos intensivos y extensivos del sentimiento y del concepto solidario. El lenguaje revela las conexiones conceptuales que se forman en un grupo, y en este sentido, no concebidos sin él la solidaridad social, que tiene por base la comunicación de las conciencias. La lengua representa la unidad moral que sobrevive a la unidad material; guarda toda la historia del espíritu de un pueblo aun después que este desaparece. La unidad política es siempre artificial, mientras no llega a la unidad de lengua como lo demuestra el Imperio austro-húngaro.

El mito favorece sobre todo la intensidad del sentimiento, y en este sentido su eficacia, decisiva hasta los últimos tiempos, ha disminuido grandemente con la primacía de la solidaridad, concepto cuya complejidad excluye la simplicidad absorbente de la comunidad cultural. La primera forma en que el grupo se sobrepone a la unidad puramente biológica es la sociedad cultural. Los dioses determinan la unidad de los primeros grupos. Parece indudable que las religiones que simbolizan la unidad nacional en un solo Dios tienen más fuerza solidaria que las que disuelven sus elementos en un Consejo de Dioses. "El Dios que libró a Israel de Egipto" mantiene hasta ahora la unidad de un pueblo que ha sobrevivido a la desaparición de su unidad tópica. El islamismo ha logrado constituir y conservar grandes unidades sociales. El democrático consejo de dioses helénicos no pudo resistir al imperialismo de los dioses únicos. La solidaridad religiosa forma agrupaciones que vencen a las fronteras, y si no llega a sobreponerse a las unidades políticas, es porque sus efectos se derivan más del

sentimiento que del concepto y porque en el mundo moderno chocan con la acción de otros círculos, en especial de los profesionales.

La moral comienza por actos necesariamente repetidos que se cristalizan en las costumbres; pero que pronto se unen al concepto del bien del grupo, y en ese grado llega a confundirse con la solidaridad. El idealismo moral que se eleva sobre el concepto solidario es, como concepto filosófico; mi producto individual, y como sentimiento, un estímulo que combate el egoísmo animal, y cuyos efectos, en vez de traducirse en abnegación de puro altruismo, solo alcanzan, en lo general, actos solidarios. Pero si el ideal moral puede subsistir independiente, aunque solo sea en la región de las ideas, la sanción social, la única eficaz, está unida al interés de la comunidad, a la solidaridad, que llama inmoral lo que daña a todos; lo que viola la costumbre y atenta contra la unidad moral del grupo.

La moral tiene la más alta de sus derivaciones en el derecho, en aquella parte de sus prescripciones definidas garantizadas por el Estado. El derecho es la expresión más perfecta del concepto solidario. Define y defiende las condiciones de la existencia de los grupos, y dentro de ellos, las relaciones de sus miembros; exterioriza la idea que de la vida social se forma cada época. El derecho individual crea la propiedad que solidariza los medios de subsistencia, y la represión que solidariza la personalidad; mientras el derecho social define la coordinación de los grupos.

La propiedad es la objetivación, la materialización del concepto solidario. La propiedad, como institución social, está constituida, no por los sentimientos del propietario en relación a la cosa, sino por los sentimientos de la comunidad que reconoce y respeta la propiedad, lo que supone un gran desenvolvimiento del concepto solidario, que no se limita como el sentimiento a los efectos inmediatos, sino a las consecuencias lejanas. La propiedad, creada por la fuerza, se mantiene porque resulta útil para la comunidad que la sanciona con sus costumbres primero, y después con sus leyes. Entonces la propiedad tiene por límites la extensión del grupo. El extranjero puede ser despojado y la guerra tiene ese objeto. Cuando el concepto solidario se extiende a la especie entera, se respeta la propiedad universal. Por eso en una sociedad en que existe la propiedad individual, la solidaridad es más extensa que en una sociedad comunista. Puede entre los comuneros ser más intenso el sentimiento solidario, pero está limitado forzosamente en su extensión. Así se explica que las sociedades, habiendo progresado en solidaridad, hayan pasado de la propiedad colectiva a la individual. Esto no

quiere decir que la individualización haya de extenderse a todas las cosas. El concepto claro de la solidaridad conciliará en el porvenir ambas formas.

Lo mismo la represión penal sobre los individuos y la defensa de los grupos es una forma directa del concepto solidario. La venganza está inspirada por el sentimiento; pero el castigo o la corrección nacen de la idea. El mismo efecto moderador que el concepto solidario ejerce sobre la venganza individual, se extiende también a la lucha de grupos, a la guerra. La coordinación de todos los intereses con sus derechos y sanciones, será la expresión decisiva de la solidaridad de la especie.

El fenómeno social, así como se revela en fuerzas generales de asimilación y diferenciación y en elementos psíquicos, también se coordina y se limita en formas, o sea en agregados concretos. Las formas generales de la solidaridad son la familia y el Estado. Las asociaciones son sus formas especiales.

En la familia, en el grupo biológico, la solidaridad es, ante todo, un sentimiento, un instinto de protección. El amor materno es tan mecánico como el descenso de la leche. El padre protege a la mujer y al niño, como consecuencia del instinto sexual. En este grupo el lazo principal de unión está constituido por la comunidad e identidad de los sentimientos. Por eso la solidaridad familiar se desarrolla en una dirección intensiva hacia la raza y hacia la especie humana.

En el Estado la solidaridad es un concepto. El Estado es una unidad demasiado extensa para que el sentimiento específico sea suficiente. El vínculo solidario del Estado se deriva de la fuerza y de los intereses económicos. La solidaridad del Estado no subsiste sin el elemento coercitivo, que se manifiesta en la obligación de ciertos servicios prestados a la comunidad, y en el interés económico, que se traduce en la economía nacional. Es preciso una serie de ideas y de hechos como la comunidad de la lengua, la unidad de territorio, de religión, de costumbres y de gobierno, y sobre todo la comunidad de tradiciones, que ligan en el tiempo al grupo humano, para que la solidaridad política del Estado se convierta en la solidaridad integral de la Nación.

El desarrollo del concepto solidario guiado sobre todo por el interés, toma en el Estado una dirección extensiva distinta de la solidaridad sentimental. Así como ha unido los pequeños grupos en las grandes nacionalidades, está destinado a establecer los vínculos del derecho en

la sociedad internacional, cuando coincida con la solidaridad intensiva que liga a la familia humana.

Aparte de las dos grandes formas generales en que se expresa la solidaridad: la familia y el Estado, todos los fines particulares, en un grado de alta cultura, se traducen en asociaciones que crean vínculos especiales. Ese desenvolvimiento de la asociación es progresivo. Comenzada con las sociedades culturales, continuada con las asociaciones territoriales y profesionales, comprende todos los fines de la vida, desde la ciencia hasta el placer.

El número creciente de asociaciones tiene un resultado que en cierto modo se opone al principio mismo del sentimiento solidario, cuya tendencia es sobreponer el amor del grupo sobre el egoísmo, porque la supremacía del grupo está en razón inversa con el número de asociaciones a que pertenece un mismo individuo. Comprendido este en una sola asociación, es por completo absorbido por ella. Por eso cuando la familia, la asociación política, religiosa y profesional constituyen una sola unidad en el clan, no existe la individualidad. Dentro de una sola unidad, el individuo es la célula de un organismo: piensa, existe, siente y obra con su grupo: no puede vivir fuera de él. La separación de la familia de la sociedad política y más tarde de la religión y de la profesión, oponiendo los deberes anexos a esos círculos, desenvuelven la individualidad que llega a su plenitud con la multitud de asociaciones que hace nacer la cultura. En medio de todas ellas crece la personalidad del individuo que, lejos de ser absorbido por ninguna, las toma como medio de los fines propios que persigue.

De este modo en la relatividad humana, así como el egoísmo biológico está limitado por el sentimiento solidario, a su vez, el pleno desenvolvimiento de la tendencia solidaria fortifica la individualidad. El ejemplo más saliente de este resultado es la democracia americana. En ningún pueblo abundan todas las asociaciones, y en ninguno es tan fuerte la individualidad. Pero ese crecimiento de la individualidad no debilita al Estado como creyó Spencer, sino que cambia la naturaleza de su actividad, extendiéndola de los individuos a las asociaciones, de cuyas competencias y oposiciones se deriva la necesidad de una intervención directa.

La vida en general podría definirse como un equilibrio constante entre las fuerzas de conservación y propagación, que se influyen mutuamente. Ese mecanismo, a través de todos los grados de la vida y de la sociedad, despierta emociones egoístas y altruistas, cuya síntesis social son los conceptos de libertad y solidaridad que se limitan recíprocamente. Cuando la solidaridad sentimiento y concepto llegue a abrazar a toda la humanidad, y a considerar

dentro de ese fin supremo como medios las demás asociaciones, entonces la vida social habrá alcanzado la fórmula del equilibrio más alto entre el individuo y la especie. La evolución social nacida del grupo biológico, de la familia, terminará con la socialización de la especie entera. El derecho, o sea la solidaridad definida y obligatoria, habrá entonces dominado toda la extensión de la vida.

II

Estudiar las manifestaciones de la solidaridad en un pueblo determinado, según esto, es determinar el grado de su evolución. En el Perú la solidaridad se resiente de sus condiciones físicas, étnicas y sociales.

Su territorio de 1.500,000 kilómetros cuadrados, dividido por los Andes, es singularmente accidentado; su población escasa de poco más de 4 millones de habitantes, se concentra en los valles de la costa y en las mesetas de la sierra con medios de comunicación deficientes, 2,500 kilómetros de ferrocarriles. Conviven dos razas: la blanca, formada de elemento europeo a la que se unen los mestizos, y la indígena que habita las mesetas de los Andes, 2 millones de indios, que si bien están incluidos en la unidad política, pagan las contribuciones y sirven en el ejército, mantienen el sentimiento de una solidaridad separada. Aparte de las autoridades comunes, conservan sus autoridades indígenas, viviendo todavía en especie de clanes llamados ayllus, en que la solidaridad se deriva de la propiedad común de la tierra, aunque gradualmente aumentan las partes restadas por la propiedad individual.

La solidaridad nacional no ha logrado aún sobreponerse a la solidaridad étnica de la raza aborígena. El idioma oficial, el castellano, tampoco ha llegado a desterrar el quechua y el aimara, que dominan exclusivamente entre los indígenas. Precisamente entre la difusión del español será el medio más eficaz para incluirlos íntegramente en la unidad nacional. Aparte del lazo político mantenido por el Estado, el vínculo de solidaridad entre ambas razas está reducido al interés económico de los servicios más o menos subordinados, que apresta al indígena como obrero en la agricultura y en el pastoreo, y al lazo religioso de un catolicismo común, si bien mezclado, en la mentalidad del aborígena, con viejos conceptos anímicos, y en su culto, con prácticas de brujería. A este respecto se cumple el principio sociológico de la persistencia del animismo sobre los mitos naturales. Los mitos solares del antiguo Imperio incaico han desaparecido ante el cristianismo, pero han quedado los primitivos conceptos anímicos y las prácticas mágicas.

En los 2 millones de blancos, las manifestaciones de la solidaridad son las mismas que en Europa, aunque naturalmente en grado menos intenso y variado. Los medios generales de educación pública y privada están ampliamente desenvueltos. Las cajas de ahorro aumentan gradualmente lo mismo que la legislación sobre el trabajo. Como las formas modernas del concepto solidario no han penetrado en la clase popular, las asociaciones económicas son escasas, se reducen a las asociaciones profesionales de protección mutua, sin que hayan alcanzado formas sindicales. En cambio son numerosas las asociaciones literarias y simplemente sociales de la clase culta.

Una manifestación de la solidaridad, notable en el Perú y en las Repúblicas americanas, es la que se deriva de los vínculos locales. En la capital del Estado, todos los naturales de cada departamento se consideran ligados por un vínculo estrecho y forman sociedades de mutua protección, demostrando que en el desenvolvimiento del espíritu solidario, al vínculo de la sangre, sigue el del territorio precediendo a los demás fines sociales. Igualmente las colonias extranjeras forman sociedades de la misma clase que mantienen escuelas, hospitales y clubs propios.

La solidaridad política, la más fácil de imitarse, es la que se encuentra más desenvuelta en los países nuevos bajo la forma de partidos políticos. Los intereses vinculados al goce del poder, que aviva el desarrollo de la burocracia militar y civil, determina la formación de agrupaciones numerosas que se combaten muchas veces en largas guerras civiles.

En América existe una forma especial de solidaridad desconocida en Europa, la solidaridad continental. En Europa en la Edad Media se inició un sentimiento semejante, aunque no unido al continente sino a la idea cristiana; pero en los tiempos modernos la llamada Cristiandad, por falta de un enemigo poderoso que combatir, apenas si ha sido reemplazada por la inteligencia eventual y parcial de lo que se llama el Concierto europeo.

En América, independizada en una misma época, el temor a la reconquista europea, al principio, y después el interés político de los Estados Unidos, han creado sobre la base de la doctrina de Monroe, una solidaridad, que ha pasado ya de su faz negativa a una forma positiva, y que cuenta con dos órganos: primero un Comité permanente en Washington de carácter informativo, y que el año pasado recibió de M. Carnegie el regalo de un palacio, y un Congreso continental que se reúne cada cinco años y cuyas atribuciones se irán desarrollando lenta, pero seguramente. Este hecho permite suponer que la solidaridad

internacional probablemente se afianzará primero que en Europa en América, donde la enorme desigualdad entre el poder de los Estados Unidos y el de las otras repúblicas impide que las rivalidades de estas últimas se perpetúen por las necesidades de un equilibrio político, forzosamente inestable, como el que resulta del poder más o menos igual de las grandes potencias europeas.

En general el espíritu del Perú y de todos los pueblos americanos está singularmente abierto al sentimiento solidario en su mayor amplitud. En América es desconocido el sentimiento xenófobo del África y del Asia. El extranjero forma inmediatamente parte principal de todas las asociaciones, sin excluir las políticas. Entra en las municipalidades y en las asambleas departamentales, y sobre todo, ocupa una posición privilegiada en todas las asociaciones sociales. Existe el sentimiento y la creencia de que el desenvolvimiento nacional solo puede ser obra de una solidaridad amplia en su concepto y activa en sus manifestaciones.

III

La exposición anterior revela la transcendencia del tema propuesto. La solidaridad da un sello propio al fenómeno social que autoriza la existencia de la Sociología, para estudiar sus elementos, sus factores y sus formas.

La vida orgánica progresa mediante la selección: la lucha simple de los egoísmos. En oposición a ellos la inteligencia humana ha concebido la fraternidad como un ideal de abnegación. El concepto solidario une ambas ideas en la realidad social, que tiene sus raíces en la vida orgánica, y su cima en la concepción ideal de un todo, que gradualmente se realiza integrando, una después de otra, las manifestaciones de la vida humana.

CONFERENCIA DEL DOCTOR MARIANO H. CORNEJO³⁸

Señor Rector:

Señores:

Dejará huella indeleble el paso por nuestra Universidad del estadista eminente, a quien, en hora de peligros y dificultades, acaba de confiar sus destinos el Perú entero por una gran aclamación popular. Sus dotes administrativas, ajustando los resortes, han logrado mantener los servicios en medio de la crisis. La enseñanza de lenguas extranjeras en la Facultad de Letras dará amplitud a esos nobles estudios literarios que no puede abandonar ningún pueblo sin ver decaer su cultura. La extensión universitaria instruirá a las clases obreras. Pero en nada se revela mejor su intuición de hombre de Estado, como en estas conferencias universitarias, cuyo objeto es poner en contacto intelectual a la Universidad con las clases cultas de la capital de la República, para debatir, fuera de los intereses y de las pasiones de la política, en el campo sereno de la ciencia, los graves problemas de interés nacional.

Al más modesto de los catedráticos le ha tocado iniciarlas, porque hay el intento de que sigan una progresión ascendente, que comience en el humilde peldaño, y concluya en la cumbre excelsa. Seguirán otros, ilustres maestros cuyo vasto y profundo saber hará olvidar las deficiencias de esta primera conferencia.

Es fácil comprender, con lo que acabo de indicar, lo que será mi discurso. No es, señores, el orador más o menos agradable el que va a hacer esfuerzos para ser ameno y para distraer, es el hombre de estudio el que viene a invocar vuestro patriotismo y vuestra cultura para pedirnos un esfuerzo de atención y de paciencia capaz de seguir el desarrollo, forzosamente extenso y dialéctico, de una tesis a la que yo considero vinculado el interés y el porvenir nacionales.

EL PERÚ ENFERMO

Señores: el Perú es un pueblo enfermo; así lo revela toda su historia que traduce un malestar crónico, y no puede atribuirse esa perturbación profunda solamente a los desequilibrios del crecimiento, no, señores; porque en el Perú, a diferencia de los demás países sudamericanos, ha determinado una evidente evolución regresiva: nosotros éramos más y ahora somos menos, ellos eran menos y ahora son más.

³⁸ *Revista Universitaria*, 1915. Año 10, vol. 2. 2do. Semestre, pp. 81-119.

En su vida externa el Perú parece un organismo incapaz de defenderse. Ya son contratos onerosos con el explotador extranjero, concluidos con liquidaciones cada vez más usurarias, en los cuales se desvanece la opulencia que nos regaló la Naturaleza; ya es la negociación diplomática concluida con abdicaciones inverosímiles; ya es el valor y el heroísmo individual no pudiendo evitar el desastre inevitable. Y en la vida interna todas las formas del desequilibrio: en la administración, el favor; en las finanzas, la dilapidación; en política, todos los vicios imaginables, revoluciones, dictaduras, anarquía, pronunciamientos, fraudes, intrigas, endémico el abuso arriba y endémica la conspiración abajo, y hasta los cortos períodos de bienestar, debidos siempre a la acción personal de un hombre superior, nunca al equilibrio normal de las cosas.

Señores: contra los males individuales y los males sociales no hay sino dos remedios: o la intervención de un poder extraño y poderoso, cuyo auxilio enseña a invocar la religión, o la propia vitalidad cuya reacción enseña a provocar y a regularizar la ciencia. Me parece que a la Universidad le toca discutir la solución científica.

La primera condición, señores, de un apostolado religioso es sentir hondamente y transmitir la fe en la realidad del milagro divino. La primera condición de un apostolado científico es sentir y transmitir la fe en la eficacia de la solución científica. He aquí el más grave problema.

LA RESISTENCIA A LAS REFORMAS

El vicio más grande de nuestra sociedad es su absoluta resistencia a toda reforma por insignificante que sea. Aquí pensamos que hay un antagonismo irreductible entre las ideas y los hechos, que cuando más son dos series paralelas que nunca deben encontrarse. El derecho de gentes reconoce la neutralidad en la guerra. Nosotros hemos descubierto la neutralidad en la ciencia. En el mundo se aplican y luchan doctrinas opuestas; nosotros seguimos el fenómeno con simpatía por un lado o por otro; jamás se nos ocurre que pudieran ser implantadas entre nosotros. La razón que se da todos la conocen: "no estamos preparados", como si en la evolución fisiológica o en la evolución social hubiese una preparación distinta de la necesidad. Mas, señores, que en el atavismo y la inercia incaica o colonial, me parece que la causa de ese estado de espíritu debe buscarse en el arribismo, en la adaptación inconsciente o reflexiva a un medio burocrático hostile a toda innovación. Si estas conferencias pudieran siquiera hacer pensar en las reformas abríase realizado su patriótica finalidad.

Los opositores a toda innovación, señores, pueden dividirse en los optimistas y en los pesimistas. ¡Ah! los optimistas nunca faltaron en las vísperas de todas las crisis trágicas. Su símbolo es aquel monarca asirio que en la noche del festín miraba, con los ojos desmesurados por la sorpresa y el terror el dedo enigmático del Destino. Representan egoísmos: ya es el plutócrata a quien le tocó el lado bueno de la barricada social y que todo lo mira con indiferencia; ya es el burócrata, larva que dormía el invierno de la inacción, convertida por el favor o la casualidad en mariposa que revolotea por el presupuesto fiscal, temeroso que toda innovación pueda comprometer sus expectativas. Hay también los prejuicios: ya es el espíritu limitado que juzga definitivas las definiciones que aprendió en la Universidad, o es el astuto que en silencio, de aparente meditación oculta la vaciedad incurable de su inteligencia, los que solo interrumpen para exagerar las dificultades de todas las reformas. O es, al contrario, el doctor muy talentoso y muy ilustrado que en la intensidad de sus aspiraciones quiere convencer a sus conciudadanos de su prudencia y su reflexión mostrándoles el contraste risueño de una juventud coronada por el espíritu conservador de la vejez; o es el snob o el dilettanti que juzga de buen tono reírse de todas las teorías y llamar desequilibrio a toda actividad mental; o es, por fin la inmensa legión de aquellos que se titulan espíritus prácticos y que para probar su ciencia práctica, declaran con aires de vanidad, como si ellos fueran los bravos generales o los estupendos millonarios, declaran invencibles a los regimientos del káiser alemán y omnipotente al industrialismo americano, y como la suprema sabiduría política la máxima con que Guizot creyó salvar y llevó al abismo la monarquía de Luis Felipe; egoísmos y prejuicios que desconocen las raíces o las finalidades ideales de todos los éxitos, que olvidan que las ideas desde que aparecen gobiernan el mando, que destruyen los organismos que les resisten, y alientan los organismos que les ceden, y que forman esa luz que en el horizonte de la Historia avanza como una alborada cada vez más firme.

Y los otros, señores, son los pesimistas, los vencidos en las luchas de la vida, los impotentes u orgullosos que no se aventuraron a luchar; la inmensa grey de los bienaventurados, tímidos o engreídos, que solo contemplan el mundo detrás de las tres cruces de un exorcismo.

EL PESIMISMO

El pesimismo social cuando predomina condena a un país a la impotencia. Su símbolo está en aquel príncipe moro que, al contemplar perdida para siempre la vega encantadora que los jazmines y los azares perfuman y que los ojos negros de las huríes reflejan, lloraba como mujer lo que no había sabido defender como hombre. Señores: en esta doctrina pesimista se

encierra un vestigio de viejas ideas teológicas y morales, que han combatido la religión, la filosofía y la ciencia. El primer concepto del hombre al entrar en contacto con la realidad, dolorosa y desigual, es la idea del destino implacable, es la figura trágica de Edipo ciego perdido en el bosque de las Euménides. ¿Sabéis por qué el martirio de Jesús es una redención, no solamente en el sentido teológico sino en el sentido humano? Porque liberta no solamente del pecado mítico, sino del destino real. La filosofía destruye aquellos vástagos que había dejado vivos la religión cristiana: destruye la tentación y la gracia. Viene la ciencia y suprime el último residuo: los vicios del hombre, los vicios de la raza que desaparecen dentro de las leyes fijas de la organización científica de las sociedades. La ciencia, señores, realiza la más genial intuición de la poesía; la liberación y la seguridad de su destino, no del individuo, que tiene siempre la limitación de la muerte, sino de la sociedad, organizada por la ciencia que se encuentra dueña al fin de su suerte como aquel Fausto a quien el sortilegio rejuvenece, y que, al fin, logra libertarse de la tutela del diablo y hasta de los dolores de la infeliz Margarita, y que descansa de sus aventuras en los brazos de la mujer simbólica, de la clásica Elena, de la eterna ecuación entre el ideal y la realidad.

EXISTE LA CIENCIA SOCIAL

¿Pero existe una ciencia social? Sí, existe. Yo pregunto: ¿por qué existe la ciencia de la vida? Porque la reacción química, aunque sea su causa lejana, no puede explicar los fenómenos vitales; porque la herencia, que es la ley suprema de la vida, aparece igual en todas las razas y en todas las zonas geográficas. Pues por lo mismo existe una ciencia social, porque la psicología individual no logra explicar los fenómenos sociales, y porque estos tienen causas sociales ante cuya preponderancia, la influencia de la raza es imperceptible. Existe la ciencia social, desde que ha podido demostrarse que los pensamientos fundamentales del hombre, son semejantes y tienen tendencias semejantes en todas las zonas y en todas las razas; desde que ha podido demostrarse, señores, que la razón humana no es un producto de la evolución biológica, sino un producto de la evolución social; que el lenguaje, que es su marco, ni en la tradición que lo trasmite, ni en los factores que lo modifican, depende de la herencia; y que un proceso idéntico en todas las razas transforma el grito y el gesto, expresión de la vida, en palabra, expresión del pensamiento, que nace dentro y por acción de la colectividad. Y si es igual la evolución del marco, ¡admiraos! es también igual la evolución del contenido: en todas las zonas geográficas y en todas las razas brotan esos dos procesos de la fantasía: el mito anímico y el mito natural que se juntan en las religiones éticas; y en todas las costumbres aparece el mérito de los motivos simples del esfuerzo y de la utilidad que se unen en los fines

sintéticos de la felicidad y la virtud. Pues de esos elementos se forman los conceptos más o menos abstractos del ser, y los sentimientos más o menos generales del deber, es decir, se constituye la categoría del ideal, en la cual consiste única y exclusivamente la conciencia humana. Y si es igual el marco y el contenido, ¿cómo no queréis que sea igual la expresión en sus tres formas: la expresión artística, la expresión jurídica y la expresión política? Por eso en el arte los motivos son idénticos en la cerámica de los mayas y en los vasos de los asirios; aparecen como eslabones de una cadena: el templo incaico y el templo egipcio, la columna griega, la bóveda romana y la ojiva y la cúpula góticas. Y en el orden jurídico la familia y la propiedad encuentran iguales problemas que se resuelven del mismo modo; y en el orden político ¿qué repetición más monótona? Imperios militares que la conquista forma, que la teocracia consolida, y que el feudalismo disuelve y que reconstituye el espíritu nacional, histórico o étnico. Democracias que nacen en las tribus guerreras nómadas, que la demagogia corrompe, que el cesarismo petrifica, que la burocracia disuelve. ¿Qué quiere, señores, decir todo esto? Que la unidad fundamental de la naturaleza humana no es solamente el generoso ideal a que llega el sentimiento religioso en la suprema exaltación del Calvario, no es solamente el postulado de una filosofía abstracta, es también la conclusión de la experiencia y de la ciencia positiva. Pero, señores, ¿en qué se diferencia esa unidad teológica y metafísica de la unidad científica? Se diferencia en que la primera es de origen o de naturaleza y la última de evolución.

LA CIENCIA DE LAS FORMAS

Y aquí, señores, viene una cuestión de ciencia especulativa, porque, señores, la ciencia práctica tiene que fundarse en la ciencia especulativa para llamarse ciencia; si no, es simple empirismo. Por eso permitidme unas breves palabras. Todos saben que la sustancia metafísica fue destruida por la filosofía o encerrada en la urna hermética de lo incognoscible. Pues bien, señores: la ciencia resulta más radical que la filosofía, y resulta la Naturaleza más fecunda que la fantasía porque ante su análisis, se desvanece, no solo la sustancia metafísica, sino también la sustancia física. Y aquí viene, señores, una interesante novedad de los últimos años. Dice Lodge en su discurso inaugural de ahora dos años como presidente de la asociación británica de la ciencia: la gran novedad del último año es que la teoría electro-magnética de la materia ha dejado de ser una hipótesis para convertirse en una evidente realidad demostrada por el cálculo matemático. ¡Ah!, señores, leed los libros, por ejemplo, de Marie Curie sobre la radioactividad, leed los estudios de Ramsay sobre la luz, leed un libro último de vulgarización científica de Perrin sobre el átomo y veréis que la radioactividad representa la ventana

inmensa por la cual ha penetrado la inteligencia y ha descubierto el secreto más grande que puede el hombre conocer de la naturaleza. Las ecuaciones diferenciales, la proyección o la homología de las figuras geométricas y hasta aparatos de observación como el espintariscopio que permite ver, sino el átomo, su huella, han demostrado -realizándose así el sueño de Demócrito-, la existencia positiva del átomo, y han penetrado en su interior y descubierto que se forman de puntos de fuerza, sin materia, sin masa, o sea de un electrón central positivo en cuyo torno circulan iones negativos, es decir, que la materia resulta un campo electromagnético, en el cual equilibrios de fuerza simulan la gravedad. Vosotros diréis: Esto es muy interesante (ya lo creo que tiene que serlo para gente tan culta). ¿Pero qué tiene que ver esto con el problema social que vamos a tratar? Pues, señores, tiene que ver. ¡Ya lo creo que tiene que ver! Eso quiere decir que la realidad está en lo que creemos superficial, está en las formas y en sus modificaciones, que la inercia de las formas es más trascendental que la inercia de las masas, que la velocidad es primero que la gravedad y, oídlo bien, señores, que el hábito es primero que el instinto. De allí resulta este principio hoy indiscutible en todas las ciencias positivas: en el orden físico, orgánico y social, que los cambios en la cantidad son cambios en la calidad. ¡Ah, señores! el número parece la esencia de la realidad, como lo creía Pitágoras. Un cambio en el número de las vibraciones diferencia unos de otros los colores que la física llamara primarios; un cambio en el número de los iones rotativos diferencia unos de otros los cuerpos que los químicos llaman simples; un cambio en el número de los átomos y en el ritmo de las reacciones, diferencia la materia mineral sacudida por el insensible movimiento browniano de la materia orgánica, sacudida por la sensible pulsación de la vida, y un cambio en la concentración, en la intensidad, en la duración, diferencia el estupor, esa crisálida del sentimiento, de la inquieta mariposa del pensamiento y de la conciencia. Pues otro cambio, señores, en el número de los individuos componentes, separa la sicología individual de la sociedad; a tal punto que hoy día quien quiera conocer las propiedades de un cuerpo colectivo, por las condiciones de sus individuos, es tan insensato como quien quiera conocer las propiedades del agua estudiando el oxígeno o el hidrógeno. Y yo os pregunto, señores, si simples cambios en el número de los factores y en las condiciones en que actúen, separan la materia imponderable de la ponderable, la materia muerta de la materia viva, ¿cómo no queréis que cambien radicalmente los productos sociales?

LA CIENCIA PRÁCTICA ES DE ORGANIZACIÓN Y NO DE EDUCACIÓN

Quiere, pues, decir, señores, que si la ciencia especulativa es una ciencia de las formas, la ciencia práctica tiene que ser una ciencia de la organización; quiere, pues decir, que el

problema no está en cambiar la calidad de los factores por la educación, que el problema está en cambiar la eficacia de las formas por una apropiada combinación. La educación, señores, para este concepto científico es un efecto y no una causa como todo el mundo cree.

La base de la educación es el ejercicio, es el movimiento creador, el factor primario de la evolución. Con el ejercicio la naturaleza cambia las especies, impone hechos que se vuelven hábitos y que engendran funciones cristalizadas en estructuras. La Sociedad también con el ejercicio impuesto crea hábitos que hacen nacer sentimientos y después conceptos. No se educa un niño sino creándole hábitos que regularicen su espíritu; no se educa a una democracia sino imponiéndole que practique continuamente actos que, convertidos en costumbres, son el marco dentro del cual nace y se fortifica la voluntad colectiva. La educación es la consecuencia, no es el principio. Antes se creía que los sentimientos debían cambiar primero y que solo después cambiaban las formas. Toda la ciencia social es una protesta contra esa teoría. Primero cambia la forma, por la fuerza o la casualidad, y después, a la larga, nacen los sentimientos. Primero es el vestido, solo después nace el pudor. La castidad de la mujer no ha creado el matrimonio; es la opresión brutal del guerrero contra la infeliz cautiva esclavizada la que ha impuesto, como muestra de dominio, la castidad a la mujer casada; después la castidad de la mujer casada se ha extendido a las solteras, y de esa costumbre ha nacido ese sentimiento de la fidelidad en el amor, que forma el éxtasis y la ansiedad dolorosa de los amantes. La Piedad no ha creado el culto; sino que es el culto venido de la brujería, el que ha creado el sentimiento consolador de la piedad, el gran refugio en los dolores de la vida. El sentimiento monárquico no ha creado la monarquía; es la monarquía impuesta por la fuerza la que ha creado mucho tiempo después el sentimiento monárquico. La democracia no ha nacido del concepto de la soberanía popular; ha nacido de la costumbre de elegir delegados en Inglaterra, del abandono de las colonias entre América del Norte, de la imposición violenta de la República en Francia. Luego, pues, si la razón quiere sustituir a la fuerza o a la casualidad debe actuar sobre las formas políticas y no sobre los individuos.

REGENERACIÓN Y REFORMA

Este concepto: prioridad de la educación o de las nuevas formas políticas separa la edad contemporánea de las edades pasadas y constituye los dos grandes ideales opuestos de la regeneración y de las reformas. El primero es el viejo ideal de la monarquía de la teocracia, y el segundo debe ser el ideal de la democracia.

¡Ah, señores, la humanidad ha tardado cuarenta siglos en amar y entender las reformas! Las reformas se temen como una aventura, como el salto a lo desconocido; y, sin embargo, aun cuando sean algunas veces en realidad un salto a lo desconocido, una verdadera aventura son siempre menos peligrosas que la inercia, porque la inercia, la estabilidad, en un medio que cambia, es el desequilibrio seguro en un plazo más o menos corto; en cambio, en la aventura si hay flexibilidad para modificar los errores, el equilibrio próximo es seguro por la irremediable combinación de las fuerzas.

La aventura, señores, ha creado la civilización y la naturaleza. Los imperios y las religiones, las nacionalidades y las democracias, son el fruto de la gran aventura que, entre himnos y elegías, juega el espíritu en la historia; y todo lo que hay grande en la naturaleza, la luz y la vida y el pensamiento y esa conciencia universal que existe o existirá, es el fruto de la inmensa, de la colosal, de la estupenda aventura que, entre cataclismos y auroras, juega la energía en el tiempo y en el espacio infinitos. Por eso, señores, lo que distingue a los pueblos de una cultura superior de los pueblos de una cultura inferior, no es lo que poseen sino lo que anhelan poseer; no es la realidad, siempre, pobre y mezquina, sino la noble inquietud por el ideal inagotable.

Los primeros hombres de estado, los primeros patriotas, son todos regeneradores; confían en la educación; no se atreven a cambiar instituciones, que creen inspiradas por Dios; son regeneradores, Moisés, los Profetas hebreos, Confucio, Los Gracos, el mismo Jesús se ve obligado a declarar que él ha venido a cumplir la ley y no a reformar la ley. La especialidad de la revolución inglesa, tan fecunda, es que fue hecha sin reformadores.

LA FRANCIA, EL PRIMER PUEBLO REFORMADOR

Señores, el primer pueblo en que aparece el ideal de la reforma, es la Francia del 89. Hasta entonces, los pueblos solo habían tenido confianza en la insondable sabiduría o en la justicia divina; y aparece un pueblo que tiene la audacia de pensar que el pasado es malo, que hay que reformarlo, que tiene fe en una nueva definición del Derecho y de la Justicia, es decir, fe en la razón, fe sublime, señores, fe inquebrantable que no han logrado destruir ni las más amargas decepciones, ni el luto de los desastres más trágicos. Sin más ni más que esa canción de la libertad, que después ha sido himno de todos los pueblos oprimidos, desafiando a la Europa entera, fundó la Francia la República del 93. ¡Que horrible desengaño! Creyó fundar la libertad, y fundó el despotismo; creyó establecer la fraternidad y estableció la guillotina, y sin embargo, señores, los hombres que fundaron y destruyeron la República del 93 eran

abnegados, patriotas y heroicos como los espartanos; todavía sus hechos llenan de entusiasmo nuestros pechos con imágenes de luz y de gloria. Como esas heroínas de la pasión, sublimes criaturas de dolor, de abnegación y de pecado, la Francia del 93, inspirada y trágica, con la frente profética y las manos ensangrentadas, es la revelación más luminosa que ha conocido la historia. Su eterno símbolo es aquella madama Roland severa como Lucrecia, vidente como Juana de Arco, subiendo las gradas del cadalso para proclamar, frente a la muerte su fe en la capacidad de la razón para organizar las democracias modernas.

Señores: el desastre no desanimó a la Francia; sus hombres dijeron: hemos cometido el error de hacer la República convencional y entonces crearon la República plebiscitaria del 48: error más terrible que la llevó al desastre, no siquiera con los resplandores del genio y de la gloria, con que cayó en medio de la epopeya, la primera República. Esta vez el infortunio tuvo todas las crueldades de la ironía: un rey extranjero se coronó en el palacio de Luis XIV, y soldados invasores pasaron bajo el arco de Napoleón, y, sin embargo, señores, la Francia no perdió la fe y nació la tercera República; pero ya no entre los idealismos del 48 y del 93, nació de la ciencia perfecta del gran anciano que venía de la monarquía, diciendo: el error no está, señores, en la democracia, sino en una defectuosa organización de la democracia; y en esa hora de ruina inmensa en que nada había quedado en pie; en que el genio militar de la Francia que los siglos dormidos en las pirámides se habían despertado para admirarlo, concluía en la derrota y en la capitulación, y en que su genio político que había querido formar una nueva sociedad concluía en el delirio de la comuna, que era la fórmula de la disolución; en esa hora trágica, para rehacer un ejército que defendiese la frontera mutilada y abierta, para formar un gobierno que contuviese la anarquía; en esa hora de agonía, no un joven sino Thiers, el anciano, el estadista de consumada experiencia, el ministro de los reyes, el historiador de Napoleón, que conocía como nadie en Europa, que conocía como nadie en el mundo los secretos y los resortes de la organización napoleónica, Thiers, para restablecer la disciplina del ejército y el prestigio de la autoridad, no fundó una dictadura militar y un imperio, como aquí se les habría ocurrido a los genios prácticos de esta tierra. ¿Sabéis que fundó? La República parlamentaria, señores.

Y hay que averiguar qué es lo que ha hecho la República parlamentaria. Hay que preguntar qué ha hecho, y no lo que dejó de hacer, ¡Criticar lo que dejó de hacer! Así cualquier pobre de espíritu critica la obra misma de Dios. ¿Qué ha hecho la República? Libertar el territorio, pagar la indemnización más grande que conoce la Historia; vencer la comuna, la rebelión anárquica más formidable que había visto Europa, reorganizar la hacienda en quiebra, volver a

reconstituir la administración, formar el ejército más poderoso que ha tenido la Francia, conquistar un imperio colonial que no tuvieron ni Luis XIV ni Napoleón; hacer la alianza con Inglaterra y con Rusia, que Tayllerand declaró imposible por los siglos de los siglos, y todo esto, en medio de la libertad, haciendo grandes reformas sociales; y por último señores, por último, resistir la prueba magna, resistir la gran prueba, que ansiaban, que anhelaban con sonrisas de infamia, los reaccionarios de toda la tierra, resistir el asalto del imperio militar más formidable que ha conocido la historia, quebrar con un ejército de ciudadanos el más perfecto instrumento de guerra que ha ideado el genio humano en esas gloriosas trincheras que pasarán al porvenir como Maratón y como Salamina, como Valmy y Jemmappes, como el ejemplo viviente de que es superior la organización democrática y civil a la organización imperialista y militar, de que el casco de la fuerza brutal se rompe siempre que tiene la audacia de ponerse frente al gorro frigio de la libertad, porque para consuelo de la humanidad las fuerzas de la materia están subordinadas a las fuerzas incoercibles del espíritu.

Señores: Permitidme que desde esta tribuna alta -no por el modesto orador que la ocupa- alta por la institución tradicional que representa y por el entusiasmo del auditorio que la rodea, permitidme, señores, que enviemos un saludo a la noble, a la heroica, a la gloriosa Francia, que en este momento mismo suda la sangre del huerto divino en la batalla redentora, para imprimir el sello de su genio en el metal fundido de una nueva historia.

EN QUÉ CONSISTE EL PROBLEMA DEMOCRÁTICO

Señores -y vamos a tratar con claridad este punto-, ¿sabéis cuál fue el error de esas primeras formas democráticas? Fue que no conocían bien todavía la ciencia social. Cuando se hace una máquina hay dos problemas que resolver. El primero es el mecanismo apropiado a la función. El segundo tan importante, y quizá más importante que el primero, es el motor. Todos sabemos que el motor a vapor ha permitido los ferrocarriles, que el motor a explosión ha permitido los automóviles y los aeroplanos, y hoy día los sabios, en esos delirios sublimes de la ciencia, sueñan con un motor a reacción que permita volar en el éter y hacer una visita a los planetas vecinos. Pues, señores, lo mismo pasa con una máquina social: hay el mecanismo y hay el motor. Los antiguos no tenían idea de que había un motor social y solo confiaban en los motores individuales. Los motores individuales son dos, que todo el mundo los conoce: es el instinto egoísta, concéntrico, de conservación y el instinto excéntrico específico y de reproducción. En un pequeño círculo como la familia, ambos instintos se armonizan admirablemente. Por eso es tan sencillo para cualquier individuo organizar una familia. Pero

tratándose ya de mayores círculos, por ejemplo de la tribu y sobre todo de la nación, ese equilibrio es muy difícil, es casi imposible. Por eso es que el instinto desde antiguo buscó dos auxiliares: la presión interna, la conciencia, la sanción religiosa, el deber, que se llama resorte moral, y la presión externa, la fuerza, el castigo que se llama resorte jurídico. La monarquía absoluta funda el gobierno en el interés de una familia, existiendo además los dos auxiliares: el deber y el castigo divino, la obligación y el castigo humano. Pero la democracia es el concepto audacísimo, casi absurdo, de fundar una sociedad con presidencia absoluta de todo interés individual y de todo interés de familia.

Yo pregunto: ¿Es qué pensáis que para organizar el gobierno democrático sin el interés de familia basta el resorte moral y el resorte jurídico? No, imposible. El resorte moral ha perdido la sanción religiosa, pero aunque lo recobre siempre fue impotente; la Historia nos dice que los gobiernos teocráticos, inclusive el de nuestro santísimo padre cuando gobernaba Roma, fueron los más detestables. Si el resorte moral bastase, la mejor solución sería la de Tolstoi que resuelve todos los problemas sociales, aplicando el evangelio sublime a todas las relaciones humanas, para que reine la fraternidad entre los hombres y la paz entre las naciones. El resorte moral aún idealizado por el cristianismo, ha transigido con todos los intereses hasta con la esclavitud; hoy no puede impedir el duelo y santifica la guerra; siempre está listo el tedeum de los obispos, para bendecir y ensalzar todas las carnicerías civiles e internacionales, cualesquiera que hayan sido sus móviles o sus consecuencias. La misma caridad que envilece no resuelve el problema social.

El castigo es igualmente impotente. Con muchas deficiencias logra defender el derecho privado empleando el complejo organismo judicial; pero por dos razones: porque tiene como base el concepto moral unánime -todo el mundo reprueba el robo y el asesinato-, y porque los delincuentes, aunque sean muy bravos, no pueden luchar con la sociedad entera: pero aplicar el castigo al delito político es sencillamente absurdo. En primer lugar desaparece en el acto esa unidad moral. Como hay despotismos que son salvadores, y como hay revoluciones que son sagradas, el delincuente puede decir yo soy un patriota -y muchos lo creen- y una vez que el delincuente se convierte en mártir y el juez en verdugo, se acabó absolutamente la sanción jurídica; el castigo es contraproducente. Después, señores, el delito político es un delito colectivo, y es sencillamente absurdo ir a castigar al individuo. Por ejemplo, una ley criminal en un Congreso. ¿Cómo se puede castigar a los diputados, cuando ellos obedecieron a móviles e intereses tan diversos? Y si se trata de los poderes, públicos ¿a quién se le da la fuerza? El

poder político que declara el delito no puede tener la fuerza; sería el despotismo. Otro poder debía ser el que tenga la fuerza. Pero el poder que tiene la fuerza ¿se someterá al que no la tiene? ¿Y podrá el que no la tiene ser tan audaz de desafiar al que tiene la fuerza? ¿No será más humano que ambos se entiendan? Y después, señores, en materia política, en derecho público el éxito es una parte de la moral; la revolución que triunfa es buena; la nación que vence tiene la justicia. Quiere pues decir y cualquiera comprende esto, que el resorte moral y el resorte jurídico son absolutamente impotentes para defender la sociedad; que si no hubieran más que estos dos resortes, habría que pensar con Macaulay, que el absurdo más grande que han podido concebir los hombres es pensar en organizar la democracia; sería preferible con todos sus vicios y errores, la monarquía absoluta hereditaria.

LA SOLIDARIDAD

Pero, señores, la democracia es posible, porque existe un resorte social tan eficaz como el instinto de conservación que defiende al individuo y como el instinto genésico, que defiende a la especie. Ese sentimiento hoy se llama la solidaridad. No lo conocían los publicistas, y recién comienzan a estudiarlo los sociólogos y solo en sentido abstracto.

Yo no conozco un tratadista de derecho público que hable de la solidaridad como resorte de gobierno: Apenas si Duguit dice, que explica mejor que el mandato del título de la representación; pero no estudia su eficacia como resorte de organización

Señores: la realidad tiene la propiedad de persistir, de querer subsistir; propiedad inexplicable como todas las propiedades de las cosas. Esa tendencia al ser, se llama cohesión en los minerales, instinto en los animales y solidaridad en los grupos. Así, pues, la solidaridad es la tendencia a la persistencia que tiene un grupo. De los grados de cohesión y de elasticidad que alcanza, depende la curva más o menos extensa de su vitalidad, y el radio más o menos eficaz de su acción.

La solidaridad está constituida por un equilibrio de intereses y sentimientos; tiene dos condiciones: primero es propia de cada grupo, y así como el instinto de conservación opone a unos individuos con otros, la solidaridad opone a unos grupos con otros, dentro de la nación, con la nación y a las naciones entre sí; y la segunda condición consiste en que es completamente independiente de la moral. El instinto solidario puede brotar en un colegio, en una oficina burocrática, en un conjunto de personas de la misma profesión u oficio, en una cuadrilla de bandidos. Como todo sentimiento, cuando se exalta tiene sus héroes y sus

mártires. El colegial o el burócrata que padece un castigo o pierde el puesto por ocultar la falta de un compañero que quizás aborrece, el proletario que va a la huelga contra su interés, y el hombre político, que realiza un acto que él desapruueba o que no le conviene, solo porque lo exige su partido; y hasta el bandido, que se deja matar por su jefe y que muere en el tormento sin delatar a los cómplices, son héroes o mártires del instinto de solidaridad. Pero, señores, así como los móviles que forman el instinto egoísta y el instinto específico deben estar equilibrados para ser útiles al individuo y a la especie, también deben estarlo los círculos sociales, para que pueda existir una sociedad. Si hay desequilibrio en los móviles egoístas, entonces resulta el glotón, el avaro, el bandido; si lo hay en los impulsos específicos resulta el sensual, el pervertido, el pródigo. Pues lo mismo cuando hay desequilibrio en los círculos sociales, resulta, señores, el clericalismo, el militarismo, el regionalismo o la burocracia. ¿Cuál es el remedio? Es conservar el equilibrio de los círculos sociales. ¿Y en una democracia cómo puede conseguirse eso? El único medio es que estén representados y equilibrados en una asamblea. Si se consigue ese equilibrio, la acción solidaria es mecánica y el gobierno que conserva y desenvuelve esas armonías es en beneficio de la nación; pero si se revela una perturbación permanente, entonces hay la seguridad y la evidencia de que está mal organizada la asamblea de representantes. He aquí señores, cómo la ciencia pura nos puede demostrar esto: que si hay una democracia como la peruana, con una perturbación permanente, el defecto irremediamente está en la manera como se organiza la asamblea de representantes.

LA CONSTITUCIÓN PERUANA

Señores, esta conclusión a que nos conduce la ciencia pura se comprenderá mejor con una brevísima explicación sobre la constitución peruana. Todos sabemos que la constitución peruana está copiada de la constitución americana. No voy a explicar los orígenes de la constitución americana ni sus errores ni aciertos en la práctica; pero quiero insistir en este punto. Las instituciones americanas se aplicaron en el Perú para un objeto enteramente diverso de aquel para el que se crearon, y algo más, fueron desnaturalizadas al pasar al Perú. Los americanos no pensaron nunca en crear una nacionalidad ni grande ni pequeña. Dice Wilson, el actual presidente, si alguien les hubiera dicho a los autores de la constitución que iban a crear una nacionalidad se hubieran reído, ellos quisieron únicamente mantener en la paz la misma unión que les había servido en la guerra, ellos quisieron mantener la unión y salvar la independencia de los Estados. Pues este objetivo no lo consiguió la constitución. La actual nación americana es el fruto de la victoria del norte sobre el sur, gracias a la casualidad

que hizo que en esos momentos estuviera en el poder Lincoln, hombre modesto y que se reveló un gran estadista; que hubo un general como Grant, que sin ser un genio resultó un soldado de talento. Señores: En el Perú había que crear una nacionalidad, organizar una democracia y evitar la guerra civil, la dilapidación, la burocracia. ¿En qué se parecían los dos problemas? Eran, pues, dos problemas enteramente distintos.

Los americanos no crearon función parlamentaria. Esta es diversa de la función legislativa. La función legislativa es hacer la ley, la función parlamentaria es hacer intervenir la opinión de la nación entera en el gobierno, para dar las orientaciones generales y servir de control. ¿Para qué querían ellos esta función? Para nada. Ellos querían impedir al contrario que la nación entera influyese en el gobierno de cada parte. En el Perú sí era necesaria la función parlamentaria, porque era el único modo de contener la dictadura, la dilapidación y sobre todo, la burocracia. Los americanos no crearon la función parlamentaria; pero crearon un órgano de colaboración, el Senado elegido por los estados autónomos que colabora con el presidente de la república, él aprueba el nombramiento de secretarios, de embajadores y de altos empleados. En el Perú como no hubo Estados faltó el Senado, es decir el órgano colaborador. Los americanos si bien no crearon la función parlamentaria, confiaron la función legislativa -y ruego al auditorio que se fije en esto- a un cuerpo representativo elegido íntegramente por la nación cada dos años. Como una ley para darse demora dos años, se puede decir que para cada ley hay una nueva cámara íntegramente renovada. En el Perú no solamente se suprimió la función parlamentaria sino que se creó cámaras burocráticas que se cambian por terceras partes y que tienen suplentes, quiere decir que desaparece la unidad del representado y del representante y desapareciendo estas dos unidades, desaparecen las dos condiciones de la representación.

El presidente de Estados Unidos es elegido por el pueblo, pero por voto indirecto y por Estados, es decir, el voto popular dentro de un marco orgánico. En el Perú, después de las reformas del 95, el Presidente de la República es elegido por voto directo y plebiscitario sin control alguno.

¿Qué quiere decir esto, señores? Que el instrumento delicado e ingenioso, que es la constitución americana, en las manos inexpertas y toscas del copista peruano ha perdido toda su sabia armonía y toda su ingeniosa flexibilidad: ha desaparecido el cimiento de los estados, sustituida por intereses antagónicos. En el origen de los órganos han desaparecido los

resortes de equilibrio, y en las funciones han desaparecido los resortes de control. En la asamblea ha desaparecido la elección general que sirve de equilibrio a los partidos y de control a la función; en el órgano ejecutivo ha desaparecido el equilibrio del voto directo, y en la función gubernativa se ha suprimido el control del Senado. Quiere, pues, señores decir que el tren ha perdido sus frenos, que sale de sus rieles, que salta sobre el pedregal de las pasiones y se hunde en el pantano de las intrigas. Quiere, pues, señores, decir, que se han invertido bárbaramente los papeles. El voto plebiscitario e integral para la presidencia de la república: el voto parcial y con sustitutos para la asamblea. Es decir, que la corriente de opinión ha sido sustraída de la asamblea donde es luz y libertad, y ha sido encaminada a la presidencia, donde tiene que ser personalismo y pasión. Se ha perdido el contrapeso de poderes efectivos sustituidos por el acicate de apetitos irreductibles. A los ojos pues, de la ciencia y de la historia, de la teoría y la práctica, la constitución peruana no es un instrumento de gobierno sino de desgobierno, no es un instrumento de solidaridad sino de disolución. ¡Hay señores que admirar las virtudes de este pueblo que con ese veneno continuo de la constitución ha podido subsistir hasta ahora!

FALTA LA REPRESENTACIÓN NACIONAL

Señores; el vicio principal de la Constitución está en la supresión de la representación integral. ¿Concebís una democracia sin representación? La representación política es más amplia que la jurídica porque se supone que los representantes representan la voluntad de la nación: pero para que esa voluntad responda a los intereses nacionales es necesario que en la asamblea exista el mismo equilibrio que existe en la nación: ese equilibrio no puede nacer de un concepto individual porque los conceptos son opuestos en la asamblea. Tiene que ser un equilibrio mecánico resultado de corta proporción entre diferentes sentimientos e intereses. Señores: una nacionalidad es en el espacio una unidad material, representada por la integridad del territorio y la población, y es el tiempo, una unidad histórica, representada por un equilibrio de intereses y sentimientos. Pues, señores, si esa unidad material y moral se pierde en la representación no hay espíritu nacional, no hay solidaridad en la asamblea. Es que en los seres sociales hay algo más que los factores: hay el orden y la armonía. Tratándose de números abstractos se puede decir teóricamente: el orden de los factores no altera el producto. Pero no se puede decir eso tratándose de la realidad. Prescindiendo del orden en las frases de una oración o en los órganos de un animal; pues ni hay animal, ni oración. Un pintor que retrate a una persona sin contemplar la armonía del conjunto, primero la frente y después los ojos, hará una caricatura.

Pues esto es más grave tratándose de la sociedad.

El alma nacional es el equilibrio constantemente renovado de intereses y sentimientos, cuyo orden, número e intensidad, varía constantemente por el mutuo control o la recíproca acción y reacción en que consiste la vida nacional. Una nación no es un bloque sino una coordinación, pues si para hacer que elija una representación, comenzáis por dividirla en tres partes por la suerte, en seguida mandáis que cada parte elija sus representantes con dos años de diferencia, de modo que solo en 6 años se renueva el total, y todavía aumentáis suplentes, entonces, si las elecciones son legales y legítimas: quizás habréis copiado los factores; pero no lo esencial, que es sus proporciones; habréis copiado los elementos, pero no su coordinación. La división habrá suprimido el equilibrio; la sucesión habrá suprimido seguramente la actualidad, es decir, habrá suprimido la vida que es una armónica actividad presente. ¡Qué absurdo! Para presentar un ser vivo y real como una nación, creáis un cuerpo inerte y artificial, del cual desaparece la vida superior del conjunto, reemplazada por la vida inferior de organismos parasitarios; es decir, que en vez de engendrar el hijo que representa el estado pasado, el equilibrio actual y las tendencias progresivas de la especie, habréis engendrado los gusanos que representan la descomposición y la muerte.

La falsedad de la representación suprime necesariamente la solidaridad nacional. Para que una asamblea pueda gobernar conforme a los intereses de la nación, es necesario que el centro de gravedad de ella sea el mismo que el centro de gravedad de la nación; solo así es posible que las partes estén subordinadas al interés del todo. Si el centro de gravedad de la asamblea es diverso del centro de gravedad de la nación, las partes en su desarrollo, vencen el interés del todo y como esa desviación crece continuamente, viene un momento en que la parte para vivir tiene que dañar al todo. Esa parte que progresa a expensas del todo puede ser una región, una industria, una clase social; pero cuando no ocurre eso, la parte que progresa a expensas del todo es, señores, el mismo parlamento. Entonces se produce una solidaridad parlamentaria, una solidaridad política, en antagonismo con el interés del país; entonces el parlamento en vez de establecer el orden, establece el desequilibrio, en vez de transmitir la vida igual a las partes, les trasmite la convulsión o la parálisis, la congestión o la anemia.

Y no se puede, señores, exigir que las partes voluntariamente limiten su expansión en interés del todo, porque para ellas el interés del todo está contemplado a través del propio interés, y el interés general tiene como radio el deber para sí propio. Querer que las partes contengan su

expansión voluntariamente, es tan absurdo como querer que un animal en el momento en que deja de ser útil a la especie, cuando es viejo, pierda el instinto de conservación, siendo así que ocurre todo lo contrario; el instinto es más tenaz en la vejez: de modo que la eliminación del animal viene solo por la acción del medio. Lo mismo pasa en la sociedad: la eliminación de la parte inútil o dañosa o su limitación, ya sea partido o individuo político, solo puede venir por la acción del medio social. Ese medio en un sistema democrático está constituido por la nación entera, la cual solo puede ejercer una selección eficaz en las elecciones generales en que todas las partes actúan libremente. Si la renovación es parcial, entonces el medio, desnaturalizado por la asamblea, lejos de eliminar, protege a la parte dañosa o inútil.

Pero, señores, la renovación parcial no solo suprime la representación, también suprime la voluntad. ¿O es que pensáis que todos los pueblos tienen voluntad? Algo más: ¿Es que pensáis que todos los individuos tienen voluntad? La voluntad es una reacción total de todo el ser; solo aparece en aquellas naturalezas perfectamente equilibradas, que adquieren el hábito de dirigirse por finalidades reflexivas y de persistir en ellas a pesar de las emociones contrarias que se derivan de los accidentes; por eso, el imperio de los influjos parciales es la negación de la voluntad; aparece en el niño, en el anciano, en el neurasténico, allí donde hay perturbaciones o deficiencias de la mentalidad. Pues lo mismo pasa en la sociedad, en la nación. La voluntad es el fruto de una reacción total: pues si hay un sistema que solo permite reacciones parciales, es claro que ese sistema impide la formación de la voluntad. Cuando ha concluido un régimen, se forma una onda de aprobación o desaprobación. Si esa onda de opinión se puede expresar en elecciones generales, entonces se intensifica, pero si no se puede expresar entonces se desvanece. Todo el mundo sabe que un sentimiento que puede expresarse, se hace fuerte, y que uno que no puede expresarse, se debilita y extingue. Pues señores ¿cómo queréis una voluntad nacional, cuando el sistema actual impide toda reacción nacional?

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LA RENOVACIÓN PARCIAL

Todavía hay un efecto más importante: la renovación parcial destruye los partidos políticos. Las aristocracias y las monarquías se organizan mediante castas hereditarias y mediante clases privilegiadas; las democracias se organizan mediante corporaciones libres, que se llaman partidos políticos. Los partidos son libres, en cambio las castas y las clases están rigurosamente reglamentadas. Yo pregunto: ¿es que creéis que los partidos políticos no pueden abusar; que allí donde se reúnen tantos intereses y pasiones, no es posible el abuso? Los partidos están formados por un pequeño número de miembros patriotas, de hombres de

convicción y por un gran número de apetitos y de ambiciones, de malvados, dice Maura. Pues bien, señores, ¿cuál es la única manera de impedir el abuso de los partidos? La única manera es mantener sobre ellos el control de la nación y eso solo es posible cuando se obliga a los partidos a ir a las elecciones generales, porque entonces los partidos van únicamente con sus méritos y su fuerza; pero si son parciales las elecciones, entonces tienen una trinchera donde defenderse, los tercios restantes; trinchera desde la cual defienden del pueblo. Una elección general es un gran veredicto nacional; una elección parcial es un reemplazo burocrático; la elección general es una batalla campal en que solo triunfa la opinión; la elección parcial es una lucha de emboscadas en que vence la intriga. ¿Cómo abusan los partidos? Muy sencillamente: toda concentración de fuerzas políticas produce una irradiación de poder cuyo triunfo tiene por base el crédito. Yo recibo un billete que no vale nada, pero que tiene la firma de un Banco; yo voto por un diputado aunque no lo conozca, porque me inspira confianza su partido. Este fenómeno del valor artificial que prestan los partidos ya lo había observado Disraeli diciendo en una de sus novelas: los partidos son una invención de gentes astutas en virtud de la cual individuos que nada valen resultan valiendo algo.

Pues bien, señores, ¿cuál es la condición para que los billetes no lleven a la quiebra? Es que exista un fondo de reserva; pues lo mismo pasa con los partidos que crean esos valores artificiales; para que esos valores no lleven al desastre, es preciso que exista un fondo invariable de valores reales. Pues cuando los partidos tienen trincheras en las elecciones parciales, entonces se olvidan del fondo de reserva y todos son valores artificiales. Algo más, señores, cuando tienen trincheras los partidos imponen el curso forzoso de los valores artificiales. Pues bien, la Ley de Gresham es universal, domina lo mismo el mundo económico que el mundo político, la mala moneda excluye del todo a la buena, y poco a poco se va poblando la política y la administración, de nulidades, de mediocridades y concupiscencias. Es, señores, que el hombre mediocre, condescendiente y ligero, es preferido siempre por los partidos. Las rivalidades, las resistencias, las envidias, las calumnias forman la corona de espinas, pero también la aureola de gloria del hombre superior. Los partidos solamente se resignan a los hombres superiores para no perecer. Cuando se encuentran lanzados, en el océano popular sin trinchera alguna en una elección general, tienen que volver a ellos, porque el mercado difícil exige entonces el oro puro de los valores reales.

Señores: os quejáis de los partidos, os quejáis de sus ingraticudes que sublevan, de sus transacciones vergonzosas, de sus conjuraciones con el poder, de sus agresiones, hipócritas y

malvadas, de sus claudicaciones inverosímiles: ¿Quién tiene la culpa? No son ellos, es la elección parcial que corrompe a los unos en el parasitismo del Poder y que ha irritado y envenenado a los otros con la proscripción permanente.

EL CESARISMO BUROCRÁTICO

Pues un Congreso, que no es representación, que no es voluntad nacional, que está formado por partidos desmoralizados, ¿cómo queréis que ejerza el control parlamentario? Pues la falta de control desorganiza sin remedio el poder Ejecutivo, porque es un principio mecánico que la falta de resistencia disocia los elementos que constituyen una fuerza. Por eso los autócratas cuando pierden el freno de la tradición caen en poder de los eunucos o de los favoritos; por eso es que los gobiernos sin control parlamentario, concluyen por caer en poder de los círculos militares o burocráticos. Y entonces, señores, viene el peor estado para un pueblo, ese sistema de Gobierno que yo he llamado cesarismo burocrático y que consiste en el imperio de una oligarquía de intereses asociados que usufructúan el presupuesto detrás de un jefe que dispone del Ejército y de la Caja Fiscal. Aparentemente la soberanía pasa del pueblo al Jefe del Gobierno: en realidad pasa a las camarillas que lo dominan con exigencias de gratitud y con amenazas encubiertas o francas de rebelión o de oposición. Y entonces, en estas condiciones la función del Gobierno se reduce a vivir firmando órdenes de prisión contra los enemigos y órdenes de pago para los amigos. La función administrativa se reduce a dar empleo a los unos y quitárselo a los otros. La función política a formar el Congreso con unos políticos y a excluir a los otros, y sobre todo a preparar la sucesión.

¿En estas condiciones señores, el Congreso qué hace? Cubrir con su aprobación o con su silencio todos los abusos, y estimularlos con las exigencias del egoísmo individual o político. Y entonces, señores, llega para un pueblo esa terrible condición de oposición, de antagonismo entre la realidad y la apariencia, que señala la decrepitud de un sistema religioso o de un sistema político. Cuando en una religión falta la piedad, cuando vive de fórmulas, cuando al encontrarse los sacerdotes se sonríen, es porque una religión se muere. Lo mismo pasa con un sistema político. Señores, cuando la democracia es una fórmula, detrás de la cual se acentúa continuamente la divergencia entre el país real y el país legal, surge para el patriotismo, el áspero conflicto de un antagonismo irreductible entre la moralidad y la legalidad, que es el signo de la catástrofe. Porque cuando la legalidad se convierte en trinchera de los apetitos, y el orden material en escudo de los cinismos, la moralidad no tiene más esperanza que la fuerza y la justicia no tiene más expectativa que el poder personal. ¡Situación trágica en la cual

ya no es solamente el interés despechado y vencido, sino la incontenible rebeldía de la virtud indignada, la que saluda como una alba redentora, la ola popular embravecida que barra con todos los cinismos o el puño férreo del dictador que aplaste para siempre todas esas hipocresías.

ESTERILIDAD DE LAS REVOLUCIONES

He aquí, señores, por qué en el Perú, todos los programas de regeneración y todas las esperanzas de redención se vinculan a la fuerza y al poder personal; esperanzas defraudadas siempre, pero cuyos entusiasmos encarnados en los heroísmos del alma popular, forman la única luz de nuestra triste historia: noble revolución del 54, encendida en un liberalismo romántico, y que concluyó en la reacción militar y clerical del 60; patriótica revolución del 65, alimentada por ese ideal americano que animó a los próceres de la independencia y concluida en la dilapidación criminal y en el pronunciamiento vulgar; generosa revolución del 94, encendida en una grande ola de fe, en la esperanza de una gran renovación democrática y que gastó sus fuerzas en la reacción de los mismos vicios que no supo enmendar ni curar. Heroísmos todos, señores, gloriosos; pero que resultan estériles por la ley fatal de las cosas. ¿Y cuáles son, señores, los mejores gobiernos? son los de un espíritu superior y justiciero; los de un Ramón Castilla, de un Nicolás de Piérola, de un José Pardo; hombres de gran energía, y sobre todo, de prestigio popular, que logran vencer la oposición y la rebelión de los enemigos, y lo que es más difícil, limitar el apetito de los amigos. Pero ellos se van y los vicios vuelven; y no creáis que vuelven porque los hombres que les suceden sean malos o menos patriotas, no; es porque, con menos prestigio que ellos, tropiezan en el acto, con el enojo de los antiguos compañeros, no satisfechos, que van a incitar la oposición de los contrarios y que por una reacción necesaria imponen el predominio de los íntimos, es decir, que el régimen burocrático vuelve a su estado normal: arriba la camarilla y la conspiración abajo.

EL ERROR POLÍTICO

Yo pregunto, señores, ¿cuál es el inmenso error, el profundo error que así condena a la esterilidad el heroísmo del pueblo, que da su sangre y las energías de los hombres superiores? ¡Ah! es la falta absoluta de orientación política; es la falta de ideal político; es que son regeneradores y no son reformadores; es que administran y no renuevan; es que con esfuerzos heroicos quieren calentar al enfermo o cubrir las pústulas; pero no devuelven su energía al corazón, ni su pureza a la sangre, ponen un dique transitorio a los abusos; pero cuando falta el muro de su prestigio el río recobra su lecho de podredumbre. Es que no hacen

la obra del gran ingeniero, de desviar en su origen la corriente, para que vaya a fecundizar los campos y a crear, en vez de pantanos que envenenan, huertos que alimentan y jardines que perfuman.

Señores, así como la enfermedad crónica y el bienestar transitorio debido al anestésico acaban por crear al alcohólico y al morfinómano, así en un pueblo, el malestar crónico y el alivio transitorio debido a la fuerza y al poder personal acaba por crear una inclinación muy peligrosa, la inclinación a la violencia. ¿Quién no ha soñado, señores, en horas de indignación patriótica, con un dictador y un patíbulo que hiciera rociar un millar de cabezas? Es la visión, es el delirio de un pueblo infeliz condenado a vagar sin patria por la historia, como el ejemplo viviente de que la esperanza del Mesías vengador es la realidad del antecristo verdugo, y el ideal de la regeneración, del culto a la ley escrita intangible, es la realidad del cautiverio y de la disolución.

OPINIÓN DE ESMEIN

Este punto de la renovación total de la asamblea y de la renovación parcial no ha sido estudiado con detención por los pensadores europeos. Por una razón muy sencilla, porque todas las Cámaras populares de Europa se renuevan totalmente. Es cierto que algunos de los proyectos de constitución, discutidos en la convención nacional, establecían la renovación parcial; pero en realidad no llegaron a aplicarse en un período normal. Ha faltado pues la experiencia, la realidad, para que los pensadores y estadistas hubieran fijado su atención en las consecuencias trascendentales que engendra la renovación parcial hasta el punto de falsear el sistema democrático. De modo que este punto los tratadistas europeos lo discuten solo teóricamente y con absoluta brevedad. Sin embargo, en las pocas líneas que le dedica, Esmein percibe con su habitual penetración la razón fundamental de la renovación total.

Dice se podría tomar en consideración la renovación parcial, si es que la asamblea fuera un cuerpo puramente legislativo, cuya única misión consistiese en dar leyes; pero la asamblea dice que es sobre todo un cuerpo político obligado a vigilar al gobierno y a dar las grandes orientaciones nacionales; y ese papel de verdadera asamblea y cuerpo representativo solo puede llenarlo con una consulta periódica y total a la nación. He aquí el gran argumento del cual todos los demás no son sino derivaciones. Para que la nación gobierne, para que la asamblea interprete las orientaciones nacionales, para que sea órgano de la voluntad nacional, es decir, para que exista democracia y gobierno de opinión, es indispensable la

renovación total. Y todavía insiste Esmein; si no hubiera renovación total, habría que disolver frecuentemente el Congreso. He aquí establecida toda la doctrina que me he esforzado en desarrollar. La renovación parcial separa al Congreso de la opinión pública; rompe la relación entre la nación y la asamblea, es decir que la asamblea deja de ser un cuerpo representativo y se convierte en simple cuerpo burocrático.

EL EJEMPLO DE INGLATERRA

Señores, el tiempo me obliga a suprimir muchos argumentos, pero yo no puedo evitar el hacerlos presente la siguiente consideración. Hay quien dice la renovación total le parece una panacea al señor Cornejo. ¿Cómo un remedio tan sencillo puede curar tantos males?

Pero, señores, no son los remedios los que curan ni a los individuos ni a los pueblos; son las fuerzas de la propia naturaleza las que hacen la cura; el remedio solo provoca la reacción o quita el obstáculo. No es el mejor médico el que llena de recetas al enfermo. Muchas veces el gran facultativo con una disposición dietética o con hacer olvidar un hábito cura enfermedades crónicas. Señores, hay, sin embargo, un hecho singular en la historia política europea, que tiene una gran importancia para mi tesis y en que se ve cómo las pequeñas cosas producen grandes efectos. Se han preguntado los publicistas por qué motivo los estados generales en Inglaterra y en Francia tuvieron tan diversos resultados. Son iguales en el siglo X y XI. En Inglaterra conducen al sistema parlamentario y en Francia caen en el desuso y dejan libre el absolutismo.

Por supuesto queda eliminada la cuestión de razas y de posición geográfica.

La razón es esta: el estado llano en Francia representa únicamente la ciudad, en Inglaterra representa también los campos organizados en condados por un feudalismo más extenso. Al rey le conviene siempre llamarlos estados generales porque así reparte mejor el tributo y se libra de los recaudadores dados a la cleptomanía; pero en Francia aunque los convoque, siempre necesita del recaudador para los campos, por eso le son menos útiles. Al contratar la recaudación de la campiña la extiende a las ciudades; de manera que poco a poco se habitúa a prescindir de ellos. En cambio, como en Inglaterra, resuelven por el rey el problema íntegro de la recaudación, se acostumbra a convocarlos; y esa costumbre crea el derecho. He aquí, pues, cómo un simple hábito ha creado una institución.

Pero hay más; se pregunta cómo es que obtuvo la Cámara de los Comunes el poder de legislar. No fue por una revolución ni por una votación. Fue también por otro hábito; los Comunes presentaban sus peticiones al Rey, el Rey las sometía a su gran Consejo que era la Cámara de los Lores, y si estos la aprobaban, él promulgaba la ley. De estos hechos repetidos durante un siglo vino la costumbre de que todas las peticiones de los comunes aprobadas por los Lores, tenían que ser promulgadas por el Rey. He aquí cómo la Cámara de los Comunes había obtenido el derecho de legislar y la iniciativa por una simple costumbre. La prueba de que este derecho proviene solo del hábito, es que en Inglaterra no tiene veto el Rey. Si hubiera sido fruto de una revolución o de una discusión, seguramente tendría el veto que tienen los presidentes y que la misma asamblea constituyente francesa, a pesar de su hostilidad a la monarquía le concedió.

Se pregunta también ¿cómo es posible que la Cámara de los Lores que lo era todo, haya perdido su poder, y que los Comunes que no eran nada, lo sean todo? Los Lores eran el Consejo magno del Rey, tenían facultades administrativas, judiciales y consultivas. Su personal era magnífico. La nobleza inglesa, no es la nobleza francesa o castellana encerrada en una casta, es una nobleza abierta: el hombre de Estado, el Administrador que ha probado su talento en las colonias, el sabio, el poeta, el artista, el explorador, son hechos lores; así es pues, un personal selectísimo. ¿Quiénes eran los Comunes? Dicen los historiadores que se componía de dos especies de hombres, la mitad eran lacayos y empleados de los lores y la otra mitad eran empleados subalternos de la Corona, porque no hubo ley de incompatibilidad hasta principios del siglo XIX.

¿Cómo, pues señores, esa cámara sin poder alguno, con un pésimo personal, ha podido serlo todo, y la otra, que reúne lo más selecto de Inglaterra, ha visto decrecer su poder? ¿Es por el principio electivo? No, señores; el principio electivo no vale nada, nadie lo toma en cuenta en el siglo XVII y XVIII, apenas comienza en el siglo XIX; y además los lores de Irlanda y Escocia son elegidos. Es simplemente la renovación total y la renovación parcial la que ocasiona esto. Los lores se cambian parcialmente y se envejecen; los comunes se renuevan totalmente, y tienen la eterna juventud de la renovación. Su preponderancia la ganan gradualmente. Cuando insisten en sus peticiones, los lores tienen que ceder, primero por cansancio y después por obligación creada por la costumbre. Solo al fin se explica el hecho ya establecido por el concepto de la soberanía popular. Por último, los comunes no se contentan con ser dueños del

poder ejecutivo, imponiendo los ministros y acaban finalmente por quitarles el poder a los lores, y convertirlos en Cámara consultiva.

EL GOBIERNO DEL PUEBLO EN INGLATERRA

Ved, pues, señores, cómo el simple hecho de la continua disolución y de la elección general ha podido crear a la cámara más poderosa de Europa. Pero ¿es ella la que ha adquirido el poder? No. Ese poder lo gana frente a la Corona y frente a los lores; pero lo ha ido constantemente perdiendo frente al pueblo. Al principio el pueblo no intervenía en la elección de los comunes, los imponían los lores o la Corona; después eligió, como entre nosotros al que tenía alguna influencia, al que le era simpático o gastaba más dinero; pero poco a poco, el pueblo inglés ya no eligió por simpatía, eligió a los que representaban sus ideas, a los que iban a obedecer, es decir, aprendió a gobernar, a despecho mismo de los partidos.

El pueblo inglés no está sometido a los partidos. En el último cambio ministerial había vacilaciones en el partido liberal para llevar como jefe, es decir, como primer ministro a Campbell Bannerman. Pues el pueblo lo impuso eligiendo diputados a sus amigos personales. Quiere decir, pues, que el pueblo es quien elige al primer ministro. Por eso se ha dicho: admirable sistema este, de la renovación total y continua del Congreso, que ha permitido, sin las violencias del plebiscito y sin las estrecheces del referéndum, que ha permitido que el pueblo inglés se gobierne efectivamente. Yo, pues, digo, señores, que este es el único modo de que una democracia se gobierne a sí misma. Pero cabe esta observación: ¿Cuándo gobierna el pueblo gobierna bien? Porque si el pueblo se gobierna mal, no hay porque darle el gobierno. Señores, no hay en Europa, ni en la historia, un pueblo que se gobierne mejor que Inglaterra; Inglaterra jamás se ha equivocado, ¿por qué? Porque domina el instinto del pueblo inglés. Todos los pueblos se extravían y se equivocan hasta la Francia, esa sacerdotista de la Historia, se equivoca a veces; sacudida por la fiebre de la inspiración se enloquece; pero Inglaterra la contiene. Ante la resistencia inglesa, ante la isla inviolada e inviolable se rompen todos los fanatismos, desde el fanatismo de la religión suprema de Felipe II, y el monárquico de Luis XIV; hasta el romántico fanatismo de la revolución y gloria militar que estaba encarnada en el cerebro de ese titán que parecía contener en su cerebro la pujanza de un Dios. Por eso no hay duda de que ante ella se estrellará también el fanatismo de la raza superior que ha extraviado al gran pueblo alemán.

Y es, señores, que los pueblos gobernados por una aristocracia o por un hombre, fácilmente se extravían; pero no cuando ellos gobiernan mediante una asamblea que encarna el instinto popular. ¿Creéis que si el pueblo español se hubiera gobernado a sí mismo, se hubiera dejado arrebatado por el fanatismo religioso? ¿Creéis que el pueblo francés habría cometido las insensateces de los últimos años de Napoleón si se hubiera gobernado libremente? ¿Creéis que el gran pueblo alemán, si se hubiese gobernado él mismo, se habría dejado extraviar por el espejismo de los intelectuales sobre los destinos de la raza germánica y por las ilusiones del Estado Mayor General que aseguró la victoria y la toma de París en 20 días? No, señores, jamás se habría embarcado en esa aventura, donde ya comienza a cosechar amargos e inmerecidos desengaños.

¿Y qué ha hecho Inglaterra con sus victorias? Defendiendo el interés de la masa, implantar la libertad en las colonias, aunque no les convenía a los partidos.

¿Creéis que si en Inglaterra gobernara el interés de los partidos libres del control popular hubiese habido libertad en las colonias? No; a los partidos aún liberales llenos de asociados a quienes servir les conviene la burocracia en las colonias para tener plazas que dar. Pero a la gran masa no le conviene: lo único que necesita es mercado para su industria y su comercio; por eso impuso la solución liberal, la autonomía absoluta que ha creado esas naciones democráticas y libres que se llaman Australia, África del Sur, Canadá, y esa libertad y esa democracia ha sido el mejor vínculo moral que vale más que las sumas de dinero y las legiones de empleados que hubiera mandado la metrópoli; y esos pueblos agradecidos, hoy día mandan a sus hijos a dar su sangre por la patria bendita que les ha dado libertad y les ha enseñado la democracia.

LA ELECCIÓN DEL CONGRESO DEBE COINCIDIR CON LA DEL PRESIDENTE

Señores, yo tengo que abusar de vuestra benevolencia para exponer, aunque sea en pocas palabras, los dos complementos indispensables para que la renovación total produzca todos sus efectos. ¿Debe coincidir o no con la renovación del Congreso la renovación del presidente de la república? Contesto, señores, que debe coincidir con el fin de que tengan su poder autónomo y efectivo el presidente y el Congreso. Si no coinciden se anula el Congreso o se anula el presidente. Un presidente que tiene que gobernar con el Congreso que él manda elegir, forzosamente tiene, o que dominar a ese Congreso, o que ser dominado por él. Un Congreso en esas condiciones es revolucionario o cortesano. Si el pueblo elige a los amigos

políticos del presidente, es claro que aprueba su política, que le manda servidores y no jueces. Está, pues, perdida la autoridad del Congreso. Si el pueblo elige a los enemigos del presidente de la república, y si este es un hombre patriota y digno se halla obligado a renunciar; si no renuncia tiene que someterse al Congreso. Entonces está perdida la autoridad del presidente. Si quiere conservarla tiene o que imponerse por la fuerza prescindiendo del Congreso o que ganarse el Congreso con dádivas o con amenazas, en cuyo caso se ha perdido ya no solo la autoridad sino la dignidad del Parlamento. En cambio, elegidos ambos a la vez, la colaboración viene como entre dos hermanos que tienen el mismo origen, iguales intereses; ninguno domina al otro.

Pero hay más: Si el presidente va a gobernar con el Congreso que manda elegir, nadie puede evitar, nadie evita, señores, la intervención oficial: por lo mismo que es patriota el presidente está obligado a hacer elegir a aquellos que van a colaborar en su obra. Pero si no va a gobernar con ellos, su interés personal y su interés político le obligan a no intervenir, primero, su interés personal, porque no le conviene que las elecciones asuman el carácter de un juicio del pueblo sobre su gobierno; segundo -y esto es muy importante- ¿con qué motivo un presidente interviene en las elecciones de representantes? Para conservar su poder político. Pues en caso de cambio total de régimen esa intervención destruye su poder político, porque si triunfa en las elecciones y trae a sus amigos y es dueño del Congreso, entonces en el acto ese hecho lo convierte en rival del presidente electo. No hay presidente que tolere que su Congreso obedezca al presidente cesante; y en esa rivalidad ¿quién triunfa? ¿El cesante que no tiene más vínculo que la gratitud, la gratitud en política que es un mito, o el presidente en ejercicio que tiene la realidad del poder? Seguramente que este vence. Luego, pues, el instinto le aconseja al presidente cesante la no intervención en la elección porque es peligrosísimo triunfar. Al contrario si él se abstiene o se retrae, tiene la seguridad de que el ritmo de la opinión lo vuelve a traer con sus amigos. Es, señores, que esos sistemas son enteramente distintos, lo que conviene a uno no le conviene al otro. El sistema del cambio total del régimen es el sistema del ritmo de la opinión, de las mareas de la opinión: el otro, el sistema actual, es el de la continuidad; uno está hecho para el piloto que sabe prever y dominar las mareas del océano popular, y el otro está hecho para el pequeño intrigante que sabe colocar y dejar puntos de apoyo para no hundirse en la charca.

CÓMO DEBE ELEGIRSE PRESIDENTE

Solo me resta explicar en qué forma debe elegirse al presidente de la República, por voto directo o por voto indirecto. Seré breve.

Suelen oponerse dos sistemas: el de la elección por el pueblo y el de la elección por el Congreso, y llamarse a la elección por el Congreso ejecutivo parlamentario. Comienzo por decir que esta clasificación es absurda y falsa, porque es absurdo dar un solo título a sistemas tan diferentes, como los ministros de Inglaterra, el Presidente de Francia o el Consejo Federal de Suiza. Pero hay más. La forma de elección de presidente de la República nada tiene que ver, nada absolutamente nada, con el sistema parlamentario. En Francia el sistema es parlamentario, no porque el Congreso elija al presidente de la República, sino porque la Constitución de Francia dice que el presidente es irresponsable, que los únicos responsables políticamente ante las cámaras son los ministros; por eso es que las cámaras gobiernan a través de los ministerios. Aunque en Francia fuera elegido el presidente por el pueblo, si continuaba esa forma de función, continuaría siendo parlamentario el gobierno. Como pasa en las monarquías; el monarca no es elegido ni por el Congreso ni por el pueblo, tiene un derecho propio y, sin embargo, el régimen es parlamentario. Y, al contrario, si no gobiernan los ministros, aunque el presidente sea elegido por el Congreso, no es el sistema parlamentario. Un ejemplo muy reciente tenemos en la China: el presidente es elegido por el Congreso y los ministros son simples secretarios, no van al Congreso. He visto últimamente una revista de la Habana que publica la constitución china con este epígrafe: "la más presidencial de las constituciones". Allí la elección presidencial la hace el Congreso; pero el régimen es absolutamente presidencial. Entre nosotros, tenemos un ejemplo: el señor Billinghamurst fue elegido por el Congreso, y nadie dirá que fue un presidente parlamentario.

Luego, pues, señores, está excluido el parlamentarismo de la forma de elección presidencial; el parlamentarismo es un modo de la función, no es un modo de elección. También quiero decir que aunque yo considere y tenga evidencia que la forma más perfecta de gobierno que se ha ideado o que se podrá idear, es el sistema parlamentario, yo no deseo que se aplique al Perú, yo no le daré mi voto. ¿Por qué razón? Porque las cosas antes de ser perfectas deben existir, es menester que primero exista el gobierno democrático, que el pueblo aprenda a elegir, y entonces naturalmente vendrá el sistema parlamentario. De modo que la cuestión queda simplemente reducida a cuál es el mejor sistema de elección, popular si la elección directa por el pueblo o la indirecta por el Congreso.

En este orden, señores, se puede dar una gran cantidad de razones; pero yo planteo la cuestión en otro terreno y digo lo siguiente: ¿es posible juntar ambos sistemas; se podrían reunir las ventajas de los dos sistemas? Contesto que sí. La elección es distinta de la votación; elige quien ejecuta un acto de voluntad y vota quien entrega la cédula. Cuando yo leo, en la Historia, que Santa Cruz fusiló a Salaverry, no se me ocurre que Santa Cruz lo fusiló por sí mismo, sino que resolvió el acto de ese fusilamiento. Si un capitán manda cien soldados a votar, es claro que quien elige es el capitán. Pues yo digo: si en un sistema es el Congreso quien resuelve, quien realiza el acto de voluntad, y el pueblo quien vota, esa elección es realmente parlamentaria y aparentemente popular. También es posible que haya un sistema en que el pueblo elija, designe nominalmente a su presidente y que el Congreso sea quien realice la votación. Yo pregunto: ¿ese sistema ideal puede existir? Contesto que sí. Para esto es bastante que el pueblo elija y haga coincidir en un mismo individuo la condición de elector presidencial y la condición de representante; se reúne primero el colegio electoral y elige presidente, y después de haber realizado este acto, se instala el Congreso. Yo digo: esos electores designarán como presidente a aquel a quien habrían elegido los pueblos, si hubieran tenido libertad para hacerlo y si hubiera sido respetado su voto; y me fundo en esto: en el principio universal de la ciencia del derecho, que todo mandato electoral es siempre imperativo en el hecho,

Pruebas al canto: Estados Unidos, la Argentina, Chile y el Brasil. Allí, señores, el presidente es elegido por un grupo de electores igual al número de representantes, y todo el mundo sabe apenas son nombrados los electores, quien va a ser el presidente: se sabe cuántos votos tiene, a tal punto que se dice: triunfó Saenz Peña, Roosevelt, triunfó Sanfuentes, etc., porque se sabe que esos electores, segura y mecánicamente, votarán por el que los pueblos habrían votado. En Estados Unidos existe el sistema de la compra de votos y hasta oficinas públicas para hacerlo. Lo mismo en la Argentina. En este teatro mismo decía el gran orador Roldán: El pueblo argentino se siente tan dueño de su derecho soberano que lo vende al mejor postor. Pues ahí donde se vende al mejor postor el derecho soberano, a nadie se le ha ocurrido comprar un voto de elector, porque el pueblo elige a los amigos políticos del candidato, a los hombres interesados en el triunfo de ese candidato, a los hombres que tienen sus pasiones, sus simpatías, sus intereses totalmente vinculados a ese hombre público; él puede ceder, pero sus amigos que han combatido y que luchan, ¡imposible! Luego, pues, el mandato es imperativo. Se me dirá, ¿y por qué son representantes y no son solamente electores, como pasa en Estados Unidos? Quiero que sean representantes, porque si son solo electores tienen

un gran predominio los partidos; los pueblos hacen poco caso de los electores, de los simples electores en cambio, siendo representantes, el pueblo es quien elige a veces a despecho de los partidos mismos. El pueblo pone toda su atención en los mandatarios. Y en el Perú hay que desconfiar de los partidos y dar más poder a los pueblos.

Se dirá: pues que el pueblo elija directamente, pero es que el pueblo no puede elegir directamente presidente de la República. Una vela puede quemar un papel; pero el Sol necesita de una lente que concentre los rayos. Lo mismo pasa al pueblo: puede hacer respetar su voto un pequeño distrito, porque es posible rodearlo de garantías; pero una nación entera solo puede conseguir que no se violente o se falsifique su votación, recurriendo a un pequeño número de mandatarios. La elección de representantes puede ser vigilada y sometida a la Corte Suprema; pero sería imposible someter y vigilar así la elección de presidente de la república: hay que someterla a la vigilancia y a la calificación de un jurado nacional que no puede ser sino el Congreso. Y aquí viene el absurdo: de que un acto de soberanía nacional, de voluntad presente se somete a la autoridad de un acto, de una voluntad pasada que representa el Congreso. ¿Y cómo es posible que los espíritus cultos que temen que el pueblo confíe su elección a un apoderado que obedece, aceptan que se confíe la elección a un poder que califica y manda como juez? Por eso la experiencia demuestra que si el mandato electoral es siempre imperativo, la calificación es siempre arbitraria. Pues es un modo original de servir al pueblo quitándole el imperio y sometiéndolo a la arbitrariedad. Y estas no son teorías. Conforme a nuestra Constitución el Congreso tiene los poderes más amplios, puede anular los votos de presidente de la república. Esto es tan cierto, que no hay elección de presidente en que no haya una petición de nulidad de elecciones, y hoy ya tenemos una. Quiere decir que el pueblo le reconoce al Congreso la facultad de anular las elecciones, quiere decir que un ciudadano es presidente de la república, no porque lo elige el pueblo, sino porque tiene en el Congreso una mayoría que no permite que la elección se anule. Pero puede más el Congreso: puede elegir presidente de la república contra la voluntad del pueblo. Puede elegir al que tiene mil votos contra el que tiene cien mil. Puede elegir libremente en caso de nulidad. Este punto se ha discutido mucho, pero si no elige el Congreso presidente definitivo tendrá que elegir presidente provisorio, que es peor, o prorrogará el mandato, que todavía es más grave.

Yo que digo más. Si esto es así ¿no es natural que un hombre político antes de presentarse como candidato a la elección popular, consulte si tiene amigos en el Congreso? No hay hombre cuerdo que se aventure a ser candidato si es que no cuenta con la mayoría del

Congreso. Quiere decir, pues, que en nuestro sistema, el Congreso presenta candidato, que el Congreso califica candidato y que el pueblo hace la función intermedia, el aparato de la elección. Y como nadie le hace caso a las fórmulas resulta que todo el mundo se cree autorizado para suplantar votos, para aumentar, para comprar votos y cometer otros fraudes, porque ¿qué importa? es una fórmula. Pero ojalá siquiera el Congreso íntegro eligiese así con sus vicios, al fin sería responsable del hecho. Pero no elige el Congreso íntegro. Son los políticos del Congreso los que designan al candidato, y como ellos no tienen fuerza necesitan del Gobierno que es quien en definitiva elige. Así es que tenemos el sistema de que el Presidente de la República nombra sucesor. Quiere decir pues, que el Congreso dentro de nuestro sistema le escamotea la elección al pueblo, los intrigantes le escamotean la elección al Congreso y el Gobierno les escamotea la elección a los intrigantes.

También esta cuestión hay que considerarla bajo otro punto de vista. Si hay votación directa, entonces es indispensable un candidato proclamado oficialmente por un partido, porque es necesario que haya una máquina electoral que pueda ayudarlo en la elección. Si no hay votación directa, entonces el candidato no necesita máquina alguna. Son los representantes que quieren ser elegidos quienes necesitan candidato que le sirva de bandera; es decir, entonces se requiere una candidatura espontáneamente proclamada por el pueblo que pueda servir de símbolo, de centro de gravedad a las elecciones parciales. Ved la diferencia y decidme si este sistema no favorece, no impone la elección verdaderamente popular, mientras que el otro impone la elección de camarilla. Así, pues, en el sistema de la votación indirecta solo pueden ser elegidos los caudillos, los hombres populares conocidos de toda la República: mientras en el de la votación directa, cualquier individuo que tenga la mayoría de la junta directiva de su partido, puede ser candidato. En un caso se necesita la corriente popular, en el otro, basta el éxito en la intriga. Y como ese candidato de la intriga necesita del gobierno, tiene que apoyar sus abusos, colaborar en ellos. ¿Cómo queréis que elegido Presidente, pueda reaccionar contra lo que él mismo aconsejó o aprobó?

¿Y os parece buena preparación para el ejercicio de la presidencia, la candidatura presidencial que tiene centuplicados todos los inconvenientes de las candidaturas a diputación? La candidatura a la presidencia de la república es en la mayoría de los casos ¿qué cosa? El contacto con los capituleros, el contacto vil con el vil apetito; la transacción con todas las ambiciones, una escuela de hipocresía y de actitudes teatrales.

¡Ah! señores, la candidatura presidencial es algo que debe odiar toda democracia; el hombre a quien vais a confiar, los destinos de la república, en vez de cubrirlo con un velo que respete sus pudores de patriota, lo arrojáis al lupanar de la candidatura con todos sus peligros, en vez de serenar su espíritu, le arrojáis a la lucha, donde adquiere gratitudes y rencores; en vez de hacerlo el hombre nacional igual para todos, lo convertís en hombre de partido, con cortesanos y favoritos, a los lados, con enemigos y malditos al frente. ¡Esto es, señores, una desgracia!

Meditad esta otra verdad, lo fuerte, lo formidable, es la opinión, que no se puede vencer; lo débil, lo que se puede presionar y suplantar, es la votación. Es como el individuo, lo débil es el cuerpo; lo incoercible, el pensamiento, el espíritu. Si fuera posible que el pueblo pudiera hablar por una sola boca y votar con una sola mano, sería el ideal, por eso el mejor sistema es aquel que hace que el voto de los ciudadanos sea secreto; la gran garantía es el secreto del voto. Nosotros tenemos el voto público ¿por qué? Porque acostumbrados al fraude hemos dicho: en vez de un voto secreto que sea suplantado, preferimos un voto público que sea presionado. ¡Hemos optado por la presión y la violencia, en vez del fraude y hemos hecho bien! Pues la elección por una asamblea, compuesta de un número reducido, tiene la garantía absoluta del secreto, la garantía de la conciencia. Se pueden dictar medidas que hacen el secreto absoluto. Entonces el hombre, a solas con su conciencia, está en contacto con la opinión, que es su interés permanente, que lo rodea, que lo domina como la luz al planeta.

EL CAPITULERO DE PROVINCIA

Señores: yo simplemente quiero decir que otra ventaja de la votación indirecta es la supresión del capitulero de provincia, que es una de las grandes calamidades de la República. En nada se parece al cacique español, de noble abolengo, hombre de fortuna, consagrado al país, sirve de apoyo a las autoridades. El capitulero en el Perú no tiene ni abolengo, ni fortuna, vive de expedientes; sirve a los políticos de Lima para hacer la elección de provincias; así es que vive de violencias y fraudes en su distrito y de traiciones en Lima, porque siempre tienen que estar bien con los gobiernos. El día en que la votación sea indirecta, desaparecerá de raíz, porque entonces los pueblos elegirán únicamente a los verdaderos prestigios locales, entonces será inútil el capitulero y con esto habrá quedado libre el gobierno de la peor tutela, de la del representante sin prestigio que impone autoridades y jueces en su provincia. Un Congreso verdadero, señores, tiene autoridad como cuerpo colectivo, pero no administran los individuos que lo componen. Se puede decir que la influencia del representante en el Perú,

está en proporción inversa con su valor; yo he visto a amigos del gobierno, de alto prestigio en las cámaras, vencidos en el nombramiento de un juez, por un suplente, que estuvo ocho días en Lima. ¿Por qué? Muy sencillamente porque esos hombres de prestigio están con el gobierno, por convicción; en cambio el otro tiene bastante cinismo para decir: si usted no nombra el juez, voto en contra.

LA CONVENCIÓN ELECTORAL

No puedo dejar de hacer esta consideración: la última convención electoral, ¿qué cosa demuestra? Cualquiera podía haber dicho: si el Gobierno domina al Congreso, que tiene inmunidades, con más razón dominará a una convención que no tiene garantías: si se puede violentar a un pueblo ¿qué será tratándose de un grupo de 300 individuos? No pasó así: tuvo el gobierno la franqueza de declarar que no había triunfado. ¿Eso qué prueba? Que la total renovación y la elección inmediata garantizan la independencia. Si esa asamblea hubiera durado seis meses en contacto con el Gobierno, seguramente habría sido dominada por él; demuestra también el mandato imperativo, eligieron los delegados a aquel a quien habrían elegido los mandantes.

¿Cuáles son los inconvenientes que tendría el sistema si fuera permanente? El primero es que entregaría la elección exclusivamente a los partidos. El remedio está en que, en vez de nombrar al presidente los delegados de los partidos lo nombren los delegados de los pueblos. Y así como todos han dicho: el candidato elegido por los delegados de los partidos, es elegido por los partidos mismos, también dirán el presidente elegido por los delegados de los pueblos, es elegido por los pueblos mismos.

El otro obstáculo ha sido el temor de que esa elección fuese violentada y defraudada. Pues bien, el remedio es fácil; en vez de candidato que elijan presidente.

Pero el sistema para producir sus efectos saludables debe mantenerse puro. Hay autores que han dicho que podría combinarse la elección por el Congreso con otros elementos neutros. Yo debo declarar que en este caso se cambia totalmente el sistema. Con esos elementos neutros, resulta un sistema del todo diverso; puede ser mejor o peor; pero ya no es elección por los pueblos. Yo sostengo que la elección por el pueblo solo es genuina cuando se hace únicamente por sus delegados.

URGENCIA DE LAS REFORMAS. LA BUROCRACIA CENTRALIZADA

Señores, estas reformas son importantísimas para que gobierne la democracia. En el Perú, señores, yo me atrevería a decir, y creo que este es un punto que debéis meditar muy seriamente; en el Perú son urgentes, porque quizás son la única manera de evitar un gran peligro nacional. ¿Sabéis cuál es la consecuencia más detestable del régimen burocrático? Es, señores, que se forma un centralismo, aparentemente por decir lo menos de la peor especie. No es el centralismo progresivo que forma a los animales superiores, ni que forma las grandes coordinaciones nacionales, no. Es un centralismo que no es el del corazón y el del cerebro que dirige, es un centralismo de consumo. La burocracia tiende a concentrarse en la capital, porque allí están los poderes públicos en cuyos tejidos se esconde. Esa burocracia agrupada en la capital, encarece la vida porque produce el desequilibrio entre la producción y el consumo. La vida cara hace crecer los emolumentos y los emolumentos altos atraen más y más la burocracia. Esa burocracia despierta el apetito burocrático en las provincias: se ven los sueldos grandes en Lima, los paisanos felices que han logrado establecerse en la capital, estos son un ejemplo que provoca la imitación. El resultado es que en cada cambio de gobierno se produce una romería en Lima en busca de empleo como la romería en Lourdes en busca de salud. Aquellos que no pueden conseguir destino y regresan despechados; los que no pueden venir y los que no tienen influencias para hacerse colocar en provincia, y los empleados mal pagados, y las víctimas de las autoridades, van creando un sentimiento de protesta contra la capital, injusto, sin duda porque Lima no tiene la culpa, pero muy peligroso.

EL FEDERALISMO

Señores; desgraciadamente existe una forma de gobierno que tiene todas las apariencias seductoras de un gran radicalismo, todo el prestigio de Estados Unidos; esa forma es el federalismo.

Nuestros hombres públicos y en general los de Sud-América, nunca han querido comprender la naturaleza del federalismo. El federalismo, señores, no es la solución de un problema nacional: es la solución de un problema internacional. El federalismo no es un sistema -como aquí se cree- de descentralización, sino de centralización. Corresponde a esa tendencia progresiva de la Historia que disuelve los organismos particulares para crear los grandes organismos. El federalismo fue admirable para reunir los Estados separados de Norte América, será admirable para formar todos los Estados de Europa, de Centro América o de Sud América, pero sería absurdo para dividir esa maravillosa unidad de Francia. Se puede

explicar en la Argentina porque está vinculado a su origen, o en el Brasil, porque hubo el temor de que al pasar de la monarquía a la República se produjese la disgregación; pero ¿qué ha traído en Venezuela? simplemente la dictadura y las guerras civiles. En el Perú traería la disolución.

Pues señores, yo os digo que ese sentimiento de protesta originado por la burocracia centralizada es un gran peligro, porque llegará un día en que acoja la forma federal. Y tenéis un ejemplo palpitante en Bolivia: las rivalidades de La Paz con Sucre cuando vino la revolución se cobijaron bajo la idea de la Federación. Felizmente para Bolivia, los estadistas bolivianos, tuvieron la sensatez de obligar a ceder a Sucre. Esa solución no sería posible tratándose de varios departamentos.

Diréis, ¿pero hasta ahora no ha sucedido eso? No ha sucedido, ¿sabéis por qué? por una dolorosa razón.

Nada ha habido para el Perú más triste que la guerra; fue el asalto a un pueblo generoso que vivía descuidado, al pueblo que más hondo sentía el ideal americano de la fraternidad. Y vino la invasión con todos sus horrores, y al fin el desmembramiento. Sin embargo de esos horrores, yo tengo la convicción profunda de que la guerra vino a vigorizar la fuerza del sentimiento nacional; la humillación de la derrota, la pobreza fiscal y sus consecuencias, el terror de volver a sufrir otra invasión; el deseo de redimir las provincias irredentas, todo eso fue un estímulo para el sentimiento nacional; se puede decir que los héroes de la guerra, que el noble marino de la nave legendaria, el soldado de la hecatombe épica, no solamente salvaron el honor nacional, sino que con su ejemplo y su recuerdo afirmaron la unidad de la República. Pero esos efectos de la guerra ya se han desvanecido y hoy tenemos el problema en toda su intensidad. Si la política burocrática sigue influyendo de modo decisivo; si sigue invadiéndolo todo, si sigue llevando su desorden a todos los institutos, al ejército, al Poder Judicial, a la Municipalidades, a las Beneficencias, a todas partes, hasta en las divisiones geográficas hechas para servir aspiraciones; si eso pasa, señores, vendrá el día de la liquidación, más tarde o más temprano y os encontrareis con un grave problema sobre la unidad nacional. Y os pregunto: ¿es que creéis que tendréis la fuerza que tuvieron los anglicanos de la América del Norte para poder dominar esa separación? ¿Es que creéis que bastará la estrategia de vuestros generales para vencerla? Señores: la unidad de América del Norte se vio amenazada por simpatías extranjeras, como las de Inglaterra en favor de los

confederados; simpatías que si no llegaron a la intervención armada fue por el respeto a la gran nación y por la situación política de Europa. ¿Creéis que el Perú contaría e impondría igual respeto a los países vecinos? Señores: no os hagáis la ilusión de que el nuevo gobierno, que será quizá el mejor que haya tenido la República, podrá curar de raíz el mal, Tendremos una brillante administración; gozaremos de bienestar; pero si no vais a las reformas que curen de raíz el régimen burocrático, el virus seguirá avanzando en los tejidos y más tarde tendréis un terrible despertar. Tampoco creáis, señores, que haya hombre político o que hay partidos que tengan fuerza para imponer las reformas trascendentales. No; así como el vicio del alcohol concluye con la voluntad individual, que sería necesaria para poder dominarlo, así la burocracia suprime la voluntad colectiva que sería necesaria para vencerla. El único remedio está en una gran corriente de opinión. ¿Por qué? Porque las burocracias son completamente débiles ante la opinión. Así como los cortesanos de oriente cuando reciben el cordón de seda que les manda su amo, se ponen de rodillas y se ahorcan, así la burocracia cuando siente una corriente de opinión, en el acto cede contra sus propios intereses. Ya veis cómo en 1912 obedeció humilde, como cordero, la voz del pueblo. El gran secreto está, pues, en que se forme una gran corriente de opinión. Ojalá que estas conferencias pueden ser motivo para pensar en estos gravísimos problemas nacionales, que entrañan un gran peligro, señores, que vosotros, como patriotas, debéis evitar.

EL PERÚ DEL PORVENIR

Y permitid que os lo diga con todo entusiasmo, porque esa es mi convicción. Señores: si el Perú llega a darse la forma de gobierno que necesita, si llega a corregir los vicios de su constitución, si llega a establecer el gobierno popular mediante una asamblea que tenga fuerza moral y mediante un presidente que represente las energías nacionales, entonces no hay pueblo que tenga un porvenir más grande que el Perú. No, es señores, el amor propio nacional; es la opinión de los extranjeros y la opinión de aquellos que nos son desfavorables. Ross, que es el último hombre de ciencia que ha estado en el Perú, en su libro publicado sobre Sud América cuando alude al Perú, dice: si yo no pudiera vivir en los Estados Unidos me iría a vivir al Perú; ¡qué conjunto de maravillas: la costa es el Egipto; ¡la sierra, representa las estupendas mesetas thibetianas, y la montaña es el Congo! Pero lo importante, señores, es que esa admirable variedad topográfica es causa de la riqueza económica y de la riqueza étnica, de la riqueza de la raza en nuestro país. En su subsuelo se acumulan en ricos filones o en lagos míticos, todos los minerales que ha cuajado, que ha carbonizado o que ha destilado la luz solar en la infinidad de los siglos. En nuestro suelo del oriente están todas las especies

vegetales en que se colora o dulcifica la savia del planeta; en la región andina están todas las especies animales de que se alimenta, se viste o se sirve el hombre; en la costa están acumuladas todas las fuerzas vírgenes que solo esperan el riego de las aguas para convertirse en el valle del Nilo.

Señores, y en consecuencia con todos estos recursos de nuestro suelo, tiene una gran riqueza nuestra raza. Hay que ver al peruano, no es este medio burocrático que lo desmoraliza, hay que verlo en el extranjero para admirar su habilidad, su vivacidad, su tenacidad, su inteligencia. Es un rudo trabajador en las pampas del sur o en el istmo del norte; hace fortuna en La Paz o en Guayaquil; y en un medio superior triunfa millonario o artista en Nueva York, con Sevilla y Baca Flor entre los audaces de la tierra; y aviador en Europa, Jorge Chávez o Biolovucic, triunfa entre los audaces del cielo, porque parece que la centella del genio que el sol mandó al Perú para formar la única gran cultura original que existe en todo el hemisferio austral del planeta, no quisiera desprenderse de esta tierra en espera de un gran destino, seguro cuyo punto inicial depende, señores, de vuestra energía.

ALGO SOBRE LOS MÉTODOS DE ENSEÑANZA

Óscar Miró Quesada³⁹

Señores:

A la benevolencia de los distinguidos profesores de esta Facultad, debo el gran honor de haber sido nombrado catedrático adjunto de Sociología, y a este nombramiento el placer de acompañar a ustedes en sus labores universitarias durante los meses restantes del año en curso.

El erudito y laborioso doctor Wiese ha desempeñado la cátedra de Sociología hasta este año, imprimiéndole moderna orientación científica, inspirada en los nuevos rumbos filosóficos, y en las últimas conclusiones importantes de la psicología positiva. Por eso, vamos a continuar desarrollando el programa del doctor Wiese tal como lo concibiera su autor, sin introducir innovaciones prematuras, precipitadas, y por lo mismo inconvenientes. Los cambios en las orientaciones de los cursos deben ser resultados del tiempo y del progreso de las ciencias que a ellos se refieren, y no del capricho individual.

Por otra parte, teniendo en cuenta el interés y la comodidad de ustedes, me ha parecido útil no innovar, pues cualquiera modificación introducida en el programa, podría perjudicarles obligándolos a estudiar, en las postrimerías del año universitario, materias que por ser independientes del conjunto de verdades sociológicas que hasta hace poco les han enseñado, y por no formar con ellas un todo armónico, natural y ordenado, serían para la inteligencia atenta y meditativa de ustedes, antes dañosas que benéficas, perturbadoras más que asimilables.

Algunos espíritus poco didácticos juzgan que el atractivo de la novedad compensa lo penoso de la adquisición, y que un programa puede ser largo, siendo original. Y como, sectarios de un dogmatismo ultimista, creen que todo lo moderno es bueno, van engrosando el programa de la clase que dictan, hasta convertirlo en un voluminoso libro, que espanta a los alumnos, y que no permite a los profesores explicarlo circunstanciadamente.

Creo que la reforma de un curso lo es del espíritu que lo anima y define, no simplemente del número de las materias que en él se enseñan; y que por lo tanto, la labor de los innovadores,

³⁹ *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 2. 2do. Semestre, p. 325-339.

más de síntesis que de análisis; consistiendo en el cambio del punto de vista adoptado para juzgar la ciencia de que se trata, no en la externa renovación de verdades ostensibles, ocultadoras, casi siempre, de viejos criterios tradicionales.

Como esta forma de renovación no debo, por ahora, intentarla, prefiero no hacer ninguna; pues aumentar las dimensiones de un programa ya bastante largo, por diletantismo de lo nuevo, por prurito de innovaciones personales, no solo es antipedagógico sino absurdo.

Voy pues a seguir dictando el programa de Sociología del doctor Wiese. En la clase nada cambiará, todo seguirá lo mismo. Mi misión se reducirá a dar vida verbal a las inmóviles proposiciones silenciosas del programa. Para ustedes será como si las materias contenidas en él por un interior dinamismo automático, continuaran explicándose por sí mismas.

Pero como en la cátedra no solo es importante la verdad que se enuncia, sino también la manera cómo se la enuncia; como en toda enseñanza existen dos términos diferenciados: lo que se enseña y el modo como se enseña; y como este segundo término es, hasta cierto punto, independiente del primero, vamos a exponer los principios directores de nuestra pedagogía general en lo que a la didáctica de la sociología se refiere.

Los métodos de enseñanza no son simples procedimientos empíricos formados por la rutina escolar de los siglos, y destinados a introducir en el cerebro del alumno el mayor número de conocimientos posibles. La metodología es el resultado de la cooperación eficaz de varias ciencias importantes. Toda educación presupone una filosofía de la vida que determinando los ideales que debe esforzarse por realizar y marcándole los rumbos que debe seguir, le da valor y trascendencia. Así se explica la evolución de la pedagogía paralelamente a la de las concepciones filosóficas de la vida. Un siglo positivo y evolucionista, como el nuestro, no puede educar a los hombres como los escolásticos de la edad media lo hicieron, ni variando las ideas madres del pensamiento humano, han de eternizarse los procedimientos educativos añejos.

Los métodos de enseñanza no son pues muertos mecanismos formales, sino realidades vivientes; el espíritu de la pedagogía los anima, y las verdades de las ciencias los fecundan. Pero como la educación es la expresión pedagógica de los altos ideales humanos de la filosofía de una época; resulta que la orientación general de los métodos depende de los principios filosóficos ambientes.

Del concepto filosófico de la vida dimana el ideal educativo; del ideal educativo deriva el método de enseñanza, y la didáctica se torna flor de ciencia y fruto de mentalidad.

Pero la filosofía actual, no es como la antigua metafísica apriorística, un vano encadenamiento trabajoso de silogismos lógicamente verdaderos, deducidos de postulados hipotéticos indemostrables, sino que es la integración científica de la realidad, la síntesis de los conocimientos positivos en una vasta generalización probable. De modo que los ideales filosóficos de la pedagogía se inducen de los principios establecidos por las ciencias que estudian a hombres y a la maravillosa naturaleza viva. Estas ciencias son biológicas y morales.

Vamos pues a examinar los orígenes filosóficos y científicos de la pedagogía y de los métodos educativos contemporáneos, de modo rapidísimo y sucinto, por supuesto.

Veamos, ante todo, qué verdades filosóficas educativas se han derivado de los estudios biológicos generales.

Prescindiendo de la alta importancia concedida al organismo como causa de manifestaciones vitales, y por lo tanto, de la necesidad de la educación corpórea o física, tan metódica y científica como la del espíritu; la biología ha elaborado una concepción integral de la vida y una explicación química y activa de la forma de los seres animados, tan importantes, que han servido para construir todo un sistema de educación intelectual y moral, toda una metodología nueva, libre y múltiple.

Sin ocuparnos del sistema spenceriano de las reacciones naturales consideradas como la única disciplina moral educativa, sistema basado en la verdad biológica de la adaptación orgánica; vamos a detenernos en el examen de la concepción química de la vida figurada.

La vida es un doble proceso químico analítico y sintético realizado entre las energías del medio ambiente y un núcleo de fuerzas segregadas de la total energía cósmica e individualizada bajo la forma de un conjunto definido y coordinado de acciones y reacciones características. Pero la vida considerada así en abstracto, no existe; solo hay seres vivos y los seres animados más simples y elementales que hasta ahora se han descubierto son las células.

En las células se puede estudiar el doble problema vital de la autoenergía reactiva de los seres vivos y de las formas figuradas de estos.

Los seres vivos, como todos saben, tanto los vegetales como los animales, están compuestos de células; son un conjunto, una agrupación de células, resultando la vida de las plantas y de los animales de la suma de las vidas de esos elementos microscópicos múltiples; siendo, por consiguiente, la masa del cuerpo de los seres aun voluminosos como los elefantes, el resultado de la aglomeración de las células. Por eso estudiando a las células se puede investigar el origen del principio interno de reacción vital y de la forma de los elementos figurados vivos.

La materia orgánica, dice Courtade, se presenta a nosotros bajo dos aspectos principales: la planta y el animal. Desde el punto de vista morfológico general existen entre estas dos formas de la materia viva, grandes diferencias, pero desde el punto de vista histológico y químico no hay diferencia capital, y por complicada que parezca la estructura de un animal o de una planta, se puede siempre reducir a la concepción de una masa protoplásmica teniendo habitualmente la forma de una célula⁴⁰.

Ocupándonos solo de las células animales diremos que estas generalmente no tienen cubierta y que se componen de una materia hialina, gelatinosa, semejante en algo a la clara de huevo, llamada protoplasma, materia que por lo regular contiene en el interior de su masa un punto diferenciado, llamado núcleo. Estas células son el asiento de actividades moleculares y molares continuas.

Un trozo de protoplasma que observamos en una gota de agua tranquila, escribe Le Dantec, nos parece en reposo en un líquido en reposo; pero esta es una ilusión y de las más peligrosas para la apreciación real de los hechos. Esta masa de sustancia viva, es en efecto, por el solo hecho de estar viva, el asiento de reacciones químicas incesantes, pero como estas reacciones son invisibles, creemos que no existen; cuando en realidad dominan todas las manifestaciones vitales. Estas reacciones químicas son originadas por las materias solubles que han penetrado por osmosis en la masa viva del protoplasma, produciendo allí, determinadas materias solubles capaces de difundirse al exterior hacia el líquido ambiente. Las reacciones químicas incesantes producen pues un doble movimiento constante de cambios osmóticos entre el protoplasma y el medio.

Aunque las masas aisladas de protoplasma sean de dimensiones muy restringidas, son sin embargo muy voluminosas comparadas a las moléculas químicas. Ahora bien, la doble corriente de que hemos hablado pone en movimiento a masas líquidas mucho más

⁴⁰ Courtade. *La irritación en la serie animal*.

considerables que las moléculas; o dicho de otro modo, moviliza a un gran número de moléculas, a la vez. Podemos llamar a este movimiento, movimiento molar (de moles, masa).

Pero como la actividad química es por definición una destrucción y una construcción de edificios moleculares; existe ya en ella un movimiento que podemos llamar movimiento químico o molecular, por oposición al movimiento molar que arrastra a un gran número de moléculas a la vez.

El movimiento molecular que se produce incesantemente en un protoplasma vivo, produce un movimiento molar de acciones y reacciones entre el protoplasma y el medio.

Pero como los movimientos molares (que como hemos visto derivan de la naturaleza de las reacciones químicas) realizan alrededor de la masa del protoplasma viviente una especie de torbellino, resulta que la forma de esa masa depende de las condiciones dinámicas especiales creadas por dichos movimientos molares. Más claro: a cada instante la forma de la masa viviente está en relación con su composición química en el momento considerado⁴¹.

De estas conclusiones biológicas derivan principios orientadores de la pedagogía general, y, aunque a primera vista parezca extraño, procedimientos metodológicos didácticos.

Ante todo de la concepción misma de la vida considerada como un poder autoreactivo, como una fuerza interna de actividades múltiples, como la transformación de las energías ambientes del medio en sustancias asimilables, en materia organizada; del hecho de la constitución celular de las grandes masas vivientes, de su génesis por auto creación de minúsculos elementos animados; de ese proceso de formación centrífugo, de dentro a afuera del individuo corpóreo, se ha deducido que la educación debe imitar a la naturaleza, cultivando el espíritu central y eferentemente, por decirlo así, por ensanchamiento progresivo del horizonte interior del alma, por robustecimiento íntimo de la energía pensante y no por simple yuxtaposición de nociones inculcadas centrípetamente, de afuera a adentro, de modo automático y superficial.

Se ha comprendido, que así como el movimiento visible o molar del cuerpo, es el resultado de la suma de los movimientos moleculares invisibles, la síntesis de acciones y reacciones incesantes; así la vida de la inteligencia surge de un doble proceso de cambios realizados entre el medio intelectual y la mente, por lo que los conocimientos no deben introducirse ex-

⁴¹ Le Dantec. *Biología*.

brutos en el espíritu de los hombres, sino que se deben ir formando en la conciencia humana por una serie de operaciones peculiares de las actividades conscientes, encaminadas a volver asimilables, los conocimientos de que se trata, y a tomarlos en cosa propia del espíritu; que trabajosamente los hiera extrayendo de la realidad, y dándoles expresiva significación determinada.

Se ha visto que así como la forma de los seres vivos resulta de la actividad química de estos seres, por una especie de brote interior por un movimiento íntimo y total de su masa, así la personalidad humana debe ser el fruto del pleno funcionamiento de la individualidad psicológica, y que tan absurdo es dar determinada forma al cerebro comprimiendo el cráneo, como inculcar virtudes por la mecánica coacción de las normas. La vida moral tiene la forma que su clase de actividad consciente, e inconsciente, le sugiere, y se moraliza mejor a los espíritus por germinación de ideales que por imposición de preceptos.

La enseñanza se convierte así en una verdadera colaboración entre el profesor y el alumno, en un comercio constante de espíritus, en una comunidad de ideas y de sentimientos. Es el doble proceso químico analítico y sintético, que produce la vida, es la transformación de los movimientos moleculares en molares, es la metamorfosis de las nociones y sugerencias variadas y continuas que suministra el medio mental (las explicaciones del profesor, las lecturas, etc.) en actividades propias del espíritu del estudiante.

La instrucción no es por consiguiente un proceso mecánico de aprendizaje, sino un verdadero cultivo del yo del educando, íntimo y solícito.

Esta cooperación entre el profesor y el alumno, como que es una compenetración de almas, crea lazos de solidaridad positiva y de compañerismo afectuoso entre ambos, variando por lo tanto la forma de relación fría y solemne que antes se estableciera entre el maestro y el discípulo.

En resumen: de las verdades filosóficas de la biología se deducen las siguientes inspiraciones pedagógicas: transformación de los procesos coactivos externos de la mecánica didáctica tradicional, en medios internos y libre de cultura cada vez más amplios y más espontáneas; metamorfosis del agresivo dómine de antaño en el actual maestro compañero y amigo de sus alumnos.

La influencia ejercida por las ideas psicológicas sobre la ciencia de la educación y sobre los métodos de enseñanza es tan múltiple y vasta que no podríamos estudiarla totalmente ni en varios volúmenes.

Las relaciones de la psicología y la pedagogía son tan íntimas que muchos libros pedagógicos se intitulan obras de psicología aplicada a la educación.

¿Qué decir ahora, escribe Compayré, de la influencia que ejerce una buena psicología sobre la pedagogía, ciencia y arte de la educación? Si se trata de educación intelectual, se impone aun con más fuerza la necesidad de los conocimientos psicológicos. No se concibe preparación más eficaz para un futuro educador del espíritu que el estudio del espíritu mismo, de las diversas facultades de que se compone y de las leyes que rigen su organización y hacen constar sus relaciones. Cuando hay que escoger los mejores métodos de enseñanza, apropiarlos a las fuerzas del discípulo y conformarlos al progreso de su inteligencia, no basta sencillamente conocer bien lo que se enseña, historia, geometría, etc., sino que es indispensable, para insinuar con seguridad las verdades enseñadas, conocer el funcionamiento de las facultades intelectuales, así como el agricultor no se contenta con elegir cimiento, y estudia también la naturaleza del terreno en que debe sembrarse⁴².

En psicología, como en biología, el concepto de la vida ha servido de principio orientador de la ciencia pedagógica, siendo en este caso, por supuesto, el concepto de la vida del espíritu y no el del organismo corpóreo.

Las modernas ideas psicológicas sobre el círculo psíquico, y sobre la integridad activa del espíritu, han demostrado que todas las funciones mentales son solidarias, que los diversos elementos del yo, forman un complejo indivisible, que no hay representaciones sin voliciones, ni voliciones sin sentimientos, y que los factores de la intelección real de los fenómenos están sometidos a una singular condicionalidad recíproca.

El espíritu, como el protoplasma, es una totalidad viviente y activa, y la educación que pretende ser eficaz, que quiere penetrar hasta las profundidades más hondas de la mente para actuar sobre su fondo último, para ejercer modificaciones útiles y durables en la intensidad y en las modalidades de la vida del yo, debe abandonar los viejos métodos nemónicos, y

⁴² Compayré. *Psicología aplicada a la educación*.

emplear nuevos procedimientos íntimos, que laboren sobre el espíritu mismo, y sobre su energía propia.

La conciencia individual es una actividad que vive por un intercambio de energías con el medio mental. El espíritu crece y se desarrolla, como todo organismo animado, por un fenómeno de introspección, por un proceso incesante de asimilación de nociones y de ordenación creadora de verdades; y solo se fortalece y adquiere potencialidad real y efectiva, cuando se vigoriza su energía propia y su congénita actividad pensante.

Desarrollar pues las actividades originales del alma del alumno es el fin general de toda buena educación, siendo los métodos, en consecuencia, procedimientos didácticos y encaminados a favorecer, a ayudar el desenvolvimiento y vigorización de las propias iniciativas conscientes, del personal esfuerzo psíquico, del trabajo razonante de la mente; único modo de perfeccionar el pensamiento y de enriquecer, cada vez más, el libre espíritu del educando.

Por lo tanto, el método nemónico está desterrado para siempre de todo racional aprendizaje. Ya no se enseña de memoria las páginas de un libro, pues de poco sirve; se trata de suscitar el poder comprensivo del alumno, se le exponen los conocimientos de modo claro y ordenado, interrogándole, conversando con él, para ver si se ha dado cuenta de las nociones que el maestro va enunciando, favoreciendo, así, por medio de una mayéutica didáctica, el parto de su espíritu, es decir, según el sentido socrático del término, ayudando a la mente del estudiante a formar, con los conocimientos que se le inculcan, su propia verdad, su original punto de vista, su mentalidad autónoma, su criterio personal positivo, trabajosa, pero conscientemente elaborado.

El método interrogativo debe pues figurar en primera línea en toda didáctica que persigue el desenvolvimiento y vigorización de la actividad pensante del alumno.

La psicología ha demostrado que la intuición sensible es la forma más adecuada y clara del conocer, y la más fecunda desde el punto de vista del acrecentamiento del caudal de las representaciones de la conciencia humana. Por esto la intuición es método pedagógico de valor incalculable. Pero no debe quedar relegada a la enseñanza de las ciencias físicas y naturales, en calidad de observación directa y de procedimiento experimental, sino que precisa emplearla en el estudio de todas las materias, por abstractas que sean, tratando, justamente, por medio de representaciones analógicas más o menos reales, de volverlas

menos abstractas. Así, por ejemplo, las gráficas y los esquemas matemáticos, pueden servir para hacer más comprensible una explicación verbal, fijando la atención de los oyentes sobre las formas objetivas de un esquema, saltadores de intuiciones visibles, más o menos aclarativas y concretas.

Todas las aulas de esta Facultad, tienen grandes pizarrones de madera, sin duda para emplearse como auxiliares en la enseñanza superior; nosotros vamos a tratar de usarlas, fundándonos en el principio psicológico de la claridad de las intuiciones visuales.

Pero los métodos pedagógicos, aun los más científicos, de nada sirven si el profesor que los emplea no se penetra de la importancia de una verdad moderna de incalculable trascendencia educativa; del valor metodológico de la simpatía psicológica.

Los métodos más didácticos, si no son simpáticos en el sentido filosófico del término, fracasarán; pues son como la mitológica estatua de Galatea, formas perfectas sin vida; la simpatía es el soplo amoroso animador de Pigmaleón que los vivifica y torna eficaces.

La simpatía es una propiedad psico-fisiológica y uno de los fundamentos de la vida social y moral. "La simpatía, en el sentido etimológico del término (*sin*, con, *pathos* sufrir), que es también el sentido completo, consiste en la existencia de disposiciones idénticas en dos o muchos individuos de la misma especie o de especie diferentes⁴³.

Según Bain, la simpatía es la tendencia de un individuo a concordar con los estados activos o emocionales de los demás, cuando estos estados se revelan por medio de la expresión.

Es pues, como se ve, un fenómeno de resonancia psíquica, de reproducción imitativa de estados conscientes entre varios individuos diversos.

El profesor que no logra despertar en el alumno, la afección simpática, que no hace vibrar al unísono los espíritus, no le interesa con sus explicaciones, aunque sean brillantísimas, y la instrucción mental es vana. Pero como la simpatía es un proceso de resonancia, de imitación, de reproducción por el espíritu del discípulo de los estados síquicos del maestro, para que pueda generarse y perdurar como lazo de solidaridad afectuosa entre los miembros de una clase, se requiere que el maestro esté animado de sentimientos simpáticos para con el

⁴³ Ribot. *Sicología de los sentimientos*.

alumno, que sea su verdadero colaborador mental, su compañero de estudios, su amigo, su colega.

El maestro, como nos dijo ese hombre de profundo y noble espíritu que se llama Altamira, no debe dictar su clase desde la cátedra, entre rayos y truenos, como desde el monte Sinai, sino descender desde las frías inaccesibilidades de las cumbres distantes a la verdadera realidad pedagógica; mezclarse a la vida de la inteligencia y del sentimiento del alumno, a fin de que haya una ética compenetración de almas y un franco contacto de mentalidades.

La Facultad de Letras es una de las Facultades en las que los profesores, comprendiendo la importancia educativa de la simpatía psicológica, han descendido del monte Sinai, y ven en el alumno al compañero de labores intelectuales, y no al pasivo estudiante sin espíritu que repite maquinalmente lecciones aprendidas de memoria.

Esta reforma de la enseñanza superior, que la Facultad de Letras ha tenido el honor de iniciar entre nosotros, se debe en gran parte a los esfuerzos de uno de nuestros maestros más eruditos, más sabios, más competentes, de uno de los verdaderos educadores de la actual juventud peruana; se debe al doctor Alejandro Deustua. Reconocerle este mérito es justicia, agradecerse es obligación. Yo que he sido su discípulo durante varios años, recuerdo con sincero afecto su proficua labor renovadora, me complazco hondamente al declarar que al doctor Deustua se debe la floración de los nuevos ideales universitarios del Perú.

De las verdades psicológicas no solo se derivan tendencias pedagógicas generales; sino que de una teoría psíquica, la teoría de la asociación de las representaciones, ha nacido toda una didáctica fecunda: el procedimiento herbartiano de la instrucción educativa.

Toda conciencia humana es un organismo de ideas, un círculo de representaciones determinadas que por su integración forman la vida propia y peculiar de cada espíritu. La mentalidad individual depende de la naturaleza de ese organismo de ideas, del número y calidad de las representaciones de esos círculos psíquicos variables. La educación intelectualmente considerada, consiste en ir ensanchando los círculos psíquicos por la introducción progresiva de nuevas representaciones variadas. Pero como las representaciones en virtud de la tendencia a perseverar en su ser, de su esfuerzo por conservarse, se asocian y se unen entre sí, resulta sumamente difícil modificar los círculos psíquicos que forman verdaderos recintos cerrados, reinos interiores definitivos, con limitaciones y topografías fijas.

Esta unión de las representaciones entre sí, esta tendencia a la inmovilidad invariable del conjunto de las ideas de la conciencia, esa inercia de los círculos psíquicos que se opone a las innovaciones conceptuales, obstaculiza la labor de inculcar en los espíritus nuevas ideas, que armonizándose con las representaciones preexistentes aumenten el caudal de los conocimientos, y sirven para ensanchar la amplitud restrictiva del primitivo círculo psíquico.

Para poder introducir nuevas representaciones dentro del círculo psíquico de las representaciones preexistentes, se necesita enlazar lo nuevo con lo viejo, lo desconocido con lo conocido, las ideas que se desea inculcar, con alguna de las que ya forman parte de la riqueza mental del espíritu. Hay que producir una verdadera atención perceptiva en la mente del que quiere aprender, para que los conocimientos nuevos vinculándose con las nociones de la experiencia personal de quien los estudia, formen con ellas un verdadero organismo consciente, penetren en lo interno del círculo psíquico cerrado. Pero una vez que las representaciones han penetrado en este círculo, necesitan ordenarse; se requiere que la mente reflexione sobre sus nuevas ideas, comparándolas y relacionándolas con las antiguas; elevándose hasta la comprensión de los principios generales que encierran esos conocimientos asimilados.

El método fundado en estas ideas psicológicas consiste en ordenar la exposición de los conocimientos de modo que las lecciones consten de una introducción o preparación, de una proposición o exposición propiamente dicha, y de una reflexión sobre las materias estudiadas, encaminada a hacer que la mente del estudiante se eleve a la concepción de los principios generales.

En la introducción se trata de asociar los nuevos conocimientos a los que forman parte de la experiencia personal del alumno, lo que se verifica suscitando mediante lecturas, conversaciones o intuiciones sensibles, el estado de conciencia propicio al género de conocimientos que se desea inculcar. En la proposición se exponen ordenadamente las materias o el contenido de la lección. En la reflexión, se reúnen en forma rigurosa y sistemática los elementos asimilados anteriormente, haciendo resaltar los puntos principales, subordinando las ideas secundarias a las generales, concitando la actividad pensante del alumno.

Vemos que de las verdades psicológicas se derivan principios pedagógicos fundamentalmente análogos a los deducidos de los conceptos elaborados por la biología general: respecto de la

autonomía del yo del educando; tendencia a suscitar las actividades propias del espíritu, a desarrollar centrífugamente, de adentro afuera, la mentalidad del alumno; reconocimiento de la importancia del establecimiento de relaciones afectuosas entre profesores y estudiantes, basado en el fenómeno de la simpatía psicológica.

Nosotros, fundándonos en las conclusiones anteriormente expuestas, vamos a procurar estudiar el presente curso de Sociología, del modo más pedagógico posible.

No esperen oír en esta clase, largos discursos brillantes, que solo demuestren la inteligencia y la facilidad de palabra de quienes los pronuncian, pero que no siempre sirven para hacer que las ideas expuestas en las lecciones penetren en el espíritu de los oyentes. No voy a esforzarme por hablar bien, entre otros motivos porque no lo conseguiría, pues no soy orador. Mi preocupación principal será la de ser claro, comprensible; para que los conocimientos sociológicos que tengo puedan transmitirse fácilmente de mi cerebro al cerebro de ustedes. La cátedra no debe ser un eterno monólogo elegante, sino una escuela del pensar, y el profesor un sembrador de ideas, aunque hable mal, y dialogue, y converse familiarmente con los alumnos.

Para no fatigar la atención voluntaria y continua de los estudiantes, las lecciones no deben durar más de cuarenta minutos. La hora reglamentaria de nuestras clases tradicionales excede el límite psicológico normal de la atención; y fatigando a los discípulos es contraproducente, siendo perjudicial en vez de útil.

En nuestras lecciones trataremos de combinar los dos sistemas pedagógicos más usados; la exposición y la interrogación, haciendo que esta última sea también, en cierto modo expositivo, cuando las circunstancias lo permitan, y que la exposición monologada se anime con diálogos repentinos dirigidos a despertar la adormecida atención de los oyentes.

Lo verdaderamente útil en la enseñanza de la sociología, es que los alumnos lleguen a formarse un criterio sociológico definido y claro; lo demás es subsidiario. Por eso insistiremos sobre todo, en la parte reflexiva de las lecciones, es decir en aquella especie de conversación sobre lo que se acaba de explicar en la parte expositiva, encaminada a excitar el pensamiento activo y libre del alumno.

Precisando ideas, diré: que nuestro sistema consistirá en exponer las materias de cada lección, hablando, y aclarando las nociones con esquemas gráficos en la pizarra, siempre que sea

posible, y en conversar luego entre nosotros sobre lo que se acaba de exponer a fin de fijar los nuevos conocimientos adquiridos, en el espíritu de todos ustedes.

Por otra parte, convencido de la utilidad pedagógica de establecer relaciones efectivas de solidaridad mental entre profesores y alumnos, seré un verdadero compañero de labor de ustedes. Por lo mismo, me parece innecesario decirles que en el actual profesor encargado de dictar el curso de sociología, tienen un sincero amigo, dispuesto a ayudarlos y a servirlos en todo lo que ustedes deseen.

LA SOCIOLOGÍA COMO CIENCIA

Óscar Miró Quesada⁴⁴

DOS PALABRAS

Las presentes líneas no tienen la pretensión de ser un análisis profundo de la ciencia sociológica contemporánea. Un estudio a fondo de la sociología ni se puede hacer en las cortas páginas que mide un artículo de revista, ni puede ser llevado a buen término por persona como yo que recién se inicia en el conocimiento de la ciencia general de los fenómenos sociales. Mis aspiraciones son más modestas: quiero explicar en forma clara y sencilla qué cosa es la sociología, y cómo un estudio científico de la sociedad es posible y útil.

Dedico este artículo a los alumnos del primero y segundo año de Letras. A los del primer año, porque como son futuros estudiantes de sociología, conviene se vayan iniciando ya en la ciencia sociológica, dándose cuenta de los principios orientadores de esta, y preparando su espíritu para recibir con fruto un saber sociológico más amplio y serio. A los alumnos del segundo año, porque siendo actualmente estudiantes de sociología, puede serles de alguna utilidad, para precisar ideas, la lectura de un artículo en el que se analiza el concepto de la ciencia que ellos precisamente estudian.

Probablemente la forma literaria de este ensayo dejará mucho que desear. Esto es lo de menos; si resulta claro me conformo. No anduve a caza de palabras armónicas al escribirlo, solo tuve en el ánimo la idea de la sencillez y la intensidad de la exactitud.

No se crea por esto que soy de esos hombres prácticos que desdeñan la literatura. No. Como el que más reverencio el arte y admiro la belleza en todos sus aspectos, creyendo que la verdadera cultura humana consiste en hacer que el espíritu, por su esfuerzo propio, se eleve a un punto de vista integral de las cosas, desde el que la belleza y la verdad, la ciencia y el arte se unifiquen y confundan, siendo sabiduría para los ojos que las interrogan y emoción placentera para los corazones que las sienten. Pero cuando se trata de escribir un modesto artículo de sociología con tendencia didáctica, puede prescindirse, en parte, de la exclusiva finalidad literaria, pero sin olvidar los fueros de la gramática y del sentido común.

⁴⁴ *Revista Universitaria*, 1911. Año 6, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 423-438.

Precisados los alcances y las tendencias del presente ensayo sobre los rudimentos del saber sociológico, entro en materia.

LO QUE ES LA SOCIOLOGÍA

La sociología es el estudio científico de la sociedad. Esta definición no pretende ser completa, ni filosófica, ni exacta. Más que una definición es una explicación de lo que debe entenderse por sociología. Desde este punto de vista nos parece bastante clara, pues nos dice, sin palabras técnicas, ni términos abstractos, que la sociología es una ciencia, y que el objeto de esta ciencia es el estudio de la sociedad.

Como lo que pretendemos en este artículo, es que cualquiera que lo lea se dé cuenta del significado general de la sociología, hemos escogido la anterior definición: "la sociología es el estudio científico de la sociedad", por crearla más clara que las definiciones corrientes escritas en las obras de sociología.

Para que se vea es verdad lo que decimos, vamos a transcribir algunas definiciones conocidas, hechas por los sociólogos más eminentes.

El sociólogo americano Giddings, en su libro *Principios de sociología*, dice que "la sociología es la ciencia general del fenómeno social".

Para el filósofo inglés Spencer "la sociología es la ciencia de la evolución superorgánica".

Para el sociólogo alemán Ratzel "la sociología es la ciencia positiva de las relaciones de cambio de los hombres".

Para el sociólogo belga De Greef "la sociología es la filosofía o coordinación sistemática de todas las ciencias sociales particulares".

Para el italiano Asturaro "la sociología es la ciencia de los hechos que implican entre sus elementos una reciprocidad más o menos consciente de acción entre dos o más individuos".

Para el francés de Roberty "la sociología es el estudio de la fenomenalidad superorgánica".

Como las definiciones de la sociología imaginadas por los demás sociólogos conocidos, son más o menos semejantes a las enumeradas, no seguiremos citando.

Si se compara estas definiciones con la que dice que la sociología es el estudio científico de la sociedad, se echará de ver que aquellas por querer significar mucho no expresan nada, pues el que las lee no se da cuenta de lo que es la sociología considerada desde un punto de vista general. En cambio la lectura de la definición que considera la sociología como el estudio científico de la sociedad, basta para dar a cualquiera una idea clara y precisa del objeto y del fin fundamental de la sociología.

Pero no basta saber que la sociología es el estudio científico de la sociedad, si se ignora lo que es la ciencia, lo que es un estudio científico y en qué se diferencia de uno que no lo es; si no se sabe lo que es la sociedad, ni se concibe que esta pueda ser estudiada ni convertirse en objeto de una ciencia especial.

Es preciso, pues, analizar todas estas nociones, antes de ocuparse de la sociología propiamente dicha.

EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO Y EL VULGAR

El hombre trata de darse cuenta de las cosas que lo rodean; o dicho de otro modo, se esfuerza por conocer los objetos y los seres que percibe. Esta inclinación al saber, que existe en todos los hombres y en algunos animales, se llama curiosidad.

La curiosidad es uno de los orígenes de la ciencia, porque es una de las causas del conocimiento. La otra causa es la utilidad, o mejor dicho, el interés personal y el instinto de conservación.

Miramos un monstruo humano, un niño con tres piernas, por ejemplo, por curiosidad; en cambio el cirujano estudia teratología (parte de la medicina que se ocupa de las deformidades corporales), por interés, teniendo en cuenta la utilidad que el conocimiento de las deformidades anatómicas reporta a la cirugía operatoria. Un turista contempla las anfractuosidades del terreno que recorre, por simple curiosidad; un militar en campaña se fija en ellas por interés, tratando de descubrir el provecho que puede sacar de las hondonadas y de los relieves del suelo, como trincheras naturales contra los proyectiles del enemigo. Y así en todas las cosas que pueden ser conocidas. El conocimiento y, por lo tanto, la ciencia, se deben a que el hombre siente curiosidad y trata de averiguar qué son y cómo son las cosas que percibe, y a qué necesita conocerlas para utilizarlas cuando son convenientes y para ponerse a salvo de ellas cuando son peligrosas.

El deseo de conocer es pues natural en el hombre y en muchos animales.

Veamos en qué se diferencia el conocimiento vulgar del científico; el simple parecer, de la ciencia

El sabio inglés Huxley escribe en su *Introducción al estudio de la ciencia*: "A pesar de que las gentes se imaginan que la ciencia se opone al sentido común, la ciencia, por el contrario, es el sentido común perfeccionado; el raciocinio o razonamiento científico, es simplemente raciocinio común muy cuidadoso, y los conocimientos comunes se hacen científicos a medida que se hacen exactos".

Resulta de las anteriores palabras de Huxley, que el conocimiento científico se diferencia del vulgar o común, en que es más perfecto, más cuidadoso y más exacto que el vulgar.

A estas diferencias generales es necesario agregar otras muy importantes: 1° el conocimiento vulgar es desordenado, caótico, confuso; el científico es ordenado, preciso, metódico; 2° el conocimiento vulgar es un conocimiento de los efectos de las cosas; el científico es un conocimiento de las causas; 3° por último, el conocimiento vulgar no permite prever los fenómenos sino de modo muy restringido; el científico sí permite preverlos, porque es un conocimiento no solo de las causas sino de las leyes de los fenómenos.

Resumiendo: el conocimiento vulgar es un conocimiento desordenado de los efectos de los fenómenos; el científico, un conocimiento ordenado de las causas de dichos fenómenos.

Para mayor claridad recurriremos a ejemplos.

El hombre que solo tiene sobre el rayo los conocimientos vulgares que su observación personal le ha suministrado, sabe que el rayo es un fuego brillante, que brota de las nubes cuando el cielo está tempestuoso, que baja en zis-zas, que es deslumbrador y terrible y muy peligroso, pues mata al que le cae encima, calcinándolo, así como destruye las casas, árboles y plantas que encuentra en su camino. Quizá ha observado que cae con frecuencia sobre los árboles y ha deducido que no debe uno guarecerse debajo de estos durante la tormenta.

El saber de este hombre no le dice nada acerca de las causas del rayo ni acerca de sus leyes; por eso la utilidad que saca de sus conocimientos es tan restringida, reduciéndose a una verdad negativa, a no guarecerse debajo de los árboles durante la tempestad. Además su

saber es desordenado, confuso, pues no distingue bien el relámpago del rayo, creyendo que son de naturaleza completamente diferente.

Veamos ahora el caso de un hombre que tiene un conocimiento científico de los meteoros eléctricos y en especial del rayo.

En este caso los conocimientos son positivos claros. La causa del rayo es la electricidad. Cuando las nubes cargadas de fluido eléctrico de signo contrario a la electricidad de la tierra, llegan a tener un potencial muy elevado se produce el rayo, que no es sino una gran chispa de naturaleza análoga a las pequeñas chispas que estallan entre los hilos de una máquina eléctrica cualquiera. Como una de las leyes de la electricidad es que tiende a escaparse por las puntas siendo atraída por estas, se ha inventado el pararrayo, barra larga de hierro que se coloca en lo alto de los edificios. El objeto del pararrayo es doble: evita que el rayo estalle, pues permite que la electricidad de la tierra escapándose por su punta vaya a neutralizar la electricidad de signo contrario de que está cargada la nube, y protege al edificio, atrayendo sobre sí al rayo cuando este estalla a pesar de su efecto neutralizador.

En cuanto al relámpago, es un rayo que estalla entre dos nubes cargadas de electricidades contrarias, en vez de estallar entre una nube y el suelo, como sucede con el llamado propiamente rayo.

Vemos, pues, que el saber científico es más claro, es más útil que el vulgar, porque como conoce la causa y las leyes del rayo, ha servido para inventar un aparato que defiende del rayo de modo mucho más eficaz y completo que el simple consejo deducido del saber vulgar que induce a no guarecerse bajo los árboles durante la tormenta.

Ya puede verse con precisión la diferencia general que existe entre el conocimiento científico y el vulgar. Pero hay otra diferencia muy importante y es la relativa al modo como procede el hombre que estudia un asunto científicamente

El sabio observa con paciencia y cuidado mil veces una misma cosa para descubrir sus causas y sus leyes; el hombre que la aprecia según su conocimiento vulgar la ve una vez y ya está dando explicaciones más o menos racionales de ella.

Cuentan que un viajero llegó a Lima un domingo, y como viera en una de las calles céntricas de la ciudad, que una carreta atropelló a una mujer entrada en años, sacando su libro de

apuntes escribió muy ufano: "En Lima los domingos las carretas atropellan a las viejas". Como este viajero, procede el conocimiento vulgar al estudiar un asunto: transforma una observación incompleta y superficial en explicación positiva.

Otra anécdota refiere, en cambio, que existía en una aldea árabe una palmera maravillosa que movía una de sus ramas de modo inexplicable y mágico. Esta rama estaba doblada y como quebrada en la parte que la unía al árbol, pendiendo con las hojas hacia abajo, a lo largo del tronco. A cierta hora del día, la rama comenzaba a moverse, concluyendo por enderezarse totalmente, permaneciendo en esa actitud dos o tres horas y regresando luego su desprendida posición primera. Los lugareños creían que se trataba de un milagro. Pero llegó un hombre de ciencia a la aldea atraído por la fama del suceso, y tras un estudio detenido del fenómeno dio una explicación satisfactoria de este, habiendo descubierto su causa. Se trataba de lo siguiente: el sol calentaba la rama doblada y evaporando la humedad de la palmera devolvía a las fibras vegetales de sus ramas la tenacidad y la fuerza que habían perdido durante la noche por haberse empapado con el rocío y el vapor de agua suspenso en la atmosfera.

Para descubrir por qué se movía la rama de la palmera, el viajero científico tuvo que observar muchas cosas: la posición del sol que caía a plomo sobre la palmera cuando se movía la rama de esta; el descenso de la temperatura ambiente y el grado de humedad creciente cuando principiaba al caer la rama enderezada; la disminución en la amplitud del movimiento de la rama cuando el cielo estaba nublado y hacía, por consiguiente, menos calor; y, por último el descenso de la rama antes de tiempo y en pleno día cuando se mojaba el tronco del árbol echándole agua artificialmente con una regadera.

El modo como estudió este viajero el fenómeno de la palmera movable antes de dar una explicación del asunto, es el modo como procede la ciencia y la manera como se hace todo estudio científico. Una de las cosas que distingue en efecto, a la ciencia del saber vulgar, es que observa mucho y explica relativamente poco, mientras que el saber vulgar observa poco y pretende explicar mucho, pero con la diferencia de que las explicaciones de la ciencia son verdaderas, siendo en cambio casi siempre falsas las del conocimiento vulgar.

Ahora sí nos podemos dar cuenta exacta de la diferencia que existe entre el conocimiento vulgar y el científico, pero para comprender bien la definición que dice que la sociología es el estudio científico de la sociedad, necesitamos aclarar primero el concepto de sociedad.

LA SOCIEDAD Y LOS FENÓMENOS SOCIALES

En el lenguaje familiar se entiende por sociedad la buena sociedad. Por eso, cuando se oye o lee la palabra sociedad se piensa en determinado círculo de personas que por sus antecedentes de familia ocupan el primer rango entre las gentes de buen tono.

Creemos innecesario detenernos a demostrar que la sociedad de que se ocupa la sociología, es una cosa completamente distinta de la buena sociedad.

Debe entenderse por sociedad: la reunión de todos los individuos que viven en un territorio determinado; el conjunto de los habitantes de un país. En este sentido sociedad es semejante a pueblo, a nación, a estado. Así se dice el pueblo peruano, la nación peruana, la sociedad peruana, el estado peruano.

El sociólogo francés Renato Worms, en su libro titulado *Filosofía de las ciencias sociales*, explica con gran claridad qué cosa es la sociedad, y en qué se distingue de la nación, del pueblo y del estado.

“Cuatro palabras, escribe Worms, se emplean indistintamente una por otra; pueblo, nación, sociedad y estado. Es sin embargo interesante ver en qué se diferencian. Las palabras pueblo y sociedad se emplean cuando se piensa en la multiplicidad de los elementos que contiene el grupo (es decir, cuando se piensa en el número de las personas que por su reunión forman el grupo social). El término nación y estado convienen cuando se quiere designar la unidad que liga a estos elementos. Una nación es un pueblo ordenado; un estado es una sociedad disciplinada por un gobierno y por leyes. La vida es espontánea en la sociedad; es, en cambio, obligatoria y como impuesta por la fuerza, en el estado. El pueblo puede ser una multitud dispersa; la nación es una masa coherente”.

La sociedad es pues el conjunto de los habitantes de un país. Pero estos habitantes no están muertos, viven, se mueven, caminan, hablan entre sí, piensan, sienten, quieren, necesitan comer, vestirse, se reúnen para divertirse o para trabajar, etc., etc. Todas estas cosas que hacen las personas de una sociedad se llaman fenómenos sociales o hechos sociales. Así como la lluvia, por ejemplo, es un hecho o fenómeno atmosférico porque se realiza en la atmósfera, el matrimonio, la guerra, la ciencia, son hechos o fenómenos sociales porque se realizan en la sociedad.

Vamos a ver cuáles son los principales fenómenos sociales.

Todos los individuos que forman una sociedad necesitan comer para vivir, y no solo comer sino vestirse, habitar en casas apropiadas, usar ciertos utensilios y objetos, etc., etc. Pero para alimentarse es preciso producir primero el alimento. Para obtener las diversas sustancias alimenticias los hombres se dedican a la agricultura y a la ganadería, explotando industrialmente la tierra y los animales. Además de los alimentos necesitan los individuos de toda sociedad, vestidos, calzados y muchas otras cosas; siendo las industrias textiles y manufactureras las que les sirven para procurárselos. A este conjunto de industrias que sirven para que los individuos de la sociedad vivan, y por consiguiente para que la sociedad exista y se conserve se le denomina el hecho o el fenómeno económico. Y se le llama fenómeno económico porque consiste principalmente en la producción de objetos útiles o lo que es lo mismo de riqueza, y como la economía política es la ciencia que trata de la riqueza, se acostumbra llamar económicos a los fenómenos que se refieren de algún modo a la producción, circulación, repartición y consumo de la riqueza.

Pero el hombre no solo necesita nutrirse y conservarse, sino reproducirse. Al influjo de este instinto de la reproducción han surgido una serie de necesidades sentimentales que se satisfacen mediante el matrimonio y la constitución de familia. Al conjunto de estos hechos sociales se llama fenómeno genésico o fenómeno familiar.

Por otra parte, el ser humano es artista. Construye edificios hermosos, esculpe estatuas, burila medallas, pinta cuadros, escribe versos y novelas, toca diversos instrumentos de música; y esto lo hace obedeciendo al atractivo que sobre su espíritu ejerce la belleza. Todos estos hechos artísticos forman el fenómeno estético. Se llama estético porque la estética es la ciencia de la belleza.

El hombre piensa y su pensamiento trata de darse cuenta de todo lo que percibe. Esta necesidad de pensar y de explicarse las causas de las cosas lo ha llevado a formar y a crear religiones, a elaborar filosofías y a constituir la ciencia. Al conjunto de estos hechos de orden intelectual se llama fenómeno mental o ideológico.

Los miembros de la sociedad tienen una moral determinada, que varía con la sociedad de que se trata. Al conjunto de los actos buenos y malos de los hombres se llama fenómeno ético o moral.

En toda sociedad hay leyes que los miembros de ella están obligados a cumplir y a obedecer si no quieren ser castigados. Este florecimiento del derecho en el seno de las sociedades humanas, forma el fenómeno jurídico.

Por último, en las sociedades humanas, hay siempre un estado o un gobierno o un jefe que manda. Este hecho de la existencia de un poder con fuerza material que se impone a los miembros de la sociedad, es el fenómeno político.

En resumen: la sociedad es el conjunto de individuos que viven en un territorio determinado. Estos individuos sostienen relaciones entre sí, dando origen a una serie de hechos o fenómenos sociales, siendo los principales los siguientes: 1° el fenómeno económico o de nutrición, que sirve para que la sociedad se conserve y viva; 2° el fenómeno genésico o familiar o de reproducción mediante el cual la sociedad aumenta el número de personas que la forman y reemplaza a los que van desapareciendo por causa de muerte; 3° el fenómeno estético (arquitectura, escultura, pintura, literatura); 4° el fenómeno mental o ideológico (religión, filosofía, ciencia); 5° el fenómeno ético o moral (actos buenos y malos); 6° el fenómeno jurídico (las leyes y el derecho); y 7° el fenómeno político (el estado y los gobiernos). Así como los dos primeros fenómenos sociales se llaman de nutrición y de reproducción, los cinco últimos son fenómenos de relación, porque sirven para que entren en relaciones de pensamiento los hombres de una sociedad.

LA SOCIEDAD COMO OBJETO DE ESTUDIO

La sociología es el estudio científico de la sociedad. Como ya hemos explicado lo que es un estudio científico y lo que es la sociedad, creemos que el que haya leído las anteriores secciones de este artículo comprenderá el sentido gramatical de la definición.

Pero no basta comprender el sentido de las palabras de una definición para que nuestro espíritu se dé cuenta de lo que esa definición quiere decir realmente. Entender las cosas es cuestión de punto de vista, de estado de alma, más que de conocimiento de términos técnicos. Una persona erudita puede leer un libro de Maeterlinck, y aunque conoce las palabras empleadas por este escritor, quizá no se dé absolutamente cuenta del verdadero sentido de la obra. Lo mismo sucede con la sociología: un estudiante llegará a saber hasta de memoria los términos sociológicos, si se los enseñan, pero la idea madre, la idea fundamental de la sociología, el hecho de que la sociedad pueda ser estudiada científicamente, escapa a su espíritu; algo más: probablemente nunca se le ha ocurrido.

Lo que se trata pues de entender es lo siguiente: que la sociedad puede ser considerada como un objeto de estudio, ni más ni menos que a la manera de considerarse como objeto de estudio un terreno, una piedra, una flor, una substancia química, un microbio, etc., etc.

Aunque parezca raro, es difícil imaginarse que la sociedad pueda ser estudiada por la ciencia. Esto depende de que como la sociedad es el medio en que vivimos nos hemos familiarizado de tal modo con ella, que no sospechamos que pueda formar algo indistinto de nosotros mismos. Nos sucede cosa análoga a la que le sucedería a los peces si fueran capaces de pensar y de estudiar científicamente el mundo. Habrían estudiado ya las diferentes clases de animales y vegetales que hay en el mar, así como las rocas, piedras y arena de la playa; pero probablemente no habrían estudiado el agua considerada en sí misma, con independencias de lo que encierra en su seno, y apreciada como el medio o elemento líquido que une a los peces unos con otros, que los rodea y envuelve en todos los momentos y en todos los lugares, y que hace posible que puedan vivir juntos en un mismo mar. Los peces no verían el agua porque la tienen tan cerca de sus ojos que se confunde con ellos mismos y forma parte de su vida, pues sin agua no habría animales acuáticos.

La mayor parte de los hombres, a semejanza de los peces, no ven la sociedad como algo real y que puede ser objeto de estudio, porque la tienen muy cerca de sus ojos, tan cerca que está en ellos mismos, en su alma, en forma de moral, de religión, de leyes, de usos, de modas, de ideas, de palabras, formando parte de su misma vida.

Esta dificultad de darnos cuenta de lo que tenemos más cerca de los ojos, y de lo que se relaciona más íntimamente con nuestra propia vida, ha hecho que las ciencias hayan ido formándose de afuera a adentro, es decir, principiando por el estudio de los objetos naturales y físicos y concluyendo por el estudio de nosotros mismos, por el estudio de nuestro espíritu y de la sociedad en que habitamos. El modo como han ido apareciendo las ciencias en la humanidad, lo demuestra, en efecto. La astronomía, las matemáticas, la física, la química, la medicina, la psicología, la sociología han ido formándose en un orden que podemos llamar orden de independencia humana; es decir que mientras más independientes del hombre han sido los fenómenos que formaban el objeto de su estudio, mientras menos han tenido que ver con el hombre, más pronto han sido descubiertos y estudiados.

Muchos siglos trascurrieron antes de que el hombre se diera cuenta de que su cuerpo podía ser estudiado como un objeto cualquiera, como un fenómeno natural, como la caída de una

piedra, como la salida y la puesta de los astros. Y aun en los tiempos actuales hay muchas personas que viven y mueren sin saber cómo es su cuerpo, y lo que es más curioso, sin haber sospechado nunca que ese cuerpo que les servía para vivir podía ser estudiado.

Como el estudio de la sociedad es el estudio de cosas más íntimas y próximas que nuestro propio cuerpo, porque es el estudio de las causas y de las leyes de nuestra moral, de nuestra religión, de nuestras instituciones económicas, jurídicas, políticas, estéticas etc., etc., es lógico que la mayor parte de las personas no hayan pensado nunca en esas cosas, y no comprendan bien lo que es la sociología cuando se les dice que es el estudio científico de la sociedad, pues nunca han imaginado que la sociedad pueda ser objeto de estudio.

Nosotros después de todo lo que acabamos de decir podemos comprender lo que es la sociología, pues no solo sabemos lo que es la ciencia y la sociedad, sino que sabemos que esta puede ser estudiada.

CÓMO ESTUDIA LA SOCIOLOGÍA A LA SOCIEDAD

La sociología es el estudio científico de la sociedad. La sociedad es el conjunto o el grupo de individuos que viven en un territorio determinado. Pero como en el seno de la sociedad existe una serie de hechos o fenómenos sociales, resulta que la sociología es también el estudio de estos fenómenos sociales⁴⁵.

A primera vista parece que estudiar la sociedad y los fenómenos sociales, es lo mismo. Pero no hay tal cosa. Supongamos que hemos estudiado como nace, se forma y desarrolla la religión, la moral, el derecho, el arte, la política, y, en una o en todas las sociedades del mundo; después de haber hecho ese estudio, no habremos agotado el campo de la sociología, aún nos quedará por estudiar cómo y por qué se agrupan los hombres para formar una sociedad y en qué circunstancias lo hacen. El estudio del hecho mismo de la reunión de los individuos en un territorio determinado, es uno de los objetos de la sociología.

⁴⁵ Como no han de faltar espíritus críticos que lean este artículo, debernos decir que hemos prescindido por entero en el presente ensayo de mera divulgación sociológica, del discutido problema de la sustantividad de la sociología considerada como disciplina independiente, y autónoma, y no como la suma de las ciencias sociales particulares. De modo que al decir que la sociología estudia la sociedad y los fenómenos sociales, lo hemos hecho solo para aclarar más el concepto familiar y sencillo que queremos inculcar en la mente de los lectores no sociólogos. En cuanto a los lectores sociólogos y eruditos, sepan que no confundimos, ni identificamos la ciencia general del fenómeno social, con las ciencias particulares de los diversos fenómenos superorgánicos.

De modo pues que la sociología consta de dos partes principales: una estudia la sociedad en general, es decir, cómo y por qué los hombres viven en sociedad, en virtud de qué causas se forma la sociedad humana, qué leyes determinan su desarrollo y sus cambios; la otra parte estudia cada fenómeno social, investigando: por ejemplo, cómo nace el derecho y cómo evoluciona y se transforma a través del tiempo. En esta parte se estudia también las relaciones de causa y efecto que existen entre los diferentes fenómenos sociales, y entre cada uno de estos y el medio social, o, lo que es lo mismo, la sociedad entera considerada en su conjunto como un todo, observando cómo las modificaciones en la forma de la producción económica hacen variar los fenómenos jurídicos, políticos, religiosos, morales, artísticos, etc., etc., así como las reacciones de estos sobre aquél; es decir, los cambios que sufre el fenómeno económico de la producción, a causa de las transformaciones de las leyes, de la forma de los estados, de las ideas religiosas, morales, científicas y artísticas, dominantes en la sociedad, en una época dada.

Algunos sostienen que la sociología comprende una tercera parte: la que analiza el método sociológico, o sea el modo y los procedimientos conforme a los que el sociólogo debe estudiar a la sociedad y a los fenómenos sociales. Pero para nuestro objeto basta con saber que la sociología estudia la sociedad en general considerada como un conjunto de individuos que viven en un territorio, y los fenómenos sociales que se producen en el seno de esa sociedad.

Hemos dicho que la sociología es una ciencia y esto nos lleva a precisar un concepto muy importante, y es que el estudio de la sociedad debe hacerse prescindiendo en absoluto del interés que puede tener una persona, un régimen, un país, la humanidad misma, en demostrar que ciertos hechos sociales son de este o del otro modo, que determinada institución es buena o mala. La sociología estudia a la sociedad con perfecta independencia de los resultados prácticos; si de su estudio resulta una verdad o un precepto útil, tanto mejor.

Para que se comprenda bien esta idea, vamos a permitirnos reproducir aquí algunos acápites de un libro nuestro de una obra que estamos preparando sobre la sociología de la religión en general y sobre el fenómeno religioso del Perú en particular.

Veamos el modo como la sociología debe estudiar el hecho de la religión, deduciéndolo de la manera como investiga y observa los hechos o fenómenos sociales cualesquiera que estos sean.

Ante los fenómenos del mundo, el espíritu del hombre puede adoptar dos actitudes distintas: observar y analizar dichos fenómenos considerándolos como simples objetos de estudio, prescindiendo de los sentimientos agradables o penosos que le producen; o ver, por el contrario, en los fenómenos contingencias hostiles o favorables a sus deseos y aspiraciones personales, interesándole, en este caso, más por la emoción que le causan que por lo que son en sí.

La primera actitud es la de la ciencia; la segunda la del interés. En los estudios sociológicos la única actitud aceptable es la científica. El que emprende estos estudios debe considerar la sociedad y los hechos de la vida social, como simples realidades observables tan independientes de sus sentimientos y deseos como los fenómenos físicos o naturales lo son del químico o naturalista que los investiga. Y así como el toxicólogo, por ejemplo, no se empeña en demostrar que las reacciones químicas venenosas que estudia no matan, sino que se limita a descubrir la causa de su actividad y la ley de su composición; así el sociólogo no ha de empeñarse tampoco en probar que determinadas instituciones sociales son benéficas y perdurables, sino que debe concretarse a descubrir su origen, los motivos de su formación y su evolución o proceso histórico.

El reconocimiento de la necesidad de la actitud científica en el estudio de la sociedad y de los fenómenos sociales, no ha sido cosa fácil, ni labor de una hora. Durante muchos años la mayoría de los hombres, aún cultos, consideraban como irreverencia y aún desacato humano, la investigación científica de los fenómenos sociológicos, sobre todo la de aquellos que como el moral, el religioso, el político, etc., se referían a la intimidad sentimental de sus personas y formaban la esencia de sus vidas conscientes y morales. A los espíritus buenos se les hacía duro admitir que los motivos de sus acciones, sus afectos y sus ideales más queridos, fueran simples objetos de estudio. A semejanza de la germinación de las semillas, de la exfoliación de los cristales o del estallido del trueno. En los actuales tiempos, y gracias a la incesante labor de sabios eminentes, no solo se admite la posibilidad de la sociología como ciencia, sino que se reconoce la utilidad de los estudios sociológicos⁴⁶.

⁴⁶ De la obra en preparación intitulada: *Sociología del fenómeno religioso*.

Se ve, pues, que la sociología es un estudio imparcial y desapasionado de la sociedad. El sociólogo científico es el que se dice a sí mismo antes de estudiar los fenómenos sociales: "Yo no sé si la religión, por ejemplo, es buena o mala, si es divina o terrestre, si es universal o parcial, si es lógica o absurda, ni voy a estudiar el fenómeno religioso para demostrar qué se debe creer o no creer; sino que olvidándome de mis intereses personales voy a observar cómo ha nacido, cómo se ha desarrollado, cómo ha sido y cómo es la religión. Si de este estudio resultan argumentos a favor de la religión, los consignaré en mi trabajo, aunque sea impío y descreído, si resultan por el contrario argumentos en contra, los escribiré así mismo en mi trabajo, aunque sea más creyente y practicante que un sacerdote sincero". Lo que este sociólogo se dice antes de estudiar la religión, es aplicable a los que estudian los demás fenómenos sociales.

Podemos afirmar en conclusión, que la sociología es el estudio científico, es decir, metódico, claro, imparcial y desapasionado, de las causas, de las leyes y de la evolución de la sociedad considerada como el conjunto o grupo de individuos que viven en un territorio determinado, y de los fenómenos sociales que en el seno de la sociedad se producen.

EXTRACTOS DE SOCIOLOGÍA

Carlos Wiese ⁴⁷

PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO

ANTECEDENTES Y DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS

Bibliografía.- Funck-Brentano, *La science sociale. Morale politique* -De Greef, *Introduction á la sociologie*. -Groppali, *Saggi di sociologie*. -Gumplowicz, *Précis de sociologie*. -Posada, *Literatura y problemas de la sociología*. -Gastón Richard, *Notions élémentaires de sociologie*. -Fausto Squillace, *Le dottrine sociologiche*.

1. Pretendidos precursores: El estudio de los fenómenos sociales en las ciencias prácticas que tienen por objeto la conducta humana ocupó un lugar importante en la Filosofía de Platón y en la de Aristóteles.

El Estado para Platón era una unidad viviente, una persona colectiva, un hombre en grande, cuyos órganos y funciones psíquicas correspondían a los órganos y a las funciones de la sociedad. Estas ideas sin embargo no constituyen un sistema embrionario siquiera de sociología.

La *Política* de Aristóteles es el complemento de la *Ética*, porque únicamente la educación de la Ciudad, dice, puede formar la voluntad moral. De esa manera Aristóteles preludiaba las generalidades de la política con un estudio comparativo de las principales ciudades que pudo observar en Grecia y en las comarcas vecinas.

Además, la *Constitución de los Atenenses*, única de sus monografías que ha llegado hasta nosotros, nos manifiesta que aquel filósofo daba mucho lugar al estudio genético de las instituciones y al de las revoluciones. Sin embargo, en la teoría de los fenómenos sociales como en la de los físicos y biológicos, predomina la explicación por la causa final.

⁴⁷ Sacados de autores reputados y coordinados según el sistema adoptado por el profesor Alejandro Deustua de la Facultad de Letras en 1906. [Carlos Wiese].

* El Dr. Carlos Wiese pidió al decano de la Facultad de Letras, en agosto de 1907, ayuda económica para imprimir la primera parte de estos extractos de Sociología para los alumnos del curso de Sociología. [Nota de los editores].

Por ocuparse en ese sentido de los fenómenos sociales, y por haber escrito que "un pueblo entero congregado es semejante a un hombre armado de muchos pies y de muchas manos y de múltiples sentidos", se ha considerado a Aristóteles, sin razón verdadera, como precursor de los sociólogos modernos.

Con el nombre de doctrina civil, Bacon (1561-1626) en el tratado de *Dignitate et augmentis scientiarum*, cita el estudio metódico de los fenómenos sociales en el número de las principales aspiraciones del hombre. Pero la filosofía política del siglo XVII, de que Hobbes (1589-1043), Spinoza (1632-1677) y Locke (1632-1704) son los grandes representantes, rechaza la inducción y emplea un método analítico y deductivo. El primero de aquellos filósofos supone la sociedad desordenada, e investiga la manera como resultaría su reconstitución de las leyes generales de la naturaleza humana, y principalmente del deseo. Deduce por último la doctrina del pacto social o de la alienación de las libertades naturales, en nombre de una psicología sumaria de las pasiones y de las necesidades.

En el siglo XVIII la filosofía política tiene cada día más carácter crítico y polémico. Antes que ciencia es arma contra la perpetuidad de los abusos políticos y religiosos, tanto más dolorosamente soportamos por la sociedad, cuanto que una conciencia más elevada de los fines humanos y sociales se formaba, no solamente en las clases superiores, sino también en las demás.

De otro lado, el siglo XVIII ve nacer la filosofía de la historia y las ciencias sociales especiales, y estas corrientes determinan la creación de la ciencia sociológica.

2. Verdaderos precursores: Antes del movimiento intelectual del siglo XVIII, no se considera a los filósofos moralistas y políticos que han tratado los fenómenos sociales como precursores de la sociología, porque no se puede caracterizar como tales en una ciencia, sino a aquellos que, por lo menos, han tenido la percepción de las leyes principales de esa ciencia, leyes que en sociología están basadas en nociones de leyes naturales que gobiernan los fenómenos.

En Maquiavelo (1469-1527) se encuentra, sin embargo, con anticipación, la investigación de esas leyes reguladoras de la evolución de los pueblos y una creencia en un progreso social, en

virtud del cual los hombres y las instituciones cambian, si no cuantitativa, al menos cualitativamente⁴⁸.

Los verdaderos precursores de la sociología comienzan con Vico (1688-1744), creador en Italia de la filosofía de la historia, autor del tratado de *Constantia philologiae* y de la *Scienza nuova* (1725). Esta ciencia nueva es la filología a la que Vico asigna por objeto el conocimiento del espíritu del derecho, de las relaciones entre el derecho, la religión y la poesía épica. Vico enuncia la hipótesis célebre del *ricorso* o del regreso de las civilizaciones a su punto de partida.

Los estudios de Vico encontraron poco eco en Italia, pero en Alemania el terreno era más favorable. Lessing, Herder y Kant trabajaron en la constitución de una historia universal haciendo depender el derecho y la civilización de los diferentes pueblos del desenvolvimiento del espíritu humano, y este desenvolvimiento mismo del destino del universo. Kant (1724-1804) especialmente dispuso en proposiciones sus investigaciones sobre las leyes naturales constantes que rigen el desenvolvimiento histórico de un pueblo, el advenimiento de un nuevo estado político, la necesidad de la solidaridad humana, intuiciones que tienen siempre valor aun cuando fundadas en un principio metafísico.

Entre los descendientes directos de Vico en Italia está Filangieri (1752-1788), quien en la concepción de su historia civil universal y permanente, manifiesta el vigor de sus síntesis y la amplitud de sus miras, especialmente respecto de la ciencia del gobierno y, por consiguiente, de la fuerza de la educación, de la imitación y de la opinión pública⁴⁹. Romagnosi, en su obra de filosofía civil concibe esta como una ciencia de los hechos, semejante a la anatomía y la fisiología, y como una verdadera historia natural; considera a la sociedad como un organismo, induce la ley filogenética y ontogenética aplicada a la evolución social, y comprende mejor que otros el porvenir e importancia de la ciencia social⁵⁰.

Janelli intenta establecer los grandes principios de una lógica crítica para conectar y sistematizar la doctrina de la humanidad⁵¹.

En el siglo XVIII se diseñan también las ciencias sociales especiales siguientes: 1. La Economía Política, 2. La Estadística, 3. La ciencia del derecho comparado, a la vez que se cultivan las

⁴⁸ Discordo sopra la prima Deca di Tito Livio, Istorie Fiorentina

⁴⁹ Opere. Milano, 1849.

⁵⁰ La Scienza della legislazione, 1780.

⁵¹ Sulla natura e necessità della scienza delle cose e delle storie umane, 1877.

ciencias físicas que con el materialismo debían suministrar una parte de los métodos sociológicos, y se introduce en la ciencia social la noción del progreso.

La Economía Política fue concebida tardíamente como ciencia de las variaciones del valor. Las dos escuelas que la constituyeron: en Francia, la de los fisiócratas (Quesnay, Turgot, etc.); en Inglaterra, la de Hume y Adam Smith, veían en ella, los primeros el estudio de un orden natural y espontáneo de los hechos sociales; los segundos el estudio de una rama de la actividad humana solidaria del conjunto de la civilización. Los economistas estudian entonces al hombre social real, y no al hombre económico abstracto, dedicado únicamente a buscar el mayor provecho con el menor esfuerzo. Turgot⁵² concibió la necesidad de las leyes naturales y del progreso del espíritu humano como algo mecánico, inevitable y fatalmente necesario, lo que explica y hace comprender la verdadera naturaleza de las cosas del mundo, prescindiendo de la divinidad y de falsas idealidades y abstracciones. Adam Smith consideraba también como el objeto principal de su ciencia el descubrimiento de las relaciones entre los fenómenos de la producción y del valor y la ley social del progreso.

La Estadística, considerada como la ciencia del Estado por sus primeros representantes, el húngaro Martin Schmeitzel, muerto en 1747, y el alemán Gotefried Achenwall (1749), recoge una serie de datos descriptivos y numéricos sobre la población, el comercio, los recursos del Estado; pero no trata todavía de determinar las variaciones y las condiciones profundas de la vida social.

Montesquieu, publicando en 1741 el *Espíritu de las Leyes*, fundó la ciencia del derecho comparado. Ningún libro ha contribuido tanto a hacer posibles las investigaciones sociológicas del siglo siguiente y a definir su método. Elevándose sobre los hechos particulares, Montesquieu llega a la inducción de leyes naturales universales, necesarias y fatales; estas leyes no han sido aplicadas siempre al estudio de los pueblos, a lo menos en lo que respecta a la influencia del clima que es, cree poder decir, el único factor verdaderamente importante de la vida social. Después de haber descrito la acción fisiológica del frío y del calor, la aplica a los hechos sociales y establece la relación entre el clima y la calidad del suelo, la posición geográfica y las ocupaciones, carácter, leyes y gobierno del pueblo. Montesquieu resulta de esta manera el fundador de la moderna tendencia socio-geográfica.

⁵² Deuxième Discours sur les progres successifs de Pesprit humain, 1750.

Rousseau (1712-1718), en su carácter de político y de sociólogo, desarrolló el paralelismo entre la estructura y funciones del organismo individual y social, y puede ser considerado como uno de los precursores de la tendencia de la sociología basada en la analogía biológica⁵³.

En el mismo siglo XVIII, Holbach reunió y coordinó los principios del materialismo. La ley de la naturaleza es una para el mundo físico y el mundo moral y, por consiguiente, social; todo lo que sucede en el mundo tiene una causa y una necesidad por la que se regulan los acontecimientos⁵⁴.

Condorcet, por su parte, tuvo el mérito de introducir netamente en la ciencia social la noción del progreso sometido a las leyes naturales necesarias, aplicándola y verificándola con los hechos y observaciones de la vida de los pueblos, aun cuando todo se reduzca a los progresos del espíritu humano. Posible es constituir una ciencia que estudie las leyes y los fenómenos sociales. Condorcet, sin embargo, tuvo la intuición de la teoría del materialismo histórico: investigó la causa de la inmovilidad de los pueblos; puso en relieve la interdependencia de los fenómenos y consideró la perfectibilidad del hombre como una ley natural y atribuyó gran importancia a la educación⁵⁵.

3. Fundación de la Sociología, Augusto Comte: En los veinte primeros años del siglo XIX el movimiento de los estudios sociológicos se prosigue, salvo en Francia, donde sufren un eclipse bajo la influencia de los tradicionalistas.

Transformase en este período la Economía Política, la cual con Ricardo y Malthus deja de ser un estudio de la civilización para convertirse en ciencia de la concurrencia y del valor. La Estadística se formula como investigación numérica en lugar de ciencia del Estado, reduciéndose a un método cuyo objeto es descubrimiento de las leyes de las variaciones de los fenómenos sociales representados por números que expresan términos medios.

Entre la filosofía de la historia, sin embargo, y las ciencias sociales definidas, no existía lazo de unión. Estas se apartaban unas de otras, y poco a poco se iban encontrando sin ideas dirigidas. La filosofía de la historia se ponía al servicio de los sistemas metafísicos inventados por el idealismo y el naturalismo alemán sin descanso.

⁵³ Art. Economic politique en la Enciclopedi. Contrat Social

⁵⁴ Systeme de la nature ou des lois du monde physique et du monde moral, 1779.

⁵⁵ Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain, 1785.

Uno de los discípulos independientes de la escuela de Saint-Simon, profundizó la idea de Condorcet, que dicha escuela había conservado, de unir a la economía, a la estadística y a la política una historia general de la civilización, y sacó el plan de una ciencia nueva, concebida sobre el tipo de tipo de las ciencias físicas y naturales: la física social o sociología. Ese discípulo de Saint-Simon fue Augusto Comte (1798-1857).

El método de la ciencia nueva está diseñado en un opúsculo publicado por Comte bajo el patronato de Saint-Simon, titulado *Sistema de política positiva*. Pero la exposición de las grandes líneas de la sociología viene verdaderamente del *Curso de filosofía positiva* (1848).

Augusto Comte divide la sociología en dos ciencias: una la *estática* social que estudia los hechos sociales en el espacio, abstracción hecha de las variaciones históricas; otra, la *dinámica* social que busca la filiación de los estados sociales.

Comparada a la filosofía de la historia de las escuelas alemanas, la sociología de Comte significaba un progreso. La historia universal dejaba de ser una construcción arbitraria reflectora de todas las incertidumbres del pensamiento metafísico; unida a la teoría estática de la solidaridad, permitía relacionar entre sí las diferentes ciencias sociales y sacar de ellas aplicaciones provechosas en la práctica.

Desgraciadamente, Augusto Comte comprometió la ciencia que había diseñado tan profundamente: quiso formular prematuramente las conclusiones de la dinámica social, o teoría del progreso, subordinándola a la ley conjetural de los tres estados. En cuanto a la estática social, o teoría del orden, abandonó el estudio científico de la solidaridad afirmando su existencia en nombre de las exigencias del sentimiento.

4. La sociología después de Comte: Después de Comte la noción de sociología fue acogida con favor creciente por el espíritu científico, desde luego, en Inglaterra y en los Estados Unidos, y después en la Europa continental; pero experimentó una transformación completa bajo la influencia del espíritu evolucionista, de los estudios etnográficos y de las investigaciones prehistóricas.

La filosofía de la evolución, diseñada por los idealistas alemanes, por los discípulos de Shelling y de Hegel, y llevada hasta sus consecuencias extremas por Herbert Spencer, acostumbró a los espíritus a buscar variaciones sociales mucho más amplias. Se concedió mayor importancia

al fenómeno de las sociedades animales. Se inquirió con Darwin el secreto de la aparición de las transformaciones de las cualidades morales del hombre en sociedad.

En la segunda mitad del siglo XIX los estudios etnográficos se multiplicaron en todos los países habitados por europeos. Por último, el concurso de la arqueología escandinávica y helvética y de la geología francesa dio origen a la paleontología, entre cuyos cultivadores se distingue principalmente el francés Broca.

La gran diferencia entre esta faz de la sociología y la anterior consiste en la preponderancia de los estudios sobre la génesis de la familia y la división del trabajo. A esto contribuyó el alemán Bachofen, que en 1861 publicó el *Derecho maternal* donde resume todos los hechos históricos y los datos etnográficos que permiten dudar de las conclusiones admitidas por la teoría patriarcal; el anglo-australiano Mac Lennan (1865) y el americano Lewis H. Morgan, que esclarecieron el mismo tema del origen y de la constitución de la familia primitiva.

La idea de la división progresiva del trabajo social fue expuesta principalmente en los *Principios de Sociología* de Herbert Spencer (1881). Este estudio sobre la cooperación se complica con una hipótesis gratuita sobre la sociedad militar y su decaimiento, tesis que otros sociólogos de la misma y otras escuelas han tratado desde un punto de vista más objetivo.

5. Clasificación de las doctrinas sociológicas: En el estado de la ciencia, que acaba de bosquejarse, cabe clasificar las doctrinas sociológicas en grupos distintos del punto de vista de su desenvolvimiento por sistemas.

Tomando como base de esta clasificación el fenómeno fundamental, propio, *mínimo* de las doctrinas aisladas integrado con el *grado de independencia* que cada sistema sociológico atribuye a la ciencia respecto de otras, se tiene el cuadro siguiente:

- Doctrinas basadas en la Psicología individual y colectiva;
- Doctrinas basadas en la Física y en las Ciencias Naturales: mecánica, etnografía-antropológica, geografía;
- Doctrinas basadas en la Biología;
- Doctrinas basadas en las ciencias sociales: economía política, estadística, derecho, política-ética, religión-ética.

Con esta clasificación, no se supera la grave dificultad de poner orden donde reina la mayor confusión de métodos y de criterios sobre el objeto y fin de la ciencia. En todo caso, cuando se presente una doctrina que participe de dos o más caracteres, ocurre clasificarla según su peculiaridad más importante y aparente.

El materialismo histórico no entra en este cuadro ni en el de la filosofía de la historia. Púdesela considerar más bien, como una ley sociológica o como un canon de crítica histórica.

6. Sociopsicología (Psicología individual y colectiva): Augusto Comte, considerado con razón como el fundador de sociología moderna, sin reconocer en teoría gran importancia a la psicología, en la práctica, sin embargo, fundó sobre ella el edificio de su sistema.

Los antiguos, según Comte, creían inconciliable el orden y el progreso. La civilización moderna ha hecho de ambos dos condiciones de todo sistema político: las clases sociales adoptan una y otra de estas direcciones según que sientan la necesidad de la conservación o del adelanto.

La filosofía metafísica y teológica se ha mostrado impotente para organizar la sociedad y se ha hecho necesario volver la vista a otra filosofía más científica, que es la filosofía positiva. Por este camino la política tomará un aspecto homogéneo y racional. En primer lugar, hará apreciar exactamente la naturaleza de las cuestiones sociales y consolidará el orden social por el conocimiento producido por las leyes de los fenómenos sociales. En cuanto al progreso, el espíritu positivo se identifica con esa idea, que precisamente ha hecho surgir, y respecto del progreso más especialmente político, dicho espíritu lo ayuda, porque no tiende como el espíritu revolucionario a la ascensión de las clases inferiores, sino a mejorar las condiciones de cada clase sin separar a sus miembros.

No hay orden ni acuerdo posible sin subordinación de los fenómenos sociales a las leyes naturales, y precisa, por tanto, fijar la materia y carácter de estas leyes, de donde resulta considerar separadamente el estado estático y el estado dinámico, distinguiendo en todo sistema político el estudio de las condiciones de existencia de la sociedad y el de las leyes de su movimiento. El estudio estático del organismo social debe coincidir con la teoría del orden y el estudio dinámico de la vida colectiva, con la teoría del progreso. El principio de las relaciones que existen entre las instituciones y el estado de civilización correspondiente consiste en la armonía que tiende a establecerse entre el conjunto y las partes del sistema

social: el legislador no puede romper esta armonía. La noción del consentimiento es por consiguiente propia del organismo social. De esta noción se deduce que del punto de vista del método los fenómenos sociales no pueden separarse; esto para la sociología estática. En cuanto a la dinámica, ocurre al contrario comenzar por el estudio analítico de los impulsos individuales, que son los elementos de progreso de la especie humana. La dinámica social estudia las leyes de la sucesión; la estática determina las de la coexistencia.

En el curso de la aparición de los diversos aspectos del movimiento: físico, moral, intelectual y político, se verifican las leyes de la *solidaridad social*, siendo fácil constatar en el progreso de esos mismos aspectos del movimiento de la humanidad un orden determinado.

La solidaridad subsiste en el movimiento, sin lo cual acabaría por determinar, como en mecánica, la descomposición del sistema; al estudio dinámico de la sociología debe permanecer extraña la cuestión finalista del perfeccionamiento humano.

Para estudiar el orden social, o la estática, deben apreciarse las condiciones de existencia relativa, primero al individuo, después a la familia, y, por último a la sociedad. La superioridad del organismo humano resulta de la mayor especialización de las funciones, lo cual en biología marca un progreso: la cooperación de esfuerzos y la división del trabajo son la base de toda sociedad compleja. De esta manera Comte busca las condiciones de la solidaridad, en la naturaleza orgánica y emocional del individuo y en la reciprocidad de las necesidades y ocupaciones.

El progreso humano se reanuda con la evolución animal, de la que es el desenvolvimiento más elevado. La dirección de la vida social es la conservación del individuo: la velocidad de la evolución depende, no solo de las condiciones del organismo humano, sino también del ambiente en que se desarrolla. El elemento preponderante en este proceso es el intelectual; este punto de vista ha dominado en el estudio estático del organismo social y debe con mayor razón dominar en la dinámica.

Comte, por último, pretendió formular las conclusiones de la dinámica social, subordinándola a la ley de los tres estados. La historia humana está dominada por la historia del espíritu humano: esta se desarrolla con aquella ley. Los tres estados son los grados por donde pasa el

intelecto en sus especulaciones en sentido teológico, metafísico y positivo. Este progreso se realiza en la evolución de toda ciencia⁵⁶.

Carle, que ha dado desarrollo orgánico a la teoría psicológica, reduciéndola especialmente al estudio del fenómeno jurídico, admite la posibilidad de grandes leyes sociales regulares, las que, sin embargo, no demuestran que el individuo sea un instrumento irresponsable del ambiente que lo circunda, sino que, en la mayoría de los casos, prevalecen las condiciones naturales y desaparecen las excepciones en presencia de las leyes y reglas constantes: la libertad humana ante una manifestación de las leyes sociales se acrecienta, porque aprende a obedecerlas voluntariamente⁵⁷.

La sociología de Ward es una concepción estrictamente psicológica. El motivo de toda acción es el sentimiento de egoísmo o altruismo. La sociología tiende al conocimiento de las leyes naturales: su objeto práctico es la organización del sentimiento, porque este es el director de la acción. Su problema social es regir, dirigir estas fuerzas sociales: el mayor progreso no consiste en imitar a la naturaleza, sino en modificarla en provecho del hombre⁵⁸.

La teoría socio-psicológica más completa y original la ha formulado Tarde.

Las transformaciones sociales no se desenvuelven al capricho de un gran nombre, sino por la aparición de una gran idea, que Tarde llama de invención o descubrimiento. La ciencia social se une a la sociología animal como la especie al género. Para que sea posible una ciencia es necesario que haya similitud y repetición que permitan la medida, condición de la ciencia. La ciencia tiene por objeto el estudio de los hechos similares, múltiples, reunidos por la historia; la filosofía social se ocupa de los hechos desemejantes y nuevos.

Todo objeto social tiende a expandirse en su ambiente. Según Tarde, la ciencia no está constituida por la facultad de previsión, sino por la previsión condicional, en el sentido de que dado un foco de rayos imitativos, se puede aproximadamente prever como se desarrollaban en caso de no intervenir otras interferencias. La imitación social tiene analogías y diferencias

⁵⁶ El programa de filosofía positiva fue publicado en 1826. Las obras más particularmente sociológicas de A. Comte son, por orden de fechas; *Opuscules de philosophie sociale, 1819-1828*; *Cours de philosophie positive, 1800-1814*; *Discours sur l'esforit positif, 1844*; *Système de politique positive ou Traité de sociologie instituant la Religion de l'Humanité, 1851*.

⁵⁷ Saggi di filosofia sociale, 1875.

⁵⁸ Outlines of Sociology, 1878; Sociologie pure, trad., 1902-1906.

con las de los demás campos físicos y orgánicos y constituye el hecho mínimo o característico de la sociología. En seguida estudia y formula Tarde las leyes de la imitación y su proceso.

La segunda parte de la teoría de Tarde se refiere a la fuerza antagónica de la imitación, y la tercera es la conciliación de las fuerzas de imitación y oposición en una forma lógica. Para dar completo desarrollo a su teoría, Tarde la aplica a los estudios de los fenómenos sociales aislados, tales como el lenguaje, la moda, la religión, el arte⁵⁹.

La teoría de Bascon⁶⁰ está basada igualmente sobre la característica espiritual de los hechos sociales que son condición y fundamento de los hechos físicos. La sociología es una investigación de las condiciones o leyes de combinación y crecimiento de la sociedad: el cambio es retroceso o progreso, faz una de crecimiento, de decrecimiento la otra; su dificultad no está en la complejidad sino en la espiritualidad de los hechos sociales; por lo cual la sociología debe llamarse con más propiedad filosofía que ciencia social.

Xenopol⁶¹ sigue la teoría de la evolución: la materia orgánica se distingue de la materia bruta porque se incorpora en forma de sustancia individual, y los individuos tienen la propiedad de reaccionar contra la acción de las fuerzas de la naturaleza. La sociedad, por eso, puede definirse como la reunión de organismos con centros de reacción; la evolución se manifiesta de modo diverso en los tres reinos de la naturaleza.

Lagresille⁶² y Allievo⁶³ formulan teorías análogas. El primero modifica la teoría de las ideas de Platón, haciéndola servir de base a la noción de sociedad: no se puede extraer una noción-idea si no de una existencia-idea; la idea dirige al mundo y a la sociedad; esta es una comunión de individuos y existe como relación entre los individuos y las cosas ambientes: las cosas son relaciones y funciones del alma. Para Allievo la ley que preside al desenvolvimiento sucesivo del fenómeno social es la causalidad propia de las personas.

El tránsito de la sociología basada en la psicología individual a la fundada sobre la psicología colectiva se efectúa con las teorías que admiten un alma colectiva especial y propia o que admitiendo también su existencia, la consideran análoga al alma individual.

⁵⁹ Les lois de l'imitation, 1895; les lois sociales, 1899.

⁶⁰ Sociology, 1898.

⁶¹ Les principes fondamentaux d'histoire, 1899.

⁶² Vues contemporaines de sociologie et de morale sociale, 1899.

⁶³ Saggio di una introduzione alle scienze sociali, 1899.

La asociación, dice Izoulet⁶⁴ es único refugio del hombre en la miseria de su existencia; la unión, el acuerdo, la solidaridad son su salud y la ciudad su nido. El gran problema social es el equilibrio de los elegidos y de la multitud en la ciudad. Las ideas de evolución, metamorfosis, leyes, tipo, la capacidad de atención, el sentido científico, la razón, son productos de la asociación y de la división del trabajo; el contenido de la razón, del sentido social científico, industrial, ideal y sus productos son sociales.

Según Le Bon la raza tiene un alma que es producto de la herencia de los antecesores, después de los progenitores y por último del medio ambiente; esto constituye el carácter de un pueblo, de una nación, que es casi permanente en el sentido que evoluciona lentísimamente. El carácter es la verdadera base fundamental psicológica de la raza; en el fondo es la moral, esto es el respeto constante a las reglas del vivir social.

Tönnies⁶⁵ se apoya de preferencia en las relaciones entre el individuo y la sociedad. El acuerdo social de los hombres no puede ser comprendido sino desde el punto de vista psicológico: la voluntad social y el cuerpo social son un todo del que forman parte los individuos racionales: el todo existe antes que las partes [comunidad] está compuesta de estas [sociedad]. Las formas embrionarias de comunidad provienen del amor materno, sexual y fraternal; el acto social elemental consiste en el acto del *cambio* entre individuos diversos por sangre y, por esto; extraños, enemigos: la teoría de la comunidad es por lo tanto una clasificación genética de las formas de comunidad (casa, aldea, ciudad, etc.); la de la sociedad es una concepción económica de cambio de dinero.

Con De Roberty⁶⁶ se encuentra una teoría sociológica basada en la moral que, de esta manera, es considerada como sociología elemental, la que a su vez se funda en una hipótesis de psicología colectiva. La moralidad es la sociabilidad; pero la sociabilidad es de alguna manera la realización progresiva de la vida, del gran dominio orgánico, y por esta razón del universo entero. La sociología y la ética se fundan en la idea de que el hombre representa la conciencia, el alma del universo y esta concepción, corolario de la ley de conservación o de identidad, debe formar la regla suprema de toda moral.

⁶⁴ La cité moderne. Methaphysique de la sociologie, 1901.

⁶⁵ Notions fondamentales de sociologie pure, 1900.

⁶⁶ La sociologie. Essai de philosophie sociologique, 1893. L'Étiquette, 1895-1900.

Giddings⁶⁷ ha desarrollado una teoría orgánica de la sociedad sobre los principios de la psicología social.

La teoría de Fairbanks⁶⁸ es la siguiente: el grupo como el individuo están sujetos la ley de la selección natural y de la supervivencia de los más aptos; el individuo existe en sociedad y debe reconocer su dependencia mental de la vida psíquica del grupo de que es miembro; la unidad acciona y reacciona entre los dos; la sociedad mantiene en esta unidad el equilibrio, que es la vida; la mente individual y el medio se determinan recíprocamente y se separan artificialmente por el análisis; los fenómenos sociales que se mantienen en la naturaleza son absolutamente psíquicos en sus caracteres: el desarrollo de la sociedad y de la razón; el orden natural que la sociología estudia está, en el campo de la vida psíquica.

Los postulados de la sociología, basada en la psicología individual y colectiva, o de la socio-psicología, son:

- a. *La sociedad como hecho psicológico individual*, que implica la analogía de la sociedad con la psiquis individual, analogía que no existe.
- b. *La sociedad como hecho psicológico colectivo*, que entendido en el sentido de la psiquis colectiva producto de la sociedad (psiquismo colectivo) se concreta en el individuo, constituyendo la verdadera base especial de la sociología.

7. Sociología mecánica: Con H. Spencer (1820-1903)⁶⁹ puede decirse que apareció el primer sistema de sociología cósmica y mecánica que considera a la sociedad como el término final de la evolución de todo el universo y el producto más elevado y complejo de la acción de las leyes universales.

La teoría de la evolución spenceriana está basada sobre la generalización y aplicación del principio físico de la indestructibilidad de la materia, de la persistencia de la fuerza, de la dirección y ritmo del movimiento, de la integración de la materia y de la diferenciación de la forma. Según Giddings, la sociología formada por Spencer y los autores que han obedecido a sus influencias, es "ante todo una filosofía física de la sociedad, no obstante su amplio uso de los datos biológicos y psicológicos". Siguiendo con extrema fidelidad el principio de la continuidad de la evolución, Spencer no ha señalado netamente el punto de separación de los

⁶⁷ Principles of sociology, 1893.

⁶⁸ A Introduction to sociology, 1898.

⁶⁹ System of Syntetic Phylosophy, 1860. First Principles, 1862. The Principles of sociology, 1877.

fenómenos biológicos y psicológicos y de los fenómenos sociales, no obstante lo cual, como última consecuencia, ha diseñado la demostración que faltaba de la autonomía e independencia de la sociología y de su derecho de existir: la continuidad de los seres y de su evolución no excluye sus propiedades especiales.

Los factores de los fenómenos sociales son individuales y naturales, esto es intrínsecos y extrínsecos: los extrínsecos están constituidos por el clima, la superficie, la flora y la fauna; los intrínsecos por los caracteres físicos, el sentimiento y la inteligencia.

La sociología, continúa Spencer, partiendo de estas nociones respecto de los individuos y de las circunstancias físicas y sociales, trata de explicar los fenómenos que resultan de su acción combinada, en el orden de su complicación.

La sociedad es un organismo como el cuerpo de un animal, y su progreso consiste en la aplicación y armonía creciente de sus funciones; pero el organismo es un todo concreto y la sociedad un todo difuso, asimétrico y no simétrico, sensitivo en toda su unidad, en vez de tener un solo centro sensitivo, y no se parangona a ningún tipo particular de organismo animal o vegetal. De esa manera Spencer, contradiciéndose, de una sociología mecánica concluye con la teleológica y recurre a la analogía biológica, sin ilustrar mejor, a pesar de esto, el movimiento complejo de todos los fenómenos sociales.

La experiencia nos muestra sociedades humanas en grados extremadamente diferentes de desarrollo: aquí como en todo orden el grado de evolución se mide por la concentración, la diferenciación y la determinación. Pero hay una oposición que se coloca en primera línea del punto de vista ético no menos que del punto de vista sociológico, y es la oposición del militarismo y del industrialismo. Reina el primero de estos dos tipos de la sociedad, en los grados inferiores y cede poco a poco su lugar, pero lentamente y después de muchas oscilaciones, al segundo. Concíbese además un tercer tipo superior de la vida humana, en que la libre ocupación en los trabajos que procuran una satisfacción inmediata, y no son exclusivamente medios de existencia, conseguirán lugar más grande que en la actualidad. Esta clasificación de Spencer es consecuencia de un sistema filosófico, más bien que social; teórico, más que práctico.

Corresponde a la ética, y no a la sociología, desarrollar en su detalle lo que encierra ese tipo superior de vida humana.

La doctrina de la evolución aplicada a los fenómenos sociales tuvo largo séquito de adherentes que sin embargo, poco o nada agregaron a la obra de Spencer.

Fiske⁷⁰ constata la acción de la evolución en todo el cosmos y concluye también que los fenómenos sociales están sujetos a esa ley. Una ley comprensiva en grado suficiente para formar las bases de la sociología debe ser eminentemente abstracta y puede encontrarse considerando solamente las características más generales de los cambios sociales: estos cambios, que van de lo peor a un estado mejor, constituyen las fases del progreso.

Misner⁷¹ también quiere encontrar los principios de la sociología, no en la teología ni en la metafísica, sino en las leyes naturales. Sales y Ferré⁷² es así mismo sociólogo mecánico-evolucionista.

Además de esta primera dirección evolucionista, aunque también biológica, la sociología spenceriana recibió otra puramente mecánica que consiste en la aplicación de las leyes físicas al desarrollo de la sociedad. Esta dirección se aplicó especialmente a la economía política con Carey, Pareto y Winiarski. Los fenómenos sociales, según estos dos últimos, son el resultado de la elección individual guiada por el criterio del máximo placer y de la mayor utilidad conseguida con el mínimo esfuerzo; la sociología pura es el estudio del *homo sociologicus*, como la economía política es el estudio del *homo economicus*: el hombre, en suma, es la medida de todo.

Si este antropocentrismo es admisible en economías, que es la ciencia de la utilidad humana y tienen por único objetivo al hombre, no es necesario ni aceptable en sociología, cuyo objetivo es la sociedad entera con su grandísima complejidad de fenómenos y de fines.

Además el antropocentrismo económico es inconciliable con el mecanismo cósmico.

Por último, De Marinis, inspirándose directamente de Spencer, ha repetido el desenvolvimiento de la vasta idea de una concepción natural del mundo social.

⁷⁰ Outlines of Cosmic Phylosophy base on the doctrine of evolution with criticism on the positive Phylosophy, 1874.

⁷¹ Principes sociologiques, 1880.

⁷² Tratado de sociología, 1889.

La sociología mecánica está basada en tres postulados:

- a) *Monismo*, que tiene su origen y razón de ser en la unidad del cosmos, y en la necesidad del intelecto humano de representarse las cosas en unidad, y de correlacionar imprescindiblemente la unidad del universo y la de la mente humana.
- b) *Mecanismo*, que si es admisible en el sentido más general -que implica necesidad de las leyes naturales y ausencia de finalidad- no es bastante a explicar la evolución social por la analogía mecánica, especialmente cuando se concibe la continuidad de los fenómenos del Universo como identidad.
- c) *Antropocentrismo*, error en el cual se encuentra un obstáculo al descubrimiento del misterio de los problemas del Universo contemplado con relación al hombre.

8. Sociología etno-antropológica: La aplicación de la antropología a la ciencia política y social ha dado origen a la antropro-sociología, en que se distinguen dos tendencias; la etnológica y la antropológica.

En la primera dirección, Letourneau⁷³ limitándose a acopiar hechos no desarrolló teoría alguna.

Gumplowicz⁷⁴ dio amplio y completo desenvolvimiento a esta tendencia que constituye expresamente la base de su sistema sociológico. Los fenómenos sociales tienen su origen en la cooperación de una pluralidad de hombres y consisten en relaciones de toda especie (económica, jurídica y política) entre los hombres: su característica es que la pluralidad de los hombres constituye la condición preliminar e indispensable de su existencia. La cuestión de la existencia de la sociología es conexas con la definición de la ley social. Si en el campo social encontramos fenómenos que coexisten y se suceden siempre bajo la misma forma, esa uniformidad descansa sobre una ley del mismo género. Y como el espíritu del hombre está sometido a las mismas leyes naturales y los fenómenos intelectuales no son más que emanación de la materia y reflejo de esas leyes naturales, el monismo debe prevalecer en el campo social, a condición sin embargo de demostrar previamente la existencia de leyes universales que regulen todo los fenómenos. Gumplowicz busca estas leyes, no en una esfera superior de abstracción, sino en el campo de las modalidades de la existencia que comprende la especialidad de los tres dominios, psíquicos, intelectual y social.

⁷³ Grundriss der sociologie, 1885.

⁷⁴ L'antropologie d'après l'ethnographie, 1892.

Las leyes naturales aplicables a todos los fenómenos particulares toman formas y modalidades específicas: en este sentido puede decirse que existen leyes sociales más numerosas que las demás, por la diversidad de las condiciones etno-sociales. Los fenómenos sociales son las situaciones que se producen por la cooperación de los grupos humanos y de las comunidades elementales que constituyen los elementos sociales; la sociología debe estudiar el origen social de todos esos fenómenos y las leyes de su desarrollo, y puesto que el substratum de todos los fenómenos sociales es el hombre, la sociología puede llamarse el estudio de la humanidad.

El proceso social se ha iniciado en el momento del contacto de dos grupos sociales heterogéneos que luchan y se compenetran en su esfera de acción. La teoría de Gumplowicz está fundada por esto en la lucha de razas.

El juego de las fuerzas sociales se funda, por consiguiente, en la heterogeneidad de los grupos étnicos, teniendo como actores del proceso histórico, los elementos sociales (grupos homogéneos) y sujetándose a las leyes sociales. Así se explica el origen de toda forma de comunidad. La formación de clases y funciones en el Estado, que es un fenómeno social como las otras comunidades, enseña que también constituye una característica de la lucha social la tendencia al dominio, que una de las diversas interpretaciones sociales de la lucha por la vida, sobre la que se basa la filosofía individualista de Nietzsche. Concíbese de esa manera el Estado como lucha de clases.

Los hechos sociales, por último, se observan desde un punto de vista individualista o colectivista. El grupo es el origen de la idea del individuo y las concepciones del grupo son emanaciones de su interés en la vida, las cuales producen las correspondientes concepciones y principios relativos a todos los fenómenos de la vida. El tipo que da caracteres y fuerzas al grupo es el tipo moral, basado, sin embargo, y a pesar de ello, sobre una estructura económica determinada que da origen a las clases sociales y por allí a los tipos.

La moral es la convicción inculcada por el grupo en el individuo. La moral de la colectividad se encuentra frecuentemente en contraste con la del individuo y el Estado debe conciliarlas. La moral es un producto natural; en el tiempo solo cambia de forma. En su esencia es una como lo es también la naturaleza que opera; la diferencia de los tipos de moral se debe al hecho de que los pueblos no tienen aún el mismo conocimiento de los hechos naturales.

Otra tendencia más propiamente antropeida de la sociología toma consistencia con Lapouge⁷⁵. Este cree que el dominio del seleccionismo es limitado en zoología y Botánica, pero ilimitado en sociología, porque poco a poco el medio social en la sociedad humana adquiere mayor influencia que el medio natural. Entre las leyes antropológicas observadas hay una serie correlativa a los fenómenos sociales.

Ammon⁷⁶ se propone, por su parte, la tarea de hacer fecundas del punto de vista sociológico todas las leyes naturales.

El principio que sirve a ese sociólogo es la idea darwiniana del interés de la especie, cuya expresión social es el compañerismo animal, el gregarismo o pecorismo. La moral humana no es más que un grado superior de la moral animal. La sociología humana no es también más que gregarismo.

Folkmar⁷⁷, partiendo de la teoría antropológica ha diseñado sus consecuencias, no solo en el orden social exterior, sino que ha llegado a consideraciones de orden filosófico y moral en su antropología filosófica.

Los postulados de la sociología basada en la antropología y la etnología son:

- a. La raza como hecho psicológico, que se ha demostrado ser falso e insostenible con razones de orden antropológico, psicológico y sociológico.
- b. La lucha por la existencia como ley de la sociedad humana, que comprendida en el sentido propio de Darwin constituye una de las leyes mejor conocidas y más activas de la evolución social.

9. Sociología geográfica: La influencia del pensamiento sociológico se manifestó pronto en la geografía, dando origen a una nueva dirección o doctrina sociológica que se llama diversamente geografía social, socio geografía y antropogeografía.

Demolins⁷⁸, ha aplicado los principios de la sociogeografía al estudio de muchos grandes pueblos y a la explicación de los diferentes tipos sociales. También la raza es un efecto del

⁷⁵ Les sélections sociales, 1896.

⁷⁶ Les bases naturelles de l'ordre social, 1896, traducido en 1900.

⁷⁷ Legons d'anthropologie philosophique, 1900.

⁷⁸ Les grandes routes des peuples, etc., 1886.

medio geográfico y su variedad debe ser el producto de otras causas que se buscan estudiando los caminos que los pueblos han seguido en sus emigraciones. Cambiando o modificando esos caminos, la producción, el género de trabajo, el tipo social acaban también por modificarse: la geografía es el hecho primordial de la constitución de la sociedad humana. Demolins, con este criterio trata de explicar y reconstituir los tipos sociales de los pueblos más antiguos. El camino de la estepa ha producido el tipo social más sencillo y por tanto primitivo y elemental de la humanidad, uno de aquellos tipos que Demolins llama "sin historia". La explicación socio geográfica abarca también a los tipos sociales contemporáneos.

Ratzel⁷⁹ ha tratado de dar base científica a esta tendencia antro-po-geográfica, como prefiere llamarla, desarrollando una teoría completa y fundamental sobre este primer principio: "la Humanidad es un pedazo de la Tierra".

El hombre no puede ser estudiado ni comprendido sino en relación con el suelo, porque cada miembro de una sociedad sería unidad autónoma capaz de bastarse a sí mismo y no existiría ningún vínculo entre ellos sino fuese el del suelo. La geografía política tiene por objeto todo lo que en la vida social se puede expresar territorialmente.

Los vínculos sociales que se originan en el suelo son físicos, porque el territorio tiene próximos a los individuos, de donde nace la tendencia de hacer del suelo la base de la organización política, y morales, esto es comunidad de necesidades, de intereses, de ideales que depende de la vida material en común. El territorio, es pues un factor activo; ninguna sociedad es pensable sin una parte de territorio a que referirse.

La relación de la sociedad con el suelo está condicionada por la necesidad de habitación y alimentación. La función de los diversos factores geográficos está constituida por el lugar y la extensión. El postulado de la sociología basada en la geografía es: *El medio físico es el factor de los fenómenos sociales*, que puede ser verdadero cuando más en ciertos estados de civilización y en determinadas condiciones, pero que no puede de ningún modo ser materia de ley general, de postulado sociológico.

10. La sociología bio-analógica: Entre las direcciones analógicas de la sociología, la más difusa es indudablemente la fundada en la biología.

⁷⁹ Politische Geographie, 1897.

Uno de los primeros sociólogos que desarrolló este sistema completo de doctrina, la sociología biológica, es Scháffle⁸⁰. La sociedad bajo el aspecto de la evolución, de la disolución, de la constitución y de la vida, es semejante a los sistemas de la naturaleza orgánica e inorgánica, de la que difiere solo por gradación y no por sustancia; así pasa también con los fenómenos de la adaptación y los fenómenos rítmicos (acción y reacción). El cuerpo social es un todo de masa orgánica, inorgánica y espiritual, de impulsiones físicas y psicofísicas cuyos correlectivos se encuentran ya en el reino pre social de la materia y de la fuerza; estos movimientos son en dirección de la resistencia mínima. La sociedad es, en suma, no la contraposición, sino el más alto grado del mundo inorgánico, orgánico y espiritual.

El hombre está dotado de fuerzas especiales vivas, conocidas con el nombre de espíritu que hacen posible una relación recíproca ideal y real de los individuos y de la especie humana entre sí y con todo el complejo de las fuerzas naturales; el hombre aparece en suma como un ser social desde el principio.

Por esto, la sociología presupone la biología y la psicología individual, si bien las fuerzas físicas son consideradas por el sociólogo, principalmente, en la forma de penetración en el mundo social como necesidades exteriores y fuerzas personales.

El cuerpo social en su sustancia patrimonial comprende solamente materia y fuerza de la naturaleza orgánica e inorgánica; y esto es común con el cuerpo animal, pero en aquel hay manifestaciones nuevas y propias. El patrimonio social se muestra más compacto y generalizado en la sustancia orgánica; los elementos activos transmisores de la vida social son los individuos que se agrupan en la familia, que es unidad vegetativa que se nutre y reproduce. De la familia se desarrollan los primeros tejidos sociales fundamentales y otros nuevos hasta el de la sociabilidad. Los órganos de la sociedad se desarrollan con la combinación de los tejidos e instituciones personales más simples.

La sociedad tiene funciones propias y la sustancia especial del cuerpo social se compone de personas (poblaciones) y bienes (patrimonio social). Todo esto muestra que el hombre por naturaleza es un ser sociable.

La tendencia a la unidad está impresa en el hombre y sirve para mantener a los individuos en sociedad. Las manifestaciones individuales del espíritu vuelven a la sociedad como

⁸⁰ *Struttura e vita del corpo sociale*, 1881, traducido del alemán en 1878.

manifestaciones colectivas espirituales que, aunque producto de la actividad individual, son propias de la sociedad: la psicología social es pues posible. Schäffle discute en seguida los principios fundamentales de esa psicología sobre la base de que la conciencia individual es una síntesis de las condiciones internas y una relación entre ellas y que la conciencia social es también una coordinación de las combinaciones internas. Esta coordinación no permanece inmutable. En sus modificaciones intervienen tres facultades del espíritu. Las acciones sociales que no excitan la conciencia colectiva provienen de los hábitos y la costumbre asegurados por las leyes de inercia y de persistencia. Los elementos del cuerpo humano tienen necesidad de modificarse con intervención de órdenes superiores de coordinación; los elementos de la sociedad son capaces también de modificarse en relación de la complejidad de su estructura y funciones y dentro de ciertos límites de vitalidad social que son muy amplios.

Examinando la naturaleza humana en sus hechos elementales y en el complejo de sus sistemas de órganos y funciones, representa un ordenamiento nuevo en una coordinación más espiritual. Por este elemento de los fenómenos sociales, no es posible una concordancia absoluta entre la biología y la sociología; pero la clasificación de los fenómenos sociales concuerda con la biológica de los órganos y funciones en orden vegetativo y animal, en las funciones de la conservación propia y de la reproducción. Schäffle, por esto no llega a libertarse de la analogía biológica que se lleva, a veces, hasta el absurdo.

Según Lilienfeld⁸¹ toda sociedad humana está formada de sistema nervioso y de sustancia intercelular que representa todos los productos de consumo. Los problemas de la sociología son el descubrimiento de las leyes necesarias e inmutables a que el hombre no puede sustraerse: la ley genética social por excelencia consiste en que cada individuo recorra en su vida la de la humanidad. El hombre en sociedad está rodeado por tres esferas: económica, jurídica, y política.

Existen leyes progresivas para cada uno de estos fenómenos y leyes comunes a las tres esferas: concentración más intensa de acciones con diferenciación de fuerza más especializada. Los fenómenos sociales se pueden clasificar en relación con las fuerzas de la naturaleza orgánica. Estas leyes sufren modificaciones por el medio y los factores físicos y psíquicos. Hay dos especies de evolución: intensiva y extensiva, cuya alternabilidad preside a

⁸¹ Obra principal en ruso. 1872, completada en Alemania 1873-1881.

la evolución de la naturaleza orgánica: la primera es crecimiento en cantidad, la segunda en calidad. El primer factor que constituye toda asociación humana es el sistema nervioso, y la secundaria sustancia intercelular. La concepción del organismo social de Lilienfeld es idéntica a la del organismo biológico. Ese sociólogo es, pues, el representante extremo de la dirección biológica en sociología, pues no se sirve de la analogía biológica únicamente como ayuda metódica, sino para explicar la esencia misma de su doctrina. Los polos alrededor de los que gira toda evolución social son la individualidad y solidaridad. La sociología positiva concibiendo a la sociedad como organismo real dotado de sistema nervioso y sustancia intercelular constituye un dominio intermedio entre la biología y la teología. La teología como ciencia tiene por objeto las relaciones entre el hombre y lo absoluto, lo que constituye una sociología metafísica, mientras que la positiva es concreta.

La desviación del estado normal del desarrollo progresivo⁸² de la sociedad produce estados patológicos que implican una aberración respecto del tiempo, al lugar y a la energía de acción de las células. Cuando la conciencia social se oscurece, se determina el estado patológico y después la muerte. Las enfermedades del sistema nervioso social son análogas a las del organismo. Lilienfeld describe analógicamente esas enfermedades y sus medios terapéuticos y concluye que los males que sufre la sociedad moderna están en el individuo mismo y consisten en un desequilibrio de este mismo y entre el individuo y la sociedad que solo podrá destruir la conciliación de la ciencia con la religión.

También para Bordier⁸³ las sociedades son seres vivientes y su estudio es una rama de la historia natural. Con el método natural biológico, muestra la formación de la sociedad y construye su sociología.

Small y Vincent⁸⁴ consideran la sociología como basada sobre la fórmula que la sociedad es un organismo viviente activo, compuesta de partes heterogéneas que cooperen entre sí y cuya cooperación constituye la vida de dicho organismo. La analogía biológica debe tomarse en el sentido de que son análogas únicamente ciertas relaciones de la sociedad y del organismo fisiológico: así la fuerza social vital no es una fuerza biológica sino psíquica. Con esto Small y Vincent declaran implícitamente que era innecesario establecer como principio la analogía biológica de la sociedad.

⁸² La pathologie sociale, 1896.

⁸³ La vie des sociétés. 1887.

⁸⁴ An introduction to the study of Society, 1894.

Worms⁸⁵ pretende que para describir la estructura y la vida de una sociedad con su semejanza, con la estructura y la vida orgánica, es necesario proceder a la comparación de los diversos organismos y aun cuando sean distintos unos de otros. En suma los hechos presentados por una sociedad recuerdan casi siempre los hechos orgánicos, pero nunca los hechos presentados exclusivamente por un organismo social especial excluyen a todos los demás. La analogía entendida así, no es más que un hilo conductor para facilitar las investigaciones sociológicas, perdiendo grandísima parte de su importancia.

El postulado de la sociología basada en la biología es: *La sociedad es análoga al organismo biológico*, lo cual es falso en cuanto a la estructura y en cuanto a las funciones del organismo y de la sociedad.

11. Sociología basada en las ciencias sociales: La escuela de Le Play es contraria a las teorías biológicas y psicológicas, porque considera el hecho social como un hecho sui generis.

El estudio de la sociedad, según Le Play⁸⁶, debe comenzarse por el de la familia obrera que constituye la clase más numerosa y típica de la sociedad moderna fundada en el trabajo: ese tipo se encontrará con diversos métodos que son un medio seguro para un estudio verdadero y exclusivamente social de los fenómenos en sus instituciones económicas, jurídicas, etc.

La clasificación de los fenómenos sociales se basa en la existencia de dos órdenes de hechos, uno que determina la prosperidad, otro el sufrimiento social; y el criterio de salud se produce por la armonía y concurso de las células sociales que se manifiestan en la regularidad de las funciones. Ocurre después buscar con la inducción de determinación de las relaciones de causalidad entre los fenómenos.

La evolución histórica de la sociedad se considera por Le Play del punto de vista económico, porque "las principales transformaciones sociales se reanudan a los modos de producción del pan cotidiano".

La patología social, esto es el sufrimiento, no falta en ninguna edad, ni en ninguna sociedad, pero adquiere caracteres especiales.

⁸⁵ Organisme et société, 1896.

⁸⁶ Ouvriers européens (1855), 2da. ed. 1878.

Funck-Brentano⁸⁷ considera la ciencia social como el estudio práctico de la sociedad, reducido, sobre todo a la cuestión social que surge con la mutación de la clase dirigente. La sociedad en sí y el individuo aislado son mitos: deben ser solidarizados. La solidaridad social es consecuencia de la ley de la circulación de los valores.

Una de las teorías sociológicas más completamente basadas en la economía es la de Patten⁸⁸.

El ambiente de todo organismo, según este autor, es la suma de las condiciones económicas, y cambia con la variación de estas. Una evolución progresiva consiste en el poder de trasladarse de un ambiente a otro y evitar así la lucha de la competencia: el progreso continúa hasta donde sea posible el adaptamiento de un grupo a condiciones nuevas. La explicación del proceso de evolución depende de nuestro conocimiento de los tres grupos de hechos que constituyen la materia de la biología, de la psicología y de la economía. Sobre la teoría psicológica que sostiene Patten está basada su teoría de las fuerzas sociales. Para trazar el desenvolvimiento de estas se acude al conocimiento de las peculiaridades de la costra terrestre y entonces resultan dos oraciones de progreso: biológico que se debe a la lucha por la existencia en un ambiente dado: social que se debe a la necesidad de trasladarse de un ambiente a otro. Este desenvolvimiento de las fuerzas sociales depende de condiciones objetivas y subjetivas y la clase del cambio está en el mecanismo mental. También el conocimiento debe sufrir cambios que dependen del contenido del centro consciente, que es un producto de la actividad del centro de relaciones, y en esta progresión el adaptamiento está perturbado con el pasaje de un ambiente útil en otro: si una creencia de un ambiente es también útil en otro, sobrevive en la forma del ambiente originario.

Después de la economía del dolor se desarrolla la economía del placer que elimina las causas del dolor.

La raza humana es un período de transición de una economía a otra vía verdadera, la sociedad es una república social, cuyo fin es el bienestar de los individuos sustentado por cálculos consientes e impulsos sociales.

⁸⁷ La science sociale (Morale Politique), 1897.

⁸⁸ The theory of social forces, 1897.

El tipo de moral basado sobre la economía del dolor es la retribución: con la presencia de enemigos nace una forma especial de moral. Los motivos económicos se convierten en fuerza determinante desde que se remueven los males derivados de la economía del dolor.

La doctrina sociológica basada en la estadística y la demografía débese a Coste⁸⁹. Este admite que la sociedad es realidad *sui generis* con fenómenos propios. La sociología revisa, verifica y determina las condiciones sociales que son necesarias a las conclusiones de las ciencias sociales, políticas y morales: es por tanto independiente de la ideología y también de la biología.

La ley relativa a toda la evolución social es la ley del acrecentamiento y concentración de la población: la civilización nace donde existe densidad de población, de donde resulta la conquista comercial, militar, la unión, etc.

La población es el motor de la evolución: todos los fenómenos sociales están basados en ella, y Coste construye cuadros estadísticos, reglas, fórmulas a efecto de demostrarlo. Para encontrar la prueba de estos principios, preciso es volver la mirada a los pueblos, más por su sociabilidad que por su mentalidad. El estudio de la sociedad concreta es sociología especial o comparada; pero ocurre el estudio de la sociedad en su tipo universal y de esta nace la sociología abstracta. Coste se atiende solo a la sociología concreta.

Una de las tendencias más acentuadas en el campo de las doctrinas sociológicas basadas en las ciencias sociales es la jurídica, o, más propiamente dicho, contractualista.

Según Ardigo⁹⁰ la sociología es la ciencia que estudia las relaciones civiles y especialmente la formación natural de la justicia, característica principal y fuerza específica de la sociedad; aquella ciencia se reduciría por tanto a una filosofía del derecho, siendo así que el derecho ejercitado en la sociedad, aun cuando uno de sus funciones más importantes, no es más que un anillo de una larga cadena, y presupone siempre fenómenos sociales antecedentes y consiguientes.

⁸⁹ Principes d' une sociologie objective, 1899; Le experience des peuples et les prévisions que elle autorice, 1900.

⁹⁰ Sociología, 1879.

El carácter principal de la teoría sociológica de Fouillée es el contractualismo⁹¹; pero a esto llega mediante consideraciones basadas en la analogía biológica y en la teoría de la conciencia social.

Según De Greef⁹² el territorio y la población son las bases de la sociedad, la que por ser el organismo más reciente del mundo y del hombre se sirve de las leyes inorgánicas y orgánicas para salir a la superorgánica especial suya. La sociedad puede definirse como una forma más compleja, más amplia del desenvolvimiento vital mediante el adaptamiento a circunstancias internas o externas más complejas y de naturaleza especial mediante un propósito colectivo.

Los fenómenos sociales son interdependientes, pero el fenómeno fundamental es el económico. Lo que distingue al superorganismo social de los otros organismos es la relación contractual que encuentra su origen en la fuerza.

Durkheim ha desarrollado una doctrina difícil de clasificar en el cuadro de este estudio. Su método es objetivo o físico, análogo al de las ciencias del mundo inorgánico⁹³.

El individuo no experimenta la influencia del ambiente moral sino que asimilando las instituciones las individualiza, del mismo modo que cada individuo colorea según su psiquis propia los objetos del mundo externo: la característica de los hechos sociales está toda ella en el ascendente que estos ejercitan en las conciencias particulares.

En los hechos morales, y por tanto sociales, tratados con el método de las ciencias positivas, se busca la ley suprema de la formación y de la evolución de la sociedad humana, que es la ley de la división del trabajo. Desarrolla en seguida Durkheim la sociología fundada en las funciones morales, no económicas, de ese hecho. Esas funciones consisten, en la creación de una nueva forma de moralidad y no en la producción de bienes materiales.

Inspirándose Simmel⁹⁴ en el método objetivo de Durkheim ha llegado, sin embargo, independientemente a formar una teoría sociológica propia que es sin duda la más original de

⁹¹ La science sociale contemporaine, 1897; Le mouvement positiviste et la conception sociologique du monde, 1896; La psychologie du peuple français, 1898; Evolutionnisme des idées force; Phycologie des idées forces.

⁹² Introduction á la sociologie, 1886; Sociologie générale élémentaire, 1895; Les lois sociologiques, 1896.

⁹³ Les regles de la methode sociologique, 1895.

⁹⁴ De la división du travail social, 1893.

esta tendencia, hoy franca, de la sociología contemporánea, de convertirse en autónoma, abandonando las antiguas analogías mecánicas, biológicas y psicológicas.

La sociología para tener objeto propio debe limitarse al estudio de las formas, esto es de las fuerzas, de las relaciones, mediante las que se convierten los hombres en sociedad, y que *sensu strictissimu*, constituyen la sociedad, aun cuando el contenido sea el que determine la configuración especial de la sociedad. Esto se llama el estudio de las "funciones de la asociación y de sus infinitas formas".

Después de estas consideraciones de orden práctico y general venimos al estudio de los problemas particulares de la sociología, y antes que todo al diferenciamiento social. La ley de este es un principio teleológico que no puede suministrar una explicación realista de los hechos.

INTRODUCCIÓN PARA UN CURSO DE HISTORIA SOCIOLÓGICA

Carlos Wiese⁹⁵

La historia como proceso realizado o como realidad es lo *pasado*, y se significa con ella desde un hecho tal o cual (una ley, un libro, un motín, etc.) hasta el proceso entero de la humanidad sobre la tierra.

Como descripción de los hechos pasados (erudición), y aun crítica de las pruebas de esos hechos, la historia es meramente un trabajo documentario, un instrumento de investigaciones; constituye la experiencia reflexiva de la humanidad, pero no forma por ese título único una verdadera ciencia: solo llega a ese grado cuando se desprenden de los hechos las leyes sociales, es decir, cuando estudia *ad intellegendum*.

Cada una de las sociedades que han existido fue, a su manera, análoga a una entidad viviente; el historiador debe no solamente describirlas, sino explicar su vida, penetrando en el espíritu que ha engendrado el proceso histórico bajo las condiciones antecedentes de una herencia, de una tradición, de un ambiente y de una posición determinada. Para esto muestra también cómo funcionan los órganos con que han actuado las sociedades, dándonos a conocer su *cultura*, que comprende el equipo total, técnico, mecánico, mental y moral, mediante el cual el pueblo de un período dado trata de conseguir sus fines, y su *civilización*, que es la resultante de todos los esfuerzos de los individuos en promover tales fines.

Para realizar la labor explicativa de la generación de los hechos históricos, ya subordinados los unos a otros, ya independientes entre sí, el historiador sociólogo recurre a dos elementos fundamentales: los *caracteres nacionales* y lo *accidental histórico*.

Los caracteres nacionales comprenden la constitución, el temperamento y el carácter psíquico de un pueblo, y se forman y mantienen por tres grandes causas, que obran al efecto en sentido inverso: la *herencia* que fija la raza, la *adaptación al medio físico*, la *adaptación al medio moral y social*. El tiempo elimina poco a poco a los individuos menos adaptados para conservar de preferencia a los que se armonizan con las condiciones de vida en común, procediendo así por selección.

⁹⁵ *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 292-300.

Las dos primeras causas constituyen los *factores físicos* del carácter nacional; la tercera, el *factor psíquico y social*. A medida que un pueblo se acerca al tipo moderno, la acción del medio social se sobrepone a la del medio físico; los factores físicos tienden, más aún, a transformarse en factores sociales.

Estudiando ahora el resultado de la herencia, constatamos al examinar atentamente los grupos étnicos -llamados pueblos, naciones, tribus-, que se distinguen entre sí por su lengua, género de vida y costumbres; pero también que los mismos rasgos del tipo físico se encuentran en el seno de dos, tres o varios grupos étnicos a veces alejados en la superficie del globo. En el seno mismo de esos grupos notamos variaciones del tipo físico bastante acentuadas. Se da a esas unidades el nombre de *razas*, palabra que expresa un conjunto de caracteres somatológicos, que antes se encontraban en una reunión real de individuos y que hoy se han dispersado en fragmentos, en dosis visibles, entre diversos grupos étnicos.

Entre las particularidades físicas que quedaron como elementos permanentes, en la raza diferenciada, después de millares de variaciones en los tiempos terciarios y cuaternarios figuraban: los cabellos ensortijados en sección elíptica; los cabellos rectos en sección circular; la piel blanca y la piel negra, cráneos anchos y largos; (*braquicefalia* y *dolicocefalia*); el rostro bajo y ancho, alto y estrecho; las órbitas de los ojos anchas o estrechas; la nariz fina o achatada; las mandíbulas recogidas o salientes (*prognatismo*).

Sobre la base de estas particularidades adquiridas, ciertas cualidades han penetrado después profundamente en el organismo y han modificado su temperamento y principalmente la estructura del cerebro, transmitiéndose por herencia y acumulándose en los descendientes. Se produce de esa manera en un pueblo, por selección, una desviación progresiva a partir del tipo primitivo, y esta desviación es un progreso o una decadencia.

Es imposible relacionar los grandes contrastes históricos con un número reducido de diferencias específicas en el cuerpo o temperamento. Solamente las relaciones simples indivisibles que no envuelven ningún elemento conceptual pueden servir al psicólogo de las razas; pero no es fácil decir al antropólogo qué características son elementales.

Fuera del terreno puramente antropológico, establecen los sociólogos que las causas de la superioridad de una raza respecto de otra son las siguientes: la adaptabilidad al clima, la mayor energía íntimamente relacionada con la confianza en sí mismo, la previsión y el sentido

del valor económico, la estabilidad del carácter. Esta superioridad no se puede conservar sin *un orgullo de sangre y un fuerte sentido de su superioridad.*

Las razas que han vivido enteramente fuera de la línea del desarrollo histórico, aun cuando no fuese por su inferioridad mental, y aun habiendo poseído todos los elementos para surgir del nivel primitivo de la humanidad, se colocan en el rango de las razas inferiores.

Las mezclas de razas producen el progreso. Las razas mixtas luego que la selección natural ha eliminado las débiles, son más altas, más fuertes, más prolíficas, más adaptables que las puras. En cuanto a los límites en que este cruzamiento es provechoso, la opinión más general es que dos razas semejantes producen retoños fértiles; pero cuando dos razas muy desemejantes se cruzan tienden en sus productos a la esterilidad, apartándose de las razas paternas. Las opiniones son unánimes respecto de que el cruzamiento crea la plasticidad y la variabilidad fisiológicas; y he aquí porque ciertas razas híbridas no tienen estabilidad. Pero muchos elementos étnicos mezclados en sociedades civiles han sido suficientemente deficientes para asegurar la plasticidad y el vigor individual, sin llegar al grado en que se debilita la estabilidad y la fecundidad de la rama resultante.

La acción del medio físico sobre los caracteres nacionales se ejercita de diferentes maneras.

En primer lugar, la acción del clima se deja sentir en el temperamento de los pueblos. El exceso de calor, por ejemplo, hace menos apto el organismo para el esfuerzo y el trabajo y hace muy impresionables a los nervios y la piel, acabando por agotar la sensibilidad. El frío acrecienta al contrario la energía e influye en la menor excitabilidad de la sensibilidad. La densidad del aire, su humedad, su pureza, su agitación, tienen también influencia. Los alimentos actúan directamente sobre el temperamento e indirectamente sobre el carácter. Por último, la configuración del suelo y sus producciones deben también tomarse en consideración. Muchas de las modificaciones atribuidas a la región habitada, se deben, sin embargo, a las condiciones habituales de la vida física y social (pobreza, alimentación insuficiente, exceso de trabajo, falta de higiene, entre otras).

La acción de aquel se reconoce también sobre la imaginación mediante los sentidos corporales. El humor cambia con la alegría de la luz y la tristeza de la bruma. Aquí también lo importante es la reacción intelectual que se opera.

En el curso del proceso histórico, bajo las influencias que se acaban de indicar, se producen los hechos de *adaptación y selección*. El conjunto de los elementos sociales se modifica o solamente algunos individuos sobreviven y dejan posteridad, gracias a su organización especial. La sociedad se trasforma de ese modo por la eliminación gradual de ciertas familias y de ciertos elementos étnicos.

En el medio moral se realiza en la raza el hecho de que las ideas y sentimientos de las razas inmigradas adquieren de alguna manera el color de los países nuevos, causándose selecciones que mantienen o modifican poco a poco el carácter nacional.

Fuera de toda consideración de raza, el mismo estado social, principalmente en los pueblos primitivos, impone costumbres semejantes, y por eso se encuentran en sociedades de la misma raza muy diversas formas de organización.

Como consecuencia se puede afirmar que en el mundo social, las fuerzas selectivas operan en favor de los tipos mejor acomodados al conjunto de las condiciones actuales, tipos que pueden o no ser los más necesarios al desenvolvimiento superior de la humanidad.

Además, existe otro factor psíquico del carácter nacional que sin influir directamente sobre la generación, la fecundidad y la trasmisión hereditaria de las razas, es uno de los motores de la historia. Ese factor consiste en la adaptación directa y más o menos inmediata de los cerebros a las ideas nuevas. La experiencia al lado de las trasformaciones lentas ofrece ejemplos de transformaciones rápidas, de revoluciones intelectuales, morales y religiosas.

Con todos estos conocimientos de los factores que entran en la génesis de los hechos históricos nuestra previsión en este terreno solo puede significar la indicación de una posibilidad.

Si nos fuese dado, en efecto, penetrar profundamente en el carácter de un hombre o de un pueblo, si todas las circunstancias que obran sobre las voluntades individuales o colectivas fuesen conocidas, podría calcularse exactamente la conducta de ese hombre o de ese pueblo. Pero no obstante de que en la historia hay elementos incalculables, la psicología de los pueblos o el estudio de sus caracteres ocupa lugar importantísimo entre las leyes vitales que dominan toda su evolución.

Lo *accidental* bajo la forma de las invenciones del genio o de la mera casualidad que produce los descubrimientos, la influencia de las grandes individualidades, los golpes de la fortuna, las singularidades del destino, todo aquello que se presenta como parte del azar, entra como elemento de la historia.

En todo caso es de buen método tratar de comprender la significación de lo que se ha llamado "accidentes revolucionarios", "leyes de los siglos"; términos que expresan científicamente solo la manera cómo las catástrofes bruscas estaban preparadas por evoluciones lentas; y analizar mediante la distinción de los casos, lo que hubiera podido espontáneamente generar tales evoluciones.

Conocidos los elementos fundamentales de los hechos históricos, debemos establecer la *naturaleza del proceso histórico*. Este ha de considerarse más como *cambio* que como *evolución*. Este término llama la atención principalmente a la *continuidad* del cambio social y a *fuerzas permanentes* como causa del cambio, envolviendo la idea de que las series de cambios sociales son meras revelaciones de caracteres ya forzados en el germen mismo de la sociedad.

Por este camino se llegaría a no tomar en consideración los acontecimientos históricos accidentales y extraordinarios, y se afirmaría que la sucesión de los cambios sociales está predeterminada.

También es esencial no identificar el proceso histórico con el progreso social. En aquel se nota *persistencia* y *cambio*, lo cual significa cualquier variación cualitativa, mientras que por progreso se entiende el mejoramiento o perfeccionamiento.

Valiéndonos de este criterio fundamental llegamos a descubrir por aplicación del método genético, en los elementos de los hechos históricos, y en las instituciones y cambios sociales que se han producido, la manera como han obrado en manifestaciones dadas de la realidad social, las causas, los principios, las leyes y la *teleología* (fines, acciones previamente representadas), que constituyen las condiciones y *factores concretos* del cambio social.

Nada se produce sino por la concurrencia de dos o más de esos factores. Si alguno se halla ausente el acontecimiento no se presenta. La aparición de una nueva situación se considera como efecto del factor *determinante*.

Los factores ya presentes se denominan *condiciones* y el determinante la causa del fenómeno. Pero es posible que cualquiera de las condiciones sea el factor determinante que actúa dentro del marco constituido por los demás.

Varios factores pueden manifestarse operando contra impulsos de transformación. Entonces son *causas de inmovilidad social* que deben descubrirse lo mismo que las causas del cambio social.

En cuanto a la manera como acontece ese cambio, la escuela del *desarrollo* lo considera como un *devenir* (llegar a ser). El progreso y el retroceso, el ascenso y descenso, presentan abundantes curvas uniformes, como el desarrollo de un embrión. La continuidad se debe a que el cambio se produce por la acción de fuerzas permanentes. La detención del proceso solo se produce por algún obstáculo. Cada estado social en el trascurso del tiempo se introduce en el que le sucede.

La escuela del *estímulo*, por el contrario, insiste en la discontinuidad del cambio. La vida del grupo tiende hacia el equilibrio. Las formas se petrifican en lugar de pasar a constituir alguna otra cosa diversa. Un impulso se agota, y la sociedad, sin ningún nuevo empuje, permanece inmóvil. Las causas del cambio deben investigarse por consiguiente, no en la sociedad, sino en fuerzas subsociales o extrasociales, llamadas *estímulos*.

En las dos escuelas anteriores hay una parte de verdad. La sociedad puede ser modificada por la actuación de fuerzas permanentes, en mayor o menor grado, según que la alteración sea cualitativa o cuantitativa. Una invención mecánica, un descubrimiento científico son ejemplos de la primera clase; un aumento o disminución de los recursos del capital o de algún componente de la población, lo son de la segunda. Estos cambios cuantitativos no pueden eludirse, aun cuando sea posible sellar las fuentes de los cualitativos por efecto de las tendencias conservadoras de un pueblo. En segundo lugar las actividades humanas que tienden a la satisfacción de un deseo, producen efectos transitorios y si tienen algún resultado como fuerza, el cambio social será *incidental*. Por último, hay ciertos procesos regulares que dejan tras de sí como producto suyo un efecto permanente; estos efectos acumulados en el tiempo, se presentan en la historia como factor de cambio, que se debe no solamente a la intervención del cerebro individual.

El proceso histórico presenta además cambios de carácter involuntario debido a la dificultad que una generación tiene en reproducir exactamente la copia fijada por sus predecesores. Estos cambios se conocen con el nombre de *trasmutaciones*.

Los cambios debidos a los estímulos, tales como una revolución súbita en las condiciones de vida del pensamiento, emigración a un nuevo clima, contacto con una civilización extraña, se realizan gradual, no intempestivamente. Debido a la inercia mental y a la resistencia interesada de algunas clases, los reacomodamientos sociales que requiere el cambio se prolongan por largos períodos. La sucesión de estos factores extrasociales a subsociales, muchas veces desemejantes y sin relación entre sí, pueden además producir una continuidad de cambios y la falsa impresión de que estos ocurren en un orden fijo y necesario de "desarrollo".

Actúan decididamente en el sentido del estacionarismo, por cuanto resisten cualquier cambio estructural, la *religión* el *gobierno*, la *costumbre*, la *ley* y las *prácticas ceremoniales*. Estos son los factores principales del orden y representan relaciones de coexistencia, tendiendo al equilibrio de las fuerzas que se desarrollan en el proceso histórico. Hacen lenta, por consiguiente, la formación de la historia. Estos procesos sociales, por la acumulación de una tendencia estática, exageran el yo colectivo a expensas del individuo.

La *lengua*, la *literatura*, el *arte*, la *industria*, la *educación* y la *opinión*, conducen indiferentemente, a producir inmovilidad o a provocar cambios. Las instituciones y las relaciones de clases también se deslizan suavemente en formas que no habrían asumido conscientemente. Sucede esto porque la fuerza de gravedad que obliga a escurrirse aún al ventisquero tiene su análogo en la indolencia humana. Esta deformará los más sagrados mandamientos y los más imperativos ideales, cuando vayan contra las inclinaciones naturales y no hayan sido fijados por escrito.

Los principales factores dinámicos son: el *crecimiento*; la *acumulación* de la *riqueza*; la *emigración* a un *nuevo medio*; el *individuo innovador*; el *contacto* y *cruzamiento* de la *civilización*; la *interacción de las sociedades*; la *conjugación de las sociedades*; la *alteración del medio*.

El estudio de las modificaciones de la sociedad, que se realizan por acción de la voluntad social, armada del saber apropiado, que usa medios apropiados y se esfuerza hacia un objetivo inteligentemente concebido, pertenece a la sociología práctica.

Bibliografía

ALTAMIRA. *Enseñanza de la Historia. Cuestiones Modernas de Historia.*

FOÜILLÉ. *Psicología de los pueblos europeos.*

POSADA. *Principios de Sociología*, cap. V, II.

RICHARD. *L' idée d 'Evolution dans la Nature et l'Histoire.*

ROSS. *The foundations of Sociology.*

PRINCIPIOS DE SOCIOLOGÍA

Carlos Wiese⁹⁶

1. La palabra Sociología se empleó por primera vez en el año 1838, pues aparece impresa en el cuarto volumen del *Curso de filosofía positiva* de Comte, como equivalente a la expresión de *física social*, ya introducida por él mismo. La historia posterior ha confirmado la demostración de la utilidad de aquel término para indicar, en primer lugar, el objeto de la sociología: *sociedad, lo social*; y luego, su finalidad científica: *investigar, conocer*.

Siguiendo el movimiento expansivo de la fórmula comtiana y de su expresión subjetiva, J. S. Mill abandonó las dos expresiones que había comenzado a emplear -*Economía Social* y *Política Especulativa*- y se inclinó en favor de la palabra Sociología.

Pero el gran apoyo a la palabra y a la idea hay que buscarlo en Herbert Spencer (1870-1890). Este recoge el sentido general de Comte, y como él bosqueja un sistema de ciencias fundamentales, en el cual ocupa un lugar propio la Sociología -o sea la Ciencia Social-, es decir, el conocimiento del ser social, la sociedad, como un producto natural en el proceso evolutivo cósmico.

La Sociología (con este o con otro nombre) se elaboraba también fuera de la corriente que va directamente de Comte a Spencer; la palabra se abría igualmente camino en las obras de Scháffle, entre otros, como expresión y fórmula, sin embargo, de una disciplina comprendida en la enciclopedia de las ciencias; pero como una rama susceptible de desarrollo independiente, la sociología tan solo se incorpora a la corriente general del pensamiento, sobre todo, con ocasión y después de la labor spenceriana.

Finalmente, en la última década del siglo XIX se presenta un período de desarrollo caracterizado por la expansión de los estudios y la coordinación de estos.

2. Desde la fundación de la Sociología se nota en todo su proceso un esfuerzo del espíritu humano "para interpretar racionalmente un orden positivo de la realidad, unificada la interpretación según principios distintos; pero que en definitiva convergen, cada día con más

⁹⁶ Extractos de la última obra de Adolfo Posada, por Carlos Wiese, catedrático de Sociología en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. *Revista Universitaria*, 1910, año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 1-10.

perfecta eficacia, a una composición armónica". Ese esfuerzo comprende la descripción, la explicación, y la construcción de la realidad social.

Al efecto, la Sociología ha utilizado:

- a. La observación de los hechos dados en la historia, como parte de una evolución más general. Spencer principalmente.
- b. La observación de los hechos actuales del mundo presente, considerados en sus relaciones como expresión de un conjunto activo. Scháffle.
- c. La definición y explicación de los movimientos internos reflejados en los hechos, de los impulsos motores de la realidad social. Ratzenhofer, Gumplowics.
- d. El principio o principios explicativos de esos movimientos y del proceso social en su conjunto, o sea la determinación de las causas que obran en la producción de la realidad social, objetivamente considerada. El materialismo histórico, Giddings, Small, Ward.
- e. La observación interior de la persona humana, como fondo último de la realidad social y como parte del proceso social, pues a través de ella se produce en último término el fenómeno social. Ward, Giddings, Tarde, Durkheim, y en general, toda la corriente filosófica de los cultivadores de la psicología social.

De estos métodos de investigación e interpretación, los dos primeros representan el movimiento descriptivo del *qué* social; el tercero lleva consigo la iniciación del período de penetración, que culmina en la aplicación del cuarto y del quinto, que son los dos de la causa explicativa -el *porqué* de la realidad social.

Con todo esto la Sociología se construye sobre la base de una verdadera integración sintética, siguiendo a veces una idea fija que representa aquella causa explicativa -el *por qué*- de la realidad social.

La explicación del proceso científico de la Sociología se tiene también en las posiciones que han tomado los sociólogos para determinar el contenido mismo de la Sociología. Unos se han propuesto con tal objeto, principalmente, la Sociedad: el ser social (Spencer, Scháffle,

Lilienfeld, Worms); otros se han propuesto como objeto de la Sociología más bien lo social (Durkheim, Tarde).

Estos dos puntos de vista no se excluyen; antes bien, se completan y se influyen.

Por último, considerado el proceso científico de la Sociología en relación con los problemas prácticos de la vida social, se nota que aquella ha atravesado por dos grados desde el principio del siglo XIX: uno de *diletantismo*, tanto en la teoría como en la práctica, grado prolífico en fantásticas filosofías sociales y en utópicos delineamientos de mejoramiento social; y otro de *criticismo*.

No es posible precisar los límites de estos dos grados; ambas fases de desarrollo se han cruzado en un mismo sociólogo (Spencer, por ejemplo, fue dominado por el primer impulso en su *Social Statics*, y en lo restante de su obra sociológica fue eminente en promover el estudio crítico de la sociedad).

Con los materiales allegados por los criticistas creen hoy los sociólogos llegado el caso de seguir de nuevo los impulsos progresivos y comenzar los constructivos, para establecer lo que la Sociedad *debe ser* después de haber conocido lo que es y lo que ha sido.

3. La acepción general de la Sociología atribuye a esta un significado amplio que se confunde en sus extremos con el de lo "social", término que parece ser más comprensivo que *lo sociológico*, pues alude lo social al hecho social dado en la realidad, y lo sociológico es lo social visto, interpretado o en vías de interpretación.

Con todo, reina en el lenguaje una gran vaguedad; pues el término Sociología se emplea todavía, al menos, en cuatro diferentes sentidos:

- a. como un término general, vago, que comprende el campo entero de los hechos y las teorías sociales.
- b. como filosofía social, que trata de la concepción unificada de la Sociedad considerada como un todo.
- c. como Sociología "pura" o "general", que clasifica los hechos y descubre las leyes a que obedece la asociación como tal;
- d. como Sociología "práctica", que describe, enseña y aplica en concreto el tratamiento científico de la organización y del bienestar social.

Nace de aquí la necesidad de una revisión de conceptos, para llegar a una definición en que se armonicen los que resultan, al parecer, diversos con relación al fondo de las distintas concepciones-tipos de la Sociología que se pueden formular a mérito de esa revisión. Small ha elegido las tres definiciones siguientes:

- a. La Sociología es la ciencia de la Sociedad, o la ciencia del fenómeno social.
- b. La Sociología es el estudio de los hombres considerados como influyendo y siendo influidos por la asociación.
- c. La Sociología es la idea unificada de la vida humana, derivada esa idea: 1. del análisis de todas las fases que pueden descubrirse de la actividad humana, pasada y presente; 2. de la síntesis de esta actividad en concordancia con su significación funcional; 3. de la interpretación *télica* de todo lo así recorrido en cuanto las tendencias están indicadas en el proceso social analizado; siendo en fin esas tendencias un cuerpo de principios directores, derivados del análisis social para la conducta de la vida.

Como estas definiciones y otras que se dan tienen como fundamento el objeto y la tarea científica de la Sociología, Posada indica en sustitución las siguientes:

- a. La Sociología es el *conocimiento de la realidad social*.
- b. La Sociología es la *interpretación de la realidad social*.

La elaboración de una Sociología según estas definiciones está justificada por la exigencia lógica del espíritu, de explicar unitariamente un conjunto de fenómenos que tienen entre sí alguna nota común y por la tendencia de *hacer una filosofía social* penetrando en la realidad social.

De aquí resulta un doble movimiento en la marcha del movimiento sociológico; de un lado, se propende a determinar específicamente la esfera propia de la Sociología, determinando su objeto concretamente; de otro, se amplía cada día más esa esfera considerando los fenómenos humanos con espíritu más comprensivo y más verdaderamente social, en cuanto se huye de toda abstracción y se procura referir todos ellos a la interna complejidad de los factores que lo producen y lo condicionan.

Como expresiones de este doble movimiento de la elaboración sociológica, se ofrecen:

- a. La función y el carácter enciclopédicos de la Sociología, los cuales se manifiestan en la noción, en virtud de la cual, la Sociología indica el conjunto o la síntesis de las ciencias sociales especiales;
- b. La posición central que a la Sociología se atribuye, en la explicación de la enciclopedia de los conocimientos sociales;
- c. La índole positiva de sus métodos, que encaminan la acción investigadora del sociólogo a la realidad social efectiva;
- d. El carácter específico y determinado de su objeto, cuyas formas, manifestaciones y combinaciones diversas puede, no obstante, constituir el contenido respectivo de las llamadas ciencias sociales particulares.

4. El estudio de los trabajos de los sociólogos de diferentes escuelas manifiesta que surge un cierto acuerdo entre ellos respecto a la orientación de la Sociología; esto es, a las cuestiones que entrañan la iniciación de la labor científica y constituyen la materia de una construcción. Hay ya, por consiguiente, razón bastante para afirmar la oportunidad histórica y lógica de una ciencia social: Sociología.

Ahora esa doctrina común que se va elaborando ¿merece el nombre de ciencia?

De los resultados obtenidos, hasta el presente, puede inferirse respecto de la Sociología: 1. que es innegable la existencia de una Sociología como "aspiración científica"; 2. que esta aspiración viene oportunamente condicionada por los progresos o desenvolvimientos del espíritu científico, y merced a exigencias de ese mismo espíritu; 3. que esa aspiración tiene objeto, es decir, material sociológico; 4. que la aspiración a elaborar una Sociología científica se ha desarrollado y desarrolla, en condiciones análogas a las que se han producido en el proceso de las demás ciencias que se estiman más o menos constituidas; 5. que la Sociología tiene hoy ya un primer cuerpo de doctrinas y, lo que es más, cierto contenido elaborado, sobre el cual pueden formularse las doctrinas.

Pero en la tarea de dar a lo social -objeto de la Sociología- una determinación imparcial, positiva; al querer proyectar una relación sociológica, manejamos el instrumento mismo que

acaso es parte de la relación como su sujeto. No podemos, sin embargo, emprender otro camino, pues sociales como somos por naturaleza íntima, no podemos reflexionar sobre lo social sino con nuestra propia substancia social, sufriendo, por consiguiente, en nuestro propio ser lo dado como objeto de la reflexión. Pero esto no significa contradicción insoluble, pues, poco a poco, merced a la educación del espíritu en las investigaciones de las cosas, sería posible *objetivar* la realidad social, como objetivamos la realidad síquica, al estudiar la psicología.

No obstante las dificultades expuestas, la Sociología desempeña función indiscutible en la esfera del conocimiento e interpretación de la realidad social y además en la generación de las ideas y de las reformas sociales. Ella entraña en efecto: 1. una *llamada de atención* al espíritu del investigador del orden social; y 2. el establecimiento de un criterio o *punto de vista*. Quiere decir esto último que el sociólogo aspira a recoger como en una síntesis la totalidad de los elementos que constituyen la realidad social, para encontrar en ella lo esencial y significativo.

5. La realidad social, objeto de la Sociología, puede presentárenos como una *idea* -materia de conocimiento- y como un *fin práctico*. Estas dos maneras generales y totales de lo social engendran dos formas: la doctrina, la teoría, la ciencia, en suma, la Sociología; una relación de actividad práctica, de hacer, y, en ciertas condiciones, de Arte: Arte social.

Como ciencia la Sociología se propone dar respuesta, al estudiar la Sociedad, a las cuatro preguntas de: ¿Qué es? ¿Qué ha sido? ¿Qué tiende a ser? ¿Qué debe ser la sociedad? Las tres primeras engendran una Sociología esencialmente teórica, mientras la última sugiere o pide una Sociología práctica o una práctica sociológica que convierta en dirección, para nuestra marcha y para nuestra acción social, la teoría social. Tratase de esta manera de una interpretación del proceso social en sus componentes, en su desarrollo; pero mirando hacia adelante, a la acción práctica, al influjo en la vida

El conocimiento de la realidad social puede ser de otro lado, espontáneo, o conocer vulgar, el cual constituye el fondo sobre que se cimenta la labor científica y que se incorpora a la Sociología también científica, y además un proceso descendente, merced al cual la verdad ya establecida y aquilatada va difundándose por todos los ámbitos del espíritu social. De esta manera hay coincidencia entre la labor de los científicos y la de las gentes de acción y entre todo esto y la intensidad con que el espíritu público siente la vida y las necesidades sociales,

coincidencia expresada por las palabras *Sociología* y *Socialismo*, palabra esta última que puede sustituirse por la frase *Acción social*. Simboliza pues el socialismo con todas las aspiraciones a la reforma y a la acción social, la vulgarización de la Sociología, al propio tiempo que la Sociología representa la intensificación y depuración y explicación, de la realidad, sobre la cual pretenden operar, y operan, el socialismo y la acción social.

Además, la interpretación de la realidad social puede verificarse con el propósito de determinar lo que lo *social* es visto en sus elementos esenciales, o con el de concretarse a una de sus manifestaciones o condensaciones, tales como lo económico, lo jurídico, lo ético, lo religioso, etc. Hay por consiguiente una *Sociología general* y una *Sociología especial* o *Sociologías especiales*. Con esta distinción se explican las relaciones entre la Sociología y las ciencias sociales especiales. Aquella es la ciencia de lo social, la aplicación del punto de vista sociológico en su amplia y comprensiva generalidad; mientras que las ciencias sociales especiales son manifestaciones de la Sociología referidas a lo social calificado de una manera particular.

Para definir el carácter y naturaleza de esta relación del conocimiento sociológico se recurre a la expresión *Filosofía*, que engendra la *Filosofía social* o la *Sociología filosófica*. Supone esta el propósito de averiguar la verdad de lo social en la unidad permanente de la realidad efectiva. En esta dirección la Sociología tiene su aspecto metafísico en cuanto puede proponerse, en último término, una explicación de la realidad social, en que se afirme esta como una "realidad" efectiva y racional, objetiva y unificable.

La Sociología parece confundirse con la historia, en su aspecto histórico, esto es, en cuanto se refiere a la realidad social vivida o histórica. Entonces más que Sociología es Historia del objeto de la Sociología y comprende el estudio del proceso vivido, del desenvolvimiento social efectivo, cómo, en efecto, se ha producido la realidad social en los hechos y en las ideas, considerando e interpretando a estas como hechos, y también el estudio del desarrollo positivo del mismo pensamiento sociológico, de lo social como doctrina, como sistema que ha pretendido explicar lo social mismo.

Por el fondo común que tienen la filosofía y la historia de la Sociología, pues se refieren a la misma realidad, la realidad social, aspirando ambas a definir el qué y el cómo y el porqué de lo social, aunque de distinta manera y con distinto propósito y con diferentes materiales, o bien tomando los mismos materiales con fines distintos, se producen confusiones explicables.

Sirviendo la historia de base a la filosofía, se ve clarísimo en la Sociología que esta ha de constituirse con materiales tomados de la historia. Pero una historia sociológica no debe pasar de lo que fueron las cosas según denuncian los datos, descubriendo cómo han obrado las fuerzas sociales, cómo se ha manifestado el espíritu social en la complejidad de todos sus elementos. En cambio, la Sociología como filosofía aspira a determinar a través de los mismos hechos que maneja la historia, lo que es lo social, interpretando en forma de ideas los datos de la historia, que de este modo se han de confundir con los datos de la conciencia. De aquí nace una interacción, pues la historia influye en la formación de la filosofía social, ofreciéndole bases objetivas, que constituyen el material de los resultados de la investigación histórica, A su vez, la filosofía social reacciona y procura a la historia el factor crítico y explicativo que entraña la base de la concepción científica de la historia,

Como expresión íntima de la interacción entre la filosofía, la historia y la sociología se presenta la llamada filosofía de la historia, hoy muy desacreditada, al punto de que la Sociología ha recogido su herencia. Hay que tener, sin embargo, en consideración que la filosofía de la historia ha representado en su origen y en los sistemas que ha producido, el intento de explicar racionalmente la historia mediante la intuición genial de la producción causal del proceso humano. En cambio, la Sociología en su origen y en su desarrollo ulterior, ha representado y representa el intento de interpretar -descriptiva y razonadamente, mediante explicaciones reflexivas y fundadas en la observación de los hechos o fenómenos- la realidad social como estructura y como función, como orden actual y como proceso, y a la vez como génesis y como télesis (origen y finalidad).

Otro aspecto de la Sociología aparece cuando se considera el fin práctico que lleva consigo, pues su formación científica responde ya a las exigencias implícitas de la vida social. Todo sistema sociológico no puede olvidar en efecto que lo social sigue y persiste y solicita el esfuerzo y la continuidad de la acción; que nuestra experiencia y nuestra observación nos hablan de *transformaciones sociales*, es decir, de cambios y modificaciones en la continuidad de la historia; que a través de la conciencia nos damos cuenta de la existencia objetiva de la realidad social y que se despierta la curiosidad, a fin de ver en qué medida y hasta dónde elaboran las conciencias reflexivas; que, por último, hay un intento de *prever* científicamente la marcha futura de los acontecimientos, representado aquel intento por el anhelo de hacer, anhelo que origina la formulación de utopías. Nacen de aquí los problemas de explicar esas

manifestaciones o fenómenos de indudable carácter social y la legitimidad e intervención de la conciencia en la generación del hecho social.

Con el predominio del *dinamismo* y de la explicación *psicológica* de la Sociología, aquellos problemas que se comprenden en el general de la *realización* y del *hacer sociales* son los que se han planteado en primer término, Stuckemberg llama a la investigación de *lo que debe ser* la Sociedad *Ética Sociológica*; Ward concibe la Sociología, como Sociología *aplicada*, verdadera doctrina del *hacer* social.

Considerada, ahora, directamente la realidad social, se observa que se produce un *hacer social general de la masa*, cuyo proceso se condensa espontáneamente en las costumbres, los usos, los *hábitos* sociales, que representan verdaderos estados de equilibrio social, a punto de romperse constantemente, merced a las manifestaciones de la actividad *inventiva* e *innovadora*, característica del hombre. Y es que al lado del hecho general social, se observa otra forma en que se afirma e intensifica la intervención de los individuos o de la personalidad como un sujeto *distinto*, como una energía aguzada por obra de la razón humana o de la conciencia reflexiva.

En la esfera del hacer social reflexivo se forma el *Arte social* basado, de un lado, en la Ética, es decir en la consideración de que lo social es interno, y, de otro, en la experiencia de "la eficacia del esfuerzo" reflexivo, en virtud del cual estimamos que nuestras ideas y nuestras representaciones pueden convertirse, por obra de nuestra voluntad, en actos, en realidad social incorporable a la evolución social que forma la historia.

Además, como lo social es también obra práctica, exige su técnica, que pide una especial competencia, de donde proviene la función del "economista práctico", del "financista", del "legislador", etc., y del "Sociólogo de acción" (reformador social), que son igualmente "artistas" de lo social.

MÉTODO SOCIOLOGICO

(Extractos del último libro de A. Posada)

Carlos Wiese⁹⁷

Teniendo en cuenta todos sus factores, la Sociología debe tener su propio método. Como hace de la Sociedad o de lo social su materia, no puede tomar su método de ninguna otra ciencia, sino de sí misma, es decir, debe estar determinado ese método por el objeto propio de la sociología.

Llamase a dicho método propio, *Método sociológico*.

Es equivocado e ilógico plantear el problema del método y proceder en la investigación prácticamente, proponiendo la exigencia metódica *a priori*, antes de darse cuenta de la naturaleza o materia de la investigación; como cuando se afirma que la Sociología debe ser *objetiva*, y que los hechos sociales deben considerarse como *cosas*, como algo fuera de nosotros, asimilando así la ciencia social a las ciencias físicas (método físico); o bien cuando se limita el campo del método a la observación histórica, imponiéndole una función descriptiva; o cuando se explica la existencia de la Sociología como dependiente de que la sociedad sea un organismo, para construirla como un capítulo de la biología, tratando a esa sociedad por el procedimiento analógico, que consiste en ir descubriendo en la sociedad, *ser social*, las notas y propiedades del organismo fisiológico.

La sociedad, en efecto, no es un fenómeno puramente objetivo, aunque en el conocimiento haya de ofrecerse como objeto, ni puede afirmarse que sea de idéntica naturaleza que lo biológico y que lo físico. Por esto, para establecer el verdadero método sociológico, es preciso tener en cuenta todos los supuestos que resultan de la consideración de *lo social* y los varios aspectos en que se manifiesta *ante* el espíritu observador, o bien, *en* el espíritu observador. Esos supuestos son:

- a. Lo *social* como *realidad* se nos da y se nos impone como cualquier otra realidad, siendo además un orden que nos envuelve y comprende;

⁹⁷ *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 101-106.

- b. La realidad social es de nuestro ser íntimo; llegamos a ella, no en virtud de una relación exterior, como de fuera de nosotros, sino de un modo espontáneo e inmediato, toda vez que nosotros somos la realidad misma social;
- c. Según esto, la *objetivación* del fenómeno social, no suprime, antes quizá confirma, el carácter subjetivo de lo social como función del yo;
- d. El conocimiento científico de la realidad social no es quizá completo, sino en la compenetración sintética de lo subjetivo social, de un lado, considerando que lo mismo objetivo -lo dado como cosa- se ha producido como función de los yo -obra de sujeto-; y, de otro lado, teniendo en cuenta que no podemos interpretar lo objetivo sino mediante el yo, que proyecta y ejecuta en lo objetivo nuestros conceptos, ideas y representaciones, y que lo social actual y futuro es obra del yo, en cuanto este es continuador de la evolución social y la fuente de las relaciones sociales. Esto último es lo que se ha llamado "dialéctica del desenvolvimiento individual y social".
- e. Si suprimiéramos por abstracción el yo, si prescindiéramos de la conciencia, el mundo social se disolvería, porque el mundo social es el mundo del yo, el mundo de la conciencia, y el hecho social un *hecho de conciencia*. La Sociología tiene pues que rehacerse mediante una resuelta afirmación del valor psicológico y experimental del yo, como expresión íntima de la evolución social universal.

Estos supuestos imponen, como primera exigencia metódica en la investigación de la Sociología, la necesidad de partir del análisis de la conciencia, de los elementos que en esta se ofrecen, esto es, del "análisis psicológico". De aquí resulta que la Sociología es psicología o psicología social, porque tiene raíces en esa ciencia; pero por otra parte es también Geografía, Estadística, Cosmografía, Física; pues también arraiga sus investigaciones en estas esferas, presentándose como una síntesis de elementos, cuyo estudio especial corresponde a otras disciplinas, al modo mismo como lo social y la sociedad son síntesis naturales de otros elementos dados en la realidad.

Por esta razón, el análisis psicológico de la propia conciencia, la introspección, que es un instrumento de la psicología cuando tiene por objeto el conocimiento de los fenómenos de conciencia por sí mismos, como relaciones concentradas en el individuo, se constituye en

método o en procedimiento de investigación sociológica cuando busca el lado social de aquellos fenómenos de conciencia, sin dejar de ser su labor de psicología social, que es una parte de la Sociología.

Pero no basta la introspección, ni aun con el complemento de la explicación racional del hecho social analizado en la conciencia. Lo social nos envuelve y nos penetra, irradiando del yo he influyendo en él; tiene su propia existencia característica, distinta, con profundas raíces psicológicas; se da como real sintetizado en el *medio* en que nos formamos y movemos, con el carácter y alcance de una continuidad por el espacio y de una prolongación en el tiempo, y de una proyección en el porvenir con su espacio y su tiempo.

Es preciso penetrar esta realidad circundante con el supuesto del análisis psicológico, como foco central, y con este punto de vista se abrirá después el campo de la Sociología objetiva y surgirá la esfera del método sociológico aplicado a la materia sociológica entera.

Porque el hecho social, aunque generado inmediatamente en el choque, relación y síntesis de dos o más conciencias que se sienten e interaccionan, no puede producirse sino bajo la condición cósmica, siendo de consiguiente hecho geográfico, hecho vital, hecho psíquico; o bien tiene todas las bases de ella, y se produce bajo las condiciones supuestas o dadas de lo geográfico, lo vital, lo psíquico.

Sobre las posiciones metodológicas parciales parece, por consiguiente, más firme la de los que ven lo social como una realidad, que tiene en sí misma su propia explicación, que constituye una manera de ser distinta de lo físico, de lo vital y de lo psíquico, y que eleva los procedimientos metodológicos al grado de complejidad que lo social supone.

Para realizar esta labor, una vez que por el análisis psicológico, se coloque la Sociología en la raíz de lo social, y afirmada la realidad social como un complejo distinto, objetivo, dicha realidad debe ser investigada e interpretada aplicando los procedimientos metódicos del conocimiento para el descubrimiento de la verdad, de que dispone el espíritu.

Tratando, pues, lo social por el análisis, como continuación de la tarea iniciada en lo psicológico, debe recogerse ante todo el dato que proporciona la realidad histórica y actual, para someterlo luego a la observación reflexiva y a las operaciones de la crítica y de la descomposición de sus elementos.

En este primer momento desempeñará un papel importantísimo la *estadística* con sus auxiliares, la investigación *monográfica* y el procedimiento de la *encuesta*, teniendo siempre en cuenta que estos procedimientos no agotan la investigación sociológica, sino que se limitan estas operaciones a procurar la *materia* sobre que debe operar la *interpretación*.

La estadística procura los datos, apreciados sobre todo, cuantitativamente; la *monografía* ofrece *datos típicos*, intensivamente considerados; la *encuesta* es en cierto modo el procedimiento de observación directa, realista, penetrante e intensiva, que profundiza sobre hechos determinados. Estos procedimientos metódicos vienen a sustituir, en cierta medida, a la comparación y a la "experimentación", que no es fácil provocar en lo social, como se provoca en las ciencias experimentales en sentido estricto.

La observación no se limita a esto: los datos fríos e indiferentes de la estadística deben ser animados mediante la apreciación de la vida que contienen, lo cual es obra de la interpretación histórica; los típicos de la Monografía y los específicos de la Encuesta deben ser sumados con los de la Estadística; y todos deben relacionarse al proceso total del *devenir* (llegar a ser) social, acudiendo por esto la observación al *método comparativo*, o mejor, a la *comparación*, función natural y espontánea de nuestro espíritu.

En Sociología, la aplicación del método comparativo tiene manifestaciones interesantísimas, como se nota en el influjo que en la ciencia ha alcanzado la Etnografía; pero debe tenerse en cuenta que la comparación no es toda la observación sociológica, sino solo un momento de la observación y del análisis, al que precede la observación directa de los datos. Es, en efecto, una operación que se efectúa sobre los datos recogidos, y que ayuda a definirlos y determinarlos, a clasificarlos, y, más especialmente, sirve para extraer el fondo común de las instituciones, de los fenómenos sociales, lo esencial, en suma, de la realidad social dada en el proceso objetivo histórico o actual.

El método sociológico no concluye con la comparación, ni se agota con la observación inductiva. Estas operaciones, realizadas mediante la acción de la conciencia reflexiva, analítica, sobre lo social, con la luz del análisis psicológico, nos ponen en situación de afirmar lo que es la realidad social: el más alto resultado de esta primera etapa del método, se expresa en la *Sociología descriptiva*, aunque ya aquí se puede señalar un elemento que corresponde a la esfera de la interpretación.

Queda una última operación, que podría llamarse la *construcción sociológica*, y que consiste en recoger en un sistema los resultados del análisis y de la explicación causal, resultados lógicos, relacionados, que han de ofrecer, como en una síntesis, algo así como la reducción artística de la realidad social; según esta se refleja en la conciencia, y según ha podido o sabido interpretarla la razón.

En todas estas operaciones que supone el método sociológico es preciso no olvidar, ni por un momento, el punto de vista de la Sociología y su función distinta frente a las ciencias sociales especiales; en efecto, lo económico, lo político, lo jurídico, lo artístico, lo religioso, todo es social, aunque además sea social de un modo particular. Y siendo esto así, el punto de vista que se impone en la aplicación del método sociológico, es el de lo social común, o mejor, el de la referencia de todo fenómeno social a su naturaleza primaria, que además, la condición capital previa para que se especifique y diferencie.

HISTORIA DE LA SOCIOLOGÍA

(Extractos de Richard, Squillace y Posada)

Carlos Wiese⁹⁸

Los antecedentes de la Sociología se encuentran en el estudio de los fenómenos sociales en las ciencias prácticas que tienen por objeto la conducta humana, tales como la Política, en la Filosofía de la historia y en otras ciencias sociales posteriores.

Aquel estudio ocupa un lugar importante en la filosofía de Platón y en la de Aristóteles. Para el primero el Estado es unidad viviente, un hombre en grande, cuyos órganos y funciones psíquicas correspondían a los órganos y a las funciones de la sociedad. Aristóteles escribió que "un pueblo entero congregado es semejante a un hombre armado de machos pies y de muchas manos y de múltiples sentidos". La *Política* de ese filósofo es el complemento de la *Ética*, porque únicamente la educación en la *Ciudad*, dice, puede formar la voluntad moral; y se prelude con un estudio comparativo de las principales ciudades griegas y vecinas. Además en la *Constitución de los Atenenses* se da mucho lugar al estudio genético de las instituciones y al de las revoluciones.

Con el nombre de *doctrina civil*, Bacon en el tratado de *Dignitate et augmentis scientiarum*, cita el estudio metódico de los fenómenos sociales en el número de las principales aspiraciones de la ciencia del hombre. Pero la filosofía política del siglo XVII, de que Hobbes, Spinoza y Locke son los grandes representantes, rechaza la inducción y emplea un método analítico y deductivo. El primero de aquellos filósofos supone la sociedad desorganizada, e investiga la manera como resultaría su reconstitución de las leyes generales de la naturaleza humana, y principalmente del deseo. Deduce por último la doctrina del pacto social o de la alineación de las libertades naturales, en nombre de una psicología sumaria de las pasiones y de las necesidades.

En el siglo XVIII la filosofía política tiene cada día más carácter crítico y polémico. Antes que ciencia, es arma contra la perpetuidad de los abusos políticos, religiosos, tanto más dolorosamente soportados por la sociedad, cuanto que una conciencia más elevada de los

⁹⁸ *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 106-116.

finés humanos y sociales se formaba, no solamente en las clases superiores, sino también en las demás.

De otro lado, el siglo dieciocho ve nacer la filosofía de la historia con Vico (que enunció la célebre hipótesis del *ricorso* o del regreso de las civilizaciones a su punto de partida), Lessing, Herder y Kant, y las siguientes ciencias sociales especiales: 1. la economía política en que veían los fisiócratas franceses el estudio de un orden natural y espontáneo de los hechos sociales, y la escuela inglesa, el de un ramo de la actividad humana solidaria con el conjunto de la civilización⁹⁹; 2. la estadística; 3. la ciencia del derecho comparado con Montesquieu en el *Espíritu de las Leyes*.

Entre los filósofos, moralistas, políticos, etc., que se presentan hasta aquí solo se pueden considerar como verdaderos precursores de la Sociología, a aquellos que por lo menos han tenido la intuición de las leyes naturales que regulan los fenómenos sociales. Los principales de estos son: Vico, por su ley del *ricorso*; Montesquieu "que es uno de los primeros que, elevándose sobre los hechos concretos llega a la intuición de las leyes naturales, universales, necesarias y fatales"; Rousseau, sobre todo, por haber desenvuelto el paralelismo entre la estructura y funciones del organismo individual y social; Kant que dispuso en proposiciones sus investigaciones sobre las leyes naturales constantes que rigen el desenvolvimiento histórico de un pueblo, el advenimiento de un nuevo estado político, la necesidad de la solidaridad humana, intuiciones que tienen siempre valor aun cuando fundadas en un principio metafísico; Condorcet, cuyo mérito consiste en haber introducido netamente en la ciencia social la noción del progreso sometido a las leyes naturales necesarias; Saint-Simon que percibió las razones históricas del progreso que une el pasado al presente, la filiación de los fenómenos sociales y el porvenir de la filosofía positiva; Janelli por último, que cierra el ciclo de los precursores.

En los veinte primeros años del siglo diecinueve el movimiento de los estudios de la filosofía de la historia y de las ciencias sociales especiales se prosigue, salvo en Francia, donde sufren un eclipse bajo la influencia de las escuelas tradicionalistas. Aparecen en Alemania, Inglaterra, los Países Bajos e Italia un número creciente de cultivadores y varias obras notables.

⁹⁹ Muy tardemente se concibió la economía política como la ciencia de las variaciones del valor.

Transformase en este período la Economía Política, la cual con Ricardo y Malthus deja de ser un estudio de la civilización para convertirse en ciencia de la concurrencia y del valor. La estadística se formula como investigación numérica en lugar de ciencia del Estado, reduciéndose a un método cuyo objeto es el descubrimiento de las leyes de las variaciones de los fenómenos sociales representadas por números que expresan términos medios.

Entre la filosofía de la historia, sin embargo, y las ciencias sociales definidas, no existía lazo de unión. Estas se apartaban unas de otras, y poco a poco se iban encontrando sin ideas dirigidas. La filosofía de la historia se ponía al servicio de los sistemas metafísicos inventados por el idealismo y el naturalismo alemán sin descanso.

Uno de los discípulos independientes de la escuela de Saint-Simon profundizó la idea de Condorcet, que dicha escuela había conservado, de unir a la economía, a la estadística y a la política una historia general de la civilización, y sacó el plan de una ciencia nueva, concebida sobre el tipo de las ciencias físicas y naturales: la *Física social* o *Sociología*. Ese discípulo de Saint-Simon fue Augusto Comte (1798-1857).

El método de la ciencia nueva está diseñado en un opúsculo publicado por Comte bajo el patronato de Saint-Simon titulado *Sistema de política positiva*. Pero la exposición de las grandes líneas de la sociología data verdaderamente del *Curso de Filosofía positiva* (1843).

Augusto Comte divide la sociología en dos ciencias: una, la *estática* social que estudia los hechos sociales en el espacio, abstracción hecha de las variaciones históricas; otra, la *dinámica* social que busca la filiación de los estados sociales.

Comparada a la filosofía de la historia de las escuelas alemanas, la sociología de Comte significaba un progreso. La historia universal dejaba de ser una construcción arbitraria reflectora de todas las incertidumbres del pensamiento metafísico; unida a la teoría estática de la solidaridad, permitía relacionar entre sí las diferentes ciencias sociales y sacar de ellas aplicaciones provechosas en la práctica.

Desgraciadamente, Augusto Comte comprometió la ciencia que había diseñado tan profundamente: quiso formular prematuramente las conclusiones de la dinámica social, o teoría del progreso, subordinándola a la ley conjetural de los tres estados. En cuanto a la estática social, o teoría del orden, abandonó el estudio científico de la solidaridad afirmando su existencia en nombre de las exigencias del sentimiento.

Después de Comte la noción de sociología fue acogida con favor creciente por el espíritu científico, desde luego en Inglaterra y en los Estados Unidos, y después en la Europa continental; pero experimentó una transformación completa bajo la influencia del espíritu evolucionista, de los estudios etnográficos y de las investigaciones prehistóricas.

La filosofía de la evolución, diseñada por los idealistas alemanes, por los discípulos de Schelling y de Hegel, y llevada hasta sus consecuencias extremas por Herbert Spencer, acostumbró a los espíritus a buscar variaciones sociales mucho más amplias. Se concedió mayor importancia al fenómeno de las sociedades animales. Se inquirió con Darwin el secreto de la aparición de las transformaciones de las cualidades morales del hombre en sociedad.

En la segunda mitad del siglo XIX los estudios etnográficos se multiplicaron en todos los países habitados por europeos. Por último, el concurso de la arqueología escandinava y helvética y de la geología francesa dio origen a la paleontología, entre cuyos cultivadores se distingue principalmente el francés Broca.

La gran diferencia entre esta faz de la sociología y la anterior consiste en la preponderancia de los estudios sobre la génesis de la familia y la división del trabajo. En esto contribuyó el alemán Bachofen que en 1861 publicó el *Derecho maternal*, donde resume todos los hechos históricos y los datos etnográficos que permiten dudar de las conclusiones admitidas por la teoría patriarcal; el anglo-australiano Mac Lennan (1865) y el americano Lewis H. Morgan, que esclarecieron el mismo tema del origen y de la constitución de la familia primitiva.

La idea de la división progresiva del trabajo social fue expuesta principalmente en los *Principios de Sociología* de Herbert Spencer (1881). Este estudio relativo a la cooperación se complica con una hipótesis gratuita sobre la sociedad militar y su decaimiento, tesis que otros sociólogos de la misma y otras escuelas han tratado desde un punto de vista más objetivo.

La Sociología contemporánea parece hallarse en un estado *caótico*. Su desenvolvimiento científico se caracteriza, en general, por el predominio, a veces exclusivamente sistemático, del punto de vista particular de cada sociólogo. Ward señala en ella las siguientes concepciones generales:

La Sociología se ha considerado como *filantropía* (idea vulgar, corriente en el público); como *antropología* o *Antroposociología* (Ammon, Vacher de Lapouge) y como *biología*, tendencia *organicista* (Spencer, Lilienfeld, Scháffle, Novicow, Worms).

Se ha confundido la Sociología con la *economía política* sin ver claramente la diferenciación que se ha producido en esta ciencia (Carey, Mohl, Stein, Gueisenam) y se ha visto en ella una *filosofía de la historia* (Barth).

Hase desintegrado aquella ciencia equiparándola con las *ciencias sociales especiales* (Scháffle); o bien se la ha reducido a ser una descripción de los hechos sociales (*Sociología descriptiva*).

Además se ha construido la Sociología sobre la base de un fenómeno particular, como la *asociación* producida por la *conciencia de la especie* (Giddings) y la *persistencia* o *supervivencia de lo social* (entre otros Spencer, Bagehot, Loria, Ross); la *división del trabajo social* (Durkheim); la *imitación* (Tarde); el *imperativo social* (Stein, Ross); la *lucha de las razas* (Gumplowicz).

Otro ensayo de clasificación pertenece a Squillace, quien agrupa las distintas concepciones sociológicas en esta forma: 1. Las escuelas que fundan la sociología en la *física y ciencias naturales*; 2. La escuela que estima la Sociología basada en la *biología*; 3. La que da a aquella una base *psicológica*; y 4. Las que señalan a la misma un fundamento especial tomado de algunas ciencias particulares.

La primera de las anteriores tendencias tiene tres direcciones que han dado lugar a las fórmulas distintas de la sociología *evolutiva mecánica*, de la *etnoantropológica* o *antroposociología*, y de la *geográfica* o *sociogeografía*.

Spencer es el principal representante del evolucionismo mecánico o del sistema de sociología cósmica o mecánica, que considera a la sociedad humana como el último término de la evolución de todo el universo; "su filosofía, como la de los escritores que han experimentado su influjo, es, sobre todo, una filosofía física de la sociedad, a pesar del amplio uso que hacen de los datos biológicos o psicológicos".

Divídanse los partidarios de la sociología mecánica en dos grupos: unos que como Fiske, Mismar y Sales, han desenvuelto con preferencia la dirección evolucionista; y otros que, como Carey, Pareto, Winiarski, han insistido en la idea de mecanismo.

La sociología mecánica está basada en tres postulados: 1. el monismo; 2. el mecanismo y 3. el antropocentrismo.

El monismo representa en esta dirección el reconocimiento expreso de la tendencia del espíritu humano a la unidad, y toma en ella el alcance de una explicación unitaria de las cosas: la ley de la unidad de Spencer, que sigue en este punto la inspiración de los naturalistas de la corriente de Darwin, es la de la evolución. Esta "concepción del mundo para ser completa, y, hasta donde fuera posible, científica, debiera integrarse con las leyes mecánicas, que son precisamente las más amplias y generales del universo, por donde el monismo colectivo... llega a ser en su última expresión mecánico". Pero el mecanicismo no es compatible con la Sociología, porque implica la reducción de los fenómenos sociales a fenómenos mecánicos, lo cual es inaceptable desde que los fenómenos más constantes y radicales se distinguen de los menos habiendo entre ellos grados, jerarquías y teniendo los sociales un *quid proprium*.

El antropocentrismo se encuentra en las ideas de Winiarski y Pareto, toda vez que estos estiman los fenómenos sociales como "el producto de la elección del individuo". Pero ¿podrá tomarse el antropocentrismo como una categoría o postulado de toda la concepción mecánica? ¿Cómo conciliarla de un lado con el monismo, y de otro con la idea mecánico-sociológica?

La fundación antropológica de la Sociología -que hoy se concreta principalmente en la doctrina de la antroposociología, esto es, explicación de la sociedad por las condiciones étnicas del hombre- tiene cinco fases distintas: 1. fase histórica -Gobineau, cuyos trabajos han adquirido superior importancia-; 2. fase biológica y zootécnica -Darwin-; 3. fase bio-psicológica -Broca, Lapouge, Jacoby-; 4. fase antropométrica -Ammon y el propio Lapouge-; y 5. fase práctica y legislativa, en virtud de la aplicación de esta teoría, especialmente en los Estados Unidos.

Los postulados de esta escuela o tendencia con todas sus varias derivaciones son dos: 1. la consideración de la raza como hecho psicológico; y 2. la afirmación de la lucha por la existencia como ley de la sociedad humana. Ciertamente estas afirmaciones no son indiscutibles, puesto que la raza es un hecho bastante indeterminado, razón por la cual no puede tomarse como base de una construcción sociológica, y, además, porque no cabe desconocer que la lucha por la existencia encuentra su compensación en la cooperación expansiva.

La doctrina sociogeográfica, o bien, explicación geográfica de la vida social, o consideración de la humanidad constituida en grupos como un factor geográfico, por estimarse que la vida

de la tierra no se explica sin el influjo humano, alcanza su representación más alta en Ratzel (antropogeografía) y tiene como iniciador a Demolins.

Esta doctrina presenta un postulado único, a saber: que el ambiente físico es la causa, en todos los tiempos, de la evolución social, idea desenvuelta con gran rigor científico desde Montesquieu en adelante.

La segunda gran tendencia de la Sociología moderna es la que funda aquella en la *biología*. Llámala Squillace bioanalógica por ser la consecuencia lógica de una aplicación exagerada del procedimiento analógico a la descripción y explicación de la sociedad, a partir de la afirmación capital de Spencer de que la sociedad es un organismo.

Además del mismo Spencer, citase en esta dirección, que es la más difundida, a Scháffle, el cual no ha querido llegar a todas las consecuencias del organicismo fisiológico o naturalista.

La analogía orgánica se extiende en la siguiente gradación bastante comprensiva: "La sociedad se estima análoga al organismo concreto -Lilienfeld-, simple -Ward o Roger, o complejo -Spencer, De Greef-; todo lo cual parece preparar la formación de un concepto de organismo social medio -Worms-, o especial -Scháffle, Small, Vincent, Giner".

El postulado en que la tendencia bioanalógica funda la Sociología, es el de la analogía de la sociedad con el organismo, o mejor dicho, con el organismo natural.

La Sociología psicológica es, probablemente, la que hoy alcanza mayor crédito en la ciencia, merced, entre otras razones, al influjo predominante que en la filosofía, y en todas las manifestaciones del saber, que, de alguna manera, se refieren al hombre, y en general a la vida, tiene el punto de vista psicológico.

Augusto Comte, según Squillace, fue quien, aun sin reconocer en teoría gran importancia a la psicología, en la práctica fundó sobre ella el edificio de su sistema. "En Carle la doctrina psicológica alcanza ya un desarrollo orgánico; para él la sociedad, sin dejar de ser un organismo, tiene una vida espiritual. En Ward la Sociología entraña ya una concepción estrictamente psicológica, llegando el predominio del aspecto psicológico a ser tal en Tarde, que parece perder su sustantividad la Sociología, bajo la acción de los fenómenos intermentales". En la lista de estos mismos sociólogos se colocan además Combes de

Letrade, Bascom, Lecombe, Xenopol, Lagresille, Allieve, Bordeau, Izoulet, Le Bon, Tonnis, De Roberty, Fairbanks.

Dos son los postulados de la Sociología psicológica, los mismos que han dado margen a otras tantas direcciones distintas en la concepción psicológica. El primero puede formularse de este modo: la sociedad se considera como un hecho psicológico individual. En virtud de preferir una analogía psicológica a la puramente biológica, encontraron muchos en la sociedad las mismas facultades que en la psiquis humana (Scháffle, Carle, Allieve), y por lo tanto, la conciencia, la personalidad más o menos modificada (Fouillée, Espinas etc.), y toda la evolución se consideró como evolución del intelecto individual, por sociólogos como Comte, Tarde, Roberty, filósofos como Mill, Bucke, Carlyle, Emerson, Stirner, Nietzsche, Lapouge, Ammon, etc., etc.

El segundo postulado se formula en estos términos: la sociedad se considera como hecho de psicología colectiva. Con esto no desaparece, sino más bien se afirma la sustantividad y realidad objetiva de la sociedad, y, por tanto, la existencia de la sociología.

Las doctrinas que Squillace enumera como basadas en las ciencias sociales especiales son:

- a. La sociología económica de Le Play, contraria a las teorías biológicas y psicológicas, por cuanto no considera el hecho social, como un epifenómeno de la vida psíquica o biológica, sino como un hecho *sui generis*, reúne una tendencia experimental y un alcance moral. Funck Brentano considera la ciencia social "como el estudio práctico de la sociedad, con referencia sobre todo a la cuestión social, que se produce con el cambio de las clases directoras". Patten expone la teoría más completa de las fundadas en la economía, dando a su concepción un fundamento psicológico.
- b. La sociología *estadística y demográfica*, que tiene como representante a Coste, considera la población como el motor de la evolución, estando los fenómenos sociales basados en la misma.
- c. La sociología *jurídico-contractual*, tendencia mantenida por Ardigó, Fouillée y De Greef.
- d. La sociología *ético-objetiva* de Durkheim y Duprat. La tendencia del primero de estos es objetiva por su método y por el valor *objetivo* que da al hecho social, y ética

por el valor que reconoce a la acción interna psíquica; pero además es psicológica, por cuanto para Durkheim la vida social está formada de representaciones; más que cosa material es hiper espiritual, siendo la Sociología una psicología, pero no individual sino colectiva, cuyo producto es distinto de los elementos.

- e. La sociología específico-abstracta de Simmel. Según este, en su última obra, en todo fenómeno social el contenido y la forma constituyen una sola realidad, pero esos dos elementos (inseparables efectivamente) pueden ser separados mediante la abstracción científica, lo que funda la sociología como ciencia de las formas sociales. Posee esta ciencia carácter lógico que se encuentra en la teoría de las categorías sociológicas *apriori* y análogas a las categorías kantianas. Simmel reduce sus categorías a tres, las mismas que sirven para contestar a la pregunta siguiente: ¿cómo es posible una sociedad?¹⁰⁰ Así se llega a dar existencia independiente a la Sociología.
- f. La Sociología *ético-abstracta* de Stuckenbergl. Reconoce este del punto de vista del método la necesidad de la abstracción para el estudio de las instituciones y de la actividad social. Después de formular el objeto de la Sociología, estudia lo que es sociedad, a los individuos como factores sociales y las necesidades humanas que son los motores de la acción social. Del desarrollo de esta teoría nace la distinción entre la ética social y la ética sociológica: la primera entraña un sistema de moral social; la segunda una teoría del progreso.
- g. Además de las anteriores tendencias es conveniente considerar la escuela del *Materialismo histórico* fundada por Karl Marx y continuada por su discípulo Engels. El núcleo general del pensamiento marxista estriba en la explicación de los fenómenos sociales por el influjo de las condiciones económicas. Resumiendo Worms la doctrina señalaba estas dos tesis fundamentales: 1. De todos los factores propiamente sociales del desenvolvimiento de la humanidad, el factor económico es el más importante, porque es el que determina todos los demás; es la base cuya superestructura constituyen estos, el contenido del cual ellos son la forma. En la organización económica, lo que más importa es la composición del útil de la producción; ella explica, en última instancia, todo el movimiento de la vida social.

¹⁰⁰ G. Palante. *La Sociología de G. Simmel*. Revue Philosophique, abril, 1909.

En esta escuela, que se podría también llamar materialismo económico o determinismo económico (Ferri) o economía histórica (Loria), se han podido exponer dos concepciones sociológicas radicalmente diferentes. Una consiste en presentar las grandes instituciones sociales denominadas matrimonio, propiedad, gobierno como impuestas a la actividad humana, espontánea o reflexiva, por la presión de circunstancias económicas, principalmente por la relación de la población con las subsistencias (Malthus, Loria). La otra consiste en tomar la historia económica de un pueblo como el signo, la sustitución de su historia total, política, religiosa, intelectual (Engels). Estas dos concepciones corresponden a nociones diferentes de la causalidad social, pero sin embargo no se han distinguido en la vulgarización de los sistemas de Sociología económica y en las polémicas en favor o en contra del economismo histórico. Tampoco disipa este equívoco el más reciente de los economistas históricos, Edwin R. A. Seligman, en su obra *Interpretación Económica de la Historia*¹⁰¹

¹⁰¹ Richard, Analyse. *Revue Philosophique*. Nov. 1909.

CONCEPTO DE SOCIEDAD

(Apuntes para una lección)

Carlos Wiese¹⁰²

Hase definió la Sociología como el conocimiento de la realidad social y como la interpretación de la realidad social, lo cual importa también decir que es la ciencia de la sociedad. Interesa por lo tanto comenzar las investigaciones sociológicas, estableciendo lo que se entiende por "sociedad"¹⁰³ en el estado actual de la ciencia.

Entiéndase por "sociedad" un sistema natural de relaciones sociales entre elementos conscientes (sujetos) que se objetiva en corrientes sociales y en instituciones (fenómenos sociales)¹⁰⁴.

Analicemos esta definición:

La sociedad es un *sistema*: con esta palabra se evitan las expresiones analógicas e impropias de agregado, organismo, etc. y se expresa simplemente "un complejo ordenado en que todas las partes tienen relación y dependencia recíproca".

La sociedad es un sistema *natural*: vale decir que su formación está sujeta a las leyes naturales, a diferencia de los Estados particulares que son productos artificiales.

¹⁰² *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 370-375.

¹⁰³ Este término por haber desempeñado un papel importante en el desarrollo de la Sociología, probablemente no caerá en desuso. Sostiénese, por eso, entre los sociólogos, de un lado, que si ha de existir una ciencia de la sociedad, debe formularse una definición previa de la "sociedad". Otros consideran que corresponde dar esa definición, necesariamente, como resultado de aquella ciencia misma, y que no podrá conseguirse la fórmula exacta, mientras nuestros conocimientos sociológicos no estén completos. Y los demás, que en el estado actual de los conocimientos, nos toca satisfacernos con una definición puramente nominal y formal (Palante, *Précis de Sociologie*, 1901, p. 24). Para definir la sociedad, dicen estos últimos, no es necesario abordar, como lo hacen los filósofos que, con principios *a priori*, pretenden poseer una clave para descubrir la esencia última de la sociedad (Nominalismo social, a la manera de los peripatéticos y realismo social a la de los platónicos; monismo social y dualismo social), el problema de su fin, y discutir si la evolución de las sociedades humanas es el producto de la casualidad o está dirigida por una idea providencial, si hay progreso en el sentido metafísico de la palabra, y, finalmente, si la evolución no es más que un perpetuo recomienzo sin razón ni objeto. Estas cuestiones corresponden a la metafísica social; lo que interesa ante todo a la Sociología es constatar la marcha efectiva de las sociedades humanas y las transformaciones de la conciencia social.

¹⁰⁴ Squillace. *I problemi costituzionali della Sociologia*, pp. 193-196.

La sociedad es un sistema natural de *relaciones*: quiere decir que se especifica en lo que consisten las partes del sistema.

La sociedad es un sistema natural de relaciones sociales: esto es, no solamente económicas, o jurídicas, o contractuales, etc., sino sociales, en el sentido, naturalmente en que debe entenderse lo social o los hechos sociales.

La sociedad es un sistema natural de relaciones sociales entre elementos sociales conscientes, esto es, entre personalidades humanas sociales.

La sociedad es un sistema natural de relaciones sociales entre elementos sociales, conscientes (sujetos) que *se objetiva en corrientes sociales y en instituciones (fenómenos sociales)*; quiere decir que los elementos sociales, actuando recíprocamente en acciones y servicios, dan origen a fenómenos que pueden tener mayor o mejor objetivación o concreción, más o menos permanente o transitoria, y que pueden precisamente llamarse corrientes o tendencias o influencias sociales.

Conforme a esta definición las pseudo-sociedades no humanas; a saber, las pre-humanas, animales o inanimadas están excluidas del campo de la Sociología.

Con el mismo criterio que ha informado la definición anteriormente analizada dicese que el término "sociedad" denota, por lo general, el aspecto de las condiciones de la vida humana que consiste en inevitable acción y reacción entre muchos individuos. Significa también, a menudo, el circuito particular de influencias entre individuos a quienes colocamos dentro del campo de nuestra investigación con propósito determinado¹⁰⁵.

Para comprender esta equivalencia conviene considerar el hecho de que cuando nos preocupamos científicamente de los fenómenos y leyes de la realidad social, de lo social, o de la sociedad, examinamos muchas "sociedades" de diferentes formas, estructuras, dimensiones y cualidades; y que nos encontramos sin saber dónde colocar a la sociedad por excelencia respecto de la cual se plantea el problema sociológico fundamental. Por ejemplo, hablamos de la familia como sociedad, y también nos referimos en el mismo sentido a la raza. Cada grupo intermedio de gentes puede designarse de igual manera.

¹⁰⁵ Small. *General Sociology*, p. 405.

Para conseguir mayor exactitud, los seres humanos han de considerarse, por lo tanto, como el centro de las investigaciones y hemos de referirnos al resto del universo, solo en la medida en que este condiciona las actividades de aquellos seres; entonces encontraremos que el misterio de la conducta humana, que tratamos de aclarar, se reduce al proceso de la *asociación humana* desde sus *fenómenos mínimos hasta los más grandes*. De esa manera nuestra atención se trasladará de la "sociedad" a la "asociación humana", la cual, por verse siempre en movimiento, jamás detenida, en la inevitable acción y reacción entre muchos individuos, se puede calificar propiamente de "proceso social".

Con el concepto de que la sociedad fundada en la asociación, o sinónima de esta, es un complejo de relaciones entre seres humanos que están en un continuo cambio, pero sujeto este a las leyes de la realidad social generada por esos mismos seres, se encuentran diferentes clases de sociedades y de asociaciones del punto de vista de su extensión (Giddings)¹⁰⁶ y de la manera del contacto entre los asociados (Ross)¹⁰⁷.

En primer lugar los miembros de un grupo humano o de una población, tomando esta palabra en su sentido más amplio, puestos en contacto, se relacionan y funcionan así relacionados para realizar su propia personalidad. Ese grupo o población entera tiende a constituirse en un grupo social separado o en una sociedad. El proceso que se ejecuta es un proceso natural y se desarrolla exactamente lo mismo, sea que los individuos le presten atención consciente o no. A la población que mantiene de esta manera actividades sociales puede dársele el nombre de población social o de sociedad *natural*. Se compone esta, por consiguiente, de individuos que funcionan en relación y se hallan por esto en situación de proseguir juntos propósitos comunes.

Una sociedad natural que es suficientemente amplia como para desarrollar toda clase de conocida actividad y cooperación social, incluyendo actividades tales como el gobierno, la industria, la educación, la religión, la ciencia y el arte, y que independientemente de cualquiera otra sociedad ejerce imperio en el territorio que ocupa puede llamarse *sociedad integral*. Las grandes naciones, como, por ejemplo, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania son sociedades integrales.

¹⁰⁶ *Elementes of Sociology*, pp. 6-8.

¹⁰⁷ *The Foundation of Sociology*, p. 133.

Dentro de las sociedades integrales se encuentran grupos sociales que, en muchos respectos, aunque no en todos, están completos e independientes. Cada uno de esos grupos si se le abandona a sí mismo podría conservar su existencia y desarrollar vida social. En el hecho, sin embargo, háyanse subordinados en ciertas materias a la sociedad más amplia que los contiene. Tales grupos sociales son las varias comunidades o estados de los Estados Unidos o los cantones de la Confederación Helvética. Igualmente lo son los departamentos, provincias, distritos y municipios, y finalmente el más pequeño grupo social que podría, si se le dejase a sí mismo crecer para convertirse en una población entera o en una sociedad integral, a saber, la familia. Estos grupos sociales que pueden existir como sociedades completas e independientes pero que en el hecho son partes componentes de sociedades integrales, a las que están, en ciertos respectos subordinados, pueden llamarse *sociedades componentes*.

También dentro de cada sociedad integral y de muchas sociedades componentes se forman grupos sociales de otra especie. Su origen es siempre artificial. Determinado número de individuos se juntan y, como dicen, forman u organizan una sociedad con el objeto de realizar algún propósito que tienen en mente. En este número se encuentran las corporaciones financieras, los partidos políticos, las sectas religiosas, las asociaciones científicas, los clubs sociales. Las sociedades de esta naturaleza ejecutan la labor de la comunidad mediante la división del trabajo. No son independientes una de otra. Ninguna puede existir a menos que otras también existan. Juntas llevan adelante o constituyen la organización social completa de la sociedad integral. Pueden, por eso, denominarse *sociedades constituyentes*.

Del punto de vista del modo de acción entre los asociados, hay dos especies de asociaciones: de presencia y sin presencia. La muchedumbre, la reunión popular, la asamblea, el parlamento constituyen series de *asociaciones de presencia* que se escalonan desde la más amorfa hasta la superiormente organizada. Con estas se desarrolla paralelamente la serie de las *asociaciones de presencia*: el público, la secta, la corporación. En muchos puntos el público se hermana con la muchedumbre, la secta corresponde a la asamblea, y la corporación es gemela del cuerpo representativo.

Reviste gran importancia esta última clasificación para establecer las propiedades que despliegan los grupos sociales. Dependen estas en uno de sus aspectos de las características de las unidades que componen el grupo. Pero cuando el pueblo se amontona en circunstancias excitantes, el mismo grupo refleja, no el yo normal de sus miembros, sino una

seudo-personalidad que se distingue por un estado mental de alta sugestibilidad, tensión emocional, gran credulidad y pensamiento confuso. En este caso los rasgos de la colectividad dependen en parte de la manera como se realiza la interacción entre sus miembros¹⁰⁸.

¹⁰⁸ Fuera de lo dicho arriba el carácter que exhibe un agregado humano depende en algún grado de su modo de combinación. Ross. Ob. cit., p. 148.

BASE Y CONDICIONES FÍSICAS DE LA SOCIEDAD

(Apuntes para una lección)

Carlos Wiese¹⁰⁹

La primera cuestión que se plantea en cada uno de los grados del conocimiento de la sociedad consiste en determinar, cómo y en qué extensión las actividades sociales de los hombres están afectadas por el medio natural que las ciencias de la naturaleza interpretan.

Esto se reduce simplemente a llamar la atención a una de las fases de la vida humana, la cual por el hecho de estar en íntima conexión con nosotros mismos se trata habitualmente con desdén. La sociedad, en efecto, aunque no está compuesta de animales, sigue su marcha sin el mismo mundo material en que los animales tienen su hogar. Toda cuestión social, por consiguiente, en último análisis, es cuestión de lo que ante todo debe hacerse con el suelo, el clima, etc. de la región donde nos alimentamos.

Por eso, aun cuando la Sociología no sea ciencia de la naturaleza, necesita formular algunas características generales de la base física de la sociedad, características que constituyen las condiciones de la existencia de esta.

Montesquieu, Herder y otros han insistido en la influencia de las condiciones físicas en las relaciones sociales; y mediante Darwin y Spencer, la selección natural, la lucha por la existencia, la supervivencia del mejor dotado y la adaptación al medio han llegado a ser expresiones comunes que indican la importancia atribuida al medio en que la sociedad vive¹¹⁰.

¹⁰⁹ *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 430-439.

¹¹⁰ La importancia del darwinismo sobre todo en esta materia es evidente. Sus teorías más interesantes han sido resumidas en forma clara por Ammon*:

1. Herencia: "En cada especie, los padres transmiten sus formas y cualidades, en todo lo que tienen de esencial, y en muchos casos también sus peculiaridades individuales, con extraordinaria exactitud, a sus descendientes".
2. Variabilidad: "A despecho de la reproducción fiel en muchos casos de las formas y cualidades paternas, hay sin embargo en muchas, siempre, pequeñas variaciones".
3. La lucha por la existencia: "Todos los individuos de una especie entran en competencia para la posesión de los medios existentes de subsistencia". Esto no se aplica universalmente al hombre. Algunos obtienen los medios de subsistencia sin luchar por ellos.
4. Selección natural: "En la lucha por la existencia los individuos más fuertes y los mejor adaptados a su medio tienen mayor probabilidad de conservarse que los más débiles y los que están menos adaptados a su medio; por eso los últimos mueren y no dejan descendientes". En la vida humana hay selección intelectual y social, tanto como natural.

Antes de establecer las condiciones físicas anunciadas más arriba, y con el objeto de que no se formule el cargo de que nuestra sociología plantea el materialismo, distinguiremos entre lo que pudiera llamarse el alma de la sociedad y su cuerpo. La primera -que está constituida por los factores psíquicos individuales- contiene los elementos supremos sociales, pero recibe la influencia de las condiciones naturales y requiere un medio natural, o un cuerpo, a través del cual expresarse. Entendemos por tal cuerpo todos los medios físicos que la sociedad necesita para manifestar sus sentimientos y deseos, pues no concebimos, cómo la mente en este mundo pudiera comunicarse con otra mente sin el intermediario de aquellos medios, como aparece visiblemente en el lenguaje, la mímica, la escritura y en todas las formas del arte.

Constituyen el cuerpo de la sociedad, además de los cuerpos de los individuos -que se clasifican entre los principales agentes físicos- los edificios destinados a fines sociales, las instituciones sociales; el correo, los caminos, los navíos, las herramientas y máquinas, los instrumentos bélicos, y demás creaciones sociales semejantes. Todos estos agentes, aun cuando indispensables, como lo son, para el mantenimiento de las relaciones sociales, no son lo esencial en la sociedad como lo indica su nombre de *medios*.

A pesar de todo, la distinción que acabamos de formular entre el alma y el cuerpo de la sociedad, se hace solo mentalmente, en gracia de la claridad; pero lo mismo en la sociedad que en el individuo, no puede existir entre ambos una separación absoluta. Mantiénense, al contrario, entre uno y otro, relaciones de interacción y de interdependencia estrechísimas al punto de que pueda decirse en cierto sentido, que la vida humana es un problema de acomodamiento de nuestras personalidades a la inexorable naturaleza material. Si la sociología se preocupa de los factores psíquicos en grado mayor que de los físicos, depende eso de que los primeros preponderan en último resultado.

Insistiendo aún más en la distinción que existe entre la sociedad misma y sus condiciones y operaciones físicas de existencia, muchos hechos observados contribuyen a fortalecer la

5. Teoría de la descendencia: "Las formas y cualidades que resultan de la variabilidad, se conservan y transmiten por medio de la selección natural, mientras las menos favorables se destruyen. Mediante el acrecentamiento de organizaciones ventajosas que se desvían de los tipos originales, pueden surgir nuevas variedades y especies". Esto ha sido muy controvertido. Como la teoría de la selección natural, tiene poca aplicación en sociedad.

Algunos de estos puntos se desarrollarán y aplicarán más adelante.

* Díe Gesellschaftsordnung und ihre natürlichen Grundlagen, p. 13-14

convicción que de esa distinción tenemos. Así la vecindad no constituye sociedad, pero proporciona oportunidades para la formación de intercambio social; la familia que incluye al individuo en un grupo biológico, no lo hace sin embargo miembro del mismo grupo social, y en verdad no necesita implicar sociabilidad, que resulta ser distinta de la consanguinidad; el estado como sociedad política, está constituido por funciones psíquicas, en tanto que el territorio, los edificios del gobierno, la maquinaria entera de fortalezas armamentos, etc., son únicamente medios de acción de aquellas funciones. De estos y otros ejemplos se deduce la conclusión de que ninguna acción meramente física reviste el carácter de social, aun cuando puede ser el resultado o la base de una acción social.

Con la distinción anteriormente establecida, la sociología llega a la conclusión de que la omnipresencia de las condiciones cósmicas universales alrededor y dentro de todo movimiento humano es el factor primario que debe estimarse en su valor relativo actual en cualquier análisis de un acto individual o de la situación de un grupo.

Esa influencia de las condiciones cósmicas universales, o de la naturaleza, se ejercita sobre la sociedad mediante los individuos, que representan sus elementos constitutivos en el sentido que se indicará más adelante.

Los individuos, en efecto, son los que reciben existencia de la naturaleza; su salud y carácter se modifican y tal vez se determinan por las condiciones cósmicas; sus ocupaciones, vínculos sociales, sentimientos, etc. dependen del medio físico; circunstancias y modificaciones todas que repercuten en la sociedad. Estas influencias naturales, de otro lado, pueden ser tan generales que afecten una región entera y también un continente, por razón de afectar a todos los individuos y mediante ellos a la totalidad social. También debe considerarse, para medir el grado de esta dependencia, que la naturaleza es un factor permanente, mientras que la sociedad que descansa en ella, como sobre su base, está sujeta a cambios constantes.

Pero los efectos de la naturaleza sobre el hombre no son los mismos en todas las circunstancias de la vida; y llega aun a suceder que el hombre consigue ascender sobre esa misma naturaleza. Mientras el hombre se conserva como ser principalmente físico permanece bajo el dominio de las condiciones cósmicas, presentándose a la vez como el hijo y el pupilo de la naturaleza. Este estado, sin embargo, se transforma, porque la naturaleza está sujeta a evolución, durante la cual desarrolla nuevas formas, en que la acción humana se presenta como causa poderosa, y porque en los tiempos históricos ocurren amplios cambios en las

condiciones sociales, conservándose esencialmente las mismas aquellas condiciones cósmicas. Así va creciendo la independencia de la sociedad del tutelaje de la naturaleza a semejanza de la que va adquiriendo el niño con la edad en relación con sus padres. Y se llega por último al estado en que el hombre se ha hecho más inteligente y poderoso y en que se introduce en la naturaleza para convertirse en poder director de las fuerzas físicas; las cuales entonces aparecen como expresión del pensamiento y del querer humanos. De esta manera la influencia de los factores físicos decrece con el adelantamiento de la civilización.

Pasando ahora a examinar en detalle la influencia de las condiciones naturales en la formación y desarrollo de la sociedad clasificaremos dichas condiciones en tres grupos, según que provengan: 1) de *factores externos*; 2) de la *herencia*; 3) de la *raza*.

1. A la acción lenta, pero constante, de los factores externos, "hay que atribuir las semejanzas de los grupos que habitan una misma región o regiones parecidas, y las diferencias de los que habitan zonas diversas. La repartición desigual de la población en la superficie del planeta está principalmente determinada por ellos. Lo mismo las tendencias fundamentales y uniformes que caracterizan a la especie humana, que las condiciones particulares que diferencian sus variedades, llamadas razas, no pueden tener otro origen que el medio físico¹¹¹.

A esta observación general se reduce lo que podemos decir con evidencia de las relaciones entre la naturaleza y los diferentes fenómenos sociales, que Ratzel ha pretendido precisar en lo que llamó Antropogeografía. Es imposible ir más allá por la ignorancia en que nos hallamos de la mayor parte de los cambios ocurridos en la superficie terrestre y de los concordantes con ellos en la temperatura, en la humedad, en la dirección de los vientos, en todos los fenómenos meteorológicos que hoy mismo desconocemos por completo. Además hay que tener en cuenta que de todas las influencias, la que corresponde al medio físico es la de efectos más lentos y graduales.

Puédese con todo establecer que entre las consecuencias más importantes de los fenómenos geológicos y meteorológicos están las grandes inmigraciones y emigraciones que determinan. Las localidades que resultaban inhabilitarles por el cambio de clima o las inundaciones eran abandonadas; en cambio, las regiones abundantes en agua, en yerba o en frutos favorecían la

¹¹¹ Mariano H. Cornejo. *Sociología General*, p. 364.

concentración de los grupos y su cruzamiento. La dirección que en su marcha siguieron esos grupos tuvo que ser determinada por las facilidades u obstáculos que ofrecía la ruta.

Prescindiendo de la influencia del medio físico en la variedad de las razas humanas, que se ha indicado en el párrafo anterior, así como en la constitución de los temperamentos, los rasgos físicos y los instintos ya fijados del hombre se modifican, atenúan o vigorizan, cuando los que los poseen cambian de localidad.

Parece que el primer lugar entre esos factores físicos corresponde a las condiciones de fecundidad o esterilidad del territorio, a su capacidad para producir esta o la otra clase de vegetales o animales. Esta capacidad está vinculada a las condiciones del clima, a tal punto que el desierto y la selva, cuyas influencias sociales divergen tanto, son dos fenómenos climatológicos. Después viene la topografía, el carácter llano o accidentado del terreno, los ríos, los lagos, los manantiales y valles que contiene, su distancia del mar¹¹².

Las diferencias del clima dependen principalmente de los diferentes grados de calor, de humedad y de presión. Los efectos de los climas que resultan de la combinación de estos elementos son visibles en la actividad del organismo, y por lo tanto, acumulados de generación en generación producen importantes consecuencias sociales.

La vida en general solo es posible dentro de límites bien marcados de calor, y la vida social, que representa un exceso de fuerza, supone desde sus primeros grados una abundancia mayor de especies vegetales y animales útiles¹¹³.

Los accidentes del territorio y su flora y fauna son los más importantes entre aquellos factores físicos¹¹⁴. Dichos accidentes y la posición geográfica son causa del aislamiento o de la

¹¹² *Ibíd.*, p. 276.

¹¹³ En lo que respecta al clima casi más de la mitad de la superficie terrestre se presenta desfavorable para cualquier concentración de grupos humanos. Las cordilleras de montañas, los desiertos, las selvas tropicales y las regiones intensamente frías de ambas zonas árticas, constituyen esa parte inhabitable del mundo. Casi toda Norte América puede ser habitada por el hombre, pero existen extensas áreas en que no se consigue fácilmente la subsistencia. En menor grado sucede esto en Sud América. En Europa se ve comprobado que las regiones de población densa están en los fértiles valles del Po, del Rhin, del Sena y del Támesis. En Asia los millones de la India y de la China háyanse concentrados en los valles del Ganges, del Indo y de los ríos Amarillos.

¹¹⁴ La fertilidad agrícola sin embargo, no es siempre la causa determinante de la agrupación. Los recursos minerales, la facilidad para la manufactura y el comercio pueden atraer numerosas poblaciones en localidades que difícilmente suministran recursos alimenticios de su propio suelo. Pero en el curso natural del proceso social, las regiones que son aptas para exportar materias alimenticias se convierten, con el tiempo, en centros de población densa si el comercio y la manufactura se hallan desarrollados, sobre la base de los productos agrícolas. Actualmente los

comunicación en que viven los hombres. Tratándose de la geografía marítima; por ejemplo, se constata que la movilidad social y la extensión de los cambios no han adquirido valor planetario, si es permitido expresarse así, sino desde el día en que los hombres supieron adaptarse y adaptar su técnica industrial a las condiciones de la existencia marítima¹¹⁵.

En las relaciones del terreno con la organización económica se nota, por último, que el pastoreo es una consecuencia directa de los factores físicos e independientes de los biológicos y sociales, lo cual no sucede con la agricultura, que requiere, por lo menos para su desarrollo, de ciertos estímulos sociales. Pero si los llanos ricos en yerba son favorables a los primeros pasos de la vida social, nada hay más contrario a ella que los bosques, donde junto con la exuberancia de la flora debía ser en los primitivos tiempos un inconveniente la existencia de especies hostiles al hombre.

La naturaleza ejerce además una influencia más directa sobre el espíritu del hombre que la que se produce mediante la salud, el vigor y el ejercicio corporal modificados, disminuidos o acrecentados por la acción general del medio, del clima, los accidentes y la posición de los terrenos. Débase aquella influencia a la impresión de los fenómenos físicos en los sentidos, principalmente, del ojo y del oído. La imaginación y las emociones se afectan en mayor grado en la época de la conservación del estado de naturaleza, cuando el hombre no reflexiona y posee solo reducida sustancia cerebral, cuando el contacto social lo gira dentro de esfera muy limitada. Pero se ejercita mirada más extensa e intensa en un grado superior de desarrollo con la satisfacción que se produce en el espíritu ante el magnífico escenario de la naturaleza y gracias al impulso que recibimos hacia el estudio de las fuerzas que la mueven.

2. La herencia de las cualidades paternas es el más importante de los factores biológicos. Solo puede influir directamente en la sociedad en el caso de que sea capaz de fijar las modificaciones que imprime la vida social, y se reduce únicamente al temperamento, dando así una base al carácter, determinando la mayor o menor fuerza de la voluntad, haciendo los sentimientos más o menos hondos y la reflexión más o menos eficaz. Produce sus efectos, como todas las leyes naturales, únicamente cuando no está contrariada por otras leyes.

países que exportan trigo en grandes cantidades, como los Estados Unidos, Rusia, India, Australia y la República Argentina aumentan rápidamente su población.

¹¹⁵ Camille Vallaux, *Geographie Sociale*, p. 343.

3. Relacionase la herencia con las razas humanas que ella forma sobre la base del principio de que lo que es ocasional y accidental tiene menos probabilidades de convertirse en hereditario, que lo que se ha establecido y transmitido sin interrupción por millares de años. Pero el concepto de raza es menos extenso que el de herencia, porque se refiere exclusivamente a las peculiaridades físicas o mentales que se generalizan, esto es, que son transmitidos de padres a hijos, con relativa constancia y uniformidad, en un grupo más o menos numeroso de personas.

Explicase la formación de la raza admitiendo como probable que en los primitivos grados del desarrollo de la humanidad algunas cualidades del hombre se hicieron estacionarias en lo que tenían de más importante, y ejercieron desde entonces una influencia permanente en la sociedad. Ocurrió la fijación de esas cualidades en la edad prehistórica tal vez en los tiempos medios de las condiciones primitivas, habiéndose producido antes una considerable mezcla de pueblos diferentes. Se mantuvieron desde entonces los tipos raciales y afectaron profundamente el carácter y los movimientos sociales.

Ahora, así como la naturaleza es el fondo físico de todas las variantes humanas, así también la raza es el fondo permanente de todas las variedades dentro de los límites de su especie, variedades que se producen; pues en las razas, lo mismo que en las especies, la evolución puede variar los tipos. Nos hallamos sin embargo en la imposibilidad de explicar el origen de la raza y su grado de permanencia; y sería aventurado predecir las peculiaridades raciales futuras partiendo de las que hoy existen.

La influencia de la raza, aunque evidente, se nos presenta completamente incierta, porque su unidad desaparece en la confusión del pasado y tiende a disolverse en el porvenir, y porque los límites fisiológicos de la capacidad para la civilización de los grupos juzgados más diferentes no pueden definirse. Es imposible además distinguir en un estado de cultura lo que se debe a las facultades étnicas de lo que corresponde a los factores físicos y a las condiciones sociales.

En resumen y conclusión, la Naturaleza es el hogar del hombre, el cual la arregla y la adorna con los materiales que ella misma le suministra, llegando luego aquél a determinar las funciones de ese hogar, pues consciente o inconscientemente emplea las condiciones físicas como medios para conseguir sus fines. Por este camino, el verdadero progreso consiste en una gradual humanización de la Naturaleza, proceso en que esta limita al hombre, en tanto

que este la limita también para realizar sus propósitos, absorbiendo y dirigiendo por intermedio de la sociedad, a las fuerzas naturales¹¹⁶.

Y formulando el problema de este capítulo y el de la sociología en cada grado del conocimiento e interpretación de la realidad social, podemos reducirlo a la siguiente cuestión: ¿Cómo y en qué extensión las actividades humanas que dicha ciencia estudia se hallan afectadas por el medio natural que las ciencias del mundo físico interpretan?

Al tratar de dar solución a ese problema, la sociología encuentra, como ya se dijo, que la omnipresencia de las condiciones cósmicas universales rodea e interviene en toda acción humana, y que, por consiguiente, algunas de las fuerzas sociales no son sociales del todo. Pero de otro punto de vista, la misma sociología, descubre que la Naturaleza está siempre presente en la realidad social; y que, igualmente, no es todo lo que está presente.

Por lo tanto al considerar cualquier problema social debemos preguntar ante todo: ¿En qué proporción interviene la Naturaleza en la situación que ha generado dicho problema? La respuesta en muchos casos será que esa proporción representa una cantidad inapreciable; en otros nos suministrará la única clave de aquella situación, con el objeto de distinguirla de otras semejantes, pero que resultan diferentes por cuanto han sido generadas bajo condiciones físicas también diferentes.

Bibliografía

Mariano H. Cornejo. *Sociología General*.

Antony Giddings. *Elements of Sociology*.

Albion Small. *General Sociology*.

John Henry Wilbrandt Stuckenberg. *Sociology. The Science of Human Society*.

G. Vallaux. *Geographie Sociale*, Le Mer.

¹¹⁶ John Henry Wilbrandt Stuckenberg, *Sociology. The Science of Human Society*, Le Mer, VI, p. 75.

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA SOCIEDAD

(Apuntes para una lección)

Carlos Wiese¹¹⁷

La interpretación mecánica de la sociedad que formuló Spencer en sus *Primeros principios*, así como su concepción posterior en los *Principios de Sociología*, de que los hechos sociales admitían una doble explicación, la objetiva y la subjetiva, reposan sobre un postulado que no acepta nuestra sociología. Parécenos inadmisibles aquella concepción porque después de explicar las actividades humanas en términos del motivo, vuelve a explicarlas en los de la energía, y porque el proceso de integración, diferenciación y segregación entre los hombres que describe Spencer difiere del proceso de la evolución cósmica al que pretende asimilarlo.

Otro error más general consiste en la afirmación de que los fenómenos sociales emanan de la interacción de dos clases de factores, uno externo y el otro interno, tales como la "raza y la localidad", "el hombre y el medio", "la población y el territorio". Muchos de los ejemplos que se ponen para sustentar dicha teoría, no la apoyan en realidad, pues se ve que en ellos aparecen como causas próximas las voliciones humanas, y no los rasgos del medio físico.

Tampoco pueden identificarse los elementos de los hechos sociales con las *necesidades*, más que con las *exigencias*. Habitualmente necesidad significa lo que creemos que los hombres deben exigir.

Para formarse una teoría adecuada de la sociedad y del proceso social es preciso ante todo poseer un íntimo conocimiento del individuo humano, de quien se ocupan la biología y la psicología en su estado de elaboración; la sociología lo supone ya como un producto acabado, o por lo menos, estudia en él ciertos aspectos constantes admitiendo que hay además otros propios de aquellas otras ciencias.

En este orden encontramos que el individuo es interesante para el psicólogo como *centro* del conocer, sentir y querer, y para el sociólogo cuando lo concebimos como conociendo, sintiendo y queriendo *algo*, es decir como centro de actividades que ejecuta algo fuera de la serie psíquica.

¹¹⁷ *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 501-508.

Mediante un análisis semejante, después de encontrar las exigencias correspondientes a los animales de la escala zoológica, establecemos que el individuo refiere sus deseos correspondientes a sus actividades de conocer, de sentir y de querer a determinados *intereses* universales, y que puede por ende ser concebido como un término complejo cuyos factores deben ser estudiados y comprendidos. Los deseos más inmediatos a la observación, o los intereses correspondientes, más alejados de ella, constituyen, en resumen, los factores del individuo social, siendo esos intereses como el *substratum* hipotético de las regularidades de conducta que las actividades de los individuos desarrollan.

Ahora, reuniendo en un solo concepto los de deseo y de interés, bajo esta última, denominación en gracia del método y de la claridad de la exposición, tendremos, ante todo, que ese término debe entenderse en el sentido teleológico, no en el psicológico. Definido así el "interés" de una manera tal vez muy abstracta resulta ser una capacidad no satisfecha correspondiente a una condición también no satisfecha, y que es predisposición a un reacomodamiento que se encamina a realizar esa condición.

Y como entre la capacidad y la condición de que se trata ocurren meramente como acontecimientos de la serie de otros varios las necesidades y exigencias humanas, los intereses considerados en su existencia latente, y la realización de su satisfacción parcial constituyen el último término para calcular en sociología. Por eso dice Small, que "el proceso entero de la vida, en cuanto lo conocemos, considerado sea en su aspecto individual o en su aspecto social, es, en definitiva el proceso de desarrollar, concordar y satisfacer intereses"¹¹⁸.

Esta concepción, sea dicho de paso, nos conduce a considerar a la sociedad como una combinación efectiva de fuerzas sociales, no como una combinación de individuos, en el sentido vulgar de esta palabra; es decir, que una sociedad no consiste en el saber, la riqueza y la energía de sus miembros combinados, sino únicamente en la cantidad con que contribuyen con esos mismos elementos. Cada asociación, de esa manera es cierta *clase* y cierto *grado* de energía, dependiente de la participación de sus socios.

Los "intereses" en la acepción que se ha atribuido a este término más arriba, tienen todos un aspecto subjetivo y otro objetivo. El primero, que es el deseo, consiste en la fuerza o capacidad primaria no satisfecha que emana de la conciencia; el otro, que constituye el interés

¹¹⁸ *General Sociology*, p. 433 in fine.

propriadamente dicho, es la condición que se satisface. La conducta moral, por ejemplo, considerada como la armonización actual de la persona que la observa con otra persona, es el "interés" de aquella en sentido objetivo; pero al mismo tiempo concebimos que algo impele a la persona, aun cuando sea inconscientemente hacia una conducta moral, y esto es el interés como capacidad no satisfecha en el sentido subjetivo. El tránsito de los intereses humanos del estado latente subjetivo e inconsciente a la forma activa, objetiva y consciente, se realiza, por lo demás, progresivamente.

Considerando, en seguirlo, la complicación que resulta de colocar en un solo plano los dos orígenes de la acción social, en vez de clasificarlos en dos se distinguen los deseos de los intereses, según Ross¹¹⁹. Aquellos son las fuerzas primarias que emanan de la conciencia; estos, los grandes complejos tejidos con multicolores cordones de deseos que modelan la sociedad y hacen la historia, elementos todos constitutivos de la sociedad, de naturaleza psíquica y no mecánica.

Llegando ahora a la división de los deseos e intereses sobre la base de la clasificación anterior, tenemos que los deseos no pueden reducirse a uno solo como insiste en sostenerlo el hedonismo; es decir, al deseo de proseguir esta sola cosa: el aumento del máximo del placer y la disminución del mínimo del dolor. Esto resulta de una atenta observación.

En primer lugar existen en el hombre los instintos que aparecieron primitivamente en la raza, antes de que esta estuviese en aptitud bastante para clasificar las acciones como productoras de placer o de dolor. Muchos de esos instintos son inútiles o insignificantes en las presentes condiciones de la vida. Después existen los impulsos, y muchos de estos como los productores del pánico, de los linchamientos y de los motines, por ejemplo, no son formas del acercamiento al placer, sino manifestaciones del miedo, el odio, y la sed de sangre. Además la criatura humana bajo ciertas condiciones es enérgica y despliega actividades mediante débiles estímulos. Y, por último, la acción de la razón crea intereses, así como los destruye, y existe en la mente colectiva un factor que nos saca fuera de nuestro curso natural, obligándonos a proseguir las satisfacciones propias de la naturaleza de la clase social más influyente.

¹¹⁹ *The Foundations of Sociology*, p. 168.

En conclusión, los deseos humanos son muchos e irradian desde los diferentes centros de los motivos de acción. Afirmar que irradian, por cuanto todos tienen un componente de placer, es ir muy lejos.

Pueden clasificarse aquellos deseos, atendiendo más inmediatamente a su naturaleza, sin considerar las funciones que generan, en *naturales* y *cultivados*. Preséntense los primeros en todos los hombres, y emergen los segundos evidentemente solo después que se han realizado algunos adelantos de la cultura.

Agrupase los deseos naturales en las siguientes clases:

- a. **Apetitivos:** Hambre, sed y apetito sexual.
- b. **Edónicos:** Miedo, aversión al dolor, amor fervoroso, quietud y placer afectivo.
- c. **Egóticos:** Son estas exigencias de la *persona* más que del *organismo*. Comprenden la vergüenza, la vanidad, el orgullo, la envidia, el amor de libertad, de poder y de gloria. El tipo de esta clase es la ambición.
- d. **Afectivos:** Deseos que tienen a otros seres como su objetivo: sociabilidad, amor, odio, rencor, emulación, cólera, venganza.
- e. **Recreativos:** Impulsos al juego, afición a expresarse uno mismo.

Los deseos cultivados, que están claramente diferenciados únicamente en hombres civilizados son:

- a. **Religiosos:** Estados que conducen al éxtasis religioso.
- b. **Éticos:** Afición a practicar actos honrados, sentimiento de justicia.
- c. **Estéticos:** Deseo de los placeres de percepción, como, por ejemplo, goce de "lo bello".
- d. **Intelectuales:** Curiosidad, inclinación a conocer, aprender y transmitir.

En tanto que el estudio de las exigencias naturales pertenece a la antropología, el desarrollo de los deseos cultivados en relación con la asociación y la presencia de la cultura corresponde a la sociología.

Respecto del segundo grado de las actividades humanas, Small¹²⁰, clasifica los deseos humanos dentro del nombre comprensivo de intereses, en intereses por la *salud*, la *riqueza*, la *sociabilidad*, el *saber*, la *belleza* y la *justicia*. Tales intereses son para dicho sociólogo, afinidades latentes en las personas que presionan a estas para su satisfacción, sea que ellas tengan o no conciencia de ellos, y se distinguen unos de otros por las esferas de actividad en que los individuos entran y se colocan en la marcha que emprenden para realizar su personalidad.

El profesor Ross ya citado, encuentra defectuosa la clasificación enunciada al principio. En lugar de esta última fórmula otra en los siguientes términos:

Existen ciertos enormes complejos de bienes que sirven como medios para la satisfacción de una variedad de necesidades. Esos complejos son la *Riqueza*, el *Gobierno*, la *Religión* y el *Saber*. En relación con esa satisfacción las diferentes fuerzas elementales sociales se manifiestan por eso en impulsos que se mueven conjuntamente y forman los intereses *económicos*, *políticos*, *religiosos* e *intelectuales*, los cuales constituyen de una manera efectiva las principales fuerzas histórico-genéticas¹²¹.

El *interés económico* tiene su raíz en las exigencias del hambre y del frío. Como estas se refieren a cosas materiales, preparan a los hombres para las actividades adquisitivas de riqueza. Sin embargo, al fin todas las clases de deseos pueden reclamar bienes, y de esa manera estimulan la avaricia hasta un extremo vituperable.

En general, el deseo de riqueza varía directamente con su capacidad de promover la satisfacción de los varios deseos. Y por cuanto esa capacidad se modifica con los lugares y con los tiempos, *el valor de la riqueza está sujeto a alza y baja*.

Se supone que cuando los bienes espirituales se sacrifican a los materiales, la fluctuación en la estimación de unos y otros se originan del lado de los espirituales. Las exigencias materiales, se dice, participan de la estabilidad del organismo mismo. Lo variable son las aspiraciones al bien, la verdad y lo bello. Esta interpretación es probablemente falsa. Generalmente lo que fluctúa es la estimación de la riqueza y no la de la salud, la libertad o el honor, porque estos bienes son fundamentales y, por tanto, relativamente permanentes.

¹²⁰ Ob. Cit., chap. XXXL

¹²¹ Ross. Ob. Cit., p. 170.

En el hecho no necesitamos explicar el curso sinuoso de la estimación de los bienes espirituales por la razón de que ha existido alteración en la energía de las exigencias humanas. Mientras que la riqueza sea un medio, su importancia criará constantemente por cuanto cambia el poder de los bienes materiales para satisfacer el deseo.

Esto resulta de las transformaciones en la *técnica* o en la *opinión*. En el primer caso, la posibilidad de convertir los bienes en otros aumenta en cada cambio el deseo de riqueza en general. Sin embargo, lo que afecta más la importancia de los bienes materiales es la alteración de la costumbre y la opinión.

Otros movimientos han elevado de otro lado el valor del mérito y del esfuerzo personal, quitando al lucro algo de su poder brutal.

La lucha en esta esfera se presenta con carácter de indefinida, pues mientras el crecimiento de la personalidad limita el poder del dinero, por una parte, el desarrollo de la técnica lo está ensanchando por la otra.

El *interés político* se deriva de las muchas clases de satisfacciones que procura un centro de poder. Las primeras fuerzas constructoras del Estado fueron el amor a la riqueza y el miedo, en el sentido de que los grupos se unieron para atacar o resistir. Estas fuerzas están fuertemente apoyadas por el amor del poder que impele al soberano a ejercer las funciones gubernativas en mayor proporción que la necesaria. De aquí se sigue una lucha para obtener del gobierno las garantías de los derechos y libertades individuales. Finalmente se reconoce que la distribución de la riqueza en una era de la producción social depende del Estado y el pueblo lucha con las clases por la posesión del poder. Durante estas cuatro fases -militar, civil, liberal y social- del interés político, el agrupamiento de los hombres tiene que depender de sus sentimientos políticos y la política se convierte en un factor de la historia.

Siendo derivado el interés por el Estado, varía según la importancia de lo que esa organización social ejecuta, y cuando se separan de él las organizaciones industriales y religiosas se prosigue la cultura libremente, y la opinión pública lo reemplaza en la función de regular la conducta de la colectividad. Aparece entonces el aspecto no político de la sociedad y el Estado pierde su rol prominente en el drama de la historia.

El *interés religioso* contiene un factor original en el deseo del éxtasis; pero como la riqueza y el gobierno, la religión ha sobrepasado ese primer impulso y se ha insinuado en muchas vías de

deseos. La primera fuerza no religiosa es el temor. Después de haber afianzado su seguridad, el hombre trata de utilizar a los dioses dándoles importancia económica. Cuando el sentido ético se pone en actividad, aparece la intervención de los dioses, en la conducta humana y luego la religión invade el campo de la filosofía. Por último esa institución se convierte en peldaño para subir al poder o para moderar ambiciones.

De esa manera la religión ha recorrido la gama entera de las pasiones. Ha sido el núcleo agitado de la creencia. Temor, avaricia, sensualidad, sociabilidad, gratitud, ambición, instinto de libertad, impulsos éticos y cultivos intelectuales, en una u otra época, han cooperado con el deseo especial religioso para elevar la religión a la altura de una fuerza operante en la historia.

El *interés intelectual* es así mismo una mezcla de varios deseos. Reducido a sus primitivos componentes su papel habría sido insignificante; pero esos componentes han sido reforzados de varios modos. En primer lugar la superioridad intelectual satisface un deseo egótico. Luego las ciencias han sido cultivadas por cuanto saber es poder. Y como las ideas especulativas, además de amoldar las existencias y modelar instituciones, han unido o separado a los hombres, el interés intelectual se considera como un factor histórico importante.

LA UNIDAD SOCIAL

(Apuntes para una lección)

Carlos Wiese¹²²

Los deseos e intereses que constituyen los elementos de la sociedad residen en los individuos o personas, y de aquí que ellos sean considerados habitualmente como la unidad social fundamental.

Pero si bien se examina, el ser humano tal como constituye la unidad antropológica no puede ser reducido a la condición de "célula" en un "organismo social". Solamente una parte del hombre, su parte espiritual está amoldada por la asociación. Tiene hambre, cansancio o sueño como tal hombre, no como *socius*. Muchos de sus instintos, impulsos y pensamientos son presociales o, si se prefiere, extrasociales. De otro lado, la asociación en todas sus formas depende de una relación de acción consistente en afectar psíquicamente el alma o la mente de otro individuo. Esa especie de relación constituye la acción directamente social, a diferencia de la indirectamente social, como en el caso de la acción del individuo sobre sí mismo por la educación o del cultivo de la tierra, en que no hay relación inmediata de un ser humano con otro.

Frecuentemente sucede, por eso, que los individuos pertenecen a varias asociaciones; pero ¿si pertenecen efectivamente a una sola, que llamaremos "sociedad", cómo, al mismo tiempo, pueden pertenecer a otra? En segundo lugar, el hecho de que muchos aspectos o asuntos del individuo se mantengan en la condición de privados, demuestra que lo que concierne a su personalidad es distinto de lo que toca a la sociabilidad¹²³.

Los individuos no entran, pues, en la sociedad para formarla a la manera como los sumandos forman la suma (1+1+1+1), ni a la de los granos de arena en una medida métrica o para chocar

¹²² *Revista Universitaria*, 1910. Año 5, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 509-517.

¹²³ Se puede demostrar por el procedimiento de la analogía con las matemáticas que la sociedad no está compuesta de individuos. Es un axioma que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí. Supongamos que doce hombres organizan una asociación científica; después, para su recreo, un club de whist. Si, ahora, las sociedades se componen de individuos, entonces la asociación científica y el club de whist son iguales a los mismos doce hombres; por consiguiente, la asociación científica es un club de whist. Poniendo C por la asociación científica, W por un club de whist, A por los doce hombres; tendremos la fórmula: C=A; W=A; luego: C=W (Stuckemberg, *Sociology*, V. I, chap. IV, p. 97 ni fine y 98).

exteriormente y rechazarse como lo hacen las bolas de billar lanzadas una contra otra en el tablero.

Luego observamos que el individuo refleja a la sociedad y que esta a su vez refleja al individuo. Resulta de aquí que ni este da forma a la sociedad, ni tampoco que la sociedad pertenezca al individuo. Como organismo compónese la persona humana de muchas fuerzas, de las cuales algunas le son peculiares y otras son sociales y pertenecen a la sociedad. Así en el seno de esta la vida individual se hace más definida, la personalidad más acentuada y valiosa. Y en las relaciones de la vida moderna el individuo colocado en el centro a donde convergen las avenidas de ella comienza su carrera con el capital de su personalidad; pero no sabe desde luego escoger la avenida que le conviene, el lugar donde colocará esa personalidad, qué vida se dará a sí mismo y qué energías dará a la sociedad. La determinación de todo eso constituye la porción de lo social dentro del individuo.

Así como no se toma como unidad de la investigación sociológica al individuo antropológico no puede adoptarse tampoco el *órgano social*, entendiéndose por esto el grupo funcional. Los lazos sociales aparecen tanto en las *relaciones* como en los agrupamientos. Aquí existen, por ejemplo, amigos, camaradas, con socios que se determinan unos a otros, y también hay un nexo entre apóstol y discípulo, jefe y partidario, principal y dependiente, cura y feligrés, señor y vasallo.

Pero ni aún el grupo y la relación agotan los aspectos de la vida social. Estos son hechos objetivos; pero hay otros subjetivos que reclaman la atención del sociólogo, como son los mitos, las ciencias y las artes creadas por los esfuerzos comunes de los hombres y por los acuerdos consiguientes a su interacción.

Algunos han pensado en unir los hechos subjetivos con los objetivos adoptando como su unidad la *institución*. Esto es demasiado exclusivo, porque la institución no comprende grupos temporales, tales como la multitud, ni las formaciones sociales ilícitas.

Sugieren otros que se adopte como unidad el *imperativo social*, por cuanto no solo nuestras relaciones con los demás son materia de vigilancia social, sino también nuestra vida privada. Pero además de la institución -que es una relación sancionada- y el imperativo -que es una acción o creencia también sancionada- existen importantes *uniformidades* de creer, actuar o sentir, que en manera alguna obligan a los individuos. La imitación o la influencia de un medio

común extienden sobre una población grandes capas de saber, opinión o deseo, las cuales mantienen la forma de la vida colectiva. Sobre esas plataformas de la opinión o del querer comunes se erigen imperativos e instituciones. Pero los fenómenos de las multitudes, llamados "corrientes sociales", que son también uniformidades, no dejan un precipitado en aquellas formas.

Las cinco unidades consideradas -grupos, relaciones, instituciones, imperativos, uniformidades- son *productos*. Preceden al individuo y le sobreviven; amoldan las vidas y disponen de los destinos de los hombres. Sin embargo han nacido al mismo tiempo de las acciones e interacciones de los hombres. Para comprender su génesis es preciso ascender al hecho primordial conocido con el nombre de *proceso social*.

Sobre esta base puédase intentar la resolución de la dificultad que ofrece el problema de la determinación de la unidad social. A pesar de todo lo que se ha dicho, encuéntrase siempre que el individuo es la única unidad posible para explicar la sociedad, aun cuando no sea por mucho tiempo la unidad concebible; que "es lo único que esta, realmente presente, pero que jamás está presente"¹²⁴. Pero el individuo constituye la sociedad únicamente con lo que da de sí mismo a sus semejantes, contribución que varía en cantidad y calidad. Así vemos que una persona se da mucho a una asociación en que está intensamente interesada, y que se preocupa menos de otra en que ese interés es reducido.

Con esta aclaración fundamental, y considerando que el individuo (*individuum*) es un ser que no puede dividirse sin destruir su esencia, que es una entidad que, aun cuando depende de otros por su origen y por su permanencia, se presenta acabado o completo por sí mismo, la sociología habla de él sin preocuparse de las distinciones que sea del caso hacer mediante el análisis psicológico o siguiendo las hipótesis metafísicas.

Ahora, para establecer la naturaleza de ese individuo humano, cuando se le considera como ser consciente y no en meras relaciones pasivas (esto sucede con un pedazo de la materia), se debe notar que él actúa siempre refiriéndose a fines que pueden clasificarse dentro de los grupos de los deseos y de los intereses que constituyen los elementos de la sociedad. Volviendo, por consiguiente, al antiguo termino de "interés" sacamos la siguiente fórmula para precisar lo que el individuo humano resulta ser en último análisis: primero, el individuo

¹²⁴ Small, *General Sociology*, Ch. XXXII, p. 443.

humano es una combinación de los deseos (aspecto subjetivo); y segundo, las condiciones de la satisfacción humana consisten en variaciones de las exigencias (aspecto objetivo).

Las proposiciones anteriores implican, que, por lo que concierne del individuo este no se pone ni puede ponerse en movimiento, sino al impulso consciente o inconsciente uno o más de sus deseos convertidos en intereses. Es cierto que existen individuos que jamás han experimentado los deseos intelectuales, por ejemplo, y que no abrigan el interés correspondiente; pero estos deben clasificarse en la categoría de aquellos en quienes el proceso de la vida no ha atravesado todas sus formas típicas.

De otro lado, los deseos y exigencias del verdadero individuo humano que la sociología toma como unidad social, no están invariablemente determinados en cantidad o calidad; ellos no son a la manera de una serie de puntos matemáticos. Al contrario, pueden representarse, así como están colocadas muchas superficies contiguas que se alargan fuera de ángulos cuyas áreas comienzan a sobrepasarse en un momento y cuyos lados se extienden indefinidamente.

Por último, el proceso social en toda su extensión, o la porción del mismo comprendida en los límites de una vida individual, es una resultante de reacciones entre los deseos e intereses generales, primeramente, dentro del mismo individuo; a continuación, en las relaciones entre individuos; pero siempre en su variada reciprocidad con el medio inconsciente físico. Cada uno de esos deseos e intereses está condicionando y es condicionado por cada uno de los demás.

En resumen, el individuo aceptado por el sociólogo como su unidad operante; es la persona humana dotada de deseos que generan grandes complejos de bienes llamados intereses. Todas las ocurrencias de la asociación humana son funciones de aquellos factores constituyentes de los individuos en reacción con los factores variables de las condiciones externas a las que se debe la creación de los diferentes medios en que aquellos viven.

Concordando lo anteriormente establecido con las enseñanzas de la experiencia llegamos a decir que la vida de los hombres como individuos o como grupos ha consistido siempre en un proceso de obtener correlación y satisfacción de los deseos e intereses. Como primera consecuencia de esta percepción, en cuanto al método, se presenta la tarea de aprender a encontrar a los individuos reales comprometidos cuando se investiga una situación actual o pasada. En seguida aparece la de descubrir el estado de las instituciones mantenidas por la asociación de que se trata para el servicio de los deseos e intereses.

Y para emitir juicios justificados sobre las causas de las ocurrencias sociales, se debe en cada caso poder exponer aproximadamente el contenido y la combinación de aquellos deseos variables en los individuos respectivos. De otro lado, se debe conocer el funcionamiento de los diferentes grupos de instituciones que han tenido su razón de existencia en el servicio de esos deseos. Además, tenemos que determinar el valor de los procesos de la vida pasada y presente y que reconstituir su conjunto entero, para formular acertadamente juicios respecto de las especies y cantidades de satisfacción que las personas empeñadas en ellos experimentan.

En este camino la cuestión que la sociología se propone resolver respecto de cualquier momento de la conducta humana puede formularse así: ¿La conducta en cuestión contribuye o no al mayor o mejor desenvolvimiento, armonización y satisfacción de los intereses conocidos como típicamente humanos?

El análisis cualitativo de los individuos que precede se completa observando la manera como se transforma el individuo en el curso de su vida. Comienza el drama por la acción de las energías que tienen su base en el animal humano (deseos apetitivos), los cuales se diferencian en impulsos que son la causa de la irradiación de las acciones de ese animal. El individuo que llega a la existencia mediante esa diferenciación es la resultante de los diferentes intereses que luchan entre sí dentro de su personalidad. En seguida, el desarrollo de ese individuo, y de todos los individuos combinados, es lucha persistente, de un lado, de todos los deseos e intereses dentro del individuo, en virtud de la cual este es lo que resulta ser en un momento dado, y, de otro lado, de la combinación de esos intereses de un individuo en relación con los intereses de los demás.

Observamos, en otros términos, que el verdadero argumento del drama humano desde sus primeros días hasta los últimos consiste en la composición del individuo. En esta labor la lucha de dos intereses cambia a ambos, pero también produce al individuo como composición de los mismos. Por eso cuando estudiamos cualquiera sociedad de seres humanos no encontramos un material bruto, sino individuos que son productos completos de una etapa de labor y que se rehacen y recomponen por la combinación repetida de sus intereses en cualquier momento. Véanse, para ilustración, los tipos de "cura católico", de "señorita limeña" o de "maestro de escuela" de hoy y del primer tercio del siglo pasado o del siglo dieciocho.

El individuo que encontramos activamente, por consiguiente, en casi todas, sino en todos los escalones del crecimiento social, aún el más rudo, es un compuesto de los deseos humanos. En la vida de cada individuo los exponentes y los coeficientes de cada uno de esos deseos e intereses cambian de valor de innumerables maneras. Y en la serie de los acontecimientos humanos la solución final se encuentra siempre en la lucha que se realiza dentro de los mismos individuos para la transformación del valor relativo de aquellos intereses. El resultado de esta lucha subjetiva está en la transformación del valor del individuo en la lucha social, la cual reproduce el proceso individual en más amplia escala.

Con lo anteriormente establecido hay una base para discutir las teorías del *individualismo* y del *colectivismo*, que tanta importancia tienen en todos los problemas de la organización social, económica y política, principalmente.

El individualista aceptando como postulado que los individuos son seres independientes, existencias que se bastan a sí mismas, sostiene que la sociedad se constituye por y para el individuo. Consecuencia de esta concepción eran las fórmulas de los teóricos políticos y economistas del siglo XVIII; "No gobernar demasiado"¹²⁵; "Dejad hacer y dejad pasar"¹²⁶; "Propiedad, seguridad y libertad, he aquí todo el orden social"¹²⁷; "El mundo marcha sin ayuda"¹²⁸; y todas las del *nihilismo gubernativo*.

De otro lado, el colectivismo mira a la sociedad como una entidad que tiene existencia propia, aun cuando sea independientemente de los individuos, o por lo menos mediante y a través de las mezclas y sub mezclas de los individuos. El individuo existe por consiguiente para la sociedad y más especialmente para el Estado. Comprende este sistema todos los que en política y economía dan extraordinaria importancia a la maquinaria social y que apagan la iniciativa individual.

Estas dos teorías extremas resultan falsas del punto de vista de la fórmula de la vida en los términos de su actividad, según la observación psicológica y sociológica. Individuos y sociedades en aquella fórmula son aspectos unos de otros; no medios recíprocos. Una sociedad, dícese de un lado, es una combinación de actividades personales. Una persona,

¹²⁵ Argenson

¹²⁶ Gournay

¹²⁷ Mercier de la Riviere

¹²⁸ Abate Gallia ni

agregase de otro, es un centro de impulsos conscientes que se realizan totalmente solo cuando forman sociedad.

Por eso, empleando el término "social" como un índice de las reacciones entre seres conscientes, es verdad que el "hombre es un animal social", según decía Aristóteles, como el águila es un animal volátil. No quiere decir esto último que el águila haya nacido volando, sino que ella no se hace águila sino cuando aprende a volar y practica el vuelo. Los hombres son así mismo animales sociales, en el sentido de que no consiguen ser hombres sino aprendiendo y practicando las artes del contacto con otros hombres. De otro lado, la sociedad no está constituida a la manera de una locomotora, en la que no existe energía propulsiva propia, sino que ella se trae de fuera: cuando ese mecanismo actúa componen su energía potencial los pensamientos y sentimientos de las personas conscientes que la forman. Si esos pensamientos y sentimientos dejan de cooperar, se ofrece simplemente entre ellos una reacción negativa o destructora.

Terminando ahora el análisis sociológico del individuo basta a los propósitos que la ciencia persigue afirmar las siguientes proposiciones:

Las personas son centros de semejanzas y de desemejanzas, de simpatías y antipatías, de deseos y de repulsiones. Toda acción que se persigue en la sociedad es movimiento y contra-movimiento de las personas impelidas por la variedad especial de los sentimientos que se alojan en ellas. La sociedad es lo que en cualquier tiempo se presenta como resultante de todos los esfuerzos de la totalidad de las unidades personales, dirigidos a conseguir para cada una de estas, su especie particular de satisfacción.

Esas necesidades, que todos los hombres experimentan, se agrupan en series para la mayor facilidad en el análisis de las unidades personales. Ahora, la proposición principal de ese análisis se formula de la siguiente manera:

Para conocer cualquier situación social actual o pasada, se requiere tener en cuenta el contenido exacto y las proporciones de esas varias exigencias o necesidades, ambas cosas en las personas típicas de la sociedad y en el grupo considerado como un conjunto; es decir ¿qué proporción de esfuerzo o energía llevan los deseos físicos, por ejemplo, a todos los deseos, y en qué forma está considerada en el conjunto de satisfacción física? Y como de este así mismo de los demás.

En este sentido el Profesor Dewey¹²⁹ sostiene que las ocupaciones determinan los modos fundamentales de la actividad humana; y que la ocupación, presuponiendo diferentes objetivos de deseos inmediatos o remotos, produce variaciones del tipo mental que incluyen otras del deseo. Por ejemplo, la vida del cazador difiere de la agrícola, la ganadera, la militar, del comercio, de la producción, etc. Cada una de estas diferentes clases de vida presenta problemas distintos. Cada una estimula sus clases especiales de deseos. Cada una promueve la formación de hábitos peculiares, adaptando el esfuerzo a la satisfacción de los deseos. Cada uno de esos tipos de hábito, formados por un estado primitivo y necesario en la conquista de las condiciones de vida, tiende a persistir; reaparece como modificador de los impulsos y hábitos que sobreviven, por cuanto son más apropiados en los estados ulteriores.

De aquí resulta, por último, que todos los problemas sociales consisten en los de relaciones de unidades personales que tienen en si misma iniciativa, elección y energía. Esta ecuación personal debe tener su valor efectivo, a fin de obtener una fórmula exacta de la reacción social.

Bibliografía

Edward Ross. *The Foundations of Sociology*

Albion W. Small. *General Sociology*

John Henry Wilbrandt Stuckenberg. *Sociology. The Science of Human Society*

¹²⁹ *Interpretation of the Savage Mind*

LA PREPARACIÓN UNIVERSITARIA

Carlos Wiese¹³⁰

Desde el año de 1902 en que comenzó el funcionamiento de la organización actual de la enseñanza secundaria con sus prolongaciones en las secciones preparatorias de las Facultades de Letras y Ciencias se ha realizado una serie de experiencias que llevarán en un plazo, más o menos breve, a formular alguna otra reforma que dé satisfacción, siquiera en parte, a las exigencias de los directores de colegios para conseguir el aumento del número de años de estudios o la reducción de las materias de enseñanza, y de las referidas facultades para que los alumnos vengan mejor preparados con el objeto de evitar un descenso en la cultura general de la juventud.

El interés que despierta la reforma sugiere planes de índole distinta y a veces muy complicados y aparatosos, pero inaplicables por falta de medios o que suponen en el país necesidades todavía no sentidas.

Para ordenar una discusión provechosa, nos parece que debería comenzarse por lo más elemental, estableciendo los grandes períodos en que se desarrolla la vida escolar desde la escuela elemental hasta el ingreso a los estudios que sirven para obtener los títulos profesionales en las Universidades y escuelas superiores. Esto no puede ser arbitrario, ni depender de la cantidad y calidad de las materias enseñadas: tiene que estar en relación con el desarrollo de las facultades humanas y las necesidades cuya satisfacción se persigue.

Con arreglo al régimen actual de la Ley Orgánica de 9 de Mayo de 1901 modificada por la del 7 de Enero de 1902, la edad escolar comienza a los 6 años cumplidos con la primera enseñanza dividida en dos grados; se continua desde los 12 años cuando menos, también cumplidos, en los colegios de segunda enseñanza donde trascurren cuatro años más para terminar con otros dos preparatorios en las Facultades de Ciencias y de Letras o en las Secciones respectivas de las Escuelas superiores. Resulta por consiguiente que entre nosotros los estudios profesionales superiores se comienzan a los 18 años cumplidos, después de doce años transcurridos en diversos establecimientos.

¹³⁰ *Revista Universitaria*, 1911. Año 6, vol. 1. 1er. Semestre, pp. 449-454.

El período de vida escolar existente no parece inconveniente en relación con las condiciones del desarrollo intelectual y físico de nuestra juventud y tiene en su apoyo la experiencia de otros países, entre los que solo citaremos unos tres. La escuela infantil de los cantones suizos retiene al niño dos años a partir de los 5 o 6 de edad; el colegio o la escuela real les ofrecen la instrucción clásica elemental o científica entre los 10 y los 16 años cumplidos; el gimnasio los pone expeditos después de otros dos años para recibir el diploma de Bachiller en Letras, o sea un diploma de madurez para los estudios superiores. Los diferentes tipos de enseñanza secundaria de los liceos franceses abarcan también hasta los 18 años con las clases de Filosofía o Matemáticas especiales. La *High Scholl* y la escuela secundaria técnica americana admiten alumnos de 14 años de edad y enseñan conforme a un programa de cuatro años, proponiéndose la primera preparar a la vida e introducir en los estudios superiores a la vez.

En la tarea de distribuir en períodos la época de la vida escolar, entra como uno de los elementos del problema el de las formas o el carácter y la orientación que se pretende dar a la enseñanza nacional; pero de todos modos hay que considerar un primer período obligatorio de educación común y general destinado ante todo al *asociado*, más que al profesional o técnico, que corresponde a nuestro primer grado de la primera enseñanza, y un segundo periodo con tendencia más especializada, hasta los confines de la enseñanza secundaria elemental, en el cual sin olvidar la educación para la vida se plantea la preparación para los estudios medios. Este período corre paralelamente con lo que llamamos segundo grado de la primera enseñanza y abarca la "División Elemental" de los Liceos franceses.

Abrase después de la preparación en el grado o sección intermedia de las escuelas y colegios, a los doce años que se toma como *mínimum* de edad, la segunda enseñanza bajo sus dos formas más comprensivas: la forma de la cultura general elemental y la de la cultura técnica. No nos ocupamos ahora de esta segunda, por cuanto ella no está destinada a introducir al alumno en los estudios superiores de la clase que poseemos en el Perú.

Carecemos de elementos para dar a nuestra enseñanza secundaria de cultura general la organización del tipo clásico fundado en la preparación por medio del latín y el griego o de las lenguas modernas, pues no existe un personal preparado y en número suficiente para toda la República. Esto hace ociosa toda discusión sobre la conveniencia o inconveniencia del tipo clásico tradicional o del moderno de las lenguas, dejando a salvo al decir tal cosa la verdad del principio educativo de que debemos familiarizarnos con lo *clásico*, es decir con aquellos

pensadores de los tiempos pasados cuyo espíritu nos enseña a precavernos de lo efímero y sensacional.

Por la fuerza de las cosas, si no fuese por convicción, tenemos que reducir el problema a un círculo reducido. Circunstancia es esta que el legislador puede aprovechar para formular una organización uniforme y sencilla, como lo requieren nuestras instituciones docentes en general.

El sistema que actualmente rige, se propuso realizar una enseñanza elemental y con sentido práctico que diese preferencia a los conocimientos de inmediata aplicación (art. 3º, ley de enero de 1902), esto en cuatro años y con todos los cursos de un sistema de educación secundaria integral, aun comprendiendo el de Filosofía Elemental que no abarca ninguno de los conocimientos conocidos correctamente como de inmediata aplicación. Así debían salir los jóvenes de los colegios a la vida práctica, o más bien dicho, a la vida de la observación y apreciación de la sociedad y del medio físico que la condiciona, sin abordar, bien entendido, el tecnicismo de la enseñanza industrial, mecánica, comercial, etc. Pero considerando probablemente que no se habría resuelto el problema de la preparación para los estudios superiores aun cuando en los cuatro años se comprendía la Filosofía Elemental, se formó un nuevo periodo de dos años en otros establecimientos, también superiores, como lo son las Facultades de Letras y Ciencias, bajo un sistema de cursos especiales y radicalmente bifurcados.

Con la división que antecede se apartó el sistema del de la enseñanza moderna francesa cuyos cuatro tipos se desarrollan metódicamente desde los 11 años hasta los 18 de la edad del alumno, de la Suiza con sus escuelas industriales y colegios clásicos paralelos entre los 10 y los 18 también y de la americana de las *High Schools* organizada en cuatro años para los que han cumplido los catorce.

Tomando estas últimas como término de comparación más detallada, encontramos que su propósito es satisfacer a la vez las condiciones impuestas a la entrada de las Universidades y establecer las bases de una preparación sólida para la vida práctica. Del caos de los programas redactados con tal objeto se han destacado grupos de cursos que constituyen: 1º la sección greco-latina, 2º la sección latina, 3º la sección científica. Pero estas secciones no constituyen organizaciones separadas, sino que se forman por núcleos de materias obligatorias prescritas a todos los estudiantes y que se completan con otro de cursos facultativos de diferente índole

entre los cuales escoge el interesado sin ninguna traba reglamentaria. Por esta razón se encuentran en esta o la otra escuela secundaria una serie de cursos tan distintos como el griego de Esquilo y la contabilidad a la agrimensura, la mayor parte con desarrollo superficial y sin idea alguna fundamental. El actual sistema peruano, deseando satisfacer las mismas condiciones que el americano, no las trata conjunta, sino, sucesivamente: agrupa todas las materias que sirven de preparación para la vida práctica (agregando la Filosofía Elemental) en un primer período, y otras materias de la enseñanza universitaria, que califica de preparatorias en un segundo período, prescindiendo de los núcleos americanos que van acompañados de cursos de otra índole para conservar algún elemento de la integralidad educativa de la segunda enseñanza.

Parece que la adopción de esta organización se debió a dos consideraciones: una de principio o de política de educación nacional y otra de orden económico. Se pensó que el problema más interesante en el Perú era el de la formación de las clases dirigentes bien preparadas para ejercitar el control social, que existe como función natural en toda agrupación civil, y que esta preparación correspondía a las universidades comenzando por las Facultades de Letras y Ciencias, donde además se podía operar cierta unidad y fusión de pensamiento entre los elementos más apartados de la juventud educada en los colegios de toda la República sin orientación uniforme. En seguida se encontró que la mayoría de esos establecimientos, sino todos, carecían de los elementos de personal y material indispensables para suministrar una verdadera preparación a los estudios superiores; que las Facultades de Letras y Ciencias se hallaban en una situación mucho más desembarazada, aun cuando no se sabía si su personal se hallaría dispuesto a acomodarse a un sistema de enseñanza que requiere prescindir en parte del carácter académico del curso facultativo.

El resultado práctico del sistema se sintetiza hoy en las quejas que formulan tanto los profesores de las Facultades como los directores de colegio, aquellos señalando que los alumnos están muy mal preparados para recibir su enseñanza académica, filosófica, literaria, histórica o científica; los otros reclamando mayor número de años para poder desarrollar un sistema cualquiera de enseñanza secundaria. Y pronto las Facultades de Jurisprudencia, Medicina, etc., se darán cuenta también de que la preparación de sus alumnos resulta deficiente, en razón de que en dos años no es posible reaccionar, completar o reformar otra preparación anterior realizada en el colegio.

Sucede entre nosotros lo que en Francia. También allá las Facultades de Letras constatan los resultados deplorables de los exámenes de licenciatura y del bachillerato (igual al antiguo certificado de estudios secundarios nuestro). El Decano de la de Dijon, M. Legras, atribuye a dos causas esos resultados en cuanto a la licenciatura, a saber: el debilitamiento creciente de los estudios en la enseñanza secundaria y la incompleta adaptación de los jóvenes al modo de trabajo indispensable en la enseñanza superior. "Nuestros estudiantes, dice, nos llegan a menudo con lagunas enormes en sus conocimientos. La especialización prematura, ese cubre ojos con que tanto se han alagado entre nosotros, ha invadido los programas, impidiendo a los jóvenes adquirir el bagaje de conocimientos generales que en otro tiempo se consideraba como indispensable, no solamente para entrar en el claustro universitario, sino aún para formar un modesto bachiller".

Como decíamos al principio, la revisión que se considera indispensable en nuestro sistema, no debe hacerse aumentando la duración de la vida escolar, aunque sea lo primero que se ocurre a muchos, lo indican algunos directores de colegios y lo propuso hace años el Gobierno al Congreso. Indudablemente hay otros medios que conviene adoptar y que reclaman un estudio más detenido de los diferentes datos del problema.

Desearíamos que la investigación de nuestros catedráticos y maestros se encaminase en ese sentido, prometiéndonos formular próximamente algunas insinuaciones de carácter muy poco especulativo.

ORIENTACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA EN SU TERCERA ÉPOCA

Edward Ross¹³¹

El jueves 9 de octubre fue incorporado el profesor Edward Ross a la Facultad de Filosofía y Letras como miembro honorario. Después del discurso del Decano, Dr. Javier Prado y Ugarteche, el profesor Ross dijo:

Profesores y alumnos de la Universidad:

Desde que llegué a Lima he sentido una de las más grandes satisfacciones que puede experimentar el servidor de la ciencia. El hombre verdaderamente dedicado al estudio se consagra al trabajo abrumador de una rama científica, no por interés de dinero o de gloria, sino para que sus ideas prevalezcan. Nunca se me ocurrió al visitar Lima, que aquí hubiesen prestado atención a mis libros. Juzgad, pues, de mi sorpresa, al encontrar que mis obras, no solamente eran conocidas por varios miembros de la Facultad, sino aún estudiadas por los alumnos en algunos cursos. ¿Podría haber para el estudiante, una recompensa más halagadora?

Acepto el alto honor de ser incorporado entre vosotros, no por mí mismo, sino por la joven ciencia a quien sirvo. Todo estudiante tiene celo por la gloria y el honor de la disciplina que cultiva, y yo me empeño en la Sociología. Este ramo del saber no había causado por largo tiempo, agitación alguna en el mundo. En verdad, hace solo treinta años que principió a considerársele seriamente como una dirección autónoma del conocimiento científico. En mi propio país acaba de llegar a su mayoría como materia de enseñanza universitaria, pues la primera facultad de Sociología se creó hace apenas veinte años. Desde entonces los programas de instrucción universitaria de este ramo se han desarrollado con satisfactoria rapidez. Puedo decir, que actualmente en las universidades de Estados Unidos se dedican a la enseñanza de la Sociología no menos de doscientos profesores. Seguramente, de tiempo en tiempo, algún presidente o decano de Universidad la acusan de ser una mera aspiración, más que como una realidad, y declara que no debe tener sitio en el *curriculum* universitario, o

¹³¹ Discurso del profesor Edward Ross de la Universidad de Wisconsin, en su incorporación como miembro honorario de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. *Revista Universitaria*, 1913. Año 8, vol. 2. 2do. Semestre, pp. 455-460. Además, incluimos también el discurso de contestación del Dr. Mariano H. Cornejo, catedrático de Sociología, pp. 460-469.

también algún representante de las ciencias naturales arguye que la Sociología no es ciencia, porque no consigue exactitud matemática.

A despecho de esa formidable oposición, el curso ha conseguido una situación en todas nuestras universidades; y aún centenares de instituciones menores de enseñanza "*the colleges*" que cuentan con un cuerpo docente de doce a veinte miembros, han resuelto la creación de cursos de Sociología. Lo sé porque cada año encuentro situaciones para un número de jóvenes tres veces mayor de los que habían terminado antes sus estudios conmigo. La razón de este sorprendente crecimiento, no es la iniciativa de las universidades, sino la exigencia del pueblo. Los jóvenes de ambos sexos reclaman instrucción sociológica y si no la consiguen en una universidad la buscan en otra. Con el punzante estímulo de la competencia, las autoridades universitarias se han visto obligadas, háyanlo o no querido, a introducir la enseñanza de nuestra ciencia.

Ahora bien: ¿por qué el pueblo pensador de los Estados Unidos ha llegado a interesarse por la Sociología? ¿Por qué los alumnos insisten en que sea ofrecida en la forma de curso? ¿Por qué crece constantemente en el favor público, a pesar de que las clases conservadoras la miran con suspicacia y de que el espíritu académico le es hostil y crítico? Ciertamente no a causa de la suficiencia y méritos de los maestros de Sociología. Temo que algunos de nosotros habríamos estado enseñando antes de tener un cuerpo de conocimientos que demostrar. Los profesores, luego, difieren tanto en sus nociones respecto del contenido de la Sociología, que un alumno que ha tomado un curso de esa ciencia puede profesar un curso del mismo nombre con un profesor de otra universidad, sin correr el riesgo de la duplicación. Gran parte de nuestro tiempo de enseñanza lo empleábamos, tal vez, hablando de banalidades. En algunas materias de otro lado, generalizábamos antes de tener hechos comprobados y discurríamos antes de tener ideas claras. Un ingenio describió, por eso, la Sociología como el arte de decir lo que todo el mundo conoce en un lenguaje que nadie puede entender.

Sin embargo, el pueblo reconoció en la Sociología, algo que consideraba necesario. ¿Qué era ello? Pienso que una nueva manera de contemplar el problema social. Permitidme presentar ejemplos.

Cuando a un empresario de minas se le amonesta por haber descuidado la seguridad de sus empleados, la jurisprudencia le enseña a replicar: "Esos riesgos se corren cuando se trabaja en mi mina. Yo no obligo a que se empleen en ella. El operario es perfectamente libre para buscar

empleo más seguro". El capitalista encuentra convincente la réplica; pero no el pueblo, que aplaude al sociólogo que sube a la cátedra y dice: "Cuando todas las minas ofrecen peligros, la libertad que se ofrece al minero es una burla y una defraudación. Negamos el derecho de los industriales para emplear seres humanos, en condiciones que produzcan innecesarias pérdidas de vidas o mutilaciones del cuerpo.

También ciertos matrimonios desgraciados en la vida común tienen la conciencia de haber perdido la más grande de las felicidades. A estos el clérigo les dice: "Ustedes se comprometieron mutuamente por toda su existencia y así lo juraron en completa libertad; por consiguiente, nada podemos hacer. Sufran en silencio". Pero el sociólogo pregunta. "¿En virtud de qué derecho la sociedad exige de la gente joven que se comprometa de una manera tan absoluta, para llegar a ser marido y mujer? ¿Por qué debemos considerar esta como la única relación humana en la cual es irremediable el error?". El sociólogo se niega a coadyuvar en ese sentido y acepta las leyes que permiten el divorcio en un número limitado de casos graves.

Otro ejemplo: los propietarios de los recursos naturales podrían usarlos en proporción tal que privasen de ellos a las futuras generaciones. Si se toma la opinión de un jurisconsulto sobre el particular dirá. "Por grande que sea el interés general que se presente, el derecho a la propiedad privada no puede limitarse. Toda política que fiscalice la proporción en el uso de los recursos naturales es un ataque a dicha propiedad y viola los principios fundamentales de la jurisprudencia". Pero el sociólogo responde: "El bienestar de nuestros nietos debe considerarse antes que los derechos de propiedad de cualquier grupo de propietarios. El interés general impone la necesidad de establecer limitaciones a tal o cual clase de propiedad, sin compensación, siempre que la limitación se aplique imparcialmente a todos los propietarios de una propiedad semejante".

Y de esta manera la Sociología se propone hacer nuevas distinciones de lo justo y de lo injusto, respecto a las acciones de la sociedad organizada, llamando a veces "injusto" a lo que superficialmente parece justo y llamando a veces "justo" a lo que en la superficie aparece injusto. Los viejos sistemas de Teología, de Jurisprudencia, de Economía Política, discuten a menudo los nuevos problemas del sufrimiento y desarreglo humano, mediante el mero expediente de negar la existencia de tales problemas. La Sociología toma el bienestar humano como su tipo y reconoce que existe un problema social, siempre que algún valioso

elemento de la sociedad se presente en condiciones de miserable, o cuando degenera o perece. Niega que la acción curativa de la sociedad se paralice por concepciones jurídicas formuladas respecto de un estado primitivo del desarrollo social, cuando muchas de las relaciones de la sociedad moderna no existían. Sin compasión fustiga a los defensores del privilegio, cuando replican "*Non possumus*" al grito de la miseria y se arrastran después para guarecerse tras de alguna fórmula anticuada.

Tales son los puntos de mira del sociólogo. Él no se propone, sin embargo, constituir una secta nueva, sino ganarse la confianza universal que la ciencia debe inspirar. Por consiguiente, debe buscar el bienestar social con espíritu científico. Quiere decir que debe ser objetivo, realista, severo, imparcial y reverente hacia la verdad. Y esto todavía no es suficiente. Su método para encontrar esa verdad, debe ser el formulado por la ciencia moderna: observar la realidad directamente, medir los fenómenos, en cuanto sea posible, inferir de los hechos más que de las razones deductivamente, y verificar por experimentos. Procediendo de este modo el sociólogo podrá esperar que disminuya la suma de atención que se presta al lenguaje de las personas superficiales, egoístas o fanáticas, que se ocupan de política social; y podría acostumbrar al público a un examen de tales cuestiones, completo, desinteresado y ampliamente pensado.

Este sería, seguramente, un gran paso hacia el ideal de hacer de la inteligencia un guía de la humanidad en su marcha a través de las edades.

He dicho.

Al anterior discurso contestó el doctor Mariano H. Cornejo, catedrático de Sociología, en la forma siguiente:

Señor Decano:

Señores:

Es motivo de legítimo orgullo para la Universidad de Lima saludar en el ilustre profesor Edward Ross al sabio insigne, al pensador eminente que en odisea científica recorre el mundo, empeñado en fijar, dentro de la cambiante realidad social, el mecanismo de las causas y de los efectos, la lógica inconsciente, pero incontrastable de las cosas, lo que hay de permanente en el flujo incierto de los sucesos.

Señores: la ciencia representa la más desconcertante, pero la más sublime entre las muestras de la audacia humana. El héroe primitivo, después de vencer las fuerzas de la tierra, visitaba los infiernos y escalaba el cielo. El sabio moderno pretende más: pretende transformar la modesta inteligencia del hombre, destinada por su origen a mediocre auxiliar del instinto de conservación, en juez soberano que interpreta y critica la obra del universo. Pero en ninguno como en el orden social, el intento parece más insensato. Criticar esa misma rebelión del pensamiento, sorprenderlo en todos sus gestos de la expresión, en los balbuceos del lenguaje, en las expansiones del mito, en la inercia de la costumbre; seguirlo, por el espacio unas veces azul y otras tenebroso de la historia, formular el equilibrio de sus vibraciones y medir las curvas de su vuelo, pareció utopía irrealizable. Comenzada, sin embargo, a mediados del siglo pasado por Comte y Spencer, resulta hoy día obra planteada con métodos seguros y confiada a la labor del presente siglo, que se inicia por un lado corrigiendo la estructura geográfica del continente americano, y por otro dominando los aires como si buscara la apoteosis final del héroe antiguo, y que concluirá en virtud de esas repercusiones irremediables de lo físico sobre lo moral, por modificar la estructura envejecida de las sociedades, fruto de la fuerza, rompiendo el istmo de los últimos y más arraigados privilegios para hacer flotar sobre el éter misterioso de la conciencia el área ideal de la paz y del amor entre las colectividades humanas.

Esta redención final necesita de la convicción y de los métodos de la ciencia. Las primeras liberaciones sociales, aunque igualmente laboriosas, requirieron menor preparación intelectual. Para combatir la superstición religiosa o la superstición política bastó la dialéctica de los filósofos, y para suprimir la esclavitud bastaron los primeros triunfos de la industria; pero resulta que del individualismo filosófico y de la técnica industrial han surgido nuevos problemas y males que ellos no pueden ni resolver ni curar. Para combatir las formas fundamentales de la injusticia social, la opresión económica, el egoísmo de los grupos que enardecen las competencias comerciales, se requiere de la gigantesca labor de la ciencia social que no se limita a oponer la moral al interés religioso y el derecho a la fuerza, sino que critica en sus fundamentos ese mismo derecho y esa misma moral, hasta ayer intangibles, y que resultan dentro de la dinámica de las sociedades sujetos a la ley de una evolución necesaria, y no independientes, sino envueltos en la trama de la vida colectiva por relaciones subterráneas que unen con hilos solo perceptibles para el microscopio de la ciencia, las formas morales a las formas económicas, y las formas económicas a las realidades físicas; revelaciones sorprendentes debidas a la sociología e indispensables para que el estadista cree esa sociedad del porvenir que soñaron los poetas y que lograron realizar los sabios.

En esa obra a la vez intelectual y filantrópica, es notable la labor del doctor Edward Ross; Como todos los audaces renovadores, busca los cimientos. Se siente con energía para cavar la tierra hasta encontrar la roca y echar sobre ella el cemento endurecido de las verdades fundamentales. Es que pertenece a esa raza prodigiosa que arroja puentes encima y abre túneles debajo del océano.

En sus libros admirables, *Foundation of Sociology* y *Social Control* nos da la convicción de la posibilidad de un estudio metódico sobre relaciones sociales concretas y definidas. Para su análisis flexible, todas las teorías: el empeño de los organicistas, la lucha de grupos de Razenhoffer y Gumplowicks, las formas sociales de Simmel, la división del trabajo de Durkheim, la imitación de Tarde, los productos humanos de Ward, pierden su exclusivismo y concurren a formar el estudio integral de los fenómenos sociales debido a las influencias colectivas; y para su talento sintético aparece con meridiana claridad, la necesidad de una ciencia general que descubra las relaciones fundamentales que los ligan y engarzan en el tejido multicolor de la vida.

En este orden, el sabio nos explica cómo la sociología ha descubierto relaciones entre la esclavitud y la cultura del algodón, entre la conquista y la casta, entre el pastoreo y el patriarcado, entre la democracia y el trabajo libre, entre la multiplicación de las necesidades y el parasitismo. Nos muestra cómo las teorías superficiales de un Aristóteles, de un Filmer, de un Montesquieu, de un Adam Smith, que atribuyeron la religión a un instinto, la moral a la conciencia individual, la familia a la naturaleza del hombre y de la mujer, la división del trabajo a la tendencia al cambio, la monarquía al sentimiento del honor y la república a la virtud, se han sustituido explicaciones más profundas que interpretan las creencias por la evolución de la inteligencia; la costumbre y la moral, por necesidades económicas; el Estado por actividades militares, derivadas de heterogeneidades étnicas y desigualdades económicas. Con qué lucidez nos enseña "que la causa del fenómeno es distinta de aquella que produce su transformación social". Modesto, conoce que aún queda mucho que hacer y escribe "que la investigación revelará todavía relaciones más íntimas".

Señores, yo os digo que esta obra de los sociólogos es obra de orden y de armonía. El orden parece una necesidad de la inteligencia, derivada sin duda del ritmo de la función cerebral. La realidad vulgar es desorden que aborrecen la imaginación y la razón. Por eso la poesía y la

religión la velan creando sobre ella la armonía de los símbolos y por eso la ciencia la destroza buscando debajo de ella el equilibrio de los elementos primarios.

El doctor Ross no solo ama la armonía, sino que tiene fe en el éxito de sus esfuerzos. Conoce la oposición de los prejuicios; pero sabe que serán vencidos. "Prevalecerá, dice, la naturaleza de las cosas, los intereses cederán ante la lógica de los hechos". Prevé el triunfo de la Sociología. "Si la vida social es una, escribe, tiene que existir una ciencia que domine la vida social. Si no hoy día, mañana; si no esta generación, la otra, reconocerá la necesidad de la Sociología".

Estas palabras de fe tienen todos los días su confirmación en los hechos como lo demuestra el discurso que acabáis de oír.

Señores: yo pienso que en una ciencia pueden distinguirse tres períodos: primero, aquel en que se define; segundo, aquel en que destruye los prejuicios que crea ella misma como auxiliares indispensables; y tercero, aquel en que entra en la labor verdaderamente constructiva. La sociología ha vencido el segundo período y penetra ya en el tercero. Ha logrado no solo definirse sino destruir sus primeros prejuicios entre ellos el de la raza y sus consecuencias, como la lucha permanente y la dominación. En el mismo luminoso espíritu del doctor Ross, esa evolución comienza a cumplirse como fruto de la observación directa. Ciertamente que desde el principio percibió que el cosmopolitismo de la cultura moderna había suprimido los privilegios étnicos de la antigüedad; pero conservaba su preferencia por razas que juzgaba dotadas del don de la estabilidad del carácter, y por la inteligencia creadora de algunos pueblos comparada con la imitación mediocre de otros. Su viaje a la China ha disipado esa preocupación teórica y nacionalista. Ha descubierto ¡oh qué revelación! en el chino las grandes cualidades del americano. El despreciado amarillo aparece como un reflexivo, como un intelectual, como un espíritu audaz. Frente al japonés impulsivo y sentimental un "sensorio motor", es idealista un "ideo motor". Pero lo más admirable para nosotros consiste en que los hechos confirman el análisis del sociólogo. Su libro sobre el celeste imperio tiene la confirmación de la gran revolución ideada por los filósofos y realizada por los estadistas; transformación estupenda en que el pueblo chino ha demostrado cualidades comparables a las de Roma y a las de Francia: el ideal que enciende la hoguera; la audacia temeraria en la lucha; la prudencia y la sensatez, la firmeza y la energía que dan los límites de la realidad al ideal victorioso. El triunfo del norte sobre el sur y la elección final de Yuan Shi Kay, es la consagración de la unidad nacional cuya grandeza no percibieron los generosos y

elocuentes girondinos, y la afirmación de la república moderada cuya necesidad no percibieron los impetuosos jacobinos. Libre de esos errores, la que podemos llamar celeste república, no conocerá ni el terror ni el cesarismo, ni esas tristes reacciones que colocan sobre los espíritus el lúgubre crespón del escepticismo.

Este viaje del maestro a Sud-América, no lo dudéis, disipará también la inmotivada desconfianza que aún lo preocupa sobre la capacidad del mestizo americano; y entonces esclarecida por su pluma la opinión europea y americana, dejará de atribuir, a pueriles proporciones en la mezcla de la sangre, fenómenos que tienen su causa en una relación desfavorable entre la población y el territorio; en una cultura teológica y en una estructura parasitaria heredadas de España; en las dificultades infinitas ya para afirmar dentro de marcos artificiales y arbitrarios que trazó la ambición de los libertadores, un espíritu nacional, ya para aliar el orden y el progreso en medio de instituciones defectuosísimas que forjó la inexperiencia de los estadistas europeos y americanos, alimentada de utopías filosóficas y privada de observaciones científicas y que implantó en Sud-América entre la precipitación de las guerras civiles, la ignorancia incurable de los caudillos. Si en esas condiciones hubiera mostrado estabilidad el carácter latino-americano revelaría realmente una definitiva inferioridad étnica capaz de conformarse y de adaptarse a un medio de forzosa regresión. Sus inquietudes, sus luchas, su malestar, su marcha incierta, sus esperanzas efímeras y sus caídas dolorosas revelan la intuición del mal y a la vez la tensión del resorte interno que, sin cansarse, ensaya formas y hombres, buscando el lecho propio para su energía destinada a resolver quizás muchos de los antagonismos engendrados en Europa y Estados Unidos por el choque de la cultura antigua y moderna.

Y así como en unos casos la estabilidad, en otros la inercia atribuida a la raza resulta consecuencia exclusiva de factores sociales, de la falta de esa competencia, atracción o antagonismo que mueve las sociedades y las masas. El doctor Ross, por ejemplo, nos describe cómo la libertad de cultos en la China ha purificado las religiones nacionales. Lo mismo el budismo ontológico que el confucianismo moral que el taoísmo, animista, se morían consumidos por la inercia y la corrupción, por el parasitismo y las prebendas; parecían la prueba más concluyente de la incapacidad de la raza; pero comienza su acción y su propaganda el misionero protestante y el católico y nace en el acto la emulación, la necesidad de defenderse y en el antiguo teólogo formalista y venal se despierta el celo y la austeridad del reformador, en el antiguo prebendado se enciende la fiebre del apóstol y resultan

purificados con el aliento de una nueva vida, cultos que por viejos y gastados parecían destinados solamente a la decadencia y a la muerte. En este mismo orden ha comprobado Simmel, fundándose en datos estadísticos, que la minoría católica en la Prusia protestante, la minoría protestante en la Baviera católica tienen una moralidad superior al resto de la población. ¡Profunda lección que os da la ciencia jóvenes amigos, de los beneficios de la libertad que quizás tiene excusa de temer el egoísmo de la vejez pero que debe adorar la juventud como la única atmósfera en que puede respirar la inteligencia, como el único sol que puede calentar el corazón y mantener el impulso de la vida en las sociedades!

Señores, el conocimiento de los fenómenos sociales y de sus relaciones representa la acción directa de la ciencia sobre la sociedad. Hay, sin embargo, otra acción indirecta y es la creación de lo que admirablemente llama el doctor Ross en su discurso el espíritu científico, espíritu hecho de imparcialidad, de serenidad, de justicia tan necesario para tratar los problemas sociales, hasta ahora solo debatidos por la pasión o el interés. Pero frente a ese espíritu objetivo del sabio investigador hay algo más grande todavía y es el sentimiento de noble piedad, de mística veneración por el ideal; sentimiento que para ser compartido no requiere la profundidad del especialista sino solamente sensibilidad en el corazón y noble curiosidad en la inteligencia. Así como el alma hondamente religiosa se eleva en el éxtasis hasta un contacto ideal con la divinidad, el espíritu del que vive en el santo amor de la ciencia llega en ciertos momentos privilegiados a la embriaguez de sentir las misteriosas relaciones que unen la vida propia con la vida universal, el arrobamiento de un contacto con otro infinito. La historia del pensamiento humano, señores, contiene dos infinitos: uno creado por la Filosofía; infinito estático, inmóvil, totalmente simple, superior al tiempo y al espacio, ajeno a la vida y al pensamiento, lejos de la materia y de la energía; origen tiránico y fin egoísta del Ser; sustancia indiferente que no alteran los fenómenos, rebelde a todo acercamiento, defendido por la contradicción de todo análisis; sombra colosal, enigma tenebroso contra cuya omnipotencia protestan con sus injustos dolores la vida, y con sus legítimas preguntas la razón.

Pero hay otro infinito descubierto por la ciencia, infinito dinámico sensible que se deja tocar por los sentidos, percibir por la inteligencia y adivinar por la hipótesis; infinito que vive y que parece crearse con dolorosos esfuerzos, que ensaya y modifica, que hierra y se corrige, que peca y se arrepiente, que muere y resucita, que se destruye y se rehace buscando con un ardor que nada consume y una energía que nada fatiga, un objetivo que debe ser de alegría y de gloria-infinito bondadoso que entreabre sus abismos de luz a las preguntas de la ciencia y que

la deja contemplar y medir los equilibrios de los soles innumerables en el espacio, la presión de las moléculas en los cuerpos y ver y calcular los cincuenta y ocho mil millones de átomos que encierra un milímetro cúbico de aire, que permite penetrar en el mismo secreto del átomo, que lejos de ser simple como creyó Demócrito, resulta un sistema solar con rotaciones inverosímiles de corpúsculos cien mil veces más pequeños, que disocia la radioactividad y que tal vez vuelve a componer la luz; rotaciones que parecen la cuna del Ser y en las cuales electrones negativos giran como planetas en torno del ión central positivo cuya inercia de origen electro-magnético revela el punto decisivo en que el volumen se disuelve en energía imponderable; infinito modesto que se somete a ecuaciones diferenciales que resuelven la variedad de las formas en proporciones de velocidad, desde la electricidad confinante con la materia hasta la vertiginosa luz confinante quizás con el pensamiento que debe vibrar en todo el universo y que nuestro cerebro no alcanza a percibir separado de la vida, así como nuestros ojos impotentes que requieren de un cuerpo para percibir la luz, solo ven tinieblas en el espacio atravesado por las vibraciones luminosas de los soles innumerables; infinito humano, terrestre, cósmico que sentimos como nuestro en los dramas de la Historia, en las modificaciones de la especie, en la pulsación de la vida, en los accidentes del planeta, en las catástrofes del cosmos, en las fuerzas y en las formas, en las causas y en los efectos, en las casualidades y en las coincidencias, en los antagonismos y en las armonías, en las posibilidades realizadas y en las posibilidades realizables; infinito que por las vacilaciones del llegar a ser, por los peligros de la autonomía, por las incertidumbres de la sucesión, tiene las seducciones magníficas de una inmensa, de una colosal, de una estupenda aventura que juega el universo y que resulta nuestra misma, nuestra propia aventura.

Así concebido el infinito científico como un todo de que somos parte, como un todo que avanza hacia una aurora cada vez menos incierta, se torna en fuente sagrada de suprema moralidad hecha de confianza y de altruismo. Nuestro pensamiento se ennoblece y se santifica, porque con toda su pequeñez tiene los mismos antecedentes y el mismo destino. Nuestro egoísmo se desvanece no ante el terror del castigo ni ante la ambición del premio, sino ante la contemplación de otra individualidad y de otras formas. ¿Qué nos importa que como unidad se disuelva en la tumba nuestra, efímera conciencia, qué importa que se desvanezca con la memoria el recuerdo inútil de nuestras minúsculas vanidades y de nuestros intensos dolores? Si la conciencia no puede ser un monopolio de la animalidad terrestre, otra conciencia suprema o algo equivalente debe de existir o existirá como capacidad de sentir la alegría infinita de la infinita evolución, y de esa conciencia inefable nosotros seremos algo:

vibración luminosa, ondulación sensible, átomo de inteligencia o ansia de amor. Y en la contemplación de ese porvenir, señores, el éxtasis del pensamiento científico enciende la llama de un nuevo misticismo que coloca su fe y su esperanza desinteresada sobre la dolorosa ansiedad de la vida y sobre el misterio de la muerte.

Ah, señores, el ciclo de la religión y de la ciencia es el mismo, porque es el ciclo necesario del pensamiento. El héroe místico escala el cielo como símbolo de la fuerza muscular y vuelve del cielo convertido en Verbo, símbolo del bien. El sabio escala el cielo de la hipótesis con la fuerza de la idea y regresa a la realidad convertido en santo que ama y espera.

Jóvenes, amigos, saludad conmigo a todos los sacerdotes de la ciencia a cuyas evocaciones desciende transfigurado en idea con sus esplendores y sus misterios, el infinito del universo para dejarse consumir por la inteligencia sedienta de verdad y por el corazón sediento de bien.

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA SOCIOLOGÍA NACIONAL

Ricardo Bustamante Cisneros¹³²

En la antigua cultura clásica y tradicional, los altos estudios, dominados por un estrecho y riguroso formalismo, estaban sustancialmente divorciados de la realidad y de la vida. Más sobre los restos del intelectualismo agónico, una renovación profunda en las ideas, un vuelo de idealidad generosa en los espíritus, señala hoy nuevas orientaciones para el pensamiento, nuevos ideales para la vida humana.

Abandonadas las discusiones teóricas de oposiciones doctrinarias entre idealismo y positivismo, visiones unilaterales de la realidad, en la conciliación de una síntesis armónica que exalta los valores superiores del espíritu, un firme y fecundo realismo integral, grávido de acción, contempla los problemas en las condiciones mismas de la realidad concreta y en contacto inmediato con las corrientes cálidas de la vida. Al antiguo formalismo dogmático, constituido por ideas abstractas, rígidas, aprioristas, sucede un nuevo realismo que, sobre los datos de la observación y la experiencia, en función de la realidad, elabora ideales plásticos, perfectibles, verdaderos gérmenes vivientes que comportando una virtualidad dinámica están en activa e incesante renovación.

Está bien que los viejos partidarios de la ciencia por la ciencia, de la verdad pura, eterna, inmutable, procedieran a base de abstracciones, con fórmulas muertas, estableciendo generalizaciones infecundas y desoladoras antinomias.

En la nueva cultura humana, otros son nuestros métodos y es otra nuestra ciencia. No aspiramos a la verdad absoluta, eterna, inmutable, sino a la verdad relativa, provisional, e integrable. Lejos de vanas intransigencias especulativas no queremos, inflexiblemente, imponer a la realidad doctrinas absolutas aprisionándola dentro de los pesados moldes de viejas categorías deformadoras, sino estudiarla e interpretarla tal cual ella es, dentro de las condiciones naturales y relativas en las que se desarrolla y evoluciona, y, desvaneciendo aparentes antinomias nos afanamos por relacionar, fusionar, integrar, en una amplia y fecunda síntesis, la teoría y la práctica, la especulación y la aplicación, el pensamiento y la acción, deseosos de alcanzar la alianza siempre anhelada y siempre frustrada, de la realidad y del ideal. Somos así más prácticos, pero no por eso menos trascendentes.

¹³² *Revista Universitaria*, 1920. Año 15, vol. 2. 3er. y 4to. trimestre, pp. 81-128.

Creemos, sí, con el filósofo danés, “que solo un conocimiento nacido de la realidad misma puede guiarnos respecto de la realidad”. Para nosotros la ciencia tiene métodos, pero no tiene dogmas. Ciencia que no parte de la observación de la realidad es ciencia falsa; ciencia que no va hasta su aplicación es ciencia incompleta. Ella no debe ser, pues, únicamente, ciencia pura, teórica, abstracta, meramente formal, sino que debe ser también, y, principalmente, ciencia real, concreta, práctica, de aplicación; al mismo tiempo utilitaria y desinteresada, debe tener un objetivo práctico y una finalidad trascendente, debe ser, ciencia armónica, ciencia integral, ciencia humana.

Tal es la intensa y unánime orientación de rectificaciones, que, en oposición al antiguo formalismo, señala este nuevo realismo, el cual afirmando la relatividad y limitación de los conocimientos humanos, no aspira a establecer certidumbres absolutas sino que abre el espíritu a la visión concreta de la realidad y de los valores de la vida, dando vuelo a los anhelos idealistas desdeñados hasta hace poco como energías perdidas del pensamiento.

Viene a nuestra mente aquella feliz expresión de Juan Pablo Richter: el ave simbólica que volaba al cielo mirando siempre a la tierra.

Y, dentro de este realismo integral, que sustituye al criterio de lo inmutable con el criterio de lo progresivo y de lo perfectible, la ciencia renova sus métodos, suprime sus problemas falsos, excluye sus preocupaciones tradicionales, corrigiéndose, constantemente, conforme varía el ritmo de la experiencia, y renovándose sin cesar con la novedad de la vida, no permanece inmóvil y estacionaria en una quietud desoladora, no reducida a la mera expectación pasiva, sino que lejos de ello existe como fuerza viva para iniciar rumbos, para mejorar la marcha ciega de la evolución, como instrumento de acción destinado a dar soluciones prácticas a los problemas relativos al mejoramiento y bienestar de los individuos, y, aún más, en la inquietud de la hora presente, de férvida virtud constructiva, en la que todos los pueblos hacen intensa labor de reorganización, la ciencia aparece como un factor esencial para su desarrollo y engrandecimiento. Informada por el principio rector de un celoso nacionalismo, abandona los estudios doctrinarios de imitación, que conducen únicamente a teorizar, y va hacia los estadios prácticos, de investigación y de aplicación, que llevan a penetrar en la realidad nacional con eficacia y con acierto.

Y es que hoy después de la profunda y dolorosa crisis de la guerra, la nueva edad histórica que adviene a los destinos de los pueblos, no es ya la de la lucha, ni la de la discusión, ni acaso la de

la crítica que legitima un escepticismo disolvente y enervador, es otra sin duda menos brillante, pero en la cual predominarán más el sentido de la realidad y los verdaderos intereses de la nacionalidad.

Las orientaciones renovadoras de nuestro espíritu deben ser, pues, eminentemente nacionalistas. Sin empeñarnos en vagas y estériles disertaciones sobre tópicos generales a los que apenas podemos llevar contribución apreciable, con noble intolerancia, debemos preocuparnos de nacionalizar nuestra mentalidad. Es así como alcanzaremos lo que Hegel llama: "la terrible y fecunda disciplina del conocimiento propio".

Nuestra cultura no debe ser un tejido informe de ideas prestadas, de prejuicios seculares, de verdades banales e incompletas, de estériles ideologías, y frases retóricas, que ordenamos sin consultar la realidad en que vivimos. Reaccionando contra tan pernicioso influjo, debemos abandonar para siempre la vieja Mimópolis, y siguiendo nuevas rutas intelectuales, afanarnos por investigar, descubrir, criticar, que un error viviente vale más que una verdad muerta.

De este modo, arrancando de nuestra mentalidad las fibras reacias del formalismo, lograremos sorprender, con criterio realista, la esencia íntima y profunda de nuestra vivida realidad nacional.

No debemos hacer ciencia pura, ciencia general, ciencia humana, porque ella es obra de la colaboración de todos los pueblos, y viene preparada y asimilable desde fuera, sino en armonía con las condicionalidades de nuestra vida, con nuestras experiencias y necesidades, debemos hacer ciencia aplicada, ciencia nacional, a base de observaciones propias y de investigaciones originales.

Es solo este fecundo nacionalismo intelectual el que permitirá dar originalidad a nuestro esfuerzo, por el objeto de los estudios o por los puntos de vista nacionales en que nos coloquemos, contribuyendo con algo propio al acervo común de la ciencia universal. En efecto, el estudio de nuestro accidentado medio geográfico, el examen de los problemas vitales de nuestra población, la antropología de nuestra raza originaria, la tradicional organización de nuestra propiedad territorial indígena, y aun la experiencia sociológica de nuestra historia, evidentemente, que pueden contribuir, con el aporte de nuevos datos, al mejor conocimiento de la tierra y del hombre.

En el Perú, lo urgente, lo esencial, lo primario, es que nos conozcamos bien a nosotros mismos, para aprender a levantarnos y mejorarnos; el estudio inmediato y directo de nuestra realidad nacional nos proporcionará los elementos necesarios para un mejor encauzamiento de las fuerzas vivas que pueden acelerar la evolución de nuestro país.

De allí que debemos conocer nuestra geografía, nuestra tierra, nuestro ambiente, nuestra raza, nuestra herencia, nuestra psicología, estudiar debidamente nuestra historia, nuestra política, nuestras instituciones, que, ensayos nacionalistas de esta índole, tienen la virtud inenarrable de conciliar el amor desinteresado a la verdad con el sano interés por el bien colectivo.

Carecemos de un amplio conocimiento de nosotros mismos. De todo nos hemos preocupado menos del estudio de nuestro propio país, de lo que constituye nuestra realidad nacional. La naturaleza ha quebrado nuestro vasto territorio en tan diversos segmentos y ha impuesto entre sus pobladores tan altas montañas, tan caudalosos ríos, y tan extensos y accidentados terrenos, que nuestros distintos agregados sociales han llevado, forzosamente, vida de separación y de aislamiento. En las incertidumbres de nuestra marcha, siempre hemos condenado la realidad en nombre de sonoros idealismos, y, vanamente, nos hemos atormentado la imaginación con el anhelo irrealizable de grandes hechos o de transformaciones súbitas que nos permitieran alcanzar de un salto lo que otros pueblos solo han realizado después de tenaces y laboriosos esfuerzos.

Agitados por ensueños retóricos, o por turbulencias discontinuas, en medio de un vivir movedizo y de un soñar impenitente, nuestra inquieta fantasía, reñida con las imposiciones de la vida, ha olvidado la vieja y fecunda máxima socrática: "conócete a ti mismo".

Más ahora se impone, con mandato imperativo, la necesidad ineludible de estudiar, escrupulosamente, nuestra realidad ignorada o desconocida, de investigar cuáles son las cuestiones propias de nuestra tierra, de conocer cuáles son las necesidades primordiales de nuestra población, de buscar remedios eficaces para la anemia demótica que aqueja al país, de hacer la etiología de los males de la raza y de la herencia, y de tratar de alcanzar, en un esfuerzo severo de introspección, un mejor conocimiento de los elementos constitutivos de nuestra conciencia colectiva, de nuestra psicología nacional, a fin de lograr sorprender el secreto de nuestras debilidades, de nuestras utopías imitativas, de nuestra abulia, de nuestro pesimismo, de nuestra falta de solidaridad, y, como quiera que las enseñanzas del pasado

encierran el secreto del porvenir, debemos también recoger nuestros espíritus para escuchar mejor a nuestros muertos, a los muertos que hablan, según la hermosa expresión de Vogüe.

Y este estudio en el que amplio y comprensivo criterio realista, buscaremos la interior palpitación de nuestra vida y el hondo sentido de nuestra realidad nacional, no será así, por cierto, una labor meramente especulativa de frío desinterés sino de amor y efusión, ya que despertará fervoroso celo en los espíritus, por conocer el desenvolvimiento de los distintos factores, físicos y sociales, que contribuyen a la constitución definitiva de nuestra nacionalidad.

Ahora bien, la situación geográfica de nuestro país abierto al aluvión inmigratorio de las razas de Oriente, su larga costa que facilita todas las agresiones, la débil densidad de nuestra escasa población diluida en un inmenso y discontinuo territorio, la heterogeneidad de los distintos elementos étnicos que la componen, y, de otro lado, la inestabilidad de nuestra vida política siempre accidentada por el choque de voluntades que se extravían o pierden en la contradicción o en la incoherencia, por el eterno conflicto de los intereses y la perniciosa influencia de un personalismo demoledor, la falta de cohesión y de solidaridad, la desorientación de las fuerzas directivas del país, todos estos diversos factores que impiden la formación de nuestra conciencia colectiva, y, aún más, la peligrosa vecindad de repúblicas hostiles, hace que nuestro nacionalismo sea principalmente de existencia y conservación, esencialmente, defensivo y previsor. No está, pues, informado por una insana ambición de dominio y de poder, vano alarde de *jingoes* y *chauvines*, megalomanía agresiva que comienza con la suposición pueril de pretendidas superioridades y acaba por la impulsión que lleva al imperialismo y la conquista, sino que más modesto aspira, únicamente, a despertar en los espíritus férvidos deseos de renacimiento, a fin de realizar, en una concreción vivida de ideas y de actividades, la obra fecunda de nuestra restauración nacional.

Ya sabemos cómo hay para las naciones tres períodos por recorrer: el período de los grandes hechos, periodo heroico, en el que con el esfuerzo de las generaciones sacrificadas se logra la propia independencia; el período de evolución, durante el cual en lentas gestaciones dolorosas se consolida la vida institucional y se alcanzan estados mejores de cultura; y, por último, el período crítico, el de la hora severa del examen de conciencia, en el que se producen las reacciones salvadoras o las extinciones de las energías nacionales.

Pues bien, en la grave crisis de brusca evolución por la que en los actuales momentos atraviesa el Perú, que siente la intensa necesidad para su vida de realizar obra sería de reconstrucción, el verdadero sentido de esta nuestra restauración nacionalista al proyectar, sobre la inestable realidad presente, ideales de reorganización y de reforma, debe ser, substancialmente, de afirmación, de coordinación, de vitalización, más no de reacción ni de violencia.

Solo un celoso nacionalismo, surgente de la ascensión de todas las savias de la raza y del suelo, es capaz de reencender en nosotros el fuego del entusiasmo y de la fe que ha venido apagándose en largos días de prueba y abatimiento, y de producir el vivido despertar, la milagrosa regeneración esperada, ya que únicamente los númenes de la tierra y las voces profundas de raza nos pueden dar la conciencia de nuestro ser y la orientación de nuestro destino.

LOS ESTUDIOS SOCIALES

Las actuales exigencias de la vida, que impone en todas las naciones cultas, soluciones científicas para los graves problemas sociales del presente, lleva a los espíritus el firme convencimiento de que ellas no pueden venir desde otro campo que de una ciencia general de la sociedad.

Objeto antes de pura curiosidad y como un lujo reservado a algunos pensadores, el estudio de la realidad social y de sus leyes ha llegado a constituir en nuestras naciones democráticas, ya lo ha dicho Fouillée, un estudio de primera necesidad.

Todos repiten hoy la nobilísima lección de Isócrates: "la solidaridad domina a la individualidad". La vocación más corriente de los sabios los lleva a considerar con una constancia notable, todo lo que se refiere a la naturaleza social de cuanto existe. Y así las ciencias que en nuestros tiempos han alcanzado un grado de progreso más alto, son aquellas cuyo objeto tiene de algún modo que ver con el aspecto social de la vida.

De una parte la biología, haciendo notar el carácter eminentemente compuesto y complicado de cuanto vive bajo la forma de la individualidad, y la psicología presentando el mundo de la conciencia como un mundo de complejidad, y aún más, dilatando los estrechos horizontes en que la encerraba el alma de los individuos hasta averiguar la existencia y definir la naturaleza de los fenómenos psicológicos en los pueblos y en las sociedades, y, por otra parte, el estudio positivo de la lingüística, la historia, la religión, el arte, el derecho, la moral, la economía, la

política, nos revela la importancia realmente excepcional que han alcanzado las investigaciones de índole social o que con la social tienen alguna relación, es decir, que las distintas manifestaciones de la actividad espiritual del hombre no se conciben, cuando se les quiere comprender en toda su amplitud, sino después de haberlas examinado desde el punto de vista sociológico.

Y es que obedeciendo a esa ley de ritmo y de contraste que todo lo rige, en una no interrumpida mudanza de perspectivas intelectuales, a la influencia del materialismo desolador de formas egoístas, que dominó en el pasado siglo, ha sucedido hoy un nuevo idealismo, el cual a la luz de un criterio superior de generosa y humana filosofía, pone de manifiesto el lado social de la vida. A las indagaciones que suponían al individuo como centro de todo conocimiento, considerándolo en abstracto, con una existencia sustantiva, independiente, han reemplazado las que le suponen en una estrecha relación con todo, condicionado directamente por la complicadísima urdimbre de la realidad social.

Más el estudio científico, inmediato y directo de esa realidad social es a la vez, como dice Worms, el más arduo y el más fructífero. El más arduo, porque la ciencia social, alto coronamiento de todas las disciplinas de la naturaleza y del espíritu, es la más compleja de todas las ciencias, y aquella también donde el progreso es más lento por los prejuicios y por las pasiones de los hombres; el más fructífero, porque ella, ciencia católica, en el sentido original de palabra griega, abraza el mayor número de nociones de toda especie y puede poner así al servicio de la práctica, los datos más precisos para el bienestar y perfeccionamiento de la vida humana.

LA CIENCIA SOCIAL

La aparición de la ciencia social se deriva, de una oportunidad lógica y de una necesidad histórica. Ella se genera merced a ese proceso de diferenciación y de especialización que se verifica tanto en los dominios de la naturaleza como en los del pensamiento.

Ya decía Comte, cómo una ciencia tiene derecho a diferenciarse cuando estudia una materia especial netamente separada de las que son objeto de ciencias más simples; o, según la precisa expresión de Littré, cuando una ciencia deja un residuo de fenómenos que sobrepasan sus leyes. Este principio de sucesión, justifica la escala científica que va de lo general o lo particular, creando una ciencia nueva siempre que la anterior resulta insuficiente, por su simplicidad, para explicar fenómenos más complejos. Así, las matemáticas, que explican las

relaciones generales del ser en su forma de cantidad o extensión, no pueden explicar los fenómenos astronómicos, ni la astronomía los físicos, ni la física los químicos, ni la química las leyes de la vida, ni la biología los fenómenos de la conciencia, ni la psicología los más complejos de todos los fenómenos, los fenómenos sociales, y esa insuficiencia relativa, determina las diferentes ciencias: Matemáticas, Física, Química, Biología, Psicología, y, Sociología, cuyo nacimiento y formación obedece al mismo principio rector que genera el nacimiento y formación de las demás ciencias.

El orden histórico de su desenvolvimiento está, pues, como su orden lógico fundado sobre su creciente complejidad. En el siglo diecisiete se echaron las bases de las matemáticas superiores y de la física general. El fin del siglo dieciocho vio constituirse la química. En el segundo tercio del siglo diecinueve aparecieron las ideas que renovarían la biología. En los últimos años del siglo pasado se afirma definitivamente la psicología, y, en fin, en los tiempos actuales, venciendo oposiciones de muy diversa índole sobre su posibilidad, alcance, necesidad, y utilidad, la Sociología se incorpora como una disciplina sustantiva e independiente en la corriente general del pensamiento humano.

ANTECEDENTES DE LA SOCIOLOGÍA

Por ventura ha pasado ya el tiempo en que los cultores de la Sociología debían comenzar toda exposición de vistas generales discutiendo la legitimidad con que proceden los que haciendo tabla rasa con el pasado, proclaman la absoluta novedad de la Sociología, o, rebatiendo las razones aducidas por quienes desconocen en la nueva ciencia toda otra novedad que la del nombre y el método.

En verdad la Sociología no es una ciencia nueva. Ella supone un antecedente histórico, cuya interpretación y cuyo valor no son idénticos para los diversos sociólogos, pero cuya existencia es innegable.

Ya en las obras de Platón y Aristóteles se encuentran consideraciones de ciencia social que deben reputarse como los comienzos de la misma, máxime cuando aquellos filósofos tomaron la Sociedad en su integridad, como un organismo natural.

Después, los escritores de la Edad Media y de tiempos posteriores se afanaron por dar una explicación apriorística de la realidad social y por alcanzar a descubrir a través de la historia, la ley capital que rige la vida de las sociedades.

Es a principios del siglo XVIII, en el que se realizan los primeros anhelos de sistematización de conocimientos sobre la sociedad, que el ilustre filósofo Vico¹³³ presenta una notable síntesis científica en la cual, al lado de los errores filosóficos, aparece una larga exposición de la ciencia que apellida nueva, y cuya misión es explicar científicamente el progreso y la decadencia de las naciones. A esta ciencia, que, en el concepto de Vico, era nueva, un siglo más tarde Augusto Comte llamó Sociología¹³⁴.

Y aunque etimológicamente ha sido criticado este término, como que está formado de una raíz latina y de una griega, es cierto que actualmente se ha hecho de un uso tan corriente, que esta crítica solo tiene un valor meramente filológico puesto que hoy todo el mundo sabe que el término Sociología sirve para designar a la ciencia que tiene por objeto el estudio científico de la Sociedad.

PROBLEMAS CONSTITUCIONALES DE LA DISCIPLINA SOCIOLÓGICA

En la Sociología, como en todo ramo del saber que presume constituir ciencia, se presentan necesariamente ciertas cuestiones generales, como examen previo y cuya solución son absolutamente fundamentales.

Tales problemas se refieren a la determinación del objeto mismo de la ciencia, a la investigación reflexiva de sus relaciones, a la apreciación exacta de su posibilidad y necesidad, a la elección razonada de sus procedimientos, a la indagación de los fines o propósitos que persigue.

En primer lugar: ¿la Sociología tiene el mismo objeto que las ciencias sociales y se confunde con estas, siendo solo un término que sirve para designarlas colectivamente, o es una ciencia distinta, que tiene su individualidad propia, lo cual supone un objeto que esencialmente le pertenezca? En otros términos ¿hay un objeto propio para la Sociología, como ciencia sustantiva, o ese objeto es la suma por simple agregación de los objetos de las diversas ciencias sociales?

Y, por otra parte, resolviendo a la vez la cuestión relativa a su independencia y relación con las demás ciencias conexas, conviene precisar ¿la Sociología es una mera integración o síntesis de todas ellas o es una disciplina sustantiva, independiente, y autónoma?

¹³³ Giovanni Battista Vico. *Scienza Nuova*. Nápoles, 1725.

¹³⁴ Augusto Comte. *Cours de Philosophie Positive*. París, 1877.

Más aún, a base de esta última afirmación, para determinar fijamente la posibilidad y necesidad de la Sociología como una ciencia independiente con objeto propio, cabe preguntar: ¿hay o no una realidad social?, lo cual implica averiguar no precisamente, si la Sociedad es o no un organismo, o una sustantividad, sino si lo social sea como fuese, es una cosa real, concreta, y por tanto cognoscible.

Desde luego, precisa también indagar: ¿con qué medios cuenta la ciencia social para realizar sus investigaciones? ¿Cómo verifica el estudio científico de la Sociedad? ¿Qué caminos debe seguir? ¿Cuál es su método?

Y, por último, ¿para qué se hace ese estudio? ¿Tiene este un fin o propósito determinado? ¿Entraña alguna utilidad especial aparte de la general que todo conocimiento supone? ¿Implica una relación práctica, de aplicación a la vida? Porque una cosa es el objeto de la indagación, como contenido de la misma, en la pura relación de conocimiento que es la teoría, la doctrina, la ciencia, y otra el objeto de la investigación como fin práctico, como propósito que se persigue, la aplicación del conocimiento, es decir, una cosa es el qué, que implica el cómo y el por qué, y otra el para qué, que supone la aplicación, la finalidad, el propósito que en la ciencia se persigue como consecuencia inmediata de sus informaciones.

LA SOCIOLOGÍA Y LA SOCIEDAD

Si la Sociología es la ciencia que tiene por objeto el estudio científico de la Sociedad, naturalmente surge esta cuestión: ¿qué es la Sociedad?

Suscitase de este modo, en el comienzo de la ciencia sociológica, una controversia que recuerda la de realistas y nominalistas.

¿La Sociedad es solo un nombre que designa una relación de individuos, o es un todo que tiene una existencia distinta de la de los elementos que la componen? ¿Es un organismo, una entidad sustantiva, un ser concreto y real, o es un ser abstracto, una simple interacción síquica, una mera totalidad formada por las relaciones intermentales de los individuos?

En primer lugar, la concepción biológica de la Sociología puede estimarse como una de las doctrinas más interesantes, o, por lo menos, que más influjo ha tenido en la iniciación y constitución de la nueva ciencia. La escuela biológica, que es la que mantiene la fórmula según la cual la Sociedad es un organismo natural, es sin duda una de las más difundidas y de las que con mayor tesón han sostenido sus ideas.

Realmente los organicistas tienen el mérito indiscutible de haber planteado con una gran claridad y sin reservas, el que acaso debe considerarse como uno de los primeros problemas de la Sociología, a saber: ¿qué es una Sociedad? Porque, en efecto, la Sociología, o no tiene objeto propio, o debe referirse a la Sociedad como materia de su estudio.

Los organicistas inician, pues, su labor sociológica proponiéndose esa pregunta, y con cierta lógica, impulsados por la idea naturalista de los fenómenos humanos, esto es, por la idea de que estos se producen en la naturaleza, se preocupan ante todo el saber a cuál de sus reinos pertenece la Sociedad, cuya contextura se ofrece, desde luego, con ciertos caracteres orgánicos.

Prescindiendo de las graves dificultades con que el biólogo que pretende hacer Sociología tropieza, para resolver, aún dentro de su criterio naturalista, los problemas de la Sociedad, puede decirse que esta concepción orgánica, se explica en gran manera como consecuencia lógica y espontánea del empleo del método analógico a la investigación social, lo que tiene un fundamento, después de todo muy natural en sus principios, ya que hay cierta analogía entre el agregado social y el agregado orgánico¹³⁵.

Según la concepción orgánica, mejor aún, orgánico-biológica, la Sociedad es considerada como algo semejante a un organismo, y no ya en un sentido puramente analógico, como semejanza entre desemejantes, sino en el sentido de analogía real entre cosas semejantes. La Sociedad se puede considerar como un organismo, así como este se puede considerar como una Sociedad. Por consiguiente vale el método de las analogías reales para encontrar en las sociedades las relaciones, las funciones, y los sistemas.

Los partidarios del organismo ven una identidad completa entre Organismo y Sociedad. De allí descripciones más o menos extensas, exageradas comparaciones, aventuradas hipótesis. Así, para Spencer, la organización de toda Sociedad descansa en una distinción entre aquellos de sus miembros que están encargados de proveer a las necesidades de la vida y los que presiden las relaciones con las sociedades circunvecinas, relaciones por lo común hostiles. Esta distinción, agrega, "es análoga a lo que existe en biología entre las funciones nutritivas y las funciones de relación. En un principio la diferencia entre las clases es poco marcada; la una es la de los señores; la otra es la de los esclavos; y los señores que son, no solo guerreros, sino

¹³⁵ Adolfo Posada. *Sociología Contemporánea*. Barcelona, 1904.

también cazadores, contribuyen en gran parte a la alimentación de la tribu. Pero cuando esta entra en la faz agrícola, la diferencia de las funciones se hace más sensible, lo es aún más cuando se desarrolla la industrial, y entonces se forma una tercera clase que sirve de intermediaria a las otras dos y se encarga del cambio de los productos. Lo mismo acontece en los cuerpos organizados: en los animales inferiores la presa aprisionada por los órganos externos produce un alimento, que, absorbido por los órganos internos, se trasmite casi directamente a los primeros. En los animales superiores hay un sistema circulatorio y distributivo, que trasmite a los miembros externos los productos de la nutrición elaborados por los órganos internos”¹³⁶.

Y es en verdad curiosísimo el influjo o dominio que sobre el espíritu de los sociólogos de todas las escuelas, aún de las más contrarias, ejerce la analogía de la Sociedad con la naturaleza orgánica. Así, prescindiendo de Alberto Schaffle, que, en su libro *Struttura e Vita di Corpo Sociale* la desarrolla con admirable maestría, vemos como Emile Durkheim habla de la *gens*, que según él representa segmentos de animal segmentado; Guillermo de Greef, menciona los tejidos sociales, y dice que las relaciones contractuales son los tejidos y la estructura de la Sociedad; Giard equipara la aristocracia y el clero a lo adiposo social; Gabriel Tarde afirma que la Sociedad es como un órgano más bien que como un organismo, y que el gobierno es la voluntad consciente; Jacques Novicow, sostiene que el cerebro del organismo social lo constituye la élite de la humanidad; René Worms dice que la operación económica de la Sociedad, esto es, la producción, la distribución, el cambio, y el consumo, son sus procesos nutritivos, y que la bolsa es el corazón social; Paul Lilienfeld que el medio material que rodea al hombre, constituye la “substancia intercalar” y que el Estado es el órgano central, el cerebro de la Sociedad¹³⁷.

Creen, pues, estos autores, que todos los órganos y funciones del organismo animal se encuentran en las estructuras sociales. Los individuos, que son seres vivientes dentro del organismo social, representan a las células, que también lo son dentro del organismo animal,

¹³⁶ Herbert Spencer. *La Ciencia Social*. Madrid, 1886.

¹³⁷ Herbert Spencer. *Principios de Sociología*. Madrid, 1882; Paul Von Lilienfeld. *Pathologie Sociale*. París 1899; René Worms. *Organisme et Société*. París, 1896; Alfred Fouillée. *La Science Sociale Contemporaine*. París 1885; Albert Schaffle. *Struttura e Vita del Corpo Sociale*. Torino, 1881; Jacques Novicow. *Conscience et volonté sociales*. París, 1897; Alfred Espinas. *Sociétés Animales*. París, 1878; Francisco Giner de los Ríos. *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social*. Madrid, 1899; Gumersindo de Azcárate. *Concepto de la Sociología*. Madrid, 1896; V. Santamaría de Paredes. *El concepto del Organismo Social*. Madrid, 1896.

y de la misma manera que estas se renuevan sin que desaparezca el todo a que pertenecen, también aquellos hacen lo propio sin que sufra en nada el todo social; el aparato protector o industrial de las sociedades es el mismo que en los animales transforma los alimentos en sustancias quilíferas; el aparato regulador, que los pone en comunicación con el mundo exterior es el que en los animales forman los sentidos y los órganos de defensa; y el aparato distribuidor está representado por el sistema vascular. De otro lado, la Sociedad sigue en su desenvolvimiento orgánico un proceso idéntico al del organismo de un ser individual; tiene su germen, sus células, sus tejidos, sus órganos. Hay, pues, una embriología, una fisiología, una anatomía, y una terapéutica sociales.

La comparación del organismo social con el fisiológico ha adquirido así tal desarrollo en la Sociología, que casi absorbe su contenido y motiva la publicación de numerosas obras, a cuyo frente figuran las construcciones científicas de Spencer, Schaffle, Lilienfeld, Novicow, Worms, ejemplos de perseverancia asombrosa en discurrir, a lo largo de sendos volúmenes, sobre el tema de una metáfora o de una analogía, y testimonios también de cómo el positivismo ha llegado a superar en apriorismo y artificiosas edificaciones a las viejas escuelas filosóficas.

En efecto, apartándose de la doctrina naturalista, quizá, más exactamente, biológica o fisiológica del organismo social, no hay que ver una identidad completa entre el organismo social y el organismo fisiológico, sino simplemente una analogía. Y si es lícito el empleo de la analogía, como procedimiento aclaratorio y explicativo, es a condición de servirse de ella, no para llegar a equiparaciones precipitadas, sino para determinar diferencias irreductibles cuando surgen de la misma comparación analógica.

Afanándose por buscar las semejanzas se olvidan las diferencias, y no se tienen en cuenta muchas de estas que son verdaderamente sustanciales. En verdad, la sociedad humana carece de esa individualidad biológica y psicológica que es propia del organismo animal superior, y, mientras en la escala orgánica los organismos más perfectos son los más diferenciales, el desarrollo de las sociedades marca bajo este aspecto un retroceso, porque hace desaparecer progresivamente las rígidas distinciones, primero de las castas antiguas y después de las clases y estados más recientes. En los diversos tejidos orgánicos los elementos se especializan de modo que una célula epitelial y una célula nerviosa no se pueden sustituir, mientras que los individuos pueden pasar en las sociedades de una a otra función. En el organismo físico la vida de las partes depende de la del todo, en la Sociedad los individuos tienen vida independiente.

El organismo físico tiene continuidad y unidad especial y material, el social tiene su vínculo en las conciencias. La Sociedad no tiene, como el organismo, una duración normal y un ciclo vital típico. Una verdadera función reproductiva no existe en las sociedades, y la misma función económica no se puede comparar exactamente a la función nutritiva, porque mientras la primera es intersocial, la segunda es propia de cada organismo. Los elementos sociales, los individuos, pueden realizar coetáneamente funciones sociales diversas, las células no. El vínculo social es representativo, síquico, el biológico es físico. El organismo físico no llega a la conciencia sino en el todo, el organismo social tiene, al contrario, conciencia de sí en los individuos.

Es por esto que la concepción de la sociedad humana como un organismo, o, superorganismo concreto y real, ha encontrado entre los adeptos de las disciplinas sociales, una viva oposición. Se ha llegado a rectificar de una manera radical el sentido biológico de la concepción orgánica, afirmando que las principales analogías, las únicas útiles, no son propiamente biológicas sino psicológicas. Y esto porque las mismas cualidades síquicas que pertenecen al organismo individual, obran en la Sociedad a través de la cooperación de sus unidades orgánicas.

Tal es la nota común de esas doctrinas que dan toda importancia al aspecto psicológico de los fenómenos sociales, atendiendo como objeto de la Sociología a lo social, más que al ser social o a la Sociedad como entidad sustantiva, y construyendo el siquismo social como hace Eugéne de Roberty¹³⁸, propendiendo como Gabriel Tarde a hacer psicología intermental¹³⁹, basando toda la concepción compleja de la vida social en la conciencia de la especie como quiere Giddings¹⁴⁰, o, en fin, queriendo fundar la sustantividad de la Sociología en la premisa esencial según la cual el hecho social es en sí mismo una cosa nueva, en cuanto consiste en maneras de obrar, de pensar y de sentir exteriores al individuo, e inexplicables por la mera psicología individual como pretende Emilio Durkheim¹⁴¹.

Es lo cierto que así como los sociólogos organicistas han incurrido en el error de confundir la Sociedad con un organismo biológico, los sociólogos psicólogos se equivocan también al pre-

¹³⁸ Eugéne de Roberty. *Le Psychisme Social*. París, 1897.

¹³⁹ Gabriel Tarde. *Etudes de Psychologie Sociale*. París, 1898.

¹⁴⁰ Franklin E. Giddings. *Sociología Inductiva*. Madrid, 1901.

¹⁴¹ Durkheim Emile. *Les régles de la méthode sociologique*. París 1895.

tender tener en cuenta únicamente al factor intelectual, viendo en la Sociedad un comercio exclusivo de pensamientos y sentimientos individuales, un fenómeno esencialmente síquico.

Más es de advertir que la consagración de la Sociedad como objeto de la Sociología, no implica la necesaria admisión de ninguna de las doctrinas que definen aquella como entidad sustantiva, como organismo, como ser, sino tan solo el supuesto de que la Sociedad, es decir, el hecho indudable e indiscutible de la asociación humana, como interacción síquica, como relación entre seres semejantes, como fenómeno de conciencia, como super-organismo, como expresión geográfica, aún como mera organización, es un asunto que se impone al estudio reflexivo, constituyéndose en objeto de ciencia, o, cuando menos, en estimulante atractivo de una aspiración científica¹⁴².

La Sociología entraña la consagración de la Sociedad como un objeto de posible y necesario conocimiento, como materia para el análisis reflexivo y objetivo de sus dos aspectos, en cuanto estructura y en cuanto función, sintetizados estos aspectos que no se ofrecen en la realidad separados, en la vida más comprensiva de proceso, que supone la constante transformación de la estructura por obra de la función. De allí la propensión de los sociólogos a considerar una estática y una dinámica sociales, aun cuando estos términos no hayan sido siempre empleados adecuadamente, al pretender describir la estructura como existencia aparte de la función.

La Sociedad representa una individualidad activa, una unidad viviente, cuyas funciones se cumplen obedeciendo a un proceso no igual, sino semejante por la especialización de las partes y la solidaridad del conjunto, al proceso orgánico; pero en el que por la intervención de la inteligencia y de la voluntad, predominan los factores síquicos colectivos. La Sociedad es una organización especial y superior a todas las organizaciones orgánicas, solamente una parte reducida de los principios biológicos más generales le es aplicable, y, por consiguiente, aparte de los principios primeros que rigen la evolución de la vida, la Sociología ha de investigar y estudiar, con un criterio exclusivamente social, sus fenómenos propios¹⁴³.

Por esto todos los sociólogos contemporáneos convienen en que la Sociología, aunque requiere su auxilio, es independiente de la Biología y de la Psicología; y que las leyes sociales, a pesar de sus fundamentos biológicos y síquicos, son leyes especiales. Puede el proceso de los

¹⁴² Adolfo Posada. *Principios de Sociología*. Madrid, 1908.

¹⁴³ Mariano H. Cornejo. *Sociología General*. Madrid, 1908.

organismos o la psicología de los hombres, ilustrar y guiar sus investigaciones, pero estas no tienen en la vida y en la conciencia colectiva un objeto propio y exclusivo.

LA SOCIOLOGÍA GENERAL Y LAS CIENCIAS SOCIALES PARTICULARES

Algunos filósofos trascendentes niegan la importancia de la Sociología, y aún su razón de ser como ciencia, afirmando que carece de objeto propio y definido, ya que la lingüística, la economía, la jurisprudencia, la estética, la política, y las demás ciencias sociales agotan el estudio de la Sociedad, siendo la Sociología, según ellos, una palabra empleada para designar el conjunto de las ciencias sociales particulares.

Más esto no es exacto, porque la Sociología no es el estudio de cada fenómeno social aislado, sino de la correlación de los hechos sociales, de su recíproca condicionalidad, de las leyes que rigen el organismo colectivo considerado como un todo; es como quiere Giddings, la ciencia general del fenómeno social¹⁴⁴.

Ahora bien, algunos conciben la Sociología General como ciencia colocada en la base de las diversas ciencias sociales particulares, a las que serviría de punto de partida y de fundamento; según otros, la Sociología tendría su puesto al término de las ciencias sociales particulares de las que constituiría su síntesis, vendría a ser su coronamiento.

Y esta discordancia de pareceres no es solo cuestión de palabras, ni de método: es cuestión de substancia. Para los que imaginan una ciencia social general como base de los estudios sociológicos, ella tiene por objeto los elementos y formas simples de toda Sociedad. Según esto, la Sociología es una ciencia abstracta, que intenta reducir a su más simple expresión las fórmulas de la ciencia social, buscando lo que hay de más general, en todos los fenómenos sociales, y lo que hay de primordial y elemental en toda Sociedad.

Más precisa establecer hasta qué punto es útil y posible llevar los estudios sociales a ese grado de abstracción, para descubrir en el terreno filosófico las bases fundamentales y primordiales de toda vida colectiva. En la naturaleza los elementos simples existen mezclados, de manera indisoluble, con los elementos secundarios: lo general con lo particular. La Sociología no puede ver ni observar esos elementos simples de toda sociedad humana porque están confundidos en sus diversas manifestaciones particulares, con las formas y productos de la vida social. Necesitaría aislarlos entre sí por un procedimiento puramente mental, y no tiene

¹⁴⁴ Óscar Miró Quesada: "Problemas ético-sociológicos". Lima, 1907.

ningún criterio objetivo para alcanzar ese propósito. De allí que el sentimiento subjetivo, el gusto personal de cada autor sea lo que distingue ciertos elementos como esenciales en toda sociedad y en todo fenómeno social, y ciertos otros como accidentales. Por esta misma razón, y no pudiendo contemplar de una manera aislada aquella realidad que considera como objeto propio de la Sociología, le es necesario, para dar alguna materia a sus estudios, descender al terreno de los hechos concretos, esto es, a los mismos fenómenos que se trata de eliminar, invadiendo los diversos campos definidos de las disciplinas que le son conexas, y, como es natural, la esfera de la Sociología resulta, una vez más, enteramente arbitraria. Esa imaginada ciencia general, se apropia asuntos de las ciencias sociales particulares, pero para tratarlos de una manera vaga, aproximativa, que escapa a toda prueba metódica. Tal es el carácter de la mayor parte de la producción sociológica contemporánea, que viene a constituir, como observa Durkheim, un modo particular de especulación intermediario entre la filosofía y la literatura, en que unas cuantas ideas teóricas muy generales se pasean a través de todos los problemas posibles¹⁴⁵.

El otro concepto de la Sociología General es, en cierto sentido, contrario al precedente. Se cree que comparando los resultados de las diversas ciencias sociales, se puede erigir una especie de filosofía de las mismas. Bajo este nuevo aspecto, la Sociología General es posible; realizaría un trabajo semejante al de la filosofía general respecto de todas las ciencias. Pero, desde luego, cabe objetar que semejante creencia es prematura; que los estudios metódicos sobre las leyes de la vida social del hombre se inician apenas, sus conclusiones son todavía muy pobres, y sus datos escasos, que, por lo mismo, es peligroso para el progreso de los estudios sociológicos pretender, desde ahora, elaborar un concepto sintético que por hipótesis debe constituir el producto de vastos materiales científicos acumulados. Hay que esperar que estas ciencias maduren, y, cuando sus resultados lleguen a ser más tangibles y seguros, se podrá constituir con ellos una síntesis filosófica: la Sociología en este sentido es todavía una ciencia del porvenir.

Más en verdad la ciencia social debe ser considerada con ambos significados. Todas las ciencias generales son sintéticas en su método y, al mismo tiempo, fundamentales en su carácter. Su carácter fundamental es el resultado de la amplitud de su síntesis; sus generalizaciones no son solo más amplias que las alcanzadas por las ciencias especiales, sino que por lo mismo que son más amplias son a la vez también más profundas. La Sociología

¹⁴⁵ Manuel V. Villarán: "Las Ciencias Morales Contemporáneas y su tendencia positiva". Lima, 1907.

como una teoría de la evolución y de la organización social alcanza generalizaciones mucho más vastas que las ciencias sociales especiales, y, por la misma razón, tales generalizaciones son de un carácter fundamental. Pero es solo a través de la síntesis del fenómeno social que esas generalizaciones fundamentales pueden ser alcanzadas. Es por esto que la Sociología es adecuadamente concebida en alguno de sus aspectos como una síntesis de las ciencias sociales especiales; entendiéndose que no se trata de una suma de estas, sino más bien de las más amplias generalizaciones del proceso social considerado en todas sus modalidades. De aquí que la Sociología sea tanto la ciencia fundamental de la vida social, base de las ciencias sociales, como también su complejión lógica.

Así como la anatomía y la fisiología no agotan el estudio de las formas y funciones vitales, pues queda la biología, que es la ciencia general de la vida, la filosofía de los organismos vivos, las diversas ciencias sociales analizan la realidad social disgregándola, pero no agotan su estudio, restando por hacer la síntesis de los fenómenos colectivos, y tal es precisamente el objeto de la Sociología¹⁴⁶.

No debe, pues, creerse que la Sociología observe otros fenómenos que los que consideran las ciencias sociales; unas y otras tienen su campo de experimentación en lo social, pero mientras el sociólogo se ocupa de los problemas fundamentales y generales de la vida social, las ciencias sociales particulares estudian problemas en cierto modo específicos y concretos, que abarcan solo aspectos o fases de esa vida.

Todas las distintas disciplinas sociales, biológicas, históricas, jurídicas y políticas, aportan sus principios y conclusiones que la ciencia social utiliza para formar su carácter propio en síntesis unitiva, siendo en este sentido en que la Sociología puede ser considerada, dada su amplitud y comprensión, como ciencia social fundamental, vale decir, como la ciencia general de la Sociedad.

EL MÉTODO SOCIOLÓGICO

El objeto y propósito teórico de la Sociología, base justificativa de su aspiración científica, consiste en el estudio de la realidad social, del orden de fenómenos y de ideas sociales, a fin de constituir, mediante la interpretación adecuada de los datos reales, una explicación racional de lo social.

¹⁴⁶ Óscar Miró Quesada: "Problemas ético-sociológicos". Lima, 1907.

Surge, ante este propósito, una cuestión inevitable, que lógicamente se impone en todo caso análogo y que importa mucho examinar: ¿cómo se puede y se debe efectuar el estudio y la interpretación constructiva de la realidad social? o, de otro modo, ¿qué hacer para conocer la realidad social, o para llegar a determinar su verdad en el grado de intensidad que supone la labor científica? ¿Qué camino se ha de seguir? ¿Cuál es el modo y los procedimientos conforme a los que el sociólogo debe estudiar la Sociedad y los fenómenos sociales? ¿Qué operaciones se han de realizar? ¿Cómo debe proceder el investigador de la materia sociológica para penetrar su naturaleza, explicar su composición, e interpretarla racionalmente?¹⁴⁷

Se ha dicho con razón que una ciencia es ante todo un método. De la manera de estudiar, del camino que se sigue depende casi en absoluto el resultado, y los mismos problemas analizados con el método especulativo o con el método realista nos llevan a muy distintas y aún opuestas conclusiones.

¿Cuál es el método que precisa seguir en la ciencia social? Nadie lo ha precisado mejor que Augusto Comte. Antiguamente era de notar, en cuanto al método, la preponderancia de la imaginación sobre la observación, y, en cuanto a la doctrina, la marcada tendencia en buscar nociones absolutas. Hoy la ciencia social se caracteriza por la subordinación de la imaginación a la observación; ella ofrece a la imaginación el campo más vasto y más fértil, reduciéndola no obstante a descubrir o perfeccionar la coordinación de los hechos observados o los medios de emprender útilmente nuevas exploraciones. Se trata, pues, de introducir en la ciencia social, la tendencia a subordinar las concepciones a los hechos. Y, en lo concerniente a la doctrina, se establece la afirmación de lo relativo, ya que el progreso de la especulación se subordina al perfeccionamiento de la observación. El carácter meramente relativo de las afirmaciones de la ciencia social es tan inseparable de la noción de las leyes propiamente científicas, como la tendencia a los conocimientos absolutos, lo es de las ficciones teológicas o de las entidades metafísicas. Y es que por más que el investigador se afane no conseguirá nunca arribar científicamente a la misteriosa esencia de las cosas, sus verdades más fundamentales serán de simple relación, conocerá el fenómeno cuando pueda colocarlo en la situación que le corresponde, relacionándolo con las demás manifestaciones de la actividad social en ese momento, revelando el vínculo que lo incorpora a la vida común del organismo colectivo, o cuando pueda precisar el movimiento que lo precede en la marcha general de la agrupación.

¹⁴⁷ Adolfo Posada. *Principios de Sociología*. Madrid, 1908.

Resultado modesto si se le compara con los propósitos fantásticos de la ciencia clásica que aspiraba a descubrir el principio oculto, fijo, inmutable, de esa cosa tan movediza que se llama la vida social, pretendiendo someterla al molde rígido de una media docena de verdades especulativas.

Ahora bien, se han observado varias tendencias en las ciencias sociales: unas especulativas, realistas las otras. Todas difieren especialmente por sus métodos. Las primeras siguen el deductivo. Se toma como base un principio, resultado de las meditaciones del autor, o sacado de otras ciencias, y se extrae con rigurosa lógica su contenido, sin fijarse en el movimiento real de las cosas, y en la complicación de la vida que no se deja someter a fórmulas fáciles y simples.

Más si la ciencia tiene por objeto la verdad y esta, a su vez, la realidad, y si, por otra parte, la realidad solo puede ser considerada mediante el estudio de los hechos o fenómenos por los cuales se manifiesta, es evidente que la ciencia tiene que emplear, forzosamente, el método realista y directo de la observación.

La observación de los hechos o fenómenos sociales es una necesidad fundamental para la Sociología. En esta observación, el investigador sociólogo debe recoger los hechos, analizarlos, clasificarlos y ordenarlos con mayor precisión que en todo otro campo científico a causa de la complejidad de dichos fenómenos, para no incurrir en falsas o atrevidas generalizaciones.

La elaboración lógica quedaría incompleta, si a la inducción no siguiera la deducción, pero el método deductivo en la Sociología, no es el de los metafísicos, sino aquel al cual se refieren Stuart Mill y el profesor Giddings, al establecer la deducción, derivada de la inducción más no de principios dogmáticos sentados *a priori*.

De otro lado, la simple observación de los fenómenos sociales es ciertamente difícil, requiere hábitos especiales de espíritu desde que fácilmente escapan, aún a la atención más prolija, algunos de los innumerables factores, cualquiera de las múltiples causas concurrentes, lo suficiente para falsear la inducción. Por otra parte, el observador tiene que comenzar por defenderse de sí mismo, de todas las influencias perturbadoras que actúan sobre su inteligencia, ya que los hechos sociales afectan el amor patrio, el interés personal, los odios y simpatías heredadas o adquiridas en el roce de la vida, las preocupaciones intelectuales, el

amor a las propias teorías, los impulsos del sentimiento, diversos motivos que impiden juzgar con exactitud.

El estudio que la Sociología hace de la Sociedad no es, pues, un estudio apriorístico y deductivo, como el de la metafísica tradicional, sino inductivo y científico como el de la física y el de la biología contemporáneas.

El único método verdadero que le es aplicable es el método científico, el método positivo, vale decir, el que parte de la observación de la realidad y sus fenómenos para elevarse a las doctrinas, el que va de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general, el que principia por inducir sin apasionamiento para luego deducir con lógica, método al cual debemos todos los progresos de las ciencias naturales, y hoy, por lo menos, la orientación firme y segura de las ciencias que estudian al hombre y a la Sociedad.

La Sociología es así el estudio científico, es decir metódico, claro, imparcial, y desapasionado, de las causas, de las leyes y de la evolución de la Sociedad y de los fenómenos sociales.

LA CIENCIA SOCIAL Y LAS DOCTRINAS SOCIOLOGICAS

El estudio científico de la realidad social se ha realizado desde muy diversos puntos de vista, que bien podemos afirmar parciales e incompletos. Cada escuela, cada autor, ha contemplado solamente una faceta de ese prisma complejo que constituye la Sociedad y sugestionado ha olvidado la visión integral del conjunto desde la altura de un pensamiento comprensivo.

De todos modos, es signo de vida, de vigor, de florecimiento y no de estancamiento y decadencia, el que una disciplina científica sea objeto de investigaciones variadas, motivo de hipótesis al parecer contradictorias, y materia en suma de tan diversas escuelas, cada una de las cuales pretende, vanamente, ser depositaria única de la verdad sociológica.

Más por sus afirmaciones exclusivistas, unilaterales, y dogmáticas, ninguna de ellas es capaz de darnos una concepción verdaderamente científica de la Sociología. Ellas nos muestran la realidad social a través de una idea, nos la muestran en una especie de vestidos de confección, disimulada bajo las formas de conceptos hechos que velan la propia naturaleza del fenómeno que intentan revelar. Todas estas diversas doctrinas, de que tan frondosa se muestra la literatura sociológica son falsas y están heridas por vicios fundamentales. Traducen únicamente modos de ver individuales, son obra más subjetiva que objetiva, encierran ciertamente algunas verdades, pero de ningún modo alcanzan a sorprender toda la verdad.

Por cierto, que una amplia crítica de las diversas concepciones sociológicas, que nos capacite por disciplina propia de espíritu; para apreciar el positivo valor de las mismas, nos permitirá evitar esas adhesiones a soluciones o principios falaces, que sanamente interpretados llevan a conclusiones absurdas o disolventes de la coherente complejidad de la realidad social.

Y es que los cultores de la Sociología, si en principio reconocen la necesidad indispensable de apoyarse en métodos positivos, en la realidad no saben cómo aplicar esos métodos al estudio de los problemas sociales. De allí que, partiendo de investigaciones superficiales, a base de un reducido número de datos u observaciones, se dejen arrastrar por inducciones aventuradas, cuando no por deducciones aprioristas y entusiasmos peligrosos que los llevan a construir teorías muy pocas veces científicas y casi siempre desviadas de la realidad.

El primer defecto de las escuelas sociológicas es, pues, un defecto que bien podemos llamar de origen. Consiste en que las distintas doctrinas están saturadas de un ambiente de adivinación, de intuición milagrosa, de interpretación subjetiva, que deriva de la falta de práctica para aplicar los métodos positivos a los estudios sociológicos.

Y de la falta de aplicación de tales métodos se deriva un segundo error de las diversas escuelas sociológicas, consistente en que cada una de ellas representa la exaltación apasionada de algunas ideas preferidas por el fundador. Así un ejemplo típico de esa exaltación apasionada de una idea lo hallamos en el economismo histórico, que pretende explicar todos los fenómenos sociales por la acción del factor económico. Esta teoría, cualquiera que sea su valor ante la ciencia, no fue el fruto de una larga investigación, científica y serena, sino que, por el contrario, fue en su origen un arma de combate forjada por Karl Marx¹⁴⁸ y por Engels¹⁴⁹, para luchar contra las huestes del capitalismo; hay en esta teoría la exaltación apasionada de una idea: la acción del factor económico como la causa del desarrollo social.

Lo mismo ocurre en todas las escuelas sociológicas. Cualquiera que se examine resulta ser el fruto de una exaltación apasionada. Esto es explicable. El fundador de la escuela, pensando en el silencio del gabinete sobre la Sociedad y sus fenómenos, descubrió una idea desconocida u olvidada y que él era, quizás, el primero en apreciar en todo el valor de su importancia científica. Enamorado de su idea, en vez de seguir una fría investigación imparcial, fundó con ellas sistemas arbitrarios, o si continuó la investigación, está ya no fue imparcial, porque el

¹⁴⁸ Karl, Marx. *Le Capital*. París, 1867.

¹⁴⁹ Friedrich, Engels. *La force et l'économie dans le développement social*. París, 1902.

pensador, orgulloso y enamorado de su sistema, de su idea fija, trataba de seguirla a través de todos los fenómenos sociales, y en todos ellos la encontraba. Cada pensador se crea así un punto de vista individual, y, refiriendo todas sus observaciones a la idea obsesionante, va elaborando una concepción esencialmente subjetiva.

Para convencerse de esto, basta estudiar las variadas tendencias del pensamiento sociológico contemporáneo. Todas llevan impresas las trazas de esa ecuación personal, necesariamente sujeta a correcciones, y en cada una encontramos como base la fervorosa exaltación de un principio, la profunda influencia de un pensamiento preferido.

Más de la primacía de un pensamiento único en cada escuela, resulta que estas son exclusivistas, unilaterales, o simplicistas, lo que constituye un tercer error.

Las escuelas sociológicas son unilaterales o simplicistas, es decir, que aspiran a explicarnos el origen y el desenvolvimiento de la Sociedad por medio de una o dos leyes, más o menos verdaderas, y por medio de la acción de un solo factor. Para cada concepción sociológica hay un solo factor que explica todos los fenómenos y despeja todas las incógnitas, viniendo a ser algo así como una palabra de virtud ante la cual se ilumina la oscuridad de todos los enigmas.

Por ejemplo, hay una teoría según la cual el factor raza es el que determina el mayor o menor avance de los pueblos por el camino del progreso. Nos referimos a la teoría sostenida por Gobineau¹⁵⁰, combatida por Finot¹⁵¹, y presentada con nuevo barniz de ciencia por Vacher de Lapouge¹⁵². Esa teoría todo lo mira desde el punto de vista de la raza: la raza es para ella la explicación de todos los enigmas sociales.

Hay otra escuela que con Buckle¹⁵³, Demolins¹⁵⁴, y Ratzel¹⁵⁵, sostiene que el eje de la evolución social está en el medio ambiente físico en que viven los pueblos, es decir, en el territorio, en el clima, en la flora, en la fauna.

Bástenos citar estas dos escuelas, la primera antropológica y la segunda geográfica, porque en todas las demás acontece lo mismo. Pues bien, lo que ocurre con estas concepciones

¹⁵⁰ Joseph A. Gobineau. *Essai sur l'inégalité des races humaines*. París, 1855.

¹⁵¹ Juan Finot. *El prejuicio de las razas*. Madrid, 1900.

¹⁵² G. Vacher de Lapouge. *Herédité dans la Science Politique*. París, 1888.

¹⁵³ Henry T. Buckle. *The History of Civilization of England*. London, 1857.

¹⁵⁴ E. Demolins. *Les grandes routes des peuples*. París, 1886.

¹⁵⁵ Friedrich Ratzel. *Politische Geographie*. Leipzig, 1897.

sociológicas es que son simplicistas, unilaterales, exclusivistas, pretenden explicar todos los fenómenos de la vida social por la acción de la raza y del medio ambiente respectivamente.

En verdad que el simplicísimo de estas escuelas, que se reproduce en todas, es de lo más absurdo que puede haber en Sociología. Y aún cabe afirmar que es anti-sociológico... Y ¿cómo no, si contradice un principio básico de la ciencia social? ¿Acaso no sabemos que la Sociología ha proclamado como una verdad indiscutible la complejidad de los fenómenos sociales? Esa complejidad es evidente como un axioma. A nadie se le ha ocurrido nunca discutirla. Y sin embargo, las diversas escuelas que pretenden darnos la concepción científica de la Sociología, olvidan ese principio y lo contradicen inconscientemente.

Hemos citado la teoría de Gobineau y la de Buckle. Es indudable que la raza, de que nos habla el primero, y el medio físico, a que el segundo alude, influyen en la vida social, originan algunos fenómenos colectivos y contribuyen a dar forma especial a alguna institución, pero eso no nos autoriza a sostener que la raza, o, que el medio físico, sea el factor más influyente en la evolución social y mucho menos a afirmar que sea el único factor determinante de ella. Si lo hiciéramos, desconoceríamos la complejidad de los fenómenos sociales. Estos no derivan de una causa única porque entonces serían simples e idénticos siempre y no diversos y complejos.

Mas antes de continuar, debemos advertir que en la afirmación precedente nos referimos a las causas próximas, que son las que interesan al sociólogo, y no a las causas remotas; si de estas últimas se tratara es claro que, al fin, podríamos hallar una causa única y permanente de todos los fenómenos sociales, por ejemplo, la energía, desde que todo en el universo no es sino manifestación de la fuerza única, pero no nos referimos a esas causas remotas sino a las próximas.

Ningún hecho social deriva, pues, de un factor único, por el contrario todos son fruto de factores múltiples. En la Sociedad ninguna fuerza permanece aislada e indiferente ante la gestación de fenómenos, silenciosa o vibrante, realizada por las otras fuerzas. Aún en su misma repulsión, aún en su misma lucha, realizan obra común, pues el fenómeno que producen es la resultante de todas ellas.

Para comprender que ante la Sociología no puede haber causa única de los fenómenos, basta recordar que para nuestra ciencia no hay una diferencia substancial entre la causa y el

fenómeno, en el sentido de que todo fenómeno puede convertirse en causa y toda causa, en un fenómeno. Cualquier hecho social es fenómeno producido por causas y a la vez causa productora de fenómenos. Ante la Sociología hay, así, identidad substancial entre la causa y el fenómeno. Quiero esto decir que siendo causa todo fenómeno, y fenómeno toda causa, si aceptáramos que ante la Sociología no hay más que una causa tendríamos que ante ella no hay más que un fenómeno, lo que es absurdo. Concretando, podemos afirmar que la ciencia social reconoce como axiomático que los fenómenos sociales son complejos, que sus causas son numerosas y que, por tanto, las diversas escuelas que son simplicistas, unilaterales, exclusivistas, y aún dogmáticas, en sentido estricto son anti-sociológicas, cuando para explicar la evolución social recurren a causas únicas.

Ahora bien, el cuarto error de las distintas concepciones sociológicas es que pretenden explicar el devenir social no solo por factores únicos sino también por factores permanentes. Este es un grave error.

Las causas del desarrollo de los pueblos son no solo numerosas, sino también transitorias. Ellas aparecen y desaparecen vertiginosamente en el tumulto de la existencia colectiva. Brotan de todas partes, se entremezclan confusamente, producen un fenómeno y desaparecen, porque van cediendo ante la acción de los mismos fenómenos que generan, los cuales a su vez se van convirtiendo en causas. Todo esto lo olvidan las escuelas cuando nos hablan para estudiar la Sociedad de factores únicos, inalterables, permanentes.

Así como hay causa única, hay también causa permanente. Es indudable. Pero, como ya hemos advertido, no son estas causas remotas las que interesan a nuestra ciencia, sino las próximas, y estas cuanto más próximas, son más interesantes para el sociólogo y también más transitorias, porque están más cerca de lo relativo y más lejos de lo absoluto y de lo inmutable.

Debemos, pues, rechazar como falsas las concepciones sociológicas que nos hablan de factores inmutables y permanentes.

El quinto defecto de las escuelas sociológicas está en su universalidad. Quieren explicar por la acción de un mismo factor el desenvolvimiento de todas las sociedades, y así van contra el principio aceptado por la Sociología según el cual cada sociedad tiene un modo especial de desarrollarse, instituciones características, necesidades y aspiraciones propias, y fenómenos peculiares. Esto sería inexplicable, si sobre todas las sociedades obraran idénticos factores. Si

así fuera tendría que primar en la vida de los pueblos la uniformidad universal, lo que está contradicho por la realidad.

Esa vida universalmente uniforme de todos los pueblos no la encontramos en la historia; por el contrario esta nos señala, en algunos pueblos, y, en algunas épocas, el predominio manifiesto de diversos factores, de modo que cada sociedad está sometida a la acción de factores diferentes para cada una, contrariando a lo que afirman las escuelas cuando nos hablan de factores únicos, permanentes y universales.

Desmintiendo la afirmación antojadiza de las diversas concepciones, la Sociología declara que el desenvolvimiento de las sociedades lejos de obedecer a un factor único, permanente y universal, es obra de factores numerosos, transitorios, y aún locales.

Estudiando la obra de A. Comte¹⁵⁶, se observa que él refiere constantemente sus ideas a la Humanidad. Este es el sujeto de sus ideas sociales. Indudablemente que la Humanidad es un sujeto real, en cuanto existe, pero es un sujeto tan enorme que resulta imposible fundar en el estudio de su desarrollo una ciencia verdaderamente positiva; para abarcar a toda la Humanidad la generalización tiene que ser tan grande, tiene que ser tan alta, que, forzosamente, tiene que alejarse mucho de la realidad.

La Humanidad, en su conjunto, no puede ser estudiada con métodos positivos. La Estadística misma, que es uno de los métodos más positivos que pueden aplicarse al estudio de los problemas sociales, no ha conseguido darnos cifras aproximadamente exactas, relativas a toda la Humanidad. Por ejemplo, la estadística demográfica hasta hoy no puede decirnos, ni siquiera aproximadamente, cuál es la población total de la tierra.

Uno de los mayores errores de la obra de Comte consiste, precisamente, en haber hecho de la Humanidad el sujeto de la Sociología. Así lo han comprendido los sociólogos posteriores y buscando un sujeto más real y positivo nos han hablado de la Sociedad. Pero cabe preguntar ¿a qué sociedad se refieren? Ciertamente, ellos nos relatan cosas extraordinarias de una sociedad ideal que no existe sino en su imaginación y en sus libros.

Este es un profundo error de las diversas doctrinas. Era preferible la teoría de Comte, porque al fin y al cabo la Humanidad aunque no pueda, estudiada en conjunto, dar base firme para

¹⁵⁶ Auguste Comte. *Cours de Philosophie Positive*. Paris, 1877.

fundar en su observación una ciencia verdaderamente positiva, por lo menos es un sujeto real desde que existe, pero esta sociedad ideal del que nos hablan absurdamente los sociólogos es un sujeto irreal porque no existe. Solo es una abstracción sin valor en la realidad. De modo, pues, que las concepciones sociológicas nos están hablando de una sociedad ideal, de una sociedad abstracta como sujeto de la Sociología, más como tal sociedad no existe, quiere decir que las escuelas sociológicas se están refiriendo a una Sociología sin objeto real.

Otro error consiste en que hay escuelas tan vagas, escuelas que implican una generalización tan vasta, que, en realidad, a nada práctico conducen. Tal ocurre por ejemplo con la Sociología de Spencer. Todos los fenómenos, y por tanto los sociales, afirma Spencer, con su energética mecanicista, son simples transformaciones de la energía única. Los acontecimientos sociales son, únicamente, manifestaciones de la fuerza indiscutible. Muy cierto, más tal afirmación ¿a qué término positivo nos conduce? ¿Qué previsiones para el futuro social? ¿Qué elementos para una aplicación científica puede proporcionarnos tal afirmación? Ninguno. Es una verdad que no interesa al sociólogo, ni al legislador, ni al jurisconsulto, para la expresión de la ciencia, de la ley, o del derecho.

La Sociología debe concretar más. Debe prescindir, en lo posible, de toda causa única, universal, permanente, para hacer estudios positivos sobre causas mucho más próximas, cuyo examen es más fácil y que son las que verdaderamente interesan al político y al sociólogo.

Es necesario evitar los conceptos demasiados amplios, porque suelen ser demasiado vagos. Es esta vaguedad la que constituye el séptimo error de las diferentes doctrinas del pensamiento sociológico contemporáneo.

Más nosotros no creemos dada la diversidad, y aun oposición de los sistemas, que toda la verdad esté de un lado y todo el error del otro. Estimamos con Worms¹⁵⁷, que los yerros son generalmente compartidos, y que de una parte y de otra se puede también reclamar la verdad.

Las diversas doctrinas sociales son de ordinario verdaderas en aquello que afirman, falsas en aquello que niegan. La verdad, en materia social, es demasiado compleja para dejarse sorprender por un solo espíritu. Cada individuo ve de ella únicamente una faceta. Pero ocupado en describir el lado que él percibe, es conducido por lo mismo a olvidar los otros

¹⁵⁷ René Worms. *Philosophie des Sciences Sociales*. París, 1903.

aspectos de la realidad. Su teoría es inexacta, porque es incompleta. Por consiguiente, para constituir, en la medida de lo posible, la ciencia integral, es menester no rechazar absolutamente ninguna de las doctrinas, sino al contrario, desprender el alma de la verdad que cada una encierra, y esforzarse en fundirlas todas en una armónica unidad.

EL PROCESO GENÉTICO-EVOLUTIVO DE LA DISCIPLINA SOCIOLÓGICA

En el proceso de la disciplina sociológica, como en el de toda ciencia, precisa distinguir cuatro distintos períodos: primero, el momento inicial o de aspiración; segundo, el período de elaboración o formación; tercero, el de construcción sistemática; y, cuarto, el de aplicación.

El momento primero de iniciación implica siempre un movimiento reflexivo, de curiosidad, para descubrir y penetrar la verdad de un fenómeno u orden real. Supone este momento un cierto estado de espíritu, y una preparación tal, que permita darse cuenta de los problemas que suscita la consideración del fenómeno o realidad de que se trate; en suma, ha de haberse llegado al instante crítico en que el sujeto pretende objetivar lo que despierta su curiosidad cognoscitiva.

El período de formación y elaboración, abarca la serie de indagaciones enderezadas a realizar la aspiración científica mediante la acumulación de materiales, la determinación de las ideas, la definición de los conceptos y la exposición de las doctrinas: exige este período operaciones de tanteo y de rectificación constantes.

El período de construcción sistemática es propiamente el de la constitución de la ciencia, merced a la cristalización de las ideas, a la formación de una técnica, a la organización de los conocimientos adquiridos, y a la expresión teórica del orden de fenómenos o de la realidad conocida.

Y, por último, el cuarto período es el de la aplicación práctica del saber que procura la ciencia sociológica, a fin de alcanzar un mayor grado de mejoramiento y bienestar en las condiciones mismas de la vida humana.

Pues bien, la Sociología vencidos ya progresivamente los tres primeros períodos, penetra certeramente en el cuarto estado del proceso genético-evolutivo de su desenvolvimiento.

SOCIOLOGÍA PURA Y SOCIOLOGÍA APLICADA

Las diversas ciencias, tratan únicamente de sorprender la naturaleza del orden de fenómenos que estudian, a fin de lograr explicarlo por una serie o relación causal. Las ciencias sociales van más lejos. Aspiran a investigar cuál es el valor de los hechos que se producen en las distintas sociedades humanas; qué deben ser estos; cómo se pueden progresivamente alcanzar los fines o propósitos de mejoramiento y bienestar social.

En las ciencias puramente teóricas la tarea es aprender para conocer. En las ciencias sociales, aprender para obrar, para inducir orientaciones propicias a un mayor grado de bienestar en relación a los altos fines de la vida humana.

La Sociología no ignora así el problema del fin práctico de la ciencia, más considera que no puede afrontar directamente su eficaz solución sino a través del puro conocimiento desinteresado de la realidad social.

Más aún, si la Sociología es una ciencia, bien podemos dividirla, como se dividen las otras ciencias, en dos ramas distintas: pura y aplicada. La ciencia pura es teórica, la ciencia aplicada es práctica. La una tiende a establecer únicamente los principios generales, la otra indica sus aplicaciones actuales o posibles. La primera solo mira hacia el conocimiento, la segunda se orienta exclusivamente hacia la acción.

Es así como en el estudio de la estructura y de las funciones de la Sociedad, objeto real de la Sociología, es posible distinguir dos tendencias diversas que fácilmente podemos diferenciar valiéndonos de las expresiones de "Sociología General" o "Pura" y "Sociología Especial" o "Aplicada", ya que es natural, y es lógico, como cree Ward, emplear los términos pura y aplicada en el campo de la disciplina sociológica, en el mismo sentido que en las demás ciencias.

La Sociología General, o Sociología Pura, se dedica exclusivamente al estudio desinteresado de la Sociedad; investiga las características de la evolución social, con absoluta prescindencia del contenido moral, de la virtualidad provechosa o dañina, unificadora o disolvente, progresista o retardataria, que haya podido presentar cada caso; escudriña los orígenes de las organizaciones sociales, la génesis de las instituciones colectivas, sin preocuparse de la conveniencia o inconveniencia de los fundamentos de la solidaridad humana, emplea en suma una norma crítica por completo imparcial, desinteresada, objetiva, al analizar las realidades

sociales, prescindiendo de deducir o de establecer la eficiencia inmediata de esas manifestaciones de la vida colectiva.

Más al paso que la norma de la Sociología General, o Pura, ha sido el desinteresado conocimiento de la realidad social, es decir, la orientación que según vemos rige a los sociólogos objetivistas, la deducción de reformas o procedimientos prácticos constituye la tendencia de la Sociología Especial o Aplicada.

En tanto que la Sociología Pura analiza los fenómenos tomándolos como mero tema de conocimiento y se esfuerza en desentrañar las causas de cada modalidad colectiva, pero se detiene allí y se limita a establecer la verdad obtenida por ese análisis, o sea, tiene por rol y por exclusivo objeto el conocimiento de los fenómenos, la Sociología Aplicada toma aquellas conquistas especulativas como base para la acción, aprovecha las conclusiones obtenidas por el análisis objetivista para plantear aplicaciones prácticas que influyan en la estructura social, modificando las espontáneas transformaciones del proceso evolutivo inconsciente¹⁵⁸.

Es así como para Ward, la Sociología Pura se refiere al origen, a la naturaleza, y al desenvolvimiento espontáneo de la Sociedad, y la Sociología Aplicada a los medios y procedimientos necesarios para el mejoramiento artificial de las condiciones sociales por obra del hombre y de la Sociedad como agentes conscientes e inteligentes. La espontaneidad, lo genético, lo natural, caracterizan, por consiguiente, a los fenómenos que estudia la Sociología Pura, en oposición a lo télico, a lo artificial, a lo cual se refiere la Sociología Aplicada, verdadera doctrina del hacer social que proclama la eficacia del esfuerzo meliorista reflexivo y consciente.

Ante la Sociedad, considerada como un objeto real del estudio de la ciencia social, surgen los mismos problemas que ante todas las cosas: "qué", "porqué", "cómo", y luego "para qué". Los tres primeros, que deben preceder al último, planteados respecto de la Sociedad constituyen el objeto de la Sociología pura; el último, el de la Sociología Aplicada.

Aquella trata de los hechos, las causas, y los principios; esta de los objetos, los fines, y los propósitos. La una se refiere a la materia de la Sociología; la otra a su empleo, a su aplicación. La primera es teórica, serenamente desinteresada, su punto de vista es totalmente objetivo, mira a la realidad social, a lo que es, atiende solo al pasado y al presente; la segunda es

¹⁵⁸ Óscar Miró Quesada: "Bosquejos de una Sociología Integral". Lima, 1916.

eminentemente práctica, apela directamente al interés, es subjetiva, se atiene al ideal, a lo que puede ser, está orientada hacia el futuro, y siendo meliorista aspira a fijar la mejor dirección de la evolución social.

Expresa una idea análoga Edward A. Ross¹⁵⁹, cuando distingue, al estudiar la Sociedad, las cuatro preguntas de: ¿qué es? ¿Qué ha sido? ¿Qué tiende a ser? ¿Qué debe ser? La respuesta a estas preguntas constituyen el contenido de la Sociología; pero las tres primeras engendran una Sociología esencialmente teórica, mientras la última sugiere una Sociología práctica o una práctica sociológica. Y, ciertamente, como escribe Wright¹⁶⁰, quizá es este el fin último de la ciencia social, lo que le da un profundo sentido utilitario, en la más elevada acepción de la palabra, al servir los altos fines de la vida humana.

En fin, la Sociología Pura coopera a la formación de la auto-conciencia social por la investigación desapasionada y fría del origen y de la evolución de la Sociedad; ahorra energía social descubriendo las condiciones sociales perjudiciales, las que son modificables y las inmodificables, e impide de este modo la génesis nociva de los desalientos colectivos. En tanto la Sociología Aplicada, afirmando la superioridad de lo artificial sobre lo real, y la posibilidad de la acción social, utiliza prácticamente los valiosos datos que le suministra la Sociología Pura, y aspira a modificar o acelerar las naturales transformaciones del proceso evolutivo inconsciente, no en virtud de movimientos artificiales caprichosos sino a base del conocimiento del mismo proceso espontáneo de la Sociedad.

SOCIOLOGÍA INTEGRAL

En el campo de la disciplina sociológica no se debe buscar, pues, únicamente, la afirmación del conocimiento como un valor teórico, de conformidad de la inteligencia con la realidad, sino sobre todo como un valor práctico de ulterior aplicación.

La labor de la Sociología no se agota en el simple conocimiento de la realidad social sino que ha de completarse con la interpretación del hacer social y con la consideración de cómo puede continuarse, en la sucesión de los acontecimientos sociales, el proceso mismo que se pretende descubrir y explicar.

¹⁵⁹ Edward Alsworth Ross. *Foundations of Sociology*. New York, 1917.

¹⁶⁰ Carroll D. Wright. "Outline of Practical Sociology". New York, 1901.

La teoría no ordena nada, no aconseja nada, no prescribe nada, se limita solo a observar y a deducir. La práctica que tiene por finalidad la acción, es la aplicación de la teoría bien diversa por cierto del simple y rutinario empirismo. Esto explica el propio valor que atribuimos a la teoría y a la práctica, y la censura con que estigmatizamos la rutina y la utopía, estimando que es rutina la práctica que no es teoría, y utopía la teoría que no es práctica.

Ahora bien, la adecuada combinación de las dos tendencias: de un lado la investigación desinteresada y objetiva de la realidad, de otro, la orientación práctica que supone la adopción de las medidas que pueden estimular la realización de los fenómenos provechosos al progreso de la colectividad, o extinguir los que se opongan a aquél fin, determina la formación de lo que bien podemos denominar Sociología Integral. Ella abarca de un lado el conocimiento imparcial de los fenómenos sociales, suministrado por la Sociología Pura, y, de otro lado, las aplicaciones prácticas que de aquel conocimiento de la realidad social puede deducirse.

Tal es el significado de la Sociología Integral, de base objetiva y científica, y, de finalidad práctica y eficaz.

Es cierto que el término de la Sociología Integral, puede parecer mal elegido, y que con razón es posible objetar que es muy pretensioso o tautológico. Quien dice Sociología, dice ciencia social, y quien dice ciencia, dice integración. Una ciencia es, pues, siempre integral¹⁶¹.

Más nosotros al hacer seguir al término Sociología, el calificativo de integral, hemos querido significar con ello una disciplina a la vez abstracta y concreta, pura y aplicada, teórica y práctica.

¹⁶¹ En efecto, bien sabemos que una ciencia es un conjunto de conocimientos sistemáticamente coordinados y clasificados con relación a un principio o a una idea general. Quien dice ciencia dice, pues, organización; y quien dice organización, dice clasificación, coordinación, subordinación. Una ciencia no es nunca tan solo la enumeración ni aún la clasificación más o menos metódica de los hechos observados, descritos de un modo exacto y preciso. Por ejemplo, la descripción de las plantas, su clasificación metódica, no constituyen la ciencia botánica; se podría conocer el lugar que ocupan todos los cuerpos celestes, sus nombres, las trayectorias que describen, su evolución en el tiempo y en el espacio, sin por ello poseer la ciencia astronómica; análogas reflexiones puede hacerse a propósito de las demás disciplinas. El espíritu científico consiste en desprenderle entre la multitud de los hechos particulares, las relaciones constantes que los unen. Estas relaciones constituyen una idea general, la que se expresa bajo forma de una ley general que los englobe a todos. Vemos así, que el espíritu científico procede primero por análisis, o mejor, por disección, por diferenciación; luego por datos particulares unificados, integrados en una idea general, ciencia es, pues, propiamente hablando una integración.

La Sociología no es así una mera ciencia de papel, que ofrece solo estériles conocimientos, sino que constituye una ciencia viva, que informada por el principio rector de un meliorismo fecundo, nos lleva hacia la acción. Y, en verdad, poca utilidad representaría su adelanto como una disciplina puramente teórica, gracias al empleo de métodos rigurosamente científicos, si sus resultados no fueran prácticamente aprovechables en una mejor y más acertada solución de las cuestiones abiertas que constantemente nos plantean la realidad y la vida.

SOCIOLOGÍA NACIONAL

Nadie discute ya que aunque la Sociología ha llegado a ser cultivada por sí misma con el espíritu científico del más absoluto desinterés, su verdadera finalidad es la aplicación práctica de sus principios generales y criterios fundamentales al campo de la vida y de la realidad, proponiéndose en último término, como objetivo cenital de sus investigaciones, orientar la acción social hacia la consecución de un mayor grado de mejoramiento y bienestar colectivo.

La Sociología no es, no puede ser únicamente ciencia pura, teórica, abstracta, sino también, y principalmente, debe ser ciencia aplicada, concreta, práctica, y, en este amplio sentido integral, al estudiar escrupulosamente las peculiaridades de una determinada colectividad, constituye una verdadera Sociología Nacional.

En países nuevos, no es posible persistir por más tiempo en el plano elevado de una ciencia meramente especulativa sino que es conveniente, y aún necesario, descender al campo de los hechos vividos, abandonando las infecundas contemplaciones puramente científicas para afirmar resueltamente el valor de las aplicaciones prácticas.

En tierras de América, especialmente, los estudios sociológicos de índole nacional revisten una excepcional importancia¹⁶².

Ya en el Segundo Congreso Científico Pan Americano, reunido recientemente en Washington, se ha recomendado la creación de cursos intensivos de Sociología Nacional en las distintas universidades del continente. Explicando los fundamentos de esa recomendación James Brown Scott dice: "Uno de los propósitos del Congreso, es efectuar una inteligencia clara acerca de las mutuas relaciones de las repúblicas americanas y de sus pueblos por medio del interés común en la ciencia, la industria, y el arte, y sobre todo por el afianzamiento de lazos

¹⁶² José Ingenieros. *Sociología Argentina*. Buenos Aires, 1918; Pedro M. Arcaya. *Estudios de Sociología Venezolana*. Madrid, 1918.

de simpatía difíciles de analizar, pero necesarios para el concepto justo y duradero del panamericanismo". Y, agrega, "para alcanzar esta mejor inteligencia es necesario el conocimiento exacto del medio en que se encuentran los habitantes de los diferentes países americanos, de los elementos que entran en la formación de su sociedad, y de los factores de su evolución social. Son estos problemas difíciles y delicados, y, por tanto, solo se puede llegar a conclusiones que tengan valor si se tratan con el criterio del investigador, con la imparcialidad que caracteriza la ciencia, y con un espíritu de selección para su estudio lo cual es difícil refiriéndose especialmente a cuestiones sociales. En la creencia de que ese nuevo ramo de la ciencia es digno del estudio científico, y de que los resultados justificarán sus esfuerzos, el Congreso recomiera el establecimiento de cátedras de Sociología Nacional en las universidades donde no existan para facilitar así el examen de las leyes fundamentales de la Sociedad y de la evolución social¹⁶³.

En el Perú, a todas luces, es incontestable la necesidad de fomentar eficazmente estos estudios los cuales permitirán aplicar a los problemas de nuestra vida los principios fundamentales de la Sociología General, disciplina que llenaría un fin teórico únicamente si la Sociología Nacional no llevase a la práctica sus enseñanzas. Ella, a base de la observación inmediata y directa de nuestra realidad, puede decirnos cuáles son las modalidades propias de los distintos factores físicos y sociales que contribuyen a la constitución de nuestra naciente nacionalidad, en qué forma actúan esos distintos elementos, y, abriendo perspectivas renovadoras, indicarnos cómo pueden ser convenientemente modificados a fin de poder acelerar, en lo posible, la evolución de nuestro país.

Más como corolario indispensable a tan saludable labor nacionalista, se impone llevar a cabo un estudio integral de Sociología Americana.

En efecto, el proceso evolutivo de los distintos países americanos entraña maravillosas consecuencias sociológicas e históricas. La formación étnica de sus conglomerados por superposición de elementos heterogéneos, la epopeya conquistadora, las densas sombras de la dominación colonial llenas de romanticismos y de profundas enseñanzas, la reacción libertaria que consiguió la obra más grande con los medios más pequeños, al decir de Gervinius, la accidentada vida política en sus manifestaciones militaristas y revolucionarias, y, por último, el difícil ingreso a la normalidad de la vida civil, que ha de generar venturoso

¹⁶³ James Brown Scott. *Acta Final del Segundo Congreso Científico Pan Americano*. Washington, 1916.

porvenir, son fenómenos de tanta trascendencia que bastarían para informar un amplio tratado de Sociología Americana¹⁶⁴.

Plena ciencia de originalidad sería ella. En el estudio particular de cada país, de su ambiente, de los elementos étnicos en él refundidos, de los orígenes de su cultura; en el conocimiento de las fuentes naturales de su riqueza, en el examen de su estructura política, de la evolución de sus ideales directivos, en el proceso de sus etapas de ascenso y decadencia, en el análisis de sus distintas manifestaciones sociológicas, y, en suma, en el estudio de todos los factores internos y externos de su evolución social, como quiere la concepción spenceriana, se hallarían sin duda alguna, graves enseñanzas para la organización definitiva de estas incipientes democracias de Hispano-América. Surgirían así, indudablemente, conclusiones comparativas, errores evidenciados, necesarias reformas, y en síntesis se realizaría una obra útil y fecunda.

Nuestra visión nacionalista, para no caer en el empirismo materializado y estrecho, exige, pues, que con criterio científico, a base de la observación inmediata y directa de nuestra realidad, emprendamos también, por vía de comparación, el estudio sereno de la realidad social de los otros países hispano-indígenas del Continente. No debemos tomar tan a la letra la consabida frase de "nuestra tierra y nuestros muertos", ya que solo mediante la comparación entre esta tierra y estos muertos, amados para nosotros, y otras tierras y otros muertos, también amados para los suyos, lograremos un mejor y más profundo conocimiento de nosotros mismos. Realizaremos así, igualmente, el sabio y patriótico consejo de Fouillée¹⁶⁵, quien al repetir a los franceses la grave admonición socrática "conócete a ti mismo", añade: "conoce también a los demás pueblos que te rodean sin lo cual serás su juguete y su presa".

La vida nos enseña que las naciones, como los individuos, valen y pueden en la medida de lo que se conocen, que en este caso, como siempre, ignorancia y debilidad son sinónimos. Y, no obstante la evidencia de este como aforismo vulgar, ¡cuán poco nos hemos preocupado del conocimiento de nuestro propio país!

Nacidos en suelo nutricio, y sin más hermosas esperanzas que las de sus propia grandeza, vive y habita nuestra desvalida raza en él, secularmente, como en ajeno hogar, a manera de

¹⁶⁴ La Delegación de la Universidad de Arequipa al III Congreso de Estudiantes Americanos reunido en Lima, el año 1912, formuló una proposición para que se estableciese en todas las Universidades del Continente un curso de Sociología Americana.

¹⁶⁵ Alfredo Fouillée. *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*. Madrid, 1903.

huésped, de prestado. Apenas si sabemos que quiso y supo hacernos inmensamente ricos la naturaleza, más es seguro que ignoramos dónde está nuestro patrimonio, qué peligros le amenazan, y qué deberes nos impone. No ocurre lo propio con nuestros inquietos vecinos: son ellos los que nos estudian, los que rastrean en el pasado el desenvolvimiento de nuestras dolencias, los que conocen el misterioso asidero de nuestra fortuna, los que ahondan en el secreto de nuestras debilidades, en fin, los que de vez en cuando nos despiertan citándonos a la lucha para el despojo de nuestros bienes, y a ella vamos ciegos de heroísmo, capaces de gloria, pero arrastrados a infortunios evidentes.

Hoy las dolorosas lecciones de la historia, y el ejemplo de cómo proceden los demás pueblos en la activa labor de su restauración nacionalista, nos obliga a descender de las frías regiones meramente especulativas al campo de los hechos vivientes, de las puras contemplaciones científicas al dominio de la realidad ingrata, pero incontestable, y, tanto más, cuanto que tan saludable orientación, despertando en los espíritus la noble inquietud por el ideal inagotable, es la única clave segura del resurgimiento y progreso nacional.

La Sociología no será, pues, tan solo una brillante sucesión de doctrinas irreales, abstractas, sino que se convertirá, gracias a su aplicación a la realidad nacional, en una ciencia viviente, concreta, y práctica: no será por cierto una disciplina árida y farragosa porque la estudiaremos con amor.

SOCIOLOGÍA PERUANA

La Sociología Peruana está aún por hacerse. Al hablar así queremos insistir en afirmar que nos referimos especialmente a una orientación propia, a un ensayo de aplicación concreta y práctica de las nociones fundamentales de la Sociología General al campo de la vida y de la realidad nacionales, ya que contrariamente no tendría razón de ser la idea ni la denominación de Sociología Peruana, si consideramos que la Sociología como ciencia no es nacional, como no podría serlo ninguna ciencia, y que como especulación pura es completamente imparcial, eminentemente generalizadora, y desinteresada.

Más como quiera que la ciencia social no es únicamente un simple estudio abstracto, deductivo, y apriorístico, como el de la ontología tradicional, sino principalmente un estudio concreto, inductivo, y científico, ella como disciplina integral, teórica y práctica, pura y aplicada, conserva a la par que sus leyes generales los criterios y los conceptos concretos que

desarrolla adaptándolos a las modalidades de la vida colectiva de la nación en que los ha observado y de cuya idiosincrasia los ha deducido.

Es en este sentido en que puede haber, en que hay manifiesto interés para que exista una Sociología Peruana, constituida por investigaciones de valor original y contribuciones útiles al estudio científico de nuestro propio país. Y es por esto que, con clara visión de nuestras necesidades, desde hace algún tiempo, ya en notables tesis universitarias¹⁶⁶, o en brillantes discursos académicos pronunciados en ocasiones solemnes por ilustres maestros de la Universidad, generalmente en la apertura de los estudios¹⁶⁷, con criterio interiorista se han desarrollado temas sociales de índole nacional, respondiendo a los altos y permanentes intereses de la colectividad.

Pero la benéfica y laudable labor de tan eximios maestros no ha estado encausada en una orientación determinada y común, sino que parcialmente se han realizado aislados esfuerzos individuales, contemplando diversos aspectos de nuestra realidad sin propósitos constructivos.

Y es que como dice Renán¹⁶⁸, el conocimiento humano aplicado a un fenómeno cualquiera, sencillo o complejo, reviste tres fases bien definidas, vale decir, supone tres etapas sucesivas: sincretismo, análisis, y síntesis.

Es propio de la primera forma, el sincretismo, una visión general y confusa del conjunto a través de cuya aparente sencillez reinan la oscuridad y la incertidumbre. Tal carácter podemos

¹⁶⁶ Ver: Clemente Palma: *El porvenir de las razas en el Perú*. Lima, 1898; Jorge Polar: *Aptitudes políticas de nuestra raza*. Lima, 1899; Luis Miró Quesada: *La cuestión obrera en el Perú*. Lima, 1904; Pedro M. Olivera: *La Política Económica de la Metrópoli*. Lima, 1905; José de la Riva Agüero: *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*. Lima 1905, *La Historia en el Perú*. Lima, 1910; Óscar Miró Quesada: *Problemas ético-sociológicos*. Lima, 1907; Víctor A. Belaúnde: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. Lima, 1908; Felipe Barreda y Laos: *Vida Intelectual de la Colonia*. Lima, 1909; Pedro Irigoyen: *Inducciones acerca de la Civilización Incaica*. Lima, 1909; José Gálvez: *Posibilidad de una genuina Literatura Nacional*. Lima, 1915; Alberto Ulloa Sotomayor: *La organización social y legal del trabajo en el Perú*. Lima, 1916; Alberto Ballón Landa: *Los Hombres de la Selva*. Lima, 1917.

¹⁶⁷ Ver: Javier Prado y Ugarteche: "Estado Social del Perú durante la Dominación Española". Lima. 1894; Manuel V. Villarán: "Las profesiones liberales en el Perú". Lima, 1900; Leónidas Avendaño. "Despoblación Nacional". Lima, 1901; José M. Manzanilla: "El Poder Legislativo en el Perú". Lima, 1903; Francisco Tudela y Varela: "El problema de la población en el Perú". Lima, 1908; Luis Miró Quesada: "La misión de nuestra universidad". Lima, 1909; Pedro M. Oliveira: "La Enseñanza Universitaria". Lima, 1910; Víctor A. Belaunde: "La crisis presente". Lima, 1914; Víctor M. Maúrtua: "Discurso Académico en la apertura del año universitario". Lima, 1915; Francisco Graña: "La población del Perú a través de la Historia". Lima, 1916; Alberto Salomón: "El desarrollo económico del Perú". Lima, 1918.

¹⁶⁸ Ernest Renán: "L'Avenir de la Science". París, 1889.

decir que revisten para nosotros, las enmarañadas relaciones de los antiguos cronistas acerca de nuestra primitiva sociabilidad. El análisis, aportando valiosos materiales para una obra ulterior, permite el conocimiento preciso y distinto de las partes, pero su precio es la pérdida de la visión global. Tal la constituyen, aplicado al estudio de nuestras modalidades colectivas, el examen detallado y profundo de cada uno de los diversos factores, internos y externos, de nuestra organización social, o de cada uno de nuestros grandes problemas nacionales. Desde este punto de vista existen muy interesantes trabajos de especialización, valiosas contribuciones de distinguidos maestros como los doctores Prado, Deustua, Cornejo, Villarán y Capelo, sobre cuestiones educacionales o políticas de perenne actualidad nacional.

Y, por último, se alcanza la fórmula sintética que afirma el sabio aforismo de que las grandes síntesis encierran las grandes verdades. Ella no ha sido aplicada debidamente al estudio comprensivo de nuestra realidad, salvo en el ligero ensayo que publicara don Carlos Lissón¹⁶⁹, y en el libro notable de Francisco García Calderón¹⁷⁰, más es posible afirmar que la labor realizada es todavía realmente insuficiente e incompleta.

No se ha hecho una labor de concreción, de coordinación sistemática¹⁷¹, existiendo de este modo gran divergencia de apreciación nacidas de las distintas orientaciones culturales, y, muchas veces, de afirmaciones apriorísticas que cada cual aspira y quiere comprobar en nuestro medio social, a base de un procedimiento meramente analógico. Nos ha faltado, pues, el estudio integral, en sus múltiples y variados aspectos, de nuestra individualidad colectiva.

Es así como nuestros grandes acontecimientos evolutivos, las continuas vicisitudes nacionales, desde los tiempos remotos del imperio incaico y de la colonia hasta nuestros accidentados días, vienen siendo explicados diversamente en las escasas producciones de nuestros hombres de estudio, los cuales se afanan por vaciar dentro de moldes generales y fórmulas abstractas, los hechos concretos y particulares del carácter y de la idiosincrasia nacional.

¹⁶⁹ Carlos Lissón. *Breves apuntes sobre la Sociología en el Perú*. Lima, 1887.

¹⁷⁰ Francisco García Calderón Rey. *Le Pérou Contemporain*. París, 1907.

¹⁷¹ El doctor Javier Prado en 1900 hizo grandes esfuerzos como presidente del Ateneo de Lima, para asociar a nuestros escritores con el propósito de que cada uno en su ramo escribiera para una obra que pretendió dar a luz con el nombre de *El Perú durante el siglo XIX*. El libro debía contener cincuenta materias, y apenas cuatro de los comprometidos cumplieron su promesa. Pedro Dávalos y Lissón: *La Primera Centuria*. Lima, 1919.

Creemos que se debe proceder diversamente, con criterio propio, realista, y concreto, no por forzada adaptación a los principios rígidos de una concepción determinada, sino por la observación inmediata y la inducción reflexiva que son los métodos adecuados de toda disciplina sociológica.

Más el examen de los factores, físicos y sociales, internos y externos, permanentes y transitorios, de la evolución de nuestro país, supone cualidades especiales de observación, de exactitud de espíritu, de buen equilibrio mental, para no dejarse seducir por las apariencias, para alcanzar una clara visión de la realidad, y, olvidando los propios prejuicios, defenderse de entusiasmos sonoros y verbalismos elocuentes. Cada fenómeno social está compuesto de innumerables hilos que vienen a formar la madeja total, y es preciso seguirlos uno por uno, analizarlos de su origen, porque todos tienen su relativa importancia en la solución buscada, seguirlos con paciencia a través de la historia ver cómo nacieron y gradualmente se desarrollaron hasta tomar su forma actual que es una simple etapa transitoria en su larga carrera, porque la vida continúa su misterioso trabajo modificándolos constantemente.

Es en esta forma como debemos estudiar los problemas sociales de actualidad nacional, no en el silencio del gabinete buscando en el aire alguna entidad metafísica, de la que luego se deducen fácilmente todas las conclusiones que se quiere, no aprisionando ni deformando la realidad dentro del concepto abstracto y de la fórmula ideológica, ya que la vida no se amolda a las fantasías de nuestro espíritu sino que sigue su marcha obedeciendo a ignorados impulsos.

Debemos estudiar nuestra realidad, politeralmente, en todos sus diversos aspectos, esto es, nuestra realidad física, nuestra realidad étnica, nuestra realidad económica, nuestra realidad política, nuestra realidad moral, que solo así madurará el germen fecundo de una serena idealidad renovadora.

Debemos estudiar los factores mecánicos de nuestro medio físico, los factores biológicos de nuestra herencia, y sobre todo, los factores síquicos constituidos por los ideales y aspiraciones colectivas, vale decir, las tendencias y las ideas que animan nuestra mentalidad, sus ramificaciones en los sentimientos y en las costumbres nacionales, las creencias y los hábitos políticos y religiosos, sociales y domésticos, que solo del conjunto de esa experimentación, despojada de todo lo transitorio, y de todo lo accesorio y casual, se deducirán lo que en buena

lógica pudiera llamarse nuestras leyes sociológicas, las cuales oportunamente servirán de bases fundamentales a esa disciplina nacional que debe ser la Sociología Peruana.

Como los pueblos no son para las leyes, sino que las leyes son para los pueblos, así la ciencia abstracta sociológica, los moldes generales no son para las colectividades concretas y definidas. Es necesario que las leyes sociales, que las normas de vida, de mejoramiento, y bienestar nacional, surjan de la sociedad como producto espontáneo y endógeno, y no que inversamente la realidad social se genere por un proceso formalista y artificial, al conjuero de importadas leyes inaplicables a nuestro medio.

Debemos asimilarnos, es cierto, los principios rectores de la Sociología General, más no para convertirlos en axiomas indiscutibles sino para servirnos de ellos como puntos de partida, como criterios de apreciación para el estudio de la vida y de la realidad nacionales; y, contrariamente, como consecuencia lógica, los predicados de nuestra Sociología, sus proposiciones, sus verdades, debemos considerarlas como relativas, de aplicación limitada, ya que la prudencia nos obliga a mirar siempre con reserva aquellas conclusiones, que, a base de inducciones sobre nuestra realidad nacional, pretendan llegar a constituir generalizaciones aventuradas.

En efecto, cada pueblo, cada sociedad tiene su fisonomía, sus modalidades, sus caracteres, sus problemas propios, sus leyes o condiciones peculiares de existencia que resultan del medio geográfico, del territorio, de la población, de la raza, de la herencia, de la educación, de la historia, en fin, de todas las distintas manifestaciones de su estado social.

Más nuestros desviados estudios no han sido lo que debieron ser, sino una lejana y tardía repercusión de las grandes corrientes espirituales de ultramar; por eso las necesidades más premiosas de un sano espíritu de reforma exigen, que, abandonando los conceptos preestablecidos y las fórmulas en retardo, vayamos hacia el inmediato y directo conocimiento de lo que realmente somos, vigorizando convenientemente nuestra mentalidad, que rápida y flexible acusa una debilidad persistente en la visión concreta de la realidad.

Es solo mediante el estudio positivo y científico, que ahondando en las raíces mismas de nuestra realidad nacional lograremos descubrir el secreto de nuestro porvenir, y que contrarrestando la acción disolvente del medio, y la influencia contradictoria de factores

raciales y hereditarios, surgirán los ideales colectivos que unifiquen los propósitos en favor de una renovación saludable, redentora promesa de ascensión nacional.

CONCLUSIÓN

Como inmediato resultado del ligero estudio que hemos realizado acerca de los problemas constitucionales de la ciencia social, ensayo encaminado a establecer la posibilidad de esa disciplina viviente que debe ser la Sociología Nacional, podemos afirmar las siguientes conclusiones:

1. La Sociología tiene un objeto propio, definido, que determina la sustantividad y la objetividad de esa rama del saber humano como una ciencia independiente y autónoma.
2. La investigación reflexiva de sus relaciones con las demás ciencias sociales precisa su existencia y necesidad a través de las distintas etapas de su proceso genético: aspiración científica, elaboración sistemática, sistematización constructiva y, por último, la aplicación, la orientación práctica, el influjo renovador.
3. La Sociología tiene su método, es decir, posee aquel instrumento de investigación científica indispensable para obtener verdades reales, ya que la realidad social, objeto de la Sociología, puede ser estudiada en forma inmediata y directa.
4. La disciplina sociológica tiene una función útil, teórica y prácticamente considerada. Teóricamente, desde que la solución de los más arduos problemas sociales pide no solo datos especiales sino también la luz de los principios generales. Prácticamente, ya que la Sociología tiene el propósito meliorista de determinar de qué modo y hasta qué límite los fenómenos sociales, mediante el adecuado conocimiento de sus leyes, pueden ser convenientemente modificados, y eficazmente dirigidos hacia la realización de los ideales humanos.
5. En la Sociología Integral, el conocimiento abstracto de los fenómenos, unido a una serena revisión de las causas modificatorias de la evolución colectiva, conduce a la Sociología Aplicada, la cual al determinar como preferente campo de estudio las peculiaridades propias de una determinada colectividad, se convierte en una Sociología Nacional.

6. Y, por último, a base de estos criterios fundamentales, descendiendo de las regiones puramente especulativas al campo fecundo de las aplicaciones prácticas, es posible afirmar la conveniencia, y aún la necesidad, de la formación constructiva de la Sociología Peruana, que, informada por los principios rectores de la ciencia social general se orienta hacia la visión concreta de nuestra realidad, estableciendo en definitiva un postulado superior, el concepto de la relatividad; un corolario indispensable, la fe en la eficacia del esfuerzo consciente; y un objetivo cenital para sus investigaciones, la consecución de un mayor grado de mejoramiento y bienestar nacional.

Bibliografía

Arcaya, Pedro M. *Estudios de Sociología Venezolana*. Madrid, 1918.

Azcárate, Gumersindo de. *Concepto de la Sociología*. Madrid, 1896.

Baez, Cecilio. *Sociología*. Asunción, 1903.

Brown Scott James. *Acta Final del Segundo Congreso Científico Pan-Americano*. Washington, 1916.

Buckle, Henry T. *History of Civilization of England*. London, 1857.

Comte, Auguste. *Cours de Philosophie Positive*. París, 1877.

Cornejo, Mariano H. *Sociología General*. Madrid, 1908.

Coste, Adolphe. *Les principes d'une Sociologie Objective*. París, 1899.

Dávalos y Lissón, Pedro. *La Primera Centuria*. Lima, 1919.

Demolins, E. *Les grandes routes des peuples*. París, 1886.

Durkeim, Emile. *Les régies de la méthode sociologique*. París, 1895.

Engels, Friedrich. *La force et l'économie dans le développement social*. Paris, 1902.

Espinas, Alfred. *Les Sociétés Animales*. Paris, 1878.

----- *La Filosofia Experimental en Italia*. París, 1880.

Finot, Juan. *El prejuicio de las razas*. Madrid, 1900

Fouillée, Alfred. *La Science Sociale Contemporaine*. Paris, 1885.

----- *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*. Madrid, 1903.

García, Juan Agustín. *Introducción al estudio de las Ciencias Sociales Argentinas*. Buenos Aires, 1907.

García Calderón Rey, F. *Le Pérou Contemporaine*. París, 1907.

Giddings, Franklin E. *Principios de Sociología*. Madrid, 1896.

----- *Sociología Inductiva*. Madrid, 1901.

Giner de los Ríos, Francisco. *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social*. Madrid, 1899.

Gobineau, Joseph A. *Essai sur l'inégalité des races humaines*. París, 1885.

Hermansen, Robinson. *La concepción de la Sociología según René Worms*. Santiago, 1914.

Ingenieros, José. *Sociología Argentina*. Buenos Aires, 1918.

Koslowsky, W. M. *Sociologie ou Philosophie Sociale*. París, 1911.

Lilienfeld, Paul von. *Pathologie Sociale*. París, 1896.

Lissón, Carlos. *Breves apuntes sobre la Sociología del Perú*. Lima, 1887.

Marx, Karl. *Le Capital*. París, 1867.

Miró Quesada, Óscar. *Problemas ético-sociológicos*. Lima, 1907.

----- *Bosquejos de una Sociología Integral* Lima, 1916.

Novicow, Jacques. *Conscience et volonté sociale*. París, 1897.

Posada, Adolfo. *Literatura y problemas de la Sociología*. Madrid, 1902.

----- *Sociología Contemporánea*. Barcelona, 1904.

----- *Principios de Sociología*. Madrid, 1908.

Ratzel, Friedrich. *Politische Geographie*. Leipzig, 1897.

Renán, Ernest. *L'Avenir de la Science*. Paris, 1899.

Roberty, Eugene de. *Le Psychisme Social*. París, 1897.

Ross, Edward A. *Foundations of Sociology*. New York, 1917.

Santamaría de Paredes, V. *El concepto del Organismo Social*. Madrid, 1896.

Schaffte, Albert. *Struttura e Vita del Corpo Sociale*. Torino, 1881.

Spencer, Herbert. *Principios de Sociología*. Madrid, 1883.

----- *La Ciencia Social*. Madrid, 1886.

Squillace, Fausto. *Los problemas constitucionales de la Sociología*. Madrid, 1912.

Tarde, Gabriel. *Etudes de Psychologie Sociale*. Paris, 1898.

Vacher de Lapouge, G. *Hérédité dans la Science Politique*. Paris, 1888.

Villarán, Manuel V. *Las ciencias morales contemporáneas y su tendencia positiva*. Lima, 1907.

Ward, Lester F. *Sociologie Pure*. Paris, 1910.

----- *Compendio de Sociología* Madrid, 1910.

----- *Dynamic Sociology* New York, 1917.

Worms, René. *Organisme et Société*. Paris, 1896.

----- *Philosophie des Sciences Sociales*. Paris, 1903.

Wright, Carrol D. *Outline of Practical Sociology*. New York, 1901.

SOCIOLOGÍA. BREVE EXÉGESIS SOBRE EL PROBLEMA DEL CONTENIDO DE LA SOCIOLOGÍA, SUS MÉTODOS, LEYES Y ORIENTACIONES

Roberto Mac-Lean y Estenós¹⁷²

El contenido de la Sociología, por su amplitud compleja, es el problema básico de esta disciplina social. No se presenta en ella el mismo panorama que nos ofrecen las ciencias del mundo exterior, los estudios del espíritu y las investigaciones sociales particulares, que tienen, por lo general, límites bien precisos, por más que entre unas y otras existan estrechos vínculos de relación. La Anatomía analizando los órganos animales y humanos en estado de reposo; la Fisiología siguiendo su proceso funcional; la Medicina investigando las anormalidades de ese proceso y sus consecuencias; la Zoología estudiando toda la escala animal con el mismo empeño que pone la Botánica para conocer la gama admirable de la flora o la mineralogía para desentrañar los secretos de la vida mineral; las matemáticas con el dominio del cálculo y la fría elocuencia de los números; la Astronomía constituyendo, con todas las maravillas del universo, la mecánica celeste; y, en fin, todas las ciencias del mundo exterior tienen su contenido propio suyos cuyos límites, bien definidos, no suscitan duda alguna. Pese al muy estrecho vínculo que relaciona entre sí a todas las disciplinas que estudian al constante devenir espiritual, tampoco hay, entre ellas, apasionadas querellas fronterizas. Las ciencias sociales particulares están en la misma condición: el aspecto religioso, ético, jurídico, económico o político van determinando los linderos de cada una de ellas que gozan de una autonomía no discutida.

La Sociología no posee igual prerrogativa. Su contenido ha sido el punto de partida de los debates más acalorados entre quienes querían reducirlo a modestos ensayos parroquiales y los que pretendían almacenar en él todos, absolutamente todos, los problemas humanos.

El vocablo «sociología» inventado por Augusto Comte y usado por primera vez en el tomo IV de su *Filosofía Positiva*, escrito en 1838 y dado a publicidad un año más tarde, es, por su naturaleza, una de las causas fundamentales de esa incertidumbre. Con un abolengo etimológico en el que se confunden las raíces griegas y latinas, el vocablo de Comte designó un conjunto de investigaciones que hasta entonces se agrupaban bajo la denominación de «Física Social» término ambiguo que ensayaba expresar la influencia decisiva que, en esa

¹⁷² Roberto Mac-Lean y Estenós, profesor de Sociología General, 1930.

época, se atribuía a la vida física en el desarrollo colectivo. No podía determinarse con exactitud, el radio de acción de la «física social» De ahí que su heredera, la palabra «sociología» llevase igual tara que su antecesora: la imprecisión. Además bajo el nombre de «sociología» se comprenden, en realidad, los conceptos y fenómenos más diversos. De ahí la incertidumbre acerca del conjunto de verdades que puede abarcar.

El invento de Comte fue objeto de duros ataques que se iniciaron en torno a su etimología y que, profundizándose, llegaron a poner en tela de duda la eficacia de la disciplina a la que servía de etiqueta. Ward intentó reemplazarla por la voz «socionomía» es decir el dominio de las leyes sociales. Se ensayó también enfrentarle muchas otras palabras; pero ninguna de ellas pudo sustituir a la que, con tanto acierto, había usado el filósofo de Mompeller. Aceptada, después de muchos esfuerzos, en el lenguaje corriente, la incorporación de la palabra «sociología» al vocabulario científico no se verifica sino después de que Spencer, en ardua labor, investiga y comprueba la necesidad y las ventajas de esta disciplina social.

El desacuerdo entre los cultores de la Sociología ha acentuado también la incertidumbre sobre su contenido. Cada uno de ellos, afirmando su afán individualista, ha querido olvidar el camino trazado por sus predecesores y alejarse del que tomaban sus contemporáneos; dar una definición original de la Sociología; estudiar sus problemas con un criterio novedoso; y legar a la posteridad una escuela sociológica que llevara su nombre. De ahí la multiplicación de tantos sistemas diversos y contradictorios y la confusión correspondiente en una disciplina como esta, que de modo tan distinto se razona, construye y define. Un gran ejército de trabajadores está abriendo la ruta de la Sociología. Solo que -y ello no es posible- todos quieren ser capataces y no peones.

Cuando surgió la disciplina sociológica, contribuyendo a su formación ciencias muy diversas, entre otras la Filosofía, la Historia, la Economía, la Estética y la Antropología, el dominio social era estudiado por múltiples escuelas, cuyos antecedentes están acaso en *La República* de Platón y en *La Política* de Aristóteles; que explicaban, aisladamente, el fenómeno religioso, económico, jurídico y político; y que temieron que la Sociología absorbiera los estudios propios de ellas. El contenido de las ciencias sociales particulares veía, de esta suerte, peligrar su existencia autónoma. Esos recelos, en verdad carentes de fundamento, fueron oficializados por el economista Emilio Levasseur, en su discurso inaugural del VI Congreso del Instituto Internacional de Sociología de Londres. «La Sociología se hará aceptable, dijo, si modera sus

aspiraciones y respeta la independencia de las ciencias sociales particulares. Que no avance más allá de sus fronteras y que tenga por aliados a sus vecinos». La polémica se hizo inevitable y complicó, sin aclararlo, el debate teórico: exagerando la discrepancia, y discutiendo no ya su definición ni los detalles de su contenido, se declaró que la Sociología no tenía razón de ser. El error estuvo en que no se buscó un terreno propio a la Sociología sino que se vinculó su existencia al campo de acción de las escuelas anteriores que, en tiempo de Augusto Comte, aspiraban a *dirigir* y reformar el mundo social más que a *conocerlo*, y eran, por tanto, más artes sociales que ciencias sociales. No tiene ese carácter la disciplina sociológica, empeñada en investigar las leyes que rigen el desenvolvimiento social. Ciertamente es que, más tarde, enfrentándose a las artes sociales van a surgir las ciencias sociales –la Historia Económica, la Historia del derecho, la Historia de las instituciones políticas, etc.– que han de tener relaciones directas con la Sociología. Es entonces cuando precisa evitar que surjan las rivalidades nacidas en el mutuo deseo de absorción.

Vanni, y con él un grupo apreciable de sociólogos italianos, afirma que «la Sociología es una síntesis de todas las ciencias sociales». Siguiendo este criterio, Gustavo Le Bon, Vicent, y el eminente sociólogo belga De Greef sostienen que las ciencias sociales existentes se unifican, en la Sociología, para formar una ciencia nueva. Para Le Bon cuatro ciencias descriptivas, la Antropología, la Etnografía, la Pre-Historia y la Historia de la Civilización, aportan los materiales para edificar la Sociología que estudia al hombre no como un ser individual sino como un elemento social y que lejos de ser meramente descriptiva, como las anteriores, investiga científicamente a la Sociedad. El error de Le Bon consistió en tomar como factores de la evolución social no a los grupos sociales sino a los agentes físicos y morales (la influencia del medio, la inteligencia, los sentimientos, la adquisición del lenguaje, etc.) que los determinan. Es inaceptable, por lo demás, admitir en la Sociología una síntesis de ciencias sociales particulares porque hay fenómenos sociales que no encuentran explicación en estos estudios fragmentarios de la realidad social.

De Greef considera a la sociedad como un «supra-organismo», estableciendo una verdadera jerarquía de mundos: el mundo inorgánico bajo el dominio de la física, el mundo orgánico estudiado por la biología y el mundo super-orgánico que forma el terreno propio de la Sociología. El vocablo «superorganismo» encierra, en verdad, una metáfora que acaso pueda sugerir la falaz idea de seres incorpóreos formando la Sociedad.

Eugenio Roberty de la Cerda –sociólogo ruso aunque se le considera francés porque sus obras fundamentales las publicó en ese idioma– precisa, en su libro *L'ancienne et la nouvelle philosophie* (Paris, 1887), su concepto sobre la Sociología, manifestando que ella comprende «todo lo que es un resultado de la civilización humana». Dentro de este criterio erróneo la disciplina sociológica no vendría a ser sino un conglomerado de las artes, las ciencias y la filosofía y carecería, por consiguiente, de valor propio.

«El campo de la Sociología –dice Sorokin, otro sociólogo ruso– ha logrado tal extensión que quienes se dediquen al estudio de cualquier problema sociológico especial, tropieza con grandes dificultades para alcanzar un conocimiento total del mismo».

Enfocando el punto, en su verdadero sentido, es menester determinar previamente la posición de la Sociología con relación al arte y a la ciencia. El arte tiene un carácter normativo; tiende a lo ideal, es decir a la perfección; es la teoría. La ciencia, por el contrario, está imbuida de un carácter informativo; se circunscribe a lo real; es el conocimiento, la práctica. La Sociología no aspira al gobierno ni trata de corregir la estructura de las fuerzas sociales. No es un arte social porque no posee los caracteres fundamentales del Arte. No son pocos los que, a su vez, le han negado su aspecto científico, basándose en el hecho de que la ciencia es la certeza, la demostración rigurosa, la observación y la experimentación y la Sociología no posee todas esas notas esenciales. Pero aparte de ello, la ciencia es también la hipótesis, es decir el esfuerzo imaginativo, el problema, el camino disciplinado hacia un fin. Y si la Sociología investiga, como lo hace, el complejo de los fenómenos sociales; nos da a conocer sus instituciones más fundamentales; trabaja metódicamente los materiales aportados por el mundo físico, histórico y síquico; elabora hipótesis sobre sus leyes llegando a descubrir algunas de ellas; si ha resuelto ya muchos problemas sociales y está en vías de resolver otros; y analiza con criterio propio la realidad unitaria, hay que convenir que, aun cuando el estudio del complejo social presenta serias dificultades que lentamente van venciendo, la Sociología es una ciencia, acaso la más difícil de ellas, en estado de iniciación y que, por lo mismo, pese a unos ensayos felices y a otros esfuerzos desgraciados, no ha alcanzado todavía una organización definitiva. Ciertamente vive una infancia bien desarrollada, y atraviesa un período de perfeccionamiento cada vez mayor. En el análisis de los elementos y en la explicación de los estados sociales se notan algunas lagunas y faltan muchos datos, pero los que existen son bastantes para explicarnos el mecanismo maravilloso de las sociedades humanas. Por algo Comte, su fundador, le ha otorgado un sitio preferencial en su clasificación

científica.

La ciencia, a su vez, tiene un acentuado matiz sociológico. Es el más alto producto social y puede definirse como "el conocimiento exacto y sistemático de ciertas relaciones de la realidad". Cuando empalidecen gradualmente en la mentalidad primitiva que se va pulimentando, las concepciones fantásticas de la naturaleza y de la vida; cuando pierden toda su eficacia las explicaciones míticas y religiosas y aparece la vanidad inútil del empeño metafísico para encerrar en una fórmula a la realidad; cuando se arraiga la convicción de que la verdad absoluta está más allá del alcance de nuestra inteligencia y se atribuye una esencia experimental a las verdades, entonces surge la ciencia para descubrir las conexiones en el espacio o en el tiempo, la solidaridad o la continuidad de las cosas, y para someter a medidas fijas esas relaciones de coexistencia o sucesión.

La Sociología no es una ciencia especial. En la última década del siglo XIX se despierta un vivo interés por el estudio de los problemas sociales y se constituyen grupos de ciencias que investigan los diferentes aspectos de la cuestión social, tomando esta denominación no en el sentido restringido de la lucha de clases entre patrones y obreros sino en su acepción más amplia que abarca todas las manifestaciones de la organización social. Las ciencias económicas, por ejemplo, estudian el fenómeno económico; las ciencias jurídicas, el jurídico; las ciencias políticas, el político, etc. Cada una de ellas abarca un orden limitado de fenómenos y de funciones sociales. Pero el estudio de los fenómenos en marcha supone el conocimiento previo de sus elementos constitutivos. Antes de investigar el desarrollo de las funciones precisa conocer a los órganos que las realizan. Tal, el objeto de la Sociología. Así la concibió Comte, abarcando toda la naturaleza del proceso social, de la misma manera que la Biología domina sobre toda la naturaleza viviente.

La Sociología no es un arte ni una ciencia social particular. Es la ciencia general de las sociedades. Cada una de las ciencias sociales particulares, por lo mismo que estudia uno de los aspectos de la realidad social —el religioso, el económico, el jurídico— no nos da una visión de conjunto y no aspira a presentarnos una explicación unitaria del complejo social. Este es precisamente el papel de la Sociología. Las ciencias sociales particulares dividen al mundo social y la Sociología reconstituye la unidad. Las primeras forman el análisis; la segunda, la síntesis. La Sociología reúne las diversas conclusiones de esas disciplinas particulares y comprueba que las diversas fases de la realidad social, provisionalmente disociadas por las

necesidades del estudio, se juntan en la vida efectiva como elementos colaboradores. Todas las funciones se vinculan y todos los estados de la evolución social se continúan. La Sociología, pues, no quebranta, como lo creían algunos, los fueros de las ciencias sociales particulares. Se presenta más bien como coronándolas. No forma todo el edificio sino únicamente la cúpula más alta. Es el total de las ciencias sociales; da la visión panorámica que les falta a estas; y se llama, por eso, Sociología General.

La Sociología es, de esta suerte, la filosofía de las ciencias sociales particulares, o, dicho con más propiedad, la disciplina que estudia los elementos esenciales de los fenómenos colectivos, los órganos que realizan las funciones sociales. Es, por eso, la anatomía de la humanidad.

La discrepancia de los sociólogos se mantiene en pie cuando se trata de precisar el método propio de la Sociología. Spencer aconseja el método de las ciencias matemáticas, la deducción, fundando el complejo social en las leyes generadoras de la evolución universal. Durkheim y Spengler son partidarios del método comparativo porque juzgan que para descubrir la causa de los fenómenos sociales se necesita agruparlos en razón de su semejanza, comparando su desarrollo a través de todas las especies sociales. Bacon y Asturaro piden el método de las ciencias físicas y biológicas, la inducción: subir del hecho social a la ley que debe regirlo. Comte –cuya posición se explica por el atraso de los conocimientos de su época– preconiza para los estudios sociales el «método causal inverso», llamado «histórico» por Stuart Mill, consistente en estudiar primero los efectos para ascender luego a las causas. Stuart Mill aplica dos métodos distintos para las dos clases de Sociología que él distingue: la Sociología Pura, que trata de encontrar las leyes generales, tiene un aspecto filosófico y adopta el método directo, y la Sociología aplicada que estudia los casos concretos, tiene un carácter histórico y sigue el método inverso. Ambas sociologías, que no son antagónicas sino complementarias, se unen para formar la Sociología Integral o General. La aplicación inversa de estos dos métodos, sería acaso más eficaz. Stuckemberg, considerando que el fenómeno social no tiene idéntica naturaleza que las actividades matemáticas, biológicas y físicas, habla de un método propio y exclusivo de la Sociología.

La sistematización sociológica tiene, en realidad, una triple función. La labor no consiste en agrupar, catalogándolos, todos los sistemas. Es menester sacar de ellos *la unidad del*

conocimiento. He ahí el primer esfuerzo de la sistematización constructiva. La abundancia excesiva de esas teorías o doctrinas sociológicas, contradictorias las más de ellas, pide, con urgencia siempre, una constante labor de rigurosa selección y *depuración de los sistemas*, tomando la parte verdadera de ellos y desechando la errónea. Muchos de ellos, en fin, no resuelven sino parcialmente el problema sociológico. Aceptadas sus conclusiones debemos organizarlas y completarlas en una *Sociología Integral*.

La Sociología, cuyo objeto es la interpretación de la realidad social, ha de emplear el análisis como procedimiento de descomposición y penetración, y ha de servirse de la síntesis, recogiendo los resultados de los análisis, para su explicación unitaria.

* * *

La experiencia histórica nos demuestra que los fenómenos sociales obedecen a causas que varían en el espacio, en el tiempo y en la psicología humana. Tocqueville ha descubierto, sin embargo, que existen ciertas semejanzas entre los agregados humanos, por más aislados que hayan estado entre sí, aún en hemisferios distintos, sin posibilidad de comunicación alguna. La etnología, reforzando esta hipótesis, ha demostrado que ciertos fenómenos de la vida étnica se reproducen idénticamente entre pueblos que no han tenido ninguna relación. Se ha concebido, pues, la posibilidad de encontrar, en medio de la diversidad aparente de los acontecimientos históricos, un núcleo de hechos generadores, del que todos los demás se derivan, y ha surgido el concepto de una ley sociológica que presida el desarrollo de todos los pueblos.

Algunos sociólogos –Letourneau y Rümelin– niegan la existencia de leyes sociales y renuncian a encontrarlas. Su opinión es que los estudios sociológicos son todavía muy difusos y no presentan la solidez necesaria para atribuirles un carácter científico; y que la Sociología es aún demasiado joven para pretender formular leyes propias, debiendo limitarse, por ahora, a la acumulación de hechos y observaciones que sirvan de base para futuras elaboraciones. La oposición de Rümelin parece reforzarse cuando afirma que la formación de estas leyes quebranta el libre albedrío individual, ya que este, en el seno de la colectividad, no puede sujetarse al determinismo inexorable de las leyes sociales. Rümelin desconoce la verdadera naturaleza de las leyes sociales y pretende asimilarlas –he ahí su error– a la rigidez de las leyes físicas, matemáticas y biológicas.

Desde hace mucho tiempo se ha comprendido la necesidad de establecer leyes generales que expliquen, dándoles un carácter unitario, los hechos sociológicos. Fuera de los estudios realizados sobre ciertos fenómenos sociales, a fin de unificarlos, como son, entre otros muchos, los de Lippert sobre la religión, los de Post sobre el Derecho, los de Morgan relacionados con las tribus y las hordas, los de Westermarck sobre el matrimonio, los de Freud y Havelock Ellis acerca del sexo, muchos autores se han preocupado por encontrar las leyes generales del complejo social. Algunos errores iniciales marcan los primeros intentos hacia la formación de esas leyes. Los fenómenos sociales habían sido observados desde la antigüedad griega. Platón y Aristóteles fueron los primeros en estudiarlos; pero antes de Augusto Comte nadie los investigó con criterio científico. El fundador del positivismo, preocupado en la búsqueda de las normas fundamentales de la evolución de las sociedades, dio el carácter de ley al desarrollo de la Humanidad, considerada por él como un conjunto homogéneo y uniforme de seres, capaz de seguir un desarrollo regular, desde sus primeras manifestaciones en la era cavernaria hasta las que forman los caracteres más elevados de la civilización. La concepción comtiana adolece de un error fundamental. La humanidad dista mucho de ser un conjunto «homogéneo y uniforme». Está constituida, al contrario, por núcleos diferentes y heterogéneos que no pueden armonizarse en una gran unidad universal. *La ley del desarrollo*, sobre las bases deleznable con que la formuló Comte, resulta inaceptable, aunque ella es susceptible de cumplirse no ya en la utopía de esa humanidad homogénea, ideada por él, sino más bien en los grupos sociales, diversificados en el espacio y en el tiempo.

El monismo intenta el absurdo de explicar todos los fenómenos sociales por una ley general. El espiritualismo cree hallar en el espíritu la causa suprema de las cosas y el materialismo pretende explicarlo todo por la materia. Holback representa el primer ensayo de la explicación materialista, aplicando a los hechos sociales las mismas leyes de la Cosmología. Sostiene que una inercia igual rige a los fenómenos cosmológicos y a las manifestaciones sociales; y que, por ende, esas fuerzas de atracción y repulsión que mantienen a los cuerpos celestes en sus órbitas y dominan la vida planetaria regulan también todas las relaciones entre los hombres para constituir las comunidades sociales. La atracción entre los seres humanos forma el matrimonio, la familia y la sociedad; la repulsión provoca las guerras con todas sus terribles consecuencias de disgregación, decadencia y ruina. Esta orientación es inadmisibles porque asimila dos órdenes de fenómenos –los cosmológicos y los sociales– de naturaleza esencialmente distinta.

Error análogo cometen los que desconociendo la naturaleza de la realidad social la conciben como un organismo biológico para aplicar a la sociedad las mismas leyes que rigen a la Biología; los que pretenden asimilarla al complejo de la vida síquica para que las leyes de la Psicología rijan los dominios sociales; o los que creen que las manifestaciones sociales son «una cuestión de números» y pretenden trasplantar al terreno sociológico las leyes de la Estadística. Cada grupo de fenómenos tiene su naturaleza propia y distinta de los demás y debe regirse, por tanto, con leyes propias y autónomas emanadas de la estructura misma de los hechos. Es, pues, inadmisibles este sistema de «mitimaes» para que las leyes de determinada clase de fenómenos vayan a regir a otros grupos. Ni las leyes cosmológicas, ni las biológicas, ni las psicológicas ni las estadísticas pueden aplicarse, de esta suerte, a la Sociología que es una disciplina independiente que requiere leyes propias.

Escapando a todas esas desviaciones la Sociología ha procurado estudiar sus propios hechos para formular sus propias leyes. Con este objeto ha procedido como las demás ciencias: observando primero los numerosos hechos sociales; abstrayendo después sus caracteres comunes; y formulando, por último, merced a un esfuerzo de inducción, los principios generales. En cada ley social está contenida, así, la esencia, lo invariable y lo general de todos los hechos sociales.

Tres clases de leyes investigan, con empeñoso afán, los sociólogos: las que rigen los organismos sociales desde su formación, y que, en gran parte, están ya descubiertas; las que gobiernan actualmente a la sociedad, muchas de las que ya son admitidas; y las que regirán a los agregados sociales en el futuro y cuya intuición nos parece imposible, ya que las actividades humanas escapan al rigorismo de toda previsión y de todo encasillamiento.

Gracias a sus pacientes esfuerzos, la Sociología cuenta hoy con un cuerpo de leyes propias. La mayoría de los cultores de esta disciplina aceptan, entre otras, *la ley de la causalidad* que establece que todas las manifestaciones sociales no se producen caprichosamente sino que son efectos de una causa que las determina, existiendo entre causas y efectos una proporcionalidad esencial; *la ley del desarrollo*, llamada también de la *Evolución o del Progreso*, que prescribe la evolución de todo grupo social desde sus formas más embrionarias hasta sus manifestaciones más perfectas, evolución garantizadora de la permanencia de las sociedades, que consiste, según Spencer, en un proceso de integración y desintegración y según Gumplowicz en lo que él llama «proceso cicloidal»: nacimiento, desarrollo, esplendor y

decadencia; la *ley de la sucesión o de la continuidad* –concomitante con la anterior– que afirma, dentro de cada grupo y con independencia de los demás, el desarrollo regular de las manifestaciones sociales; la *ley de la complejidad* que, como su nombre lo indica, hace notar la esencia compleja del fenómeno social –al igual que los fenómenos biológicos y físicos– compuesto de elementos variados y heterogéneos que ejercen entre sí una acción recíproca y tienen una finalidad determinada; la *ley del paralelismo* que prescribe la existencia e identidad simultánea de fenómenos sociales en lugares completamente distantes unos de otros y entre los cuales no existe la más mínima relación; la ley de la unidad que admite que la vida es una, aunque haya multiplicidad en los sujetos que la ejecutan y que se concilia con la *ley de la variedad* que, aceptando la unidad de la vida, afirma que ella varía en los sujetos, en los objetos y en los fines particulares; y la *ley de la finalidad general o de las causas finales*, base de los sistemas teleológicos, que explica todas las leyes anteriores, y por la que todos los fenómenos del Cosmos, de la naturaleza y de la sociedad se desenvuelven en pos de una finalidad, que en la especie humana es el perfeccionamiento. Sin esta última ley todo el engranaje de las manifestaciones sociales no tendría explicación satisfactoria.

Pero, ¿hasta qué punto las leyes sociales se cumplen? ¿Hasta dónde puede admitirse la certidumbre y la eficacia de sus enunciados? Si aceptamos que los hechos se producen tales como nosotros los percibimos; si solo inducimos la ley y deducimos los hechos; si intentamos sistematizar nuestros conocimientos, por razones metodológicas, para explicarnos mejor el mundo que nos rodea, las leyes sociales, como las leyes de las demás ciencias, se cumplen. Pero si analizamos leyes y fenómenos con un criterio filosófico irreductible desde todos los puntos de vista, las leyes fallan. Es que los puntos de referencia, estables, fijos e inmutables, sobre las que ellas se edifican, pueden existir para nuestras percepciones; pero nada hay fijo o inmutable para la crítica filosófica. Desde Heráclito hasta Einstein la filosofía se ha encargado de derrumbar todos los soportes fijos que servían de pedestal a la ciencia. El devenir destruye la identidad de la materia; la lógica absoluta pulveriza la eficacia de la lógica aristotélica; el perspectivismo siembra la desconfianza en nuestras propias percepciones y el relativismo reemplaza al absoluto. Dentro de este criterio la eficacia de las leyes sociales, aunque cierta, debe ser relativa.

* * *

No hay campo del saber humano, como el de la Sociología, en donde converjan, con más

intensidad, la posición metafísica, el criterio ético, la enjundia filosófica, el acervo científico y el temperamento personal del investigador.

La Sociología tiene la prerrogativa de su autonomía, pero se vincula, con sólidas ligazones, a un conjunto de disciplinas conexas. Son tan estrechas las relaciones que tiene con la Filosofía de la Historia que, aun cuando Comte ya había precisado claramente la distinción entre una y otra, Barth asimila ambos estudios y considera a la Sociología como una verdadera Filosofía de la Historia. Ambas tienen por objeto el estudio del hombre y de las sociedades, pero mientras la aspiración sociológica es la unificación de los fenómenos sociales y de las leyes que rigen su desenvolvimiento, la Filosofía de la Historia goza de mayor amplitud: abarca todo el proceso histórico en el que el complejo social constituye solo uno de sus aspectos. La Sociología tiene una innegable base filosófica, pero sus pretensiones son más modestas que la filosofía. Interpreta la realidad social y es filosofía en cuanto investiga las causas primeras de los fenómenos sociales; pero se diferencia de ella en que no estudia lo abstracto sino lo concreto y en que no tiene un carácter especulativo sino un carácter esencialmente práctico. La Filosofía de la Historia es precursora de la Sociología y ambas pueden estudiarse como actividades paralelas.

Henry Giddings, genuino representante del movimiento sociológico norteamericano, profundiza el sentido sociológico de los estudios históricos y trata de identificar la Historia y la Sociología. Íntimas afinidades vinculan a ambas. La historia ha dejado de ser una narración cronológica de los acontecimientos, esa «simple información de los hechos» como la consideró Herodoto, cuando se adulteraba por intereses regionales o se convertía en literatura para fomentar al espíritu nacionalista. Hoy es una vasta ciencia social que interpreta la realidad pretérita, actualiza el pasado, tiene seguridad en sus métodos, certeza en sus resultados y desinterés en su examen y en sus deducciones. Analiza las sociedades primitivas y el desenvolvimiento humano desde su aparición hasta nuestros días y explica la razón de ser de los estados sociales. La sociología coincide con la Historia y no puede prescindir de ella; pero tiene un horizonte más limitado por referirse solo a una parte del fenómeno histórico: el aporte social. La historia estudia el devenir de la civilización, pero no trata de descubrir sus leyes. Esto corresponde a la Sociología. Y a través de la asombrosa multiplicidad de acontecimientos que estudia la Historia, a la Sociología solo le interesan las huellas que indican el desenvolvimiento de los agregados y de las fuerzas sociales.

La Sociología se relaciona también, entre otras disciplinas, con la Economía Política, la Etnología, la Estadística y la Moral. Solo que la Economía Política solo estudia los fenómenos económicos, la producción, circulación, reparto y consumo de las riquezas, mientras que la Sociología abarca toda la sociedad. La Etnología estudia las razas, sin importarle su génesis: esa es la materia sociológica. Igual cosa ocurre con el Derecho y el Arte. La Estadística estudia ciertos fenómenos sociales, como son los nacimientos, matrimonios, defunciones, población, dentro de tablas numéricas; pero toda la sociedad –cuyo estudio hace la Sociología– en sus múltiples actividades no puede reducirse a números. Harold Höffding divide la moral en individual y social. La primera no interesa a nuestro curso. La Sociología estudia a la sociedad humana tal como es; la Moral, tal como debe ser. La Sociología no da normas de conducta; la Moral, sí.

* * *

La antigüedad, excepción hecha de los filósofos griegos, y la Edad Media tuvieron, aunque con caracteres distintos, una concepción *deísta* de la sociedad. Los antiguos explicaban los fenómenos y estados sociales por la intervención directa y arbitraria y la vigilancia providencial de los dioses paganos. En el Medioevo la interpretación bíblica ejerce su despotismo en la filosofía y en la ciencia; la historia se considera como una obra de la divinidad; y todas las manifestaciones sociales, desde las más sencillas hasta las más elevadas, se explican por la voluntad omnipotente del Dios único. La concepción religiosa de la sociedad abarca ambas edades: se inicia en la Antigüedad y se prolonga en el Medioevo. Pagana aquella y católica este, en ambos la religión se sobrepone a los conceptos filosóficos y científicos.

La filosofía griega inicia el período metafísico con la concepción social libero-racionalista. Se encuentra no ya en la voluntad divina sino en la razón humana la explicación del desarrollo social y surgen los historiadores pragmáticos que establecen las relaciones de las causas y los efectos. Los sabios griegos observan que la materia se desenvuelve siguiendo la trayectoria de lo imperfecto a lo perfecto y creen que ese desenvolvimiento obedece a una ley revelada por los fenómenos del Universo. Para Aristóteles la familia, la aldea, el Estado y la sociedad, no son la obra caprichosa de los dioses sino organismos naturales que progresan siguiendo la tendencia universal a la perfección. Esa tendencia se manifiesta en todos los órdenes de la actividad. «El mineral –dice el filósofo estagirita– aspira a ser vegetal; el vegetal, a ser

hombre; el hombre, a ser dios».

El Renacimiento abre las puertas de la Edad Moderna y marca, con su impulso renovador de todas las doctrinas, el progreso de todas las ciencias. Y entonces el pensamiento pasa lógicamente de una interpretación teológica a una interpretación filosófica y científica de la Sociedad.

Tres sistemas filosóficos –Kant, Hegel y Hartman– representan la explicación apriorística del fenómeno social. Kant supone un desenvolvimiento regular y progresivo, explicando que los aparentes retrocesos de algunas sociedades llevan en sí el germen del perfeccionamiento futuro. El desenvolvimiento histórico está inspirado por un *finalismo*. Ese conjunto de acciones, unitarias y solidarias, en las que interviene la naturaleza y el hombre para formar la historia, están inspiradas por un fin. Y esa causa final no es otra según Kant, que «el cumplimiento de un plan secreto de la naturaleza para producir una constitución política perfecta». Hegel trata de explicar que la evolución humana pasa por tres etapas representadas por sus tres términos dialécticos: tesis, antítesis y síntesis. La tesis es la idea que se afirma: una tiranía, por ejemplo. La antítesis representa, en el caso anterior, la negación de la tiranía en forma de anhelos utópicos de libertad y de protestas revolucionarias. En la síntesis la idea se armoniza: es el advenimiento de la democracia organizada y liberal. En un segundo ciclo la síntesis se convierte en tesis; vuelve a surgir una nueva antítesis; y así, en este juego dialéctico, se va desarrollando el proceso de la historia. Hegel afirma que cada civilización y cada pueblo tienen que cumplir un sacerdocio en la Humanidad. Cuando lo cumplen y agotan sus fuerzas son reemplazadas por otros pueblos que realizan las fases superiores de la idea. Hartman extiende la acción del inconsciente a la evolución social. La historia es, para él, un desenvolvimiento progresivo; pero el progreso es ajeno a la razón; no obedece a la voluntad consciente de los individuos que son egoístas, sino a un impulso inconsciente e instintivo por el que creyendo trabajar por su interés personal, los hombres trabajan por el interés colectivo. Es el caso del capitalista que deposita su fortuna en un banco con el impulso egoísta de asegurarla y de que le produzca interés; y que contribuye, de esta suerte, acaso sin querer, al progreso económico del país que va a beneficiarse con la circulación de ese capital bajo la dirección y garantía del banco; o del propietario que construye un hermoso palacete con el móvil egoísta de satisfacer su propia comodidad, y que así está contribuyendo, sin querer tal vez, al progreso urbano.

La explicación filosófica se ha mirado con recelo en un sector apreciable del pensamiento humano. Es que la filosofía no ha seguido la misma evolución que la ciencia. Mientras esta se ha renovado constantemente, estando siempre, a causa de su carácter práctico, en estrecha relación con la vida, aquella otra disciplina profunda de los valores humanos ha sufrido un estancamiento de muchos siglos, aletargada en las querellas de sus problemas académicos que solo interesaban a unos cuantos, sin participar de las agonías de la vida ni entrar en el laboratorio de las relaciones humanas. Los filósofos europeos han continuado trabajando con un material filosófico gastado que recibieron de los antiguos griegos. De ahí el descredito de la Filosofía, considerada por muchos como una gimnasia del espíritu, un simple floreteo intelectual sin consecuencia alguna. Si la filosofía quiere merecer atención no debe continuar, como hasta hoy, divorciada de la vida. La humanidad la necesita y ella necesita, a su vez, estar en contacto con el mundo en marcha. Precisa, pues, que se relacione directamente con la vida y tome de ella sus materiales de trabajo para descubrir una nueva lógica de investigación y de crítica de las instituciones y costumbres sociales.

Gibbon en Inglaterra, Montesquieu en Francia y Vico en Italia, son los más genuinos representantes de la escuela histórica del siglo XVIII. Estudian científicamente la historia y se esfuerzan por explicar, dentro de ella, las causas de los fenómenos sociales. Autor de la teoría del crecimiento, Gibbon atribuye a causas históricas la marcha ascendente del salvajismo a la civilización. Acepta periodos de decadencia, pero juzga que cada siglo va aumentando la riqueza, la felicidad, la ciencia y la virtud de la especie humana: y que, por tanto, cada civilización debe ser menos efímera que las anteriores. Montesquieu introduce en las relaciones sociales el principio de la causalidad que rige a los fenómenos naturales y ve en la sociedad un enlace mecánico de causas a efectos. En su obra *El Espíritu de las Leyes* proclama la influencia de la naturaleza y atribuye al clima una importancia tan capital entre las causas generadoras de la civilización que anula, según él, la acción de todos los demás factores, hasta el punto de suponer que, por acción exclusiva del clima, en ciertas latitudes –en los polos o en el Sahara– el progreso, la libertad y la democracia resultan imposibles. Buckle en su *Historia de la Civilización en Inglaterra* sigue igual orientación. Esta explicación, por ser unitaria, es demasiado simple para abarcar toda la complejidad del fenómeno social. Juan Bautista Vico, que tiene el mérito de haber llamado la atención sobre el dinamismo social, descubre una ley dinámica y establece la teoría de la continuidad y la filiación de los hechos sociales. Distingue tres edades en la vida de los pueblos: la divina, en que todo se explica por la acción de los dioses y que corresponde a la época patriarcal; la heroica, en la que los héroes dirigen los

destinos humanos, y que está representada, en la historia, por el predominio de la aristocracia en su lucha contra la plebe; y la humana, en la que interviene el hombre, molécula social. Los estados históricos se suceden en un círculo cerrado y el fenómeno de la repetición se exterioriza en la ley arbitraria del ricorsi. Así, en política, las sociedades pasan de la monarquía a la aristocracia y a la democracia para volver de nuevo a la monarquía. Aún en estas repeticiones hay progreso porque supone que el último estado trae el primero, pero ya en una forma superior, de manera que el círculo se convierte, más bien, en una «espiral ascendente»

El problema, abierto aún, consiste en saber si la Historia hace al hombre o el hombre hace a la historia. Tres direcciones distintas pretenden cerrar la interrogación: el providencialismo, que afirma que los hechos históricos se realizan siguiendo un mandato providencial; la del libre albedrío que sostiene que la clave histórica está en la naturaleza humana, consiente y libre con una libertad que no tiene más límite que el interés colectivo; y la colectivista, representada por Gurnplowicz, quien rechaza la intervención providencial en la historia y expresa que el aparte del hombre no significa nada ante la acción colectiva, afirmando que el modo de pensar, sentir y actuar de un individuo está determinado por su época y por su medio social. El odio de Aníbal a los romanos no tiene por causa el juramento prestado por este, niño aún, en brazos de su padre, si no los intereses comerciales del pueblo fenicio, amenazados por Roma. Leónidas hizo frente a todo el ejército persa en las Termópilas porque así lo exigía el interés de su pueblo, Galileo revoluciona las ciencias porque estas resultaban anquilosadas frente a la cultura social y Colón descubre América porque la humanidad necesitaba nuevos campos para expandir sus actividades. No es conveniente, sin embargo, desconocer la influencia personal en el proceso histórico: el genio incomparable de Napoleón impuso su capricho, durante muchos años, sobre el destino del viejo Mundo.

El filósofo y escritor francés Juan Jacobo Rousseau crea un concepto artificial de la sociedad con su conocida teoría del Contrato Social que sugestionaba a los intelectuales del siglo XVIII y precipita la Revolución Francesa. El hombre, en estado de naturaleza, es, según él, completamente libre y, por un acto voluntario, pierde parte de su libertad para formar el agregado social en el que todos luchan contra todos y en donde, como lo afirmaba el pesimismo de Hobbes, «el hombre es un lobo para el hombre». Chateaubriand, en su *Atala* exalta también la superioridad del hombre primitivo sobre el civilizado. El punto de partida de esa orientación no es fundado porque es inadmisiblesuponer que el hombre primitivo, dominado por la superstición, salvajizado en sus instintos, sin explicarse la realidad que lo ro-

deaba y en constante lucha con la naturaleza hostil, haya podido gozar de una libertad sin restricciones como lo supone Rousseau. Proclamar, además, que el origen de la sociedad haya sido un contrato, acto deliberado y voluntario de los individuos, es desconocer la fuerza arrolladora del factor colectivo. Las diatribas de Rousseau contra la sociedad se explican, sin embargo, porque corresponden a una época en que la rebeldía contra la civilización era, en realidad, la rebeldía contra una cierta forma de civilización en que el despotismo opresor de la aristocracia había reducido a la sociedad a un estado de caos económico y desintegración moral.

El pensador austríaco Gumplowicz afirma que, hoy como ayer, el proceso natural de la Historia está caracterizado por la lucha, en esa perpetua fusión de elementos heterogéneos y diferenciación de elementos homogéneos. «La evolución social –dice– comienza cuando un grupo domina a otro y en vez de destruirlo totalmente, como sucede con las primeras guerras, lo subyuga para explotarlo». La Historia no es sino la lucha de razas y el odio de clases. Antes las tribus se organizaban bajo un jefe para hacer a las demás tribus víctimas de su pillaje; hoy las naciones se alistan para expandirse, en la paz o por la guerra, territorial o económicamente. Ni en tiempos de paz hay paz, en realidad: no luchan los ejércitos pero luchan los intereses económicos; no se lucha en las trincheras pero se lucha en los mercados mundiales. Hay que convenir, con Gumplowicz, que la lucha está entre los fenómenos iniciales de la civilización; pero es inaceptable pretender que el conflicto entre los grupos es el único factor que informa todo el movimiento de las sociedades.

Turgot y Condorcet son considerados con razón como los precursores de la Sociología. Turgot tiene una concepción psicológica de los procesos sociales. Afirma que ellos están regidos solo por las ideas y cree encontrar en la conciencia y no en la historia, la clave de la coordinación objetiva de los sucesos. Según Turgot la masa humana está regida por la ley constante del progreso, siendo la decadencia una suspensión pasajera de esa ley. Condorcet, filósofo y matemático francés, desenvuelve la doctrina del progreso continuo. Para él la sociedad enriquecida con los datos del pasado y del presente –nótese la influencia de Gibbon– formará el ideal del porvenir. El progreso se realizará en dos etapas. La primera de ellas es la fisiológica, que perfeccionará la especie humana prolongando la vida individual y produciendo, de esta suerte, la prolongación de la vida en las sociedades. Es inaceptable este criterio porque la duración de la sociedad nada tiene que ver con la longevidad de sus individuos. La vitalidad de los grupos sociales se debe a condiciones propias de su estructura,

y la sociedad, como tal, es independiente de la vida del individuo, subordinada a la herencia. La segunda etapa es la etapa política, que destruirá, tanto entre las naciones como en el interior de cada nación, las tres especies de desigualdades existentes. La primera de ellas, la más grave e irritante de todas, es la desigualdad de la fortuna. La fortuna no es sino el trabajo acumulado de muchos en beneficio de unos cuantos. Acaso se justifique en el individuo cuando sea el resultado de su propio esfuerzo; pero es de todo punto inadmisibles que estas desigualdades económicas surjan desde la cuna; que hayan hombres que nazcan ricos, mientras otros nacen pobres; y que, en tanto unos resultan privilegiados y derrochan su opulencia, otros se mueren de hambre y de frío, o sufren todo el rigor de la maldición bíblica de ganarse el pan con el sudor de su frente y el cansancio de sus músculos. La segunda desigualdad, derivada de la anterior, es la desigualdad proveniente de los elementos de trabajo que permite utilizar a unos los elementos más rudimentarios, mientras otros poseen los últimos adelantos de la civilización y tienen, por tanto, mayor capacidad productiva. Y todos sabemos el papel preponderante de la producción en el desarrollo de la vida social. La tercera desigualdad, derivada también de la primera, es la que depende del grado de instrucción. La instrucción, hasta hace poco, fue el patrimonio exclusivo de los poderosos, en tanto que a los hijos de los pobres se les cerraba las puertas de colegios y universidades, negándoseles el pan del espíritu. El avance de la democracia ha ido borrando paulatinamente esta odiosa diferencia, a tal punto de convertir la educación en uno de los deberes más fundamentales del Estado. Este es la única profecía de Condorcet que parece cumplirse; las otras son, por el momento, utópicas, aunque a él le cabe la gloria de haber sido uno de los primeros en proclamar, durante el Terror francés, la igualdad de todos los hombres y de morir, mártir de la idea, envenenado para escapar al cadalso.

Augusto Comte, padre del positivismo, es el verdadero fundador de la Sociología. Es el primero que la presenta como una ciencia independiente, sistematizando las conclusiones a que antes de él habían llegado Hume y Kant en la filosofía, Vico y Bosuet en la historia, Smith y Ricardo en la Economía Política, Montesquieu y Condorcet en la ciencias sociales. Comte demuestra que la sociedad puede ser estudiada científicamente y distingue dos clases de Sociología: la *estática*, cuyo objeto es simplemente describir los grupos humanos y analizar los fundamentos de la agrupación; y la *dinámica*, que estudia la evolución social e investiga las leyes que la rigen. Influenciado por Pascal considera que «la sucesión de hombres a través de los siglos constituye un solo hombre» y que la Sociología estudia a la especie humana como formando una inmensa unidad. Esta concepción simplista, y por lo mismo errónea, de la

Humanidad, acaso se disculpa en Comte porque el horizonte etnográfico e histórico era excesivamente limitado en su época: solo se conocía una fracción muy pequeña del mundo.

Pero donde Comte se afirma y robustece es en su admirable clasificación de las ciencias, en la que asigna lugar preferente a la Sociología. El proceso de la inteligencia va de lo general a lo particular, de los fenómenos más simples a los más complejos, comenzando, por eso, en las matemáticas y terminando en la Sociología. Cada ciencia en su evolución, llega a un género de fenómenos inexplicables para ella, y da origen entonces a una ciencia nueva que los explica: la Física estudia las propiedades exteriores de la materia y las transformaciones que no modifican su sustancia, pero no puede explicar las afinidades de las moléculas y de los átomos. Entonces aparece la Química que estudia las alteraciones sustanciales de la materia. La más compleja de las combinaciones químicas es la biomolécula, es decir la molécula dotada de vida, capaz de producir el movimiento espontáneo. Este fenómeno, inexplicable por la Química, da origen a la Biología. Cuando la vida se eleva hasta producir funciones síquicas, que no encuentran explicación cabal en los estudios biológicos, nace la Psicología. Y cuando estas funciones síquicas alcanzan un desarrollo tal que son capaces de producir un movimiento coordinado en la colectividad que forman los individuos, surge la Sociología para estudiarlo. Existe, pues, una verdadera jerarquía de los fenómenos estudiados por la ciencia. La Geología y la Paleontología nos demuestran que las acciones mecánicas han precedido a las físicas, estas a las químicas y estas, a su vez, a las biológicas. Asimismo, los fenómenos biológicos han precedido a los síquicos y estos son precursores de los sociales.

Las objeciones dirigidas contra la clasificación comtiana no han hecho sino robustecer su verdad. El fundador del positivismo abandona el concepto individualista y concibe la evolución como un desenvolvimiento del orden: el orden es el concepto estático del progreso y el progreso es el concepto dinámico del orden. Comte es el primero que enlaza científicamente la evolución de las sociedades a la evolución universal. Exagera la influencia de los centros consientes de la sociedad y desconoce la fuerza predominante de la vida orgánica e inconsciente.

Comte, al considerar al fenómeno social como una forma superior de la vida, dio pábulo a que los primeros cultivadores de esta ciencia considerasen a la sociedad como un organismo y, estableciendo la identidad entre el fenómeno social y el fenómeno biológico, creyeran que la Sociología debía reducirse a aplicar al estudio de la Sociedad todos los principios y todas las

leyes descubiertas por la Biología. De esta concepción nace la escuela conocida con el nombre de *Sociología Biológica*.

Precisa examinar previamente las analogías y las diferencias entre los organismos y las sociedades para comprobar hasta qué punto puede la Sociología utilizar las leyes de la Biología. Es innegable la existencia de ciertas semejanzas entre la estructura de los organismos y el proceso social. El paralelo entre la sociedad y el organismo se remonta a la Antigüedad. Platón compara las tres partes del Estado social –filósofos, guerreros y comerciantes– con los tres respectivos sectores síquicos que él consideraba en el individuo: el alma racional, el alma pasional y el alma concupiscente. Para Tucídides son iguales los caracteres de la Sociedad y del organismo: «concursos de partes semejantes para la conservación del todo».

Dos notables pensadores, Schaafle y Lilienfield, han contribuido, después de Comte, a dar vigor al concepto orgánico de la Sociedad. Schaafle establece una analogía entre el «cuerpo social» y el organismo animal. Su idea fundamental es que los cuerpos orgánicos e inorgánicos de la naturaleza se presentan como sociedades; luego las sociedades, según él, deben estar regidas por las mismas leyes que rigen a los organismos. Pero Schaafle no precisa los conceptos que integran el contenido del "cuerpo social" y no señala si este comprende a toda la Humanidad o simplemente a un pueblo o a un agregado. Lilienfield y de Roberty siguen esta orientación y para ellos la Sociología no es sino «la historia natural de la sociedad».

Ha sido el biólogo Claude Bernard el que ha dado la definición más exacta del organismo: «un todo viviente formado de partes vivientes». Dentro del marco de esta definición, entra justamente el concepto de sociedad. El enunciado encierra dos ideas: al conjunto y la vida. No vamos a detenernos a precisar la idea del conjunto porque no percibimos la materia en su forma simple y para nosotros todo ser es siempre un agregado. La idea de la vida sirve para distinguir a los seres orgánicos de los inorgánicos. Pero, como dice acertadamente Mr. Dantec, la obscuridad que ofrece la idea de la vida depende de que quiere comprenderse en un término genérico cosas demasiado diferentes; que la vida de los seres más simples, los protozoarios –llamada «vida elemental» y reducida a reacciones químicas– es completamente distinta de la vida de los metazoarios, resultado de la combinación de innumerables vidas elementales; que la función del todo es diferente de la función de las partes y, por ende, ambas no pueden ser comprendidas en una sola definición.

Estos organismos más simples, en los que la vida se reduce a la asimilación, es decir a la absorción de unas moléculas y al abandono de otras, no tienen diferencias fácilmente perceptibles con las manifestaciones de ciertos seres inorgánicos que también crecen, decrecen y se modifican: un mineral, por ejemplo, sujeto a un proceso de acrecentamiento, integra sustancia, aumenta de volumen y llega a formar una roca; y cuando domina en él el proceso contrario de desintegración, disminuye completamente hasta desaparecer. La reproducción en la vida elemental es una consecuencia de la nutrición: el *amibo* se parte en dos cuando su volumen, por efecto de esta, llega a cierto límite. Los cuerpos orgánicos se dividen igualmente cuando aumentan su masa hasta vencer la fuerza de cohesión.

Spencer cree ver una estrecha coincidencia entre la aparición de los grandes sistemas de órganos animales y el surgimiento de las clases sociales. Señala, con razón, que en los animales aparecen sucesivamente los tres grandes sistemas de órganos: el sistema de alimentación (estómago, hígado etc.) que cumple la función fundamental de la nutrición; el sistema director (cerebro, nervios, etc.) que realiza la misión esencial de la relación; y el sistema distributor (corazón y vasos sanguíneos) que lleva a cabo la acción primordial de la distribución. Cosa análoga ocurre en la Sociedad, que al principio se divide en dos clases: la que trabaja y produce alimentos y la que dirige y manda, encargada de las relaciones de la comunidad con el exterior. Solo después surge una clase intermediaria que distribuye los productos entre estas dos partes y que, como dice Spencer, llena en la sociedad la función del sistema circulatorio y aparece también en el tercer momento.

Pese a sus semejanzas, existen a su vez diferencias fundamentales entre el organismo social y el animal. Huxley hace notar que ningún organismo fisiológico tiene por origen la reunión, en un todo complejo, de una multitud de existencias primitivamente independientes como ocurre en sociedad, en la que cada uno de sus miembros renuncia voluntariamente a ejercitar su libertad, en ciertas direcciones, a cambio de ventajas que espera obtener de la colectividad. El organismo está basado en condiciones mecánicas –digestión, respiración, circulación, etc.– mientras la sociedad tiene vínculos más nobles que varían desde los intereses comunes hasta los sentimientos elevados de la simpatía, altruismo y solidaridad. Littré afirma que el organismo nace y que después de haber recorrido diferentes edades, cuando llega a un término que Fontenolle llama “la dificultad del ser”, muere; la sociedad, en cambio, nace y evoluciona, pero no muere: se transforma. Finalmente, aun cuando la sociedad y el organismo están formados por el conjunto de seres vivos, hay que admitir la existencia de agregados

vivos cuya reunión solo producen organismos y no sociedades, mientras que hay otros que al reunirse crean los agregados sociales. Para que ese conjunto forme una reunión en vez de un organismo, es indispensable que exista una relación consciente entre la colectividad y el individuo. No puede decirse, por eso, que un árbol en el bosque o un grano de arena en la inmensidad del desierto cooperan, imitan o se subordinan socialmente a la acción de sus semejantes, porque, aunque fueren efectivas, el árbol no tiene conciencia de sus relaciones con la selva ni el grano de arena percibe las suyas con el desierto. Un grupo de organismos forma también una sociedad cuando en ellos existe la *conciencia colectiva*, es decir un desarrollo síquico suficiente para apreciar la unidad del grupo y la semejanza fundamental de sus miembros, y cuyas manifestaciones son la simpatía dentro del agregado social y la hostilidad para los elementos extraños. Solo los organismos de cierta superioridad, con exclusión total de los vegetales, pueden llegar hasta la vida social que no es, en manera alguna, exclusiva del hombre. Pero las únicas sociedades que son objeto de la ciencia social son las humanas porque solo en ellas la sociabilidad, ayudada por el lenguaje –del que carecen los animales–, la invención industrial y la lucha de los grupos, adquiere un desenvolvimiento tal que da origen a fenómenos nuevos, susceptibles de un estudio sistemático.

Podemos decir, pues, en conclusión, que solo una parte reducida de los principios biológicos es aplicable a la Sociología, que ha de estudiar, con un criterio exclusivamente social, sus fenómenos propios. Hay que reconocer que los fenómenos sociales tienen una base biológica, pero es absurdo pretender que la Sociología forme un capítulo de la Biología. Uno de los representantes más genuinos de esta orientación es, en la actualidad, el profesor Frank H. Hankins, sociólogo biólogo de reputación mundial.

Oswaldo Spengler, considerado por unos como un sociólogo y por otros como un filósofo de la historia, impregna con un matiz síquico-biológico su orientación. Afirma que las culturas son organismos sociales; que la historia universal es su biografía; y que hay un paralelismo entre el desenvolvimiento de la cultura y el del individuo zoológico. Las culturas, como los individuos, describen una trayectoria que parte de la infancia, pasa por la juventud y termina en la decadencia que, para los pueblos, es un estado de civilización carente de nuevas posibilidades. Pero para Spengler, el gran organismo social, la cultura, es más que todo un «ser síquico». «Una cultura nace –dice el gran filósofo– cuando un alma grande despierta de un estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano. Florece sobre el suelo de una comarca a la que permanece adherida como una planta. Y muere cuando esa alma ha

realizado la suma de sus posibilidades en forma de pueblos, lenguas, dogmas, artes, estados y ciencias, tornando a sumergirse en la espiritualidad primitiva». Los pueblos, por tanto, no son forjadores de una cultura sino creaciones de ella.

Spengler tiene aversión a todo principio de causalidad mecánica; niega el encadenamiento de la historia o sea el hecho de que cada momento social tenga su origen en el precedente o en otro concomitante; y se pregunta si hay una lógica de la historia, si más allá de los acontecimientos aislados y azarosos existe una ley que rige el desenvolvimiento de la humanidad. Spengler afirma que hay tres clases de cultura, es decir tres estilos de humanidad: el apolíneo, el mágico y el fáustico. Cada cultura y cada época tiene su autonomía. Es un ciclo cerrado e independiente uno del otro. Verdaderas murallas chinas los separan. Las esperanzas, anhelos, inquietudes religiosas y ambiciones de predominio son las fuerzas caóticas que determinan, por medio de la cultura, el proceso de la historia. Para comprender una cultura es preciso, según Spengler, estar dentro del ciclo que ella traza: un hombre apolíneo (cultura griega) no podrá comprender la cultura fáustica; el hombre occidental no podrá sentir la vida como la sintió el hombre dórico, en Grecia. Nosotros, por ejemplo, no podríamos revivir en nuestra alma el paisaje interior de los griegos, romanos o egipcios, porque pertenecemos a otro ciclo cultural.

Spengler condena, por eso, la aplicación ciega que se da el Derecho Romano en la época actual: dice que el derecho romano perjudica al concepto jurídico de los tiempos modernos porque fue dictado en otra época de cultura distinta a la nuestra.

El método que adopta Spengler para ensayar una interpretación social es el de las *analogías*. Toda realidad se puede conocer por razón de sus causas o por razón de sus semejanzas y desemejanzas con otras realidades. Conocer por las causas es más científico; conocer por las analogías, más filosófico. «Al estudiar a Napoleón –dice Spengler– es muy difícil no pensar en Alejandro y en César». Se ha comparado a Florencia con Atenas, al Cuzco con Roma y con la Meca, al cristianismo primitivo con el socialismo moderno. Pero si bien es cierto que pueden establecerse esas comparaciones, una vez que las profundizamos la semejanza se desvanece. Napoleón se asemejará con Alejandro o con Julio César en el prestigio exterior de los guerreros victoriosos, pero el contenido psicológico –aspecto interior– del emperador francés es completamente distinto al de rey macedonio o al del general romano. Y lo mismo ocurrirá entre el cristianismo primitivo y el socialismo moderno. No es menester que insistamos sobre

las deficiencias de este método. Spengler mismo parece haberlas notado cuando declara: «Estamos todavía muy lejos de poseer una técnica de la comparación». Y así es, en efecto.

Ningún sociólogo, basándose en la analogía, concedió, tanta importancia como Spengler al tiempo histórico. Ninguno para descubrir una interpretación social contemporánea penetró más hondamente en otras edades, dentro de cada ciclo de cultura. Cree, por eso, que hay una estrecha analogía entre la decadencia de la civilización occidental y las demás decadencias que ha presenciado la Historia y que aquella no será comprensible sino se vuelve la mirada hacia otras decadencias de lejanos tiempos.

La doctrina spengleriana no puede ser considerada como una escuela sociológica. Spengler constata la realidad histórica, pero no explica el desenvolvimiento de su organización ni examina el «por qué» de la humanidad; describe las culturas pero no explica el proceso sistemático de su formación ni las causas de los fenómenos sociales. Su sociología, saturada de historia, se reduce a una exhibición de caracteres síquicos realizada en diversos pueblos y en distintas edades, pero a él no le preocupan cómo, por qué razón y en virtud de qué leyes esas realidades se manifiestan dando su tono a cada cultura. Spengler no labora una ciencia sociológica; hace más bien filosofía. Por eso, más que un sociólogo es, como lo apreciaba Ortega y Gasset, un filósofo de la historia.

La Sociología Sicológica, cuyos antecedentes encontramos en Turgot, parte de la base de que la Sociedad es una exteriorización del pensamiento, para deducir que la Sociología no es otra cosa que la Sicológica aplicada y pretender que todos los fenómenos sociales deben regirse por las leyes síquicas. Representantes principales de esta escuela son Bastían, Tarde y Wundt. Piensa el primero que las ideas condicionan los hechos y que el mundo social es una simple emanación de la inteligencia. En su primera obra, *El Hombre en la Historia*, pretende, como él mismo lo dice, inaugurar «una nueva concepción sicológica del mundo y revelar, por medio de la sicología, el alma de los pueblos». Afirma que el mundo social es una mera creación intelectual y que las leyes de la Sicológica pueden aplicarse a su evolución.

Tarde, con un criterio inadmisibles, pretende que los elementos de la sociedad no son los individuos ni los grupos sino, más bien, las relaciones que entre ellos existen y que constituyen las costumbres y las instituciones. Y el proceso social no es sino un conjunto de invenciones, que se producen sin reglas fijas y que son propagadas por la imitación. Las invenciones son, para él, nuevas combinaciones de las ideas existentes, resúmenes, síntesis, análisis o

generalización de conceptos imitados, que la región transforma.

Tarde afirma que la imitación es la forma social del fenómeno universal de la repetición. Las ciencias físicas y biológicas solo son posibles porque la repetición de los fenómenos, tanto en el mundo físico como en el mundo orgánico, permite formular leyes generales. De igual manera las repeticiones sociales, debidas a la imitación, crean las formas generales que estudia la ciencia social.

La imitación se determina por causas que Tarde ha llamado *lógicas* cuando derivan su eficacia del valor objetivo de la novedad, de las ventajas que la invención ofrece para determinado fin; y *extralógicas* cuando su poder se deriva de la influencia más o menos efectiva de los inventores y propagandistas. Y como en la generalidad de los casos la imitación es la sugestión, al margen de las ventajas propias de la acción que se imita, las fuerzas que facilitan la sugestión y la hacen más eficaz, esto es las influencias extralógicas, son las que determinan la imitación con más frecuencia que las concordancias lógicas. Las democracias sudamericanas, por ejemplo, que contrariando sus más positivas conveniencias, adoptaron la forma de gobierno federal, absurdo, entre otras cosas, por su muy escasa población, obedecieron exclusivamente al prestigio extralógico de los Estados Unidos de Norte América. El progreso social depende de las imitaciones lógicas y aunque las influencias extralógicas son de resultados más fáciles e inmediatos, la fuerza lógica tiene, en sí misma una eficacia más lenta, es cierto, pero también más permanente.

La imitación, al igual que la herencia, está sujeta a *influencias modificadoras*. Y casi como hay transmisiones hereditarias que no reproducen exactamente el original, las imitaciones sociales no copian exactamente el modelo y sufren las modificaciones impuestas por las necesidades de la adaptación. Tal ocurre cuando una palabra, una costumbre, o un mito de un grupo social son imitados por otro. La palabra griega «pater» por ejemplo, copiada por los latinos, ha creado en las lenguas derivadas los vocablos «father», «padre», «père».

La vida social para Tarde es una lucha de invenciones. La oposición entre las antiguas y las nuevas invenciones ha sido llamada por él *el duelo lógico* que puede originar uno de estos resultados: la supresión de uno de los adversarios: el transporte mecánico destierra la tracción animal; o la conciliación de los antagonismos o adopción de un procedimiento diverso porque cambian las circunstancias: la lucha por la esclavitud pierde su importancia con el descubrimiento del vapor que hizo inútiles a los esclavos.

Tarde ha creído descubrir dos leyes sobre *las imitaciones extralógicas*. Afirma la primera que «los movimientos internos se imitan antes que los externos». El hecho de que la imitación de las ideas o sentimientos se anticipe a la de los actos, se explica por el predominio del factor síquico en el proceso porque la sugestión comunica los estados del espíritu con preferencia a las convenciones externas. La segunda expresa que «se imita de preferencia los modelos ofrecidos por los individuos o clases sociales juzgados superiores». El agente principal de la imitación es la admiración, acompañada de una observación minuciosa. Es una verdad indiscutible que cuando se admira a un hombre o a un pueblo, existe la inclinación a copiarle sus virtudes y defectos, estos casi siempre antes que aquellos.

Pero no siempre se imita lo superior. Hay también una *imitación inconsciente de lo inferior*, que no se debe a la admiración sino al trato o a la influencia del medio en que se vive, y en la que se manifiesta no la acción del individuo sobre la colectividad sino la acción de esta sobre aquel: el noble que habita en el campo toma ciertos usos del paisano, y los vencedores copian algunos usos de los vencidos porque, a pesar de su intención de conservar e imponer sus propios hábitos, los domina inconscientemente la influencia del medio social.

La costumbre, o sea la imitación a los antepasados, y *la moda*, es decir la imitación a los contemporáneos, son las dos formas generales de la imitación al superior. El criterio que atribuye toda la superioridad al Pasado crea sociedades tradicionalistas; la superioridad atribuida a los contemporáneos origina sociedades más flexibles y progresivas. Los prestigios a que se deben las superioridades del pasado y del presente tienen un carácter distinto: la superioridad del pasado, representada por el padre, obedece a causas biológicas y se impone por la autoridad; la superioridad de los contemporáneos necesita vencer las resistencias del pasado y requiere la persuasión. De ahí que, mientras la costumbre desenvuelve por un lado la sumisión y por el otro el hábito de mandar, la moda desarrolla la discusión, el libre examen, el hábito de convencer. La costumbre, por tener sus raíces en la repetición orgánica de la herencia, precede a la moda que tiene su origen exclusivamente social. En todas las manifestaciones sociales puede observarse que al imperio de los productos tradicionales sucede el imperio de las influencias contemporáneas; esto es que la imitación –costumbre sucede a la imitación– moda; a las escuelas conservadoras, los partidos liberales.

Aceptado el papel preponderante de la imitación no es posible, como lo quiere Tarde, sintetizar en ella todas las manifestaciones sociales y reducir la civilización exclusivamente a

un simple proceso imitativo. Es evidente que una gran parte de las ideas y costumbres son copiadas: tal sucede, por no citar sino un caso, con la civilización occidental que, en sus conceptos fundamentales, ha seguido las direcciones que iniciaron Jerusalén, Atenas y Roma. Pero es preciso reconocer también que en la sociedad los fenómenos más importantes se producen simultáneamente, frutos de causas colectivas que originan ideas y sentimientos comunes, que no pueden ser asignadas a ningún invento particular ni atribuirse a la imitación. Tal ocurre, por ejemplo, con los mayas y los fenicios, grupos humanos que a pesar de estar separados por enormes distancias y no existir entre ellos el menor vínculo de relación, tienen sistemas semejantes de contar, iguales orígenes y direcciones en su arte, el mismo proceso en el lenguaje, el mito y la moral, semejanzas sociales estas que no pueden atribuirse a la imitación. Leibniz y Newton descubren a la vez el cálculo diferencial; Darwin y Wallace, la selección. Lutero y Zuinglio, sin acuerdo previo, inician simultáneamente la Reforma. Y aunque Copérnico no hubiera existido, siempre habría conocido la humanidad el sistema heliocéntrico.

La Imitación, considerada como base única de la vida social, presupone la idea que la sociedad es la creación y la obra, no de un proceso colectivo, sino de algunos centenares de hombres, inventores de todos los productos sociales que las demás generaciones imitan. Esta teoría, según el doctor Mariano H. Cornejo, es una forma del concepto teológico que no puede concebir sino causas personales, atribuyendo los hechos sociales unas veces a los dioses y otras a los hombres de genio, especie de semidioses. "Una sociedad –dice– fruto exclusivo de las invenciones se parece a una sociedad fruto exclusivo de los milagros".

Aunque no es posible aceptar a la Imitación como causa única de todas las manifestaciones colectivas, la Sociología debe a Tarde el haber demostrado el papel importantísimo que ella juega en la organización social.

Prestando innegables servicios a la Sociología, Wundt ha fijado la extensión en que los fenómenos síquicos son un factor social y hasta qué punto las leyes del pensamiento se traducen en la historia. Según Wundt hay fenómenos síquicos que no son accesibles a la Psicología individual; que dependen íntegramente, tanto en su origen como en su desenvolvimiento, de la voluntad, inteligencia y sentimientos colectivos, y de las acciones y reacciones espirituales que ejercen unos sobre otros los miembros de una comunidad; y que requieren, por tanto, la constitución de una ciencia social especial: la Psicología Colectiva. Tales

son el lenguaje, el mito y la moral.

De este modo la interpretación exclusivamente psicológica que dan a la sociedad, Bastián, Tarde Stuckenberg, y otros, es inadmisibles, porque la Psicología Colectiva debe limitarse al lenguaje, al mito y a la moral, es decir a una parte de la vida social a fin de que la explicación psicológica no excluya la acción del pensamiento individual ni la influencia de los otros factores físicos, biológicos y colectivos. Así como los sociólogos organicistas erraron al confundir la sociedad con un organismo animal, los sociólogos psicólogos caen en el error de considerarla como un fenómeno esencialmente síquico, olvidando la acción del medio físico y social.

Frente a las pretensiones irreconciliables de la sociología biológica y de la sociología psicológica, Fouillé delinea una teoría conciliadora. Hay en la Sociedad, según él, una marcha de lo mecánico a lo consciente. En sus orígenes es un organismo; pero a medida que la cultura avanza, las funciones impuestas por una sociedad puramente mecánica se enaltecen, porque en ellas aparece el sentimiento, desde que los hombres, convencidos de su utilidad, sustituyen el contrato a la fuerza. El contrato crea una organización superior fundada en la voluntad consciente.

La Sociología es, pues, independiente de la Biología y de la Psicología, aunque requiere del auxilio de ambas; y hay que convenir también que las leyes sociales, a pesar de sus fundamentos biológicos y síquicos, son leyes especiales.

La *Antroposociología*, cuyos principales representantes son Lombroso, Broca, Letourneau y Topinard, exalta la influencia decisiva de la raza, trata de explicar, por medio de ella, todos los accidentes de la historia y pretende descubrir, sin conseguirlo, una relación entre el índice cefálico y los problemas sociales. Hay razas privilegiadas que trabajan, inventan, conquistan y mantienen el esplendor de una civilización; y hay otras que, servirles y faltas de iniciativas están destinadas a la servidumbre, a la eterna pobreza, especies proletarias en la lucha económica del mundo.

Spencer y Lombroso consideran a los germanos y anglo-sajones como los representantes de la raza dominante y –haciéndonos poco honor– iguala a los latinos y a los negros en las razas dominada. –Fouillé rechaza esta distinción, agregando, además, que es inconcebible que los latinos seamos los más entusiastas propagandistas de la superioridad de la raza sajona–. No puede hablarse, en rigor, de razas dominantes y dominadas porque los pueblos dominadores

ayer son los subyugados hoy.

En la formación de esas diversas variedades de la especie humana, que son las razas, actúan dos fuerzas que unas veces coinciden y otras se contrarían: los factores físicos y los factores sociales, siendo estos últimos exclusivo privilegio de la especie humana. El cruzamiento de las razas humanas origina el *mestizaje*, considerado por Lapouge como un estado de degeneración, tanto en los caracteres físicos como en los psicológicos, cuya consecuencia inmediata es la decadencia de los pueblos. El etnólogo Keane, ayudado por la estadística americana sobre la fecundidad de los mestizos, levanta la acusación de quienes pretendían vincular el mestizaje con la esterilidad, explicando así el grave problema del despoblamiento. Y la Historia, que no olvida el papel que el mestizaje desempeñó en América, da un rotundo mentís a quienes les atribuyen un sentido disolvente. Producto de la fusión de castas, casi todos los hombres de la historia continental tuvieron su sello.

a Antropología no ha logrado aún una clasificación definitiva de las razas: todos los cuadros ideados para encasillar las variedades humanas, se desbordan por la multiplicidad de las desviaciones individuales. Dos son los ensayos más notables: la clasificación antigua que separa las razas, según su color en blancas, amarillas y negras; y la moderna que las distingue por el índice cefálico. Esta es más científica; pero aquella es más sociológica, porque mientras falta en absoluto toda la relación entre el índice cefálico y las facultades físicas o sociales, se puede descubrir, aunque sea en sus grandes lineamientos, cierta conexión entre el color predominante y el estado social en que se encuentran los grupos humanos. La raza negra, abandonada a sí misma, no ha podido crear una civilización elevada: en religión no ha pasado del fetichismo y en política no ha forjado una gran unidad nacional. Ha sido preciso su cruzamiento para crear la cultura egipcia y organizarse mediocrementemente en el imperio abisinio. La raza amarilla, en el Asia, ha creado la antiquísima civilización china y japonesa, con una moral, una industria y una cultura política avanzada; y en América el mongoloide ha producido las esplendorosas civilizaciones de México y el Perú. La raza blanca, por lo menos en sus formas principales, ha superado a la cultura asiática, aunque su mayor rapidez en la evolución social no se debe a los caracteres étnicos que el color simboliza sino a un conjunto de causas físicas e históricas que han impreso formas diferentes a la organización social.

Los esfuerzos para relacionar ciertas tendencias sociales con el índice cefálico han dado resultados contradictorios, demostrando, con toda evidencia, que la forma de la cabeza no

tiene relación alguna con la psicología individual ni colectiva. Permaneciendo idénticas las razas han variado en la Historia las condiciones de los pueblos: ni los griegos de la Antigüedad ni los venecianos de la Edad Media han cambiado y su predominio, sin embargo, ha desaparecido.

La raza es simplemente uno de los múltiples factores que actúan en la evolución social y que puede coincidir, y coincide frecuentemente, con un estado de organización definida; pero que, en forma aislada, no ofrece dato alguno porque se ha demostrado la arbitrariedad de repartir cualidades físicas y condiciones sociales según el índice cefálico, que interesa exclusivamente a la ciencia, pero que no tiene ningún interés sociológico, ya que es independiente de la acción directa de los factores físicos y sociales y carece de toda relación con las variedades locales y cronológicas de la civilización. La influencia de la raza, aunque evidente, no es exclusiva y se nos presenta, además, completamente incierta, ya que no es posible distinguir, en un estado de cultura, lo que se debe a las condiciones étnicas y lo que corresponde a los factores físicos y a las facultades sociales.

La Sociología Geográfica, cuyo más genuino representante es Ratzel, exalta la influencia del medio físico en los estados de cultura. Es evidente que el hombre, como los animales, no puede sustraerse a esa influencia. Cree Waitz que el color de la piel resulta del calor, del alimento, de la humedad atmosférica, de la abundancia o falta de selvas y cita el caso de existir en Nubia árabes negros, a pesar de no haberse mezclado con los naturales de esa región. El color de los europeos, según Pruner, se oscurece sensiblemente en el Egipto, se broncea en Abisinia y se enrojece en la Siria. Y esta influencia se observa no solo en los cambios del color de la piel sino también en los demás caracteres físicos –la talla, el índice cefálico, los instintos–; en el temperamento espiritual que más tarde fija y trasmite la herencia; y por último, en la orientación de las acciones requeridas para satisfacer las necesidades, es decir en la organización económica. De esas diferencias objetivas y subjetivas en la composición y dirección de las actividades de los grupos, resultan irremediabilmente variedades en su estado social.

Es tan trascendental la influencia del *clima* –uno de los factores físicos más importantes– que Buckle, uniéndola a la de los accidentes del territorio, pretende explicar por su acción mecánica, la psicología o historia de los pueblos. Los efectos de los climas fríos o cálidos, húmedos o secos, de alta o baja presión, son visibles en la actividad del organismo y, por lo tanto, acumulados de generación en generación, producen importantes efectos sociales. La

vida social supone la población y es indispensable que el clima facilite la existencia del hombre no solo como entidad individual, sino también de las abundantes especies vegetales y animales, necesarias para la formación de las grandes colectividades. En los polos, muertos de frío, toda cultura es imposible: los esquimales consumen todas sus energías en su lucha contra las inclemencias del tiempo y fuera de las funciones animales no les queda el residuo de fuerza que representa el pensamiento y la civilización. De ahí que los diez mil esquimales esparcidos en las costas de Groenlandia no hayan logrado salir de su estado salvaje. El calor excesivo es también dañoso a la civilización, aunque en menor proporción que el frío. En las regiones templadas se encuentran, por lo general, los grados superiores de la civilización. Las primeras colectividades debieron formarse, sin embargo, en las regiones cálidas en las que los grupos humanos se abandonaron al regazo de una naturaleza pródiga y suave, en donde la vida era fácil, pero después tuvieron que aventurarse en zonas más severas, bajo la presión de la fuerza de los más poderosos o del crecimiento de la población que agota los recursos para la vida. Y fue en estas zonas de clima templado por la altura –Perú– o por la latitud –Egipto– donde prosperaron las primeras civilizaciones.

Los climas cálidos y secos parecen más propicios a las manifestaciones constantes de la actividad y de la energía: la civilización egipcia florece en ellos; y en la Arabia, Persia y Mongolia, regiones escasísimas en lluvias, se han forjado razas dominantes y conquistadoras cuyo destino heroico ha quedado escrito en la historia. Los climas húmedos, en cambio, ofrecen los mayores inconvenientes para las colectividades. Hay regiones en la zona selvática de la América del Sur y en el África occidental, en que los metales se cubren rápidamente de moho, en que la pólvora no arde por la excesiva humedad del aire, y en la que es tan prodigiosa la abundancia de formas rudimentarias de la vida que la atmósfera, casi envenenada por ellas, se opone al desarrollo de las formas superiores, diezmando y debilitando a las razas más vigorosas.

El clima –y he ahí su principal influencia– es un poderoso agente de selección. Suprime las organizaciones que no se adaptan. Contribuye a dar a los agregados cierta homogeneidad física que corresponde forzosamente a una homogeneidad moral. Determina la densidad de la población. Su acción trasciende al vigor de las razas. Y, en consecuencia de todo ello, influye eficazmente en los fenómenos sociales.

Y no es menos importante la influencia del agua. Las regiones abundantes en aguas atraen a

los grupos humanos. Y cuando reúne ciertas condiciones el agua presenta otra ventaja superior porque sirve de medio fácil de comunicación, de fuerza motriz que trasporta, sin costo alguno, los objetos que flotan sobre ella. Los ríos, por eso, son caminos que marchan. El mar, ese enorme desierto líquido, tiene también una singular trascendencia sociológica. Pocas rutas más fáciles que esta para el intercambio comercial, intelectual y económico. Paradójicamente puede decirse que el mar une a los pueblos que separa. Con sobrada razón se ha afirmado que la civilización es una planta acuática que crece a las orillas de los ríos y mares. Ya Homero, en su *Odisea*, reconoce al mar como una cuna de la civilización. El Nilo, el Ganges, el Tigris y el Éufrates vieron formarse, a lo largo de sus riberas, las grandes colectividades. En América, en las playas del Titicaca se concentraron los grupos destinados a fundar el gran imperio de los Incas y al Misisipi debe en gran parte su unidad la democracia americana. El Mar Mediterráneo, llamado en justicia «el mar de la civilización», fue el eje en torno del que se desarrollaron las culturas antiguas de Egipto y de Roma; en donde creció esa cultura clásica llamada por Renán «el milagro griego»; y en donde floreció la civilización del Medioevo legendario. En la Edad Moderna, el Atlántico arrebató su primacía al Mediterráneo. Y algunos sociólogos predicen que el Océano Pacífico, el más poblado de todos los mares, será, en el futuro, un nuevo centro de acción civilizadora.

Los accidentes del territorio influyen directamente sobre la orientación de la vida colectiva y determinan, en gran parte, los rasgos característicos de los diversos grupos sociales. Las superficies llanas o accidentadas, la elevación de las altiplanicies y la depresión de los valles, la situación insular y continental, explican muchas cualidades étnicas y muchos fenómenos históricos. No tienen iguales caracteres los pueblos insulares y los mediterráneos –Cuba y Bolivia– ni los que habitan un desierto y los que viven en las montañas –árabes y suizos–. Las superficies accidentadas oponen obstáculos a la organización de las sociedades primitivas; dificultan las comunicaciones que vigorizan la vida social; determinan así el aislamiento y la autonomía de los grupos particulares que viven estancados en una vejez prematura; y favorecen el regionalismo porque constituyen la valla más fuerte para que una sola autoridad domine en todas partes. La superficie llana, por el contrario, estimula el intercambio de los grupos y determina, como ocurrió en Egipto, la acción dominadora del poder central.

La situación insular o peninsular de los pueblos influye también en sus orientaciones colectivas. Si la isla es pequeña y muy separada del continente –tal como ocurre con las Polinesias– el grupo que la habita es reducido y se mantiene en el estado más rudimentario de

cultura; pero si es grande, capaz de alimentar muchos habitantes y está cerca de continentes ricos en grupos civilizados –Inglaterra– entonces reúne condiciones favorables para formar colectividades poderosas. La isla, que tiene en sí misma la mejor defensa contra los posibles ataques del exterior, determina el carácter navegante y comercial de los pueblos que la habitan y que se ven precisados a aventurarse en el océano para traer de otros lugares los elementos necesarios para la vida que a ella pueden faltarle. La influencia de la península no es menos importante. La condición peninsular dificulta la perfecta unificación de los grupos étnicos porque le falta el aislamiento territorial de la isla, donde uno de los grupos domina necesariamente a todos los demás. En la Península griega las variadísimas colectividades nunca llegaron a formar una fuerte unidad política y fueron, antes bien, presas de la Conquista. Italia apenas ha podido constituir su nacionalidad en el siglo pasado. "Si Inglaterra –dice el doctor Mariano H. Cornejo– en vez de convertirse en isla se hubiera conservado asimilada al Continente, no habría conseguido dominar a Irlanda y quizás ni a Escocia; y si la Península Ibérica no hubiera perdido la primitiva condición insular que se le supone no es dudoso que hubiera logrado integrar permanentemente su unidad con el Portugal".

Los bosques y los desiertos son un obstáculo para las primeras sociedades. La exuberancia de los trópicos produce selvas espesas e interminables que apenas si pueden ser atravesadas por los rayos de luz y que constituyen el mayor obstáculo para las colectividades humanas. Los pequeños grupos humanos que logran habitar en los sitios donde disminuye su espesura, son muy escasos, viven aislados y conservan su salvajismo secular. La selva resulta más opuesta a la civilización que el desierto. El desierto puede dominar: se vence con la ayuda monótona del camello o el refugio fresco del oasis. La selva, en cambio, resiste victoriosamente los esfuerzos para penetrarla. Tiene que ser destruida por la fuerza y es preciso cuidar que no resurja.

Las grandes migraciones de los grupos sociales debieron estar determinadas por la influencia convergente del clima y de los accidentes territoriales. Una localidad que resultaba inhabitable por la progresiva inclemencia del frío o por las inundaciones cada vez más repetidas, se convertía en el punto originario de una serie de ondas excéntricas de emigración; y una región abundante en frutos, hierbas y aguas, atraía, en cambio, los diversos grupos y favorecía su consecuente cruzamiento. Y la dirección que, en su marcha, siguieron esos agregados humanos primitivos, tuvo que ser determinada forzosamente por las facilidades y obstáculos que ofrecía la ruta; y en la elección de los campamentos temporales o definitivos está sin duda la causa de las formas revestidas por las primeras agrupaciones sociales.

Es imposible apreciar, siquiera con relativa exactitud, los efectos de los factores físicos sobre el destino de las colectividades. Han resultado en su mayor parte estériles los esfuerzos para determinar las relaciones entre el medio externo y los fenómenos sociales. A su acción lenta, pero constante, hay que atribuir la desigual repartición de la población humana, la diversidad de las razas, las analogías de los agregados sociales que habitan una región o regiones parecidas y las diferencias de los que viven en zonas diversas. La influencia de los factores físicos decrece con los progresos de la civilización, cediendo su lugar a la experiencia social, pero, aunque su acción no sea directa, no por eso deja de mantener una relación constante con las condiciones de la vida colectiva.

La *interpretación estadística de la Sociedad*, intentada por Quetelet, aspira a dar una base matemática a la ciencia social; deducir el tipo del "hombre normal" como el término medio, el centro de gravedad en torno del cual giran las divergencias individuales; y encasillar a la sociedad dentro de cuadros estadísticos precisos. La Estadística considera únicamente las condiciones estáticas de la sociedad, pero prescinde del concepto fundamental: el dinamismo que cambia su estructura. Los datos estadísticos muestran solo el lado exterior y superficial de las cosas. Podrán acaso comprobar una ley, pero no pueden descubrirla. De ahí el absurdo de querer establecer sobre ellos los principios generales que presiden el desenvolvimiento de la vida colectiva.

Esta teoría, como todas las teorías exclusivas, ha sido contradicha por la realidad.

El proceso social, desde los primeros balbuceos de la Historia, es la lucha constante de esas dos fuerzas antagónicas en que se divide la Humanidad: privilegiados y menesterosos, explotadores y explotados. Antiguamente la oposición se hizo carne entre patricios y plebeyos, libertos y esclavos; más tarde, los barones y los siervos ahondaron su rencor mutuo; hoy, la burguesía capitalista, que acapara el lujo en manos de una minoría cada vez más absorbente e intolerable, lucha contra el proletariado que antaño defendía con ciega inconciencia el privilegio de sus explotadores y mendigaba como limosna lo que era fruto legítimo de su trabajo y que ya va sintiendo, cada día con más fuerza, la conciencia de esa injusticia y el clamor de su libertad. Mantenido a través de todas las épocas, ese antagonismo se traduce en la desigualdad social, muy particularmente en la desigualdad económica, que origina, desde las primeras agrupaciones, el más grave problema humano; y que, tomando

hoy proporciones gigantescas, ha producido, como reacción vigorosa, *el movimiento socialista*.

La Sociedad no justifica la explotación: los hombres, que no son los ángeles pintados por los teóricos del altruismo ni las bestias feroces descritas por el egoísmo, se asocian en ella para armonizar el interés individual con el interés colectivo; y la solidaridad, poderoso vínculo entre todos los individuos asociados, no debe atacar la autonomía particular de cada uno de ellos. El hombre no tiene el deber de sacrificarse por nadie ni el privilegio de que nadie se sacrifique por él. Nadie puede disputarle su derecho a vivir, desarrollarse y perfeccionar su personalidad y si, en este sentido, resulta lesionado por la sociedad debe apartarse de ella. Pero así como en nombre de la libertad se cometieron muchos crímenes y en nombre de la ciencia oficial se persiguieron las nuevas ideas, crucificando a Cristo, envenenando a Sócrates, condenando a Copérnico y encarcelando a Colón, así en nombre de la solidaridad los ricos y los aristócratas, que rara vez tienen la justicia, han cometido un crimen de lesa civilización, manteniendo a todo trance la incultura de los oprimidos porque sabían que la instrucción, despertando en ellos el sentimiento de su injusta desigualdad, la comprensión de sus derechos y la conciencia de su fuerza, los iba a hacer rebeldes.

Para conservar en toda su pureza el verdadero sentido del socialismo, es necesario distinguirlo de otras actividades con las que erróneamente se le ha confundido, dando pretexto a los violentos ataques dirigidos contra este movimiento ideológico. El Socialismo, en primer lugar, no es ni puede ser la Anarquía. A pesar de ello los confunden quienes ignoran el contenido espiritual de cada una de estas orientaciones. Anarquía significa «sin autoridad». Los anarquistas sostienen que el mayor enemigo del progreso es la autoridad, que radica en un hombre o en grupo. Y como el abuso es una tendencia humana, natural inevitable, no hay autoridad que no sea abusiva. De ahí que el Estado se convierta en esclavizador de los pobres en provecho de los ricos. El ideal anarquista es la colectividad de individuos sin autoridad, religión, propiedad y familia. Dos caminos opuestos conducen al mismo fin: la actitud violenta, enemiga del orden y de la sociedad que sostiene que debe destruirse al Estado con revoluciones sangrientas y que utiliza, para ello, el asesinato, el puñal y la bomba explosiva; y la actitud pacífica, conocida con el nombre «etocracia» que cree que el Estado irá, lenta y progresivamente, perdiendo su autoridad y concluirá por desaparecer cuando, suprimidas las cárceles, los ejércitos, la Constitución y las leyes, surja el reinado de la justicia espontánea. La anarquía carece de todo programa organizador. Es destrucción social, la prédica de la

matanza. El Socialismo, en cambio, es la reforma que solo destruye los privilegios y las aristocracias, es decir la gangrena social, y que cimenta, sobre bases más justas la organización colectiva.

El Socialismo tampoco es el comunismo. El comunismo, considerado por Nitti como uno de los fenómenos más trascendentales en el panorama europeo de la post-guerra, tiene su origen en los excesos del zarismo ruso, abusivo e intolerable, y fue una grandiosa reacción popular contra la abominable tiranía de unos pocos que monopolizaban el poder y la riqueza. El comunismo, triunfante en la Revolución Rusa, lucha por la supresión absoluta de la propiedad privada cuyo derecho niega y aboga por el establecimiento de un Estado perfecto, único propietario de todos los inmuebles con derecho a arrendarlos y en el que no existan las coacciones ni explotaciones derivadas de las luchas de clases. La experiencia histórica parece demostrar la ineficacia del comunismo que puede considerarse como un estado de crisis, pero no como un sistema permanente de gobierno.

Se ha confundido erróneamente al Socialismo y al Comunismo. Ambos afirman a la propiedad colectiva; pero mientras el comunismo proclama que el reparto debe hacerse en atención a las necesidades de cada uno, el socialismo aboga para que la propiedad se reparta en proporción a los servicios prestados para adquirirla. Ambos aceptan la renta, pero difieren sustancialmente: el comunismo afirma que el hombre tiene derecho a la renta porque tiene derecho a la existencia; el socialismo dice que solo la tienen en la proporción en que han contribuido a formarla. El comunismo, pues, protege la holgazanería en tanto que el socialismo estimula el trabajo.

El Socialismo es el término medio entre dos extremos inaceptables: el *bolchevismo*, enemigo de la libertad, que quiere establecer la dictadura inconsciente del proletariado, y el *fascismo*, enemigo de la democracia, que proclama la dictadura del Estado, sin tener en cuenta para nada las libertades del pueblo.

Pese a las afirmaciones de Nitti, robustecidas con la opinión del socialista francés Vignet, que aseguran que el socialismo, como la democracia, es un fenómeno moderno, y que no pudo existir en la Antigüedad porque en ella no hubo problemas sociales, hay que convenir, con Leroy-Beaulieu, que este formidable movimiento ideológico es una evolución histórica que ha existido en todas las épocas y en todos los países.

El Socialismo utópico –que tal carácter tuvo en un principio– hace su aparición en el antiguo Oriente, Grecia y Roma. Platón es el mejor utópico y su *República*, llena de máximas socialistas, por lo mismo que es perfecta no ha existido jamás. Han sido innumerables los imitadores de esta escuela, siendo acaso el más destacado de ellos el comunista inglés Thomas Moro que, en tiempo de Enrique VIII, escribió su *Utopía* ideando, como Platón, una república imaginaria y perfecta.

Nitti, autor de *Socialismo Católico*, considera a Cristo el precursor del socialismo. Los socialistas al igual que los primeros padres de la Iglesia, atacan a la propiedad privada. El Socialismo no pretende, como lo aseguran sus detractores, abolir la propiedad privada. Solo trata de limitar la apropiación para evitar la monopolización de la clase capitalista, en perjuicio de la clase trabajadora. Los padres de la Iglesia fueron tal vez más radicales. Para San Ambrosio, "la naturaleza ha establecido la comunidad; y la propiedad es una usurpación". San Jerónimo afirma que "la opulencia es siempre el producto de un robo cometido por el propietario actual a sus antepasados". Y San Clemente asegura que "en justicia todo debería pertenecer a todos".

El socialismo no tiene exclusivamente un aspecto económico. Posee también un elevado sentido ético porque busca no solo el mejoramiento económico sino, a su vez, la transformación moral. El problema del trabajo tiene un carácter económico-moral y de su acertada solución depende el bienestar colectivo. El cristianismo y el socialismo armonizan sus propósitos para limar cada vez más el antagonismo de clases, proclamar los deberes de los ricos para con los pobres, establecer la obligación ineludible de ayudar a los menesterosos, ser la más eficaz garantía de la paz universal, mejorar la especie humana y crearle una nueva fe. El socialismo y el cristianismo se armonizan, pero no se identifican. Coinciden en su redención de las clases oprimidas, en su cosmopolitismo y universalidad que rebalsa con creces los confines nacionales; pero no se confunden. Son dos líneas distintas que marchan paralelas.

El Socialismo Radical que intenta también enmendar rumbos a la sociedad extraviada, surgió al calor de la Revolución Francesa, en el siglo XVIII, saturado de la ideología socialista que se prestigiaba con el predominio político de las ideas liberales y con el descrédito de la nobleza cuyos escándalos continuos irritaban al pueblo. El hambre de los pobres era objeto de la mofa cortesana. Ante la miseria popular una reina de Francia había dicho: "Si el pueblo no tiene pan que coma bizcochos".

Roberto Owen en Inglaterra, el Conde Claudio Enrique de Saint-Simon, fundador de la escuela que lleva su nombre, Fourier y Prudhom, compendian, entre otros, el movimiento socialista de más de medio siglo. Gran fabricante de algodón, Owen (1771-1858) puede considerarse como uno de los primeros fundadores del socialismo moderno. Mejora la situación de sus obreros reduciendo las horas de trabajo, higienizando sus fábricas, aboliendo el empleo de los niños, estableciendo escuelas proletarias y aumentando módicamente el salario contra la prohibición expresa de la ley. Pero los ensayos de Owen, realizados en New Lanark, fueron acogidos con la indolencia egoísta de sus colegas de industria que se encogían de hombros mientras la tisis hacía estragos en las masas obreras de sus fábricas. Y a la indiferencia siguió la hostilidad violenta, usando como arma de combate contra Owen la expresión de sus ideas religiosas contrarias al cristianismo oficial.

Cada uno de los representantes del socialismo radical fundó su secta; y cada secta fue rival de todas las demás. Las principales organizaciones imaginadas por ellas fueron llevadas a la práctica y todas fracasaron después de producir grandes catástrofes.

El Socialismo Científico se cristaliza en la segunda mitad del siglo XIX con la formación de los nuevos problemas sociales derivados del aumento de los medios de cambio y de mercadería y de la desaparición de la industria manufacturera ahogada por la industria moderna que contribuyó al predominio de la burguesía y a la aparición, entre la clase media, de los burgueses millonarios, grandes capitanes en los mercados del mundo.

El padre del Socialismo Científico es Karl Marx en Alemania, cuya influencia corresponde en Inglaterra a Juan Ruskin y en América a George. Se divide en muchas sectas pero todas ellas aspiran a establecer la igualdad más completa entre los hombres. Marx cree que el proceso social está determinado por el factor económico. El progreso de la sociedad depende, para él, de la evolución económica y esta a su vez, está subordinada a la producción. Desaparecida la esclavitud y el servilismo, en la época que Marx llama burguesa, la evolución económica atraviesa por tres períodos: en el primero, el capital y el trabajo se unen en la pequeña industria; la gran industria separa a ambos en la segunda etapa; y, finalmente, en el tercer ciclo, que aún pertenece al porvenir, se realizará la socialización de los elementos del trabajo. Esta socialización es la que determinará el progreso. Carlos Marx idea finalmente una asociación internacional para defender los intereses de los obreros del mundo, con omisión de su nacionalidad y de sus creencias religiosas. «Proletariado del mundo: uníos», es el lema

socialista.

Los discípulos de Marx se cisionan en dos ramas: los *marxistas puros*, revolucionarios y violentos, cuyo ejemplo es el bolchevismo ruso; y los *marxistas moderados*, partidarios de la evolución que no destruye sino reforma las instituciones legales y políticas, asignando al Estado el papel reformador. Tal es la concepción socialista del Estado, cuyo programa político aspiró a realizar Rarnsay Mac-Donald, Presidente del Partido Laborista Inglés, en 1920, con la fijación del salario mínimo, la nacionalización de los ferrocarriles y otros monopolios y la intervención en las industrias.

El Socialismo agrario afirma que la propiedad de la tierra y el ahorro de la riqueza permanente causa el malestar social. En su origen la apropiación de la tierra fue el fruto de la violencia. De ahí, pues, la necesidad de reformar la organización de la propiedad que presenta bases tan injustas. Varias soluciones se han esbozado por llegar a este fin. Una de ellas es la nacionalización de las tierras, parcelando los grandes latifundios, cuyas rentas en vez de ser percibidas por los particulares, deben serlo por el Estado. La otra consiste en la expropiación, que según Henry George, debe hacerse sin indemnización alguna porque la propiedad de la tierra no encuentra justificación en la historia. Una tercera rama, menos radical que las anteriores, aboga por la prohibición de transmitir la propiedad de la tierra que, a la muerte de sus actuales propietarios, pasaría al Estado. En general, la propiedad de la tierra, al igual que la del subsuelo, debería ser del Estado quien podría ceder su usufructo a los particulares mediante el pago de un canon.

El Socialismo, como todo movimiento reformador, ha despertado sospechas e inquietudes. Toda renovación, ya sea religiosa, artística y literaria, es atacada por el apego tradicional de las clases conservadoras. El socialismo no ha escapado a esos ataques pero sus detractores han confundido el credo socialista con las opiniones personales de alguno de los soldados de este gran movimiento ideológico; y se ha dicho, por eso, cometiendo grave error, que el Socialismo ataca a la familia, por ejemplo, porque algunos socialistas la combaten.

El socialismo no es opuesto, como algunos creen, a la idea de Patria. El concepto de Patria surge cuando los diversos agregados étnicos, atendiendo a su comunidad de origen, se agrupan sobre un territorio determinado, y en defensa de los intereses de la colectividad. La idea de Patria ha evolucionado a través de la Historia. En el Medioevo el individualismo feudal la circunscribe a los estrechos límites del castillo o del municipio. Posteriormente el

nacionalismo agresivo –fruto de la guerra, que engendra la dictadura de la burguesía y produce en las masas obreras reacciones revolucionarias– es una exaltación de la patria contra las otras patrias, degradando así el noble significado de esta idea. Hoy el socialismo, elevando el sentido de la idea de Patria, quiere extenderla más allá de las fronteras que marcan la jurisdicción y los servicios administrativos de los países.

Quienes hayan identificado el régimen socialista con el de los Incas, desconocen la estructura de ambos. El Incario era un gobierno de casta; el socialismo intenta crear un gobierno de clase. Los Incas, orejones, curacas y sacerdotes formaban una casta incompatible con las actividades creadoras del socialismo. El Incanato, además, al absorber en forma absoluta al individuo, lo privaba de su libertad; y el socialismo, en cambio, la proclama.

La evolución histórica está marcada por la trayectoria que arranca del troglodita, progresa en el clan y en la tribu, se perfecciona en el Estado, crea las monarquías y los imperios y se encumbra en la democracia. Pero la democracia no es el fin de esa evolución. Está adulterada y necesita renovarse. La humanidad, por eso, según la orientación socialista, debe evolucionar hacia la formación de una sociedad, regida no por un poder absorbente, como el de hoy, sino más bien por un «organismo regulador del equilibrio social» en el que se reduzcan los parásitos de la burocracia hasta el minimum indispensable para los servicios públicos, empleando para estos menesteres reposados solo a los individuos cuyo agotamiento físico les impida trabajos más rudos; en el que se lleve la instrucción hasta las capas más bajas del pueblo; en donde se industrialicen las actividades colectivas y en donde se aumente, en lo posible, el número de pequeños propietarios a expensas de los grandes terratenientes.

El socialismo, religión laica, ideal de emancipación, anhelo perenne de mejoramiento social, no es el dogma inmutable que se petrifica en la evolución histórica; al contrario, es una aspiración que se transforma, persiguiendo la igualdad social. Lo atacan quienes consideran una utopía la igualdad humana; pero debe tenerse en cuenta que el socialismo no proclama esa igualdad absoluta y utópica: solo quiere que todos los hombres tengan la misma igualdad de oportunidades para actuar en sociedad. Y esta igualdad debe perseguirse por medio de la resistencia perseverante contra los privilegiados, sean aristócratas, capitalistas o patronos.

El Socialismo proclama la Revolución Social, pero esta revolución, antes que un hecho económico es un hecho moral que requiere una sólida educación proletaria. Una amarga experiencia histórica demuestra que las llamadas "revoluciones sociales" han sido un simple

cambio de amos que continuaron la opresión del pueblo. «Libertad, igualdad y fraternidad» fue el lema que se hizo un símbolo en el gorro frigio de 1789; pero la Revolución Francesa destruyó unos poderes para crear otros iguales, con nombres distintos, y realizar el mismo juego del adversario derrotado. En nombre de la libertad, suben al cadalso los reyes sin corona; se guillotina después a los líderes de la Revolución; y se ahogan en sangre, más tarde, las aspiraciones de quienes soñaban con el advenimiento de mejores días para el Imperio, bajo el despotismo esplendoroso de Napoleón el Grande.

Y la Revolución Rusa, que en sus orígenes fue el grito del pueblo oprimido contra la tiranía de los zares y que prometía ser el huracán que lo desbastara todo para purificarlo, ha derrumbado las viejas ciudades del absolutismo moscovita, les ha cambiado de nombres, pero ha hecho surgir otros organismos nuevos que siguen oprimiendo a los obreros. El propio Lenin afirma «que no existe contradicción alguna entre la democracia soviética y el uso del poder dictatorial de una sola persona».

En pleno fervor revolucionario, a raíz de la caída del último zar, Kerensky asume la jefatura del gobierno provisional. Pero surgen luego las disputas entre los apóstoles. Lenin por un lado y Trotsky por otro encarnan la oposición. Y cae víctima del apasionamiento sectarista. Se suceden entonces en Rusia las mismas maniobras políticas de los estados burgueses, se destierra a los líderes y se plagian los vicios antiguos. También en nombre de la libertad se han clausurado los templos cristianos; se ha perseguido a los creyentes como otrora se les persiguió en la trágica y fastuosa Roma de los emperadores; o se les ha desterrado a la Siberia lejana cuyas nieves desoladas se han teñido con la sangre de las víctimas. Stalin, actual Presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets, incapaz de coordinar la evolución política con la económica, es acusado, por un sector apreciable del comunismo, de ejercer la más despótica dictadura sobre el pueblo ruso, víctima de la miseria y del hambre, bajo el mismo régimen del terror que imperó en el absolutismo terrible de los zares.

Escépticos en la eficacia de las revoluciones políticas que no hacen sino cambiarles de dueño, los obreros intentan ahora la revolución económica que distribuya con más justicia la riqueza y la revolución agraria que reparta con más equidad las tierras. Cada palacio de los ricos ha sido construido con el dolor de los pobres; cada porción de suelo labrado representa el sufrimiento de muchos obreros. La Revolución Social, obra tenaz y persistente de las minorías, no persigue, por eso, el simple cambio de un gobierno sino la modificación esencial en la

arquitectura de la Sociedad. Aspira a destruir la jerarquía del capital, la carcoma burocrática y esas instituciones que perpetúan las injusticias económicas.

El socialismo, la más bella conquista del espíritu humano, es, por tanto, el alba que anuncia un nuevo día. Es la victoria del Estado llano sobre la nobleza irrisoria de los pergaminos; el triunfo de los pobres sobre la nobleza audaz de la fortuna. Pretende que cada hombre sea el fin de sí mismo y no el medio para el bienestar de otro hombre y que se le reconozcan todos los derechos que teóricamente son admitidos, pero que en la práctica se le niegan. Es la reivindicación humana de todos los que sufren: de esa raza de hombres que, en las fábricas y en las minas, se ha cuajado con el sufrimiento de más de veinte siglos de explotación, y de esa raza de mujeres que, agobiadas por un trabajo superior a sus fuerzas, apagan su vida engrosando la clientela de sanatorios y hospitales. Es, en fin, el triunfo de todos aquellos que, proletarios en su más amplio sentido, no llevamos en las luchas por la vida otro capital que nuestra propia fe y nuestro propio trabajo, el esfuerzo abnegado y perseverante de todos los días. El Socialismo es el nuevo Credo. Es, como lo afirma Littré, "una sociedad nueva que se levanta". La tradición y los privilegios son el pasado; el Socialismo es el porvenir.

El sociólogo ruso Pitirim Sorokin, desterrado de su Patria y que dicta una cátedra en la Universidad de Minnesota (EE.UU.) nos ofrece en su reciente libro *Contemporary Sociological Theories* un panorama del movimiento sociológico contemporáneo en el último medio siglo, formando el siguiente cuadro esquemático de sus escuelas: 1) la *Sociología mecánica* que recoge todas las teorías sociológicas que interpretan el fenómeno social con un criterio materialista; 2) la *Sociología Biológica*, que intenta hacerlo por el antropologismo, la selección y la herencia; 3) la *Sociología Psicológica* que ensaya una interpretación síquica de la sociedad; 4) la *Sociología geográfica* que estudia la evolución social mediante los factores geográficos; y 5) la *Sociología propiamente dicha* que, con independencia de las escuelas anteriores, estudia con criterio propio el desarrollo de la civilización.

Todas las escuelas cuya breve reseña hemos intentado hacer en las páginas anteriores, tienen la mancha del mismo pecado original: el exclusivismo. Y el criterio exclusivo y unitario no es aceptable en el estudio del complejo social que exige una explicación integral. El origen, el desarrollo y la esencia misma del fenómeno social requieren para su comprensión el aporte de todas las doctrinas sociológicas. El complejo social tiene raíces biológicas y síquicas, pero está acondicionado también por los factores del medio físico, la influencia antropológica, ambigua

pero evidente, los productos económicos, el aporte individual y la acción colectiva, el mandato de la razón y la imposición de la fuerza, el libre albedrío del individuo y la influencia innegable del inconsciente, fuerzas distintas que cooperan conjuntamente en el fenómeno sociológico, sin que puedan separarse con precisión las zonas de su respectiva influencia y que convergen para presidir el desenvolvimiento de esas acciones y reacciones que constituyen el proceso social.

Bibliografía

Sociología General, Mariano H. Cornejo. Tomos I y II.

La Sociologie, René Warms. Biblioteque Sociologique International. París 1921.

Prehistoria de los Indo-Europeos, Ihering.

El Panorama de la Sociología Contemporánea, Adolfo Posada, Asturias, 1929.

Bolchevismo, Fascismo, Democracia, Francisco Nitti, Italia, 1929.

Lucha de Razas, Luis Gumplowicz. Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia. Madrid.

La Sociología y La Política, L. Gumplowicz, Leipzig, 1892.

Compendio de Sociología, Gumplowicz, Viena, 1885.

Principios de Sociología, Adolfo Posada. Biblioteca Científica y Filosófica, Madrid, 1908.

Leyes Sociológicas, Guillermo de Greef. Versión castellana de Pedro Umbert. Biblioteca Sociológica Internacional. Barcelona, 1904.

La Evolución de las Creencias y Doctrinas Políticas, Guillermo de Greef. Tomos I y II.

La Sociología Científica, V. González Serrano. Madrid.

La Sociedad Futura, Juan Grave. Traducción del Dr. L. Marco. Madrid.

Sociología Inductiva, Franklin H. Giddings. Traducción del inglés por D. Barnes. Biblioteca de Economía y Sociología. Madrid.

The American Journal of Sociology. January, 1929. Volumen XXXIV, N. 4.

Sociología Vivida, Sebastián Gomila. Tomos I y II.

La Ciencia Social Contemporánea, Alfredo Fouillé. Traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada.

Nociones de Sociología, José España Lledó. Madrid, 1901.

El Socialismo ante la Sociedad, J. Félix, S. J.

Dogma Socialista, Esteban Echevarría, Buenos Aires, 1915.

La Nueva Rusia, Julio Álvarez del Vayo, Editorial Espasa. 1926.

Le Voyage de Moscú, Georges Duhamel, París, Mercure de France, 1927.

Defensa del Marxismo, José Carlos Mariátegui. *Amauta* Año III.

La Situación Real de Rusia, L. Trotsky. Madrid.

El Socialismo y el Pensamiento Moderno, Alejandro Chiapelli. Tomos I y II. Biblioteca Sociológica Internacional, 1908.

Voces de Nuestro Tiempo. A. Chiapelli. Tomos I y II.

La Cuestión Social. Juan Pablo Biesa y Pueyo. Madrid, 1903.

El Socialismo y los Anarquistas. Cristóbal Botella. Madrid, 1895.

Principios de Ciencia Social. H. C. Carey. Madrid, 1898.

Razas Superiores y Razas Inferiores. N. Colajanni. Biblioteca Sociológica Internacional, 1904.

Evolution Racial and Habitudinal. John T. Gulick. Washington, 1901.

Principio de Sociología Jurídica. Carlos Octavio Bunge. Buenos Aires, 1905.

Contemporary Sociologg Theories. Pitirim Sorokin. 1929

Sociología. Jorge Simmel. Fascículos I, II. *Revista de Occidente*. Madrid, 1927.

Race Orthodoxy in the South and Others Aspects of the Negro Question. Thomas Pearce Bailey.

New York 1914.

The American Journal of Sociology. March, 1930. Volumen XXXV. n° 5.

The Theory of Social Revolutions. Brooks Adams. New York, 1914.

The World Crisis and its Meaning. Félix Adler, New York, 1916.

Cansas del Fracaso Económico del Bolchevismo. Edith Faupel. Lima, 1929.

Les Trois Evolutions. L. Bresson, 1888.

Socialistes et Sociologies, C. Bordeau, 1905.

Qu'Est-cé que la Sociologie. C. Bouglé. París, 1907.

Les Indices Numeriques de la Civilisation et du Progrés. Alfred Nicéforo. París, 1921. *Sociología*.

Victoriano Ayala. Universidad Nacional de San Salvador. Centro América, 1921.

Sociología Zoológica. Alfonso Asturaro. Versión española de Valenti Camp. Barcelona, 1908.

Razas Negras, Amarillas y Blancas. Telésforo Aranzadi. Madrid, 1900.

Antropología Filosófica y Sicología y Sociología Comparadas. T. Aranzadi. Madrid.

La Mujer ante el Socialismo. G. Azcárate. Biblioteca Sociológica Internacional. Barcelona, 1904.

La Decadencia de Occidente. Oswald Spengler. Madrid, 1926.

El Nihilismo y la Política Rusa. E. Barr. Barcelona, 1882.

Introducción al Estudio de la Sociología. E. Baez.

El Porvenir de la Raza Blanca. J. Novicow. Traducción de González Alonso.

Caracteres y Crítica de la Sociología. Leopoldo Maupas. París, 1911.

Problemas Sociales Contemporáneos. Aquiles Loria. Barcelona, 1904.

La Acción Socialista. Juan Jaurés, 1906.

Individualismo y Socialismo. Álvaro de Albornoz. Barcelona, 1908.

Revolución Cristiana y Revolución Social. Carlos Malati. Traducción de M. C. Aparicio. Barcelona, 1903.

La Evolución Súper-Orgánica. Enrique Lluria. Prólogo de Santiago Ramón y Cajal. Barcelona, 1905.

Nociones de Sociología. Luis Larrigue. Santiago de Chile, 1926.

La Crisis del Patriotismo. Alberto Lomar Schweyer. La Habana, 1929.

LA SOCIOLOGÍA EN EL PERÚ.
ORIGEN Y DESARROLLO EN LA
UNIVERSIDAD

ISBN: 978-612-5025-20-3

